# TATIANA Y ALEXANDER

PAULLINA SIMONS

Tatiana, embarazada y viuda a sus dieciocho años, huye de un Leningrado en ruinas para empezar una nueva vida en Estados Unidos. Pero los fantasmas del pasado no descansan: todavía cree que Alexander, su marido y comandante del Ejército Rojo, está vivo. Entre tanto, en la Unión Soviética Alexander se salva en el último momento de una ejecución.

Tatiana viajará hasta Europa como enfermera de la Cruz Roja y se enfrentará al horror de la guerra para encontrar al hombre de su vida…

Dolor y esperanza, amistad y traición se mezclan en esta conmovedora novela protagonizada por dos personajes entrañables y llenos de coraje, capaces de desafiar por amor al destino más cruel.

Paullina Simons

# Tatiana y Alexander

## El jinete de bronce – 2

**ePub r1.5**
**Titivillus** 30.05.2017

Título original: *Tatiana and Alexander*
Paullina Simons, 2003
Traducción: Zoraida de Torres Burgos

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: sleepwithghosts (r1.3)
ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de www.epublibre.org. Sus editores no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello ni tampoco la mencionada página. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante textos como éste

Una vez más, para mis abuelos, que a sus noventa y cinco y noventa y un años siguen cultivando flores y hortalizas y viviendo felices, y para nuestro querido amigo Anatoli Studenkov, que se quedó en Rusia y no vive feliz.

*Desde aquí, en una estación de tiempo calmo,*
*y alumbrado por la pálida luna,*
*con el brazo tendido hacia la altura*
*le persigue el jinete de bronce*
*montado en su caballo retumbante.*

*Y así, la noche entera el pobre loco*
*sin importar a donde caminara*
*el jinete de bronce iba al galope,*
*tras él, con el estruendo de sus cascos.*

*Aleksander Pushkin*

# Prólogo

*Boston, diciembre de 1930*

De pie frente al espejo, Alexander Barrington se ajustaba la pañoleta de los Boy Scouts. Mejor dicho, intentaba ajustarla pero no lograba apartar los ojos de su rostro inusitadamente serio, con la boca curvada en una mueca de tristeza. Sus manos forcejeaban con la pañoleta blanca y gris, incapaces precisamente ese día de cumplir bien la tarea.

Alexander se apartó unos pasos, contempló la pequeña habitación y suspiró. No había mucho que ver: un suelo de madera, un ajado papel pintado con dibujos de ramas, una cama y una mesilla de noche.

A Alexander no le importaba porque aquél era sólo un cuarto alquilado y todos los muebles pertenecían a la casera, que vivía en la planta baja. La verdadera habitación de Alexander no estaba en Boston sino en Barrington; en ella se sentía muy cómodo, pero en ningún otro sitio había vuelto a sucederle lo mismo. Y había ocupado seis habitaciones diferentes en los últimos dos años, desde que su padre había vendido la mansión familiar y decidido marcharse de Barrington, alejando a Alexander de su pueblo natal y de su infancia.

Ahora estaban a punto de dejar también aquella habitación. Pero a Alexander no le importaba.

O mejor dicho, no era eso lo que importaba.

Alexander se volvió otra vez hacia el espejo y no le gustó la expresión entristecida del niño que le devolvía la mirada. Apoyó la frente en el cristal y exhaló un hondo suspiro.

—¿Y ahora qué? —se preguntó en un susurro.

Teddy, su mejor amigo, pensaba que irse a vivir a otro país era la aventura más emocionante del mundo.

Alexander no podía estar más en desacuerdo.

Oyó gritar a sus padres a través de la puerta entreabierta; no hizo caso, ya que estaba acostumbrado a oírlos discutir en los momentos de tensión. Al cabo de un momento la puerta se abrió de par en par y Harold Barrington, el padre de Alexander, entró en la habitación.

—¿Estás listo, hijo? El coche nos está esperando abajo. Y han venido tus amigos a decirte adiós. Teddy me ha preguntado si no querría llevármelo a él en lugar de a ti. —Harold sonrió—. Le he dicho que tal vez… ¿Tú qué opinas, Alexander? ¿Quieres cambiarte por él e irte a vivir con la loca de su madre y el chalado de su padre?

—Como vosotros estáis tan cuerdos, sería un cambio interesante —manifestó Alexander, lanzando una mirada a su padre.

Harold era un hombre delgado y de estatura mediana. Su único rasgo distintivo era la barbilla que destacaba con resolución en su cara ancha y cuadrada. A sus

cuarenta y ocho años, en su denso cabello castaño empezaban a apuntar las canas y sus ojos azules conservaban la intensidad de la mirada. A Alexander le gustaba verlo de buen humor porque sus ojos perdían parte de su habitual severidad.

Jane Barrington, la madre de Alexander, apartó a Harold e irrumpió en la habitación vestida con su mejor traje de seda y su sombrerito blanco.

—Harold, deja en paz al niño —ordenó—. ¿No ves que se está poniendo guapo? El coche puede esperar. Y Teddy y Belinda, también. —Jane se atusó la cabellera larga y oscura recogida bajo el sombrerito. En su voz quedaban rastros del melodioso acento italiano que no había logrado borrar del todo en el tiempo que llevaba en Estados Unidos, donde se había instalado a los diecisiete años—. Belinda nunca me ha caído bien, ya lo sabes —añadió, bajando el tono.

—Ya lo sé, mamá. Por eso nos vamos a otro país, ¿no? —comentó Alexander.

Sin volverse, contempló a sus padres en el espejo. Físicamente se parecía a su madre; imaginaba que en el carácter terminaría pareciéndose más a su padre, pero no podía saberlo. Su madre lo divertía y su padre lo desconcertaba, como siempre.

—Ya estoy, papá —anunció.

Harold se acercó y le pasó un brazo por los hombros.

—Y tú que pensabas que apuntarte a los Boy Scouts sería emocionante. Este viaje será la aventura más emocionante de tu vida.

—Sí —contestó Alexander, pensando: «Me bastaba con los Boy Scouts». Sin mirar a su padre sino a su propia imagen reflejada en el espejo, añadió—: Papá, si no sale bien… podremos volver, ¿verdad? Podremos volver a… —se interrumpió para que su padre no se diera cuenta de que le temblaba la voz, tomó aliento y acabó la frase—: a Estados Unidos.

Harold no respondió. Jane se acercó y se colocó al otro lado de su hijo. Aunque no llevaba tacones era un palmo más alta que Harold, que a su vez era medio metro más alto que Alexander.

—Cuéntale la verdad al niño, Harold —dijo—. Díselo. Ya es mayor para saberlo.

—No, Alexander, no volveremos —explicó su padre—. Vamos a quedarnos a vivir en la Unión Soviética. En Estados Unidos no hay lugar para nosotros.

Alexander quiso decir que sí lo había para él. En Estados Unidos se sentía en su casa. Era amigo de Teddy y de Belinda desde que tenían tres años. Barrington era una población pequeña, con casas de fachadas blancas y postigos negros, tres iglesias de esbeltos campanarios y una calle principal que sólo medía cuatro manzanas de un extremo a otro. Alexander había disfrutado de una infancia feliz en los bosques de los alrededores. Pero calló porque sabía que su padre no quería escuchar esas cosas.

—Alexander, tu madre y yo estamos convencidos de que este traslado es lo mejor para la familia. Por primera vez en la vida, no nos limitaremos a defender de palabra los ideales comunistas sino que pondremos en práctica nuestras convicciones. Es muy fácil propugnar el cambio cuando estás rodeado de comodidades, ¿no? Por eso hemos decidido vivir dentro del sistema que defendemos. Me has visto luchar por él toda la

vida, y tu madre también me ha visto.

Alexander asintió. Los había visto luchar a los dos. Había visto cómo los detenían por defender sus principios. Había visitado a su padre en la cárcel. Había conocido la animadversión de sus vecinos en Barrington. Sus compañeros de colegio se habían reído de él. Se había peleado con otros niños para defender las convicciones de su padre. Había visto a su madre al lado de Harold, participando en piquetes y protestas. Y él también los había apoyado. En una ocasión se habían trasladado los tres a Washington para intervenir en una manifestación comunista frente a la Casa Blanca y también habían terminado detenidos. A sus siete años, Alexander había pasado la noche en un reformatorio. Lo bueno era que Alexander era el único niño de Barrington que había visto la Casa Blanca.

En ese momento, Alexander pensó que ya habían hecho bastantes sacrificios. Más tarde, pensó que romper con la familia y dejar la mansión que había pertenecido a los Barrington durante ocho generaciones ya era bastante sacrificio. Y que vivir en una serie de cuartos alquilados en Boston para difundir el evangelio comunista ya era bastante sacrificio…

Al parecer, no lo era.

La decisión de su padre de trasladarse a la Unión Soviética había sido una sorpresa para Alexander, una sorpresa desagradable. Sin embargo, Harold estaba convencido de que en la Unión Soviética encontrarían su lugar, un lugar donde ningún niño se reiría de su hijo y donde los vecinos los recibirían con afecto y admiración. Un lugar donde su vida se llenaría de sentido. La nueva Rusia había dado el poder al obrero, y muy pronto el obrero gobernaría el mundo. A Alexander le bastaba con que su padre lo creyera.

Su madre le estampó un beso en la frente y le dejó una marca de pintalabios que se apresuró a limpiar con el dorso de la mano.

—Cariño, ya sabes que tu padre quiere que te eduques en un entorno adecuado, ¿verdad?

—No se trata de mí, mamá —contestó Alexander en un tono un tanto condescendiente—. Yo soy un niño…

—No —intervino Harold con rotundidad, sin quitarle la mano del hombro—. Por supuesto que se trata de ti, Alexander. Sólo tienes once años, pero dentro de poco serás un hombre. Si nos trasladamos a la Unión Soviética es para que llegues a ser el hombre que debes ser. Tú eres el único legado que puedo dejar al mundo, hijo mío.

—Pero papá, hay muchos hombres en Estados Unidos —observó Alexander—. Herbert Hoover, Woodrow Wilson, Calvin Coolidge…

—Sí, pero no son buenos. Estados Unidos produce hombres codiciosos y egoístas, orgullosos y resentidos, y yo no quiero que tú seas así.

—Alexander —intervino Jane, estrechando a su hijo contra su pecho—. Queremos que tengas las dotes de carácter que les faltan a los norteamericanos.

—Exacto —aceptó Harold—. Estados Unidos debilita el carácter.

Alexander se apartó y se volvió hacia el espejo. Era eso lo que estaba mirando antes de que sus padres irrumpieran en la habitación.

Contemplaba su cara sombría y se preguntaba: «Cuando sea mayor, ¿qué clase de hombre seré?».

—No te preocupes, papá —declaró, volviéndose hacia Harold—. Podrás sentirte orgulloso de mí. No seré codicioso, egoísta, orgulloso ni vengativo. Y tendré el carácter más duro que se pueda tener… Vámonos, ya estoy listo.

—Yo no quiero que seas duro, Alexander, quiero que seas bueno. —Harold hizo una pausa—. Un hombre mejor que yo.

Mientras salían de la habitación, Alexander se volvió y observó su imagen en el espejo por última vez. «No quiero olvidarme de este niño —pensó—, por si alguna vez necesito volver a su lado».

*Estocolmo, mayo de 1943*

Una fresca mañana de primavera, Tatiana se despertó y pensó: «No puedo seguir así».

Se levantó de la cama, se lavó, se cepilló el pelo, metió en la mochila sus libros y sus escasas prendas de vestir y arregló la habitación del hotel hasta dejarla impecable, como si no hubiera vivido en ella durante dos meses. La brisa agitaba los visillos blancos de las ventanas.

En su interior, Tatiana también se sentía agitada.

Sobre el escritorio había un espejo ovalado. Antes de recogerse el pelo, Tatiana observó un momento su imagen reflejada, pero no reconoció la cara que le devolvía la mirada. A sus dieciocho años su rostro había perdido la redondez de la infancia, y los pómulos salientes, la frente alta, la mandíbula recta y los labios finos destacaban en un óvalo demacrado. Los hoyuelos de las mejillas, si aún existían, eran invisibles. Hacía tiempo que no lucía los dientes o los hoyuelos en una sonrisa. De la cicatriz que se había hecho en la cara al golpearse contra el parabrisas sólo quedaba una línea rosada que empezaba a difuminarse. Sus pecas también empezaban a borrarse, pero lo menos reconocible era la mirada. Sus ojos verdes y antaño chispeantes, hundidos entre los rasgos demacrados, eran dos cristales sucios que constituían la única barrera de protección entre los extraños y su propia alma. Tatiana no se sentía capaz de mirar a nadie a la cara, ni siquiera a sí misma. En cuanto se asomaba al mar verde de sus ojos, distinguía demasiado bien la tormenta que bullía detrás de la frágil fachada.

Tatiana se cepilló la melena rubia que le llegaba por los hombros. Ya no odiaba su pelo.

Cómo iba a odiarlo, si Alexander lo adoraba…

No quería recordar. Quería borrarlo todo, esquilarse como una oveja camino del matadero, cortarse el pelo y arrancarse el blanco de los ojos y los dientes de la boca y

las arterias de la garganta.

Tatiana se recogió el pelo y se cubrió la cabeza con un pañuelo para pasar lo más inadvertida posible, aunque en Suecia, un país lleno de rubias, no le resultaba difícil perderse entre la multitud.

De hecho, ya lo había conseguido.

Tatiana sabía que había llegado el momento de marcharse pero en su interior no encontraba el impulso necesario para seguir adelante. Llevaba a su hijo en el vientre, pero tener un niño era tan fácil en Suecia como en Estados Unidos. Más fácil aún. Si se quedaba en Estocolmo, se ahorraría viajar por un país desconocido, comprar un pasaje para un carguero con destino Gran Bretaña, cruzar el océano y desembarcar en Estados Unidos en plena guerra mundial. Los alemanes bombardeaban todos los días las aguas del hemisferio norte y sus torpedos convertían los submarinos aliados y los buques de la Armada de Bloqueo en bolas de fuego rodeadas de un denso humo negro que se elevaba sobre las plácidas aguas del golfo de Botnia, el mar Báltico, el Ártico o el Atlántico. En cambio, para seguir a salvo donde estaba no tenía que hacer mucho más de lo que había estado haciendo hasta entonces.

¿Qué había estado haciendo?

Había estado viendo a Alexander por todas partes.

Cuando andaba por la calle o se sentaba en un café, volvía la cara y allá estaba él, altísimo, con su uniforme de oficial y el fusil colgado del hombro, mirándola con una sonrisa. Tatiana extendía la mano para acariciarle el pelo pero sólo tocaba la almohada blanca sobre la que superponía la imagen de Alexander. Se volvía hacia él para ofrecerle un pedazo de pan, o se sentaba en un banco y lo veía cruzar la calle y avanzar resueltamente hacia ella. Echaba a andar detrás de un transeúnte de espaldas anchas y piernas largas o clavaba descortésmente la mirada en los ojos de un desconocido porque en su rostro había visto dibujados los rasgos de Alexander. Parpadeaba varias veces y la imagen desaparecía. Y ella desaparecía también. Agachaba la cara y seguía andando.

Sin embargo, cuando volvía a alzar los ojos se lo encontraba de nuevo a su lado, alto, guapo y risueño, acercándose a ella con la correa del fusil resbalándole del hombro.

Tatiana alzó la mirada hacia el espejo y vio a Alexander de pie detrás de ella, apartándole el pelo de la nuca e inclinando la cara hacia su cuello. Tatiana no sentía su olor ni el roce de sus labios sobre su piel, pero su mirada era casi capaz de notar el tacto de su pelo negro.

Tatiana cerró los ojos.

Más tarde, en el Spivak, pidió su desayuno habitual: dos lonchas de beicon, dos tazas de café negro y tres huevos escalfados, y fingió leer el periódico inglés que había comprado en el quiosco del puerto. Las palabras formaban una nebulosa dentro de su cabeza, y Tatiana decidió que ya leería por la tarde, cuando estuviera más tranquila. Salió del café y atravesó la calle en dirección al muelle, se acercó a un

banco y se sentó a mirar a un estibador que cargaba bobinas de papel en una barcaza para enviarlas a Helsinki. Estuvo contemplándolo durante un rato, sin moverse. Sabía que al cabo de unos minutos el hombre se acercaría a charlar con los compañeros que trabajaban a unos cincuenta metros. Se fumaría un pitillo, se tomaría un café y se fumaría otro pitillo. Dejaría desatendida la barcaza durante unos treinta minutos, con la cabina unida a tierra por la pasarela de madera.

Media hora después, el hombre volvería y seguiría descargando bobinas de papel del camión, colocándolas en una carretilla y bajándolas por la plataforma. Al cabo de sesenta y dos minutos aparecería el capitán, y el estibador lo saludaría con un gesto y desharía las amarras. Y el capitán se llevaría su barcaza hacia Helsinki, a través del gélido mar Báltico.

Era la vigésimo quinta mañana que Tatiana lo observaba.

Helsinki estaba a sólo cuatro horas de Viborg. Y en los periódicos ingleses que compraba diariamente en el quiosco del puerto, Tatiana había leído que el Ejército Rojo había arrebatado a los finlandeses los territorios de la Carelia rusa y Viborg volvía a estar en manos soviéticas por primera vez desde 1918. Una barcaza que atravesara el mar hasta Helsinki, un camión que atravesara los bosques hasta Viborg, y ella también volvería a estar en manos soviéticas.

*—A veces me gustaría que no fueras tan testaruda —dice Alexander.*

*Tiene un permiso de tres días. Es la última vez que están juntos en Leningrado, su último Leningrado, su último fin de semana de noviembre, su último todo.*

*—Dijo la sartén al cazo: «Apártate, que me tiznas…».*

*—Ojalá el cazo tiznara menos —responde Alexander, con un bufido de frustración—. Me consta que algunas mujeres hacen caso a sus parejas. Hay hombres que están con mujeres así…*

*—Pues parece que ellos se las quedaron todas. —Tatiana le hace cosquillas, pero no consigue hacerlo reír—. Muy bien, dime qué debo hacer —dice al final, bajando la voz—. Haré exactamente lo que me digas.*

*—Sal inmediatamente de Leningrado y vete a Lazarevo —le ordena Alexander—. Allá estarás a salvo.*

*—Anda, un último intento —contesta Tatiana con un gesto de fastidio—. Sé que puedes correr el riesgo.*

*—Puedo, pero no quiero —responde Alexander, sentado en el viejo sofá de los padres de Tatiana—. Nunca atiendes cuando te hablo de lo verdaderamente importante…*

*—Eso no es lo verdaderamente importante —asegura ella. Se arrodilla frente a él y toma sus manos entre las suyas—. Si el NKVD viene en mi busca, sabré que te has ido y aceptaré mi castigo. —Le oprime la mano con cariño—. Aceptaré el castigo que me reserven por ser tu esposa, sin lamentar ni uno solo de los segundos que habré pasado contigo. Así que déjame quedarme un momento contigo. Déjame olerte*

*una vez más, saborearte una vez más, besarte una vez más. Corramos el riesgo, por triste que sea estar aquí, con este frío. Aprovechemos el milagro de volver a estar juntos, de acostarnos juntos. Dime qué tengo que hacer y lo haré.*

*—Acércate —responde Alexander, tomándola de la mano—. Siéntate encima de mí —añade, abriendo los brazos.*

*Tatiana obedece.*

*—Ahora ponme las manos en la cara.*

*Tatiana obedece.*

*—Acerca la boca a mis ojos y bésalos.*

*Tatiana obedece.*

*—Bésame en la frente.*

*Tatiana obedece.*

*—Bésame en la boca.*

*Tatiana obedece. Y vuelve a obedecer.*

*—Tania…*

*—Shhh…*

*—¿No ves que no puedo resistirlo más?*

*—¡Ah! —responde Tatiana—. Yo creía que podías resistirlo todo…*

Tatiana se sentaba a mirar al estibador cuando hacía sol y se sentaba a mirarlo cuando llovía. O cuando había niebla, como casi siempre acontecía a las ocho de la mañana.

Esa mañana no sucedía ni una cosa ni otra. Esa mañana hacía frío. El muelle olía a pescado y a humedad. Se oían los chillidos de las gaviotas y la voz de un hombre que gritaba.

«¿Dónde está mi hermano para ayudarme, dónde están mi hermana, mi madre? Ayúdame, Pasha, ven a jugar al fútbol conmigo, escóndete en el bosque para que yo te encuentre. Mira qué ha ocurrido, Dasha, mira cómo ha acabado todo. ¿Todavía ves? Mamá, mamá. Quiero que venga mi madre. ¿Dónde está mi familia para interrogarme, para presionarme, para importunarme, para que nunca pueda estar a solas o en silencio, dónde están para ayudarme a sobrellevar todo esto? ¿Qué hago, *deda*? No sé qué hacer».

Aquella mañana, el estibador, en lugar de irse a fumar con los compañeros del muelle contiguo, se acercó al banco y se sentó al lado de Tatiana.

Tatiana se sorprendió pero no dijo nada. Se ciñó la bata de enfermera y se acomodó el pañuelo de la cabeza, apretó los labios y clavó la mirada en el puerto.

—Soy Sven —se presentó el estibador, en sueco—. ¿Cómo se llama usted?

—Tatiana —respondió ella tras una pausa prolongada—. No hablo sueco.

—¿Quiere un cigarrillo? —propuso Sven, en inglés esta vez.

—No —contestó Tatiana en el mismo idioma.

Estuvo a punto de decirle que tampoco hablaba inglés. Estaba segura de que él no

sabría ruso.

Sven se ofreció a traerle un café o un chal para los hombros. Tatiana dijo que no sin siquiera mirarlo.

—Quiere subir a la barcaza, ¿verdad? —preguntó el estibador tras una pausa—. Venga, yo la acompaño. —La agarró del brazo, pero Tatiana no se movió—. Ya veo que se deja algo —observó Sven, e hizo un gesto para ayudarla a levantarse—. Vaya a buscarlo.

Tatiana no se movió.

—Puede fumarse un cigarrillo, tomarse un café o subir a la barcaza. No me daré la vuelta, no hace falta que se esconda. La habría dejado subir el primer día que vino, sólo tenía que pedírmelo. ¿Quiere ir a Helsinki? Perfecto. Ahora ya sé que no es usted finlandesa. —Sven hizo una pausa—. Pero hace dos meses le habría sido más fácil huir; ahora, con un embarazo tan avanzado, lo tiene más complicado. Aun así, tiene que decidir si se echa atrás o sigue adelante. ¿Cuánto tiempo piensa quedarse ahí sentada, mirándome la espalda?

Tatiana clavó los ojos en las aguas del Báltico.

—¿Cuánto tiempo más va a esperar? —repitió Sven.

—Si lo supiera, ¿seguiría aquí sentada?

—No hace falta que siga sentada. Venga conmigo.

Tatiana negó con la cabeza.

—Lleva demasiado tiempo sola —insistió el estibador—. ¿Dónde está su marido? ¿Dónde está el padre de su hijo?

—En la Unión Soviética, muerto —dijo Tatiana con un suspiro.

—Ah, es usted soviética. —Sven asintió—. Ahora lo entiendo. Ha conseguido escapar… Muy bien, pues ahora que ya está en Suecia, quédese. Vaya al consulado y acójase al programa de protección de refugiados. Han entrado centenares en el país desde Dinamarca. Vaya al consulado.

Tatiana negó con la cabeza.

—Dentro de poco nacerá el niño —dijo Sven—. Tiene que decidir si se echa atrás o sigue adelante.

Tatiana se llevó las manos a la barriga y se le empañaron los ojos. El estibador le dio una palmadita afectuosa y se puso de pie.

—Parece que quiere volver a la Unión Soviética… ¿Por qué?

Tatiana no respondió. ¿Cómo decirle que se había dejado el alma?

—Si regresa, ¿qué será de usted?

—Lo más probable es que muera —susurró Tatiana.

—Y si sigue adelante, ¿qué será de usted?

—Lo más probable es que viva.

—¿Qué clase de alternativa es ésa? —preguntó Sven, palmeando con las manos —. No tiene más remedio que seguir adelante.

—Sí —aceptó Tatiana—, pero ¿cómo voy a vivir? Míreme. ¿Cree que no lo haría

si pudiera?

—Así que prefiere quedarse en el purgatorio de Estocolmo, viéndome cargar rollos de papel día sí, día no, mirándome fumar, espiándome. ¿Qué va a hacer? ¿Sentarse en este banco con su niño en brazos? ¿Es eso lo que quiere?

Tatiana no dijo nada.

*La primera vez que lo vio se estaba comiendo un helado, sentada en un banco.*

—Siga adelante.

—No tengo coraje.

—Lo tiene, pero está cubierto por una capa de hielo —dijo Sven, meneando la cabeza—. Veo que es invierno en su interior… —Sonrió y añadió—: No se preocupe, el verano no tardará en llegar y el hielo se deshará.

Tatiana se puso torpemente en pie.

—El problema no es el hielo, marinero filósofo —dijo en ruso mientras se alejaba —. Es la pira funeraria.

# Libro primero

## EL SEGUNDO ESTADOS UNIDOS…

*Mantén siempre la cabeza bien alta,*
*con esta marea*
*y con todas las mareas,*
*porque él era el hijo que criaste*
*y entregaste al vendaval y al oleaje.*

*Rudyard Kipling*

# Capítulo 1

*Hospital de Morozovo, 13 de marzo de 1943*

Entrada la noche, en el pueblecito pesquero donde el Ejército Rojo había instalado su cuartel general, un herido esperaba la muerte en la cama del hospital militar.

El herido estuvo varias horas con los brazos cruzados, hasta que se apagaron las luces y la sala quedó en silencio.

No tardarían en venir a buscarlo.

El herido era un soldado de veintitrés años castigado por la guerra. Los meses pasados en aquella cama de hospital habían dado a su rostro una palidez que no tenía que ver con el miedo ni con la añoranza. Iba sin afeitar y llevaba la cabeza rapada casi al cero. Sus ojos de color caramelo estaban clavados en la lejanía. Alexander Belov no era un hombre frío ni cruel, pero en esos momentos tenía una mirada sombría y resignada.

Unos meses antes, durante la batalla de Leningrado, Alexander había corrido a ayudar a su amigo Anatoli Marazov, caído sobre la superficie helada del Neva con una bala en la garganta. Además de Alexander, otra persona que corrió hacia el pobre Anatoli fue un médico de la Cruz Roja Internacional nacido en Boston y llamado Matthew Sayers. Pero el imprudente médico se hundió en el hielo y Alexander tuvo que sacarlo del agua arriesgando su vida y arrastrarlo sobre la superficie congelada del río hasta guarecerse con él detrás de un camión blindado. Los aviones alemanes bombardearon el camión y uno de los proyectiles cayó sobre Alexander. De pronto se acordó de Luga al principio de la guerra, cuando los alemanes bombardearon las tierras de labor llenas de civiles y de soldados. Ahora entendía por qué le habían causado tanta impresión: bajo las ráfagas de la Luftwaffe, había visto su propia muerte.

Fue Tatiana la que lo salvó de los cuatro jinetes que habían ido a buscarlo contando con sus dedos enfundados en guantes negros las buenas y las malas acciones de su vida. Tatiana, a la que Alexander había dicho: «Sal de inmediato de Leningrado y vete a Lazarevo». Lazarevo, la aldea de pescadores al pie de los Urales, en la ribera del caudaloso Kama, rodeada de bosques de coníferas. Lazarevo, donde Tatiana habría podido ponerse a salvo momentáneamente, si no hubiera sido tan imprudente como aquel médico de la Cruz Roja. «No iré», declaró; y no fue. Lo que hizo fue trasladarse al frente sin que Alexander lo supiera y plantar cara a los cuatro jinetes: «No os lo llevaréis, haré cuanto esté en mi mano para impedirlo», les dijo, desafiante.

Y Tatiana había cumplido su palabra. Había donado su propia sangre para impedir que los jinetes se llevaran a Alexander. Había vaciado sus arterias para alimentar las venas de Alexander, y lo había salvado.

Alexander le debía a Tatiana la vida, pero el doctor Sayers le debía la vida a él y por eso había aceptado llevarlos a los dos a Helsinki, para que desde allí pudieran trasladarse a Estados Unidos. Urdieron un plan con ayuda de Tatiana, y Alexander esperó dos meses en el hospital mientras se le curaban las heridas de la espalda, tallando figuritas y espadas de madera e imaginándose que atravesaba Estados Unidos con ella. Cerraba los ojos y pensaba que el dolor desaparecía y que hacía calor y que en el coche estaban solamente Tatiana y él, oyendo la radio y cantando.

Durante todo ese tiempo, Alexander se apoyó en las frágiles alas de la esperanza. Sabía que era una esperanza muy pequeña, pero aun así se dejó llevar por ella. Era la esperanza del hombre que corre en un último intento de salvación, suplicando a Dios que le dé tiempo a zambullirse en el agua antes de que el enemigo recargue sus armas y lo acribille. Alexander oye los chasquidos de los fusiles y los gritos de los soldados a sus espaldas, pero sigue corriendo. Zambullirse en el agua o morir. *Zambullirse en las aguas del Kama*.

Y después, tres días antes del momento actual, Alexander abrió los ojos y se encontró con su «buen» amigo Dimitri Chernenko delante de su cama, sujetando la mochila que creía haber perdido al caer sobre el hielo. Dimitri sacó el vestido blanco con rosas rojas de Tatiana y lo sostuvo en el aire en un gesto de amenaza: le estaba exigiendo que se olvidara de ella y se fuera a Estados Unidos con él. Lo estaba retando, pidiéndole que renunciara a su vida.

Alexander debería haberlo matado. De hecho, si no lo hubiera detenido un estúpido celador, habría acabado con él de una paliza. En cualquier caso, con Dimitri vivo o muerto, su destino estaba marcado. Alexander no sabía cuándo había quedado marcado, y tampoco quería saberlo.

Su destino había quedado marcado en diciembre de 1930, en el momento en que él y su familia salieron del último cuarto alquilado que habían ocupado en Boston.

Ahora, en 1943, si hubiera matado a Dimitri, Alexander estaría en el calabozo, esperando a comparecer ante un consejo de guerra por homicidio. Y Tatiana se habría quedado en la Unión Soviética para estar cerca de él, y Matthew Sayers, el médico de la Cruz Roja, se habría marchado solo a Helsinki.

Pero Alexander no lo había matado. Y lo primero que hizo Dimitri al volver en sí fue ir a hablar con el general Mejlis, el jefe de la rama militar del NKVD, para contarle todo lo que sabía de Alexander Belov. Y sabía muchas cosas.

Sin embargo, Dimitri no mencionó a Tatiana. Lo único que quería era arruinar la vida de Alexander, no la de ella. Tatiana, que era capaz de ver la verdadera naturaleza de las personas, había advertido a Alexander desde el principio de las malas intenciones de Dimitri. Alexander y ella actuaron con cautela, fingiendo que no se conocían y procurando no dejarse ver juntos en público. Pero Dimitri encontró el vestido blanco con rosas rojas en la mochila de Alexander y supo que se habían casado en secreto. Los tenía acorralados y estaba dispuesto a hacer lo que fuera para arruinarles la vida. Y lo hizo.

A pesar de todo, Alexander aún veía arder delante de él una pequeña llamita de esperanza. Dimitri estaba obsesionado con escapar de la Unión Soviética. Por eso, cuando corrió a hablar con el general Mejlis con el brazo medio arrancado y la cara llena de sangre, se limitó a delatar a su amigo Alexander Belov pero no mencionó a Tatiana Metanova. No dijo que Tatiana era la esposa de Alexander porque no quería que ella se marchara de la Unión Soviética; mejor dicho, quería que se marchara con él y no con Alexander.

Para salvar a Tatiana, Alexander Belov tuvo que armarse de valor y alejarse de ella. Más aún: tuvo que allanarle el camino para animarla a marcharse.

Ahora sólo le quedaba una cosa por hacer: curarse, reponer fuerzas y felicitar al médico que sacaría a su esposa de la Unión Soviética. Después regresaría al campo de batalla y volvería a enfrentarse al enemigo. Por el momento, lo único que podía hacer era esperar.

Alexander pidió a la enfermera del turno de noche que le trajera su uniforme de comandante y su gorra de oficial. Se afeitó con el cuchillo de combate y el vaso de agua de la mesilla, se vistió y se sentó a esperar con las manos en el regazo. Cuando fueran a buscarlo los esbirros del NKVD, y sabía que lo harían, quería recibirlos con toda la dignidad posible. Oyó la pesada respiración del soldado que ocupaba la cama contigua, oculta a la vista por una cortina de aislamiento.

¿Cuál era la situación de Alexander aquella noche? ¿Qué le había llevado a adoptar su decisión? Y lo más importante, ¿qué sería de él dos horas después, cuando el NKVD pusiera en cuestión todo lo que había sido hasta entonces? Es decir, cuando el jefe de la policía secreta, el general Mejlis, alzara sus ojillos incrustados en unos párpados grasientos y le ordenara: «Díganos quién es usted, comandante». ¿Cuál sería la respuesta de Alexander?

*¿Era el marido de Tatiana?*

*Sí.*

*—No llores, cariño.*

*—No acabes. Por favor, no acabes. Aún no.*

*—Tania, tengo que marcharme.*

*Había asegurado al coronel Stepanov que estaría de vuelta el domingo por la noche a la hora del recuento y no podía retrasarse.*

*—Por favor. Aún no.*

*—Tania, me darán más permisos de fin de semana… —dice Alexander entre jadeos—. Volveré después de la batalla de Leningrado. Pero ahora…*

*—Por favor, Shura. Aún no…*

*—Me estás apretando. Relaja las piernas…*

*—No, no te muevas. Por favor. Espera…*

*—Son casi las seis, mi amor. Tengo que marcharme.*

*—Shura, cariño… Por favor, no te marches.*

*—No acabes, no te marches… ¿Qué puedo hacer?*

*—Quédate como estás. Dentro de mí, para siempre. No te retires aún, aún no…*

*—Shhh… Tania…*

*Cinco minutos después, Alexander corre hacia la puerta de la habitación.*

*—Tengo que irme. No, no me acompañes al cuartel, no quiero que andes sola de noche. ¿Tienes la pistola que te di? Quédate aquí. No hace falta que me despidas desde el corredor. Sólo… ven aquí. —Alexander la estrecha contra él, la envuelve con la guerrera y le besa el pelo y los labios—. Sé buena, Tania. No es una despedida.*

*Ella hace el saludo militar.*

*—Hasta pronto, capitán de mi corazón —dice Tatiana, a la que ya no quedan lágrimas porque las ha derramado todas entre el viernes y el domingo.*

¿Era un soldado del Ejército Rojo?

Sí.

¿Era el hombre que había confiado su vida a Dimitri Chernenko, aquel canalla desalmado que se había hecho pasar por su amigo?

Sí, también era ese hombre.

Sin embargo, en otro tiempo había sido un ciudadano estadounidense, un Barrington. Hablaba como un estadounidense. Se reía como un estadounidense. En verano practicaba deporte al aire libre como cualquier estadounidense, nadaba como cualquier estadounidense y, como cualquier estadounidense, tenía una vida que daba por sentada. Como cualquier estadounidense, tenía amigos que pensaba conservar hasta la muerte y, como cualquier estadounidense, quería a sus padres.

En otro tiempo estaban los bosques de Massachusetts, su tierra natal. Y estaba la bolsa de tela donde guardaba sus pequeños tesoros infantiles: las conchas y los pedazos de cristal que recogía en la playa de Nantucket Sound, el envoltorio de un algodón de azúcar, los trozos de cordel y la foto de su amigo Teddy.

En otro tiempo tenía una madre, y su rostro moreno y de ojos grandes seguía sonriendo en su memoria.

En otro tiempo, cuando la luna era azul y el cielo era negro y las estrellas lo bañaban con su luz, durante un breve instante de la eternidad, Alexander había descubierto algo que no había vuelto a ver durante todo el tiempo que había pasado en la Unión Soviética.

En otro tiempo.

Alexander Barrington se acercaba a su fin. Pero no llegaría al final sin resistirse.

Se puso las tres medallas al valor y la Estrella Roja que le habían concedido por atravesar la peligrosa superficie helada de un lago al volante de un tanque, se encasquetó la gorra de oficial, se sentó en la butaca que había junto a la cama y esperó.

Alexander sabía cómo actuaban los agentes del NKVD cuando querían detener a

alguien. Tenían que actuar en silencio, procurando que los viera el menor número de gente posible. Llegaban en medio de la noche o se presentaban en el andén abarrotado donde esperabas el tren que iba a llevarte a un centro de veraneo en Crimea. Aparecían entre los puestos del mercado, o bien obligaban a un vecino a llamarte un momento a su habitación. Te preguntaban si podían sentarse a tu lado cuando estabas tomándote un *pelmeni*[1] en la taberna. Se colocaban detrás de ti en la cola de la tienda, carraspeaban y te decían que los acompañaras al departamento de entregas especiales. Se sentaban en el banco que ocupabas en el parque. Se mostraban siempre corteses y hablaban en voz baja e iban impecablemente vestidos. Al principio no veías las pistolas ni el coche que aparcaría junto al bordillo para llevarte a la Casa Grande. Una vez, una mujer a la que intentaron detener en plena calle se subió a una farola y comenzó a gritar hasta que los transeúntes abandonaron su indiferencia habitual. Los agentes del NKVD la dejaron en paz por el momento, pero ella, en lugar de esconderse en el campo, se fue a dormir a su casa, de donde se la llevaron aquella misma noche.

*A Alexander habían ido a buscarlo una tarde a las puertas del instituto, cuando charlaba con un amigo. Se le acercaron dos hombres y le dijeron que su profesor de historia quería verlo un momento en el despacho. Alexander desconfió de inmediato. Sin alterarse, se aferró al brazo de su amigo y movió la cabeza negativamente. Pero su compañero decidió que su presencia no era deseada y se marchó a toda prisa. Cuando se quedó solo con los dos agentes, Alexander consideró sus posibilidades de escapar, pero al ver el coche negro que aparcaba lentamente junto al bordillo comprendió que eran muy pocas. Al final decidió que no se atreverían a dispararle por la espalda a plena luz del día y echó a correr. Los dos agentes echaron a correr tras él, pero tenían unos cuantos años más que Alexander y no lo alcanzaron. Al cabo de unos minutos los perdió de vista y se escondió en un callejón. Más tarde se fue al mercado de la iglesia de San Nicolás, compró un panecillo y pensó que no podía volver a casa. Como su padre no lo echaría de menos y su madre no se daría ni cuenta, pasó la noche al raso.*

*A la mañana siguiente volvió al instituto, pensando que en el aula estaría más seguro. El director en persona le envió una nota pidiéndole que fuera a verlo a su despacho.*

*En cuanto salió al pasillo, los dos agentes lo agarraron y lo obligaron a salir a la calle y a subir al coche que aguardaba junto a la acera.*

*En la Casa Grande le dieron una paliza y luego lo enviaron a la cárcel de Kresti. Alexander no se hacía muchas ilusiones sobre su destino. No podían acusarlo de nada, pero sabía que su inocencia o culpabilidad eran lo de menos. Además, tal vez no era tan inocente. Después de todo, era estadounidense y se llamaba Alexander Barrington. Ése era su delito. Lo demás eran detalles superfluos.*

Fueran quienes fueran los que acudieran a buscarlo aquella noche a la sala de convalecencia del hospital militar, procurarían no armar ningún jaleo. Alexander suponía que el pretexto que se habían buscado (llevarlo a Voljov para ascenderlo a teniente coronel) bastaría para contentar a los *apparatchik*[2]. Sin embargo, estaba decidido a no llegar a Voljov, donde debían «juzgarlo» y ejecutarlo. En Morozovo, rodeado de novatos, tenía más posibilidades de sobrevivir.

Según el artículo 58 del Código Penal soviético de 1928, Alexander no era un delincuente político. El Código se subdividía en 14 capítulos y utilizaba definiciones muy vagas. Daba igual que Alexander fuera o no estadounidense, que fuera o no prófugo de la justicia, que fuera o no agente extranjero, espía o pacifista e incluso que hubiera cometido o no un acto delictivo, ya que la mera intención de traicionar al Estado equivalía a un acto de traición y estaba sujeta a una severa pena. El gobierno soviético se enorgullecía de esta muestra de superioridad sobre las legislaciones occidentales, que esperaban ridículamente a que los delitos se llevaran a la práctica antes de aplicar el castigo pertinente.

Cualquier acto, efectivo o en grado de intención, contrario al Estado o a la estructura militar de la Unión Soviética estaba penado con la muerte. Y no sólo los actos. También la inacción se consideraba contrarrevolucionaria.

En cuanto a Tatiana, no viviría mucho tiempo si se quedaba en la Unión Soviética. Si Alexander y Dimitri hubiesen huido a Estados Unidos tal como tenían planeado, ella habría pasado a ser la esposa de un desertor del Ejército Rojo. Si él hubiera muerto en el frente, ella, viuda y huérfana, habría tenido pocas posibilidades de sobrevivir. Y si Dimitri denunciaba a Alexander al NKVD, como realmente había hecho, Tatiana se convertía en la única pariente viva de Alexander Barrington, la esposa rusa de un «espía» estadounidense, un enemigo de clase o, como se decía por entonces, un enemigo del pueblo. Ésas eran las únicas posibilidades de futuro que se abrían ante Alexander y la infortunada muchacha que se había casado con él.

«Cuando Mejlis me pregunte quién soy, ¿agacharé la cabeza y diré “Alexander Barrington” sin pensar en el pasado?».

¿Podría hacerlo? ¿No pensaría en el pasado?

Alexander no se veía capaz.

*La llegada a Moscú, 1930*

A los once años, Alexander entró con sus padres en una habitación pequeña y fría y sintió náuseas en cuanto traspasó el umbral.

—¿Qué es ese olor, mamá? —preguntó.

La habitación estaba a oscuras y Alexander no veía bien qué había en su interior. Cuando su padre encendió la luz, siguió sin ver apenas nada porque la bombilla estaba sucia y amarillenta. Alexander se tapó la nariz y volvió a preguntar qué era

aquel olor. Su madre no dijo nada; se quitó el sombrerito y el abrigo, pero al sentir frío se los volvió a poner y encendió un cigarrillo.

El padre de Alexander recorrió la habitación con pasos viriles, palpando la cómoda, la mesa de madera y los visillos polvorientos.

—No está mal —concluyó—. Estaremos muy cómodos. Alexander, tú tendrás una habitación para ti solo y tu madre y yo nos quedaremos en ésta. Ven, voy a enseñarte tu dormitorio.

Alexander le dio la mano y salió detrás de él.

—Pero huele raro, papá…

—No te preocupes. —Harold sonrió—. Tu madre lo limpiará todo. Además, no pasa nada. Es sólo que… aquí vivían muchas personas. —Oprimió la mano del niño —. Es el olor a comunismo, hijo.

Ya era de noche cuando los llevaron por fin a la residencia. Alexander imaginó que no quedaba lejos del centro, pero no habría podido decirlo con seguridad. Habían llegado a Moscú al amanecer, después de viajar dieciséis horas en tren desde Praga. Antes habían viajado otras veinte horas desde París, donde habían tenido que aguardar dos días a que les dieran los documentos, los permisos o los billetes de tren, no sabía muy bien qué. Pero le había gustado París. Los adultos estaban muy atareados y le hacían poco caso, y él se entretenía leyendo su libro favorito, *Las aventuras de Tom Sawyer*. Cada vez que quería olvidarse de los mayores, abría el libro y se sentía mejor. Claro que luego su madre intentaba explicarle por qué había discutido con su padre, y Alexander tenía ganas de decirle que hiciera caso a papá y no le fuera a él con historias.

Alexander no quería escuchar las explicaciones de su madre.

Pero esta vez sí: esta vez quería una explicación.

—¿Olor a comunismo, papá? ¿Y eso qué puñetas es?

—¡Alexander! —protestó Harold—. ¿Dónde has aprendido a hablar así? Tu madre y yo no usamos esas palabrotas.

A Alexander no le gustaba criticar a su padre, pero tuvo ganas de recordarle que cuando discutían, Jane y él soltaban palabrotas como aquélla y otras aún peores. Su padre se comportaba como si no estuvieran en la habitación de al lado, o justo delante de su hijo. En Barrington, el dormitorio de sus padres estaba al final del pasillo, en el piso de arriba, a bastante distancia de su cuarto, y nunca oyó ni una palabra. Y así debía ser.

—Por favor, papá —insistió—, ¿qué olor es ése?

—Son los retretes, Alexander —respondió su padre, incómodo.

—¿Y dónde están? —preguntó Alexander, paseando la mirada por el dormitorio.

—Aquí no. Están cerca, en el pasillo. —Harold sonrió—. Míralo por el lado bueno: no tendrás que ir muy lejos si te despiertas en medio de la noche.

Alexander soltó la mochila y se quitó el abrigo. Le daba igual que hiciera frío. No pensaba dormir con el abrigo puesto.

—Papá —dijo, respirando por la boca para contener las náuseas—. ¿No sabes que nunca me despierto en medio de la noche? Tengo un sueño muy profundo.

En la habitación había un camastro cubierto con una mantita de lana. Cuando se fue Harold, Alexander se asomó a la ventana para ver qué había fuera. Hacía mucho frío en Moscú. Era diciembre y la temperatura era de varios grados bajo cero. Al asomarse a la calle desde el segundo piso, Alexander vio que en el suelo de uno de los portales dormían cinco personas. Dejó la ventana abierta. Hacía frío pero no le importaba. Prefería que se ventilara la habitación.

Salió al pasillo pero no pudo entrar en el baño y optó por bajar a la calle. Al volver se desvistió y se metió en la cama. El día había sido largo y Alexander sólo tardó unos segundos en dormirse, pero tuvo tiempo de preguntarse si también existiría el olor a capitalismo.

# Capítulo 2

*La llegada a la isla de Ellis, 1943*

Tatiana se levantó de la cama y se acercó a la ventana. Ya había amanecido y la enfermera no tardaría en traerle al niño para que le diera de mamar. Apartó los visillos, quitó el pestillo y trató de levantar la ventana, pero no pudo moverla porque se había secado un poco de pintura blanca entre el marco y la pared. Tiró más fuerte para desengancharla, la subió del todo y asomó la cabeza al exterior. El aire era agradable y olía a agua salada.

Agua salada. Tatiana respiró hondo y sonrió. Le gustaba aquel olor. Era distinto de los demás olores que le resultaban familiares.

Las gaviotas que cortaban el aire con sus chillidos también le resultaban familiares.

Pero la vista no le resultaba familiar.

Bajo la bruma matinal, las aguas del puerto de Nueva York eran como un cristal verdoso. Al fondo se veían rascacielos, y a la derecha, entre la omnipresente niebla, una estatua que enarbolaba una antorcha encendida.

Tatiana se sentó frente a la ventana y contempló fascinada los edificios que se alzaban al otro lado del agua. ¡Eran tan altos y tan bellos! La línea del horizonte estaba formada por innumerables torres y bloques que proclamaban el poder de la humanidad mortal sobre los cielos inmortales. Los pájaros que volaban en el aire, la quietud del agua, la grandiosidad de los rascacielos del otro lado del puerto y la verde superficie de la bahía abierta al Atlántico; eso fue lo que vio Tatiana, hasta que empezó a darle el sol en los ojos y tuvo que apartarse. El puerto se fue animando a medida que entraban barcazas y cargueros y toda clase de embarcaciones, haciendo sonar los silbatos y las sirenas en un clamor tan bullicioso que Tatiana estuvo a punto de cerrar la ventana. Pero no la cerró.

Siempre había querido ver el océano. Había visto el mar Negro y el Báltico y muchos lagos, entre ellos uno tan grande como el Ladoga, pero nunca el océano, y el Atlántico era precisamente el océano que había cruzado Alexander de pequeño, cuando zarpó de las costas estadounidenses entre los fuegos del Cuatro de Julio. ¿No faltaban pocos días para la celebración? A lo mejor podría ver los fuegos artificiales. Se lo preguntaría a Brenda, su enfermera, una mujer más bien antipática que le informaba de todo con brusquedad, cubriéndose media cara (y el corazón entero) con una mascarilla que la protegía de Tatiana.

—Sí —respondió Brenda a su pregunta—. Habrá fuegos artificiales. Faltan dos días para el Cuatro de Julio. No serán tan espectaculares como antes de la guerra, pero algo habrá. Pero ¿por qué le interesan los fuegos? ¿Lleva menos de una semana en Estados Unidos y ya me pregunta por eso? En lo que tiene que pensar es en recuperarse y proteger a su bebé de la infección. ¿Ha salido a pasear? Ya sabe que el

médico le dijo que saliera de vez en cuando y que se tapara la cara para no toser sobre el niño y que no lo llevara en brazos para no fatigarse. ¿Ha salido? ¿Y ha desayunado?

Tatiana pensó que la enfermera hablaba siempre muy deprisa, como si no quisiera que ella la entendiera.

Pero ni siquiera la presencia de Brenda podía arruinarle el desayuno: huevos, jamón, tomates y café con leche (normal o deshidratada). Tatiana lo devoró sentada en la cama. Tenía que reconocer que la blandura del colchón, la suavidad de las sábanas y el grosor de la manta de lana eran comodidades tan básicas como el pan.

—¿Podría traerme al niño? Tengo que darle de mamar.

Tatiana se notaba los pechos rebosantes.

Brenda subió la ventana de golpe.

—No vuelva a abrirla —le advirtió—. El niño podría resfriarse.

—¿Resfriarse con la brisa veraniega? —respondió Tatiana, soltando una risita.

—Sí, por la humedad.

—Pero si acaba de decirme que me conviene salir…

—Una cosa es el aire del exterior y otra el del interior —contestó Brenda.

—El niño no tiene tuberculosis como yo —dijo Tatiana, y tosió audiblemente para añadir énfasis a sus palabras—. Tráigamelo, por favor.

Después de amamantar al niño, Tatiana se acercó otra vez a la ventana y se sentó en el alféizar con el bebé en brazos.

—Mira, Anthony —susurró al oído del niño en su lengua natal—. ¿Lo ves? ¿Ves el agua de la bahía? Es bonita, ¿verdad? Y al otro lado del puerto hay una ciudad muy grande, llena de gente, de calles y de parques. En cuanto esté mejor, subiremos a uno de esos transbordadores y daremos un paseo por Nueva York. ¿Verdad que te gustará, Anthony? —Tatiana acarició la carita del niño y contempló el horizonte—. A tu padre le encantaría —susurró.

# Capítulo 3

*Morozovo, 1943*

Matthew Sayers se acercó a la cama de Alexander a la una de la madrugada y constató lo obvio:

—Sigue usted aquí. —Tras una pausa, añadió—: A lo mejor no vienen a buscarlo.

Como buen estadounidense, el doctor Sayers era un eterno optimista.

Alexander negó con la cabeza.

—¿Ha guardado la medalla de Héroe de la Unión Soviética en la mochila de Tatiana? —Fue todo lo que dijo. El médico asintió—. ¿La ha escondido bien, tal como le dije?

—La he escondido tan bien como he podido.

Esta vez fue Alexander el que asintió.

Sayers se sacó del bolsillo una jeringuilla, una ampolla y un frasquito de medicinas.

—Le hará falta esto.

—Lo que me hace falta es fumar. ¿Tiene tabaco?

Sayers sacó una pitillera repleta de cigarrillos.

—Ya están liados.

—Perfecto. Mechero ya tengo.

Sayers le enseñó una ampollita llena de un líquido incoloro.

—Le he traído 650 miligramos de solución de morfina. No la utilice de una sola vez.

—¿Y por qué razón iba a hacerlo? Hace semanas que no me dan morfina.

—¿Quién sabe? Podría necesitarla. Inyéctese 15 miligramos, 30 como máximo; 650 bastan para matar a dos hombres fornidos. ¿Ha visto administrarla alguna vez?

—Sí —respondió Alexander.

Entonces le vino a la mente la imagen de Tatiana con la jeringuilla en la mano.

—Muy bien. Como no podrá abrir una vía intravenosa, será mejor que se la inyecte en el estómago. También le he traído sulfamidas para combatir la infección. Y aquí tiene una botellita de ácido fénico: úselo para esterilizar la herida si se queda sin medicamentos. Y un rollo de vendas. Tendrá que cambiarse el apósito diariamente.

—Gracias, doctor.

Guardaron silencio durante un momento.

—¿Tiene las granadas de mano?

—Una en la mochila y la otra en la bota —respondió Alexander, asintiendo con un gesto.

—¿Y armas de fuego?

Alexander dio una palmadita a la funda de la pistola.

—Se lo quitarán todo.

—Tendrán que obligarme. No pienso entregarles nada.

El doctor Sayers le estrechó la mano.

—¿Recuerda lo que le dije? —preguntó Alexander—. Pase lo que pase, no pierda esto. —Se quitó la gorra de oficial y se la dio al médico—. Redacte un certificado de defunción y a ella dígale que me vio muerto sobre el lago y que luego arrojó mi cadáver por un agujero del hielo. ¿Está claro?

—Le ayudaré en la medida que pueda —asintió Sayers—. Pero no me gusta lo que me pide.

—Ya lo sé.

Sus rostros se ensombrecieron.

—Comandante… ¿qué hago si realmente lo encuentro muerto en el hielo?

Alexander había pensado en ello.

—Redacte mi certificado de defunción y sepúlteme en el Ladoga. Persígneme antes de arrojarme al lago. —Se estremeció un momento—. Y no se olvide de darle mi gorra a Tatiana.

—Chernenko anda siempre rondando el *jeep* —dijo Sayers.

—Sí. No los dejará marcharse sin él, téngalo por seguro. Tendrá que llevárselo con usted.

—No quiero llevármelo.

—Quiere salvarla a ella, ¿no? Si Chernenko no los acompaña, Tatiana no tiene ninguna oportunidad. Así que deje de dar vueltas a algo que no tiene remedio. Limítese a vigilarlo, sin confiar en él en ningún momento.

—¿Y qué voy a hacer con él en Helsinki?

—En eso no le puedo aconsejar —respondió Alexander, con una pequeña sonrisa —. Simplemente… no haga nada que pueda ponerlo en peligro a usted o poner en peligro a Tatiana.

—Claro que no.

—Tiene que actuar con cautela, con valentía y discreción —añadió Alexander—. Llévesela tan pronto como pueda. ¿Ha avisado a Stepanov de que se marcha?

El coronel Mijail Stepanov era el superior de Alexander.

—Le he dicho que voy a regresar a Finlandia, y él me ha pedido que acompañe a su esposa a Leningrado. Dice que no le conviene quedarse en Morozovo.

Alexander asintió.

—Ya he hablado con él y le he pedido que la deje marcharse con usted —explicó —. Tiene su permiso. Mejor, así le será más fácil salir de la base.

—Stepanov me ha dicho que es habitual que se concedan ascensos en Voljov, al otro lado del lago. ¿Debo creerlo? Me cuesta distinguir la verdad de la mentira.

—Bienvenido a mi mundo —dijo Alexander.

—¿Sabe lo que le va a suceder?

—Él es el único que me ha informado de lo que está a punto de sucederme. Me llevan a la otra orilla del lago porque aquí no hay cárcel —explicó Alexander—. Pero

cuando mi mujer le haga preguntas, Stepanov le dirá lo mismo que le he dicho yo: que van a ascenderme. Cuando estalle el camión, a los del NKVD les será más fácil ceñirse a la versión oficial… No les gusta hablar de oficiales arrestados. ¡Es mucho más fácil decir que he muerto!

—En Morozovo sí que hay cárcel. —Sayers bajó la voz—. El otro día me llamaron para atender a dos soldados que se estaban muriendo de disentería. Los tenían en la escuela abandonada, en un cuartito del sótano. Han dividido el refugio antiaéreo en varias celdas minúsculas. Creo que los tenían aislados. —Sayers clavó la mirada en Alexander—. No pude ayudarlos. No sé por qué no los dejaron morir sin más, la cuestión es que me llamaron demasiado tarde.

—Le avisaron cuando les convenía, para que no se diga que no les proporcionaron atención médica. Así pueden decir que intervino la Cruz Roja Internacional. Todo muy legal.

—¿Tiene miedo? —preguntó el doctor Sayers, con la respiración entrecortada.

—Tengo miedo por ella —respondió Alexander—. ¿Y usted?

—Muchísimo.

Alexander asintió y se acomodó contra el respaldo de la butaca.

—Una cosa más, doctor. Tal como tengo ahora la herida, ¿estoy en condiciones de luchar?

—No.

—¿Volverá a abrirse?

—No, pero podría infectarse. No se olvide de tomar las sulfamidas.

—No me olvidaré.

—No se preocupe por Tania —añadió en voz baja el doctor Sayers antes de marcharse—. Todo irá bien. No la perderé de vista hasta que lleguemos a Nueva York, y una vez allá estará a salvo.

—Estará tan bien como la situación lo permita —admitió Alexander, con un pequeño gesto de asentimiento—. Ofrézcale chocolate.

—¿Cree que así se sentirá mejor?

—Usted ofrézcaselo —repitió Alexander—. Las cinco primeras veces le contestará que no, pero a la sexta aceptará.

Antes de salir de la sala, el doctor Sayers se dio la vuelta y se encaró con Alexander. Los dos se miraron a los ojos durante un breve instante y acto seguido Alexander despidió al médico con el saludo marcial.

*La vida en Moscú, 1930*

Después de ir a buscarlos a la estación de tren y antes de dejarlos en la residencia, los llevaron a un restaurante y les dejaron comer y beber cuanto quisieran. Alexander estaba contento de ver feliz a su padre; parecía que las cosas iban a salir bien. La

comida era pasable y abundante, pero el pan no era del día y el pollo tampoco. La mantequilla estaba fría como el tiempo y el agua también, pero les dieron té caliente con azúcar y cuando todos alzaron los vasitos de cristal y brindaron gritando «*Na zdorovye!*» o «¡Salud!», Harold dejó que su hijo tomara un sorbo de vodka.

—¡Harold! —protestó la madre—. ¿Estás loco? ¿Cómo se te ocurre darle vodka al niño?

Ella, que no era bebedora, se limitó a acercarse el vasito a los labios.

Alexander probó el vodka por curiosidad pero le pareció horrible y sintió su quemazón durante un tiempo que le pareció interminable. Su madre se rio al ver la cara que había puesto. Cuando dejó de escocerle la garganta, Alexander se quedó dormido con la cabeza apoyada en la mesa.

Luego vino la llegada a la residencia.

Luego vino lo de los retretes.

La residencia era fétida y oscura. Era oscuro el papel de la pared y eran oscuros los suelos, que en algunas habitaciones (entre ellas la de Alexander) no eran del todo perpendiculares a las paredes. Alexander siempre había pensado que las paredes tenían que formar ángulo recto con los techos, pero ¿él qué sabía? A lo mejor las revolucionarias técnicas arquitectónicas soviéticas no habían llegado aún a Estados Unidos. A juzgar por cómo ensalzaba su padre el prometedor futuro de Rusia, a Alexander no le habría extrañado descubrir que la rueda no se había inventado hasta la Gloriosa Revolución de Octubre de 1917.

También eran oscuras las colchas de las camas y las tapicerías de los sofás, y las cortinas eran de color marrón oscuro, las alacenas eran de madera oscura y la cocina de leña era negra. Al fondo del pasillo mal iluminado vivían tres hermanos nacidos en Georgia, al borde del mar Negro, los tres de pelo rizado y oscuro, ojos oscuros y piel oscura. Enseguida acogieron a Alexander como un georgiano más, a pesar de su piel clara y su pelo liso. Lo llamaban Sasha, decían que era su niño y le daban a probar un yogur líquido al que llamaban kéfir y que a Alexander le parecía repugnante.

Para su desgracia, Alexander descubrió que ésa no era la única especialidad de la gastronomía rusa que le resultaba repugnante. No era capaz de sentarse a una mesa donde hubiera cualquier cosa rebosante de cebolla y vinagre. Y casi todos los platos rusos que les ofrecían los amables extranjeros que compartían con ellos la residencia rebosaban de cebolla y vinagre.

Aparte de los tres georgianos, ningún otro inquilino de la planta sabía hablar ruso. En el segundo piso del Hotel Derzhava («fortaleza»), vivían otras treinta personas que se habían trasladado a la Unión Soviética por razones parecidas a las de los Barrington. Había una familia de comunistas italianos que habían tenido que huir de Roma a finales de los años veinte y que la Unión Soviética había acogido como a sus hijos. En opinión de Harold y de Alexander, era una cuestión de honor.

También había una familia de Bélgica y dos de Inglaterra. A Alexander le caían especialmente bien los británicos porque hablaban algo parecido a su idioma. Pero

Harold quería que su hijo hablara ruso y no le caían demasiado bien los ingleses ni los italianos, y en realidad casi ninguno de sus compañeros de planta. Cada vez que tenía ocasión trataba de impedir que Alexander jugara con las hermanas Tarantella o con Simon Lowell, el chaval de Liverpool. Harold Barrington quería que su hijo se hiciera amigo de niños soviéticos. Quería que se sumergiera en la cultura moscovita y que aprendiera ruso, y Alexander, deseoso de complacerlo, hizo lo que su padre quería.

Harold no tuvo problemas para encontrar trabajo en Moscú. En Estados Unidos se había dedicado a muchas cosas distintas a pesar de que no necesitaba trabajar, y aunque no dominaba ningún oficio en particular, aprendía muy deprisa. Las autoridades moscovitas lo colocaron en la rotativa del *Pravda*, el diario oficial, donde manejaba las planchas de impresión diez horas al día. Todas las noches volvía a casa con los dedos tan cubiertos de tinta azul que parecían negros. Por mucho rato que estuviera lavándose las manos, las manchas no se iban.

También podría haberse dedicado a techar casas, pero en Moscú el sector de la construcción no estaba demasiado activo. «De momento se construye poco, pero dentro de nada ya veréis», solía decir Harold. Podría haberse dedicado a asfaltar pero tampoco se construían ni reparaban demasiadas carreteras: «De momento no, pero dentro de poco ya veréis…».

La madre de Alexander siguió los pasos del padre. Todo le parecía bien, excepto el mal estado de las instalaciones y los edificios. A pesar de las bromas de Alexander («Papá, ¿te parece bien que mamá friegue el baño para que no huela a proletariado? Mamá, deja de limpiar, que papá protesta…»), Jane estaba una hora fregando con estropajo la bañera comunitaria antes de meterse dentro. Todos los días, al volver del trabajo y antes de hacer la cena, salía a limpiar el baño. Alexander y su padre tenían que esperar a que volviera para poder comer algo.

—Alexander, lávate las manos al salir del baño…

—Ya no soy un niño, mamá… —protestaba Alexander—. Ya sé que tengo que lavarme las manos. —Luego husmeaba el aire y añadía—: ¡Ah, el *eau* de comunismo! ¡Qué perfume tan denso y embriagador…!

—¡No hagas bromas con eso! Y acuérdate de lavarte las manos siempre, en el colegio también…

—Sí, mamá.

—Ya sabes —concluía su madre, encogiéndose de hombros—: aquí huele mal, pero al final del pasillo es peor. ¿Has visto cómo apesta la habitación de Marta?

—Claro. Allí se ha impuesto más el nuevo orden soviético.

—¿Sabes por qué huele tan mal? Vive con sus dos hijos en una sola habitación. ¡Señor, qué mugre y qué peste tan insoportables!

—No sabía que Marta tuviera dos hijos.

—Pues sí. El mes pasado vinieron a verla desde Leningrado y se van a quedar aquí.

Alexander sonrió.

—¿Y dices que el mal olor es por ellos?

—No es por ellos —respondió Jane con un mohín de repugnancia—. Es por las putas que trajeron de la estación de tren. Y la otra noche tenían a otra lagartona. Son ellas las que lo han dejado todo apestoso.

—Eres demasiado crítica, mamá. No todo el mundo ha tenido ocasión de comprarse perfume francés al pasar por París. Si quieres que se refinen las putas, dales un poco del tuyo —propuso Alexander, riendo.

—No digas palabrotas, se lo diré a tu padre…

—A lo mejor no diría palabrotas si tú no hablaras de estas cosas con un niño de once años —dijo el padre, que estaba en la misma habitación.

Jane sonrió irónicamente y decidió cambiar de tema:

—Feliz Nochebuena, Alexander, cariño. A papá no le gusta que recordemos estos rituales absurdos…

—No es que no me guste… —la interrumpió Harold—. Sólo quiero situarlos en la perspectiva adecuada… Son superfluos y una reliquia del pasado.

—Y yo estoy totalmente de acuerdo contigo —continuó Jane—, pero de vez en cuando es agradable recordarlos, ¿no?

—Sobre todo hoy —reconoció Alexander.

—Muy bien. Pues haremos una cena especial. Y tú tendrás un regalo de Año Nuevo, como todos los niños soviéticos. —Jane hizo una pausa y luego añadió—: Es un regalo que te hacemos nosotros, no Papá Noel. —Hizo otra pausa—. Tú ya no crees en Papá Noel, ¿verdad, hijo?

—No, mamá —contestó dubitativamente Alexander, sin mirar a su madre.

—¿Desde cuándo?

—Desde ahora mismo —contestó el niño, y se levantó y comenzó a quitar la mesa.

Jane Barrington consiguió trabajo en la sección de préstamo de una biblioteca universitaria pero al cabo de unos meses la trasladaron a la sección de referencia y luego a la de cartografía y al final la pusieron de camarera en el comedor de la facultad. Todas las noches, después de limpiar los baños, preparaba platos rusos para la familia y de vez en cuando se quejaba de la falta de *mozzarella*, aceite de oliva o albahaca fresca para cocinar unos espaguetis. Alexander y Harold no protestaban y engullían sin rechistar la col, las patatas, las salchichas, los champiñones y el pan negro con cristales de sal. Harold insistió en que su mujer aprendiera a cocinar un *borsch*[3] de ternera como el que preparaban tradicionalmente las madres rusas.

✶

Una noche, a Alexander lo despertaron los gritos de su madre. Se levantó de mala gana, salió al pasillo y vio a Jane vestida con su camisón blanco y lanzando

improperios a uno de los hijos de Marta, que se alejaba por el pasillo sin mirarla. Jane tenía una cacerola en la mano.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Alexander.

Harold no se había levantado.

—He salido al baño y me han entrado ganas de beber agua. Pensaba que a estas horas no habría nadie en la cocina, pero me he encontrado a ese guarro metiendo las zarpas en mi *borsch*. ¡Estaba sacando los pedazos de carne! ¡Comiéndose mi *borsch* directamente de la cacerola, el muy cerdo! —chilló en dirección al vestíbulo—. ¡No hay respeto por la propiedad privada!

Su madre soltó unos cuantos insultos más y arrojó furiosamente por el fregadero lo que quedaba del guiso.

—Y pensar que nos lo habríamos comido sin saber que ese bruto había metido sus manazas… —suspiró.

—Buenas noches, madre —se despidió Alexander antes de volver a la cama.

Jane siguió hablando de lo sucedido a la mañana siguiente, y también cuando su hijo volvió del colegio por la tarde, y durante la cena, que no consistió en un delicioso *borsch* sino en un plato de verdura hervida que a Alexander no le gustaba nada. Prefería la carne porque le daba fuerza. Su cuerpo crecía de una forma desconcertante, pero se había dado cuenta de que necesitaba alimentarlo con pollo, ternera, cerdo… y pescado cuando había. No le gustaba cenar solamente verdura.

—Cálmate, Jane —dijo Harold—. Este asunto te ha afectado demasiado.

—¿Y cómo no me va afectar? ¿Crees que el muy guarro se había lavado las manos después de sobar a esa puta que trajo de la estación y que es aún más guarra que él?

—Ya tiraste el guiso. ¿Por qué sigues tan rabiosa? —dijo Harold.

Alexander, esforzándose para no echarse a reír, miró a Harold. Como vio que su padre no decía nada más, carraspeó y decidió intervenir:

—Bueno, mamá, tengo que decirte que tu actitud no me parece demasiado socialista. El hijo de Marta tiene todo el derecho a compartir tu *borsch* contigo, igual que tú tienes derecho a compartir a su puta con él. Ya sé, ya sé que no quieres nada de esa mujer. Pero si quisieras, y si ella fuera propiedad de ese hombre (cosa que no es así, por supuesto, porque las personas no pertenecen a nadie), tendrías derecho a compartirla con él. Igual que tienes derecho a compartir su mantequilla. ¿Quieres la mantequilla del hijo de Marta? Voy a traerte un poco.

Harold y Jane miraron severamente a Alexander.

—¿Te has vuelto loco, Alexander? ¿Por qué voy a querer yo algo que pertenezca a ese hombre?

—Por eso lo digo, mamá. No hay nada que le pertenezca. Todo es tuyo también. Y por eso mismo, tampoco hay nada que te pertenezca a ti, puesto que también es suyo. Él tiene todo el derecho a hurgar en tu cacerola de *borsch*. Eso es lo que me habéis enseñado vosotros, y es lo que me enseñan en el colegio, aquí en Moscú. Así

es mejor para todos. Y nos trasladamos aquí para prosperar en la prosperidad común, para que todo el mundo pueda beneficiarse de los logros de todo el mundo. Personalmente, no entiendo que prepararas tan poca cantidad de *borsch*. ¿No sabes que Nastia, la del fondo del pasillo, lleva un año sin añadir carne al guiso?

Alexander miró a sus padres con los ojos resplandecientes.

—Por el amor de Dios, ¿qué te pasa, hijo? —preguntó Jane.

Alexander terminó de comerse la col con cebolla.

—¿Cuándo es la próxima reunión del Partido? —preguntó a su padre al final de la cena—. Estoy impaciente por ir.

—¿Sabes qué, hijo? Creo que para ti no habrá más reuniones del Partido —anunció Jane.

—Al contrario —protestó Harold, y acarició el pelo de su hijo—. Creo que necesita unas cuantas más.

Alexander sonrió.

Habían llegado a Moscú el invierno anterior, y tres meses después de su llegada se daban cuenta de que para conseguir cualquier cosa que necesitaran —desde un saquito de harina de trigo o de centeno hasta unas bombillas— tenían que comprársela a los vendedores clandestinos que merodeaban por los alrededores de las estaciones para colocar la fruta o el jamón que escondían bajo los abrigos de pieles. No había muchos y los precios eran exorbitantes. Harold estaba en contra de la venta clandestina y se conformaba con el escaso pan negro del racionamiento, el *borsch* sin carne y las patatas sin mantequilla pero con abundante aceite de linaza… que hasta entonces habían pensado que servía solamente para desleír pintura, fabricar linóleo o barnizar madera.

—No estamos en situación de malgastar en el estraperlo —decía—. Podemos aguantar un invierno sin fruta; ya habrá el año próximo. No andamos sobrados. ¿De dónde vamos a sacar el dinero para pagar los productos clandestinos?

Jane callaba y Alexander se encogía de hombros sin saber qué contestar, pero por la noche, cuando el padre ya dormía, Jane entraba de puntillas en la habitación de su hijo y entre susurros le decía que a la mañana siguiente se comprara unas naranjas para prevenir el escorbuto, o jamón para combatir la distrofia muscular, o un poco de leche, que escaseaba y no solía ser muy fresca.

—Escúchame bien, Alexander. Te he puesto unos dólares en el bolsillo interior de la cartera del colegio, ¿me has entendido?

—Muy bien, mamá. ¿De dónde los has sacado?

—No te preocupes por eso, hijo. Traje un poco de dinero extra, por si acaso. —Jane se acercaba en la oscuridad a la cabecera de la cama y le daba un beso en la frente—. Las cosas no pueden cambiar de la noche a la mañana. ¿Sabes cómo está la situación en Estados Unidos? Depresión económica, pobreza, paro… son tiempos duros en todas partes. Pero nosotros vivimos de acuerdo con nuestros principios, participamos en la construcción de un nuevo orden que no se basa en la explotación

sino en la fraternidad y en la cooperación mutua.

—¿Con unos dólares extra por si acaso? —susurraba Alexander.

—Con unos dólares extra por si acaso —reconocía Jane, tomándole la cara entre las manos—. Pero no se lo digas a tu padre, porque se sentiría traicionado y se enfadaría.

—No le diré nada.

Al invierno siguiente, Alexander ya tenía doce años y en Moscú seguía sin haber fruta. Y el frío era tan terrible como el año anterior, y la única diferencia entre el invierno de 1931 y el invierno de 1930 era que los vendedores clandestinos que merodeaban junto a las estaciones habían desaparecido. A todos les habían caído diez años en Siberia por sus actividades contrarrevolucionarias y antiproletarias.

# Capítulo 4

*La vida en la isla de Ellis, 1943*

Tatiana, aprovechando que tenía poca cosa que hacer aparte de guardar cama y recuperarse, decidió leer para mejorar sus nociones del idioma. En la pequeña pero bien surtida biblioteca de Ellis había libros en inglés donados por enfermeros, médicos y otros benefactores, además de algunas obras en ruso, de Mayakovski, Gorki, Tolstoi… Tatiana se llevaba los libros a la habitación pero le costaba concentrarse leyendo en inglés, y cuando no se concentraba le venían a la mente escenas de hielo y sangre, mezcladas con imágenes de aviones y bombas, de mujeres que tejían y cosían, de madres mirando atónitas las bolsas que contenían los restos mortales de sus hijos, de hermanas muertas de hambre y frío y arrojadas a una pila de cadáveres, de hermanos que desaparecían en el incendio de un tren, de padres que acababan carbonizados, de abuelos que fallecían con los pulmones infectados y de abuelas que morían de pena. Una superficie blanca, un charco de sangre, un pelo negro y ensortijado, una gorra de oficial caída sobre el hielo… las imágenes eran tan vívidas que Tatiana no tenía más remedio que levantarse, salir tambaleándose de la habitación para vomitar en el baño común y a la vuelta esforzarse en seguir practicando hasta leer en inglés con la concentración necesaria para no verse arrastrada a aquel lugar donde su corazón no podía evitar agitarse desbocado en el agujero abierto en medio de su pecho, un agujero hueco y muy parecido al miedo que le inundaba todo el cuerpo en cuanto cerraba los ojos.

Entonces sacaba a Anthony de la cuna y se lo ponía en el regazo para consolarse con su cercanía. Sin embargo, ni el dulce olor de la piel del niño ni la suavidad de su pelo oscuro podían evitar que la mente de Tatiana comenzara a divagar otra vez. Si al menos…

A pesar de todo, le gustaba sentir el olor de su bebé. Le gustaba desvestirlo cuando no hacía frío y acariciar su cuerpecito rosado y gordezuelo. Le gustaba olisquear su pelo y su cuello y el aroma lechoso de su aliento. Le gustaba tumbarlo boca abajo y acariciarle la espalda y las piernas y los largos piececitos y husmearle la nuca. El niño dormía plácidamente, ajeno a las caricias y los olisqueos de su madre.

—¿Ese niño se despierta alguna vez? —le preguntó un día el doctor Edward Ludlow.

—Es como león —respondió Tatiana en su inglés balbuceante—. Duerme veinte horas al día y de noche se despierta para cazar.

—Parece que estás mejor. —Edward sonrió—. Ya bromeas.

Tatiana le dedicó una débil sonrisa. El doctor Ludlow era un hombre delgado y elegante que nunca alzaba la voz ni agitaba las manos. Su mirada, su forma de hablar y sus movimientos transmitían serenidad. Sabía qué expresión adoptar junto al lecho del enfermo, un conocimiento esencial para ser un buen médico. Andaba por la

treintena y tenía un porte tan erguido que Tatiana estaba convencida de que había sido militar. La seriedad de sus ojos le inspiraba confianza.

Un mes atrás, cuando Tatiana había llegado al puerto de Nueva York, el doctor Ludlow la había asistido en el parto. Ahora pasaba todos los días a preguntarle cómo se encontraba, aunque Tatiana sabía por Brenda que el doctor sólo trabajaba dos días a la semana en Ellis.

—Es casi la hora de comer —añadió Edward después de mirar el reloj—. Si te encuentras bien, ¿te apetece dar un paseo hasta la cafetería? Anda, ponte la bata.

—No, no.

A Tatiana no le gustaba salir de la habitación.

—Sí, mujer. Vamos.

—¿Y la tuberculosis?

—Ponte la mascarilla para salir al vestíbulo —respondió el médico, agitando la mano con un gesto de despreocupación.

Tatiana obedeció sin muchas ganas. Se sentaron a una de las mesas rectangulares que flanqueaban las altas ventanas del comedor.

—Hay poca cosa —observó Edward, contemplando la bandeja—. He cogido un poco de carne. Ten, pruébala tú también.

Cortó la hamburguesa y puso la mitad en el plato de Tatiana.

—Gracias, pero mira todo lo que tengo yo —dijo Tatiana—. Pan blanco, margarina, patatas, arroz y maíz. Un montón de cosas.

*Está sentada en la oscuridad y delante de ella hay un plato y en el plato hay una rebanada de pan negro gruesa como una baraja de cartas. El pan lleva serrín y restos de cartón. Tatiana coge un cuchillo y un tenedor y corta lentamente la rebanada en cuatro trozos. Se lleva uno a la boca, lo mastica lentamente, lo hace bajar con dificultad por su garganta reseca, coge otro trozo y luego otro y por último el cuarto. Con éste se demora especialmente porque sabe que en cuanto haya desaparecido, no habrá más comida hasta la mañana siguiente. Le gustaría tener la fuerza necesaria para guardarse la mitad del pan hasta la cena, pero no puede. Cuando levanta la vista, ve a su hermana Dasha mirándola fijamente. El plato de Dasha hace rato que está vacío.*

*—Ojalá volviera Alexander —dice Dasha—. Nos traería comida.*

*«Ojalá volviera Alexander», piensa Tatiana.*

Tatiana se estremece y se le cae al suelo el trozo de patata. Se agacha a recogerlo, sopla para limpiarlo y lo engulle sin decir palabra.

Edward la observa con seriedad, con el tenedor suspendido en el aire, entre el plato y la boca.

—Y hay azúcar, té, café y leche condensada —continúa Tatiana con voz temblorosa—. Y manzanas y naranjas.

—Apenas se encuentra pollo, prácticamente no hay ternera, la leche escasea y no hay mantequilla —observa Edward—. Los heridos se recuperan antes cuando comen mantequilla, pero no tenemos para darles.

—A lo mejor no quieren recuperarse antes, a lo mejor les gusta estar aquí —opina Tatiana, y Edward vuelve a mirarla muy serio. Tatiana recuerda algo y añade—: Edward, ¿has dicho que hay leche?

—No mucha, pero puedo encontrar leche normal, no condensada.

—Tráeme leche y un barreño grande y una cuchara larga de madera. Necesito diez litros de leche, o veinte. Cuantos más, mejor. Mañana tendremos mantequilla.

—¿Qué tiene que ver la leche con la mantequilla? —pregunta Edward.

Esta vez es Tatiana la que mira atónita a Edward.

—Soy médico, no granjero —añade él con una sonrisa—. Come, come. Lo necesitas. Y tienes razón. A pesar de todo, hay un montón de comida.

# Capítulo 5

*Morozovo, 1943*

Fueron a buscarlo de madrugada, cuando Alexander se había quedado dormido en la butaca. Lo zarandearon para despertarlo, y cuando abrió los ojos se encontró con cuatro hombres trajeados que le indicaban con un gesto que se pusiera de pie.

Alexander se levantó pausadamente.

—Vamos a llevarlo a Voljov para concederle un ascenso. Dese prisa, no hay tiempo que perder. Tenemos que atravesar el Ladoga antes de que se haga de día. Los alemanes están bombardeando el lago.

Era obvio que el tipo de tez amarillenta y voz áspera que acababa de hablar era el que estaba al mando. Los otros tres no llegaron a abrir la boca.

Alexander cogió su mochila.

—Déjela aquí —le indicó el hombre.

—¿Eso es que voy a volver?

—Sí, mañana —contestó el hombre, parpadeando.

—Me alegro de saberlo, pero soy un soldado y siempre llevo la mochila conmigo. Tengo el tabaco y algo para leer. Si no les importa, voy a cogerla.

—¿Lleva pistola en la cartuchera?

—Por supuesto.

—¿Puede entregárnosla?

Alexander dio entonces un paso hacia ellos. Era una cabeza más alto que el más alto de los tres. Envueltos en sus gruesos abrigos grises, tenían pinta de matones. Las franjas azules de los abrigos eran el símbolo del NKVD, el Comisariado Popular para Asuntos Internos, igual que la cruz roja era el símbolo de la compasión internacional.

—A ver si entiendo lo que quieren —dijo Alexander, hablando en voz baja pero suficientemente audible—. ¿Me están pidiendo que les entregue la pistola?

—Sí. Será más cómodo para usted —masculló el primer agente—. Está herido y no está en condiciones de cargar con todo el equipo…

—No es todo el equipo, sólo algunos objetos personales. Vámonos —contestó Alexander, elevando un poco el tono. Se alejó de la cama y les dio un codazo para que lo dejaran pasar—. Vamos, camaradas. No perdamos más tiempo.

No era una discusión entre pares. Alexander era oficial militar. En cambio, ni los galones ni el comportamiento de los tres hombres señalaban una posición de autoridad. Para poder darle órdenes, tendrían que salir del edificio. Dentro del hospital, los agentes del NKVD tenían que procurar que sus palabras no llegaran a los oídos de una enfermera o de un soldado medio dormido. Actuaban como si su presencia estuviera justificada, como si fuera normal sacar a un herido de la cama en medio de la noche y obligarlo a atravesar el lago para concederle un ascenso. ¿Qué había de raro en eso? Pero si querían seguir con la farsa, tendrían que dejarle la

pistola. De todos modos, no habrían podido arrebatársela por la fuerza.

Cuando iban a salir, Alexander observó que las dos camas contiguas a la suya estaban vacías. El soldado que tenía problemas respiratorios y otro de los heridos habían desaparecido.

—¿A ellos también los van a ascender? —preguntó secamente, meneando la cabeza.

—No haga preguntas y camine —dijo uno de los agentes—. Dese prisa.

Alexander tenía cierta dificultad para caminar deprisa.

Mientras avanzaban por el corredor, pensó que Tatiana podía estar durmiendo detrás de una de aquellas puertas. Sentía su presencia muy cercana. Alexander respiró hondo, como si buscara en el aire el olor de su esposa.

El camión blindado los estaba esperando en el exterior, detrás del hospital. Estaba aparcado junto al *jeep* de la Cruz Roja que conducía el doctor Sayers. Alexander reconoció el emblema rojo y blanco en la oscuridad. Cuando se acercaban emergió una silueta de entre las sombras. Era Dimitri. El brazo en cabestrillo lo obligaba a andar torcido y su cara era un amasijo oscuro con una protuberancia tumefacta en lugar de nariz.

Dimitri se quedó un momento mirándolos, sin moverse ni decir nada.

—¿Vas a alguna parte, comandante Belov? —preguntó al final.

Pronunció con retintín el apellido. Sonó «Belofffff».

—No te me acerques, Dimitri —le advirtió Alexander.

Dimitri se apartó unos pasos, pero de pronto abrió la boca y emitió una risa silenciosa.

—Ya no puedes hacerme daño, Alexander.

—Ni tú a mí.

—¡Ah, créeme! —dijo Dimitri, con voz untuosa y agridulce—. Yo a ti sí que puedo hacerte daño.

Justo antes de que los milicianos del NKVD empujaran a Alexander para obligarlo a subir al camión, Dimitri inclinó la cabeza para atrás y lo amenazó con un dedo tembloroso, en una especie de delirio ensayado. Al abrir la boca dejó ver la dentadura amarillenta bajo la nariz tumefacta y sus ojos achinados se estrecharon aún más.

Alexander le dio la espalda, cuadró los hombros y se dispuso a subir al camión sin molestarse en mirarlo.

—¡Vete a la mierda! —gritó, en tono fuerte y claro y con todo el orgullo que su voz fue capaz de transmitir.

—Suba al camión y cierre el pico —le ordenó entre dientes uno de los agentes del NKVD. Se volvió hacia Dimitri y añadió—: Y usted vuelva al hospital, ya hace rato que empezó el toque de queda. ¿Qué hace aquí fuera?

En la trasera del camión, Alexander se encontró con sus dos compañeros de habitación temblando de miedo. No había imaginado que los acompañarían dos

soldados del Ejército Rojo. Pensaba que sólo estarían él y los milicianos del NKVD, que nadie más correría el riesgo de morir. ¿Qué podía hacer ahora?

Uno de los milicianos aferró la tela de la mochila. Alexander intentó arrebatársela de un tirón, pero el hombre no la soltó.

—No está en condiciones de cargar con esto —dijo el agente mientras forcejeaban—. Ya se la daré cuando hayamos atravesado el lago.

—No, ya la llevo yo —protestó Alexander, negando con la cabeza.

Y se la arrancó de las manos con un gesto brusco.

—¡Belov!

—Está usted hablando con un oficial, sargento —precisó Alexander en voz alta —. Para usted soy el comandante Belov. Dejen en paz mis cosas, y arranquen de una vez. Nos queda un largo camino.

Sonrió para sí y volvió la cara sin mirar al agente. La espalda le dolía menos de lo que se había imaginado. Podía caminar, saltar, hablar, doblar la cintura y sentarse en el suelo. Pero se sentía muy débil y eso le inquietaba.

El motor se puso en marcha y el camión comenzó a alejarse del hospital, de Morozovo y de Tatiana. Alexander respiró hondo y miró a los dos hombres que estaban sentados delante de él.

—¿Quién coño son ustedes? —preguntó.

A pesar de la brusquedad de sus palabras, el tono era resignado. Alexander les lanzó una rápida ojeada. Estaba oscuro y apenas distinguía sus rasgos. Se habían acurrucado contra la pared del camión; el más bajito usaba gafas y sólo tenía un brazo y el más corpulento se había envuelto en el abrigo y el vendaje de la cabeza sólo dejaba ver sus ojos y su boca. Su mirada vigilante brillaba en la oscuridad de la noche. «Brillar» tal vez no sea el verbo más adecuado: sus ojos emitían un resplandor engañoso. El otro, en cambio, tenía una mirada opaca.

—¿Quiénes son ustedes? —repitió Alexander.

—Soy el teniente Nikolai Ouspenski y mi compañero es el cabo Boris Maikov. El 15 de enero caímos heridos a orillas del Voljov, cuando participábamos en la Operación Iskra, y estuvimos en un hospital de campaña hasta…

—No siga —ordenó Alexander, haciéndolo callar con un gesto.

Antes de continuar quiso estrecharles la mano para saber de qué pasta estaban hechos. Ouspenski le pareció correcto; el apretón de manos era firme, amistoso y tranquilo. Tenía una mano fuerte. No era el caso de Maikov, que tendió a Alexander su frágil mano izquierda.

Alexander se recostó contra la pared del camión y palpó la bota en busca de la granada. Maldijo para sí al oír la respiración entrecortada de Ouspenski. Era el enfermo que Tatiana había colocado bajo una tienda de oxígeno al lado de Alexander, el herido que sólo tenía un pulmón y no oía ni hablaba. Y sin embargo, allí estaba, respirando sin ayuda y charlando con él.

—No parece que estén siguiendo el procedimiento habitual…

—No es una situación normal —lo interrumpió Alexander—. Escúchenme los dos, y estén preparados. Procuren ahorrar fuerzas.

—¿Para recibir una medalla? —le preguntó Maikov con desconfianza.

—Si no se calma y deja de temblar, será una medalla póstuma —replicó Alexander.

—¿Cómo sabe que estoy temblando?

—Oigo el entrechocar de las botas —contestó Alexander—. Tranquilícese, soldado.

Maikov se volvió hacia Ouspenski.

—Ya se lo he dicho, teniente. No es normal que nos despierten en medio de la noche.

—Y yo le he dicho que cierre la boca —insistió Alexander.

Por la ventanilla que comunicaba la parte trasera del camión con la cabina entraba un tenue resplandor azulado.

—Teniente —dijo Alexander mirando a Ouspenski—, ¿puede ponerse de pie para que no me vean?

—La última vez que alguien me dijo eso, iban a hacerle una mamada a mi compañero de cuartel —explicó Ouspenski con una sonrisa.

—No se preocupe, aquí no habrá mamadas —dijo Alexander—. Póngase de pie.

Ouspenski obedeció.

—Díganos, ¿es verdad que van a ascendernos?

—¿Cómo voy a saberlo?

Cuando Nikolai tapó la ventanilla, Alexander se quitó la bota y sacó una de las granadas. El camión estaba a oscuras y ni Maikov ni Ouspenski se dieron cuenta de lo que hacía.

—Pues debería saberlo —respondió Nikolai—. Tengo la sensación de que estamos aquí por su culpa.

Alexander estaba convencido de ello, pero no dijo nada. Gateó hasta el fondo y se sentó con la espalda apoyada contra las puertas. En la cabina sólo había dos agentes del NKVD. Eran jóvenes e inexpertos y ninguno de ellos tenía ganas de cruzar el lago, donde el peligro de las bombas alemanas siempre estaba presente. La juventud del conductor se apreciaba en su incapacidad para superar los veinte kilómetros por hora. Alexander pensó que si los alemanes estuvieran controlándolos en ese momento desde los altos de Siniavino, no les habría pasado inadvertido un camión tan lento. Irían más deprisa si cruzaran a pie el lago helado.

—Y a usted, comandante, ¿van a ascenderlo? —preguntó Ouspenski.

—Eso es lo que me han dicho, y no me han quitado el arma. Mientras no me digan otra cosa, soy optimista.

—Antes los he oído, y yo no diría que tuvieran intención de dejarle la pistola. Lo que pasa es que no han podido arrebatársela por la fuerza.

—Estoy herido —replicó Alexander, y sacó un cigarrillo—. De haber querido, me

la habrían quitado.

Accionó el mechero.

—¿Tendría otro cigarro? Llevo tres meses sin fumar —preguntó Ouspenski, mirando a Alexander a los ojos—. Y sin ver a nadie aparte de las enfermeras —añadió, e hizo una pausa—. Pero le oía hablar a usted.

—No le conviene fumar —dijo Alexander—. Por lo que me han dicho, no tiene pulmones.

—Me queda uno, y la enfermera me mantuvo enfermo expresamente para que no me enviaran al frente otra vez. Eso hizo por mí.

—Ah, ¿sí? —preguntó Alexander.

Trató de no cerrar los ojos para no recordar a la enfermera de Nikolai, la muchachita menuda y dulce, rubia y con los ojos azules como el cielo de una clara mañana de verano en Lazarevo.

—Me traía hielo y me hacía respirar vapores fríos para que me siguiera sonando el pulmón. Ojalá hubiera hecho otra cosita por mí…

Alexander le dio un cigarrillo para no seguir escuchándolo. No creía que Ouspenski se alegrara de saber que salvarse sólo le había servido para terminar en la guarida de Mejlis.

—Camaradas —dijo Alexander—. ¿Qué voy a hacer con ustedes?

—¿Con nosotros? —preguntó Maikov, suspicaz e impaciente—. ¿Y usted qué está haciendo aquí?

Alexander no contestó. Desenfundó la Tokarev, se levantó, apuntó a la puerta trasera y disparó sobre el cerrojo. Maikov soltó un chillido. El camión redujo la velocidad. En la cabina se formó cierta confusión; era obvio que los milicianos no tenían muy claro el origen del ruido. Ouspenski se había caído al suelo y ya no tapaba la ventanilla. Alexander tenía sólo unos segundos de margen antes de que el camión se detuviera. Abrió las puertas de par en par y retiró la espoleta de la granada de mano. Trepando al techo de un salto, la arrojó delante del vehículo. La granada aterrizó a unos metros del camión y unos segundos después hubo un potente estallido. Alexander sólo tuvo tiempo de oír la voz de Maikov mascullando «¿Qué pasa…?», antes de salir despedido y caer sobre el hielo. El dolor que notó en la espalda tras el impacto fue tan agudo, que pensó que todas las cicatrices se le estaban abriendo milímetro a milímetro.

El camión dio una sacudida y avanzó traqueteando hasta detenerse. Resbaló sobre el hielo, osciló y terminó volcado sobre la superficie congelada, sin llegar a hundirse en el agujero abierto por la granada. El hueco era aún pequeño, pero el peso del vehículo comenzó a resquebrajar el hielo y ensanchar la abertura.

Alexander se incorporó y corrió cojeando hacia el camión, haciendo señas a los dos soldados para que saltaran.

—¿Qué ha sido eso? —gritó Maikov.

Se había golpeado la cabeza y le sangraba la nariz.

—¡Bajen! —chilló Alexander.

Ouspenski y Maikov obedecieron justo a tiempo, cuando la cabina empezaba a hundirse lentamente bajo la superficie helada del Ladoga. Los conductores debían de haber perdido el conocimiento, ya que no intentaron salir en ningún momento.

—Comandante, ¿qué demonios…?

—Cállese. Los alemanes empezarán a dispararle al camión dentro de nada.

Alexander no tenía ninguna intención de morir en el lago helado. Antes de ver a Ouspenski y a Maikov había supuesto que se quedaría solo y podría volver caminando a Morozovo y esconderse en el bosque. Por aquellos días, todas sus esperanzas parecían tener un denominador común: salvarse por los pelos.

—¿Quieren quedarse a comprobar la eficiencia del ejército alemán o prefieren venir conmigo?

—¿Y los conductores? —preguntó Ouspenski.

—¿Qué más da? Eran milicianos del NKVD. ¿Adónde pensaba que nos llevaban a estas horas de la madrugada?

Maikov intentó ponerse de pie. Sin darle tiempo a protestar, Alexander lo tumbó de un empujón sobre el hielo.

Estaban a unos dos kilómetros de la orilla. Aún no había amanecido y había niebla. La cabina del camión ya estaba bajo el agua y el hueco empezaba a ser lo suficientemente amplio para dejar pasar el resto del vehículo.

—Perdone, comandante —intervino Ouspenski—, pero lo que dice no tiene sentido. No he hecho nada malo en todo el tiempo que llevo en el ejército. No podían venir a por mí.

—No —dijo Alexander—. Venían a por mí.

—¿Y quién coño es usted?

El camión empezaba a desaparecer bajo el agua.

Ouspenski miró el hielo, miró al ensangrentado, tembloroso y desconcertado Maikov, miró a Alexander y se echó a reír.

—Comandante, ¿y si nos dice qué vamos a hacer los tres aquí solos cuando el camión termine de hundirse bajo el hielo?

—No se preocupe —contestó Alexander con un suspiro—. Le aseguro que no estaremos solos mucho tiempo.

Señaló con la cabeza hacia Morozovo y desenfundó las dos pistolas. Se acercaban los faros de un vehículo militar. El *jeep* se detuvo a unos quince metros y de él salieron cinco milicianos armados con cinco metralletas, todas ellas apuntando a Alexander.

—¡De pie! ¡Pónganse de pie sobre el hielo!

Ouspenski y Maikov se levantaron y alzaron las manos enseguida, pero a Alexander no le gustaba acatar órdenes de militares de categoría inferior a la suya y no tenía ninguna intención de ponerse de pie. Oyó el silbido de un proyectil y se cubrió la cabeza con las manos.

Al alzar la vista vio que dos de los milicianos del NKVD se habían tumbado boca abajo sobre el hielo y los otros tres gateaban hacia él, apuntándole con los fusiles y gritando: «¡No se mueva!». «Con suerte, los alemanes los matarán antes que yo», pensó Alexander. Gateó en dirección a la orilla. ¿Dónde estaba Sayers? No había llegado aún al lago, pero el *jeep* del NKVD estaba inmóvil y era un blanco fácil. Cuando llegó al alcance del oído de los milicianos, Alexander les propuso subir al vehículo y regresar a Morozovo a toda velocidad.

—¡No! —chilló uno de ellos—. ¡Tenemos que llevarlo a Voljov!

Otro proyectil pasó rozando y cayó a veinte metros del *jeep*, el único medio de transporte que podía llevarlos a Voljov o a Morozovo. En cuanto alcanzaran el vehículo, los alemanes sólo tardarían unos segundos en acribillar al grupo expuesto sobre el hielo.

Tumbado boca abajo, Alexander observó a los milicianos del NKVD, que también estaban tumbados sobre el hielo.

—¿Qué quieren hacer, camaradas? A ver si lo adivino. ¿Quieren conducir hasta Voljov bajo el fuego alemán? En marcha, pues.

Los agentes del NKVD miraron el camión blindado, que estaba a punto de desaparecer bajo la superficie del agua. Alexander observó divertido cómo se debatían entre su instinto de conservación y su deseo de acatar las órdenes.

—Volvamos a Morozovo y esperemos nuevas instrucciones —dijo uno de ellos—. Podemos llevarlo mañana a Voljov.

—Sabia decisión —opinó Alexander, ante la mirada de asombro de Ouspenski—. En marcha. Arranquen antes de que bombardeen el *jeep*.

Entre otras cosas, no quería que se le mojara la ropa. Si se mojaba no le habría servido de nada salvarse, porque tanto en Voljov como en Morozovo tardaría una eternidad en recibir un recambio, pillaría una neumonía mortal y acabarían enterrándolo con el uniforme empapado.

Gatearon todos hasta el *jeep*. Los tres milicianos del NKVD les ordenaron sentarse en la parte de atrás. Ouspenski y Maikov miraron inquietos a Alexander.

—¿Le parece una buena idea, señor? —preguntó Ouspenski.

—Suban.

Dos de los milicianos se sentaron con ellos en la parte de atrás del *jeep*. Ouspenski y Maikov suspiraron aliviados.

Alexander sacó el tabaco y ofreció un cigarrillo a Nikolai y otro a Maikov, que lo rechazó con la cara muy pálida.

—¿Por qué ha hecho eso? —susurró Ouspenski a Alexander.

—¿El qué?

—Ojalá pudiera decir que me encantaría que algún día me lo explicara, pero la verdad es que espero no volver a verlo nunca más a partir de hoy.

—Se lo explicaré de todos modos —dijo Alexander—. No me apetecía recibir un ascenso.

Cuando ya habían atravesado el lago, se cruzaron con un vehículo sanitario que iba hacia la orilla. Alexander vio al doctor Sayers sentado al lado del conductor. Sonrió sin dejar de fumar, aunque le temblaron las puntas de los dedos. Todo había salido a la perfección. El lago tenía todo el aspecto de haber sufrido un ataque alemán: soldados muertos sobre el hielo, un camión volcado… Sayers firmaría el certificado de defunción, y sería como si Alexander nunca hubiera existido. En el NKVD estarían contentos porque nadie hablaría de detenciones, y para cuando Stepanov se enterase de que Alexander seguía vivo, no tendría que mentir a Tatiana porque Sayers y ella llevarían ya tiempo fuera del país. Al principio creería que Alexander había muerto en el lago, junto con Ouspenski y Maikov.

Alexander se frotó las sienes y cerró los ojos, pero volvió a abrir los enseguida. Prefería ver el desolado paisaje ruso que las imágenes que se agolpaban tras sus párpados cerrados.

Todos salían ganando. El NKVD no tendría que responder a las inoportunas preguntas de la Cruz Roja Internacional, el Ejército Rojo fingiría lamentar la muerte de unos cuantos soldados y Mejlis tendría entre sus garras a Alexander. Si hubieran querido matarlo lo habrían hecho desde el principio, pero tenían otras órdenes. Y Alexander sabía el motivo: el gato quería jugar un poco con el ratón antes de destrozarlo.

Cuando llegaron a Morozovo eran las ocho de la mañana. Como la base empezaba a cobrar vida y había que mantenerlos escondidos hasta poder trasladarlos sin peligro a un lugar mucho más peligroso, Alexander, Ouspenski y Maikov terminaron en el calabozo instalado en los sótanos de la antigua escuela. Los metieron en una celda de poco más de un metro de ancho y dos de largo. Maikov se había imaginado que lo llevarían otra vez a la cama del hospital, pero los agentes del NKVD se echaron a reír y les dijeron que se tumbaran en el suelo de cemento y que no se movieran.

La celda era demasiado pequeña para que Alexander se tumbara. En cuanto se marcharon los guardianes, los tres se sentaron. A Alexander le dolía mucho la herida, y el contacto con el cemento helado no mejoraba las cosas. La incomodidad se iba manifestando gradualmente, como si le dijera: «Vete acostumbrando porque dentro de nada, lo de ahora te parecerá tan dulce como tu infancia».

Ouspenski insistía en pedirle explicaciones.

—¿Qué quiere? —terminó diciéndole Alexander—. No me pregunte más. Así, si le interrogan, no tendrá que mentir.

—¿Y por qué iban a interrogarme?

—Está detenido. ¿Aún no se ha dado cuenta?

—¡Oh, no es posible! —exclamó Maikov, dejando de mirarse las manos—. Tengo una mujer, una madre, dos niños pequeños. ¿Qué me va a pasar?

—¿A usted? —preguntó Nikolai—. Yo también tengo una mujer y dos niños, dos niños pequeños. Y creo que mi madre aún vive.

Maikov no contestó, pero tanto él como Ouspenski se volvieron hacia Alexander. Maikov desvió enseguida la mirada; Ouspenski la mantuvo clavada en sus ojos.

—Vamos a ver —dijo Ouspenski—. Y usted ¿qué ha hecho?

—¡No quiero oírlo más, teniente!

Alexander les recordaba la diferencia de categoría cada vez que hacía falta.

—No tiene pinta de fanático religioso —insistió Ouspenski, sin dejarse intimidar.

Alexander no dijo nada.

—Ni de judío o de pervertido. —Ouspenski lo miró de arriba abajo—. ¿Es *kulak*[4]? ¿Pertenece a la rama política de la Cruz Roja? ¿Es filósofo, socialista, historiador, especulador agrícola, saboteador de fábricas, agitador antisoviético…?

—Conduzco una carreta tártara —dijo Alexander.

—Le caerán diez años por eso… ¿Y dónde ha dejado la carreta? A mi mujer le vendría bien para transportar las cebollas que cultiva por aquí cerca. ¿Me está diciendo que nos han detenido porque tuvimos la puta mala suerte de ser vecinos de cama?

—¡Pero nosotros no sabemos nada! ¡No hemos hecho nada! —protestó Maikov con una voz sibilante que parecía un gemido.

—Ah, ¿no? —dijo Alexander—. Cuéntenselo a los músicos y los pocos melómanos que a principios de los años treinta decidieron organizar un pequeño concierto sin pedir permiso a la comisión de control de viviendas. Cada asistente pagó unos kopeks para financiar las bebidas. Terminaron todos detenidos por actividades antisoviéticas, acusados de recaudar dinero para favorecer a la casi extinta burguesía. Músicos y público fueron condenados a penas de entre tres y diez años. —Alexander hizo una pausa—. Bueno, no todos. Sólo los que confesaron sus delitos. Los que se negaron a confesar fueron ejecutados.

Ouspenski y Maikov lo miraron atónitos.

—¿Y cómo sabe usted eso?

—Porque yo tenía catorce años y pude escapar por la ventana antes de que me atraparan —contestó Alexander, encogiéndose de hombros.

Oyeron unos pasos y se quedaron callados. Alexander se puso de pie cuando se abrió la puerta de la celda.

—Cabo —dijo, dirigiéndose a Maikov—, imagine que la vida que ha llevado hasta ahora se acerca a su fin. Imagine que le han arrebatado todo lo que tenía y no le queda nada…

—¡Salga ya, Belov! —gritó un hombre corpulento, apuntándolo con un Nagant.

—Necesitas el fusil para convencerme —dijo Alexander.

Salió de la celda y la puerta se cerró de golpe detrás de él.

✶

Entró en una de las aulas de la escuela abandonada y se sentó en una silla infantil,

frente a un pupitre encarado hacia la pizarra. Pensó que en cualquier momento aparecería el maestro con un libro debajo del brazo, dispuesto a impartir una clase sobre los desastres del imperialismo.

Pero quienes aparecieron fueron dos milicianos del NKVD. Con ellos había cuatro personas en el aula: Alexander frente al pupitre, un guardián al fondo del aula y los dos agentes detrás de la mesa del profesor. Uno de ellos era calvo y muy delgado y tenía una nariz larga y reflexiva. Se presentó como Riduard Morozov.

—Pero no es el que da nombre a este pueblo, ¿verdad? —preguntó Alexander.

—No —contestó Morozov, con una pequeña sonrisa.

El otro era muy grueso y muy calvo y tenía una nariz bulbosa y cubierta de venillas rojas. Tenía pinta de borrachín. En tono menos amable, se presentó como Mitterand; a Alexander le pareció cómico que se llamara igual que el jefe de la resistencia francesa contra los nazis.

—¿Sabe por qué está aquí, comandante Belov? —comenzó Morozov, esbozando una sonrisa cortés y hablando en un tono casi cordial.

Estaban teniendo una conversación. Alexander pensó que Mitterand no tardaría en invitarle a un té o a un vasito de vodka. Lo pensó en broma, pero detrás de un pupitre aparecieron realmente una botella de vodka y tres vasitos de cristal. Morozov llenó los vasos.

—Sí —respondió jovialmente Alexander—. Ayer me comunicaron que iba a recibir un ascenso. Voy a ser teniente coronel. —Cuando Morozov le ofreció una copa, añadió—: No, gracias.

—¿Rechaza usted nuestra hospitalidad, camarada Belov?

—Comandante Belov —rectificó Alexander, poniéndose de pie y elevando el tono—. ¿Cuál es su rango? —preguntó a su interrogador. Esperó la respuesta, pero el otro no dijo nada—. Imagino que no es oficial, puesto que no lo veo con uniforme. Le contesto: no quiero vodka, y tampoco pienso quedarme aquí sentado hasta que se decidan a explicarme qué quieren. Estoy dispuesto a colaborar en la medida de lo posible, camaradas, pero no me insulten obligándome a sentarme con ustedes como si fuéramos amigos. ¿Qué es lo que pasa?

—Está usted detenido.

—Ah. ¿Así que no van a ascenderme? Sólo han necesitado diez horas para reconocerlo, desde que vinieron a buscarme a las cuatro de la madrugada. Pero aún no me han dicho qué quieren de mí. No sé si ustedes mismos lo saben. ¿Por qué no traen a alguien que esté en condiciones de informarme? Mientras tanto, llévenme a la celda y no me hagan perder el tiempo.

—¡Comandante!

Esta vez había hablado Morozov, con una voz menos amable.

Los dos agentes ya habían empezado a dar cuenta del vodka. Alexander sonrió. Si continuaban bebiendo a aquel ritmo, terminarían hablándole en inglés y acompañándolo ellos mismos a la frontera de Finlandia. De hecho, ya lo habían

llamado «comandante». Alexander conocía bien la psicología militar. La única norma que regía en el ejército era la de tratar con respeto a los superiores, y en este caso la jerarquía había quedado establecida.

—No se mueva, comandante —repitió Morozov.

Alexander volvió a ocupar la silla.

Mitterand se dirigió en voz baja al joven guardián que esperaba junto a la puerta. Alexander no lo oyó, pero captó la esencia de la orden. Era obvio que el asunto quedaba fuera de las competencias de Morozov. Tendría que venir un pez gordo para hablar con Alexander. Y aunque el pez gordo no tardaría en llegar, primero intentarían acabar con la resistencia del detenido.

—Ponga las manos en la espalda, comandante —le ordenó Morozov.

Alexander arrojó el cigarrillo al suelo, lo apagó con el pie y se levantó.

Le quitaron la pistola y el cuchillo y le registraron la mochila. Como sólo encontraron vendas, bolígrafos y el vestido blanco de Tatiana, nada de lo cual les pareció interesante, le quitaron las medallas, le arrancaron los galones y le dijeron que ya no tenía derecho a usar el título de comandante. Aún no le habían dicho de qué se le acusaba ni le habían hecho ninguna pregunta.

Se quedaron con su mochila y se rieron cuando la reclamó. Alexander miró la mochila con resignación, sabiendo que dentro estaba el vestido de Tatiana. Una cosa más que quedaba atrás.

Lo llevaron a una celda sin ventanas, en la que no estaban ni Ouspenski ni Maikov. No había ningún banco, ningún catre, ninguna manta. Alexander estaba solo, y las únicas fuentes de oxígeno eran la puerta cuando la abrían los carceleros, la ventanilla metálica Por donde introducían la bandeja de la comida, la mirilla que usaban para vigilarlo o el agujerito del techo que probablemente servía para introducir gas venenoso.

Le dejaron quedarse con el reloj, y no le quitaron los medicamentos que llevaba ocultos en las botas porque no lo cachearon. Alexander pensó que no estaban a buen recaudo, pero ¿dónde podía esconderlos? Se quitó las botas, sacó la jeringuilla, la ampolla de morfina y las píldoras de sulfamida y se lo metió todo en el bolsillo de los calzoncillos largos. Para encontrarlos tendrían que hacerle un registro más concienzudo de lo habitual.

Cuando se agachó recordó el dolor de espalda, que se había intensificado a medida que transcurrían las horas. Pensó en inyectarse morfina pero decidió que era mejor estar alerta durante los siguientes acontecimientos. Engulló una de las pastillas de sulfamida, amarga y ácida, sin machacarla y sin disolverla en agua. Simplemente se la llevó a la boca, la masticó un poco y se la tragó con un escalofrío. Se sentó en el suelo de cemento y cerró los ojos cuando se dio cuenta de que la celda estaba a oscuras y los carceleros no podían verlo. O quizá no llegó a cerrarlos, era difícil saberlo. A fin de cuentas, no había diferencia. Se sentó y esperó. ¿Era ya de noche? ¿Había pasado más de un día? Tenía ganas de fumar. Siguió esperando sin moverse.

¿Habrían escapado ya Sayers y Tatiana? ¿Sayers habría logrado convencerla, consolarla? ¿Habría cogido Tatiana sus cosas y habría subido al *jeep*? ¿Habrían dejado atrás Morozovo? No tenía ni idea. Temía que el doctor Sayers se hubiera venido abajo, que no hubiera podido convencer a su mujer y que ella hubiera decidido quedarse. Intentó imaginarla a su lado, pero sólo notó el frío de la celda. Si Tatiana se había quedado en Morozovo, el NKVD lo sabría y todo habría terminado para él. Empezó a respirar entrecortadamente al pensar que Tatiana podía seguir allí. Tenía que mantener controlados a los agentes del NKVD durante unas horas más, hasta estar seguro de que su mujer se había ido. Cuanto antes saliera ella de la Unión Soviética, antes podría entregarse él a las autoridades.

Tenía la sensación de tenerla a su lado. Casi podía extender el brazo hacia la mochila y ver a Tatiana con su vestido blanco de flores rojas, con su melena ondulante y su sonrisa resplandeciente. La sentía literalmente a su lado; en realidad, no necesitaba extender el brazo para tocar el vestido. Alexander necesitaba consuelo, y Tatiana también. Lo necesitaba para superar lo que le esperaba. ¿Cómo iba a superar la pérdida de Alexander sin la ayuda de Alexander?

Tenía que pensar en otra cosa.

Al cabo de un rato, no le hizo falta buscar otra cosa en la que pensar.

—¡Idiota! —atronó una voz fuera de la celda—. ¿Cómo vas a vigilar al prisionero si la celda *está* a oscuras? Podría suicidarse sin que te enterases. ¡Inútil!

La puerta se abrió y un hombre al que Alexander no podía ver y que sostenía en la mano una lámpara de queroseno irrumpió en el interior de la celda.

—¡Tiene que haber luz todo el tiempo! —dijo el hombre.

Se dio la vuelta hacia Alexander. Era Mitterand.

—¿Cuándo me va a decir alguien qué es lo que pasa? —quiso saber Alexander.

—¡No es usted el que hace las preguntas! —chilló Mitterand—. Ya no es comandante. No es nada. Se quedará sentado y esperará a que vengamos a buscarlo.

Al parecer, el único objetivo de su visita era soltarle unos cuantos gritos. Cuando se marchó Mitterand, el guardián entró con una jarra de agua y una hogaza de pan. Alexander se comió el pan, se bebió el agua y luego palpó el suelo de la celda en busca de un desagüe. Quería estar a oscuras y no quería repartirse el oxígeno con la lámpara de queroseno. Abrió la base y vertió el queroseno por el desagüe, dejando una pequeña cantidad que se consumió al cabo de diez minutos.

—¿Por qué está apagada la lámpara? —gritó el guardián, abriendo la puerta.

—Se ha acabado el queroseno —contestó jovialmente Alexander—. ¿No tienen más?

El carcelero no tenía más.

—Qué pena —comentó Alexander.

Durmió en la oscuridad, sentado en un rincón. Cuando se despertó, la celda seguía a oscuras. Alexander no sabía si seguía durmiendo. Soñó que abría los ojos y que todo estaba oscuro. Soñó con Tatiana y pensó en ella nada más despertarse. Ya no

sabía dónde terminaba la pesadilla y dónde empezaba la vida real. Soñó que cerraba los ojos y dormía.

Se sentía desconectado de sí mismo, de Morozovo, del hospital, de su vida… pero esta desconexión, curiosamente, lo confortaba. Sintió frío, y la sensación de frío le devolvió la conciencia de su cuerpo agarrotado e incómodo. Prefería no sentir. La herida de la espalda era implacable. Alexander apretó los dientes y parpadeó para alejar la oscuridad.

*Harold y Jane Barrington, 1933*

Hitler se había convertido en el nuevo canciller de Alemania después de que el presidente von Hindenburg «dejara el cargo». Alexander percibía una amenaza flotando en el ambiente, pero no habría sido capaz de definirla. Había dejado de desear más comida, más zapatos o un abrigo más grueso; era verano y no le hacía falta abrigarse. Por suerte, pasarían el mes de julio en una dacha de Krasnaia Poliana. Habían alquilado dos habitaciones en casa de una viuda lituana que tenía un hijo alcohólico que le pegaba para quedarse con el dinero.

Una tarde extendieron una manta sobre la hierba, cerca de un estanque, y dieron cuenta de una merienda a base de huevos duros, tomates y un poco de carne fría. Su madre se tomó un vasito de vodka («¿desde cuándo bebes, mamá?») y Alexander se tumbó a leer en la hamaca. Al cabo de un rato oyó unos pasos detrás de él, se volvió perezosamente y vio que sus padres arrojaban guijarros al agua mientras conversaban en voz baja. Alexander no estaba acostumbrado a verlos tan calmados, ya que el choque entre sus diferentes necesidades e intereses solía provocar estridentes discusiones. En circunstancias normales habría vuelto a concentrarse en la lectura, pero le intrigó aquella intimidad afectuosa… Jane soltó los guijarros y Harold la atrajo hacia él, tomó su mano y le enlazó la cintura. La besó y los dos comenzaron a bailar un vals. Bailaron lentamente en el claro, y Alexander oyó cantar a su padre.

Con los labios juntos, sus padres dieron varias piruetas en un abrazo conyugal, y Alexander sintió que le embargaban una felicidad y una nostalgia que no sabía cómo definir.

Sus padres deshicieron el abrazo, se volvieron hacia él y le sonrieron. Alexander les devolvió una sonrisa vacilante, avergonzado pero incapaz de desviar la mirada.

Sus padres se acercaron a la hamaca. Harold aún enlazaba con el brazo la cintura de Jane.

—Hoy es nuestro aniversario, hijo.

—Tu padre cantaba la canción que bailamos el día en que nos casamos, hace treinta y un años; yo tenía diecinueve —explicó Jane.

Miró a Harold y sonrió.

—¿Te vas a quedar leyendo un rato en la hamaca, hijo?

—No pensaba ir a ningún lado.

—Muy bien —dijo su padre, y cogiendo a Jane de la mano, se dirigió hacia la casa.

Alexander se enfrascó otra vez en el libro. Después de pasar páginas durante una hora, no era capaz de recordar ni una sola palabra de lo que había leído.

✶

El invierno llegó demasiado pronto. Y todos los jueves del invierno, después de cenar, Harold cogía a Alexander de la mano y los dos andaban en el frío de la noche hasta la calle Arbat, el punto de reunión de músicos, escritores, poetas, rapsodas y ancianas que vendían *shashkas*[5] de los tiempos del zar. Cerca de Arbat, en un apartamento de dos habitaciones cargado de humo, un grupo de soviéticos y de extranjeros, todos ellos acérrimos comunistas, se reunían entre las ocho y las diez para beber, fumar y debatir cómo conseguir que el comunismo funcionase mejor en la Unión Soviética y acelerar el advenimiento de una sociedad sin clases en la que ya no serían necesarios el Estado, la policía o el ejército porque habría desaparecido toda fuente de conflicto.

—Marx dijo que el único conflicto verdadero es el conflicto económico entre clases. Cuando las diferencias de clase desaparezcan, ya no se necesitará la policía. ¿A qué estamos esperando, ciudadanos? ¿No se demora el cambio más de lo que pensábamos?

Ésas eran las palabras de Harold.

Alexander también intervenía de vez en cuando, recordando frases que había leído:

—«Mientras exista el Estado, no hay libertad. Cuando haya libertad, no habrá Estado».

Harold dedicó a su hijo una sonrisa de aprobación al oír la cita de Lenin.

En estas reuniones, Alexander hizo amistad con Slavan, un hombre de sesenta y siete años, fatigado, canoso y con arrugas hasta en la calva, pero con unos ojos azules y despiertos que brillaban como estrellas y una boca que lucía eternamente una sonrisita burlona. Slavan no hablaba mucho, pero a Alexander le gustaba su expresión irónica y la mirada que se posaba con afecto sobre él.

Después de dos años, Harold y sus quince compañeros tuvieron que acudir a la sede local del Partido, el Obkom (Oblastnyi Kommitet), donde les insinuaron que sería mejor que debatieran algo que no fuera el cómo conseguir mejorar el funcionamiento del comunismo en Rusia, ya que este tema daba a entender que el sistema no funcionaba. Cuando su padre se lo explicó, Alexander preguntó cómo se enteraban en el Partido de lo que discutían quince borrachines una vez por semana en una ciudad donde vivían cinco millones de personas.

—«La libertad es algo precioso, tan precioso que debe ser racionado» —

respondió Harold, citando a su vez a Lenin—. Es obvio que tienen alguna forma de acceder a nuestras conversaciones. Puede que sea Slavan. En tu lugar, yo dejaría de hablar con él.

—No es él, papá.

A partir de entonces siguieron reuniéndose los jueves pero dejaron de leer en voz alta el *¿Qué hacer?* de Lenin, los panfletos de Rosa Luxemburgo o los pasajes del *Manifiesto comunista* de Marx.

Harold solía sacar a colación a los comunistas estadounidenses para demostrar que la doctrina soviética contaba con seguidores en todo el mundo y que su implantación general era sólo cuestión de tiempo.

—¿Sabéis qué dijo Isadora Duncan sobre Lenin? —preguntó, y citó las palabras de la bailarina—: «Otros se amaban a sí mismos o amaban el dinero, las teorías o el poder. Lenin amaba a sus congéneres… Lenin era Dios y Cristo era Dios, porque Dios es amor y Cristo y Lenin eran sólo amor».

Alexander miró a su padre con una sonrisa de aprobación.

Una noche, los quince amigos, excepto un silencioso y sonriente Slavan, estuvieron horas tratando de explicar a Alexander, que por entonces tenía catorce años, el significado de la expresión «valor añadido negativo»: es decir, el hecho de que un artículo manufacturado (por ejemplo, un par de zapatos) se vendiera por un precio inferior al coste global de los materiales y la mano de obra.

—¿Qué es lo que no entiendes? —exclamaba un frustrado comunista que de día trabajaba de ingeniero.

—¿Cómo queréis ganar dinero vendiendo los zapatos?

—¿Quién habla de ganar dinero? .¿No has leído el *Manifiesto comunista*?

—Sí.

—¿No recuerdas lo que dice Marx? La diferencia entre lo que la fábrica paga al obrero que fabrica los zapatos y el precio al que se venden es un robo capitalista y una forma de explotación del proletariado. Y eso es lo que el comunismo trata de erradicar. ¿No nos escuchabas?

—Sí, pero el valor añadido negativo no consiste solamente en eliminar el margen de beneficio —respondió Alexander—. Cuando hay un valor añadido negativo, fabricar los zapatos sale más caro que venderlos. ¿Quién pagará la diferencia?

—El Estado.

—¿Y de dónde sacará el Estado el dinero?

—Durante un tiempo pagará menos a los obreros que fabrican los zapatos.

—O sea que —dijo Alexander después de una pausa—, en un momento de inflación galopante en todo el mundo, ¿la Unión Soviética pagará menos dinero a sus trabajadores? ¿Cuánto menos?

—Menos, simplemente.

—Y entonces, ¿cómo compraremos zapatos?

—Estaremos un tiempo sin comprar, usaremos el mismo par del año pasado.

Hasta que el Estado pueda andar solo…

El ingeniero sonrió.

—Muy bueno —observó pausadamente Alexander—. Hasta que el Estado pueda andar solo y hacerse cargo del Rolls Royce de Lenin, ¿no es así?

—¿Qué tiene que ver el Rolls Royce de Lenin con el tema que estamos debatiendo? —protestó el ingeniero. Slavan se echó a reír al oírlo—. La Unión Soviética encontrará el modo de salir adelante. Estamos en una fase inicial. Pediremos préstamos al extranjero si es necesario.

—Con todos mis respetos, ciudadano: ningún país del mundo volverá a prestar dinero a la Unión Soviética —puntualizó Alexander—. La deuda externa quedó cancelada en 1917, después de la Revolución Bolchevique. Pasará bastante tiempo antes de que podamos disponer de dinero extranjero. Los bancos del mundo tienen las puertas cerradas para la Unión Soviética.

—Debemos ser pacientes. Las cosas no cambian de la noche a la mañana. Y tú deberías tener una actitud más positiva. ¿Qué le enseñas a tu hijo, Harold?

Harold no dijo nada, pero cuando volvían a casa, preguntó:

—¿Qué te pasa, Alexander?

—Nada. —Alexander tenía ganas de darle la mano como siempre hacía, pero se sentía demasiado mayor de repente. Continuó andando junto a su padre y al final le tendió la mano—. Por el motivo que sea, la economía no funciona. Y el Estado revolucionario, que se apoya esencialmente en la economía, lo ha previsto todo, excepto cómo pagar la mano de obra. Los obreros cada vez se sienten menos proletarios y más una propiedad del Estado, como las fábricas o la maquinaria. Llevamos más de tres años en este país. Hace poco que ha terminado el primer plan quinquenal, y la comida escasea, las tiendas están vacías y…

Alexander quiso añadir: «y la gente desaparece», pero cerró la boca.

—¿Y qué crees que está pasando en Estados Unidos? —preguntó Harold—. Tienen un treinta por ciento de paro, Alexander. ¿Crees que viven mejor que nosotros? Las cosas van mal en todo el mundo. Acuérdate de la brutal inflación de Alemania. Y ahora ha salido ese tipo, Adolf Hitler, prometiéndoles que acabará con todos sus problemas. A lo mejor lo consigue. Al menos, sus compatriotas así lo esperan. Pues ya ves, el camarada Lenin y el camarada Stalin prometieron lo mismo en el caso de la Unión Soviética. ¿Cómo llamaba Stalin a Rusia? «El segundo Estados Unidos», ¿no? Debemos confiar en sus directrices, y ya verás cómo las cosas mejoran.

—Ya lo sé, papá. Puede que tengas razón. Aun así, el Estado tiene que encontrar la manera de pagar a la gente. ¿Cuánto tiempo estarán rebajándote el sueldo? Ya no podemos pagar ni la carne ni la leche, suponiendo que hubiera. Y a ti te irán rebajando el sueldo hasta… ¿hasta qué? Llegará el momento en que se den cuenta de que necesitan más dinero para gestionar los asuntos públicos, y tu trabajo es el coste variable más importante. ¿Qué harán entonces? Seguir bajándote la paga cada año,

hasta… ¿hasta qué?

—¿De qué tienes miedo? —preguntó Harold, y oprimió con cariño la mano de su hijo—. Cuando seas mayor tendrás un buen trabajo. ¿Aún quieres ser arquitecto? Lo serás, tendrás una buena profesión.

—Me temo que no falta mucho para que tú y yo y todos nosotros terminemos siendo mero capital fijo —concluyó Alexander, y soltó la mano de su padre.

# Capítulo 6

*Edward y Vikki, 1943*

Tatiana se había sentado junto a la ventana, con un libro en una mano y su bebé de dos semanas en el regazo. Tenía los ojos cerrados pero los abrió de golpe al oír el sonido de una respiración.

Edward Ludlow estaba a su lado, mirándola con expresión preocupada. Tatiana lo achacó a que la veía muy silenciosa desde que había nacido el niño. No era tan extraño; de hecho, les sucedía lo mismo a muchos de los refugiados que llegaban a la isla, como si al ver la túnica de la Estatua de la Libertad desde las habitaciones de Ellis se les hiciera súbitamente patente la enormidad de lo que dejaban atrás y de lo que les aguardaba en el futuro.

—Tenía miedo de que se te cayera el niño —explicó Edward—. No quería asustarte.

—No te preocupes —contestó Tatiana, mostrándole que lo tenía bien sujeto.

—¿Qué estás leyendo?

Tatiana echó un vistazo al libro.

—Nada, sólo me he sentado un rato.

Era *El jinete de bronce y otros poemas*, de Aleksandr Pushkin.

—¿Te encuentras bien? No quería despertarte.

Tatiana se frotó los ojos. El niño seguía durmiendo.

—Es que este niño sólo duerme de día.

—Como su madre…

—La madre se ha adaptado a sus horarios… —Tatiana sonrió—. ¿Todo bien?

—Sí, sí… —contestó apresuradamente el doctor Ludlow—. Quería decirte que ha venido a verte una persona del departamento de inmigración.

—¿Y qué quiere?

—¿Que qué quiere…? Ofrecerte la oportunidad de quedarte en Estados Unidos.

—Yo creía… como mi hijo ha nacido en terreno estadounidense…

—*Territorio* estadounidense —la corrigió amablemente el doctor Ludlow—. La fiscalía general tiene que estudiar tu caso. —Hizo una pausa—. Compréndelo, no es habitual que lleguen inmigrantes clandestinos en plena guerra. Y menos desde la Unión Soviética.

—¿Y no le ha parecido peligroso presentarse aquí personalmente? —inquirió Tatiana—. ¿Le has dicho que tengo tuberculosis?

—Se lo he dicho, y se pondrá una mascarilla. Por cierto, ¿cómo te encuentras? ¿Has esputado sangre?

—No. Y ya no tengo fiebre. Me encuentro mejor.

—¿Has salido a pasear?

—Sí, el aire del mar me sienta bien.

—Claro, el aire del mar es muy sano. —Edward la miró con una expresión seria y ella le dedicó una mirada similar. El médico se aclaró la voz y continuó—: Las enfermeras están admiradas de que no hayas contagiado la tuberculosis al niño.

—Edward —dijo Tatiana—, explícales que si vinieran a verme diez mil personas cada día durante un año entero y yo estuviera enferma todos los días de ese año, únicamente entre diez y dieciséis de los visitantes contraerían la tuberculosis. —Se interrumpió un momento y concluyó—: No es una enfermedad tan contagiosa como cree la gente. Así que ese señor puede venir a verme si se siente con ánimos. Pero explícale las posibilidades de contagio y dile que no hablo inglés demasiado bien.

Con una sonrisa, Edward le dijo que no hablaba tan mal y le preguntó si quería que estuviera presente durante la entrevista.

—No, no hace falta. Gracias.

Tom, el funcionario de inmigración, empezó hablando con ella durante unos quince minutos para comprobar si tenía nociones de inglés. Sí, Tatiana tenía nociones de inglés. Tom le preguntó qué sabía hacer y ella le explicó que era enfermera y que también sabía coser y cocinar.

—Perfecto, durante la guerra se necesitan enfermeras —dijo Tom.

—Sí, sobre todo en Ellis —admitió Tatiana.

Pensó que Brenda no ejercía la profesión más adecuada para ella.

—No nos llegan muchos casos como el suyo.

Tatiana no dijo nada.

—¿Quiere quedarse en Estados Unidos?

—Por supuesto.

—¿Cree que podrá conseguir trabajo o colaborar en el esfuerzo bélico?

—Por supuesto.

—¿No será una carga para el Estado? Es una cuestión muy importante en tiempos de guerra, ¿me comprende? La fiscalía general debe pasar una investigación si se le escapa una persona como usted. El país está agitado. Tenemos que asegurarnos de que será una ciudadana productiva y leal a su tierra de acogida y no a su tierra de origen.

—Por eso no se preocupe —aseguró Tatiana—. Buscaré empleo en cuanto me cure de la tuberculosis y esté en condiciones de trabajar. Haré de enfermera o coseré o cocinaré. Las tres cosas si hace falta. Cumpliré con mi obligación tan pronto como me recupere.

Como si recordara de repente que Tatiana estaba enferma, Tom se levantó y comenzó a dirigirse hacia la puerta, tapándose la boca con la mascarilla.

—¿Y dónde vivirá? —preguntó con la voz ahogada por la tela.

—Quisiera quedarme aquí.

—Cuando se encuentre mejor, tendrá que buscar casa.

—Sí, no se preocupe.

Tom asintió y escribió algo en la libreta.

—¿Con qué nombre quiere registrarse? He visto que en los papeles que usó para salir de la Unión Soviética consta como Jane Barrington, enfermera de la Cruz Roja.

—Así es.

—¿Qué grado de falsedad había en esos documentos?

—No entiendo qué quiere decir.

—¿Quién es Jane Barrington? —precisó Tom tras una pausa.

Esta vez fue Tatiana la que guardó silencio.

—La madre de mi marido —dijo al final.

—¿Barrington? —preguntó Tom tras exhalar un suspiro—. No suena muy ruso.

—Mi marido era estadounidense —explicó Tatiana, bajando la vista.

—¿Es ése el nombre que quiere usar en su tarjeta de residencia? —insistió Tom, abriendo ya la puerta para salir.

—Sí.

—¿No prefiere un nombre ruso?

Tatiana lo pensó un momento.

—A veces, las personas que llegan refugiadas desean conservar algún vínculo con su pasado —le explicó Tom, acercándose otra vez—. Mantienen el nombre de pila y se cambian el apellido, por ejemplo. Piénselo.

—No es mi caso —respondió Tatiana—. Cámbienlo todo. No quiero… ¿cómo ha dicho? No quiero ningún vínculo.

Tom escribió otra anotación en la libreta.

—Entonces dejaremos «Jane Barrington».

Cuando se marchó, Tatiana abrió «El jinete de bronce» y se sentó otra vez junto a la ventana, frente al puerto de Nueva York y a la Estatua de la Libertad. Pasó los dedos por la foto que guardaba entre las páginas. Sin mirar la imagen, acarició la cara y el cuerpo uniformado de su marido y susurró palabras cariñosas en ruso, palabras que esta vez no estaban destinadas a confortar a Alexander o a Anthony sino a ella misma. «Shura, Shura, Shura…», susurró Jane Barrington, hasta entonces conocida como Tatiana Metanova.

✶

La jornada de Tatiana consistía en dar de mamar a Anthony y en cambiar a Anthony y en lavar los pocos pañales y pijamas de Anthony en la pileta del baño y en dar cortos y estimulantes paseos por los alrededores del hospital y en sentarse en un banco a respirar aire fresco con Anthony envuelto en una mantita en el regazo. Brenda le llevaba el desayuno a la habitación y Tatiana desayunaba y comía allí mismo. Cuando el niño no dormía, Tatiana lo cogía en brazos. Sólo veía dos cosas: el puerto de Nueva York y el rostro de su hijo. Pero el hecho de estar sola todo el día mitigaba el consuelo que le proporcionaba el contacto con el bebé. Brenda y el doctor Ludlow lo llamaban «convalecencia»; Tatiana lo llamaba «confinamiento».

Una mañana de finales de julio, harta de estar a solas en la habitación cuando ya empezaba a encontrarse mejor físicamente, Tatiana decidió dar un paseo por el corredor mientras Anthony dormía.

Oyó unos gemidos y los siguió hasta llegar a una sala repleta de heridos. Brenda estaba cumpliendo sus funciones —era la única persona cumpliendo sus funciones—, con cara de estar poco contenta con su suerte y dispuesta a que sus pacientes supieran exactamente cómo se sentía. Gruñendo y con desagradable altanería, levantaba la pierna herida de un soldado a pesar de la insistencia del hombre en que lo tratara con más delicadeza o lo rematara de un disparo.

Tatiana se acercó y le preguntó si necesitaba ayuda, pero Brenda replicó que lo que menos necesitaba era que una enferma enfermara aún más a sus cautivos y le ordenó que volviera de inmediato a su habitación. Tatiana la miró fríamente, miró la brecha abierta en la pantorrilla del soldado y miró al soldado a los ojos.

—Déjeme que lo lave yo —insistió—. Mire, me he tapado boca y nariz con mascarilla. Hay cuatro heridos más reclamándola a gritos en la otra punta del hospital. A uno se le ha caído un diente esta mañana mientras se tomaba desayuno, el otro tiene una fiebre altísima, a otro le está sangrando la oreja…

Brenda soltó la palangana y la pierna y se marchó, aunque le costó un poco decidir si le molestaba más atender a los soldados o dejar que Tatiana ocupara su lugar.

Tatiana lavó la herida del soldado, que ya no rechistó más. O estaba dormido o estaba muerto, concluyó Tatiana cuando terminó de vendarlo.

Desinfectó la herida de un brazo y la herida de un cráneo y abrió una vía intravenosa para administrar morfina, deseando poder inyectarse un poco ella también para mitigar su desolación interior y pensando en lo afortunados que habían sido los tripulantes del submarino alemán que habían logrado llegar a las costas de Estados Unidos y pasar la convalecencia en Ellis como prisioneros de guerra.

Brenda entró de repente en la sala y, como si le sorprendiera ver a Tatiana aún por allí, le ordenó volver a su habitación antes de contagiar la tuberculosis a todos sus pacientes, con una voz que casi hacía pensar que la suerte de sus pacientes le importaba un poco.

En el corredor, Tatiana vio a una chica alta y delgada que lloraba junto al distribuidor de agua. Llevaba una bata de enfermera, tenía el pelo muy largo y las piernas muy largas y era bastante guapa si uno no se fijaba en las ojeras marcadas, la palidez de su cara y los regueros de rímel que le surcaban las mejillas. Como Tatiana tenía mucha sed, caminó hacia el distribuidor y se detuvo a un paso de la joven, que sollozaba desconsolada.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Tatiana, poniéndole una mano en el hombro.

—Sí —gimió la joven.

—Ah.

La chica siguió llorando. Tenía un cigarrillo mojado de lágrimas entre los dedos.

—Si supiera lo desgraciada que me siento en estos momentos.

—¿Puedo ayudarla en algo?

La chica dejó de mirarse las manos y miró a Tatiana.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Tania.

—¿La refugiada tuberculosa?

—Ya me encuentro mejor —respondió Tatiana en voz baja.

—No se llama Tania. Tom me pasó su documentación para que la tramitase. Usted es Jane Barrington. En fin, no es cosa mía. Mi vida se viene abajo y estoy aquí hablando de su nombre. Ojalá tuviera sus problemas.

Tatiana se esforzó en pronunciar una frase de consuelo en inglés.

—Podría ser peor —dijo.

—Se equivoca. Es lo peor que puede pasar. No puede haber nada peor que esto, nada.

—Lo siento —dijo Tatiana, compadeciéndose al ver la alianza que la joven llevaba en el dedo—. ¿Llora por su marido?

La joven asintió, sin dejar de mirarse las manos.

—Es terrible, ya lo sé —añadió Tatiana—. Esta guerra…

—Es un desastre —concluyó la muchacha, asintiendo otra vez.

—Su marido… ¿no va a volver?

—¿Si no va a volver? —exclamó la joven—. ¡Ahí está el problema! Claro que vuelve. Y muy pronto: la semana próxima.

Tatiana se apartó, desconcertada.

—¿Qué le pasa? Parece que se vaya a desmayar. No ponga esa cara, si mi marido vuelve no es por su culpa. Supongo que en una guerra pueden pasarle cosas peores a una chica, pero no se me ocurre cuáles. ¿Quiere un café? ¿Un cigarrillo?

—Tomaré un café —contestó Tatiana tras una pausa.

Se sentaron a una de las mesas rectangulares del comedor. Tatiana se acomodó frente a la chica, que dijo llamarse Viktoria Sabatella «pero llámame Vikki, podemos tutearnos», —añadió— y le estrechó vigorosamente la mano.

—¿Estás aquí con tus padres? —preguntó—. No he visto que ningún inmigrante entre en el país por esta vía desde hace meses. Ya no vienen en los barcos. Llegan tan pocos… ¿Qué te pasa a ti? ¿Estás enferma?

—Ya estoy mejor. Estoy sola —explicó Tatiana. Se interrumpió y añadió—: Con mi hijo.

—¡Es imposible que tú tengas un hijo! —exclamó Viktoria, soltando la taza de golpe.

—Tiene casi un mes.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve.

—¡Señor, sí que empezáis pronto en tu país! ¿De dónde eres?

—De la Unión Soviética.

—¡Caramba! ¿Y tienes marido? ¿Cómo te quedaste embarazada?

Tatiana abrió la boca pero Vikki siguió hablando como si no hubiera habido ninguna pregunta. Casi sin respirar, contó que no había conocido a su padre («está muerto o desaparecido, da lo mismo») y muy poco a su madre («me tuvo muy joven»), y que ésta se había trasladado a San Francisco, estaba con dos hombres («pero no viven en la misma casa») y siempre decía estar enferma («sí, de la cabeza») o muriéndose («los excesos…»). Vikki se había educado con sus abuelos maternos («quieren a mamá, pero no aprueban su vida») y vivía con ellos («no es muy divertido»). Primero había querido ser periodista, luego manicura («fue una progresión natural, en las dos profesiones trabajas con las manos»), y al final decidió («mejor dicho, me obligaron») hacerse enfermera, cuando Estados Unidos parecía que iba a incorporarse a la guerra europea. Tatiana la escuchaba en silencio.

—¿Con quién has dicho que estás? —dijo de repente Vikki.

—Con mi hijo.

—¿Tienes marido?

—En otro tiempo lo tuve.

—Ah, ¿sí? —Vikki suspiró—. En otro tiempo. Ojalá yo hubiera tenido a mi marido en otro tiempo…

La conversación quedó interrumpida por la aparición de una mujer muy alta y terriblemente angulosa, impecablemente vestida y tocada con una pamela blanca.

—¡Vikki! —gritó mientras atravesaba el comedor agitando su bolsito blanco—. ¡Te estoy hablando, Vikki! ¿Lo has visto?

Vikki suspiró y miró a Tatiana con una expresión de fastidio.

—No, señora Ludlow. Hoy no lo he visto. Creo que está al otro lado de la ciudad, en el hospital universitario. Aquí viene los martes y los jueves por la tarde.

—¿Por la tarde? ¡No está en la universidad! ¿Y cómo es que sabes tan bien sus horarios?

—Llevo dos años trabajando con él.

—Muy bien, pues yo llevo ocho casada con él y no sé dónde demonios está. —Se acercó a la mesa y miró con altivez a las dos jóvenes—. ¿Y usted quién es? —preguntó, observando a Tatiana con suspicacia.

Tatiana se tapó la boca con la mascarilla, pero fue Vikki la que habló:

—Es de la Unión Soviética. Casi no habla inglés.

—Ah, pues si espera ganarse la vida en este país tendría que aprender, ¿no? Estamos en guerra, no podemos dedicarnos a mantener a los refugiados.

Y agitando el bolsito, que casi le dio a Tatiana en la cabeza, salió del comedor.

—¿Quién era? —preguntó Tatiana.

—No te preocupes —dijo Vikki, con un gesto displicente—. Cuanto menos sepas de ella, mejor. Es la mujer del doctor Ludlow y está loca. Aparece por aquí una vez a la semana, buscando a su marido.

—¿Y por qué no lo encuentra?

Vikki se echó a reír.

—Lo que habría que preguntar es por qué el doctor Ludlow se pierde tan a menudo.

—Exacto, ¿por qué?

Vikki hizo otro gesto de displicencia, dando a entender que no quería seguir hablando del doctor Ludlow. Tatiana la observó con una sonrisita. Ahora que había dejado de llorar se veía que era una mujer muy guapa, una chica bonita que sabía que lo era y procuraba que los demás también lo supieran. La melena larga y brillante le enmarcaba la cara y los hombros. Llevaba los ojos maquillados con rímel y delineador negro y en sus voluptuosos labios quedaban rastros de carmín. La bata blanca de enfermera le ceñía la esbelta figura y le llegaba justo por encima de la rodilla. Tatiana se preguntó cómo responderían los soldados heridos ante tanta… tanta Vikki.

—¿Por qué llorabas, Vikki? ¿No quieres a tu marido?

—Ah, sí. Lo quiero, lo quiero. —Vikki suspiró—. Pero me gustaría poder quererlo a ocho mil kilómetros de distancia. —Bajó la voz y añadió—: El momento de volver es inoportuno.

—¿Desde cuándo es inoportuno el momento en que marido vuelve con mujer?

—No estaba previsto.

Vikki se echó a llorar otra vez y las lágrimas cayeron sobre el café. Tatiana apartó la taza para que Vikki pudiera tomárselo más tarde.

—¿Cuándo…? ¿Qué palabra has usado…? ¿Cuándo estaba previsto?

—En Navidad.

—Ah. ¿Y por qué vuelve tan pronto?

—¿No es increíble? Cayó herido en el Pacífico.

Tatiana abrió unos ojos como platos.

—¡Bah, se encuentra bien! —añadió Vikki sin darle importancia—. Es un rasguño, una herida superficial en el hombro. Siguió pilotando el avión durante ciento cincuenta kilómetros después de recibir el impacto. No puede ser tan grave.

Tatiana se levantó e hizo ademán de marcharse.

—Tengo que ir a darle el pecho al niño —explicó.

—La cuestión es que Chris lo pasará mal.

—¿Quién es Chris?

—El doctor Pandolfi. ¿No lo conoces? Trabaja con el doctor Ludlow en el hospital.

Chris Pandolfi. Ahora lo recordaba.

—Ah, sí, lo conozco.

El doctor Pandolfi era el médico que había subido al barco y se había negado a ayudarla a parir en terreno… en territorio estadounidense. Quería devolverla de inmediato a la Unión Soviética, sin importarle que estuviera tuberculosa y a punto de

dar a luz. Pero Edward Ludlow protestó y convenció al doctor Pandolfi para que la dejara ingresar en el hospital de Ellis. Tatiana miró a Vikki y le dio una palmadita en el hombro. No le parecía que Chris Pandolfi fuera muy buen partido.

—Todo irá bien, Viktoria. Quizá te convenga distanciarte del doctor Pandolfi. Eres afortunada de que tu marido vuelva a casa.

Viktoria se levantó también y acompañó a Tatiana hasta su habitación.

—Llámame Vikki —insistió—. ¿Puedo llamarte Jane?

—¿Cómo?

—¿No te llamas Jane?

—Llámame Tania.

—¿Y por qué voy a llamarte Tania si te llamas Jane?

—Me llamo Tania. Jane es sólo en los papeles. —Advirtió la expresión de perplejidad y desinterés de Vikki y concluyó—: Llámame como quieras.

—¿Cuándo sales?

—¿Salir?

—De Ellis.

—No creo que vaya a salir de momento —respondió Tatiana tras pensarlo un poco—. No tengo ningún sitio adonde ir.

Vikki entró con ella en la habitación y lanzó una rápida mirada al niño que dormía en la cunita.

—Qué pequeño es —dijo con aire ausente, y alargó la mano hacia el pelo rubio de Tatiana—. ¿Su padre tenía el pelo oscuro?

—Sí.

—¿Y qué se siente cuando eres madre?

—Pues…

—Bueno, cuando te encuentres mejor, quiero que vengas a casa. Te presentaré a mis abuelos, les encantan los niños. Siempre me preguntan cuándo voy a tener uno. ¡Dios no lo quiera! —suspiró. Miró otra vez a Anthony—. ¡Qué lindo es! Qué pena que su padre no lo haya visto nunca.

—Sí.

Tatiana no sabía qué más decir.

El niño era tan vulnerable… No podía moverse ni sostener la cabeza. A Tatiana le costaba tanto vestirlo con aquellos bracitos inertes y aquella cabecita oscilante que desafiaba sus torpes conocimientos maternales, que algunos días lo dejaba desnudo, envuelto solamente con el pañal y tapado con la manta. La única ropa que podía ponerle eran unos pijamas que le había dado Edward. Afortunadamente, era verano y hacía calor y el niño no necesitaba mucho más, porque su cabecita se negaba a pasar por el cuello de la prenda y los bracitos se negaban a introducirse en las largas mangas. Bañarlo era aún más difícil. Como el ombligo no le había cicatrizado del todo, Tatiana le limpiaba el cuerpo con un paño, lo cual no era tan complicado, pero lavarle el pelo quedaba más allá de sus habilidades. El niño no hacía nada, no podía

ayudarla de ninguna manera, no podía levantar los brazos o quedarse quieto o incorporarse. La cabecita se le inclinaba hacia atrás, su cuerpo se escurría de entre los brazos de Tatiana, las piernecitas se balanceaban precariamente sobre la pila. Tatiana vivía en constante temor de que el bebé le resbalara de entre las manos y se desplomara sobre el suelo de baldosas blancas y negras. Los sentimientos que le inspiraba su absoluta dependencia iban desde una intensa angustia por el futuro del niño hasta una ternura casi asfixiante. Sin embargo, quizá porque así estaba previsto en la naturaleza, saber que Anthony la necesitaba la hacía sentir más fuerte.

Y le hacía falta fortalecerse. A menudo, cuando el niño dormía plácidamente, Tatiana tenía la impresión de que eran su propia cabeza, sus brazos, sus piernas y su cuerpo frágil y oscilante los que estaban a punto de caerse del alféizar y desplomarse sobre el asfalto de la calle.

Por eso, para sentir que su bebé le daba fuerzas, lo destapaba y comenzaba a acariciarlo. Lo sacaba de la cuna y se lo ponía sobre el pecho y lo dejaba dormir con la cabecita apoyada sobre su corazón. El niño tenía los brazos largos y las piernas largas, y mientras lo acariciaba, Tatiana se imaginaba que estaba viendo a un niño distinto a través de los ojos de otra mujer, a un niño larguirucho como Anthony, moreno y suave como él, un niño al que tocaba, bañaba, acunaba y acariciaba su propia madre, una madre que había esperado una vida entera para tener a su único hijo.

# Capítulo 7

*El interrogatorio, 1943*

Se oyeron unas voces fuera de la celda y la puerta se abrió.

—¿Alexander Belov?

Alexander iba a decir «sí», pero sin saber por qué se acordó de los Romanov, asesinados en un sótano en medio de la noche. ¿Era de noche ya? ¿Era la misma noche, era la noche siguiente?

—¿Voy con usted? —decidió contestar.

—Sí, venga.

Acompañó al guardián hasta una pequeña habitación en el piso superior. Esta vez no era un aula sino un antiguo almacén, quizá la oficina de enfermería.

Le ordenaron que se sentara en la silla. Luego le ordenaron que se pusiera de pie, y después, que volviera a sentarse. Fuera aún no había luz. Preguntó qué hora era, pero le dijeron «¡cierra el pico!» y no volvió a preguntarlo. Al cabo de un rato entraron dos hombres en la habitación. Uno de ellos era el gordo Mitterand, y el otro, un agente al que Alexander no conocía.

El agente encendió una lámpara y enfocó directamente la cara de Alexander, que cerró los ojos.

—¡Abra los ojos, comandante!

—Calma, Vladimir —advirtió en voz baja el gordo Mitterand—. No hay por qué actuar así.

Alexander se alegró de que aún lo llamaran «comandante». Por lo visto, no habían conseguido traer a un coronel para interrogarlo. Como sospechaba, en Morozovo no había nadie que pudiera ocuparse de su caso. Por eso debían enviarlo a Voljov, pero no querían arriesgar la vida de más soldados atravesando el río en un camión. Ya habían fracasado una vez. Más adelante podrían ir en barca, pero tenían que esperar a que el hielo se fundiera. De modo que Alexander podía pasarse otro mes en la celda de Morozovo. ¿Sería capaz de soportar allí dentro un minuto más?

—Comandante Belov —comenzó Mitterand—, estoy aquí para comunicarle que está usted arrestado por alta traición. Disponemos de pruebas irrefutables que lo acusan de espionaje y traición a su patria. ¿Qué tiene usted que alegar?

—Son acusaciones infundadas —aseguró Alexander—. ¿Algo más?

—¡Se le acusa de ser un espía extranjero!

—No es cierto.

—Sabemos que lleva tiempo viviendo con una identidad falsa —dijo Mitterand.

—No es cierto, es mi identidad verdadera —dijo Alexander.

—Nos gustaría que firmara este papel donde se detallan los derechos que le concede el artículo 58 del Código Penal de 1928.

—No pienso firmar nada —dijo Alexander.

—El soldado que dormía a su lado en el hospital nos ha dicho que le oyó hablar en inglés con el médico de la Cruz Roja que lo visitaba todos los días. ¿Es cierto eso?

—No.

—¿Por qué lo visitaba el médico?

—Por si no conocen las razones que pueden llevar a un militar a una sala de cuidados intensivos, les diré que caí herido en combate. Pueden preguntárselo a mis mandos. El comandante Orlov…

—¡Orlov está muerto! —soltó Mitterand.

—Me apena saberlo —exclamó Alexander.

Se sintió flaquear por un momento. Orlov era un buen jefe. No era Mijail Stepanov, pero ¿quién podía estar a la altura de Stepanov?

—Comandante, se lo acusa de haberse alistado en el ejército con un nombre falso. Se lo acusa de ser el ciudadano estadounidense Alexander Barrington. Se lo acusa de fugarse mientras era conducido a un campo de castigo en Vladivostok, después de ser condenado por espionaje y actividades subversivas contra la Unión Soviética.

—Todo son mentiras —aseguró Alexander—. ¿Dónde está la persona que me acusa? Me gustaría verla.

¿Qué noche era? ¿Había pasado un día? ¿Habían logrado escapar Sayers y Tania? De ser así, Dimitri se habría ido con ellos, y en ese caso el NKVD tendría dificultades para defender la existencia de un acusador cuando el propio acusador habría desaparecido como si fuera un ministro del *Politburó* de Stalin.

—Tengo tanto interés como ustedes en llegar al fondo de la cuestión —aseguró Alexander con una sonrisa amigable—. O quizá más. ¿Dónde está esa persona?

—¡Las preguntas las hacemos nosotros, no usted! —vociferó Mitterand.

El problema era que no tenían más preguntas. Mejor dicho, se limitaban a preguntarle lo mismo una y otra vez.

—¿Es usted el ciudadano estadounidense llamado Alexander Barrington?

—No —contestó el ciudadano estadounidense llamado Alexander Barrington—. No sé de qué me hablan.

Alexander no sabía cuánto tiempo llevaban interrogándolo. Le enfocaron la cara con una lámpara y se limitó a cerrar los ojos. Le ordenaron que se pusiera de pie y aprovechó para estirar las piernas. Aguantó de pie durante lo que pareció una hora y lamentó tener que volver a sentarse. No sabía si había sido una hora exactamente, pero para entretenerse durante el monótono interrogatorio estuvo contando los segundos que duraba cada ciclo, desde «¿Es usted el ciudadano estadounidense llamado Alexander Barrington?» hasta «No; no sé de qué me hablan».

Siete segundos. Doce si Alexander se demoraba en responder, si juntaba los pies, ponía los ojos en blanco o soltaba un suspiro. Una vez no pudo contenerse y estuvo bostezando durante treinta segundos. Le pareció que el tiempo pasaba más deprisa.

Repitieron la misma pregunta 147 veces. Cada seis, antes de proseguir, Mitterand tomaba un trago. Al final pasó el relevo a Vladimir, que bebía menos y era más

amable e incluso le ofreció una copa. Alexander la rechazó cortésmente pero agradeció la distracción. Sabía que no debía aceptar nada de lo que le ofrecieran. Sólo pretendían congraciarse con él.

Pero la distracción no fue suficiente.

—Guardián, llévelo a la celda —dijo Vladimir al cabo de 147 intentos, con la frustración reflejada en la voz y en el rostro. Y añadió—: Terminará confesando, comandante. Sabemos que las acusaciones son ciertas y haremos todo lo que esté en nuestras manos para que confiese.

Normalmente, cuando los *apparatchik* del Partido interrogaban a un detenido con la intención de condenarlo y enviarlo cuanto antes a un campo de trabajo, todo el mundo sabía que se estaba desarrollando una farsa. Los que preguntaban sabían que las acusaciones eran falsas y el desconcertado prisionero lo sabía también, pero la alternativa que le presentaban era tan dura, que terminaba reconociendo la obvia falacia. «Usted, vecino de un agitador antiproletario, confiese que conspiró con él o le caerán veinticinco años en Magadán; si confiesa, serán sólo diez». Ésa era la disyuntiva, y los prisioneros terminaban confesando para salvarse o para salvar a sus familiares, o porque la sucesión de palizas y humillaciones los dejaba sin fuerzas para negar el entramado de mentiras. Alexander pensó que ésa debía de ser la primera vez en varias décadas en que el detenido era acusado de un hecho auténtico (puesto que él era realmente Alexander Barrington), y la primera vez en que los interrogadores podían escudarse en la verdad, una verdad que el propio interrogado no tenía más remedio que ocultar bajo un entramado de mentiras si quería sobrevivir. Le habría gustado señalar la paradoja a Mitterand y a Vladimir, pero no creía que estuvieran en condiciones de apreciarla.

Dos guardianes lo devolvieron a la celda, lo apuntaron con los fusiles y le ordenaron que se desnudara.

—Hay que llevar el uniforme a la lavandería —dijeron.

Alexander se quitó toda la ropa menos los calzoncillos largos. Le ordenaron que se desprendiera también del reloj, las botas y los calcetines. Alexander no quería quitarse los calcetines porque el suelo de la celda estaba helado.

—¿Para qué quieren las botas?

—Para lustrarlas.

Alexander se alegró de haber guardado los medicamentos del doctor Sayers en el bolsillo de los calzoncillos.

Les tendió las botas de mala gana, y los guardianes se las arrebataron de un tirón y se fueron sin decir palabra.

Cuando se cerró la puerta y se quedó solo en la celda, Alexander cogió la lámpara de queroseno y se la acercó al cuerpo para entrar en calor. Ya no le preocupaba la falta de oxígeno.

Le ordenaron a gritos que no tocara la lámpara, pero Alexander no la soltó. Uno de los guardianes entró y se la arrebató bruscamente, dejándolo otra vez en una celda

fría y oscura.

A pesar del vendaje que le había puesto Tatiana alrededor del torso, le dolía mucho la herida de la espalda. Deseó poder envolverse todo el cuerpo con la gasa blanca.

Tenía que tocar el suelo lo menos posible. Se irguió en el centro de la celda para que lo único que estuviera en contacto con el cemento helado fuera las plantas de los pies. Imaginó el calor.

Se llevó las manos a la nuca, se las puso detrás de la espalda delante del pecho…

E imaginó…

*Tania de pie delante de él, con la cabeza apoyada en su torso desnudo para oír los latidos de su corazón, alzando los ojos hacia él y sonriéndole. Tatiana de puntillas sobre los pies de él, aferrada a sus brazos, irguiéndose para acercar su cara a la de él.*

Calor.

Ya no era ni de día ni de noche. Ya no había resplandor ni luz. No había nada que sirviera para calcular el tiempo. Las imágenes de Tatiana se sucedían sin parar en la cabeza de Alexander, era incapaz de calcular cuánto tiempo llevaba pensando en ella. Intentó contar los segundos y se sintió exhausto. Necesitaba dormir.

¿Dormir o pasar frío? ¿Dormir o pasar frío?

Dormir.

Se acurrucó en el rincón sin dejar de temblar, tratando de mantener a raya la desesperación. ¿Había pasado un día, o una noche?

Un día o una noche, ¿a partir de qué momento?

«Esperarán a que muera de hambre o de sed. Me matarán de una paliza. Pero primero se me congelarán los pies, y luego las piernas, y luego mis entrañas se volverán de hielo. Y la sangre también, y el corazón, y llegará el olvido».

*Tamara y sus historias, 1935*

Una *babushka* llamada Tamara llevaba veinte años viviendo en la planta donde se habían instalado los Barrington. Tenía siempre abierta la puerta de su habitación y Alexander, al volver del colegio, entraba a veces a charlar un rato con ella porque sabía que los ancianos agradecían la posibilidad de transmitir su experiencia vital a las nuevas generaciones. Una tarde, Tamara, sentada en una incómoda silla de madera junto a la ventana, le contó que a su marido lo habían detenido por delitos religiosos en 1928 y lo habían condenado a diez años…

—Un momento, Tamara Mijailovna. ¿Diez años dónde?

—En un campo de trabajo en Siberia, claro. ¿Dónde va a ser?

—¿Lo declararon culpable y lo enviaron a trabajar a Siberia?

—Lo enviaron a un presidio…

—¿Y trabajaba gratis…?

—Ay, Alexander, te ruego que no me interrumpas cuando te estoy contando algo.

El muchacho calló.

—En 1930 detuvieron a las prostitutas de la calle Arbat, y no sólo volvían a estar aquí al cabo de unos meses, sino que les habían permitido ver a sus familiares. Pero a mi marido y a sus compañeros de religión no los dejaron volver, en todo caso no a Moscú.

—Sólo faltan tres años… —intervino Alexander—. Tres años de trabajos forzados.

Tamara negó con la cabeza.

—En 1932 —añadió, bajando la voz— recibí un telegrama de la dirección de Kolima: «Sin derecho a correspondencia», decía. Sabes qué significa, ¿verdad?

Alexander no se atrevió a aventurar una respuesta.

—Significa que la persona con la que mantenías correspondencia ya no vive —explicó Tamara con la voz temblorosa, agachando la cabeza.

A Alexander le gustaba escucharla, igual que le sucedía con Slavan. Tamara le contó que tres sacerdotes de la iglesia de la esquina habían sido condenados a siete años por no renunciar a las herramientas del capitalismo, es decir: por conservar en privado su fe cristiana.

—¿También los mandaron a un campo de trabajo?

—¡Claro! —Alexander calló y la dejó continuar—. Lo curioso es que… ¿Te fijaste en que hace unos meses había rameras en la puerta del hotel que hay en esta misma calle?

—Ajá…

Alexander se había fijado.

—Las detuvieron por alteración del orden público…

—Y por no renunciar a las herramientas del capitalismo —observó secamente Alexander.

—Exacto, chico, exacto. —Tamara rio y le acarició el pelo—. ¿Y sabes cuántos años les cayeron en ese campo de trabajo que tanto te interesaba? Tres. No lo olvides: cristianismo, siete años; prostitución, tres años.

Jane entró en la habitación y agarró a su hijo de la mano.

—¡Vámonos! —exclamó.

Antes de salir se dio la vuelta y añadió en tono acusatorio, dirigiéndose a Alexander pero mirando a Tamara:

—¿Podrías dejar de hablar de prostitutas con viejas desdentadas?

—¿Y con quién quieres que hable de prostitutas, mamá? —preguntó Alexander.

✶

—Hijo, tu madre quiere que hable contigo de una cosa.

Harold carraspeó. Alexander apretó los labios y se sentó en silencio. Vio a su padre muy nervioso y se pisó las manos con los muslos para contener la risa. Su madre fingía limpiar algo en la otra punta de la habitación. Harold lanzó una mirada en dirección a Jane.

—¿Sí, papá? —dijo Alexander con su voz más profunda.

Le había cambiado la voz hacía unos meses y le gustaba mucho cómo sonaba su nueva personalidad. Muy adulta. También había crecido más de veinte centímetros de estatura en los últimos seis meses, pero no parecía tener mucha carne sobre los huesos. Aún le faltaba… de todo.

—Papá, ¿quieres que hablemos dando un paseo?

—¡No! —dijo Jane—. No podré escucharos. Podéis hablar aquí.

—Muy bien, papá, hablemos aquí —concedió Alexander, con un gesto de asentimiento.

Alzó la cara e intentó no reírse. Habría dado igual que cruzara los ojos o que sacara la lengua, porque su padre era incapaz de mirarlo.

—Hijo —comenzó Harold—, estás a punto de alcanzar esa edad en la que… en fin, estoy seguro de que será así, de hecho es así ya… estás hecho un chaval muy simpático y muy guapo, y necesitas mi consejo porque no tardarás en… bueno, quizá ya has… estoy seguro de que ya has…

Jane soltó un bufido reprobatorio al fondo de la habitación, y Harold se interrumpió.

Al cabo de unos segundos, Alexander se puso de pie y palmeó cariñosamente el hombro de su padre.

—Gracias, papá —dijo—. Sí que ha sido una ayuda.

Se marchó a su habitación, y Harold no lo siguió. Oyó discutir a sus padres y al cabo de un minuto llamaron a la puerta. Era su madre.

—¿Puedo hablar contigo?

—No hace falta, mamá —contestó Alexander, intentando mantenerse serio—, creo que papá ya ha dicho lo que tenía que decir y no hay nada más que añadir…

Jane se sentó en la cama y Alexander se acomodó en la silla que había junto a la ventana. En mayo cumpliría dieciséis años. Le gustaba el verano. A lo mejor alquilaban una habitación en una dacha de Krasnaia Poliana, como el año anterior.

—Alexander, lo que tu padre no ha llegado a decir…

—Pero ¿hay algo que no haya llegado a decir?

—Hijo…

—Perdona, sigue…

—No voy a darte una lección sobre las chicas…

—Menos mal.

—Pero escúchame, quiero que tengas en cuenta una cosa… —Jane hizo una pausa. Alexander esperó—. Martha me ha contado que a uno de sus asquerosos hijos

han tenido que extirparle el aparato —susurró—. ¡Extirpárselo! ¿Y sabes por qué?

—No sé si quiero saberlo.

—Porque pilló purgaciones. ¿Sabes qué es eso?

—Creo que…

—Y el otro hijo tiene el cuerpo lleno de bubas. ¡Es repugnante!

—Sí, es…

—¡El mal francés! ¡La sífilis! Lenin murió de eso, con el cerebro consumido —susurró—. Nadie lo dice, pero es así. ¿Eso es lo que quieres que te pase?

—La verdad es que no —repuso Alexander.

—Pues está por todas partes. Tu padre y yo conocíamos a un hombre que se quedó sin nariz por lo mismo.

—Personalmente, prefiero quedarme sin nariz que sin…

—¡Alexander!

—Lo siento.

—Es un asunto muy serio, hijo. He hecho todo lo que he podido para educarte bien, para que seas un chico limpio y sano, pero mira dónde tenemos que vivir, y tú no tardarás en independizarte.

—Ah, ¿piensas que será pronto…?

—¿Qué va a pasar cuando te encames con una lagartona que vete a saber con quién ha estado antes? —preguntó resueltamente Jane—. Hijo, yo no quiero que cuando crezcas seas un santo ni un eunuco; sólo quiero que vayas con cuidado y que protejas en todo momento lo que es tuyo. Tienes que mantener la higiene, ir con cuidado… y no olvides que si no usas protección terminarás haciéndole un bombo a una chica y entonces ¿qué? ¿Terminarás casándote con alguien a quien no quieres?

—¿Un bombo? —preguntó Alexander, mirando a su madre.

—Te dirá que es tuyo pero nunca lo sabrás con seguridad, sólo sabrás que te has casado y que el aparato ya no te funciona.

—Para ya, madre, por favor —suplicó Alexander.

—¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—¿Cómo no voy a entenderte?

—Tenía que explicártelo tu padre.

—Y lo ha hecho. En mi opinión, me lo ha explicado muy bien.

—¿Podrías tomarte algo en serio alguna vez, para variar? —preguntó Jane, poniéndose de pie para marcharse.

—Sí, mamá. Gracias por venir. Me alegro de que hayamos tenido esta conversación.

—¿Tienes alguna pregunta?

—Ninguna.

*El cambio de nombre de la residencia, 1935*

Una gélida tarde de enero, Alexander y su padre se dirigían a la reunión de todos los jueves.

—Papá —preguntó Alexander—, ¿por qué van a cambiar otra vez el nombre de la residencia? Es la tercera vez en seis meses.

—No lo han cambiado tantas veces.

—Sí, papá. —Caminaban el uno al lado del otro, sin darse la mano—. Cuando nos instalamos se llamaba «Hotel Derzhava». Luego lo cambiaron a «Hotel Kamenev», y luego se llamó «Zinoviev». Y ahora es el «Hotel Kirov». ¿Por qué? ¿Y quién es ese tal Kirov?

—Era el jefe del Partido en Leningrado —explicó Harold.

En la reunión, el viejo Slavan soltó una carcajada cuando Alexander repitió la pregunta.

—No te preocupes, hijo —lo tranquilizó, dándole una palmadita en la cabeza—. Ahora que es «Kirov», «Kirov» se quedará.

—Bueno, dejad ya el tema —dijo Harold. Intentó apartar a su hijo, pero Alexander no quería perderse la explicación.

—¿Por qué, Slavan Ivanovich?

—Porque Kirov está muerto —le explicó Slavan—. Lo asesinaron en Leningrado hace un mes. Ahora hay una persecución en marcha.

—Ah, ¿es que no han encontrado al asesino?

—A él lo encontraron, sí. —El viejo sonrió amargamente—. Pero ¿qué pasa con los demás?

—¿Quiénes?

Alexander bajó la voz.

—Los demás conspiradores —explicó el viejo—. También tienen que morir.

—¿Fue una conspiración?

—Sí, claro. ¿Habría una persecución en marcha de no ser así?

Harold llamó en tono áspero a Alexander.

Más tarde, cuando volvían a casa, le preguntó:

—Hijo, ¿por qué hablas tanto con Slavan? ¿Qué cosas te ha estado contando?

—Es un hombre fascinante —aseguró Alexander—. ¿Sabías que estuvo cinco años en Akatui? —Akatui era un presidio siberiano de la época zarista—. Dice que le dieron una camisa blanca y que en verano trabajaba sólo ocho horas al día y en invierno seis, y que nunca llevaba la camisa sucia, y que le daban un kilo de pan al día y carne también. Dice que fueron los mejores años de su vida.

—Pues no lo envidio —masculló Harold—. Oye, no quiero que hables tanto con él. Siéntate con nosotros.

—Ajá… —repuso Alexander—. Vosotros fumáis mucho y me pican los ojos.

—Echaré el humo en otra dirección. Slavan es conflictivo. Mantente alejado de él, ¿me oyes? —Harold hizo una pausa y añadió—: No durará mucho.

—¿No durará mucho dónde?

Dos meses después, Slavan desapareció de las reuniones. Alexander lo echaba de menos y echaba de menos sus historias.

✶

—Papá, en nuestro piso sigue desapareciendo gente. Ya no está la señora Támara.

—Nunca me cayó bien —opinó Jane, tomando un sorbito de vodka—. Creo que está enferma y la han llevado al hospital. Era muy mayor, Alexander.

—Mamá, ahora hay dos hombres jóvenes ocupando su habitación. ¿Van a vivir con ella cuando vuelva del hospital?

—No tengo ni idea —respondió resueltamente Jane, y con la misma resolución se sirvió otro vasito de vodka.

—La familia italiana ya no está. ¿Tú sabías que se habían marchado, mamá?

—¿Quiénes? —dijo Harold, alzando la voz—. ¿Quién desaparece? Los Frasca no han desaparecido: están de vacaciones.

—Es invierno, papá. ¿Adónde quieres que vayan de vacaciones?

—A Crimea. Están en un centro de veraneo cerca de Krasnodar. En Dzhugba, creo. Volverán dentro de dos meses.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué me dices de los van Doren? ¿Adónde se han ido? ¿A Crimea también? Ahora hay una familia rusa ocupando su habitación. Pensaba que esa planta era sólo para extranjeros.

—Se han trasladado a otro edificio en el mismo Moscú —dijo Harold, hincando el tenedor en el plato—. El Obkom quiere integrar a los extranjeros en la sociedad soviética.

—¿Que se han trasladado, dices? —inquirió Alexander, soltando los cubiertos de golpe—. ¿Adónde? Porque Nikita está durmiendo en nuestro baño.

—¿Quién es Nikita?

—Papá, ¿no has visto que se ha instalado un hombre en la bañera?

—¿Quién es?

—Nikita.

—Ah. ¿Y cuánto tiempo lleva ahí?

Alexander y su madre intercambiaron una mirada de perplejidad.

—Tres meses.

—¿Lleva tres meses en la bañera? ¿Por qué?

—Porque no ha conseguido ni una sola habitación de alquiler en todo Moscú. Venía de Novosibirsk.

—No lo he visto —dijo Harold, en un tono que implicaba que, como nunca lo había visto, era imposible que Nikita existiera—. ¿Qué hace cuando quiero bañarme?

—Pues deja libre el cuarto de baño durante media hora —explicó Jane—. Le doy un vasito de vodka y sale a dar un paseo.

—Mamá —dijo Alexander, sin dejar de masticar—, su mujer viene en marzo.

Nikita me ha pedido que pregunte a todos los del piso si podemos adelantar la hora del baño por la noche, para dejarles un poco de…

—Dejadlo ya, os estáis burlando de mí —dijo Harold.

Alexander y su madre intercambiaron otra mirada.

—Sal a comprobarlo, papá —propuso Alexander—. Y cuando vuelvas, dime a qué sitio de Moscú pueden haberse trasladado los van Doren.

Al volver, Harold se encogió de hombros y declaró:

—Ese hombre es un vagabundo. No es de fiar.

—Ese hombre —dijo Alexander, mirando el vaso de vodka de su madre— es el responsable de mantenimiento de la flota del Báltico.

✶

Un mes después, en febrero de 1935, a la vuelta del instituto, Alexander oyó que su madre y su padre se peleaban otra vez. Les oyó gritar dos veces su nombre.

Así que su madre estaba preocupada por él. Pero ¿por qué? Él estaba bien: hablaba ruso con soltura, cantaba canciones, bebía cerveza y jugaba al hockey con sus amigos en el parque Gorki. Estaba perfectamente. ¿Por qué se preocupaba su madre? Le habría gustado entrar y decirle que todo iba bien, pero prefería no interferir en sus peleas.

De pronto oyó que uno lanzaba algo por el aire y otro recibía un golpe. Entró corriendo en la habitación y vio a su madre en el suelo, con la cara roja, y a su padre inclinándose hacia ella. Alexander corrió hacia él y lo apartó de un empujón.

—Pero ¿qué haces, papá? —chilló—. ¿Qué estás haciendo?

Alexander se arrodilló junto a su madre, que se incorporó y miró muy seria a Harold.

—Qué bonito lo que le estás enseñando a tu hijo —dijo—. ¿Para esto lo trajiste a la Unión Soviética, para que aprendiera a tratar así a las mujeres? ¿A su esposa, quizá?

—¡Calla! —gritó Harold, y apretó los puños—. ¡Calla!

—¡Basta ya, papá! —Alexander se puso de pie de un salto—. ¿Qué estás haciendo?

—Tu padre nos abandona, Alexander…

—¡No os estoy abandonando!

Alexander se enfrentó a su padre y le dio otro empujón.

—¿Qué estás haciendo, papá? —repitió.

Harold lo apartó y le dio un manotazo en la cara. Jane ahogó un grito. Alexander se tambaleó pero no llegó a caerse. Harold intento golpearlo otra vez, pero su hijo lo esquivó. Jane agarró a su marido por las piernas y lo tiró al suelo. Al caer, Harold se dio de cabeza contra el sofá.

—¡No te atrevas a tocarlo! —chilló Jane.

Harold estaba en el suelo y Jane también; el único que estaba de pie era Alexander. Los tres respiraban entrecortadamente y evitaban mirarse. Alexander se pasó la mano por el labio ensangrentado.

—Harold —dijo Jane, todavía arrodillada—. ¡Mira cómo estamos! ¡Esta mierda de país está acabando con nosotros! —Estaba llorando—. Volvamos a nuestra tierra y empecemos de nuevo.

—¿Estás loca? —masculló Harold, mirando a Alexander y a Jane—. ¿Te das cuenta de lo que dices?

—Sí.

—¿Has olvidado que renunciamos a la nacionalidad estadounidense? ¿Has olvidado que en este momento tú y yo somos apátridas y estamos esperando a que nos concedan la nacionalidad soviética para poder seguir adelante? ¿Crees que en Estados Unidos nos aceptarán si volvemos? ¡Si prácticamente nos echaron a patadas…! ¿Y cómo se sentirán las autoridades soviéticas si ven que también les damos la espalda?

—Me da igual lo que piensen las autoridades soviéticas.

—¡Señor, qué ingenua eres!

—¿Eso soy? ¿Y tú qué eres, entonces? ¿Sabías que serían así las cosas y nos trajiste igualmente? ¿Trajiste a tu hijo?

—No vinimos buscando una vida regalada —contestó Harold, con una mirada de decepción—. Eso podríamos haberlo tenido en Estados Unidos.

—Es verdad, y lo tuvimos. Nosotros dos podemos conformarnos con las condiciones de este país, pero Alexander no tiene por qué quedarse, Harold. Al menos mándalo a él de vuelta.

—¿Qué?

Harold no era capaz de hablar más que en susurros.

—Sí. —Jane se incorporó con la ayuda de Alexander y se plantó frente a su marido—. Tiene quince años. Mándalo a casa.

—¡Mamá! —protestó Alexander.

—No lo dejes morir en este país… ¿No comprendes que debe irse? Alexander lo entiende. ¿Por qué tú no?

—Alexander no lo entiende. ¿O sí, hijo?

Alexander permaneció en silencio. No quería tomar partido contra su padre.

—¿Lo ves? —exclamó Jane en tono triunfal—. Por favor, Harold. Dentro de nada será demasiado tarde.

—Qué tonterías dices. ¿Demasiado tarde para qué?

—Demasiado tarde para Alexander —respondió Jane con la voz desfalleciente, pálida de desesperación—. Trágate el orgullo por un momento, hazlo por él. Antes de que cumpla los dieciséis en mayo y tenga que alistarse en el Ejército Rojo, antes de que la tragedia caiga sobre todos nosotros, mientras aún tenga la nacionalidad estadounidense… mándalo de vuelta. Él no ha renunciado a sus derechos como

ciudadano de Estados Unidos. Yo me quedaré aquí, viviendo contigo hasta el fin de mis días, pero…

—¡No! —exclamó Harold, con la voz desmayada—. Si las cosas no han salido como esperaba, lo sien…

—No digas que lo sientes por mí, cabrón. No lo sientas por mí… Cuando me acosté contigo, sabía lo que estaba haciendo. Siéntelo por tu hijo. ¿Qué va a ser de él?

Jane se dio la vuelta y se alejó.

Alexander se acercó a la ventana y miró a la calle. Era una noche de febrero. Oía las voces de su padre y de su madre detrás de él.

—Janie, tranquila, todo saldrá bien, ya lo verás. A Alexander le irá mejor dentro de un tiempo. El comunismo es el futuro del mundo, lo sabes tan bien como yo. Cuanto más se agranda la brecha entre ricos y pobres, más importante se vuelve el comunismo. Estados Unidos es una causa perdida. ¿Quién se va a preocupar de la gente común, quién va a proteger sus derechos, sino los comunistas? Estamos atravesando la fase más dura. Pero no me cabe duda, y sé que a ti tampoco, de que el comunismo es el futuro.

—¡Señor! —exclamó Jane—. ¿Nunca lo dejarás?

—No podemos dejarlo ahora —se justificó Harold—. Seremos testigos del proceso hasta el final.

—Exacto —replicó Jane—. El propio Marx escribió: «El capitalismo produce sus propios sepultureros». ¿No crees que quizá no hablaba del capitalismo?

—Por supuesto —aceptó Harold, mientras Alexander desviaba la mirada—. Los comunistas reconocen abiertamente que, para alcanzar sus objetivos, deben acabar por la fuerza con los males preexistentes. Acabar con el egoísmo, con la codicia, con el individualismo, con los intereses personales…

—Con la prosperidad, la tranquilidad, la comodidad, la privacidad, la libertad… —añadió Jane remarcando cada palabra, mientras Alexander seguía mirando obstinadamente por la ventana—. «El segundo Estados Unidos»… Vaya mierda de segundo Estados Unidos.

Sin necesidad de volverse, Alexander vio la mirada furiosa de su padre y la mirada desesperada de su madre y la habitación gris de paredes descascarilladas y la manecilla de la puerta sujeta con cinta adhesiva y sintió el olor de los retretes que estaban a pocos metros, y no dijo nada.

Antes de llegar a la Unión Soviética, el único mundo que tenía sentido para él era Estados Unidos, un país donde su padre podía subirse a un púlpito a predicar contra el gobierno, y la policía encargada de proteger a ese gobierno lo obligaba a bajar y lo metía en una celda de Boston para curarlo de su afán agitador, y al día siguiente o al cabo de dos días lo dejaba salir para que retomara con renovado fervor sus prédicas sobre las lamentables deficiencias del Estados Unidos de los años veinte. Y según Harold estas deficiencias eran muchas, aunque alguna vez había dicho que le impresionaban los inmigrantes que acudían en masa a Nueva York y a Boston para

vivir en condiciones deplorables y trabajar por cuatro perras y que avergonzaban a generaciones de estadounidenses siendo capaces de vivir en condiciones deplorables y trabajar por cuatro perras y aceptarlo con alegría… una alegría que sólo quedaba mitigada por la imposibilidad de traer a otros familiares suyos a Estados Unidos para que también vivieran en condiciones deplorables y trabajaran por cuatro perras.

Harold Barrington podía predicar la revolución en Estados Unidos y a Alexander le parecía algo perfectamente normal porque había leído *Sobre la libertad* de John Stuart Mill y John Stuart Mill le había enseñado que la libertad no consiste en hacer lo que a uno le venga en gana sino en decir lo que a uno le venga en gana. Su padre era seguidor de Mill en la mejor tradición de la democracia estadounidense. ¿Qué tenía eso de extraño?

Lo que le pareció extraño cuando llegaron a Moscú fue el propio Moscú. Y a medida que pasaron los años, Moscú le fue pareciendo cada vez más extraño. Su vitalidad juvenil se apagaba al observar aquella miseria, aquel caos y aquellas incomodidades. Había dejado de dar la mano a su padre cuando se dirigían a las reuniones de los jueves, pero el vacío que sentía en los dedos era el de una naranja en invierno.

En la misma época en que ensalzaba a Rusia como el «segundo Estados Unidos», el camarada Stalin había anunciado que en pocos años las líneas férreas, las carreteras y las viviendas de la Unión Soviética estarían a la altura de las norteamericanas. Según él, la URSS se estaba industrializando a mayor velocidad que Estados Unidos porque el capitalismo fomentaba el progreso de forma caótica y el socialismo lo impulsaba en todos los frentes. En Estados Unidos había un 35% de paro, mientras que en la Unión Soviética se alcanzaba prácticamente el pleno empleo. Todos los soviéticos trabajaban (lo cual era una prueba de la superioridad de la URSS), mientras que los estadounidenses dependían del estado del bienestar porque no había suficiente trabajo para todos. Todo eso eran datos objetivos e innegables. Entonces, ¿por qué la sensación de malestar era tan acuciante?

Sin embargo, el malestar y el desconcierto de Alexander eran accesorios; lo que no era accesorio era su juventud. Y Alexander era joven, incluso en Moscú.

Se limpió la sangre de la boca con la manga y tendió una servilleta a su madre.

—No la escuches —dijo mirando a Harold, antes de salir de la habitación y dejar a sus padres con sus miserias—. No pienso volver a Estados Unidos sin vosotros. Mi futuro está aquí, para bien o para mal. —Se acercó un paso a su padre y añadió—: Pero no vuelvas a pegar a mamá. —Alexander era varios centímetros más alto que Harold—. Si vuelves a hacerlo, tendrás que vértelas conmigo.

✶

Una semana después, a Harold lo despidieron del periódico porque las nuevas leyes prohibían que los extranjeros manejaran maquinaria de impresión, por muy

cualificados que estuvieran y por leales que fueran a la Unión Soviética. Al parecer, trabajar en una rotativa era una oportunidad para el sabotaje ya que permitía falsificar documentos y difundir mentiras subversivas contra la causa soviética. Habían pillado a un montón de extranjeros publicando malévolos panfletos y distribuyéndolos entre los laboriosos ciudadanos soviéticos, de manera que Harold no seguiría trabajando de impresor.

Lo destinaron a una fábrica de herramientas donde se dedicó a fundir metal para hacer trinquetes y destornilladores.

Este trabajo le duró solamente unas semanas. Al parecer tampoco era seguro, ya que habían pillado a un montón de extranjeros fabricando cuchillos y navajas para su uso personal en lugar de herramientas para el Estado soviético.

Harold pasó a trabajar de zapatero. A Alexander le hacía gracia. «¿Y tú qué sabes de zapatos, papá?», le preguntaba.

Este empleo le duró solamente unos días. «¿Qué? ¿Tampoco es seguro hacer zapatos?», quiso saber Alexander.

Al parecer, no lo era. Habían pillado a un montón de extranjeros haciendo botas de montaña o botas de agua para que los ciudadanos soviéticos pudieran huir del país a través de los montes o las marismas.

✶

Una noche de abril de 1935, Harold llegó a casa con expresión sombría y en lugar de ponerse a cocinar (ahora era él el que preparaba la cena para la familia), se desplomó en la silla y dijo que un miembro del Obkom había ido a verlo a la escuela donde trabajaba como limpiador y le había dicho que debían irse a vivir a otro sitio.

—Quieren que nos busquemos unas habitaciones, que seamos más independientes. —Se encogió de hombros—. No pasa nada. Lo hemos tenido relativamente fácil en estos cuatro años. Tenemos que devolver algo al Estado.

Hizo una pausa y encendió un pitillo.

Alexander vio que su padre lo miraba de soslayo. Carraspeó e intervino:

—Bueno, Nikita ha desaparecido. Podríamos ocupar nosotros la bañera.

No fue posible encontrar una sola habitación para los Barrington en todo Moscú.

Después de un mes de búsqueda, al volver del trabajo, Harold anunció:

—El tipo del Obkom ha venido a verme otra vez. No podemos quedarnos aquí. Tenemos que irnos.

—¿Cuándo? —exclamó Jane.

—Nos quieren fuera dentro de dos días como mucho.

—¡Pero no tenemos a dónde ir!

Harold suspiró.

—Me han propuesto un traslado a Leningrado. Dicen que hay más trabajo: un polígono industrial, varias fábricas de muebles, una central eléctrica…

—¿Qué pasa? ¿No hay centrales eléctricas en Moscú, papá? —preguntó Alexander.

—Iremos a Leningrado —dijo Harold, sin hacerle caso—. Habrá más habitaciones disponibles. Y tú ya verás cómo encuentras trabajo en la biblioteca pública, Janie.

—¿A Leningrado? —protestó Alexander—. Papá, no pienso irme de Moscú. Aquí están mis amigos, el instituto… Por favor…

—No tenemos elección, Alexander. Te apuntarás a otro instituto y harás nuevos amigos.

—Vaya, genial.

—No tenemos elección —repitió Harold.

—Claro —dijo Alexander, en voz alta—. Pero antes sí la teníamos, ¿no es así?

—¡No me levantes la voz, Alexander! —Lo riñó Harold—. ¿Me he explicado bien?

—¡Con toda claridad! —gritó Alexander—. No pienso ir. ¿Me he explicado yo?

Harold se levantó de un salto. Jane se levantó de un salto. Alexander se levantó de un salto.

—¡Callaos los dos! —exclamó Jane.

—Alexander, no consiento que me hables de ese modo —dijo Harold—. Vamos a trasladarnos, y no quiero que se hable del tema ni un minuto más. Ah, una cosa —añadió, volviéndose hacia su mujer. Adoptó una expresión contrita y carraspeó antes de añadir—: Quieren que nos cambiemos el apellido por otro más ruso.

Alexander soltó un bufido de incredulidad.

—¿Por qué ahora, después de tantos años? —preguntó.

—¡Porque sí! —gritó Harold, fuera de sus casillas—. ¡Tenemos que demostrar nuestra lealtad! El mes que viene cumples dieciséis años y tendrás que alistarte en el Ejército Rojo. Necesitas un apellido ruso. Cuanto menos te pregunten, mejor. Ahora tenemos que ser rusos. Nos irá mejor así.

Bajó la mirada.

—Por Dios, papá… —exclamó Alexander—. ¿Cuándo acabará esta historia? ¿Ahora resulta que no podemos conservar nuestro apellido? ¿No les basta con echarnos a patadas de casa y obligarnos a trasladarnos a otra ciudad? ¿También tenemos que perder nuestro nombre? ¿Qué más nos queda?

—¡No nos escondemos! Hacemos lo que hay que hacer. Nuestro apellido es estadounidense. Tendríamos que habérnoslo cambiado hace mucho.

—Exacto —dijo Alexander—. Los Frasca no lo hicieron, y los van Doren tampoco. Y mira lo que les ha pasado: se han ido de vacaciones. Vacaciones indefinidas, ¿no, papá?

Harold se incorporó y le levantó la mano, pero su hijo lo apartó de un empujón.

—No me toques —dijo con frialdad—. Ya no tengo edad para eso.

Harold hizo otro intento de pegarle y Alexander lo volvió a empujar, pero esta

vez no pudo esquivar a su padre. No quería que su madre lo viera perder el control. Su pobre madre, que temblaba y lloraba y se aferraba a los dos hombres de su familia, implorándoles que parasen.

—Harold, Alexander… por favor, dejadlo ya.

—¡Díselo a él! —protestó Harold—. Eres tú quien lo ha educado así. No respeta a nadie.

Su madre se acercó a Alexander y lo agarró del brazo.

—Por favor, hijo. Cálmate. Todo irá bien.

—¿Tú crees, mamá? Nos vamos a otra ciudad y nos cambiamos de nombre igual que ha cambiado de nombre esta residencia. ¿Tú crees que eso es ir bien?

—Sí —aseguró su madre—. Nos tenemos los unos a los otros. Tenemos nuestra vida.

—Cómo cambia la definición de «bien»… —concluyó Alexander, apartándose y cogiendo el abrigo.

—No cruces esa puerta, Alexander —le advirtió Harold—. Te prohíbo que cruces esa puerta.

—Adelante, detenme —lo retó Alexander, mirándolo a los ojos.

Salió de la habitación y no regresó hasta dos días después. Y cuando volvió, empaquetó sus cosas y se marchó del Hotel Kirov.

Su madre estaba borracha y no lo ayudó a llevar las maletas hasta la estación de tren.

¿Cuándo había empezado Alexander a intuir, a notar, a saber, que su madre tenía un problema? Era obvio que le pasaba algo. Al principio sólo eran pequeños cambios, pero Alexander era el hijo y no le correspondía preguntar a los adultos qué les pasaba. Quien tendría que haberse dado cuenta era su padre, pero estaba ciego. Alexander sabía que Harold era de esa clase de personas incapaces de pensar a la vez en los asuntos personales y los asuntos del mundo.

Pero daba igual que no se hubiera enterado o que sí se hubiera enterado y hubiera decidido hacer caso omiso: la cuestión era que Jane Barrington, sin previo aviso y sin gran parafernalia, poco a poco; estaba dejando de ser la persona que había sido y se estaba convirtiendo en la persona que no era.

# Capítulo 8

*La isla de Ellis, 1943*

A mediados de agosto, cuando Tatiana ya llevaba siete semanas en Estados Unidos, Edward pasó a visitarla y la encontró sentada junto a la ventana, como de costumbre. Tenía a Anthony en el regazo y le hacía cosquillas en los dedos de los pies. Se encontraba mucho mejor. Respiraba con más facilidad y apenas tosía. Hacía un mes que «no veía» sangre en las expectoraciones. El aire de Nueva York le estaba sentando bien.

—Edward —dijo mientras el médico la auscultaba—, tu mujer te estaba buscando.

El médico la miró, desvió los ojos y sonrió.

—Sí… A veces me busca.

Tatiana lo miró con seriedad mientras Edward retiraba el estetoscopio.

—Vaya, estás mucho mejor. Creo que voy a tener que darte el alta.

Tatiana no dijo nada.

—¿Tienes algún sitio adónde ir? —Edward hizo una pausa—. Necesitarás un trabajo.

—Me gusta estar aquí, Edward —explicó Tatiana.

—Ya lo sé. Pero ya te encuentras bien.

—Estaba pensando… ¿y si trabajo aquí? Necesitáis más enfermeras.

—¿Quieres trabajar en Ellis?

—Me encantaría.

Edward habló con el jefe de cirugía del Departamento de Sanidad, que visitó a Tatiana y le dijo que tendría que pasar un período de prueba de tres meses para comprobar si tenía los conocimientos necesarios para desempeñar aquel trabajo. El cirujano le explicó que no la contrataría el hospital de Ellis sino el propio Departamento de Sanidad y que ocasionalmente tendría que acudir a la Universidad de Nueva York, donde había escasez de enfermeras. Tatiana aceptó, pero preguntó si podía seguir viviendo en Ellis.

—Y quizá trabajar en el turno de noche… —propuso.

El cirujano no parecía muy conforme.

—¿Por qué quiere vivir aquí? Puede buscar casa al otro lado de la bahía. Aquí no residen ciudadanos de nuestro país.

Tatiana intentó explicarle que aunque deseaba trabajar no tenía con quién dejar al niño, y que si seguía ocupando la habitación donde había pasado la convalecencia, podría cuidarlo alguno de los refugiados acogidos en la isla.

—Pero el espacio es muy pequeño.

—Me basta con una habitación.

Tatiana, que no se atrevía a ir a Manhattan, pidió a Vikki que le comprara una

bata de enfermera y un par de zapatos.

—¿Sabes que con la cartilla de racionamiento sólo puedes comprar dos pares? —le explicó Vikki—. ¿Quieres que uno de tus dos pares sean los zapatos de enfermera?

—Quiero que mi único par sean los zapatos de enfermera —precisó Tatiana—. ¿Para qué quiero más?

—¿Y si quieres salir a bailar? —preguntó Vikki.

—¿A qué?

—¡A bailar! Ya sabes, mover un poco el esqueleto… ¿Y si quieres ponerte guapa? ¿Es que no va a volver tu marido?

—No —dijo Tatiana—, mi marido ya no volverá.

—Bueno, pues siendo viuda, está claro que necesitarás unos zapatos bonitos.

Tatiana negó con la cabeza.

—Necesito unos zapatos de enfermera y una bata blanca, y necesito seguir en Ellis, y no necesito nada más.

Vikki meneó la cabeza y pestañeó sorprendida.

—Necesitas todo lo demás. ¿Cuándo vienes a cenar a casa? ¿Te parece bien el domingo? El doctor Ludlow dice que te ha dado el alta.

Vikki le compró una bata que le iba un poco grande y unos zapatos de su número, y en cuanto Edward le dio el alta, Tatiana siguió haciendo lo mismo que había hecho hasta entonces con el camisón blanco y la bata gris del hospital: atender a los militares extranjeros que llegaban a Nueva York para pasar la convalecencia antes de que los trasladaran a otro lugar del continente a cumplir la pena que les correspondía como prisioneros de guerra. La mayoría eran soldados alemanes, pero también había algunos italianos, varios etíopes y uno o dos franceses. No había ningún soviético.

✶

—¿Qué voy a hacer, Tania? —Vikki se había sentado en el borde de la cama mientras su amiga le daba el pecho a Anthony—. ¿Es tu hora de descanso?

—Sí, hora de la comida.

Tatiana sonrió fugazmente, pero los oídos poco atentos de Vikki no habían captado la ironía.

—¿Quién te cuida al niño cuando tienes turno?

—Me lo llevo y lo dejo en una cama libre mientras atiendo a soldados.

Tenía ganas de contarle que Brenda se ponía nerviosa cada vez que veía al niño, pero Tatiana no quería dejarlo solo en la habitación y le daba lo mismo si la enfermera lo aceptaba o no. Si hubiera habido más inmigrantes, podría haberlo dejado con alguien mientras trabajaba. Pero pocas personas entraban en Estados Unidos a través de la isla. Sólo habían llegado doce en el mes de julio y ocho en el de agosto. Y todos tenían sus propios niños y sus propios problemas.

—¿Qué vas a hacer con qué, Vikki?

—¡Con mi situación, Tania! Ya sabes que tengo a mi marido en casa, ¿no?

—Ya lo sé —dijo Tatiana—. Espera un poco… a lo mejor lo mandan otra vez a combatir.

—¡Ése es el problema! No lo quieren. No puede manejar armas pesadas y lo han licenciado. Quiere que tengamos un niño. ¿Te lo puedes imaginar?

Tatiana no dijo nada.

—¿Por qué te casaste, Vikki? —preguntó después.

—¡Por la guerra! ¿Por qué me preguntas eso? ¿Por qué te casaste tú? Se iba a la guerra y me pidió que me casara con él y yo le dije que sí. Pensé: «¿Qué más da? Estamos en guerra. ¿Qué es lo peor que puede pasar?».

—Esto —respondió Tatiana.

—No sabía que volvería tan pronto, pensaba que lo vería en Navidad y una o dos veces más como mucho. O que lo matarían, y entonces podría decir que estuve casada con un héroe de guerra.

—Pero ya es un héroe de guerra, ¿no?

—Eso no cuenta… ¡está vivo!

—¡Ah!

—Antes de que volviera, yo salía a bailar todos los fines de semana, y ahora no puedo hacer nada. ¡Ay, Señor! —exclamó—. ¡Estar casada es una lata!

—¿Lo quieres?

—Claro. —Vikki se encogió de hombros—. Pero también quiero a Chris. Y hace dos semanas conocí a un médico muy simpático… Pero todo eso se ha acabado por ahora.

—Tienes razón —dijo Tatiana—, el matrimonio es incómodo. —Se interrumpió y añadió—: ¿Y por qué no le pides…? ¿Cómo se dice…?

—¿El divorcio?

—Eso es.

—¿Te has vuelto loca? ¿De qué país vienes tú? ¿Qué costumbres tenéis allá?

—En mi país —explicó Tatiana— somos fieles a maridos.

—¡Él no estaba! No iba a esperar que le fuera fiel cuando él estaba divirtiéndose en Asia, a miles de kilómetros… En cuanto al divorcio… soy demasiado joven para ser una divorciada.

—¿Y para ser viuda no?

Tatiana sintió un estremecimiento mientras lo decía.

—¡No! Ser viuda es un honor. Pero no puedo ser una divorciada. ¿Quieres que me convierta en una Wallis Simpson?

—¿En quién?

✶

—Estás haciendo una labor excelente, Tania. Brenda (a regañadientes, eso sí). —

Edward sonrió—. Me ha dicho que los pacientes están muy contentos contigo.

Edward y Tatiana estaban haciendo la ronda entre las camas de los pacientes. Tatiana llevaba en brazos a Anthony, que lo miraba todo muy atento.

—Ah, muchas gracias por decírmelo, Edward.

—¿No tienes miedo de que el niño contraiga una enfermedad por estar entre enfermos?

—No son enfermos —replicó Tatiana—. ¿Verdad, Anthony? Son heridos. Y cuando les dejo al niño se ponen contentos. Algunos tienen esposa e hijos en su país. Se animan cuando juegan con el bebé.

Edward sonrió.

—Es un niño muy guapo. —Acarició el pelo oscuro de Anthony, y el niño lo recompensó con una amplia sonrisa desdentada—. ¿Ya lo sacas a pasear?

—Todo el tiempo.

—Muy bien, muy bien. Los niños necesitan estar al aire libre. Y tú también.

—Salimos todos los días.

Edward carraspeó.

—¿Sabes una cosa? Los domingos, los médicos de la Universidad de Nueva York y del Departamento de Sanidad jugamos al béisbol en Central Park y las enfermeras vienen a animarnos. ¿Te gustaría venir con Anthony este fin de semana?

Tatiana estaba demasiado desconcertada para responder.

—¿Y tú tienes hijos, Edward? —Fue lo único que se le ocurrió preguntar.

Edward negó con la cabeza.

—Mi mujer no está en condiciones de tener hijos —explicó—. Está…

Habían llegado a la escalera y oyeron el taconeo de unos zapatos altos contra los peldaños.

—¿Edward? —chilló una voz estridente desde el piso inferior—. ¿Eres tú?

—Sí, cariño, soy yo.

La voz de Edward parecía resignada.

—Gracias a Dios que te encuentro. Te he estado buscando por todas partes.

—Estoy aquí, cariño.

La señora Ludlow subió los escalones jadeando y se reunió con los dos en el rellano. Tatiana estrechó al niño contra su cuerpo.

—¿Una enfermera nueva, Edward? —preguntó la esposa del médico, lanzando una mirada reprobatoria a Tatiana.

—¿Conoce usted a Marion, enfermera Barrington?

—Sí —respondió Tatiana.

—No, no nos conocemos —se apresuró a decir Marion—. Nunca olvido una cara.

—Nos vemos todos los martes en el comedor, señora Ludlow —replicó Tatiana —. Usted me pregunta dónde está Edward y yo le digo que no lo sé.

—No nos conocemos —repitió la señora Ludlow, con firmeza.

Tatiana no dijo nada y Edward tampoco.

—¿Podemos hablar en privado, Edward? —Miró gélidamente a Tatiana y añadió —: Y usted es demasiado joven para llevar a un bebé en brazos. No lo está sosteniendo bien. Tiene que sujetarle la cabeza. ¿Dónde está la madre?

—Ella es la madre del niño, Marion —explicó Edward.

La señora Ludlow guardó un silencio reprobatorio durante un momento, soltó un bufido y, antes de que los otros dos pudieran decir nada, volvió a bufar con más énfasis, masculló la palabra «inmigrantes» y se marchó acompañada de Edward.

✶

Vikki irrumpió en la sala del hospital, agarró a Tatiana del brazo y la obligó a salir al pasillo.

—¡Me ha pedido el divorcio! —susurró con voz indignada—. ¿No es increíble?

—Bueno…

—Le he dicho que no pensaba dárselo porque divorciarse no está bien, y me ha dicho que presentará la demanda y la ganará porque yo… no sé qué ha dicho exactamente… porque no he respetado lo pactado. Le he dicho: «Ah, como si tú no te hubieras ido de putas en Asia», y ¿sabes qué me ha dicho?

—¿Ha dicho que no?

—¡Ha dicho que sí! Pero que en el caso de los soldados es distinto, ha dicho. ¿No es increíble? —Vikki cabeceó, se encogió de hombros e intentó controlar la expresión ofendida de su mirada. El rimel se mantuvo en su sitio y sus labios no perdieron el brillo—. Le he dicho: «Muy bien, pues te vas a arrepentir», y él ha dicho que ya se arrepentía. ¡Uf! —Se encogió de hombros otra vez y pareció animarse—: Oye, ven a cenar el domingo. La abuela hará lasaña.

Tatiana no fue.

«Ven a cenar, Tania. Ven a Nueva York, Tania. Ven a ver el béisbol a Central Park, Tania. Sube al transbordador con nosotros, Tania. Acompáñanos de excursión al monte Bear, Tania. Ven, Tania, regresa con nosotros, los vivos…».

# Capítulo 9

*Con Stepanov, 1943*

Cuando Alexander abrió los ojos (¿los había abierto?), la celda seguía igual de oscura y fría. Se echó a temblar y se rodeó el torso con los brazos. No había nada deshonroso en morir en la guerra, en morir joven, en morir en una celda helada, en tratar de salvar el propio cuerpo de la humillación.

Una vez, mientras le vendaba las heridas, Tatiana le había preguntado sin mirarlo a los ojos: «¿Viste la luz?», y él había respondido que no la había visto.

Era una verdad parcial.

Porque sí que había oído…

El galope del caballo rojo.

Pero todos los colores se habían secado.

✶

Alexander, en un estado de semiestupor, oyó el sonido de la aldaba deslizándose y de la llave girando en la cerradura. Su superior, el coronel Mijail Stepanov, entró en la celda con una linterna. Alexander estaba acurrucado en un rincón.

—Ah —dijo Stepanov—. Así que es verdad: está usted vivo.

Alexander quiso sonreír y estrecharle la mano, pero tenía demasiado frío y le dolía demasiado la espalda, de modo que no se movió y no dijo nada.

Stepanov se agachó a su lado.

—¿Qué demonios le pasó al camión? He visto el certificado de defunción firmado por ese médico de la Cruz Roja. Le dije a su mujer que usted había muerto. ¡Su esposa embarazada cree que está usted muerto! ¿Por qué?

—Todo ha ido como debía ir —replicó Alexander—. Me alegro de verlo, señor. Procure no inhalar, porque no hay suficiente oxígeno para los dos.

—¿No quería que ella supiera cuál era su situación, Alexander? —dijo Stepanov, acercándose un poco más.

Alexander negó con la cabeza.

—Pero ¿por qué el accidente del camión, y por qué el certificado?

—Quería que pensase que no había esperanzas para mí.

—¿Por qué?

Alexander no respondió.

*—Dondequiera que vayas, iré contigo —dice Tatiana—. Pero si te quedas, yo también me quedaré. No pienso dejar en la Unión Soviética al padre de mi hijo. —Se inclina hacia Alexander, abrumado por la emoción—. ¿Recuerdas lo que me dijiste en Leningrado? Dijiste: «¿Qué vida voy a tener si sé que te dejo a ti pudriéndote en*

*la Unión Soviética?». Ésas fueron tus palabras. —Tatiana sonríe—. Y en esto, estoy de acuerdo contigo. —Baja la voz y añade—: Si te dejo, durante toda la noche el jinete de bronce irá al galope detrás de mí y al amanecer habré enloquecido.*

Alexander no podía contarle aquello a su superior, porque no sabía si Tatiana había salido de la Unión Soviética.

—¿Quiere un cigarrillo?

—Sí —aceptó Alexander—. Pero aquí no puedo fumar. No hay suficiente oxígeno.

Stepanov le tendió la mano para ayudarlo a levantarse.

—Estire un momento las piernas —le dijo. Observó la cabeza ladeada de Alexander y añadió—: Esta celda es demasiado pequeña para usted. No esperaban que fuera tan alto.

—Ah, sí que lo esperaban. Por eso me han metido aquí.

Stepanov tenía la espalda apoyada en la puerta y Alexander estaba de pie delante de él.

—¿A qué día estamos, señor? —preguntó Alexander—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí? ¿Cuatro días, cinco…?

—Es la mañana del dieciséis de marzo —le informó Stepanov—. Lleva aquí tres días.

«¡Tres días!», pensó Alexander, sorprendido.

«¡Tres días!», pensó Alexander, emocionado. Eso quería decir que quizá Tatiana…

Dejó de pensar. Con un gesto fugaz y casi inaudible, Stepanov se inclinó hacia él.

—Siga hablando en voz alta para que nos oigan —creyó oír Alexander—, pero esté atento a mis palabras. En la pradera nos reiremos y comeremos tréboles…

Alexander miró la cara de Stepanov, más demacrada que nunca, miró sus ojos grises y su boca que dibujaba un rictus de compasión y angustia.

—¿Señor…?

—No he dicho nada, comandante.

Alexander meneó la cabeza para alejar la alucinación de un prado soleado y cubierto de tréboles.

—¿Señor…? —repitió en voz baja.

—Todo se ha fastidiado, comandante —susurró Stepanov—. Están buscando a su esposa, pero… parece que ha desaparecido. La convencí de que volviera a Leningrado con el doctor Sayers, como usted me pidió. Le facilité las cosas.

Alexander no dijo nada y se clavó las uñas en las palmas de las manos.

—Y ahora no está. ¿Y sabe quién más ha desaparecido? El doctor Sayers. Me comunicó que pensaba volver a Leningrado con ella.

Alexander se clavó las uñas con más fuerza para no mirar a Stepanov.

—Tenía que volver a Helsinki, pero antes pensaba pasar por Leningrado —

prosiguió Stepanov—. Dijo que dejaría allá a Tatiana y recogería a una enfermera de la Cruz Roja que lo estaba esperando en el hospital Gresheski. ¿Me está escuchando? Pero no llegaron a Leningrado. Hace dos días encontraron el *jeep* de la Cruz Roja volcado e incendiado en Lisii Nos, en la frontera entre Finlandia y la Unión Soviética. Hubo un incidente con soldados finlandeses y cuatro de nuestros hombres murieron en el tiroteo. No hay rastro de Sayers ni de la enfermera Metanova.

Alexander no dijo nada. Quería recoger su corazón del suelo, pero la celda estaba a oscuras y no lo veía. Lo oyó alejarse de él rodando, lo oyó latir, sangrar y palpitar en un rincón.

—Y los soldados finlandeses también murieron en el incidente —añadió Stepanov, bajando la voz.

Alexander respondió con un silencio.

—Y eso no es todo.

—¿No? —Creyó decir Alexander.

Sólo fue un suspiro: «¿No?».

—No hay rastro del doctor Sayers, pero… —Stepanov hizo una pausa—. Su querido amigo Dimitri Chernenko apareció acribillado sobre la nieve.

Alexander no sintió un gran alivio al saber que Dimitri había muerto, pero sí cierto alivio.

—¿Qué hacía Chernenko en la frontera, comandante?

Alexander no respondió. ¿Dónde estaba Tatiana? Lo único que le importaba era la respuesta a esta pregunta. Sin vehículo, ¿cómo llegaría a ningún sitio? Sin vehículo, ¿qué harían el doctor Sayers y ella? ¿Atravesar a pie las marismas de Carelia?

—Comandante, su esposa está en paradero desconocido, Sayers se ha marchado y Chernenko está muerto. —Stepanov titubeó un momento, antes de añadir—: Y no sólo eso: apareció acribillado y vestido con un uniforme finlandés. Llevaba ropa de piloto y tenía unos documentos de identidad finlandeses en lugar del pasaporte interior soviético.

Alexander no dijo nada. No tenía nada que ocultar, pero no quería desvelar una información que podría poner en peligro la vida de Stepanov.

—¡Alexander! —exclamó Stepanov en un susurro enojado—. No me ignore. Intento ayudarlo.

—Señor —dijo Alexander, tratando de disimular su miedo—. Le pido por favor que no siga ayudándome.

Quería contemplar un retrato de Tatiana. Quería tocar una vez más su vestido blanco bordado con rosas rojas. Quería verla de recién casada, de pie a su lado en las escalinatas de la iglesia de Molotov.

El miedo que sentía se parecía mucho al duelo, y el agudo pavor que lo embargaba le impedía imaginarse a Tania de pie, con el cuerpo pegado al suyo, su cuerpo, su rostro, sus ojos, sus labios… todo le resultaba insoportable en aquel momento, aunque fuera en el recuerdo. Tenía que aprender a no mirarla, aunque fuera

en el recuerdo. No podía respirar ni decir nada.

Se persignó con manos temblorosas.

—Me encontraba perfectamente —consiguió decir al final—, hasta que ha venido usted a decirme que mi mujer está en paradero desconocido. ¿No se da cuenta de qué efecto me produce saberlo?

Se echó a temblar como una hoja.

Stepanov se quitó la guerrera y se la tendió a Alexander.

—Tenga, cúbrase los hombros.

Alexander obedeció.

—¡Ya es la hora! —chilló una voz fuera de la celda.

—Dígame la verdad —añadió Stepanov en un susurro—, ¿pidió a su esposa que se marchara con Sayers a Helsinki? ¿Era ése su plan desde el principio?

Alexander no respondió. No quería que Stepanov supiera que… Una vida, dos, tres, eran suficientes. Un millón de personas eran un millón de individuos diferentes. Stepanov no se merecía morir por Alexander.

—¿Por qué es tan testarudo? ¡Déjelo ya! Como no han conseguido nada por el momento, han hecho venir a otro agente para interrogarlo. Al parecer es durísimo y siempre termina obteniendo una confesión firmada. Lo han tenido medio desnudo en una celda helada y no tardarán en idear otra cosa para acabar con su resistencia. Le pegarán, le sumergirán la cabeza en un cubo de agua helada, le enfocarán la cara con una bombilla hasta volverlo loco, lo insultarán… necesitará toda su fuerza para resistir. Si no, no tiene ninguna posibilidad de salvarse.

—¿Cree que Tatiana está a salvo? —preguntó Alexander con voz temblorosa.

—No, no lo creo. ¿Quién «está» a salvo en este país? —susurró Stepanov—. ¿Usted? ¿Yo? Su esposa no, desde luego. La están buscando por todas partes. En Leningrado, en Molotov, en Lazarevo… Si está en Helsinki, la encontrarán y la obligarán a volver. Es usted consciente de ello, ¿no? Hoy tenían que llamar al hospital de la Cruz Roja en Helsinki.

—¡Ya es la hora! —volvió a chillar el carcelero.

—¿Cuántas veces en la vida tendré que oír estas palabras? —dijo Alexander en voz alta—. Se las dijeron a mi madre, se las dijeron a mi padre, se las dijeron a mi mujer y ahora me las dicen a mí. ¿Cuándo acabará esta historia?

Stepanov recuperó su guerrera.

—Las acusaciones que le imputan…

—No me haga preguntas, señor.

—Niéguelo todo, Alexander.

—Señor… —intervino Alexander cuando Stepanov ya se daba la vuelta para marcharse—. El día en que me detuvieron… ¿fue Tania a verlo? —Estaba tan débil que apenas podía articular las palabras. Le daba igual el frío, no podía seguir más tiempo de pie. Se sentó en el suelo, apoyando la espalda en la gélida superficie de cemento—. ¿La vio? —Alexander alzó los ojos hacia Stepanov, que asintió con un

gesto—. ¿Cómo estaba ella?

—No me haga preguntas, Alexander.

—¿Estaba…?

—No me haga preguntas.

—Cuéntemelo.

—¿Recuerda cuando fue a buscar a mi hijo? —preguntó Stepanov, esforzándose para que no se le quebrara la voz. Alexander desvió la mirada—. Gracias a usted, tuve el consuelo de verlo antes de que muriera y pude enterrarlo.

—De acuerdo, no haré más preguntas —dijo Alexander.

—¿Quién le dará ese consuelo a su mujer?

Alexander hundió la cara entre las manos.

Stepanov salió de la celda.

Alexander siguió inmóvil en el suelo durante un minuto más, un día más, varios años más. No quería morfina, no quería medicamentos, no quería fenobarbital. Lo que quería era una bala que acabara con el dolor de su corazón.

✶

Abrieron la puerta de la celda. No le habían dado ni pan, ni agua, ni nada de ropa. Alexander no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba desnudo en el interior de aquella celda helada.

Entró un hombre alto, calvo y de cara desagradable. Por lo visto no quería estar de pie, ya que detrás de él entró uno de los guardianes con una silla para que se pusiera cómodo.

—¿Sabe qué tengo en las manos, comandante? —preguntó el hombre con una meliflua voz nasal.

Alexander negó con la cabeza. Entre los dos había una lámpara de queroseno. Alexander se incorporó y se separó de la pared.

—Tengo aquí su ropa, comandante, y una manta de lana. Y mire, le traigo también un buen pedazo de carne de cerdo, con el hueso y todo. Está caliente todavía. Y unas patatas, con crema de leche y mantequilla. Y un vasito de vodka. Y tabaco. ¿No le gustaría salir de esta celda fría y húmeda, vestirse y comer un poquito?

—Sí que me gustaría —respondió Alexander, impasible. No quería que le temblase la voz frente a un desconocido. El hombre sonrió.

—Sabía que le gustaría. He venido expresamente desde Leningrado para hablar con usted. ¿Le parece bien que hablemos un rato?

—No veo inconveniente —contestó Alexander—. No tengo mucho más que hacer.

El hombre se rio.

—No mucho más, es verdad.

Sus ojos nada risueños escudriñaron a Alexander.

—¿De qué quiere que hablemos?

—Básicamente de usted, comandante Belov. Y de un par de cositas más.

—Perfecto.

—¿Quiere que le dé la ropa?

—Estoy seguro de que la respuesta a esta pregunta es obvia para una persona inteligente como usted —respondió Alexander.

—Le he reservado otra celda. Es menos fría y más espaciosa y tiene una ventana. Mucho menos fría. Ahora debe de estar a veinticinco grados centígrados, no como aquí, donde seguramente no pasamos de los cinco grados. —El hombre volvió a sonreír—. ¿Quiere que se lo traduzca a grados Fahrenheit, comandante?

—¿Fahrenheit? —Los ojos de Alexander se estrecharon—. No será necesario.

—¿Le he dicho que tengo tabaco?

—Me lo ha dicho.

—De todas las cosas que le he dicho, comandante… de estas comodidades… ¿Hay alguna que desee en especial?

—¿No le he respondido ya a esa pregunta?

—A ésta, sí. Pero tengo más preguntas.

—Ah, ¿sí?

—¿Es usted Alexander Barrington, hijo de Harold Barrington, un estadounidense que llegó a la URSS en diciembre de 1930, acompañado de su bonita esposa y de su guapo hijo de once años?

Alexander, de pie frente al policía sentado en la silla, se mantuvo impasible.

—¿Cómo se llama? —preguntó—. Normalmente, la gente como usted empieza presentándose.

—¿La gente como yo? —El agente sonrió—. Le diré una cosa. Usted me responde y yo le responderé a usted.

—¿Cuál es su pregunta?

—¿Es usted Alexander Barrington?

—No. ¿Cómo se llama usted?

El hombre cabeceó reprobatoriamente.

—¿Qué pasa? —dijo Alexander—. Me ha pedido que responda a su pregunta, y eso he hecho. Ahora responda usted a la mía.

—Leonid Slonko —dijo el agente—. ¿Hay alguna diferencia ahora?

Alexander lo observó con atención.

—¿Ha dicho que ha venido expresamente de Leningrado para hablar conmigo?

—Sí.

—¿Trabaja usted en Leningrado?

—Sí.

—¿Lleva mucho tiempo allí, camarada Slonko? Me han dicho que es usted muy bueno en su trabajo. ¿Lleva mucho tiempo en el servicio? Yo diría que diez años por lo menos…

—Veintitrés.

Alexander soltó un silbido de aprobación.

—¿En qué sitio de Leningrado?

—¿En qué sitio qué?

—¿En qué sitio trabaja? ¿En Kresti? ¿O en el Centro de Detención de la calle Milionaia?

—¿Qué sabe usted del Centro de Detención, comandante?

—Sé que se construyó en 1864, durante el reinado de Alejandro II. ¿Es allí donde trabaja usted?

—A veces interrogo a algunos de los prisioneros, sí.

Alexander asintió y siguió hablando:

—Bonita ciudad, Leningrado. Aunque no termino de acostumbrarme a ella.

—Ah, ¿no? Bueno, ¿y por qué iba a acostumbrarse?

—Eso es, ¿por qué? Prefiero Krasnodar, hace más calor. —Alexander sonrió—. ¿Y cuál es su categoría, camarada?

—Soy director de operaciones —contestó Slonko.

—Entonces, ¿no es militar? Ya me imaginaba que no.

Slonko se levantó de la silla, sin soltar la ropa de Alexander.

—Acabo de decidir, comandante —dijo pausadamente—, que no tenemos nada más que decirnos.

—Estoy de acuerdo —respondió Alexander—. Gracias por su visita.

Slonko salió de la celda con tanta furia que se dejó la lámpara y la silla. Pasó un tiempo antes de que el guardián entrara a buscarlas. Otra vez la oscuridad. La oscuridad era muy debilitante. Pero no tanto como el miedo.

Esta vez, Alexander no tuvo que esperar mucho rato.

Se abrió la puerta, entraron dos guardianes y le ordenaron que los acompañara.

—No estoy vestido —respondió Alexander.

—En el sitio al que vamos no le hará falta ropa.

«Mal augurio», pensó Alexander. Los guardianes eran jóvenes e impacientes… la peor clase. Alexander caminó primero entre los dos y luego unos pasos por delante de ellos, subió la escalera de piedra, atravesó todo el corredor, salió de la antigua escuela por la puerta de atrás y se adentró en el bosque, pisando descalzo la tierra cubierta por la escarcha de marzo. ¿Le obligarían a cavar un hoyo? Notó la presión de los fusiles contra su espalda. No sentía los pies, no sentía el cuerpo, y si hubiera podido detener los latidos de su corazón, habría podido soportarlo todo mejor.

Recordó al chaval de diez años que se había apuntado a los Boy Scouts, al chaval estadounidense, al chaval soviético. Los árboles deshojados tenían un aspecto fantasmal, pero agradeció respirar aire fresco y ver el cielo gris. «Todo irá bien —pensó—. Si Tania está en Helsinki y recuerda lo que le dije, habrá convencido a Sayers para marcharse lo antes posible. Puede que ya estén en el barco, camino de Nueva York. Si es así, nada más tiene importancia».

—Dese la vuelta —ordenó uno de los guardianes.

—¿Primero dejo de andar? —preguntó Alexander.

Le castañeteaban los dientes.

—Deje de andar —precisó el guardián, desconcertado—, y désela vuelta.

Alexander dejó de andar y se dio la vuelta.

—Alexander Belov —dijo el guardián en voz más baja, con toda la solemnidad que fue capaz de transmitir—, se le acusa de traición y de espionaje contra nuestro país en época de guerra. La traición militar se castiga con la muerte y la pena debe ejecutarse de inmediato.

Alexander lo escuchó sin moverse, con los pies muy juntos y las manos en los costados. Miró sin pestañear a los guardas, que sí pestañearon.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó al cabo de un momento.

—La traición se castiga con la muerte —repitió el más bajo. Se acercó a Alexander y le tendió un antifaz negro—. Tome —dijo.

Alexander vio que al joven le temblaban las manos.

—¿Cuántos años tiene, cabo? —preguntó en voz baja.

—Veintitrés —contestó el guardián.

—Qué curioso… yo también —dijo Alexander—. Figúrese, hace tres días era comandante del Ejército Rojo. Hace tres días llevaba prendida en la pechera una medalla de Héroe de la Unión Soviética. Es asombroso, ¿no?

Las manos del guardián no dejaron de temblar mientras acercaban el antifaz a la cara del prisionero. Alexander dio un paso atrás y meneó la cabeza.

—Olvídelo. Y tampoco pienso colocarme de espaldas. Ande, vuelva con su compañero.

—Me limito a cumplir órdenes, comandante —replicó el joven guardián.

En ese momento, Alexander lo reconoció: era uno de los cabos que habían compartido destino con él tres meses atrás, cuando atravesaron el Neva para romper el cerco de Leningrado. Era el cabo que se había quedado a cargo de la ametralladora antiaérea mientras él corría a ayudar a Anatoli Marazov.

—¿Cabo Ivanov…? —preguntó Alexander—. Vaya, vaya. Espero que se le dé mejor ejecutarme que abatir a los malditos aviones de la Luftwaffe que estuvieron a punto de matarnos.

El cabo no se atrevía a mirarlo.

—Tendrá que mirarme cuando apunte, cabo —añadió Alexander, manteniéndose muy erguido—. Si no, no acertará.

Ivanov se alejó y se colocó al lado del otro soldado.

—Póngase de espaldas, comandante —dijo.

—No —protestó Alexander, manteniéndose firme y sin apartar la mirada de los dos hombres armados con fusiles—. Aquí estoy. ¿De qué tiene miedo? Como ve, estoy casi desnudo y voy desarmado…

Se irguió para remarcar su estatura. Los dos guardianes estaban paralizados.

—Camaradas —dijo Alexander—. No seré yo quien les dé la orden de alzar el fusil. Tendrán que hacerlo ustedes.

—Muy bien —concedió el otro cabo—. Alce el fusil, Ivanov.

Alzaron los fusiles. Alexander miró uno de los cañones y parpadeó. «Señor, cuida de mi Tania, sola en el mundo», pensó.

—A la de tres —dijo el cabo, mientras los dos hombres se llevaban al hombro la culata del arma.

—Uno…

—Dos…

Alexander los miró. Los dos estaban muertos de miedo. Alexander dirigió la mirada hacia su propio corazón. No tenía miedo. Tenía frío y sentía que le quedaban cosas por hacer en este mundo, cosas que no podían esperar una eternidad. En lugar de ver a los dos soldados temblorosos, veía su cara a los once años, reflejada en el espejo de Boston el día en que se marchaban de Estados Unidos. «¿En qué clase de hombre me he convertido? —pensó—. ¿Soy el hombre que mi padre quería que fuese?». Apretó los labios con resolución. No podía responder a esa pregunta, pero al menos sabía que se había convertido en el hombre que él mismo deseaba ser. En un momento como aquél, debería bastarle con eso. «No me he decepcionado a mí mismo», pensó, y cuadró los hombros y alzó la barbilla. Estaba listo para oír el «tres».

Pero el «tres» no se oyó.

—¡Esperen!

Era otra voz la que había hablado. Los soldados bajaron las armas. Slonko, con un abrigo grueso, una gorra de fieltro y unos guantes de cuero, caminó resueltamente hacia Alexander.

—Descansen, cabos.

Slonko arropó los hombros de Alexander con la chaqueta que llevaba en la mano.

—Comandante Belov, es usted un hombre afortunado. El general Mejlis en persona ha emitido un indulto a su favor.

Slonko le tendió la mano. ¿Por qué la reacción de Alexander fue estremecerse?

—Volvamos. Tiene que vestirse. Se va a congelar con este frío.

Alexander lo miró. Años atrás había leído el relato de una situación similar vivida por Fiodor Dostoievski en tiempos de Alejandro II. Dostoievski se salvó de la ejecución en el último minuto porque el emperador lo indultó y le conmutó la pena por el exilio. La experiencia de ver la muerte de frente justo antes de recibir un indulto había cambiado para siempre la personalidad de Dostoievski. Alexander no había tenido tiempo de contemplar el fondo de su alma y no había sufrido un cambio tan drástico. Pensó que el indulto no era una muestra de clemencia sino una trampa. Estaba sereno antes de la ejecución y seguía estando sereno después del indulto, aparte de los escalofríos que lo sacudían de vez en cuando. Por lo demás, a diferencia de Dostoievski, Alexander había visto tantas veces la muerte de frente en los últimos

seis años, que ya no le impresionaba.

Alexander y Slonko, seguidos por los dos cabos, regresaron al edificio de la escuela. En una habitación más caldeada que la celda, lo esperaban su ropa y sus botas y una mesa con comida. Se vistió, con el cuerpo temblándole de frío. Se puso los calcetines, que (sorprendentemente) habían pasado por la lavandería, y se frotó los pies durante un buen rato para activar la circulación sanguínea.

Se había visto unos puntitos negros en los dedos y por un momento pensó en congelaciones, infecciones, amputaciones… sólo por un momento, porque la herida de la espalda le dolía tanto que reclamaba toda su atención. Más tarde apareció el cabo Ivanov y le ofreció un vaso de vodka para entrar en calor. Alexander se bebió el vodka y pidió una taza de té.

Después de terminarse la comida y el té en la habitación caldeada, Alexander se sintió ahíto y soñoliento. Más que soñoliento, cercano a la inconsciencia. No recordaba cuánto tiempo lo habían mantenido despierto… ¿dos días, tres? Cerró los ojos un momento y cuando volvió a abrirlos, se encontró con Slonko sentado delante de él.

—Ha salvado la vida gracias a la intervención del general Mejlis —le dijo Slonko—. El general ha querido demostrarle que somos gente razonable e inclinada al perdón.

Alexander ni siquiera hizo un gesto de asentimiento. Tenía que ahorrar fuerzas para mantenerse despierto.

—¿Cómo se encuentra, comandante Belov? —preguntó Slonko, sacando una botella de vodka y dos vasitos—. Oiga, los dos somos personas razonables. Podemos tomar una copa. No estamos enfrentados.

Alexander movió la cabeza para manifestar su aceptación.

—He comido, he bebido té… —explicó—. Estoy tan bien como se puede estar en mi situación.

No era capaz de mantenerse erguido.

—Quiero hablar un momento con usted.

—Parece que espera de mí una mentira, y yo no puedo dársela. Por mucho frío que me haga pasar.

Hizo como si pestañeara, pero la realidad era que estaba cerrando los ojos.

—Comandante, acabamos de perdonarle la vida.

Con enorme esfuerzo, Alexander volvió a abrir los ojos.

—Sí, pero ¿por qué? ¿Me han perdonado la vida porque creen en mi inocencia?

—Mire, es muy sencillo —respondió Slonko, encogiéndose de hombros. Colocó un papel frente a Alexander—. Lo único que tiene que hacer es firmar este documento donde reconoce que se le ha perdonado la vida. Se exiliará a Siberia y vivirá allí tranquilamente hasta el fin de sus días, lejos de la guerra. ¿No le gustaría?

—No lo sé —dijo Alexander—. Pero no pienso firmar nada.

—Tiene que firmar, comandante. Es nuestro prisionero y debe hacer lo que se le

ordene.

—No tengo nada que añadir a lo que ya le he dicho.

—No añada nada, limítese a firmar el papel.

—No pienso poner mi nombre en ningún papel.

—¿Y cuál sería ese nombre? —preguntó de repente Slonko—. ¿Sabe cuál es, acaso?

—Lo sé muy bien —contestó Alexander.

Slonko se sirvió una copa. La cabeza de Alexander siguió balanceándose. Afortunadamente, llevar otra vez puestos el uniforme y las botas le daba más fuerzas para resistir.

—No me parece bien que me deje beber solo, comandante. Es una descortesía.

—A lo mejor no debería usted beber, camarada Slonko. Es fácil caer en el abismo.

Slonko apartó los ojos del vaso y sostuvo la mirada de Alexander durante un momento que pareció prolongarse varios minutos.

—¿Sabe? —dijo al final—. Hace mucho tiempo conocí a una mujer muy guapa que se había dado a la bebida.

El comentario no reclamaba una respuesta, de modo que Alexander no dijo nada.

—Pues sí. Era una mujer muy especial. Era valiente y lo pasaba muy mal en la cárcel porque no la dejaban beber. Cuando la detuvimos, estaba muy borracha y tardó varios días en serenarse. Cuando estuvo sobria tuvimos una larga conversación. Le ofrecí una copa y la aceptó, y le ofrecí un papel para que lo firmara y lo firmó agradecida. Sólo quería una cosa de mí… ¿sabe qué era?

Alexander hizo un esfuerzo para negar con la cabeza.

—Que salvara a su hijo. Fue lo único que me pidió. Que salvara su único hijo: Alexander Barrington.

—Una buena petición —observó Alexander.

Juntó las manos con fuerza para controlar el temblor. Quería paralizar su cuerpo. Quería ser como la silla, como la mesa, como la alacena. No quería ser como el cristal de la ventana, batido por el viento de marzo. En cualquier momento se saldría del marco. Como el cristal emplomado de aquella iglesia en Lazarevo.

—Le voy a hacer una pregunta, comandante —dijo amistosamente Slonko, dejando la copa vacía sobre la mesa de madera—. Si sólo pudiera pedirme una cosa antes de que lo llevaran a la muerte, ¿qué me pediría?

—Un cigarrillo —contestó Alexander.

—¿No pediría clemencia?

—No.

—¿Sabe que su padre también me pidió que lo tratara con clemencia? ¿Lo sabía?

Alexander palideció.

—Su madre me pidió que me la follara pero yo me negué —dijo Slonko en inglés. Hizo una pausa y añadió con una sonrisa—: Al principio.

Alexander apretó los dientes. Fue la única parte de su cuerpo que se alteró.

—¿Está usted hablando conmigo, camarada? —preguntó en ruso—. Porque yo sólo hablo ruso. En la escuela intentaron enseñarme francés, pero me temo que no se me dan demasiado bien los idiomas.

Después de eso ya no dijo nada más. Tenía la boca seca.

—Voy a hacerle otra pregunta —anunció Slonko—. Con ánimo sereno y conciliador, le pregunto: ¿es usted Alexander Barrington, hijo de Jane y Harold Barrington?

—Con ánimo sereno y conciliador, le voy a responder —dijo Alexander con ánimo sereno y conciliador—, aunque me han preguntado lo mismo ciento cincuenta veces más: no lo soy.

—Pero, comandante, ¿por qué iba a mentir la persona que nos lo dijo? ¿De dónde sacaría esa información? No es razonable que la inventara. Ese hombre sabía detalles de su vida que nadie más podía conocer.

—¿Y dónde está? —quiso saber Alexander—. Me gustaría verlo. Me gustaría verlo y preguntarle si está seguro de que se refería a mí porque yo estoy convencido de que se confunde.

—No. Él está seguro de que usted es Alexander Barrington.

—Si está tan seguro —exclamó Alexander, alzando la voz—, que venga y me identifique. ¿Es un camarada importante? ¿Es un digno ciudadano soviético? ¿No es ningún traidor que ha escupido sobre su patria? ¿Ha servido al ejército con tanto orgullo como yo? ¿Ha sido condecorado, ha aceptado valerosamente cualquier batalla que le encomendaran, aunque fuera imposible de ganar? El hombre al que se refiere es un ejemplo para todos, ¿no es así? Por favor, preséntеme a ese parangón de la nueva conciencia soviética. Quiero que me mire, me señale con el dedo y diga: «Ése es Alexander Barrington». —Alexander sonrió—. Y entonces ya veremos.

Esta vez fue Slonko el que se puso pálido.

—He venido desde Leningrado para tener con usted una conversación entre personas razonables —masculló.

Apretó los dientes y entrecerró los ojos, que perdieron parte de su falsa humildad.

—Y yo estoy encantado de poder hablar con usted —aseguró Alexander, mientras sus ojos se oscurecían—. Como siempre, estoy encantado de hablar con un probo funcionario soviético que persigue la verdad y no piensa escatimar esfuerzos hasta descubrirla. Y quiero ayudarlo. De modo que tráigame a la persona que me acusa y aclaremos este asunto de una vez por todas. —Alexander se puso de pie y dio un paso en dirección a la mesa, en un gesto que era también una amenaza—. Y cuando todo se aclare, quiero que retiren las indignidades lanzadas contra mi buen nombre.

—¿Y cuál es ese nombre, comandante?

—Mi verdadero nombre: Alexander Belov.

—¿Sabe usted que se parece a su madre? —dijo de pronto Slonko.

—Mi madre murió hace mucho, del tifus, en Krasnodar. ¿No se lo han dicho sus

espías?

—Me refiero a su auténtica madre. A la mujer que era capaz de chupársela a cualquier carcelero por un vasito de vodka.

Alexander no se inmutó.

—Interesante… pero no creo que mi madre, que era una mujer de campo, hubiera visto nunca a un carcelero.

Slonko escupió y salió de la habitación.

Uno de los guardianes entró en la habitación para vigilar al prisionero. No era el cabo Ivanov. Lo único que quería Alexander era cerrar los ojos y dormir. Pero cada vez que cerraba los ojos, el guardián le levantaba la barbilla con la punta del fusil y lo obligaba a despertarse. Alexander tendría que aprender a dormir con los ojos abiertos.

El sol terminó de ponerse y la habitación quedó a oscuras. El cabo encendió la lámpara y enfocó directamente la cara de Alexander. Se puso más agresivo con el fusil. La tercera vez que intentó meterle el cañón en la boca, Alexander le arrebató el arma de un tirón y la giró hacia el vigilante.

—Sólo tiene que decirme que no me duerma —le dijo, irguiéndose para remarcar su estatura—. La brutalidad es innecesaria. ¿Será capaz de hacerlo?

—Devuélvame el fusil.

—Respóndame.

—Sí, seré capaz de hacerlo.

Alexander devolvió el fusil al guardián, que lo agarró y le golpeó en la frente con la culata. Alexander pestañeó y lo vio todo negro durante un momento pero no dijo nada. El guardián salió de la habitación y volvió al cabo de unos minutos con su sustituto, el cabo Ivanov.

—Puede cerrar los ojos, comandante —dijo Ivanov—. Si viene alguien, gritaré y usted volverá a abrirlos enseguida, ¿verdad?

—Enseguida —contestó Alexander, agradecido.

Sentado en una silla sin brazos y de respaldo bajo que debía de ser la más incómoda del mundo, cerró los ojos. Esperaba no caerse.

—Así es como actúan, ya sabe. —Oyó que decía Ivanov—. Lo dejan día y noche sin dormir, no le dan de comer, lo mantienen desnudo, empapado y congelado, a oscuras de día y con la luz encendida de noche, hasta que acaban con su resistencia y le obligan a decir que lo blanco es negro y lo negro es blanco y a firmar el puto papel.

—Ya lo sé —aceptó Alexander, sin abrir los ojos.

—El cabo Boris Maikov firmó el puto papel —explicó Ivanov—. Ayer lo ejecutaron.

—¿Y el otro…? ¿El teniente Ouspenski? —preguntó Alexander sin abrir los ojos.

—Está otra vez en la enfermería. Vieron que sólo tenía un pulmón y están esperando a que muera. ¿Para qué malgastar una bala?

Alexander estaba demasiado exhausto para responder.

—Comandante —añadió Ivanov bajando un poco la voz—, hace unas horas he

oído que Slonko discutía con Mitterand. Slonko decía: «No se preocupe; o se viene abajo o muere».

Alexander no hizo ningún comentario.

—No se venga abajo, comandante —oyó que susurraba Ivanov. Alexander no dijo nada. Se había quedado dormido.

*Leningrado, 1935*

En Leningrado, los Barrington encontraron dos habitaciones contiguas en un piso comunal de un destartalado edificio del siglo XIX Alexander se buscó otro instituto, desempaquetó los libros y la ropa y siguió siendo un chaval de quince años. Harold encontró empleo en una fábrica de mesas. Jane se quedaba en casa y bebía. Alexander procuraba estar lo menos posible en las dos habitaciones a las que llamaban «hogar». Se pasaba casi todo el tiempo paseando por Leningrado, que le parecía más bonito que Moscú. Las casas de colores pastel, las noches blancas, el río Neva… Leningrado le parecía un lugar repleto de historia y romanticismo, con aquellos jardines y palacios, las amplias avenidas y los ríos y canales que se entrecruzaban en la ciudad que nunca dormía.

A los dieciséis años, como era su obligación, se alistó en el Ejército Rojo con el nombre de Alexander Barrington. Era un acto de rebeldía: no estaba dispuesto a cambiar de apellido.

En el piso comunal, la familia de Alexander intentaba no relacionarse con demasiada gente (tenían muy poco para sí mismos y nada para los demás), pero un matrimonio que residía en el segundo piso, Svetlana y Vladimir Viselski, les dieron muestras de amistad. La pareja compartía una sola habitación con la madre de Vladimir y al principio mostraron interés por los Barrington y cierta envidia por las dos habitaciones que les habían adjudicado. Vladimir era ingeniero de caminos y Svetlana trabajaba en una biblioteca y le decía siempre a Jane que allí podía encontrar empleo. A Jane terminaron contratándola en la biblioteca, pero no conseguía levantarse a tiempo por las mañanas para acudir al trabajo.

A Alexander le caía bien Svetlana. Era una mujer que rondaba los cuarenta años, elegante, atractiva e irónica. A Alexander le gustaba la forma en que le hablaba, como si fuera un adulto. En el verano de 1935 estaba bastante inquieto. Sus padres, en plena crisis personal y económica, no alquilaron ninguna dacha. Pasar el verano en Leningrado sin la posibilidad de hacer amigos nuevos no era una perspectiva demasiado halagüeña, y Alexander no hacía más que pasear por la ciudad durante el día y leer por la noche. Se sacó el carné de la biblioteca donde trabajaba Svetlana e iba a menudo a charlar con ella. Y también, muy ocasionalmente, leía. Solían volver juntos a casa.

Su madre pareció animarse un poco con la nueva amistad de Svetlana, pero no

tardó en retomar la bebida por las tardes.

Alexander pasaba cada vez más días en la biblioteca. Cuando volvían juntos a casa, Svetlana le ofrecía un cigarrillo, que él siempre rechazaba, o un vasito de vodka, que él también rechazaba. El vodka no le interesaba especialmente. Los cigarrillos pensaba que no le interesaban especialmente, pero poco a poco se acostumbró a desear el sabor del tabaco en la boca. El vodka le producía un efecto desagradable, pero los cigarrillos eran como una muleta que le ayudaba a controlar su frenesí adolescente.

Una tarde llegaron a casa antes de lo habitual y se encontraron a Jane aturdida en el dormitorio. Fueron a sentarse un rato a la habitación de Alexander antes de que Svetlana bajara a su casa. Svetlana le ofreció otro cigarrillo y se acercó un poco más en el sofá. Alexander la miró a los ojos sin saber si había interpretado bien sus intenciones, pero Svetlana se sacó el cigarrillo de la boca, se lo puso en la suya y le dio un beso fugaz en la mejilla.

—No te preocupes —dijo—. No muerdo.

Por lo visto, Alexander no había interpretado mal sus intenciones.

Alexander tenía dieciséis años y ya estaba preparado.

Los labios de Svetlana se acercaron a su boca.

—¿Estás asustado? —le preguntó.

—No —contestó Alexander, y tiró el cigarrillo y el mechero al suelo—. Pero tú deberías estarlo.

Pasaron dos horas juntos en el sofá, y cuando Svetlana salió de la habitación recorrió el pasillo con los pasos temblorosos del soldado que ha entrado en batalla convencido de lograr una rápida conquista y termina retirándose completamente desarmado.

Al bajar, Svetlana se cruzó con Harold, que volvía a casa del trabajo y que al verla la saludó con una inclinación de cabeza.

—¿Quieres quedarte a cenar? —La invitó Harold.

—Hoy no hay cena —contestó Svetlana con la voz temblorosa—. Tu mujer está durmiendo.

Alexander cerró la puerta y sonrió.

Harold preparó la cena para él y Alexander, que se pasó la noche fingiendo leer en su cuarto, aunque lo único que hizo fue esperar a que llegara el día siguiente.

El día siguiente tardó demasiado en llegar.

Hubo otra tarde de Svetlana, y otra, y otra.

Aquel verano, Alexander y ella se encontraron a última hora de la tarde durante todo un mes.

Alexander disfrutaba con Svetlana. Ella sabía indicarle lo que debía hacer para complacerla y él hacía exactamente lo que ella le decía. Todo lo que llegó a saber de la paciencia y la perseverancia lo aprendió con ella, un aprendizaje que se combinó con su talento natural para perseguir cualquier objetivo hasta el final. Como

resultado, Svetlana salía cada vez más temprano del trabajo. Alexander se sentía halagado. El verano pasó volando.

Los fines de semana, cuando Svetlana subía con su marido a ver a los Barrington y Alexander y ella tenían que disimular su relación, Alexander descubrió que la tensión sexual podía casi ser un fin en sí mismo.

Después, Svetlana comenzó a hacerle preguntas cuando Alexander pasaba la noche fuera de casa.

El problema era que, ahora que había descubierto lo que había al otro lado de la valla, en lo único en que pensaba Alexander era en divertirse al otro lado de la valla, pero no sólo con Svetlana.

De hecho, él no habría tenido inconveniente en seguir viéndola y reservarse algún rato para estar con chicas de su edad. Pero un domingo, cuando los cinco estaban cenando patatas con arenques, el marido de Svetlana, sin dirigirse a nadie en particular, hizo un comentario:

—Creo que mi Svetochka necesita un segundo empleo —dijo—. Por lo visto, en la biblioteca le han reducido el horario a media jornada.

—Entonces, ¿cuándo pasaría a hacer compañía a mi mujer? —preguntó Harold, sirviéndose otra ración de patatas.

Estaban en la habitación de los padres de Alexander, apretujados en torno a la mesa.

—¿Tú vienes a hacerme compañía? —preguntó Jane a Svetlana.

Por un momento, todos se quedaron callados.

—Ah, claro. Vienes todas las tardes a verme —añadió Jane, asintiendo con un gesto.

—Se ve que lo pasáis bien juntas —dijo Vladimir, el marido de Svetlana—. Siempre vuelve a casa muy contenta. Si no la conociera, diría que está teniendo una aventura.

Se rio con el tono de un hombre que piensa que la mera idea de que su mujer esté teniendo una aventura es tan absurda que casi resulta deliciosa.

Svetlana echó la cabeza para atrás y también soltó una carcajada. Hasta Harold ahogó una risita. Sólo Jane y Alexander permanecieron callados y atónitos. Durante el resto de la cena, Jane ya no volvió a hablar y se dedicó a beber cada vez más. Al final se quedó dormida en el sofá mientras los demás recogían la mesa. Al día siguiente, al volver del instituto, Alexander se encontró a su madre esperándolo, sobria y seria.

—La he echado —dijo mirando a su hijo con los brazos cruzados mientras Alexander dejaba caer al suelo la chaqueta y la bolsa con los libros de la biblioteca.

—Muy bien —respondió Alexander.

—¿Qué estás haciendo, hijo? —preguntó Jane en voz baja.

Alexander vio que había llorado.

—No lo sé, mamá. ¿Qué estás haciendo tú?

—Alexander…

—¿Qué te preocupa?

—Pensar que no he cuidado bien de mi hijo —contestó Jane.

—¿Eso es lo que te preocupa?

—No quiero pensar que es demasiado tarde —respondió ella, con una voz débil y contrita—. Es culpa mía, ya lo sé. Últimamente no he sido de gran… —Rompió a llorar—. De ninguna ayuda… Pero al margen de lo que está pasando en nuestra familia, Svetlana no puede seguir viniendo por aquí, al menos si no quiere que se entere su marido.

—¿Como tú cuando no quieres que tu marido sepa lo que haces por las tardes? —preguntó Alexander.

—Como si a él le importara —replicó Jane.

—Como si a Vladimir le importara —contestó Alexander.

—¡Tienes que acabar con esta historia! —chilló su madre—. ¿Por qué la empezaste? ¿Para llamar mi atención?

—Mamá, sé que te parecerá difícil de creer, pero no tiene nada que ver contigo.

—La verdad es que sí me parece difícil de creer, Alexander —replicó Jane con amargura—. Tú, que eres el chico más guapo de toda Rusia, ¿me estás diciendo que no has encontrado a una compañera de instituto con la que divertirte, en lugar de una mujer de casi mi edad que, además, es amiga mía?

—¿Quién dice que no la he encontrado? ¿Y tú habrías dejado de emborracharte si me vieras saliendo con una compañera del instituto?

—¡Ah, ya veo que sí tiene que ver conmigo después de todo! —Jane siguió sentada en el sofá mientras Alexander permanecía de pie frente a ella, con los brazos cruzados—. ¿Es eso lo que quieres hacer con tu vida? ¿Ser el juguete de mujeres maduras y aburridas?

Alexander se dio cuenta de que estaba a punto de perder los nervios y apretó los dientes. Su madre lo irritaba sobremanera.

—¡Contéstame! —ordenó Jane, levantando la voz—. ¿Es eso lo que quieres?

—¿Qué? —preguntó Alexander, alzando también la voz—. ¿Crees que tengo muchas más opciones? ¿Qué parte es la que te parece más repugnante?

Jane se puso de pie de un salto.

—No te olvides de que sigo siendo tu madre —dijo.

—¡Pues compórtate como tal! —chilló Alexander.

—Te he cuidado toda la vida.

—Y mira dónde estamos… buscándonos la vida en Leningrado mientras tú te gastas en vodka medio sueldo de papá, y ni con eso te alcanza. Has vendido las joyas, los libros y los vestidos de seda para comprarte vodka. ¿Qué te queda, mamá? ¿Qué te falta por vender?

Por primera vez en toda su vida, Jane le levantó la mano y le pegó una bofetada. Alexander sabía que se la merecía, pero protestó:

—Mamá, dices que venías a proponerme una solución. De repente, después de pasarte meses sin hablarme, vienes a decirme qué tengo que hacer. Pues olvídalo, porque no pienso escucharte. Tendrás que hacerlo mejor. —Hizo una pausa—. Deja de beber.

—Ahora estoy sobria.

—Pues volvamos a hablarlo mañana.

Al día siguiente, Jane volvía a estar borracha. Y al otro día también.

Comenzó el curso. Alexander se entretuvo con una chica que se llamaba Nadia. Una tarde, Svetlana lo fue a buscar al instituto y lo vio riendo con ella. Alexander se excusó y la acompañó hasta el final de la calle.

—Tengo que hablar contigo, Alexander —le dijo Svetlana.

Fueron andando hasta un parquecillo y se sentaron bajo los árboles otoñales.

Alexander carraspeó.

—Oye, tenemos que dejarlo de todos modos —dijo.

—¿Dejarlo? —Svetlana pronunció la palabra como si nunca se le hubiera ocurrido, ante la mirada sorprendida de Alexander—. ¡No vamos a dejarlo! —exclamó—. ¿Por qué demonios quieres dejarlo?

—¿Que por qué…?

—¿No te das cuenta, Alexander? —dijo Svetlana, temblando y cogiéndolo del brazo—. Es una prueba por la que tenemos que pasar.

Alexander le apartó la mano.

—Es una prueba condenada a fracasar, Svetlana. No sé en qué estás pensando, pero yo estoy todavía en el instituto. Tengo dieciséis años, y tú eres una mujer casada de treinta y nueve. ¿Cuánto imaginabas que iba a durar esto?

—Cuando empezamos —dijo Svetlana con la voz ronca— no imaginé nada.

—Mejor.

—Pero ahora…

—Ay, Svetlana… —suspiró Alexander, desviando la mirada.

Svetlana se levantó de un salto y emitió un grito gutural que Alexander acusó como un pinchazo en los pulmones, como si ella acabara de inyectarle su miserable adicción.

—Claro, soy ridícula. —Svetlana se esforzaba en respirar serenamente y agitaba la mano con displicencia—. Tienes razón, claro. —Intentó sonreír pero no pudo—. ¿Lo hacemos una última vez por los viejos tiempos? Como despedida.

Alexander negó con la cabeza a modo de contestación.

Svetlana se apartó con pasos tambaleantes.

—Alexander —dijo con tanta serenidad como pudo—, hay una cosa que debes recordar siempre: tienes unas capacidades excepcionales. No las malgastes. No las derroches, no las estropees ni las des por hechas… Tú mismo eres el arma que te defenderá hasta el fin de tus días.

No volvieron a verse. Alexander se sacó el carné de otra biblioteca. Vladimir y

Svetlana dejaron de visitarlos. Al principio Harold se mostró extrañado, pero terminó olvidándose de la pareja. Alexander sabía que su padre tenía demasiadas preocupaciones por entonces para pensar en la ausencia de unas personas que para empezar nunca le habían caído especialmente bien.

El otoño dio paso al invierno; 1935 dio paso a 1936. Alexander y su padre celebraron el Año Nuevo solos, en una cervecería del barrio, donde Harold se tomó un vaso de vodka e intentó hablar con su hijo. La conversación fue breve y tensa. Harold Barrington, con su carácter sobrio y desafiante, había ido distanciándose cada vez más de su mujer y de su hijo. Alexander ya no sabía en qué mundo vivía su padre, había dejado de entenderlo, y aunque hubiera podido entenderlo tampoco habría querido. Sabía que a su padre le habría hecho feliz que su hijo lo apoyara y siguiera compartiendo sus convicciones, como cuando era más joven. Pero el momento había pasado hacía mucho, y Alexander ya no se veía capaz. Los días del idealismo habían terminado. Sólo quedaba la vida.

*La pérdida de una habitación, 1936*

¿Podía haber algo más intolerable?

Difícilmente.

Un oscuro sábado de enero, un minúsculo funcionario del Upravdom (el departamento de distribución de viviendas) se presentó en la puerta de los Barrington acompañado de dos personas más y les enseñó un papel que los obligaba a ceder una de sus habitaciones a otra familia. Harold no se sentía con fuerzas para discutir y Jane estaba demasiado borracha para protestar. Alexander alzó la voz, pero sólo un momento. Era inútil. No podían acudir a nadie para que rectificara la decisión.

—Reconozca que es injusto —argumentó el representante del Upravdom, lanzando una malévola sonrisita a Alexander—. Ustedes tienen dos hermosas habitaciones para tres personas. Dos para ustedes y ninguna para esa otra familia, con la madre embarazada. ¿Dónde está su espíritu socialista, joven camarada que no tardará en ingresar en el Konsomol?

El Konsomol eran las juventudes del Partido Comunista de la Unión Soviética.

Alexander y su padre trasladaron de habitación el camastro de Alexander y la cómoda y sus pocos efectos personales y la estantería con los libros. Alexander puso el camastro junto a la ventana y colocó la cómoda y la estantería a modo de airada barrera entre sus padres y él.

—Siempre soñé con compartir una habitación con vosotros a los dieciséis años —rezongó cuando Harold le preguntó si estaba enfadado—. Ahora sé que vosotros tampoco queréis ningún tipo de privacidad.

Hablaban en inglés, lo cual les permitía usar la palabra *privacy*, sin equivalente en ruso.

A la mañana siguiente, al levantarse, Jane quiso saber qué hacía Alexander en su habitación. Era domingo.

—Ahora vivo aquí —le explicó su hijo, antes de salir y pasarse todo el día fuera de casa.

Alexander cogió un tren hasta Peterhof y estuvo todo el día paseando por los jardines, triste y malhumorado. Siempre había estado convencido de que había venido al mundo para hacer algo especial, y esta convicción, aunque no lo había abandonado del todo, se había difuminado en su interior, ya no palpitaba con tanta fuerza en sus venas. La sensación de tener un objetivo, aquella sensación que lo había acompañado a lo largo de toda la adolescencia, había desaparecido y había sido sustituida por la desesperación.

«Mi infancia y mi adolescencia estuvieron bien —pensó Alexander—. Y podría soportar mi existencia actual si siguiera teniendo la sensación de que después de la infancia y la adolescencia habría algo que sería mío, algo que podría construir con mis propias manos para después decir: “Esto es lo que he hecho con mi vida; así la he construido”».

La esperanza.

Aquella fría mañana de domingo, la esperanza había abandonado a Alexander, y su convicción de tener un objetivo había perdido la batalla y se había disipado en su interior.

*El final, 1936*

Harold dejó de llevar vodka a casa.

—Papá, ¿no crees que mamá conseguirá bebida de otra manera?

—¿Con qué? No tiene dinero.

Alexander no quiso mencionar los miles de dólares estadounidenses que su madre había mantenido escondidos desde que llegaron a la Unión Soviética.

—¡Dejad de hablar de mí como si *yo no* estuviera! —gritó Jane. Los dos la miraron con sorpresa.

Jane comenzó a hurgar en los bolsillos de Harold para comprarse vodka, y Harold empezó a guardar el dinero fuera de la casa. A Jane la pillaron emborrachándose con un frasco de perfume francés en la habitación de unos vecinos.

Alexander empezó a temer que su madre terminaría gastándose todo el dinero que había traído desde Estados Unidos. Primero se gastaría los rublos que había ahorrado en Moscú y luego los dólares. Aunque estuviera todo un año comprando vodka en el mercado negro, se esfumarían todos sus ahorros, y entonces, ¿qué? Luego, nada.

Sin aquel dinero, Alexander estaba acabado. Tenía que mantener a su madre «sobria» mientras escondía el dinero en algún sitio que no fuera la casa. Si se llevaba los dólares sin su permiso, Jane tendría un ataque de histeria y Harold descubriría que

ella lo había traicionado. Y cuando Harold supiera que su mujer, pese a todas sus manifestaciones de amor y de respeto, no había confiado en él al salir de Estados Unidos; cuando descubriera que en realidad no compartía sus motivaciones y sus ideales y sus sueños, sufriría una desilusión de la que ya no se recobraría. Alexander no quería ser responsable del futuro de su padre; sólo quería aquellos dólares, para poder ser responsable de sí mismo. Y sabía que lo mismo deseaba su madre cuando estaba sobria. Si no estuviera borracha, le dejaría esconder el dinero. El truco estaba en mantenerla sobria.

Durante un difícil y triste fin de semana, Alexander lo intentó todo para que su madre aguantara sin beber. En un ataque de rabia convulsiva, Jane le dedicó un torrente de improperios y comentarios vitriólicos, hasta el punto de que Harold terminó implorando: «Por Dios, hijo, dale una copa y que se calle».

Pero Alexander, en lugar de darle una copa, se sentó al lado de su madre y le leyó fragmentos de Dickens en inglés, fragmentos de Pushkin en ruso y los cuentos más divertidos de Zoschenko, y le preparó una sopa y le dio pan y café y le puso toallas húmedas en la frente, sin que ella dejara de proferir obscenidades.

—¿Qué ha querido decir cuando os ha nombrado a Svetlana y a ti? ¿De qué estaba hablando? —preguntó Harold en un momento de tranquilidad.

—Papá, ¿no sabes que no hay que hacerle caso? No creas ni una palabra de lo que dice.

—No, claro que no —murmuró Harold, y se alejó unos pasos; no muchos porque en la habitación no había mucho sitio donde meterse.

El lunes, cuando su padre se marchó a trabajar, Alexander faltó a clase y se pasó el día entero tratando de convencer a su aturdida, patética y sobria madre de que era necesario esconder el dinero en un lugar seguro. Al principio trató de hablarle en un tono pausado, pero terminó perdiendo la paciencia y diciéndole a gritos que si los detenían a todos, que Dios no lo quisiera…

—No digas tonterías, Alexander. ¿Por qué van a detenernos? Somos de los suyos. No vivimos bien, pero no tenemos por qué vivir mejor que los demás rusos. Nos trasladamos aquí para compartir su suerte.

—Y bien que lo estamos haciendo —repuso Alexander—. Espabila, mamá. ¿Qué crees que les pasó a los extranjeros que vivían con nosotros en Moscú? —Hizo una pausa mientras su madre lo pensaba—. Aunque me equivoque, no estaría de más tener la precaución de esconder el dinero. ¿Cuánto queda, por cierto?

Jane lo pensó un momento y respondió que no lo sabía. Dejó que Alexander lo contara. Había diez mil dólares y cuatrocientos rublos.

—¿Cuántos dólares trajiste de Estados Unidos? —preguntó Alexander.

—No lo sé. Diecisiete mil, creo. O veinte mil.

—¡Mamá…!

—¿Qué pasa? Una parte se fue en comprarte naranjas y leche en Moscú, ¿o ya lo has olvidado?

—No lo he olvidado —contestó Alexander, fatigado.

No quería saber cuánto habían costado las naranjas y la leche. ¿Cincuenta dólares? ¿Cien?

Jane, con el cigarrillo en la boca, escrutó a Alexander con los ojos entrecerrados.

—Si te dejo esconder el dinero, ¿me dejarás beber una copa como agradecimiento?

—Sí. Sólo una.

—Claro. Sólo quiero un vasito. Me siento mucho mejor ahora que estoy sobria, ¿sabes? Pero me vendrá muy bien una copita para controlar los nervios. Lo entiendes, ¿verdad?

Alexander pestañeó y no dijo nada, aunque le había gustado preguntarle si realmente pensaba que era tan ingenuo.

—Muy bien —concluyó Jane—, pues acabemos de una vez. ¿Dónde piensas esconderlo?

Alexander propuso encolar el dinero en el interior de las tapas de un libro, y sacó un volumen de encuadernación dura y gruesa para que su madre entendiera qué quería decir.

—Si tu padre se entera, nunca te lo perdonará.

—Puede añadirlo a la lista de cosas que nunca me va a perdonar. No será tan grave como disentir de él en política. Vamos, mamá. Tengo que volver al instituto. Cuando el libro esté listo, lo dejaré en la biblioteca.

Jane observó el libro que proponía su hijo. Era su viejo ejemplar de *El jinete de bronce y otros poemas*, de Pushkin.

—¿Por qué no lo pegamos en la Biblia que trajimos de Estados Unidos?

—Porque nadie se extrañará de encontrar un libro de Pushkin en la sección de Pushkin de la Biblioteca de Leningrado. En cambio, encontrar una Biblia en inglés en una biblioteca rusa podría resultar un poco sospechoso, ¿no crees?

Alexander sonrió.

Jane casi sonrió también.

—Alexander, siento haber estado tan mal —dijo.

Alexander agachó la cabeza.

—No quiero hablar de *esto* con tu padre porque ya no tiene paciencia conmigo, pero me está costando mucho soportar esta vida.

—Ya nos hemos dado cuenta —dijo Alexander.

Jane lo abrazó y le dio una palmadita en la espalda.

—Shhh… —la tranquilizó su hijo—. No pasa nada.

—Este dinero, Alexander… —añadió Jane, alzando la cara hacia él—, ¿crees que te será útil?

—No lo sé. Pero es mejor tenerlo que no tenerlo.

Se llevó el libro al instituto y al salir pasó por la Biblioteca Pública de Leningrado. Al fondo, en la sección de Pushkin, vio un hueco en uno de los estantes

bajos. Dejó el libro entre dos volúmenes de aspecto erudito que nadie había sacado desde 1927. No le parecía muy probable que algún lector se llevara el libro en préstamo, pero no estaba convencido del todo y habría preferido encontrar un escondite mejor. Aquella noche, cuando Alexander volvió a casa, se encontró a su madre borracha otra vez, con una mirada en la que ya no quedaban trazas del cariño y el remordimiento que había demostrado por la mañana. Alexander cenó apresuradamente con su padre, con la radio puesta.

—¿Van bien las clases?

—Sí, papá. Van bien.

—¿Tienes buenos amigos?

—Claro.

—¿Y alguna buena amiga?

Su padre intentaba darle conversación.

—En mi grupo de amigos hay chicas, sí.

—¿Rusitas guapas? —precisó su padre, tras aclararse la voz.

—¿Con quién quieres que las compare? —respondió Alexander con una sonrisa.

Harold también sonrió.

—Y a esas rusitas tan guapas… —preguntó cautelosamente—, ¿les cae bien mi chico?

—Parece que les caigo bien —replicó Alexander, encogiéndose de hombros.

—Recuerdo que Teddy y tú erais amigos de una chavalita… —dijo su padre—. ¿Cómo se llamaba?

—Belinda.

—¡Ah, sí! Belinda. Era muy bonita.

—¡Papá! —Alexander se echó a reír—. ¡Teníamos ocho años! Sí, era muy bonita para ser una niña de ocho años.

—¡Y hay que ver qué coladita estaba por ti!

—¡Y hay que ver qué coladito estaba Teddy por ella…!

—Así son las relaciones en este mundo de Dios…

Una vez que terminaron de cenar, Alexander y su padre salieron a tomar una copa.

—Echo de menos nuestra casa de Barrington —reconoció Harold—. Pero es sólo porque no he estado viviendo de otro modo el tiempo suficiente para cambiar de mentalidad y convertirme en la persona que debo ser.

—Llevas suficiente tiempo con este tipo de vida. Por eso precisamente echas de menos nuestra casa de Barrington.

—No. ¿Sabes qué pienso, hijo? Pienso que si aquí las cosas no funcionan del todo bien, es precisamente porque es Rusia. El comunismo funcionaría mucho mejor en Estados Unidos. —Sonrió a Alexander con expresión implorante—. ¿No estás de acuerdo?

—¡Por el amor de Dios, papá!

Harold ya no habló más del tema.

—Da igual —concluyó—. Me voy un rato a casa de Leo. ¿Quieres venir?

La alternativa era volver al cuarto donde estaba su madre inconsciente o sentarse en una habitación llena de humo, escuchando cómo los camaradas de su padre regurgitaban oscuros pasajes de *El capital* y propugnaban la participación de su país en la guerra.

Alexander quería estar con su padre pero solo. Al final volvió a casa con su madre. Quería estar solo en compañía.

✶

A la mañana siguiente, cuando Harold y Alexander se preparaban para empezar el día, Jane, aún con la borrachera de la noche anterior, agarró a su hijo de la mano.

—Quédate un momento —le pidió—. Tengo que hablar contigo.

Cuando Harold se marchó, Jane añadió en tono impaciente:

—He estado pensando en lo que dijiste. Recoge tus cosas. ¿Dónde está el libro? Date prisa, ve a buscarlo.

—¿Para qué?

—Tú y yo nos vamos ahora mismo a Moscú.

—¿A Moscú?

—Sí, te voy a acompañar a la embajada de Estados Unidos.

—Mamá…

—Llegaremos a Moscú al anochecer. Mañana, lo primero que haré será acompañarte a la embajada. Te dejarán quedarte hasta que hablen con el Departamento de Estado en Washington, y entonces te enviarán de regreso.

—No, mamá.

—Sí, Alexander. Ya cuidaré yo a tu padre.

—Ni siquiera puedes cuidar de ti misma.

—No te preocupes por mí —dijo Jane—. Mi futuro está marcado; pero tú lo tienes todo por delante. Preocúpate sólo de ti mismo. Tu padre tiene sus reuniones y piensa que con ese juego de niños grandes se librará del castigo. Pero lo tienen controlado, y a mí también. A ti no. Tienes que irte.

—No pienso irme sin papá y sin ti.

—Claro que te irás. A tu padre y a mí nunca nos dejarán volver, pero es mejor que tú regreses. Sé que en Estados Unidos las cosas están difíciles, no hay trabajo… pero serás libre y podrás hacer tu vida, así que deja de discutir. Soy tu madre y sé lo que digo.

—Mamá, ¿vas a llevarme a Moscú para entregarme a los estadounidenses?

—Sí. Podrás vivir con tu tía Esther hasta que termines la secundaria. El Departamento de Estado le avisará para que vaya a recogerte al puerto de Boston. Sólo tienes dieciséis años, Alexander. No pueden desentenderse de ti en el consulado.

Alexander recordaba con cariño a la hermana de su padre. La mujer lo adoraba, pero había dejado de hablarse con Harold tras una desagradable disputa sobre el incierto futuro que esperaba al niño en la Unión Soviética.

—Dos cosas, mamá —dijo Alexander—: el mes que viene cumpliré diecisiete años, y cuando cumplí los dieciséis me alisté en el Ejército Rojo. ¿Lo recuerdas? El servicio militar obligatorio… Al alistarme pasé a ser ciudadano soviético. Tengo un pasaporte interior que lo atestigua.

—El consulado no tiene por qué saberlo.

—Seguro que ya lo saben. Es su trabajo saber esas cosas. Y la segunda cosa es… —A Alexander le tembló la voz—. No puedo marcharme sin despedirme de mi padre.

—Escríbele una carta.

Alexander, con el corazón en un puño, hizo lo que le ordenaba su madre. Sacó el libro de Pushkin de la biblioteca y dejó escrita una carta para su padre. El trayecto en tren era largo; tuvo doce horas para reflexionar. No sabía cómo su madre había conseguido aguantar tanto tiempo sin una copa. A Jane le temblaban las manos cuando llegaron a la Estación de Leningrado en Moscú. Era de noche y los dos estaban cansados y hambrientos. No tenían ningún sitio donde dormir. No tenían comida. Era una noche de finales de abril no demasiado fría y terminaron durmiendo en un banco del parque Gorki. Alexander se acordó de cuando jugaba al hockey con sus amigos. Recuerdos agridulces que se le agolpaban en la mente y le hacían sentir un nudo en la garganta.

—Necesito una copa, Alexander —susurró Jane—. Necesito una copa para poder seguir viviendo. Quédate aquí, enseguida vuelvo.

—Madre —dijo Alexander, y la contuvo con mano firme—. Si te vas, me voy directo a la estación y cojo el próximo tren que vuelva a Leningrado.

Jane emitió un hondo suspiro, se acercó a Alexander y le hizo un gesto para que apoyara la cabeza en su regazo.

—Túmbate y duerme un poco. Mañana nos espera un día largo.

Alexander apoyó la cabeza en el hombro de su madre y se quedó dormido.

A la mañana siguiente, a las ocho en punto, estaban en la puerta de la embajada. Tuvieron que esperar una hora hasta que un centinela apareció al otro lado de la verja y les dijo que no podían pasar. Jane se presentó y le dio una carta en la que explicaba la situación de su hijo. Aguardaron impacientes dos horas más, hasta que el centinela volvió a llamarlos y les dijo que el cónsul no podía ayudarlos. Jane le suplicó que la dejase entrar para hablar cinco minutos con el cónsul. El centinela movió la cabeza y aseguró que no podía hacer nada. Jane levantó la mano para pegarle y Alexander tuvo que contenerla. Al final la soltó y trató de convencer al centinela.

—Lo siento —se disculpó el hombre en inglés, encogiéndose de hombros—. Puedo decirles que han estado buscando el expediente de sus padres, pero está en Washington, en el Departamento de Estado. —El hombre hizo una pausa—. Y el de usted también. Son ciudadanos soviéticos y no están bajo nuestra jurisdicción. No se

puede hacer nada desde el consulado.

—¿Y si pedimos asilo político?

—¿Basándose en qué? Además, ¿sabe cuántos soviéticos vienen a pedirnos asilo? Docenas cada día. Los lunes, casi cien. Estamos aquí gracias a una invitación del gobierno de este país y no queremos perder los vínculos con el pueblo soviético. Si empezamos a acoger a sus ciudadanos, ¿cuánto tiempo nos dejarán seguir aquí? Usted sería el último. La semana pasada nos apiadamos de un viudo con dos niños pequeños. Era ruso pero tenía parientes en Estados Unidos y dijo que buscaría trabajo. Tenía un oficio útil, era electricista. Pero se armó un escándalo diplomático y tuvimos que echarlo. No podemos hacer nada. —Hizo una pausa—. Usted no es electricista, ¿verdad?

—No, no soy electricista —dijo Alexander—. Pero soy ciudadano estadounidense.

El centinela negó con la cabeza.

—No puede ser. Sabe que no se puede servir a dos señores en el ejército.

Alexander lo sabía, pero hizo otro intento:

—Tengo familiares en Estados Unidos, puedo vivir con ellos. Y puedo trabajar. Puedo conducir un taxi, poner un puesto de frutas y verduras, cultivar la tierra, talar árboles… Haré cualquier cosa que esté en mis manos.

—No es por usted, es por sus padres —explicó el centinela, bajando la voz—. Son demasiado famosos. Cuando se trasladaron a la URSS no fueron muy discretos; querían que todo el mundo los conociera. Bueno, pues ya los conocen. Sus padres deberían haberlo pensado dos veces antes de renunciar a la nacionalidad estadounidense. ¿Por qué tanta prisa? Primero tendrían que haber estado convencidos…

—Mi padre sí lo estaba —manifestó Alexander.

De Moscú a Leningrado había los mismos kilómetros que a la ida, ¿por qué les pareció que el viaje duraba varias décadas más? Su madre se pasó horas sin decir palabra. Por la ventanilla sólo veían campos desolados. No tenían nada para comer.

Al cabo de unas horas, la madre de Alexander carraspeó y dijo:

—Yo deseaba desesperadamente un hijo. Sufrí cuatro abortos y tardé cinco años en tenerte. El año en que tú naciste, la epidemia de gripe mató a miles de personas en Boston, entre ellas a mi hermana, a los padres y al hermano de tu padre y a muchos de nuestros amigos más cercanos. Todos nuestros conocidos habían perdido a alguien. Fui al médico porque me notaba febril y me aterraba haber contraído la enfermedad, y él me dijo que estaba embarazada. Contesté: «No puede ser. Hemos renunciado a nuestra herencia familiar y estamos prácticamente arruinados, ¿dónde vamos a vivir?, ¿y de qué?, ¿y cómo haremos para pagar las medicinas?», y el médico me miró y me dijo: «Los niños vienen con un pan debajo del brazo».

Jane oprimió la mano de Alexander, que no la retiró.

—Y tú, hijo… viniste con un pan debajo del brazo. Tanto Harold como yo nos

dimos cuenta enseguida. Naciste de noche, llegaste de repente y no me dio tiempo a ir al hospital. El médico vino a casa, me ayudó a dar a luz en la cama y dijo que parecías tener prisa por empezar a vivir. Nunca había visto un bebé tan grande. Recuerdo que cuando le dijimos que te llamarías Anthony Alexander por tu bisabuelo, el médico te alzó en el aire y exclamó: «¡Alejandro Magno!»… por lo grande que eras, ¿sabes? —Jane hizo una pausa y susurró—: Eras un niño tan guapo…

Alexander retiró la mano y se volvió hacia la ventanilla.

—Teníamos grandes esperanzas para tu futuro. Si supieras las cosas que me imaginaba cuando te sacaba a pasear en el cochecito por el muelle de Boston y todas las señoras se paraban a admirar a aquel niño de pelo tan negro y ojos tan brillantes…

Alexander no dijo nada.

—Cuando puedas, pregúntale a tu padre si era esto lo que imaginaba cuando pensaba en el futuro de su único hijo.

—¿El pan que traje no era bastante grande, mamá? —preguntó Alexander, el niño de pelo tan negro y ojos tan brillantes.

# Capítulo 10

*Los fantasmas de la isla de Ellis, 1943*

Había algo reconfortante en el hecho de vivir y trabajar en Ellis. El mundo de Tatiana era tan pequeño, tan insular, tan específico y pleno, que no le dejaba espacio para imaginar una vida distinta, para prever la vivencia de Nueva York, del Estados Unidos real, o para revivir la memoria de Leningrado, del Alexander real. Durante su estancia en la isla, Tatiana ocupó con su hijo una pequeña habitación de paredes de piedra con una gran ventana blanca, durmió en una cama individual equipada con sábanas blancas y se vistió con una única bata blanca y un único par de cómodos zapatos blancos. Por eso, mientras vivió en aquella habitación con la única compañía de Anthony y de una mochila negra, no necesitó imaginarse una vida imposible sin Alexander en Estados Unidos.

Tatiana procuraba no pensar en la mochila y echaba de menos el bullicio, el caos y las discusiones de la casa familiar, el olor del tabaco y las canciones de los bebedores de vodka. Añoraba a su testarudo hermano, a su protectora hermana, a su ajada madre, a su adusto padre y a sus adorados y reverenciados abuelos. Los extrañaba con la misma intensidad con que extrañaba el pan durante el asedio de Leningrado. Quería oírlos caminar por los pasillos de Ellis, igual que caminaban ahora sus silenciosos fantasmas, siempre al lado de Tatiana pero incapaces de defenderla del otro fantasma ruidoso que la acompañaba en todo momento.

Durante el día atendía a los heridos y se llevaba al niño a todas partes. Sus heridas las dejaba olvidadas hasta la noche, momento en que se dedicaba a lamerlas y alimentarlas, recordando los abetos y los peces y el río y el hacha y los bosques y el fuego y los arándanos y el olor a humo de tabaco y la risotada surgida de una garganta masculina. Tatiana era incapaz de recorrer los desnudos corredores del tercer pabellón de Ellis sin pensar en los millones de pasos que en otro momento habían resonado en aquellos suelos ajedrezados. Y la sensación se agudizaba cuando se atrevía a cruzar el puentecillo que conducía al gran vestíbulo del pabellón principal, que, a diferencia del tercero, estaba abandonado. En las escaleras, los vestíbulos, los pasadizos y las habitaciones grises y polvorientas del edificio neogótico flotaba el espíritu de las personas que habían llegado a Nueva York antes de 1894, los inmigrantes que desembarcaban en masa en los muelles de Castle Garden, el centro de recepción del otro lado de la bahía, o que bajaban de los buques en la propia isla de Ellis y subían directamente a la vasta sala de registro, cargados con sus niños y sus fardos y ajustándose la gorra o el pañuelo de la cabeza después de dejarlo todo en el Viejo Mundo: a sus madres, a sus padres, a sus maridos, a sus hermanos y a sus hermanas, a quienes habían prometido volver a buscarlos o a quienes no se habían atrevido a prometer nada. Cinco mil al día; treinta mil, cincuenta mil u ochenta mil al mes; ocho millones al año; veinte millones entre 1892 y 1924… inmigrantes que

llegaban sin visado, sin documentación, sin dinero, sólo con lo puesto y con su experiencia como carpinteros, costureras, cocineros, herreros, albañiles o vendedores.

*Mamá podría ganarse la vida cosiendo. Y papá podría hacer de fontanero, y Pasha estaría siempre a mi lado como cuando éramos niños. Y Dasha cuidaría al niño de Alexander cuando yo estuviera en el trabajo. Resultaría extraño, pero lo cuidaría.*

Llegaban con niños porque nadie abandona a sus hijos para emprender un viaje como aquél: habían venido por ellos, para regalarles las calles de Estados Unidos, la primavera y el otoño de la gran ciudad norteamericana. Y la gran ciudad estaba al otro lado de la bahía, tan cercana y sin embargo tan inaccesible para quienes no superaban los exámenes que autorizaban a pisar las orillas de la isla de Nueva York. Muchos estaban tan enfermos como Tatiana, o peor. Cuando tenían alguna enfermedad contagiosa o carecían de capacitación laboral y de nociones de inglés, los médicos y funcionarios del servicio de inmigración podían descartarlos. Había muy pocos rechazos al día, pero podía suceder que unos padres de edad avanzada quedaran separados de sus hijos, o un marido de su mujer.

*Igual que yo quedé separada de él. Y ahora me siento partida por la mitad.*

El miedo a no pasar los exámenes y tener que regresar y el anhelo de recibir la autorización oficial para entrar en el país eran tan intensos que habían terminado impregnando las paredes y los suelos y los muros de ventanas rotas del primer pabellón, y la acumulación de todas aquellas esperanzas angustiadas y sombrías resonaba en el edificio igual que resonaba en las entrañas de Tatiana cuando pisaba las baldosas de los corredores con Anthony en brazos.

A partir de las restricciones introducidas en 1924, la isla de Ellis dejó de ser el principal punto de entrada de la inmigración en Estados Unidos. Durante algún tiempo siguieron llegando barcos, primero todos los días, luego todas las semanas y finalmente todos los meses. Los millones de solicitudes tramitadas anualmente bajaron a unos miles y más tarde a unos cuantos centenares. La nueva normativa obligaba a expulsar a todo aquel que no trajera un visado en regla. A partir de 1924, la mayoría de los inmigrantes que llegaban al puerto de Nueva York disponían ya de autorización, ya que cada vez eran menos las personas que se arriesgaban a emprender un viaje tan peligroso y definitivo sabiendo que podían ser expulsadas al llegar al puerto de destino. Con todo, el año anterior a la guerra llegaron a Ellis 748 polizones sin dinero ni papeles, escondidos entre cajas de tomates.

No fueron expulsados.

Justo cuando se empezaba a hablar de clausurar las obsoletas instalaciones de

Ellis, estalló la Segunda Guerra Mundial. En los años 1939, 1940 y 1941, los pabellones de la isla se usaron como hospital para los refugiados de guerra y los polizones que llegaban indocumentados. Cuando Estados Unidos se sumó al conflicto, también sirvieron para albergar a los prisioneros alemanes e italianos que llegaban heridos.

Fue entonces cuando llegó Tatiana.

Y allá, Tatiana sintió que la necesitaban. Nadie quería trabajar en Ellis, ni siquiera Vikki, que advertía instintivamente que era una pena malgastar su prodigiosa capacidad natural para el flirteo en aquellos heridos extranjeros que acabarían regresando a su país o trabajando de peones en la campiña estadounidense. Vikki cumplía sus obligaciones, pero prefería claramente el hospital universitario, donde los heridos, antes de morir, tenían la posibilidad de disfrutar de los encantos de una encantadora joven norteamericana.

Poco a poco fue aumentando el número de heridos alemanes que convalecían en la isla de Ellis. Los italianos, que charlaban por los codos aunque estuvieran agonizando, hablaban un idioma que a Tatiana le resultaba incomprensible pero que sonaba con una cadencia, una pasión y una fuerza que sí podía comprender. Bajaban de los barcos soltando risotadas y exclamaciones guturales y se aferraban a ella con manos crispadas y la miraban fijamente a los ojos mientras murmuraban palabras de esperanza y agradecimiento. Y a veces si no tenían bastante con oprimirle la mano antes de morir, y si no padecían ninguna enfermedad contagiosa o infecciosa, ella les ponía sobre el pecho a su bebé para que sus corazones exhaustos se reconfortaran y latieran en paz al calor de su cuerpecito dormido.

Tatiana hubiera querido poder reconfortar también a Alexander dejando que su hijo durmiera sobre su pecho.

Los gustos de los heridos se repartían entre Brenda, Tatiana y Vikki. Los italianos y los alemanes querían alegrarse la vista con Vikki pero preferían que los atendiera Tatiana. Y nadie quería a Brenda, que ni era atractiva ni hacía bien su trabajo de enfermera. Por la noche, cuando sus compañeras ya se habían marchado, Tatiana cogía a Anthony en brazos e intentaba reconfortar a los heridos.

A ella, lo que la reconfortaba era el ambiente limitado y confinado de Ellis. Podía vivir con el niño en su habitación de paredes pulcramente pintadas y sábanas limpias y podía hacer tres comidas al día en la cantina del hospital y ahorrarse la carne y la mantequilla del racionamiento. Podía amamantar a su hijo y sentir el consuelo que le proporcionaba el contacto de su cuerpecito y el aura de salud que envolvía al niño.

Una tarde de verano, Edward y Vikki la invitaron a sentarse en el comedor, le pusieron enfrente una taza de café e intentaron convencerla para que se mudara a Nueva York. Le dijeron que la ciudad bullía a pesar de la guerra, que podría asistir a un sinfín de fiestas y espectáculos nocturnos, comprarse ropa y zapatos y alquilar un estudio con cocina y quizá hasta un piso con un dormitorio para ella y otro para Anthony y quizá, quizá, quizá…

A miles de kilómetros estaba la guerra. A miles de kilómetros estaban el río Kama y los Urales, que todo lo habían visto y todo lo sabían. Y las galaxias. Las galaxias lo sabían todo. A medianoche, sus rayos entraban por la ventana de la habitación de Tatiana en la isla de Ellis y le susurraban: «No te rindas. Ya lloraremos nosotras. Tú vive». Los ecos del edificio hablaban con Tatiana, los pasillos tenían un aire familiar, las sábanas blancas, el olor a salitre, la espalda de la Estatua de la Libertad, la brisa nocturna, las luces de la ciudad de ensueño que palpitaba al otro lado de la bahía… Tatiana vivía ya en una isla de ensueño, y lo que necesitaba no podía encontrarlo en Nueva York.

*El fuego se ha apagado. Ya ha oscurecido y ellos siguen en el claro, sentados sobre la manta. Alexander separa las piernas y Tatiana se acomoda entre ellas, apoyando la espalda en el pecho de él. Los brazos de Alexander la envuelven. Los dos alzan los ojos hacia el cielo, en silencio.*

*—Tania —susurra Alexander, y le da un beso en lo alto de la cabeza—, ¿ves las estrellas?*

*—Claro.*

*—¿Quieres que hagamos el amor aquí mismo? Apartemos la manta y hagamos el amor para que nos vean las estrellas… así nunca nos olvidarán.*

*—Shura… —La voz de Tatiana es dulce y triste—. Ya nos han visto, ya lo saben. ¿Ves esa constelación de la derecha? ¿Ves las estrellas de abajo, que dibujan una sonrisa? Nos están sonriendo… —Hace una pausa—. La he visto a menudo mirándote desde arriba.*

*—Sí —concede Alexander, y la abraza más fuerte y ciñe la manta alrededor de su cuerpo—. Creo que es la constelación de Perseo, el héroe griego…*

*—Ya sé quién es Perseo… —Tatiana asiente con un gesto—. Cuando era pequeña, vivía sumergida en la mitología griega. —Se acurruca contra él—. Me gusta que Perseo nos sonría mientras me haces el amor.*

*—¿Sabías que en la constelación de Perseo, las estrellas amarillas son las que se aproximan a la implosión y las azules, que son las más grandes y brillantes…?*

*—Y que se llaman «novas…».*

*—Si… ¿sabías que ésas se van volviendo cada vez más luminosas, hasta que explotan y se apagan? Mira cuántas estrellas azules hay alrededor de la sonrisa, Tatia.*

*—Las veo.*

*—¿Oyes el viento estelar?*

*—Oigo un rumor.*

*—¿Oyes el susurro del viento que sopla desde el firmamento, ese susurro que viene de la antigüedad y viaja hacia la eternidad…?*

*—¿Qué es lo que susurra?*

*—Tatiana… Tatiana… Ta… tiana…*

*—Calla, por favor.*

*—No lo olvides. Dondequiera que estés, si puedes mirar al cielo y ver la constelación de Perseo, si ves su sonrisa y oyes cómo el viento estelar susurra tu nombre, sabrás que te estoy llamando para que vuelvas a Lazarevo.*

*—No tendrás que llamarme, soldado —dice Tatiana, apoyando la cara en el brazo de Alexander—. Nunca me iré de aquí.*

# Capítulo 11

*Béisbol en Central Park, 1943*

Terminó julio, terminó agosto, terminó septiembre… Ya habían pasado siete meses desde que Tatiana había salido de la Unión Soviética. Seguía en Ellis y no se había aventurado ni una sola vez al otro lado del puerto, hasta que Edward y Vikki se cansaron y una tarde casi la obligaron a subir con Anthony al transbordador para hacer una visita a Nueva York. Contra las protestas de Tatiana («No tengo cochecito para el niño…»), Vikki compró uno por cuatro dólares en una tienda de segunda mano. «No es para ti, es para el bebé. No puedes rechazar un regalo para tu bebé», le dijo.

Tatiana no lo rechazó. Solía echar en falta más ropa y juguetes para su hijo, o un cochecito para llevarlo de paseo por Ellis. En la misma tienda, Tatiana compró dos sonajeros y un osito de peluche, aunque a Anthony le gustaron más los envoltorios de papel de los regalos.

—Edward, ¿qué dirá tu mujer cuando se entere de que has salido a dar un paseo por el bullicioso Nueva York no con una sino con dos de tus enfermeras? —preguntó Vikki con una sonrisa.

—Le arrancará los ojos a la cotilla que se lo cuente.

—Yo no pienso abrir la boca. ¿Y tú, Tatiana?

—Yo no hablo inglés —respondió Tatiana, y los tres se echaron a reír.

—No puedo creer que esta chica no haya estado ni una sola vez en Nueva York. ¿Cómo es que no te has presentado en el Departamento de Inmigración, Tatiana? ¿No tienes que ir a hablar con ellos cada cierto tiempo para explicarles lo que haces?

—El departamento vino a mí… —explicó Tatiana, mirando agradecida a Edward.

—Pero ¡tres meses! ¿No querías ver por ti misma por qué se habla tanto de Nueva York?

—He estado ocupada trabajando.

—Y amamantando —bromeó Vikki, riéndose—. Es un niño muy hermoso. Dentro de poco ya no cabrá en el cochecito. Creo que es más grande de lo normal para su edad. Tanta leche…

Carraspeó y lanzó una mirada al escote de Tatiana.

—Pues no sé… —contestó Tatiana, y contempló a Anthony, rebosante de orgullo —. No sé cómo son los niños de su edad.

—Está enorme, créeme. ¿Cuándo piensas venir a cenar? ¿Te parece bien mañana? Estoy harta de que la abuela saque el tema de mi divorcio. Ya es oficial, ¿sabes? Estoy divorciada. Y todos los domingos, a la hora de cenar, la abuela empieza a decir que ya no me querrá ningún otro hombre porque me he convertido en una mujer marcada.

Vikki puso los ojos en blanco.

—¿Y por qué no le demuestras que se equivoca, Vikki? —preguntó Edward.

Tatiana ahogó una risita.

—Sólo tengo ojos para un hombre: Chris Pandolfi.

Tatiana resopló con disgusto.

—A nuestra Tatiana no le cae muy bien Chris. ¿Verdad, Tania? —preguntó Edward, sonriente.

—¿Por qué? —quiso saber Vikki.

—Porque me llama «amapola». Creo que se burla de mí. ¿Qué quiere decir «amapola»?

—Es una flor muy bonita —respondió Edward con una sonrisa, apoyando la mano en el hombro de Tatiana.

Pero Vikki ya había empezado a decir que Chris pensaba llevarla a pasar el fin de semana de Acción de Gracias a Cape Cod y que había encontrado un vestido precioso de *chiffon* para salir a bailar el sábado.

El mercadillo de Battery Park estaba abarrotado de gente.

Tatiana, Vikki y Edward caminaron entre los puestos empujando el cochecito donde dormía Anthony, salieron a la calle Church, doblaron por Wall Street y avanzaron en dirección a South Street, atravesaron el mercado de pescado de Fulton y luego siguieron subiendo en dirección a Chinatown y Little Italy. Edward y Vikki estaban exhaustos pero Tatiana no paraba de caminar, fascinada por los altos edificios y la multitud que abarrotaba las calles, por los gritos y las risas, por las voces de los vendedores callejeros que anunciaban velas, libros viejos o manzanas, por los músicos que tocaban la armónica o el acordeón en las esquinas… Andaba como si los pies que golpeaban el duro pavimento no fueran suyos. Miraba sorprendida las patatas, los guisantes y las coles que llenaban las carretillas aparcadas junto a las aceras, los melocotones, las manzanas y las uvas, los carros donde los comerciantes transportaban sus telas de lino y algodón los taxis y los coches, los miles y millones de coches, los autobuses de dos pisos, el traqueteo constante del tren elevado de la Tercera y la Segunda avenidas… lo miraba todo boquiabierta de asombro.

Entraron en una cafetería de la calle Mulberry y Vikki y Edward se derrumbaron en los sillones. Tatiana se quedó de pie, sujetando el cochecito con la mano. Miraba a la pareja de novios que en ese momento salían de la iglesia que había al otro lado de la calle. Estaban rodeados de gente y parecían felices.

—Con lo pequeñita que es Tatiana, tendría que estar desmayada. Y mírala, Edward: sigue de pie, tan tranquila —dijo Vikki.

—En cambio yo he perdido varios kilos. No había andado tanto desde que estuve en el ejército —contestó Edward.

Así que Edward había sido militar…

—Pero si en el hospital andas lo mismo todos los días, Edward… —intervino Tatiana, sin apartar la mirada de los recién casados que posaban frente a la iglesia—. Pero tenéis razón, Nueva York es impresionante.

—¿Te gusta más o menos que la Unión Soviética? —le preguntó Vikki.

—Más —opinó Tatiana.

—Algún día tendrás que hablarme de tu país —añadió Vikki—. ¡Eh, mirad! ¡Melocotones! ¿Compramos?

—¿Nueva York es siempre así? —preguntó Tatiana, tratando de disimular su asombro.

—Qué va. Está así por la guerra. Normalmente es una ciudad muy animada.

Dos domingos después, Tatiana, Anthony y Vikki fueron a Central Park a ver a Edward disputando un partido de béisbol contra el equipo del Departamento de Sanidad, entre cuyos jugadores estaba Chris Pandolfi. La mujer de Edward no asistió. Edward dijo que se había quedado descansando.

Tatiana sonreía a los transeúntes y a los vendedores de fruta. Los pájaros piaban encima de su cabeza y la vida burbujeaba a su alrededor como una fuente de colores. Tatiana, con el niño en brazos, compró melocotones maduros y no tuvo más remedio que reconocer que olían estupendamente. Hasta pensó en acompañar un domingo a Vikki y Edward al monte Bear, cuando Edward consiguiera unos galones de gasolina de racionamiento, su mujer se quedara en casa descansando y los árboles mudaran las hojas. Pero aquel domingo soleado Tatiana estaba en Central Park, en Nueva York, en Estados Unidos de América, sosteniendo a Anthony en brazos mientras miraba a Edward jugando al béisbol y a Vikki celebrando cada tanto con saltitos… y nada de todo aquello era un sueño.

Pero ¿dónde estaba realmente la mamá de Anthony? ¿Qué le había sucedido? Tatiana quería recuperar a aquella muchacha a la muchacha de antes del 22 de junio de 1941, la que se había puesto un vestido blanco bordado con rosas rojas confeccionado en Francia y comprado en Polonia y se había sentado en un banco para comerse un helado en el que fue el primer día de guerra para Rusia. ¿Qué había sido de la muchacha que nadaba con su hermano Pasha y se pasaba todo el verano leyendo, la muchacha que tenía todo el futuro por delante? ¿La muchacha a la que un teniente del Ejército Rojo engalanado con su mejor uniforme contemplaba embobado desde el otro lado de la calle? Esa muchacha podría no haberse parado a comprar un helado, o podría haber subido al autobús anterior y haber atravesado la ciudad en una dirección distinta, que la habría llevado a una vida distinta. Sin embargo, no había tenido más remedio que comprarse un helado, porque así era ella. Y por culpa de ese helado, ahora estaba donde estaba.

Ahora, Nueva York con su bullicio de los tiempos de guerra y Vikki con su risa jovial y Anthony con su llanto furioso y Edward con su carácter tierno conspiraban para traer de nuevo a la tierra a la muchacha de antaño. Todo lo que antes había sido futuro, ahora era pasado. Lo peor y lo mejor. Tatiana alzó su cara pecosa hacia Vikki, que saltaba y gritaba en la linde del campo, sonrió y se marchó hacia el quiosco de bebidas, a comprar Coca-Cola para sus amigos. Llevaba la melena rubia peinada en una trenza y se había puesto un vestido azul de tirantes que le quedaba demasiado

largo y demasiado holgado.

Después del partido, Edward le pidió que le dejara un ratito a Anthony. Tatiana asintió con un gesto y agachó la cabeza para no ver cómo el médico cogía en brazos al hijo de Alexander, para que el pasado siguiera donde debía estar, lejos de aquella tarde que estaba pasando en Central Park con sus amigos Vikki y Edward.

Compraron unas Coca-Colas, una botella de agua y unas fresas y volvieron tranquilamente a la manta que acababan de extender sobre la hierba. Tatiana no hablaba.

—Mira cómo sonríe Anthony, Tania —dijo Edward, riendo—. No hay nada como la sonrisa de un niño, ¿verdad?

—Mmm —murmuró Tatiana, sin mirarlo.

Sabía que la sonrisa amplia y desdentada de Anthony creaba un vínculo instantáneo entre el oferente y el receptor. Lo había comprobado en la enfermería de Ellis. Los soldados alemanes e italianos adoraban a su bebé.

—He comprado esto para ti y para el niño. ¿Es demasiado pequeño para comer fresas?

—Sí, aún es pequeño.

—Pero mira… ¿verdad que son bonitas? Hay muchas, llévate unas cuantas. A lo mejor sabes preparar algo con ellas.

—Puedo preparar muchas cosas —dijo Tatiana en voz baja, y tomó un largo sorbo de agua—. Puedo preparar mermelada o confitura, puedo glasearlas, puedo hacer una tarta o un pastel, o puedo congelarlas para el invierno. Soy la reina de las conservas de fruta.

*—¿Cuántas formas hay de usar los arándanos, Tania?*

*—Te sorprendería saberlo.*

*—Ya estoy sorprendido. De hecho, estoy atónito. ¿Qué me estás preparando esta vez?*

*—Mermelada de arándanos.*

*—Me gusta la espumilla.*

*—Acércate, pruébala.*

*Ella le acerca la cuchara a la boca y le deja probar la mermelada. Él se relame los labios y sonríe.*

*—Me encanta.*

*—Mmm… —Tatiana advierte la expresión de sus ojos—. No, Shura. Tengo que terminar esto, hay que estar removiéndolo todo el rato. Es para que las viejas tengan mermelada este invierno.*

*—Tania…*

*—Shura…*

*Los brazos de Alexander la rodean.*

*—¿Te he dicho que los arándanos me vuelven loco?*

—*Eres incorregible*.

# Capítulo 12

*Conversaciones con Slonko, 1943*

—¡Comandante!

Alexander abrió los ojos de inmediato. Seguía sentado en el aula donde se había llevado a cabo el interrogatorio, bajo la vigilancia de Ivanov. Slonko entró con pasos malhumorados. Su gesto amable y su tono amistoso habían desaparecido.

—Bueno, comandante. Parece que va a tener que dejarse de jueguecitos.

—Muy bien —dijo Alexander—. No tengo muchas ganas de jugar.

—¡Comandante!

—¿Por qué grita? —preguntó Alexander, frotándose las sienes.

La cabeza le dolía como si fuera a romperse en pedazos.

—¿Conoce a una mujer que responde al nombre de Tatiana Metanova, comandante?

Esta vez, mantener la compostura le costó más que cuando habían mencionado a su madre. Alexander necesitó toda su fuerza de voluntad para no dar un respingo. «Si supero esto —pensó—, podré superar cualquier cosa; mejor dicho, es indudable que superaré cualquier cosa». No sabía si era preferible mentir o decir la verdad. Era obvio que Slonko tramaba algo.

—Sí —respondió al final.

—¿Y quién es?

—Era una de las enfermeras del hospital de Morozovo.

—¿Era?

—Bueno, yo ya no estoy en el hospital, ¿verdad? —contestó dócilmente Alexander.

—Resulta que ella tampoco está allí.

No era una pregunta. Alexander no dijo nada.

—Pero es más que una enfermera, ¿no es cierto?, comandante —preguntó Slonko, y se sacó del bolsillo el pasaporte interior de Alexander—. Aquí dice que es su esposa…

—Sí —asintió Alexander.

Su vida, resumida en una sola frase. Intentó serenarse. Sabía que Slonko no había hecho más que empezar. Tenía que estar preparado para lo que vendría después.

—Vaya, así que de verdad es su esposa.

—Sí.

—¿Y dónde está ella en este momento? ¿Lo sabe usted?

—Tendría que ser omnisciente para saberlo —respondió Alexander—. No tengo ni idea.

—Está con nosotros —dijo Slonko, y se inclinó hacia él—. Bajo nuestra custodia. —Se rio satisfecho—. ¿Qué le parece eso, comandante?

—¿Qué me parece qué? —respondió Alexander, sin desviar la mirada. Se cruzó de brazos y esperó—. ¿Puedo fumarme un cigarrillo?

Le trajeron un cigarro y Alexander logró que no le temblaran las manos al encenderlo. Antes de que ninguno de los dos tuviera tiempo de decir algo, Alexander llegó a la conclusión de que Slonko se estaba marcando un farol; mejor dicho, decidió creer que era un farol. La víspera, Stepanov le había dicho que los hombres de Mejlis estaban desorientados, pero Slonko no había dejado traslucir nada al respecto en sus dos conversaciones anteriores. Nada en absoluto, como si desconociera el asunto. Y ahora, de repente, se sacaba a Tatiana del sombrero, ufano como un gallito. Era un farol. Si realmente la hubieran detenido, habrían tardado menos en preguntarle por ella. Sin embargo, Slonko ni siquiera había sacado a relucir que la buscaban; en realidad no había dicho ni una palabra de Dimitri ni de Sayers ni de Tatiana.

Aun así, Slonko estaba protegido por tres guardianes y Alexander no tenía a nadie. Y estaba aquella bombilla enfocada hacia su cara, y estaba el hecho de que todo su cuerpo acusaba la debilidad, la falta de sueño y el agotamiento mental y el lacerante dolor de la espalda, y estaba su ánimo abatido. Alexander no dijo nada, pero fue a costa de un considerable esfuerzo. ¿Cuánta resistencia le quedaba? Cuando lo habían detenido en 1936, era joven y no estaba herido.

¿Por qué no podía haber conocido a Slonko en ese momento? Se resignó, preparándose para el siguiente golpe. Sabía que no tardaría en llegar.

—En este mismo momento, su esposa está siendo interrogada…

—¿Y no la interroga usted? —dijo Alexander—. Me sorprende que confíe una tarea tan importante a otra persona, camarada. Seguro que «tiene» a gente muy cualificada trabajando a su servicio.

—Comandante, ¿recuerda qué sucedió hace tres años, en 1940?

—Sí, ese año combatí en la guerra contra Finlandia. Resulté herido, recibí una medalla al valor y me ascendieron a teniente.

—No me refiero a eso.

—Ah.

—En 1940, el gobierno soviético promulgó una ley que castiga a las mujeres que no repudian a su marido si éste ha cometido un delito tipificado en el artículo 58 del Código Penal. No denunciar al cónyuge se castiga con diez años en un campo de trabajo. ¿Le suena algo de eso?

—Afortunadamente no mucho, camarada. En 1940 no estaba casado.

—Estoy harto de jueguecitos y voy a ser franco con usted, comandante Belov. Su esposa, el doctor Sayers y un soldado llamado Dimitri Chernenko intentaron escapar del país…

—Un momento —intervino Alexander—. ¿Dice que el doctor Sayers ha intentado escapar…? ¿No trabaja con la Cruz Roja? Los miembros de la Cruz Roja Internacional tienen libertad para cruzar las fronteras, ¿no?

—Sí —contestó secamente Slonko—, pero no es el caso de su esposa ni de su

compañero. Hubo un incidente fronterizo durante el cual el soldado Chernenko recibió varios impactos de bala.

—¿Era él su testigo? —Alexander sonrió—. Espero que no fuera el único.

—Su esposa y el doctor Sayers consiguieron llegar a Helsinki.

Alexander no perdió la sonrisa.

—Pero el doctor estaba gravemente herido. ¿Sabe cómo lo hemos sabido, comandante? Porque llamamos al hospital de Helsinki y nos dijeron que el doctor había muerto dos días antes.

La sonrisa se congeló en la cara de Alexander.

—También nos dijeron que el muy eficiente doctor Sayers había llegado acompañado de una enfermera de la Cruz Roja que estaba herida. La descripción encaja con la de Tatiana Metanova. Bajita, rubia y al parecer embarazada. Y con una cicatriz en la cara. ¿Podría ser ella?

Alexander no se movió.

—«Yo creo» que sí —continuó Slonko—. Les ordenamos que la retuvieran hasta que llegaran nuestros hombres. Fuimos a buscarla al hospital de Helsinki y esta mañana estaba de vuelta en Rusia. ¿Tiene alguna pregunta?

—Sí —dijo Alexander, haciendo un esfuerzo para ponerse de pie; al final decidió seguir sentado. Intentó controlar su expresión, sus brazos, todo su cuerpo; pero no le sirvió de nada, porque las piernas empezaron a temblarle sin control. Al final, en tono gélido, preguntó—: ¿Qué quieren de mí?

—La verdad.

El tiempo era algo extraño… En Lazarevo, durante su dulce luna de miel, un mes entero había transcurrido en un abrir y cerrar de ojos. Y ahora, en cambio, el tiempo se paralizaba y Alexander tenía que respirar hondo para que los segundos pasaran más deprisa. Por un momento, bajó los ojos hacia el sucio suelo de madera y pensó: «Para salvarla a ella, voy a decirles la verdad y a firmar ese puto papel. Por lo que a mí respecta, soy realmente el que dicen». Pero luego pensó: «¿Y lo que le han hecho al cabo Maikov? Sólo podía decirles que no sabía nada; de hecho, no me conocía. ¿Qué verdad pudo revelar antes de que lo mataran? A ojos de Slonko, las mentiras son verdades y la verdad es una falsedad. Sabe que tanto lo que le decimos como lo que le ocultamos es engañoso y, sin embargo, mide su éxito por las mentiras que consigue sonsacarnos. No está más convencido que Stepanov, o que Maikov en su momento, de que yo sea realmente Alexander Barrington. Lo que quiere es que le mienta para que su misión pueda ser declarada un éxito. Quiere al chico de diecisiete años al que no llegó a interrogar. Actúa de este modo porque en su momento no fue capaz de vencer el coraje (¡la audacia!) de un preso que escapó a la muerte. Lo que quiere es que le firme un papel que ahora, siete años después, lo autorice a matarme, al margen de que yo sea o no sea Alexander Barrington. Quiere que yo muera para disfrutar de la absolución. Eso es lo que tendrá si confieso».

Slonko trataba de distorsionar la verdad para acabar con la resistencia de

Alexander. Tatiana había desaparecido: cierto. La estaban buscando: cierto. Habían llamado a la Cruz Roja en Helsinki: quizá. Habían descubierto que Sayers había fallecido: quizá. Pobre Sayers… Quizá habían averiguado que lo acompañaba una enfermera y sin saber su nombre, solamente por la descripción, habían deducido que era la esposa de Alexander. Sólo habían pasado unos días. ¿Habrían tardado tan poco en enviar a uno de sus agentes en su busca? Estaban a quinientos kilómetros de Helsinki. ¿Habían tenido tiempo de localizar a Tatiana y de traerla de vuelta a la URSS?

Y ella, ¿se habría quedado realmente en Helsinki? Sí, Alexander le había aconsejado que saliera de la ciudad, pero ¿habría recordado su consejo en aquel momento de soledad e infortunio?

Alexander volvió a mirar a Slonko, que lo observó con la expresión del glotón que se frota las manos antes de abalanzarse sobre un festín, o con la expresión del espectador que está a punto de asistir a la muerte del toro en la plaza.

—¿Hay algún dato que no haya obtenido aún de mí, camarada? —preguntó Alexander en un tono gélido.

—A lo mejor no le importa su propia vida, comandante Belov, pero estoy convencido de que, si es la vida de su esposa embarazada la que está en peligro, aceptará usted hablar con nosotros.

—Por si no me ha oído, voy a repetirle la pregunta, camarada —insistió Alexander—. ¿Hay algo que quiera usted de mí y que yo aún no le haya dado?

—¡Sí, todavía no tengo la verdad! —exclamó Slonko, y le asestó un fuerte bofetón.

—¡No! —Alexander apretó los dientes—. Lo que no tiene es la satisfacción de saber que está en lo cierto. Cree que por fin ha atrapado al hombre al que lleva tiempo persiguiendo, y yo le digo que se equivoca. No va a sonsacarme nada haciendo gala de su impotencia. Tendrá que llevarme ante un consejo de guerra. No soy uno de los presos de poca monta a los que está acostumbrado a intimidar. Soy un oficial condecorado del Ejército Rojo. ¿Ha servido a su país en una guerra, camarada? —Alexander se puso de pie. Era una cabeza más alto que Slonko—. Lo dudo. Quiero comparecer ante el general Mejlis, que resolverá la cuestión en un momento. ¿Quiere llegar a la verdad, Slonko? Pues veamos cuál es la verdad. La guerra me necesita todavía. Usted, en cambio… tendrá que volver a su cárcel de Leningrado.

Slonko soltó una palabrota y ordenó a los dos guardianes que obligaran a sentarse al prisionero, cosa que hicieron con cierta dificultad.

—No puede argumentar nada en mi contra —gritó Alexander—. La persona que me acusó está muerta, ya que de no ser así la habría traído aquí. Los únicos que tienen autoridad sobre mí son mi mando inmediato, que es el coronel Stepanov, y el general Mejlis, que ha ordenado mi detención. Ellos le explicarán que, antes de la Operación Iskra, cinco generales del Ejército Rojo me concedieron la Estrella Roja

porque resulté herido en el ataque al río, y también le explicarán que me dieron una medalla de Héroe de la Unión Soviética por mi contribución al esfuerzo bélico.

—¿Dónde está esa medalla, comandante? —preguntó Slonko, articulando lentamente las palabras.

—Se la llevó mi esposa. Como está bajo su custodia, a lo mejor los deja verla. —Alexander sonrió—. Será la única ocasión que tendrá usted de ver una medalla.

—¡Soy el oficial encargado de su interrogatorio! —vociferó Slonko con las mejillas y la frente rojas como la grana, y asestó otro bofetón a Alexander.

—¡Váyase a la mierda! —chilló Alexander a su vez—. Usted no es oficial, y yo sí. Podrá intimidar a las mujeres, pero a mí no puede dominarme.

—En eso se equivoca, comandante —dijo Slonko—. Sí que puedo dominarlo, ¿sabe por qué? —Como Alexander no respondía, Slonko se inclinó hacia él y dijo con voz malévola—: Porque muy pronto voy a dominar a su mujer.

—¿De verdad? —contestó Alexander. Se sacudió a los guardianes de encima, se puso de pie y tiró la silla de una patada—. Me sorprendería. ¿Acaso domina a la suya? Dudo que pueda dominar a la mía.

—Pues esté seguro de que lo haré y así se lo haré saber —respondió Slonko, sin moverse.

—Sí, hágalo —respondió Alexander, y se alejó unos pasos de la silla caída en el suelo—. Así sabré que está mintiendo.

Slonko soltó un gruñido.

—Camarada —insistió Alexander—, yo no soy el hombre al que está buscando.

—Sí lo es, comandante. Y todas sus palabras y sus acciones sólo sirven para convencerme aún más de ello.

✶

De vuelta en la celda minúscula y fría, Alexander dio gracias a Dios por llevar puesto el uniforme.

Le habían dejado la lámpara de queroseno y el guardián no se apartaba de la mirilla.

A Alexander le parecía increíble que lo que le estaba sucediendo no tuviera que ver con la ideología, con la lucha entre comunismo e imperialismo, con la traición, ni siquiera con el espionaje, sino tan sólo con el orgullo de un hombre bajito.

Pensó que Dimitri y Slonko estaban cortados por el mismo patrón. Dimitri, mezquino de carácter y de corazón, era igual que Slonko, sólo que éste tenía un cargo de poder con el que reforzar su maldad. Dimitri no tenía nada, y su impotencia lo volvía aún más violento. Ahora estaba muerto. Ojalá hubiera muerto antes.

Sentado en el rincón, Alexander oyó girar la llave en la cerradura y suspiró. ¿Es que no iban a dejarlo tranquilo?

Slonko entró en la celda y dejó la puerta abierta detrás de él. El guardián esperaba

en el umbral. A Slonko le faltaban veinte centímetros para llegar al techo. Ordenó a Alexander que se pusiera de pie. Alexander se incorporó de mala gana, pero tenía que doblar un poco las rodillas porque superaba en cinco o seis centímetros la altura de la celda. Su cuerpo inclinado parecía a punto de saltar como un resorte, aunque tenía que agachar la cabeza en un gesto que Slonko podría interpretar como sumisión.

—Bueno, bueno… su esposa Tatiana es una mujer muy interesante —declaró Slonko.

—Ah, ¿sí?

—Sí. He terminado hace un momento con ella. —Slonko se frotó las manos—. Muy interesante, sí.

Alexander lanzó una rápida mirada a la puerta abierta. ¿Dónde estaba el guardián? Se llevó la mano al bolsillo interior de los calzoncillos.

—¿Qué está haciendo? —exclamó Slonko.

Pero no sacó ninguna arma.

—Busco la penicilina —explicó Alexander—. El coronel Stepanov me permitió que siguiera pinchándome. Me duele mucho la herida de la espalda y tengo que ponerme mi dosis. —Sonrió—. Ya no soy el mismo hombre que era en enero, camarada.

—Está bien saberlo —respondió Slonko—. ¿Y es usted el hombre que era en 1936?

—Sí, sigo siendo ese hombre —repuso Alexander.

—Mientras usted se pone la inyección, le explicaré lo que nos ha contado su esposa…

—Antes de que siga —lo interrumpió Alexander, abriendo la ampolla de morfina sin mirar a Slonko—, he leído que en algunos países del mundo es ilegal obligar a una mujer a proporcionar información sobre su marido. Curioso, ¿no?

Hundió la aguja en la ampolla e introdujo lentamente la solución de morfina en el cartucho de la jeringuilla.

—Ah no la hemos obligado. —Slonko sonrió—. Nos la ha dado voluntariamente. —Volvió a sonreír—. Y no ha sido lo único que…

—Camarada, se lo advierto: ¡no siga! —protestó Alexander, dando un paso hacia él.

Estaba a medio metro de Slonko. Podría haberle apoyado las manos en los hombros en un gesto fraternal si un gesto así hubiera sido apropiado en ese momento. Pero no lo era.

—¿No?

—No —repitió Alexander—. Créame, camarada Slonko. Está provocando usted al hombre equivocado.

—Ah, ¿y eso por qué? —dijo amablemente Slonko—. ¿Porque lo que le digo no es una provocación para usted?

—Al contrario —respondió Alexander—. Porque sí lo es.

Slonko calló. Alexander calló.

—Bueno, ¿se va a poner ya esa inyección de penicilina, comandante?

—Sí, cuando usted se vaya.

—No voy a irme.

Alexander meneó la cabeza pero no volvió a acercarse a la pared.

—Volvamos a nuestro asunto. ¿Ha convocado ya un consejo de guerra? Estoy seguro de que lo dejarán asistir al juicio para que vea cómo se absuelve a un inocente en un país comunista.

—En su país, comandante —corrigió Slonko.

—En mi país comunista —aceptó Alexander, sin mover ni una sola parte de su cuerpo.

La celda medía apenas dos metros de largo y uno de ancho. Alexander esperó. Sabía que Slonko no podía convocar un consejo de guerra. No tenía autoridad para nada, ni para organizar un consejo de guerra, ni para ordenar una ejecución, ni para llevar a cabo una investigación completa… Quería sonsacarle una confesión y todo lo demás le importaba un comino. Ahora que el testigo principal yacía muerto sobre la nieve, era muy posible que el propio Mejlis hubiera ordenado a Slonko que liberase a Belov: «No podemos perder a nuestros buenos soldados; los únicos datos sobre su presunto espionaje proceden de un desertor muerto, y Stalin, el único que puede mandarme, no ha emitido ninguna orden de ejecución contra Belov». Aun así, Slonko no pensaba rendirse. ¿Por qué?

Slonko no tenía ningún poder sobre él. Si Alexander se cruzara por la calle con un tipo como él, ni lo vería. Cuánto había avanzado el proletariado… Un hombre como Slonko, esbirro del Partido durante toda su vida, no tenía ningún poder sobre alguien como Alexander, que había sido objeto de su persecución durante siete años.

Así eran las cosas en el mundo de Alexander, aunque obviamente eran distintas en el de Slonko.

—Camarada —dijo Alexander al cabo de un rato—, ¿por qué no vuelve cuando tenga algo más que ofrecerme? Convoque un consejo de guerra o tráigame una orden de liberación.

—Comandante, no volverá a ser libre nunca más —dijo Slonko—. Me he pronunciado en contra de su libertad.

—Cuando muera seré libre.

—No pienso autorizar su ejecución. Ahora que su madre y su padre están muertos, quiero que tenga la vida que habían planeado para usted, la que querían darle cuando lo trajeron a este país. Estaban muy orgullosos de usted, Alexander Barrington. Los dos lo decían. ¿Cree que ha estado a la altura de sus ilusiones?

—No sé nada de esas personas, pero sí puedo decirle que he estado a la altura de las ilusiones de mis padres. Eran campesinos, gente sencilla, y estarían muy orgullosos de mi carrera en el Ejército Rojo.

—¿Y qué me dice de las esperanzas de su esposa, comandante? ¿Cree que ha

estado a su altura también?

—Como le he dicho antes, camarada, no quiero oírlo hablar de mi mujer.

—Ah, ¿no? Pues ella estaba muy dispuesta a hablar de usted. Cuando no… ejem… cuando no estaba haciendo otra cosa.

—¡Camarada! —Alexander dio un paso hacia Slonko—. Es la última vez que se lo digo. No voy a repetirlo más.

—No me voy a ir.

—Sí que se irá. Está despedido. Vuelva cuando tenga algo.

—No pienso irme, comandante —repitió Slonko—. Cuanto más insiste, menos intención tengo de irme.

—No lo dudo. Pero se irá.

Ni el más mínimo temblor agitaba a Alexander, que se mantenía inmóvil como una estatua. Casi ni respiraba.

—¡Comandante! No soy yo el detenido. No soy yo el que tiene una mujer detenida. No soy yo el estadounidense.

—Respecto a lo último que ha dicho, yo tampoco.

—Ah, sí que lo es, comandante, sí que lo es. Su propia esposa me lo ha dicho mientras me chupaba la polla.

La mano de Alexander se abalanzó hacia la garganta de Slonko, que con la sorpresa no tuvo ni tiempo de respirar. Su cabeza, con los ojos desorbitados y la boca abierta, chocó contra la pared de cemento. Con la otra mano, Alexander le clavó una jeringuilla con diez gramos de morfina en el esternón, justo en el ventrículo derecho del corazón. Le cerró la mandíbula con la palma de la mano, aunque Slonko no habría podido emitir ni un solo sonido aunque hubiera querido.

—Me sorprende, camarada —dijo Alexander en inglés—. ¿No sabía con quién se las tenía? Es curioso: creemos saber tanto y sabemos tan poco… —Apretó los dientes y retorció el cuello de Slonko, viendo cómo se le nublaban los ojos hasta quedar sin expresión—. Esto es por mi madre… —susurró— y por mi padre… y por Tatiana.

Slonko se estaba convulsionando y era incapaz de sostenerse en pie. Alexander lo agarró de la garganta con una mano y observó cómo su cuello se tensaba y se relajaba y cómo se dilataban sus pupilas. Cuando los ojos dejaron de parpadear, Alexander lo soltó y Slonko se desplomó en el suelo como un saco de patatas. Alexander le arrancó del pecho la jeringuilla vacía y la tiró por el desagüe.

—¡Guardián, guardián! —gritó, asomándose a la puerta—. ¡El camarada Slonko no se encuentra bien!

El guardián llegó corriendo, entró en la celda y miró a Slonko tumbado en el suelo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, perplejo.

—No lo sé —respondió Alexander tranquilamente—. No soy médico. Pero será mejor que llamen a uno. Es posible que el camarada haya sufrido un ataque al corazón.

El guardián no sabía si salir corriendo o quedarse en la celda, si dejar solo a Alexander o llevárselo con él, si cerrar la puerta o dejarla abierta. El desconcierto se hizo tan visible en su cara aterrada y pálida, que Alexander decidió ayudarlo.

—Déjelo aquí, yo voy con usted —propuso con una sonrisa—. No hace falta que cierre la puerta de la celda. El camarada no se irá.

El guardián y Alexander subieron corriendo la escalera, atravesaron el edificio de la escuela, salieron a la calle y se dirigieron a la comandancia.

—No sé ni con quién tengo que hablar… —dijo el guardián con voz de desamparo.

—Busquemos al coronel Stepanov. Él sabrá qué hacer.

Decir que Stepanov se sorprendió al ver a Alexander sería decir muy poco. El guardián estaba tan aterrado que era incapaz de hablar. Murmuró unas palabras inaudibles sobre Slonko y dijo que él estaba cumpliendo su deber junto a la puerta pero no había oído ningún ruido. Stepanov le dijo varias veces que se calmara, pero el joven guardián era incapaz de entender una simple frase. Al final, Stepanov le ofreció un vasito de vodka y se volvió hacia Alexander con expresión de desconcierto.

—Señor —dijo Alexander—, el camarada Slonko ha perdido el conocimiento mientras estaba en mi celda. Es obvio que el guardián se había alejado un momento… —Hizo una pausa y añadió—: Quizá tenía que hacer sus necesidades. Al parecer, tiene miedo de que lo acusen de no cumplir con su deber, pero yo puedo atestiguar su diligencia, y estoy seguro de que no podría haber hecho nada por el camarada aunque hubiera tenido ocasión.

—Por Dios, Alexander —exclamó Stepanov, levantándose y poniéndose la guerrera a toda prisa—. ¿Me está diciendo que Slonko ha muerto?

—No lo sé, señor. No soy médico, pero le recomiendo que llame a uno. Tal vez aún pueda hacerse algo.

El médico al que llamaron acudió a la celda, se encogió de hombros y declaró muerto a Slonko sin ni siquiera tomarle el pulso. En la celda flotaba un olor fétido que hasta entonces no se había hecho notar. Al salir, todos contenían la respiración.

—Caramba, Alexander… —exclamó Stepanov.

—Parece que tengo mala suerte, señor.

Nadie tenía idea de qué hacer con Slonko. Había acudido a la celda a las dos de la madrugada. A esa hora todo el mundo dormía y nadie quería ocuparse del asunto. Como no había ningún sitio donde meterlo, Alexander se ofreció a dormir en el antedespacho de Stepanov, vigilado por el guardián. Stepanov y el guardián estuvieron de acuerdo. Alexander se tumbó en el suelo y Stepanov le dejó una manta.

—Gracias, señor —dijo Alexander, apoyando la cabeza contra el suelo.

Stepanov lanzó una mirada al guardián, que temblaba en un rincón, y luego miró a Alexander.

—¿Qué demonios está pasando, comandante? —susurró.

—Dígamelo usted, coronel —replicó Alexander—. ¿Qué está pasando? ¿Qué

quería Slonko? Me dijo que Tatiana había sido detenida en Helsinki y que había confesado. ¿De qué estaba hablando?

—Están todos nerviosos —dijo Stepanov—. Han intentado localizarla y no la han encontrado. En la Unión Soviética, la gente no desaparece sin más.

—De hecho desaparece gente constantemente, señor.

—Pero no sin dejar rastro.

—Sí, desaparecen sin dejar rastro.

—No insista, Alexander.

—Señor…

—Puedo decirle que cuando el hospital de Gresheski habló con el NKGB…

—¿Con el qué?

—Ah, ¿no le han informado? El NKVD ya no existe, ahora es el NKGB, el Comisariado Popular para la Seguridad del Estado. El mismo organismo pero con otro nombre. El primer cambio de denominación desde 1934. —Stepanov se encogió de hombros—. En fin, cuando los del NKGB fueron informados de que Sayers y Metanova no habían ido al hospital de Leningrado, empezaron a sospechar. Había un camión volcado, había cuatro soldados soviéticos y varios finlandeses muertos, no había ningún botiquín en el camión y el símbolo de la Cruz Roja había sido arrancado de la tela de la cabina. Era inexplicable. No había ni rastro del médico ni de la enfermera. Sin embargo, en seis puestos fronterizos aseguran que revisaron la documentación de un médico y una enfermera que regresaban a Helsinki con un piloto finlandés herido para llevar a cabo un canje de prisioneros. No recuerdan el nombre de la enfermera, pero juran que era estadounidense. Empecemos por el piloto finlandés: resulta que ni es finlandés ni es piloto, y lo de herido es un eufemismo. Es su amigo Dimitri, y está más agujereado que un colador. La situación es la siguiente: Dimitri ha muerto y el médico y la enfermera se han esfumado. Por eso Mitterand llamó al hospital de la Cruz Roja en Helsinki y habló con un médico que no sabía ni palabra de ruso. Los muy burros —a estas alturas, Stepanov hablaba ya en susurros— tardaron un día entero en encontrar a alguien capaz de hablar con ese hombre en inglés. —Stepanov sonrió—. Estuve a punto de proponerlo a usted como intérprete.

Alexander lo miró impasible.

—Al final encontraron a una persona de Voljov que hablaba inglés. Por lo que sé, Matthew Sayers está muerto.

—Así que esa parte era cierta. —Alexander suspiró—. Tienen una forma de mezclar las mentiras más descaradas con algunos datos reales, que uno se vuelve loco intentando distinguir lo que es verdad de lo que no.

—Pues sí, Sayers murió de septicemia en Helsinki. En cuanto a la enfermera que lo acompañaba, el médico finlandés dijo que llevaba dos días sin verla. Daba por hecho que ella ya no seguía allá.

Alexander miró a Stepanov con una mezcla de tristeza, remordimiento y alivio. Eran tantas las emociones que lo invadían, que no sabía qué debía sentir ni qué debía

decir primero. Durante un angustioso momento, lamentó que Tatiana no estuviera de vuelta en Rusia; quizá habría podido verla por última vez. Al final, algo real asomó a la superficie.

—Gracias, señor —susurró.

—Ahora duerma —respondió Stepanov, dándole una palmadita afectuosa en la espalda—. Necesita recobrar fuerzas. ¿Tiene hambre? Queda un poco de pan y salchichón ahumado.

—Guárdemelo. De momento voy a dormir.

Stepanov volvió a sus aposentos y Alexander, mientras la pesadumbre de su corazón se iba disipando como la bruma matinal, pensó que Tania había seguido sus recomendaciones al pie de la letra y no se había quedado en Helsinki. Seguramente se había trasladado a Estocolmo. Tal vez estaba allí en ese mismo momento. También pensó que Sayers debía de haber actuado bien, porque si le hubiera contado a Tatiana la verdad sobre la «muerte» de Alexander, ella habría regresado a la Unión Soviética y habría caído en las garras del hombre que… Pobre Tatiana…

Pero aquel hombre no la había atrapado.

Y al menos, el cabrón de Dimitri estaba muerto.

Poco a poco, Alexander se quedó dormido.

*El puente del Volga, 1936*

Cuando Alexander tenía diecisiete años y estaba detenido en la prisión de Kresti, le preguntaron quién era. Se trataba de una pregunta rutinaria, puesto que ya lo sabían. Le preguntaron quién era, se marcharon y al cabo de varios días volvieron a preguntárselo.

—¿Es usted Alexander Barrington?

—Sí, lo soy —contestó Alexander, porque en ese momento no tenía otra respuesta y porque pensaba que decir la verdad lo protegería.

Y entonces le informaron de su condena. En aquel tiempo, Alexander no tuvo derecho a comparecer ante un consejo de guerra. Lo único que tuvo fue una celda de paredes de cemento, sin ventanas y con una reja que servía de puerta, un cubo para hacer sus necesidades en un rincón, una bombilla pelada en el techo y ninguna intimidad. Le obligaron a permanecer de pie mientras leían un papel con voz altisonante. Eran dos hombres, y cuando el primero terminó de leer, como si Alexander no lo hubiera entendido, el segundo cogió el papel y volvió a leerlo.

Alexander oyó pronunciar claramente su nombre: «Alexander Barrington», y oyó aún más claramente la sentencia: «Diez años en un campo de trabajo de Vladivostok por desarrollar actividades subversivas en Moscú en 1935 y por criticar las enseñanzas económicas de nuestro Padre y Maestro, perjudicando al gobierno soviético».

Oyó que lo condenaban a diez años y pensó que había oído mal. Pero volvieron a leerlo por segunda vez. Estuvo a punto de decir: «¿Dónde está mi padre?, él lo arreglará, él me dirá qué debo hacer».

Pero no dijo nada. Sabía que todo lo que le estaba sucediendo les había sucedido antes a su madre y a su padre, al igual que a las setenta y ocho personas que compartían con ellos la residencia de Moscú, al igual que al grupo de melómanos que frecuentaba Alexander, al igual que al grupo de comunistas al que pertenecían su padre y él, y al igual que a su viejo amigo Slavan, el que había vivido felizmente exiliado en tiempos de Nicolás II.

«¿Estaría Nikita en la bañera de algún otro hotel?», se preguntó Alexander. Lo dudaba.

Le preguntaron si tenía claras las acusaciones y si había entendido la pena que le correspondía.

Alexander no tenía claras las acusaciones ni había entendido la pena que le correspondía. De todos modos, asintió con un gesto.

Se distrajo tratando de imaginar la vida que debería haber tenido, la que su padre había deseado para él. Le habría gustado preguntar a Harold si quería que su hijo pasara su juventud trabajando gratis durante dos de los cinco planes quinquenales ideados por Stalin para impulsar la industrialización de Rusia (como una parte más del capital fijo, ese concepto que Alexander entendía tan bien precisamente porque sabía lo que era trabajar fuera del Estado Soviético). Pero Harold no estaba allí para responderle.

Trabajar gratis en una mina de oro de la tundra siberiana porque un régimen utópico era incapaz de pagarle, ¿formaba parte de su destino?

—¿Tiene alguna pregunta?

—¿Dónde está mi madre? —quiso saber Alexander—. Quiero despedirme de ella.

—¿Su madre? —Los guardianes se rieron—. ¿Cómo coño quiere que sepamos dónde está su madre? Se va de viaje mañana por la mañana. Tendrá que encontrarla antes.

Se marcharon entre risotadas, dejando a Alexander de pie en medio de la celda.

—Tenemos suerte de ir a Vladivostok —le dijo el preso cubierto de cicatrices que se había sentado a su lado—. Acabo de salir del Perm 35 y es un infierno.

—Ah, ¿y dónde está eso?

—Cerca de la ciudad de Molotov. ¿Ha oído hablar del Perm? Está a orillas del Kama, cerca de los Urales. No está tan lejos como Vladivostok pero es mucho peor. Nadie sobrevive al Perm.

—Usted ha sobrevivido.

—Porque superé en cinco cuartos mi cuota de producción y me han dejado salir a los dos años. Les gustó mi productividad capitalista y decidieron que el proletario que llevo dentro ya había trabajado bastante para el hombre común.

Cuando terminó de ubicar Vladivostok en el mapa de la Unión Soviética,

Alexander comprendió que no tenía más remedio que escapar, aunque no tuviera dinero y ningún sitio al que dirigirse, quería tener alguna posibilidad de seguir viviendo. Si había un infierno en la tierra, estaba en Vladivostok. Tendría que atravesar los Urales en un vagón de ganado, cruzar la llanura siberiana y la meseta central y toda Mongolia y bordear toda China para terminar pudriéndose en una ciudad de hormigón erigida en una estrecha franja de tierra junto al mar de Japón. Alexander estaba seguro de que era imposible salir de la eternidad de Vladivostok. A lo largo de mil kilómetros, se asomó siempre que pudo a la mirilla o a la puerta cuando la abrían los guardianes para que los prisioneros respirasen. Y la oportunidad se presentó cuando se aproximaban al Volga. «Voy a saltar», pensó. El río estaba muy abajo, el inestable puente ferroviario cruzaba el abismo a unos treinta metros de altura. Alexander no sabía nada del Volga. ¿Era pedregoso? ¿Era profundo? ¿Era rápido? Pero vio que era ancho y recordó que desembocaba a mil kilómetros, en Astracán, en el mar Caspio. No sabía si tendría otra oportunidad (una mejor), pero sí sabía que si sobrevivía al Volga podría llegar a alguna de las repúblicas del sur, a Georgia o quizá a Armenia, cruzar la frontera y entrar en Turquía. Ojalá llevara encima los dólares de su madre. Alexander había devuelto el libro a la biblioteca a la vuelta del fallido viaje a Moscú, y poco después lo habían detenido y ya no había tenido ocasión de sacarlo. Pero aun sin el dinero, su única alternativa era escapar o morir.

Miró hacia abajo y sintió un vuelco en el estómago. ¿Sobreviviría? De repente pensó que no quería morir. Se acordó de William Miller, su amigo de Barrington. Recordó al chico rubio, guapo y popular que había sido William Miller. Le habían enseñado a nadar cuando sólo tenía cinco semanas. Podía saltar y dar volteretas y contener la respiración bajo el agua, y era capaz de nadar y saltar mejor que cualquier otro niño de Barrington, incluido Alexander, que se había atrevido a hacer la prueba. Y una tarde de verano, cuando tenían ocho años, jugaban a imitar a Tarzán en la piscina olímpica de la casa de William, lanzándose de cabeza en la parte donde el agua medía tres metros y medio de profundidad. William saltó desde un trampolín de menos de un metro de altura sobre más de tres metros de agua, pero no tuvo en cuenta que Ben, el chaval gordinflón que vivía al final de la calle, estaba chapoteando muy cerca del trampolín en el momento del infortunado salto. William lo vio una fracción de segundo demasiado tarde y se desvió hacia la izquierda para esquivar su cuerpo regordete. Se oyó un chasquido cuando su cabeza golpeó la pared de la piscina, y a partir de entonces William Miller tuvo que desplazarse permanentemente en una silla de ruedas empujada por una enfermera y alimentarse mediante un tubo introducido en el estómago. ¿Raro? ¿Podía haber algo más raro que un joven de diecisiete años, que superaba el metro noventa de estatura y pesaba ochenta kilos, se lanzara desde una altura de treinta metros a una corriente de agua que aparentemente no llegaba a los tres metros de profundidad y estaba llena de rocas? Alexander no sabía que determinaban sobre la cuestión las inexorables leyes de la física pero algo

le decía que no estaban a su favor. No tenía tiempo de asustarse ni de reflexionar. Sabía que el salto podía ser mortal. Lo sabía. Su estómago lo sabía. Lo sabía su corazón a punto de estallar. Pero al menos sería una muerte rápida. Se persignó. En Vladivostok estaría muriéndose el resto de su vida.

Murmuró «Dios mío, ayúdame» y saltó del tren, solamente con el uniforme de presidiario.

Treinta metros eran muchos metros, aunque el salto duró únicamente unos segundos; en el momento en que Alexander tocó el agua, el tren estaba casi al otro lado del río. Había saltado de pie otras veces y deseó que el Volga fuera lo bastante hondo para amortiguar la caída. Lo era. También era un río de aguas frías y rápidas. La corriente lo atrapó y lo arrastró durante medio kilómetro, tuvo que agitar los brazos todo el tiempo para dar alguna bocanada de aire, y cuando pudo volver la cara hacia el puente, el tren no era más que un puntito en la distancia. Al parecer, no se había detenido. Alexander no sabía si alguien lo habría visto saltar, aparte del preso que iba a su lado y que se había pasado desde Leningrado hasta el Volga sonriendo y murmurando: «Jovencito, ya verás la que te espera cuando llegues a Vladivostok».

No quiso arriesgarse a salir mientras aún viera el puente. Se dejó llevar por la corriente a lo largo de cinco kilómetros, hasta que estuvo demasiado cansado. Era verano y no tardó en secarse. Desenterró unas patatas y se las comió crudas, se quitó la ropa, armó un catre con unas hojas y un toldo con unas ramas (dando las gracias a los Boy Scouts) y se echó a dormir. Cuando se despertó, le dolían las piernas y tenía el uniforme empapado. Como no tenía modo de hacerse ropa nueva encendió fuego, puso el uniforme a secar y lo volvió del revés para ocultar un poco el gris carcelario. Lo embadurnó con hojas verdes para disimular aún más el color, añadió barro y unas fresas machacadas y cuando ya no se veía que era un uniforme proporcionado por el NKVD, se puso en marcha, procurando no alejarse demasiado del curso del río.

Alexander se acercó a la desembocadura del Volga en barcazas de carga y barcos de pesca, ofreciendo su ayuda a las tripulaciones, hasta que un pescador le pidió el pasaporte. A partir de entonces se alejó del río y decidió atravesar las montañas que separan Georgia de Turquía. Se mantuvo apartado de pescadores y campesinos porque sabía que antes o después le pedirían la documentación y él no tenía pasaporte sino un carné de presidiario, que obviamente no podía enseñar. Lo había quemado.

Desplazarse sin ayuda tenía el gran inconveniente de la lentitud. Andando podía recorrer treinta kilómetros al día, como mucho. De vez en cuando se arriesgaba a subir a algún carro para llegar un poco antes al sur.

Un día, cuando cruzaba un campo de labor, se detuvo a hablar con una muchacha de unos quince años. Le pidió agua y un poco de pan y le preguntó si podía hacer algún trabajo para ganar unas monedas. La joven lo llevó a su casa y le presentó a sus bondadosos padres. Era una muchacha de callosas manos de campesina; la muchacha de pelo castaño y denso, mejillas redondas y carnes abundantes; la muchacha que tenía el cuello y los brazos cubiertos de sudor y un escote reluciente en el que

destacaba una crucecita de oro que de tanta juventud y lozanía se mantenía casi horizontal.

Alexander no llegó a Georgia. Se quedó en Belii Gor, una aldea cercana a Krasnodar, en la costa del mar Negro, perteneciente aún a la república de Rusia, donde (porque se había fijado en Larisa y porque era agosto, el mes de la cosecha) ofreció su ayuda a los Belov, la familia de la joven. Yefim y Mariza Belov tenían cuatro hijos: Grisha, Valery, Sasha y Anton, y una hija.

Los Belov no tenían ninguna habitación libre en su casita de campo, pero Alexander dormía agradecido entre el heno del establo, trabajaba de sol a sol y por las noches pensaba en Larisa. Ella entreabría la boca en una semisonrisa y siempre parecía jadear un poco al respirar. Alexander sabía que era un ardid, pero funcionó porque él estaba ávido y necesitaba alimento. Su cuerpo llevaba demasiado tiempo sometido a la tensión de la huida, y Larisa era una promesa de consuelo.

Sin embargo, Alexander mantuvo las distancias por miedo a los hermanos. Tantas horas desenterrando patatas, zanahorias y cebollas y segando trigo para el *koljós*[6] los habían convertido en una especie de animales de labor, y vivir junto a su hermana adolescente, exuberante y ávida de vida los había hecho recelar de los peones errantes que se quitaban la camisa para trabajar bajo el sol y a cada día que pasaba se volvían más morenos y más esbeltos. Alexander tenía diecisiete años, pero parecía un hombre y comía como un hombre y trabajaba como un hombre. En todos los sentidos, tenía el apetito de hombre y el corazón de un hombre. Larisa se había dado cuenta, sus hermanos también. Por eso Alexander mantuvo las distancias. Se ofreció a armar balas de paja. Se ofreció a cortar leña para las reservas del invierno. Se ofreció a construir una mesa más grande, pensando que recordaría la época en que su padre usaba serruchos, cepillos, martillos y clavos. Se ofreció a todo eso con la esperanza de que el trabajo lo mantuviera en el establo, alejado del campo.

Por supuesto, cuanto más esquivo se mostraba, más insistía Larisa, que se volvió tan descarada como podía serlo una campesina de quince años que vivía con sus padres y sus cuatro hermanos varones en una pequeña granja.

Una tarde de finales de agosto en la calurosa Krasnodar, la aldea de las orillas del mar Negro, Alexander había entrado en el establo y estaba armando balas de paja. Vio una rendija de luz en el suelo, y al volverse dejó de verla porque la tapaba el cuerpo de Larisa, de pie delante de él.

Alexander tenía en las manos una horca, un ovillo de cordel y un cuchillo. Larisa le preguntó en voz baja qué estaba haciendo. «Hago balas de paja», estuvo a punto de contestar Alexander, pero comprendió que ella no esperaba respuesta. En otras circunstancias, Alexander no habría podido contenerse. Le costaba contenerse a pesar de la situación, pero sabía que era peligroso acercarse a la muchacha.

—Esto no puede terminar bien, Larisa —dijo.

—No sé de qué me hablas —contestó ella, caminando hacia él.

Iba descalza y llevaba un vestido que era apenas un pedacito de tela.

—Hace un calor terrible ahí afuera. He entrado a refugiarme un momento en la sombra. No te importa, ¿verdad?

—Tus hermanos me matarán —dijo Alexander, dándole la espalda y agachándose para seguir recogiendo heno.

—¿Por qué iban a hacerlo? Trabajas mucho y están contentos.

Se acercó un poco más. Alexander sintió el olor del sudor veraniego que le cubría la piel. Larisa respiró hondo. También podía oler el sudor que lo cubría a él.

—Para.

Ella dio otro paso en su dirección y se detuvo. Alexander no movió la espalda, pero por el rabillo del ojo la vio encaramarse a la barra de madera que cerraba un corral.

—Te miraré desde aquí —oyó que decía Larisa.

Alexander le lanzó una mirada y retomó el trabajo. Su cuerpo estaba a punto de rendirse. Pensó que podría disfrutar de un dulce alivio y que sería tan sólo un instante sin consecuencias. Larisa estaba tan cerca que Alexander podía oler su cuerpo joven, su pelo lavado, su aliento. Cerró los ojos un momento.

—Alexander —dijo Larisa con una voz profunda—. Mírame, quiero enseñarte una cosa.

Dolorosa, reticente, desesperadamente, Alexander la miró. Larisa se levantó poco a poco la falda y separó las piernas. Sus caderas quedaban muy cerca de la cara de Alexander, que clavó la mirada entre sus muslos desnudos sin poder reprimir un gemido.

—Ven, Alexander.

Alexander obedeció. Le apartó las manos, se colocó de pie entre las piernas de Larisa y le subió el vestido para dejar su cuerpo a la vista. Jadeante y sudoroso, con voracidad, acercó la boca a los labios de Larisa y luego se inclinó febrilmente hacia sus pechos, mientras sus dedos acariciaban la suave y cálida piel de la muchacha… Larisa gemía y se aferraba a la barra de madera. Se oyeron unas risas repentinas fuera del establo y Larisa lo apartó de un empujón. Pero Alexander no quería separarse.

Larisa le dio otro empujón y bajó de un salto de la barra a la que se había encaramado. Un chorro de luz iluminó el heno y Grisha, el hermano mayor, entró en el establo.

—Ah, estás aquí, Larisa —dijo—. Te he estado buscando por todas partes. Sal de ahí, no molestes a Alexander. ¿No ves que tiene mucho trabajo? Mamá pregunta por qué no has sacado aún a pastar las vacas. El *koljoniz*[7] no tardará en venir a por la leche.

—Ya voy —respondió Larisa, y pasó junto a Alexander.

Grisha salió del establo seguido de Larisa, que antes de desaparecer por la puerta se volvió a mirarlo, con una deliciosa sonrisa en la cara.

—Alexander —susurró—, te prometo que la próxima vez no nos interrumpirán. Te comeré a besos y te llamaré Shura, no Sasha como llaman a mi hermano. Ya verás.

Alexander no pudo pensar en otra cosa en lo que quedaba del día, y sobre todo al anochecer, cuando se fue a dormir solo al establo. Pero al día siguiente ocurrió algo que lo salvó de la autoinmolación. Por la mañana vio a Larisa con la cara muy pálida.

—No me encuentro bien —dijo sin mirarlo cuando él se le acercó, y levantó las manos para apartarlo.

—No importa —contestó Alexander—. Yo haré que te encuentres mejor.

—No te acerques, Alexander —respondió Larisa, apartándolo con un gesto débil y desviando la mirada—. No te me acerques, por tu bien.

Alexander, perplejo, volvió al trabajo. No vio a Larisa en todo el día, y por la noche, cuando cenaban, vio que a su palidez se había sumado la fiebre. Y la fiebre había subido más a la noche siguiente y un día después le apareció una erupción rojiza en la cara.

—Oh, no —dijeron aterrados los familiares de Larisa—. Se ha puesto enferma.

Y luego vinieron la fiebre y la erupción de Alexander, pero cuando enfermó él nadie dijo «oh, no» con la voz aterrada. Y es que el jinete del Apocalipsis había llegado a lomos de un caballo pálido que todos sabían que era el incurable y contagioso tifus. El dolor de cabeza que precedía al primer brote era tan fuerte, tan terrible, tan penoso, que cuando apareció la fiebre de 40 grados y la erupción acompañada de inflamación, costras y picores, Alexander agradeció la distracción que le proporcionaba el delirio. Los hermanos tenían fiebre y Larisa perdía sangre, y luego los padres empezaron a delirar, y luego Larisa murió. En cierto momento estaba recibiendo las ardientes caricias de Alexander, y al momento siguiente estaba muerta y sin enterrar porque todo el mundo estaba demasiado débil para cavar un hoyo, de manera que su cadáver se quedó en la isba, y todos siguieron gimiendo y esperando a que el jinete fuera a buscarlos. Y el jinete llegó.

Sólo sobrevivieron Yefim, el padre de Larisa, y Alexander. Llevaban varios días, semanas tal vez, sin salir al exterior. Se ayudaban el uno al otro, bebían agua y rezaban, y Alexander empezó a mezclar el inglés y el ruso en sus oraciones, a rogar por la paz, por su madre y su padre, a implorar por sus vidas, por Estados Unidos, por la salud, por su vida, por su madre, por Teddy, por Belinda, por Boston, por Barrington, por los bosques, porque llegara finalmente la muerte porque no podía soportarlo más, y de pronto vio que lo escrutaban los ojos angustiados de Yefim, sintió el contacto de la mano de Yefim, oyó el susurro que salía de la boca sanguinolenta de Yefim: «No te mueras, hijo, no te mueras aquí, de esta manera. Vuelve con tu padre y tu madre. Vuelve a tu casa. ¿Dónde está tu casa, hijo?».

Yefim murió. Pero Alexander no. Al cabo de seis semanas de cuarentena, empezó a encontrarse mejor. Las autoridades soviéticas, para evitar que el calor del otoño propagara la enfermedad por toda la región del Cáucaso, incendiaron la aldea de Belii Gor con todos los cadáveres y las cabañas y los establos y los campos que había en su perímetro. Alexander, que había sobrevivido pero no era nadie, se arrogó una identidad nueva con el nombre de Alexander Belov, el tercer hijo de Yefim. Cuando

aparecieron los miembros del sóviet regional, con mascarillas en la cara y carpetas en las manos, y le preguntaron cómo se llamaba, Alexander respondió sin vacilación: «Alexander Belov». Los miembros del sóviet buscaron el nombre en el registro de Belii Gor, lo cotejaron con los datos de la familia Belov y entregaron a Alexander un nuevo pasaporte interior que le permitiría desplazarse dentro de la Unión Soviética sin que lo detuvieran por falta de documentación. Alexander se subió a un tren y con el permiso escrito del sóviet regional regresó a Leningrado y se instaló en casa de Mira Belov, la hermana de Yefim. Mira le lanzó una mirada atónita cuando se presentó en su puerta. Por suerte, la mujer llevaba doce años sin ver al auténtico Alexander Belov y a su familia y aunque señaló sorprendida su pelo y sus ojos negros y su cuerpo alto y flaco («Sasha, no me lo puedo creer… a los cinco años eras bajito, rubio y regordete»), la vaguedad de sus recuerdos le impidió sospechar. Alexander se instaló con ella y ocupó un camastro en el vestíbulo, un camastro que era medio metro más corto que él. Cenaba con Mira y su marido y los padres del marido y trataba de estar lo menos posible en la casa. Tenía un plan: terminar el instituto e ingresar después en el ejército.

Alexander no tenía tiempo para recordar, pensar o sentir dolor, Tenía una única misión (volver a ver a sus padres), un único objetivo, un único sueño y un único imperativo: de una forma u otra, estaba decidido a abandonar la Unión Soviética.

*Un nuevo amigo, 1937*

En los últimos seis meses de la secundaria, Alexander conoció a Dimitri Chernenko. Dimitri, bajito y anodino, lo abordaba con una curiosidad invasora, insistente y a veces irritante. Era como el perrito que Alexander nunca había tenido. Parecía inofensivo y solitario y necesitado de afecto. Era un muchacho escuálido, de pelo crespo y rizado y cara redonda, con unos ojos que bailaban constantemente de una cara a otra y no se detenían más que unos segundos en cada cosa que observaban. No era una mirada serena. Pero a Alexander le divertía la forma en que Dimitri alzaba los ojos hacia él (en el sentido literal dada su pequeña estatura) y le divertía la expresión de obsequioso respeto que adquiría su cara cuando lo escuchaba. Además, Dimitri sabía reírse de sí mismo cuando le hacían burla por llegar siempre el último en las carreras, por no acertar nunca en la portería cuando jugaba al fútbol, por caerse cuando intentaba trepar a un árbol.

Sin embargo, Alexander lo encontró un par de veces intimidando a compañeros más jóvenes en el patio del colegio. La segunda vez, cuando Dimitri quiso que su amigo se sumara al escarnio de un chaval muerto de miedo, Alexander le preguntó qué demonios estaba haciendo.

Dimitri ya no volvió a molestar a sus compañeros. Alexander decidió que Dimitri intentaba compensar su falta de popularidad y lo perdonó, igual que se perdonaba a sí

mismo cuando trataba con grosería a las chicas («¿Has visto qué culo? ¡Eh, culona!»). Fue señalándole pacientemente sus faltas de tacto y Dimitri le hizo caso como un estudiante esmerado, aunque ninguno de los consejos de Alexander podía ayudarlo a marcar más goles o a ganar una carrera o a evitar que las chicas criticasen su pelo con una mueca de desprecio. Pero Dimitri mejoró mucho en otros aspectos. Además, reía de todos los chistes de Alexander, lo cual contribuyó en gran medida a reforzar su amistad.

Dimitri mostró curiosidad por el acento de Alexander, pero él siempre eludía sus preguntas. No confiaba en su amigo, lo cual le parecía más indicativo de su desconfianza respecto al mundo en general que del carácter del propio Dimitri. Pero Alexander y Dimitri hablaban sobre muchos otros temas: la política comunista (en un tono discretamente burlón), de las chicas (asunto en el que Dimitri tenía menos experiencia, por no decir ninguna) y de sus familias. Una tarde, al volver del instituto, Dimitri comentó que su padre trabajaba en una de las cárceles de la ciudad, y no en una cualquiera sino (según especificó con voz susurrante) en el centro de detención más temido y odiado de todo Leningrado. Aunque Alexander sabía que Dimitri había sacado el tema porque la posición del padre lo hacía parecer más poderoso, a partir de entonces empezó a verlo con otros ojos.

Pensó que se abría una rendija en la puerta de su destino, vislumbró la posibilidad de averiguar qué les había sucedido a sus padres, y eso bastó para que dejara momentáneamente de lado su desconfianza hacia la humanidad y reconociera su origen estadounidense. Alexander confesó su pasado a Dimitri y le pidió que lo ayudase a localizar a Harold y Jane Barrington. Dimitri, con los ojos flameantes, declaró que estaría encantado de ayudarlo, y Alexander se lo agradeció con un abrazo.

—Dima —le dijo—, si me ayudas, te juro que seré tu amigo para siempre y haré cualquier cosa por ti.

Dimitri le dio una palmadita en la espalda y le dijo que no le diera las gracias, que estaba contento de ayudarlo porque él era su mejor amigo, ¿o no?

—Claro que sí —respondió Alexander.

Unos días después, Dimitri le trajo noticias sobre su madre: estaba «sin derecho a correspondencia».

Alexander se acordó del marido de la *babushka* Tamara. Conocía el significado de esa frase. Delante de su amigo mantuvo la compostura, pero esa noche lloró por su madre.

Con la excusa de escribir una redacción escolar sobre los logros del Estado soviético contra los agitadores extranjeros que traicionaban la causa socialista, lograron que les permitieran visitar brevemente el centro de detención para entrevistarse con el padre de Dimitri.

En la incongruentemente soleada tarde de junio, Alexander pudo ver a su padre unos minutos. Literalmente unos minutos. Pensaba que lo dejarían visitar el centro

durante un cuarto de hora por menos y que tendría ocasión de quedarse a solas con su padre. Y sí, pudo estar dos minutos en el centro, pero acompañado todo el tiempo de Dimitri, el padre de Dimitri y otro carcelero. Harold y Alexander Barrington no tenían derecho a la privacidad.

Alexander había estado meditando tanto tiempo sobre lo que iba a decirle a su padre, que las palabras habían quedado grabadas en su memoria y ni el miedo ni el nerviosismo podían borrarlas.

Quería decirle: «Papá… una vez, cuando cumplí los siete años mamá y tú me llevasteis a Revere Beach, ¿te acuerdas? Estuve nadando hasta que los dientes me castañeteaban, y luego hicimos un hoyo y lo rodeamos de una barrera de arena y esperamos a que se llenara de agua con la marea creciente. El sol nos quemó la piel, y por la tarde me dejasteis subir tres veces a la noria y me dejasteis comer algodón de azúcar y helado hasta que empezó a dolerme el estómago. Tú olías a agua salada y a arena, y al darme la mano me dijiste que yo también olía a mar. Fue el día más feliz de mi vida, y *fuiste tú* quien me lo regaló, y será mi mejor recuerdo cuando cierre los ojos para siempre. No sufras por mí; aquí o donde sea, me las arreglaré. No sufras por nada».

Pero Alexander no tuvo oportunidad de estar a solas con su padre para decirle aquellas frases en inglés o en ruso, y era difícil que Harold, con los ojos nublados por las lágrimas, pudiera leerle el pensamiento. Alexander pensó que la emoción de su padre terminaría alertando al carcelero de que aquel encuentro en la celda desnuda y minúscula tenía un carácter personal. Por suerte, el carcelero no sospechó nada.

El padre fue el único que habló, en inglés además, gracias a la intervención de Alexander.

—¿Podríamos escuchar al prisionero hablando en su idioma? —Se le ocurrió preguntar.

—De acuerdo, pero que sea breve —rezongó el carcelero—. No tengo mucho tiempo.

—Voy a decir unas palabras en inglés, inspiradas en unos versos de Kipling —anunció Harold, sin apenas fuerza para articular las palabras. Aferró las manos de su hijo y añadió—: «Si puedes soportar que tu frase sincera sea trampa de necios en boca de malvados, si puedes ver hecha trizas tu adorada quimera… entonces, hijo mío, vuelve a forjarla con útiles mellados».

Alexander lo entendió perfectamente.

Con los ojos húmedos, su padre lo estrechó contra él y susurro:

—«¡Quién me diera que muriera yo en lugar de ti, Absalón, hijo mío, hijo mío!».

Sin pronunciar palabra, Alexander se alejó unos pasos y parpadeó para eludir los recuerdos de sus padres y de Estados Unidos que se agolpaban en su corazón. Consiguió mantener la compostura, pero sintió que su alma inmortal se desgarraba. Miró a su padre y moviendo los labios articuló «te quiero» en inglés, salió y los carceleros cerraron la puerta de la celda.

—¿Ése era tu padre? —preguntó Dimitri, trotando para seguir sus pasos—. Por suerte no os parecéis mucho.

—Me parezco más a mi madre —explicó Alexander.

—¿Y qué ha dicho? ¿Era interesante?

—No ha hablado mucho.

—Pero ¿qué ha dicho en inglés?

—Eran unos versos de *If*, de Rudyard Kipling. ¿Conoces ese poema?

—Lo leí hace tiempo en el colegio —contestó Dimitri, encogiéndose de hombros—. No me pareció tan bueno. ¿Quieres decir que tu padre, en vez de decirte algo personal, ha preferido citar a un imperialista muerto?

—*If* es un gran poema.

✶

A partir de entonces Dimitri no dejó a Alexander ni a sol ni a sombra, y Alexander no protestó porque necesitaba un amigo.

No mucho tiempo después, Dimitri comenzó a urdir planes para fugarse de la Unión Soviética. Alexander no trató de disuadirlo, pues muchas de las propuestas se parecían a lo que él mismo había estado considerando por su cuenta. Además, no veía razón para no acompañarlo en la fuga; siendo dos podían cubrirse uno al otro las espaldas. Alexander veía a Dimitri como una especie de compañero de batalla que velaría por él.

El problema era que Alexander era paciente y Dimitri no. Alexander sabía que el momento propicio estaba por llegar. Hablaron de acercarse a Turquía en tren o de viajar a Siberia en invierno y atravesar a pie las aguas congeladas del estrecho de Bering. Al final decidieron ir a Finlandia, el país más cercano y accesible.

Alexander iba todas las semanas a la biblioteca para comprobar si «El jinete de bronce» seguía allí. ¿Y si alguien lo pedía en préstamo? ¿Y si se lo quedaban? No podía evitar pensar que su dinero no estaba en lugar seguro. Al acabar la secundaria, Alexander y Dimitri se apuntaron a un cursillo de tres meses para ingresar en la Escuela de Oficiales del Ejército Rojo. Había sido idea de Dimitri, convencido de que con el uniforme de oficial impresionarían a las chicas. A Alexander le pareció una buena forma de acceder a Finlandia si los finlandeses y los soviéticos entraban en guerra, lo cual parecía bastante probable, ya que Rusia no quería tener a un enemigo histórico a sólo veinte kilómetros de una ciudad tan importante como Leningrado.

La Escuela de Oficiales no era como Alexander se la había imaginado. La brutalidad de los instructores, los extenuantes ejercicios de entrenamiento, las constantes humillaciones a que los sometían los sargentos, tenían como objetivo acabar con la resistencia de los alumnos antes de que lo lograra la guerra. Era más duro soportar las humillaciones que correr bajo la lluvia y el frío. Pero lo peor era cuando los despertaban justo después de apagarse las luces y los hacían estar horas de

pie mientras un cadete que se había olvidado de lustrar las putas botas recibía una reprimenda.

En la Escuela de Oficiales, Alexander lo aprendió todo sobre la imperfección, la autoridad y el respeto. Aprendió a cerrar la boca y a tener la taquilla impecable y a ser puntual y a decir «sí señor» cuando hubiera preferido decir «vete a la mierda». También aprendió que era más fuerte y más rápido y más listo que los demás, y que era más limpio, más valiente y más capaz de mantener la calma en los momentos de tensión.

Por otra parte, aprendió que si alguien lo insultaba para provocarlo, podía lograr su propósito.

Después de conocer la paradójica dualidad de la escuela de oficiales, aquel lugar donde acababan con la resistencia de los alumnos para convertirlos en hombres, Alexander decidió que ser soldado raso debía de ser todavía peor.

Dimitri no aprobó los exámenes de ingreso en la Escuela de Oficiales.

—¿Puedes creerlo? ¡Esos cabrones me hacen pasar un infierno y luego no me dan el título! —exclamó—. ¿Qué absurdo es ése? Pienso enviar una protesta al director… ¿Quién dirige la escuela, Alexander? ¿Has visto la carta que he recibido? Me dicen que era demasiado lento preparando el fusil, que fallaba cuando me obligaban a reptar por el puto suelo como una serpiente, que hacía demasiado ruido en las pruebas de combate y que no tengo las dotes de mando necesarias para ingresar en la jerarquía de oficiales. Y me invitan a alistarme como soldado raso. Si no cargo el fusil lo bastante rápido para ser oficial, ¿qué coño voy a hacer siendo un puto soldado de mierda?

—Es posible que pidan un nivel diferente para los oficiales y para los soldados.

—¡Ya lo sé! ¡Pero precisamente para ser *frontovik*[8] deberían exigir mejor nivel! Al fin y al cabo, ellos están en la línea de fuego. ¿No me dejan estar como oficial en la retaguardia, donde causaría menos problemas, y en cambio me ofrecen un puesto en plena zona de combate? No, gracias. —Dimitri alzó los ojos hacia Alexander—. Y a ti, ¿te ha llegado la carta?

Por supuesto, Alexander había recibido la carta que le informaba de su próxima graduación como subteniente, pero no pensaba que Dimitri estuviera de humor para saberlo. Sin embargo, como no podía mentirle, terminó explicándoselo.

—Vaya, nuestros planes se van a la mierda. ¿Cómo podemos ayudarnos el uno al otro si tú eres oficial y yo un simple soldado? —protestó Dimitri. Al cabo de un momento se dio una palmada en la frente y añadió—: ¡Ya está, tengo una idea! Hay una solución… ¿sabes cuál?

—No.

—Tienes que rechazar el empleo de subteniente. Di que agradeces el honor pero que lo has pensado mejor. Y al cabo de unos días, te alistas como soldado raso. Así podremos estar juntos en la misma unidad y fugarnos en cuanto surja la oportunidad. —Dimitri sonreía, exultante—. Por un momento he pensado que nuestros planes no

tenían ninguna posibilidad.

—Un momento… —Alexander lo miró con suspicacia—. ¿Qué me estás pidiendo, Dima?

—Que renuncies a ser oficial.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Para que podamos llevar a cabo nuestros planes.

—Nuestros planes siguen en pie. Como subteniente, llevaré una unidad en la que habrá un sargento que estará a cargo de tu pelotón. Ya verás cómo, pase lo que pase, terminaremos huyendo juntos a Finlandia.

—Sí, pero ¿y si no estamos en la misma unidad? Eso era lo que habíamos planeado, Alexander.

—Lo que planeamos era ser oficiales los dos. No hablamos de ser soldados rasos.

—Muy bien, pues el plan ha cambiado. Hay que ser flexibles.

—De acuerdo. Pero si los dos somos soldados, no tendremos poder para hacer nada.

—¿Quién quiere el poder? —Dimitri entrecerró los ojos—. ¿Tú?

—Yo no quiero el poder —dijo Alexander—. Pero quiero un empleo que nos sea de utilidad. No puedes negar que si uno de los dos es oficial, tendremos más posibilidades de llegar a donde queremos. Si hubiera sucedido lo contrario, si hubiera suspendido yo y tú hubieras aprobado, me parecería perfecto que fueras oficial porque podrías hacer mucho por los dos.

—Claro —respondió pausadamente Dimitri—, pero no soy yo el que ha ascendido a oficial, ¿verdad?

—Eso es cuestión de suerte, Dima —aseguró Alexander—. No hay que darle más vueltas.

—Será difícil que no le dé vueltas cuando estoy a punto de convertirme en una puta mierda —respondió Dimitri.

Alexander no dijo nada.

—Creo que sería mejor que los dos estuviéramos en el mismo pelotón —insistió Dimitri.

—No hay ninguna garantía de que nos destinen al mismo —replicó Alexander—. A ti te enviarán a Carelia, y a mí, a Crimea…

Alexander terminó perdiendo la paciencia y dijo que era absurdo discutir por eso y que no pensaba renunciar a su empleo. Pero por la mirada que vio en los ojos de Dimitri, por el gesto ofendido de sus hombros y la sonrisilla suspicaz que dibujaba su boca, casi oyó cómo se formaba el primer desgarrón en el tejido de su amistad. «Tejido soviético, no podía ser de calidad…», pensó, y buscó otro argumento mejor para convencer a Dimitri de que su plan funcionaría.

—Dima, piensa que te irá mejor en el ejército si yo soy uno de tus mandos y te facilito las cosas. La comida, el tabaco, el vodka, las puntuaciones y los destinos serán mejores.

Dimitri lo miró con escepticismo.

—Soy tu amigo y tu aliado, y mi posición me permitirá ayudarte —insistió Alexander.

Pero Dimitri siguió mirándolo con escepticismo.

En realidad tenía motivos para mostrarse escéptico, porque por mucho que su amigo lo apoyase, era difícil que le fueran bien las cosas como soldado raso. En cambio, era innegable que la vida se volvía mucho más fácil para Alexander: ocuparía mejores habitaciones, comería mejor, tendría más libertades y una paga más alta, le darían mejores armas, podría acceder a información privilegiada y las mujeres que se le acercaran en el club de oficiales serían menos vulgares.

La ventaja para Dimitri fue que Alexander terminó siendo uno de sus mandos en la guarnición de Leningrado, con dos sargentos y un cabo entre los dos. Pero la primera vez que Alexander le ordenó a gritos que no perdiera el paso durante una marcha, a Dimitri no le pareció que su situación fuera tan ventajosa. En cualquier caso, Alexander sólo tenía una opción: o gritaba a todos sus subordinados sin excepción, cosa que Dimitri encontraba inaceptable, o dejaba de gritar a todo el mundo, cosa que el Ejército Rojo encontraría obviamente inaceptable.

Alexander decidió transferir a Dimitri a otra unidad dirigida por el teniente Sergei Komkov, lo cual estropeó para siempre su amistad con Komkov.

—Eres un traidor, Belov —le dijo una noche el bajito, rechoncho y casi calvo Komkov mientras jugaban a las cartas—. ¿En qué estabas pensando cuando me pediste que aceptara a Chernenko bajo mi mando? Es el tipo más cagado que he visto nunca. La vergüenza de cualquier ejército. Mi hermanita pequeña es más valiente que él. Podría trabajar bien pero no soporta que le den órdenes. ¿No podríamos someterlo a un consejo de guerra por cobardía?

—No es mal chico —respondió Alexander, riendo—. Ya verás cómo lo hará mejor cuando entre en combate.

—Ni hablar, Belov. Si Chernenko entra en combate, nos matarán a todos.

*Llegan las chicas, 1939*

Cuando empezaron a ir a locales de baile, Alexander hizo amistad con una chica llamada Luba. Al cabo de poco, Luba empezó a acompañarlos más a menudo y Alexander empezó a perder el interés por conocer a otras mujeres. Pero un día Dimitri expresó su interés por ella, y Alexander agachó la cabeza y le dejó el campo libre. Luba se sintió herida, y Dimitri se divirtió un tiempo y luego la dejó.

Esta misma situación se repitió un par de veces más. A Alexander no le importaba porque siempre terminaba conociendo a alguna otra chica. Trató que Dimitri fuera solo al local de Sadko mientras él acudía al club de oficiales, pero Dimitri protestó porque no lo dejaban entrar en el club. De modo que Alexander siguió

acompañándolo al local de Sadko y actuando como si no le interesara ninguna chica en particular. Y era cierto. Le gustaban todas.

A Sveta le gustaba ponerse encima y no quería que la tocaran A Olga le gustaba que la tocaran. Sólo que la tocaran. Mila hablaba demasiado de la economía comunista. Lena hablaba demasiado. Punto.

Isabel lo pasó bien con Alexander una vez, repitió una segunda vez y a la tercera vez le preguntó si quería casarse.

Dina le aseguró que él le gustaba más que todos los demás hombres con los que había estado, y al fin de semana siguiente, Alexander la vio tonteando con Anatoli Marazov.

Maya quería hacerlo en todas las posturas, y él se lo hizo en todas las posturas, y lo volvieron a hacer un montón de veces, y al final ella dijo que él sólo pensaba en sí mismo.

Megan no paraba de hablar mientras se lo hacía a Alexander con la boca.

Nina no paraba de hablar mientras Alexander se lo hacía a ella con la boca.

Nadia quería jugar a las cartas, pero no antes ni después sino en lugar de.

Kira dijo que sólo lo haría si los acompañaba su mejor amiga, que se llamaba Ela.

Zoe era muy lanzada y terminaron en quince minutos.

Masha era muy lanzada y terminaron en dos horas.

Marisa era la chica a la que le gustaba que le dijeran cosas, y Marta era la chica a la que no le gustaba que le dijeran cosas.

Sofía era la chica a la que le gustaba todo mientras ella no tuviera que hacer nada.

Sonia era la más divertida de todas, hasta que una noche de sábado se convirtió en la chica a la que habían roto el corazón y dejó de ser divertida, y más tarde dejó de tener roto el corazón y pasó a estar solamente furiosa.

Lara estaba interesada en saber si Alexander había matado alguna vez a alguien.

Zhenia quería saber si Alexander deseaba tener hijos. Y después, Alexander empezó a olvidarse de sus nombres. Eso fue cuando empezó a pasar más tiempo sin dejarse llevar. Todavía las buscaba, las miraba a los ojos y a la boca e intentaba que se desnudasen, buscaba una conexión con ellas, pero las deseaba y las olvidaba y empezaba de nuevo. Estaba con varias cada viernes por la noche, cada sábado y domingo por la noche, y las noches de guardia y las tardes de los domingos… pocas veces a la luz de día, para su consternación, porque le gustaba mucho verles la cara en el momento del placer.

Aunque le gustaban, las necesitaba y las deseaba, empezó a marcar distancias, a contemplarlas con expresión severa, a tratarlas con displicencia y a mostrarse cada vez más indiferente a su placer, y de pronto, inexplicablemente, ellas le tomaron más cariño.

Cada vez eran más las chicas que buscaban su compañía, que querían pasear cogidas de su mano por la avenida Nevski y que después lo abrazaban, susurraban un «gracias» y volvían a buscarlo al fin de semana siguiente, cuando él ya pensaba en la

próxima o en las próximas tres. Cada vez eran más las que querían algo de él… algo que Alexander no sabía qué era y que, sobre todo, era incapaz de darles.

—Quiero más, Alexander —le dijo una—. Quiero más.

—Ya te lo he dado todo, créeme —contestó él con una sonrisa.

—No —insistió ella—. Quiero más.

En el camino de vuelta, Alexander habló en tono frío y resignado.

—Lo siento —le dijo—, no puedo darte lo que quieres. Es imposible. Te he dado todo lo que soy capaz de dar.

A pesar de todo, cada vez que miraba, saludaba, tocaba y besaba a una chica, pensaba: «¿Será ésta? He estado con todas, ¿habré encontrado ya a la mía? ¿Llegó y se fue sin que me diera cuenta?».

Pero de vez en cuando, antes de los sueños, antes de que la negra noche cayera sobre él, en un vagón de tren parado o en una barcaza del río o en algún carro abandonado, Alexander volvía a sentir durante un segundo el olor de Larisa y oía sus gemidos de placer y añoraba algo que quizá ya nunca lograría recuperar.

# Capítulo 13

*La cena con los Sabatella, 1943*

Finalmente, un domingo de octubre, Tatiana se animó a ir a cenar a casa de Vikki. Los Sabatella vivían en Little Italy, en la esquina de Mulberry y Grand.

Al cruzar la puerta, Tatiana oyó un chillido estridente y una voz de contralto que gritaba: «¡¡Gelsomiiiiiiiiina!!». Una mujer de cuerpo regordete y baja estatura, morena de pelo y de piel, salió de la cocina.

—Dijiste que vendrías hace tres horas.

—Lo siento, abuela. Tania no había terminado con… Ni siquiera sé qué hace en el hospital. Te presento a mi abuela Isabella, Tania. Mira, abuela: éste es Anthony, el bebé de Tania.

La abuela estrechó a Tatiana con sus brazos manchados de harina y enseguida se apoderó del cuerpecito de tres meses y medio del bebé y se lo llevó a la cocina para depositarlo sobre la encimera, y Tatiana pensó que tenía que entrar a rescatar a su hijo antes de que Isabella preparase con él un *zeppole*[9].

—¿«Gelsomina»? —preguntó en voz baja, cuando tomaba un vaso de vino *con* Vikki en la cocina.

—No preguntes. Significa «jazmín». Tiene algo que ver con mi difunta madre.

—¡Tu madre no está muerta! —gritó Isabella con rabia, jugando con el bebé—. Está en California.

—En California —repitió Vikki—. En italiano llaman así al Purgatorio.

—No digas eso. Ya sabes lo enferma que está tu madre.

—¿Tu madre está enferma? —susurró Tatiana.

—Sí, de la cabeza —respondió Vikki en un susurro.

—No seas mala —protestó Isabella, sin dejar de mirar muy sonriente a Anthony.

—Les he dicho que no te pregunten en ningún momento por el padre del niño —susurró Vikki—. ¿Te parece bien?

—Está bien, Vikki —respondió Tatiana con otro susurro. A Tatiana le gustó la casa, que era grande y acogedora, con ventanales altos y muebles macizos y estanterías llenas de libros, pero le inquietó un poco la decoración: todo el piso, desde los suelos enmoquetados hasta las paredes, pasando por el remate de los cortinajes de terciopelo, tenía el mismo color del vino tinto que le dieron de beber. En el comedor revestido de maderas oscuras y telas de color borgoña, conoció a Travis, el bajito, delgado y discreto marido de Isabella.

—Cuando conocí a mi Travis, el abuelo de Vikki… —comenzó a explicar Isabella durante la cena, sujetando a Anthony con una mano y sirviendo lasaña con la otra—. Vikki, no te quedes ahí parada, pásale el pan y la ensalada a Tania, y sírvele un poco más de vino, por el amor de Dios… ¿Por dónde iba? Ah, sí. Cuando conocí a Travis…

—Eso ya lo has dicho, mujer —intervino en voz baja Travis, lanzando una mirada a Tatiana y rascándose la calva como si se disculpara.

—No me interrumpas, *prego*. Cuando te conocí, estabas a punto de casarte con mi tía Sofía.

—¡Yo ya lo sé, no me lo cuentes a mí! Cuéntaselo a ella.

—Ajá… —dijo Tatiana.

Si cogía un poco más de pan, tendría la boca ocupada. Ella masticaría y ellos hablarían y todo iría bien.

—Era la hermana menor de mi madre —precisó Isabella—. Travis y yo nos conocimos en un pueblecito cercano a Florencia. ¿Sabes dónde está Florencia?

—Sí —dijo Tatiana—. La madre de mi marido era italiana.

—Mi madre me pidió que fuera a buscar a Travis a la estación porque él no sabía cómo llegar al pueblo. Vivíamos en el valle, entre montañas. Yo tenía que ir a buscarlo para llevarlo a casa de mi tía Sofía, que lo estaba esperando.

—Y gracias a tu ayuda nunca encontró el camino, abuela… —dijo Vikki.

—Calla, niña. La estación estaba a diez kilómetros. A los dos kilómetros supe que ya no podría vivir ni un solo día sin él. Entramos a tomar un vasito de vino en una taberna. Yo no bebía nunca. Era demasiado joven, tenía dieciséis años, pero Travis me invitó. Bebimos del mismo cáliz… La abuela dejó de servir la comida y se volvió sonriente hacia Travis, que masticaba la lasaña y fingía que no le prestaba atención.

—No sabíamos qué hacer —continuó Isabella—. Mi tía tenía veintisiete años, igual que Travis. Iban a casarse, no había forma de impedirlo. Estábamos sentados en aquella taberna de las cercanías de Florencia, sin saber qué hacer. ¿Y sabes qué? —Isabella dio una palmadita a Travis, que soltó el tenedor—. Al final no fuimos al pueblo. Nos dijimos: «Vámonos a Roma, ya escribiremos una carta a la familia». Pero en lugar de ir a Roma cogimos el tren de Nápoles y allí tomamos el barco que nos trajo a la isla de Ellis. Llegamos a este país en 1902. No teníamos nada, sólo nos teníamos el uno al otro.

Tatiana había dejado de comer y miraba boquiabierta a Isabella y a Travis.

—¿La perdonó su tía?

—Nadie me perdonó —dijo Isabella.

—Su madre no le ha escrito desde entonces —explicó Travis, con la boca llena.

—Bueno, Travis, mi madre ya murió, ahora es difícil que me escriba.

*—¿Cuánto hace que estás enamorado de mi hermana, Alexander? —pregunta Dasha, agonizante.*

*—Nunca he estado enamorado de ella —contesta Alexander—. Estoy enamorado de ti. Tú sabes lo que hay entre nosotros.*

*—Dijiste que en el verano, cuando estuvieras de permiso, vendrías a buscarme a Lazarevo y te casarías conmigo —dice Dasha entre estertores.*

*—Sí. Cuando esté de permiso, vendré a buscarte a Lazarevo y me casaré contigo*

*—promete Alexander a Dasha, la hermana de Tatiana.*

Tatiana agachó la cabeza y se pellizcó las manos crispadas.

—En Estados Unidos tuvimos dos hijas —continuó Isabella—. Travis quería un varoncito, pero Dios no quiso dárnoslo. —Suspiró—. Fuimos en busca de un niño, pero tuve tres abortos.

Isabella miró a Anthony con tanta añoranza que Tatiana quiso arrebatárselo de las manos, como si el deseo fuera una forma de posesión.

—En 1923, Annabella, nuestra hija mayor, tuvo a Gelsomina.

—Y me puso de nombre Viktoria —precisó Vikki.

—¿Y tú qué sabes? —contestó Isabella con desdén—. ¿Acaso Viktoria es un nombre italiano?… Nuestra hija menor, Francesca, vive en Darien, en Connecticut. Viene a vernos una vez al mes. Está casada con un buen hombre y de momento no tienen hijos.

—Abuela, la tía Francesca tiene treinta y siete años. Nadie tiene hijos con treinta y siete años —declaró Vikki.

—Nosotros estábamos hechos para tener un niño… —repuso Isabella con tristeza.

—No es verdad —dijo Travis—. De ser así, lo habríamos tenido. Y ahora devuelve este bebé a su legítima madre y come algo, mujer.

—Tania, ¿quién te cuida al niño cuando estás trabajando? —preguntó Isabella, mientras devolvía de mala gana el niño a su madre, que lo tomó agradecida y lo estrechó contra su pecho antes de seguir comiendo.

—Me lo llevo, o lo dejo durmiendo en la habitación, o me lo cuida algún refugiado o un soldado herido.

—Pues eso no está bien —opinó Isabella—. Si quieres, podría cuidarlo yo.

—Gracias —contestó Tatiana—. No será necesario…

—Podría ir a buscarlo a Ellis y llevártelo de vuelta.

—¡Isabella! —exclamó Travis—. Por mucho que quieras, el niño no será tu hijo. Come, por amor de Dios.

—Muy bien, lo pensaré —respondió Tatiana, mirando sonriente a Isabella—. Y ustedes dos son muy afortunados de tenerse el uno al otro. Es una historia preciosa.

—Tú eres afortunada de tener a tu niño —opinó Isabella.

—Es verdad —reconoció Tatiana.

—Cuéntanos. ¿Dónde está tu familia?

Tatiana no dijo nada.

—¿Tienes madre, chiquilla?

—Ya no —dijo al final Tatiana.

—¿Y padre?

—También murió.

—¿Y hermanas o hermanos?

—También. Todos han muerto.

—¿Y abuelos?

Tatiana negó con la cabeza.

—Todos se han ido.

Isabella y Travis dejaron de masticar. Vikki siguió comiendo pero miró a Tatiana sin pestañear.

—Hace dos años, los alemanes cercaron Leningrado. No había comida —explicó Tatiana, y dejó de hablar.

*Es el 23 de junio de 1940. Tatiana y Pasha cumplen dieciséis años y los Metanov lo celebran en su dacha de Luga. Les han prestado una mesa alargada y la han instalado en el jardín porque en el porche no caben diecisiete personas: los siete miembros de la familia Metanov; la hermana del padre, con su marido y su hija; la* babushka *de Tatiana, Maya, y los seis miembros de la familia Iglenko. Papá ha traído caviar negro y esturión ahumado de Leningrado. También ha traído arenques con patatas y cebollas, y la madre ha preparado* borsch *y cinco clases de ensalada. La prima Marina ha preparado tarta de champiñones, Dasha ha hecho un pastel de manzana, la abuela paterna de Tatiana ha hecho buñuelos de crema, la* babushka *Maya le ha pintado un cuadro y papá ha comprado bombones porque sabe que a Tatiana le encanta el chocolate. Tatiana se ha puesto su vestido blanco bordado con rosas rojas. Es el único vestido bonito que tiene. Se lo trajo su padre de Polonia dos años antes y es su vestido preferido.*

*Todo el mundo bebe vodka, todos menos ella; beben hasta que ya no son capaces de sostener los vasos. Cuentan anécdotas políticas y comen hasta reventar. Papá saca la guitarra y toca canciones populares y todo el mundo canta aunque no tenga oído y aunque no sepa la letra:*

*Si supieras*
*cómo adoro*
*las noches de Moscú…*

*—Cuando cumplas los dieciocho, Tania —dice el padre—, alquilaré un salón del Hotel Astoria para Pasha y para ti y celebraremos un banquete de verdad.*

*—A mí no me organizaste ninguna fiesta, papá —interviene Dasha, que cumplió los dieciocho hace cinco años.*

*—Las cosas estaban muy mal en 1935 —explica el padre—. Nos faltaba de todo, y en cambio ahora las cosas nos van mejor y dentro de dos años será mejor aún. En el Astoria brindaremos también por ti, Dasha, ¿te parece bien?*

*Tania quisiera que su próximo cumpleaños fuera al día siguiente para disfrutar de otra fiesta como ésa. La brisa nocturna es cálida y huele a lilas marchitas y a cerezos en flor, los grillos cantan y los mosquitos acechan. Sus hermanos la tumban sobre la hierba, se le echan encima y empiezan a hacerle cosquillas hasta que*

*Tatiana no puede más y chilla «parad, me estropearéis el vestido…», mientras los adultos alzan los vasos con manos temblorosas y papá vuelve a coger la guitarra y su voz embriagada llega hasta Tatiana a través de las ramas floridas de los cerezos, entonando con voz estridente el lamento por Leningrado que escribió Alexander Vertinski en el exilio:*

*Palabras remotas oídas al pasar,*
*palabras dulces y superfinas,*
*Jardín de Verano, Fontanka, Neva,*
*¿por qué habéis llegado hasta aquí, queridas palabras?*
*Aquí, donde el bullicio es el de una ciudad forastera*
*y son olas forasteras las que lamen la playa.*

# Capítulo 14

*La cárcel de Voljov, 1943*

Slonko había muerto, pero el destino de Alexander aún no estaba claro. Lo enviaron a Voljov, donde tuvo que vérselas con otro idiota de una variedad aún más nociva. Cuando supo que Tatiana había escapado de las garras de la Unión Soviética su estado de ánimo mejoró, pero el alivio se mezclaba con la melancolía. Ahora que la partida de Tatiana era irremediable, Alexander no sabía contra quién despotricar antes, si contra su interrogador o contra el carcelero que lo apuntaba con el fusil. En realidad, a quien detestaba por encima de todo mientras recorría a grandes pasos la celda algo más espaciosa que le habían adjudicado en Voljov era a sí mismo.

Tatiana se había ido, y su marcha se había debido a Alexander. Tatiana se había marchado mientras llevaba en el vientre al hijo de los dos. ¿A qué mes estaban? ¿No salía de cuentas ya?

En Voljov, al igual que en Leningrado y a diferencia de Morozovo, había dos cárceles: una para los presos comunes y otra para los políticos. La distinción no era demasiado precisa, y Alexander terminó en la cárcel común, donde las celdas parecían ser más confortables. Recordó los días que había pasado en Kresti en 1936, antes de que lo metieran en el tren que debía llevarlo a Vladivostok. En Kresti, las celdas eran pequeñas y malolientes. En Voljov eran más espaciosas y tenían dos literas, un lavamanos y un retrete. Y había una puerta metálica con un ventanuco enrejado que se abría fugazmente para dejar pasar la bandeja de comida.

Le daban pan, gachas y a veces un pedazo de carne de origen desconocido. Le daban agua y ocasionalmente té, y también un vale que podía cambiar por tabaco o por vodka.

Alexander se guardó los dos o tres vales que le daban cada día, sin cambiarlos ni por tabaco ni por vodka. No quería saber nada del vodka, pero el tabaco era otra historia: se moría por fumar. Su boca y su garganta ansiaban el cálido contacto del humo y sus pulmones anhelaban la nicotina. Sin embargo, se propuso no fumar, ya que el ansia de nicotina mitigaba en parte el ansia de volver a ver a Tatiana y el lacerante vacío producido por su ausencia. Hacía cinco meses que se había abierto la espalda durante la batalla de Leningrado y, aunque la herida se había curado, las terminaciones nerviosas que rodeaban la prominente cicatriz eran muy sensibles al dolor.

Alexander pasaba el tiempo coleccionando los vales de tabaco y dando grandes pasos por la celda. Conservaba el uniforme y las botas, pero se había quedado sin sulfamidas hacía mucho, y toda la morfina había ido a parar a Slonko. La mochila negra ya no estaba. Alexander no había vuelto a ver a Stepanov desde la noche en que había muerto Slonko, y no había podido preguntarle adónde había ido a parar su mochila, que además de varias cosas inútiles o prescindibles, contenía lo único que

para él no sería nunca inútil ni prescindible: el vestido de novia de Tatiana. De todos modos, no habría sido capaz de mirarlo sin desmoronarse. Ni siquiera era capaz de pensar en él. En cualquier caso, no era eso lo que lo atormentaba mientras andaba a grandes zancadas por la celda. Seis pasos desde una pared hasta la pared opuesta, diez desde la puerta hasta la ventana del fondo. Durante todo el día, mientras el sol estaba en el cielo, Alexander daba pasos por la celda y los contaba para no pensar. Una tarde dio 4572 pasos; otra, 6207. Cuando no estaba desayunando o comiendo o cenando, Alexander contaba los pasos que separaban las paredes de la cárcel, los contaba para olvidarse de Tatiana y soportar la oscuridad. No pensaba en el futuro ni en el pasado. No podía prever ni siquiera lo que le aguardaba a corto plazo. Ignoraba lo que iba a sucederle en los próximos años, y quizá, de haberlo sabido, se habría dado muerte en los días grises que pasó en aquella celda. Pero como lo ignoraba, eligió la vida.

✶

Por fin convocaron un consejo de guerra. Después de un mes dando pasos por la celda y recopilando noventa vales de tabaco, Alexander compareció ante tres generales, dos coroneles y un único Stepanov. Se plantó ante el tribunal, vestido con el uniforme y un gorro de visera porque su hermosa gorra de oficial estaba en manos de su esposa.

—Alexander Belov: nos hemos reunido para decidir qué vamos hacer con usted —anunció el general Mejlis, un hombre delgado y nervioso que parecía una cruz de madera castigada por la intemperie.

—Estoy preparado —dijo Alexander.

Ya era hora. Se había pasado un mes en la celda. ¿Por qué le había parecido que pasaba más lentamente que el mes de luna de miel con Tatiana en Lazarevo?

—Se lo acusa de varios delitos.

—Sé de qué se me acusa, señor.

—Se lo acusa de ser un ciudadano estadounidense, un extranjero que se hizo pasar por oficial del Ejército Rojo para llevar a cabo actos subversivos contra el Estado soviético durante la peor crisis experimentada por nuestro país en toda la historia. En estos momentos corremos el riesgo de perecer a manos de los alemanes. ¿Entiende que no podemos permitir que un espía extranjero se infiltre en nuestras filas?

—Lo entiendo, pero puedo alegar algo en mi defensa.

—Adelante.

—Lo que acaba de mencionar son mentiras sin fundamento que alguien ha propagado con la única intención de perjudicar mi buen nombre. La carrera que he desarrollado en el Ejército Rojo desde 1937 habla por sí sola. Soy un soldado leal que ha obedecido siempre a sus mandos. Nunca he eludido la batalla, y he servido

orgullosamente a mi país contra Finlandia y contra Alemania. Durante la Gran Guerra Patria participé en cuatro tentativas de romper el cerco de Leningrado. He resultado herido dos veces; la segunda, de gravedad. El hombre que me acusó de ser un subversivo extranjero murió acribillado por nuestras propias tropas cuanto intentaba fugarse de la Unión Soviética. Les recuerdo que ese hombre era un soldado raso que trabajaba en la retaguardia, transportando provisiones para los soldados destacados en el frente de la frontera. Su intento de fuga fue un acto de traición. ¿Va a conceder más crédito a la palabra de un desertor que a la de un oficial del Ejército Rojo condecorado con varias medallas?

—No me diga cuál debe ser mi opinión, comandante Belov —protestó el general Mejlis.

—No es ésa mi intención, señor. Sólo he hecho una pregunta.

Mientras esperaba que los miembros del consejo terminasen de deliberar, Alexander se asomó a la ventana. Contempló el aire libre, al otro lado del cristal, y respiró hondo. Llevaba mucho tiempo sin salir al exterior.

—Comandante Belov, ¿es usted en realidad Alexander Barrington, hijo de Jane y de Harold Barrington, ejecutados por traición en 1936 y 1937?

Alexander parpadeó. Fue su única reacción.

—No, señor —respondió.

—¿Es usted el Alexander Barrington que saltó del tren que lo conducía a un campo de trabajo en 1936 y fue dado por muerto?

—No, señor.

—¿Ha oído hablar alguna vez de Alexander Barrington?

—Sólo al escuchar sus acusaciones.

—¿Sabe usted que su esposa, Tatiana Metanova, se encuentra en paradero desconocido, presuntamente tras escapar con el doctor Sayers y el soldado Chernenko?

—No. Sé que el doctor Sayers no escapaba, y sé que el soldado Chernenko murió en un tiroteo. Sé que mi esposa está en paradero desconocido. —Alexander carraspeó un momento para añadir énfasis a sus palabras y añadió—: Pero el camarada Slonko, antes de morir, me aseguró que mi esposa se encontraba bajo la custodia del NKVD (es decir, del NKGB). Y también dijo que mi esposa había firmado una confesión que me identificaba como el hombre al que el camarada Slonko perseguía desde 1936.

Los miembros del tribunal se miraron con sorpresa.

—Su esposa no se encuentra bajo nuestra custodia —respondió pausadamente Mejlis—. Y ni el camarada Slonko ni Chernenko están aquí para defenderse.

—Es cierto. Pero yo sí que estoy aquí para defenderme.

—Comandante Belov, ¿cómo explica el comportamiento de su esposa? ¿No le parece raro que lo dejara aquí mientras ella se fugaba…?

—Permítame que lo interrumpa, general. Mi esposa no se fugaba. Se trasladó a Morozovo a petición del doctor Sayers y con el permiso del gerente del hospital

Gresheski. Estaba bajo su supervisión.

—Creo que, aunque estuviera bajo su supervisión, su esposa no estaba autorizada a salir de la Unión Soviética —observó Mejlis.

—No sé con seguridad si lo estaba o no. He oído informaciones dispares.

—¿Se ha puesto su esposa en contacto con usted?

—No, señor.

—¿Y no está preocupado?

—No, señor.

—Su esposa embarazada está en paradero desconocido, no se ha puesto en contacto con usted, ¿y no está preocupado?

—No, señor.

—Los soldados de los puestos fronterizos afirman que la enfermera no llevaba documentación soviética. No recuerdan su nombre pero aseguran que llevaba papeles emitidos por la Cruz Roja estadounidense. Este dato no les favorece ni a usted ni a su esposa.

Alexander quiso señalar que a su esposa sí la favorecía, pero no dijo nada.

—No es mi esposa la que está siendo juzgada, ¿no es así? —preguntó.

—Lo sería si estuviera aquí.

—Pero ahora mismo no está siendo juzgada —repitió Alexander—. Me han preguntado si soy el ciudadano estadounidense llamado Alexander Barrington y yo les he dicho que no lo soy. No sé qué tienen que ver las andanzas de mi esposa con los cargos de los que me acusan.

—¿Dónde está su esposa?

—No lo sé.

—¿Cuánto tiempo llevan casados?

—En junio hará un año.

—Comandante, espero que se le dé mejor controlar el paradero de sus soldados que el de su esposa.

Todos los miembros del consejo volvieron la mirada hacia Alexander. Stepanov lo escrutó con expresión inquisitiva.

—Comandante —intervino Mejlis—, permítame que le haga una pregunta: ¿por qué iba a acusarlo nadie de ser estadounidense si no fuera verdad? La información que nos proporcionó el soldado Chernenko era demasiado detallada para haberla inventado.

—No estoy diciendo que la inventara. Digo que me confundió con otra persona.

—¿Con quién?

—No lo sé.

—Pero ¿por qué lo señaló a usted, comandante?

—No lo sé, señor. La relación que mantuvimos Dimitri Chernenko y yo a lo largo de los años fue complicada. A veces creo que estaba celoso y que me guardaba rencor porque yo había ascendido más que él en el Ejército Rojo. Quizá deseaba

perjudicarme, sabotear mi carrera. Además, es posible que albergara sentimientos no correspondidos hacia mi esposa; de hecho, es bastante posible. Nuestra amistad se había enfriado considerablemente en los años anteriores a su muerte.

—Comandante, está usted acabando con la paciencia de los mandos del Ejército 67.

—Lo siento. Pero mis únicas posesiones son mis méritos profesionales y mi buen nombre. No quiero que mi honor se vea mancillado por las declaraciones de un cobarde muerto.

—Comandante, ¿qué cree que le sucederá si nos dice la verdad? Si es usted Alexander Barrington, lo confiaremos a las autoridades de Estados Unidos y organizaremos el traslado a su país.

Alexander soltó una risita.

—Con el debido respeto, señor. Estoy acusado de traición y sabotaje. Lo único que organizarán será mi traslado al otro mundo.

—Se equivoca, comandante. Somos gente razonable.

—Claro, si todo lo que necesitara hacer para que me enviasen al país de mi elección fuera decir que soy originario de Estados Unidos o de Inglaterra o de Francia, ¿qué nos impediría a todos hacer lo mismo?

—¡Nuestra Madre Rusia! —exclamó Mejlis—. ¡La lealtad a su país!

—Es esa lealtad, señor, la que me impide decir que soy estadounidense.

—Acérquese al estrado, comandante Belov —declaró Mejlis, quitándose un momento los anteojos y escrutando a Alexander—. Quiero verlo bien.

Alexander se acercó al borde de la tarima. Con su estatura, no le hizo falta erguirse para mirar sin inmutarse a los ojos de Mejlis, que le devolvió la mirada en silencio.

—Comandante —dijo finalmente Mejlis—, voy a hacerle una última pregunta, pero antes de que vuelva a decir lo mismo que ha estado diciendo hasta ahora, le concedo treinta minutos para que medite su contestación. Saldrá de la sala, y cuando vuelva a entrar se lo preguntaré por última vez. Lo que quiero saber es lo siguiente: ¿Es usted Alexander Barrington, hijo de los estadounidenses Jane y Harold Barrington? ¿Fue usted detenido por actividades antipatrióticas en 1936 y se fugó del tren que lo trasladaba a Vladivostok? ¿Se infiltró con la identidad falsa de Alexander Belov en el escalafón de mando del Ejército Rojo en 1937, después de terminar la secundaria? ¿Intentó desertar y huir a través de Carelia en 1940, durante la guerra con Finlandia, pero fue disuadido por Dimitri Chernenko? ¿Fue espía durante los siete años en que perteneció al Ejército Rojo? No, no me conteste ahora. Tiene treinta minutos.

Alexander salió de la sala, y por fin, ¡por fin!, lo dejaron salir al exterior. Se sentó en un banco entre los dos guardianes, sintiendo la cálida brisa de mayo a su alrededor. Recordó que al cabo de unos días cumplía veinticuatro años. Permaneció sentado mientras disfrutaba de la luz del sol y del azul del cielo y del olor a lilas y a flores de

jazmín y a agua fresca.

*Llega la guerra, 1939*

Como parte de la guarnición de Leningrado, que ocupaba el cuartel de Pavlov (antes de la Guardia Imperial del zar), Alexander se encargaba de hacer la ronda por las calles de la ciudad, vigilar las orillas del Neva y trabajar en la fortificación de la frontera fino-soviética. En marzo de 1918, Vladimir Lenin había vendido media Rusia (Carelia, Ucrania, Polonia, Besarabia, Letonia, Estonia y Lituania) para consolidar el tambaleante Estado comunista, y el istmo de Carelia había pasado a manos de Finlandia.

En septiembre de 1939, cuando los alemanes y los rusos se repartieron Polonia, Hitler declaró que, si Stalin iniciaba una «campaña» para reconquistar las tierras en disputa con Finlandia, Alemania no interpretaría el gesto como una agresión. En noviembre de 1939, Stalin intentó apoderarse de nuevo del istmo de Carelia. Pese a la insistencia de sus superiores, Alexander se negó a calificar de «campaña» la guerra contra Finlandia. Para él, una «campaña» era cuando dos políticos recorrían un país estrechando las manos de los electores antes de enfrentarse en unas elecciones. En el momento en que se movilizaban tanques, fusiles, morteros y soldados para conquistar un territorio, ya no se podía hablar de campaña sino de guerra.

Alexander combatió por primera vez en los húmedos bosques de Carelia. Por desgracia, Komkov tenía razón respecto a Dimitri. En el campo de batalla, Dimitri demostró ser un miserable cobarde sin sangre en las venas, como le dijo a gritos el propio Komkov antes de atarlo a un árbol para impedir su deserción. Alexander tuvo que intervenir para evitar que Komkov acabara con Dimitri de un disparo, y más adelante se arrepintió muchas veces de su intervención.

Con Dimitri o sin Dimitri, los soviéticos consiguieron vencer a los indómitos finlandeses. Alexander contó las bajas al final de la batalla. Los veinte finlandeses que los habían atacado en el bosque estaban muertos; el dato se podría considerar un éxito, si no fuera porque Alexander había tenido que sacrificar a 155 soldados del Ejército Rojo para conseguirlo. Solamente veinticuatro combatientes soviéticos regresaron a Lisii Nos. Veinticuatro y Dimitri. Komkov ya no volvió.

En 1940, otro grupo de finlandeses se adentró en el sur de Carelia y se apoderó de los treinta metros de bosque que habían conquistado los soviéticos, junto con otros veinte kilómetros y la vida de varios miles de soldados soviéticos. Alexander quedó al mando de tres secciones compuestas por hombres con los que nunca había trabajado, con la orden de expulsar a los finlandeses del istmo. Al Ejército Rojo le convenía que Viborg volviese a manos soviéticas… y a Alexander también, porque le permitía atravesar la frontera de Finlandia a no mucha distancia de Helsinki. Atravesarla con Dimitri. Porque pese a todo estaba dispuesto cumplir la promesa

hecha a su antiguo amigo. Alexander decidió que había llegado la oportunidad de escapar.

En marzo de 1940, en los últimos días de la llamada «campaña» contra Finlandia, Alexander estuvo a las órdenes del comandante Mijail Stepanov, un militar austero y de mirada impenetrable. Con la ayuda de un mortero y de treinta soldados, uno de los cuales era Yuri, el hijo de Stepanov, Alexander intentó conquistar las tierras pantanosas de los alrededores de Viborg. Pero treinta fusiles y tres morteros no podían hacer nada frente al mucho mejor pertrechado ejército finlandés. La sección de Alexander no logró adentrarse entre las filas enemigas, como tampoco lo lograron las otras cinco secciones que avanzaron hacia el interior desde el golfo de Finlandia.

A su regreso a Lisii Nos, sólo le quedaban cuatro soldados. Cuando el comandante Stepanov le preguntó por su hijo, Alexander sólo pudo responder que no sabía qué había sido de Yuri. Lo único que sabía era que su compañero de armas había caído en el combate. Alexander se ofreció a volver a los pantanos en busca del joven. El comandante aceptó, pero le ordenó que fuera acompañado de otro soldado.

Alexander eligió a Dimitri, y antes de marcharse cogió los dos mil dólares. Dimitri y él, llevando solamente los dólares, unos fusiles y unas granadas, se adentraron en los humedales del golfo sin ninguna intención de regresar a la Unión Soviética.

Encontraron a Yuri Stepanov.

—¡Menos mal que está vivo, Dima! —exclamó Alexander mientras daba la vuelta al cuerpo. El muchacho apenas respiraba. Alexander le introdujo los dedos en la boca y le bajó la lengua para ayudarlo a inhalar—. Está vivo —repitió, mirando a Dimitri.

—Sí, apenas… —Dimitri lanzó una mirada en derredor—. Vámonos ya, no hay tiempo. Pongámonos en marcha.

Alexander desgarró la camisa de Yuri y vio el torso cubierto de sangre marrón y viscosa. No se podía saber cuánta había perdido pero debía de ser mucha, a juzgar por la palidez del muchacho.

Yuri Stepanov abrió los ojos, tendió la mano hacia Alexander y balbuceó algo imposible de entender.

—¡Vámonos, Alexander! —gritó Dimitri.

—¡Calla, Dimitri! —protestó Alexander, sin mirarlo—. Déjame pensar un momento. Sólo un momento, ¿de acuerdo?

Siguió agachado en el barro, oyendo la respiración entrecortada de Stepanov y mirando su cara cetrina. A treinta metros había un tramo de frontera sin vigilar. A treinta metros estaban las orillas del golfo. A treinta metros estaba Finlandia, un país que no era la Unión Soviética. Y en aquel país estaba el mar que podría conducir a Alexander hasta Estocolmo, y en Estocolmo estaba el edificio en el que Alexander podría encontrar la libertad. Y después… Alexander casi vio las casas blancas de Barrington entre los troncos rojizos de los arces. Casi sintió el olor de Barrington.

Respiró tan hondo, que le dolieron los pulmones. Se salvaría y salvaría a Dimitri, el hombre que lo había ayudado a encontrar a su padre. Volvería a respirar el aire de su tierra natal.

Había imaginado que la lucha sería dura, que tendría que pasar frío y privaciones, avanzar con dificultad por los pantanos y disparar contra todos los soldados que se interpusieran en su camino. Pero no se había imaginado aquello: un muchacho herido y un padre expectante.

Suspiró otra vez. Barrington se había esfumado y sólo quedaba el olor orgánico y algo rancio de la sangre seca, el olor metálico de los fusiles el olor sulfuroso de la pólvora. Y lo único que se escuchaba era la laboriosa agitación de los pulmones de Stepanov cada vez que el joven tomaba aliento.

Huyendo, Alexander abandonaría a un joven agonizante, a un hijo agonizante. Pagaría su libertad con la muerte del chico. «Dios ha decidido ponerme a prueba para hacerme saber de qué pasta estoy hecho», pensó, persignándose.

Alexander levantó al muchacho del suelo y se lo cargó a la espalda.

—Tenemos que llevarlo a la base, Dima.

—¿Qué? —preguntó Dimitri, pálido de repente.

—Ya me has oído.

—¿Te has vuelto loco? No puedes volver. No vamos a volver.

—Yo sí.

En la tranquilidad del bosque se agitó el grito silencioso de Dimitri. Ya no se oía el canto de los pájaros ni el de los grillos, sólo gotas, crujidos y la rabia muda de Dimitri.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó con voz furiosa—. No hemos venido aquí por él, era un ardid. Vinimos para seguir adelante con nuestro plan.

—Ya lo sé —dijo Alexander—. Pero yo no puedo. ¿Tú sí?

—¡Por supuesto! —exclamó Dimitri—. Es la guerra, Alexander. ¿Qué te pasa? ¿De repente te vas a preocupar por los mil soldados a los que dejaste morir cuando estaban a tus órdenes?

—Yo no los dejé morir —protestó Alexander.

—Seguiremos adelante —declaró Dimitri con firmeza.

—Muy bien —aceptó Alexander—. Si te vas, te doy la mitad del dinero. Arréglatelas para llegar a Estocolmo, desde allí podrás trasladarte a Estados Unidos.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Quieres que me vaya solo? Vamos a irnos los dos.

—No, Dimitri. Ya te lo he dicho, yo me vuelvo a la base con Yuri. Pero tú quédate, no hay motivo para que vuelvas conmigo.

—No pienso irme sin ti —respondió Dimitri, con una voz muy aguda que se abrió paso entre los árboles.

—Muy bien —concluyó Alexander—. Entonces, pongámonos en marcha ahora que aún vive.

Dimitri no se movió.

—Si te marchas —dijo entre dientes—, lo último que harás como militar será llevar a Stepanov de vuelta a Lisii Nos.

Alexander, sin soltar a Stepanov, se colocó muy cerca de Dimitri y le habló también entre dientes:

—¿Me estás amenazando?

—Sí —dijo Dimitri.

Alexander se apartó un paso y miró a Dimitri con resignación.

—Muy bien, pues escúchame tú ahora: haz lo que quieras. Adelante, delátame. En ese caso, es aún más importante que lo último que haga en esta vida sea salvar a una persona.

—¡Vete a la mierda!

—¡Habrá más ocasiones de escapar! Piensa en lo que hemos visto en el bosque. Podemos volver e intentarlo. Ésta era nuestra primera oportunidad, pero no la última. Si me delatas al NKVD, ya no podrás salir de la Unión Soviética. Yo estaré muerto, pero tú tendrás que pudrirte en este país toda tu vida. —Alexander hizo una pausa y añadió—: Óyeme bien: Europa está a punto de entrar en guerra con Hitler. Tendremos más oportunidades de escapar, pero sólo si estoy vivo. ¿Qué vas a hacer? Acabas de decir que no te atreves a irte solo. Si quieres mi ayuda para huir, tendrás que mantener la boca cerrada. —Hizo otra pausa y concluyó—: Déjate de tonterías y llevemos a este muchacho con su padre.

—¡No! —dijo Dimitri.

—¡Haz lo que te dé la gana, joder!

Alexander ya estaba harto de hablar. Sin esperar a Dimitri, dio media vuelta y comenzó a andar. Al cabo de un momento, oyó los pasos de su compañero detrás de él. Dimitri era un cobarde, y por lo tanto capaz de matar a otra persona por la espalda, pero no si esa persona le había prometido cubrirle algún día las espaldas.

Después de andar en silencio por el lúgubre marjal durante varias horas, llegaron a la base. Aunque era casi de noche, Mijail Stepanov estaba esperándolos en la linde del bosque, junto a uno de los agentes de frontera del NKVD. Stepanov se acercó con pasos temblorosos.

—¿Está vivo? —preguntó a Alexander, sin apenas fuerza para articular las palabras.

—Sí —contestó Alexander—. Pero necesita un médico.

Mijail Stepanov cogió a su hijo en brazos y lo llevó hasta el hospital de campaña. Lo tendió en una camilla y se sentó en silencio al lado de su hijo, mientras los enfermeros le hacían una transfusión de sangre, le ponían una inyección de morfina y le daban sulfamidas.

Stepanov y Alexander lo lavaron, y el médico le cosió las tres heridas del torso. Yuri había estado demasiado tiempo a la intemperie y las heridas de bala se le habían infectado.

Alexander salió de la tienda a fumar un cigarrillo. Fue en busca de algo que

comer y volvió a sentarse al lado de Stepanov. Yuri parecía algo recuperado.

—¿Me voy a poner bien, *papochka*? —preguntó con voz desmayada.

—Sí, hijo —contestó Stepanov, sin soltarle la mano.

—He tenido suerte. Podría haber sido mucho peor. —Yuri lanzó una mirada a Alexander—. ¿No es así, teniente?

—Así es, soldado —contestó Alexander.

—Mamá estará orgullosa de mí —dijo Yuri—. ¿Tengo que volver al frente, teniente? ¿O me dará permiso para ir a verla?

—Puedes tomarte el tiempo que quieras —respondió Alexander. Calló al ver la cara demudada de Stepanov, y al cabo de un momento preguntó—: ¿Dónde está su madre?

—Murió en 1930 —contestó Stepanov.

—¿Papá?

—¿Sí?

—¿Tú también estás orgulloso de mí?

—Mucho, hijo.

Durante varias horas esperaron al lado de Yuri, sumidos en sus pensamientos, escuchando la laboriosa respiración del joven y contemplando el lento parpadeo de sus ojos.

Al final la respiración dejó de ser laboriosa y los ojos dejaron de parpadear y el comandante Stepanov agachó la cabeza y lloró, y Alexander, incapaz de contener la emoción, salió de la tienda.

Stepanov, al salir, encontró a Alexander fumando, apoyado en un camión de abastecimiento.

—Lo lamento, señor —dijo Alexander.

Stepanov le dio la mano.

—Es usted un buen soldado, teniente Belov —respondió, conmovido—. Llevo desde 1921 en el Ejército Rojo y puedo decirle que es usted un militar excepcional. ¿De dónde ha sacado ese valor que le impide abandonar a sus soldados? No diga que lo lamenta, diga que hizo lo que pudo. Y ha sido suficiente, porque gracias a usted he podido despedirme de mi único hijo y voy a poder enterrarlo. Él descansará, y yo también.

Stepanov le oprimió la mano.

—No tiene importancia, señor —dijo Alexander, y agachó la cabeza.

La guerra de Invierno terminó unos días después, el 13 de marzo de 1940.

Los soviéticos no recuperaron Viborg.

*Frente a Mejlis, 1943*

Le habían preguntado quién era, y el plazo para contestar se estaba terminando.

Alexander se puso de pie y recordó otra estrofa del poema de Kipling, como si la oyera en la voz de su padre:

«Si todas tus ganancias pones en un montón, y osas arriesgarlas en un golpe de azar, y las pierdes, y luego, con bravo corazón, sin hablar de tus pérdidas vuelves a comenzar…».

Cuando volvió a presentarse ante el tribunal, estaba casi contento.

—¿Ha reflexionado, comandante?

—Sí, señor.

—¿Cuál es su respuesta?

—Mi respuesta es que soy Alexander Belov, nativo de Krasnodar y comandante del Ejército Rojo.

—¿Es usted el expatriado estadounidense Alexander Barrington?

—No, señor.

Los miembros del consejo guardaron silencio. Alexander tenía ganas de salir otra vez al exterior y disfrutar del fresco día de mayo. Los rostros que lo contemplaban tenían una expresión sombría y no parpadeaban. Él también adoptó una expresión sombría y dejo de parpadear. Uno de los miembros del consejo daba golpecitos con el lápiz en la mesa. Stepanov miraba a Alexander con ojos escrutadores. Cuando se cruzaron sus miradas, Stepanov inclinó discretamente la cabeza.

Finalmente, intervino el general Mejlis:

—Me temía que ésa sería su respuesta, comandante. Si hubiera dicho que sí, ya estaríamos hablando con el Departamento de Estado norteamericano, pero ahora debemos plantearnos qué hacer con usted. Me han concedido plenas competencias para decidir sobre su futuro. Mis colegas y yo hemos estado deliberando mientras usted aguardaba fuera de la sala. La decisión que se nos pide es difícil. Aunque nos esté diciendo la verdad, sobre sus hombros engalonados siguen pesando las mismas acusaciones, y estas acusaciones lo acompañarán a cualquier destino que le corresponda en el Ejército Rojo. Habrá un torrente de rumores, suspicacias y críticas, lo cual dificultará en gran medida su cometido como oficial, y dificultará nuestra obligación de defenderlo en el futuro, cuando alguno de los soldados bajo su mando lo acuse falsamente para que no lo envíe a combatir.

—Estoy acostumbrado a las dificultades, señor.

—Sí, pero nosotros preferimos ahorrárnoslas. —Mejlis alzó una mano—. Y no me interrumpa, comandante. Si nos ha mentido, la situación será la misma, con la única salvedad de que, en ese caso, los miembros de este tribunal sufriremos la humillación de haber cometido un error terrible. ¿Comprende que, tanto si nos está mintiendo como si nos está diciendo la verdad, la decisión que debemos tomar es complicada?

—Si me lo permite, general —intervino Stepanov—: le recuerdo que nuestro país está inmerso en una guerra salvaje donde los soldados mueren antes de que haya tiempo de reclutar otros nuevos, las armas desaparecen antes de que haya tiempo de

fabricar más y los oficiales caen antes de que haya tiempo de sustituirlos. El comandante Belov es un soldado ejemplar y estoy seguro de que se le podrá adjudicar algún cometido en el Ejército Rojo… —Como nadie lo contradijo, Stepanov continuó —: Podemos enviarlo a fabricar tanques y cañones a Sverdlovsk o a extraer hierro en una mina de Vladivostok, o mandarlo a Kolima o al Perm 35. En cualquiera de estos lugares seguirá siendo un miembro productivo de la sociedad soviética.

—Ya hay muchos para trabajar en las minas de hierro —protestó Mejlis—. ¿Y por qué malgastar a un comandante del Ejército Rojo en una fábrica de cañones?

Alexander, divertido, hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza. «Buena jugada, coronel Stepanov —pensó—. Hace un minuto pensaban ejecutarme y ahora están a punto de suplicarme que me quede en el ejército».

—Ya no es comandante —continuó Stepanov—. Fue degradado cuando lo arrestaron. No veo inconveniente en mandarlo a Kolima.

—¿Y por qué seguimos llamándolo «comandante»? —protestó Mejlis.

—Porque aunque le hayan quitado los galones, sigue siendo lo que es. Ocupó puestos de mando durante siete años. Fue oficial en la guerra de Invierno, luchó contra los alemanes en el Neva, abasteció el «Camino de la Vida» y el verano pasado participó junto a sus hombres en cuatro intentos por romper el cerco de Leningrado.

—Ya hemos tenido varias ocasiones de escuchar estas hazañas coronel Stepanov —dijo Mejlis, frotándose las sienes con gesto cansado—. Ahora hay que decidir qué vamos a hacer con el acusado.

—Sugiero que lo enviemos a Sverdlovsk —propuso Stepanov.

—No podemos.

—Entonces, devuélvanle su empleo.

—Tampoco podemos.

Mejlis permaneció unos momentos en silencio, reflexionando.

—Comandante Belov —añadió después de emitir un hondo suspiro—, cerca de Voljov, en el valle que se abre entre el lago Ladoga y los montes de Siniavino, hay una línea férrea que los alemanes bombardean todos los días desde sus posiciones en la montaña. ¿Sabe de qué le hablo?

—Sí, señor. Mi esposa ayudó a construir esa línea cuando rompimos el cerco.

—Por favor, comandante: no mencione a su esposa, es un punto doloroso. En cualquier caso, es una línea vital para enviar víveres y combustible a la ciudad de Leningrado. He decidido asignarlo a un batallón disciplinario encargado de reconstruir un tramo de diez kilómetros de vía entre los montes de Siniavino y el Ladoga. ¿Sabe que es un batallón disciplinario?

Alexander permaneció en silencio. Sabía qué era. En el ejército había miles de presos enviados a atacar puentes, cruzar ríos o construir líneas férreas bajo el fuego enemigo sin protección; eran los primeros en entrar en combate sin el apoyo de la artillería y sin armamento suficiente. Los soldados de los batallones disciplinarios tenían que alternarse los fusiles. Cuando uno caía, el de al lado se quedaba con su

arma, si no había caído él mismo antes. Los batallones disciplinarios eran murallas humanas enviadas contra los piquetes de ejecución de Hitler.

—¿Tiene algo que añadir, comandante? —preguntó Mejlis tras un silencio—. Ah, algo más: queda usted oficialmente relevado de su categoría.

—Perfecto. Me piden que me integre en un batallón disciplinario pero no quieren que mande a los soldados, ¿es eso?

—No es correcto. Se le ordena que mande a los soldados de ese batallón.

—En ese caso, tendré que conservar mi categoría.

—No, no puede conservarla.

—Con el debido respeto, señor. Si el Ejército Rojo no me concede una categoría de mando, no podré dirigir a nadie: ni a una ardilla ni a los asustados soldados de un batallón disciplinario, que viven bajo la amenaza constante de la muerte. Si quieren que esté al mando del batallón tendrán que darme las herramientas necesarias. De no ser así, no seré de ninguna utilidad para el Ejército Rojo ni podré contribuir al esfuerzo bélico. Los soldados no obedecerán ni una sola de mis órdenes, la vía férrea seguirá sin funcionar y morirán tanto los soldados como los encargados del servicio de abastecimiento. No pueden pedirme que siga en el ejército…

—No se lo pido, se lo ordeno.

—Señor, sin mi categoría dejo de ser oficial, y ejercer de oficial es lo único que sé hacer. Pónganme en un batallón disciplinario, pero no me pidan que lo dirija. Pueden darme algún empleo de suboficial, sargento o cabo, lo que ustedes gusten. Ahora bien, si quieren que sea útil para el ejército, déjenme conservar mis galones. —Alexander no pestañeaba cuando añadió—: Sé que usted, como general, puede entenderlo mejor que nadie. ¿Se acuerda de Meretskov? Cuando esperaba su ejecución en las mazmorras de Moscú, las autoridades decidieron conmutarle la pena y lo mandaron dirigir el frente del Voljov. Lo pusieron al mando de un ejército entero, no sólo de una división, y lo ascendieron a general. ¿Cómo si no, siendo un campesino como era, habría podido mandar sobre un ejército? ¿Cuántos hombres habría podido enviar a la muerte si hubiera sido un simple cabo? ¿Quiere expulsar a los alemanes de Siniavino? Puedo ayudarlo, pero necesito mantener mi categoría.

—Me agota usted, comandante Belov —dijo Mejlis, mirándolo con resignación—. Muy bien. Dentro de una hora saldrá hacia Siniavino. El guardián lo acompañará a su celda para que recoja sus pertenencias. Voy a degradarlo, pero le permitiré seguir siendo capitán, nada más. ¿Dónde están sus medallas?

Alexander, aliviado, quiso sonreír pero no pudo.

—Me las quitaron antes de interrogarme. No sé dónde está mi insignia de Héroe de la Unión Soviética.

—Lástima —se lamentó Mejlis.

—Sí, es una lástima. También necesitaré calzoncillos nuevos y más armas, un cuchillo y una tienda de campaña. Necesito un nuevo equipo, señor. El que tenía ha desaparecido.

—Debería controlar mejor sus pertenencias, comandante Belov.

—Lo tendré en cuenta —dijo Alexander, haciendo el saludo militar—. Y soy el capitán Belov, señor.

# Capítulo 15

*Aparición de Ouspenski, 1943*

En la retaguardia, Alexander recuperó su equipo, se vistió y subió al camión que lo llevó al lugar donde se alojaba un batallón disciplinario compuesto por cientos de soldados exhaustos, todos ellos presos comunes o políticos que se habían salvado de la ejecución. Los encontró sentados en el suelo embarrado, descansando, fumando y jugando a las cartas. Tres de ellos estaban enfrascados en una discusión cuando apareció Alexander. Uno de ellos era Nikolai Ouspenski.

—¡Oh, no! ¡Es usted! —exclamó Ouspenski al verlo.

—¿Qué demonios está haciendo aquí, soldado? —preguntó Alexander mientras le estrechaba la mano—. Sólo tiene un pulmón.

—¿Y qué está haciendo usted? Creía que lo habían ejecutado —respondió jovialmente Ouspenski—. Después del interrogatorio al que me sometieron, no creí que fueran a dejarlo vivo.

—¿Cuál es su categoría en este batallón? ¿Es usted cabo? —preguntó Alexander, ofreciéndole un cigarrillo.

—No —respondió Ouspenski con indignación. Luego, en voz más tranquila, añadió—: Me rebajaron de teniente a subteniente.

—Muy bien. Pues va a estar a mi mando. Elija a veinte hombres y llévelos a poner nuevas vías. Y no proteste por el cambio de categoría: si le oyen, pierde autoridad.

—Gracias por el consejo.

—Elija a sus hombres. ¿Quién era su mando antes de mi llegada?

—No hablará en serio… Nadie. En las dos últimas semanas han muerto tres capitanes. Después empezaron a enviar comandantes, y murieron dos. Esos idiotas no comprenden que si los alemanes pueden bombardear la línea desde sus posiciones, también pueden ver a los soldados que intentan repararla. Esta mañana hemos perdido a cinco hombres sin llegar a trazar ni un solo milímetro de vía.

—Veremos qué se puede hacer durante la noche.

De noche no les fue mucho mejor. Ouspenski partió con veinte hombres y volvieron trece, contándolo a él. Tres estaban gravemente heridos, dos habían recibido daños menores y uno se había quedado ciego.

El ciego se fugó por la noche, llegó hasta la orilla del Ladoga y murió allí mismo, acribillado por el NKGB.

La base militar instalada entre Siniavino y el Ladoga ocupaba una estrecha franja de tierra donde había varias tiendas de campaña y unos cuantos barracones de madera para los coroneles y los generales de brigada. En la base se alojaban dos batallones, compuestos por seis compañías, dieciocho secciones y 54 pelotones: 432 hombres en total. Dada la escasez de oficiales, Alexander tenía a su cargo un batallón entero: 216

hombres a los que enviar a la muerte.

Stepanov no era uno de ellos. Alexander no había vuelto a verlo después del consejo de guerra. Seguramente había regresado a la guarnición de Leningrado, que había sido su casa durante varios años. Al menos, Alexander así lo esperaba.

*Aparición de Dasha Metanova, 1941*

Alexander estaba acodado en la barra del local de Sadko, como de costumbre. En realidad hubiera preferido ir al club de oficiales, porque no le gustaba compartir los momentos de ocio con los soldados rasos. En aquellos momentos, la brecha que los separaba era demasiado grande.

Era un sábado de junio y Alexander charlaba con Dimitri cuando se les acercaron dos chicas. Alexander les dirigió una ojeada fugaz. La segunda vez que las miró, vio que una de ellas lo escrutaba con franco interés. Alexander le sonrió cortésmente. Dimitri se volvió, las miró de arriba abajo, alzó los ojos hacia su compañero y cambió de lugar en la barra para ponerse de cara a ellas.

—¿Queréis una cerveza, chicas? —les preguntó.

—Claro —dijo la morena, que era la más alta.

Era la que había mirado a Alexander con interés.

Dimitri comenzó a charlar con la más bajita y menos atractiva. Como en el local había mucho ruido, Alexander preguntó a la morena si quería dar un paseo.

—Claro —respondió ella, sonriendo.

Salieron a la noche cálida y clara. Era poco después de medianoche y aún había luz. La chica se puso a canturrear una canción y luego tomó la mano de Alexander y se rio.

—¿Me dirás cómo te llamas o voy a tener que adivinarlo? —preguntó.

—Alexander —respondió él, sin preguntarle a ella el suyo porque le costaba acordarse de los nombres.

—¿No me vas a preguntar cómo me llamo?

—¿Seguro que quieres que lo sepa? —dijo Alexander, sonriente.

—¿Que si quiero que lo sepas? —Ella lo miró con sorpresa—. ¿Tan groseros os habéis vuelto los soldados, que ya no preguntáis a las chicas cómo se llaman?

—No sé si los demás soldados son groseros o no —dijo Alexander, dándole una palmadita en el brazo—, sólo sé que yo tiendo a olvidarme de los nombres.

—Bueno, a lo mejor después de esta noche ya no te olvidas del mío.

La joven sonrió sugestivamente.

Alexander meneó la cabeza con poca convicción. Quería decirle que necesitaría hacer algo extraordinario para que él no se olvidara de su nombre, pero sólo dijo:

—De acuerdo. ¿Cómo te llamas?

—Daria —dijo la chica—. Pero todo el mundo me llama Dasha.

—Muy bien, Daria-Dasha. ¿Tienes algún sitio adónde ir? ¿Hay alguien en tu casa?

—¿Que si hay alguien? Pero ¿tú dónde vives? No estoy sola ni un segundo. Todos están en mi casa: mi madre, mi padre, mi *babushka* mi *dedushka*, mi hermano… Y mi hermanita, que comparte la cama conmigo. —Alzó las cejas y se rio—. Creo que incluso un oficial tendría problemas con dos hermanas a la vez.

—Depende —contestó Alexander, y la rodeó con el brazo—. ¿Qué aspecto tiene tu hermana?

—Parece una niña de doce años —contestó Dasha—. Y tú, ¿tienes algún sitio adónde llevarme?

Alexander la llevó al cuartel. Esa noche le tocaba a él.

Dasha le preguntó si quería que se desnudara.

—No quiero que nos sorprendan —dijo.

—Pues ya ves, esto es un cuartel, no el Hotel Europeo —repuso Alexander—. Si quieres desnúdate, Dasha. Tú misma.

—¿Y tú te vas a desnudar?

—A mí ya me han visto todos —comentó Alexander.

Dasha se desnudó y Alexander también.

Con Dasha disfrutó lo mismo que con tantas otras. Tenía el cuerpo voluptuoso de las rusas, con caderas anchas y pechos grandes ese tipo de cuerpo que volvía loco a hombres como Grinkov, el compañero de cuartel de Alexander. Pero lo que a Alexander más le gustaba de Dasha era una cualidad que le resultaba vagamente familiar: el hecho de que lo tratara con la actitud afable y relajada que normalmente sólo se adopta con las personas a las que uno conoce mucho. Además, la reacción de Dasha también había sido especial.

—Dios mío, Alexander, ¿de dónde has salido? —le dijo.

—¿De dónde he salido?

Alexander se incorporó para mirarla.

—Sí —añadió ella—. Me gusta cómo te mueves.

—Gracias —respondió Alexander.

Estuvieron juntos una hora, hasta que apareció Grinkov con una chica y con cara de no estar dispuesto a aceptar un «hoy no te toca a ti» como respuesta.

Después de vestirse, Alexander acompañó a Dasha hasta la salida del cuartel.

—Dime —le dijo Dasha—, cuando vuelva al local la próxima semana, ¿recordarás mi nombre?

—Claro… Dasha, ¿no?

Alexander sonrió.

A la semana siguiente, Dasha volvió al bar con la misma amiga. Por desgracia, Dimitri se había marchado con otra chica y Dasha no quería dejar sola a su amiga. Terminaron paseando los tres por la avenida Nevski. Al final, la amiga tomó el autobús de vuelta a su casa y Alexander se fue con Dasha al cuartel. Aquella noche

no era su turno y ya había mucha gente en la habitación.

—Tienes dos opciones —propuso Alexander—. O te vas a tu casa, o entras conmigo y haces como si no hubiera nadie más.

Dasha lo miró con una expresión que él no supo interpretar.

—Bueno, ¿por qué no? —concluyó—. Mis padres hacen como si nosotros no estuviéramos y sus hijos nos hacemos los dormidos. ¿Tus compañeros estarán durmiendo?

—¡Ni mucho menos! —contestó Alexander.

—Ah. Me resultará un poco raro.

Alexander asintió.

—¿Quieres que te acompañe a tu casa?

—No, no pasa nada. Lo pasé muy bien la otra semana —dijo Dasha, acercándose.

—Y yo también —contestó Alexander después de una pausa—. Vamos a los jardines del Almirantazgo.

Al tercer sábado volvió a quedar con ella y se fueron a un rincón tranquilo bajo el parapeto del Moika, junto a los barcos atracados. Quedaba bastante retirado y Dasha estuvo muy silenciosa, y Alexander tenía ya práctica en controlar los gemidos. No había sitio para que Dasha se tumbara en el suelo, pero sí para que Alexander se sentara.

—Alex… ¿Te molesta si te llamo Alex? —preguntó Dasha.

—No —respondió él.

—Cuéntame algo de ti, Alex. —Dasha le sonrió—. Eres muy interesante.

Ya habían terminado y él tenía ganas de volver al cuartel para dormir. Los domingos tenía que levantarse a las siete, por mucho que trasnochara.

—¿Por qué no me cuentas tú algo de ti?

—¿Qué quieres saber?

—¿Muchos soldados antes que yo?

—No muchos. —Dasha sonrió—. Alexander, no creo que quieras hablar de eso. Porque de ser así, yo también tengo algo que preguntarte.

—Pregunta.

—¿Muchas mujeres antes que yo?

—No muchas.

Alexander sonrió.

Dasha se echó a reír, y Alexander también.

—¿Sabes una cosa, Alex? Cuando te conocí hace tres semanas, no podía dejar de pensar en ti.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Y no he estado con ningún hombre desde entonces. —Dasha hizo una pausa—. ¿Tú puedes decir lo mismo?

—Claro. Yo tampoco he estado con ningún hombre desde entonces.

—Calla… —dijo Dasha, dándole una palmadita en el brazo—. ¿Tienes tiempo de

echar otro?

—No. —Alexander no quería decirle que ya no le quedaban condones—. Ven a verme la semana próxima. Tendré más tiempo.

—Anda, te prometo que acabaré rápido —insistió Dasha, metiéndole mano.

—No, Dasha. La semana que viene.

De vuelta al cuartel, Alexander se cruzó en el corredor con una chica que había salido con él en mayo, una chica simpática, borracha y atractiva y que no estaba dispuesta a dejarlo tranquilo hasta que se desabrochara la bragueta de los pantalones. Alexander se desabrochó la bragueta.

Y la semana fue larga, y durante la semana Alexander tuvo turno de guardia, y cuando tenía turno aparecieron dos chicas que Dimitri había traído para los dos. Cuando llegó la noche del sábado, Alexander volvió al local de Sadko con un interés marginal en conocer a alguna chica, sólo porque era sábado y había ocasión. Coincidió con una a la que llevaba tiempo sin ver y, después de tomarse un par de copas y de invitarla a ella a otro par, se la llevó al callejón de atrás y lo hicieron contra la pared, y cuando la chica le preguntó «¿No escupes el cigarrillo?», él se dio cuenta con sorpresa de que aún llevaba el pitillo en la boca. Mandó a la chica a casa y volvió a entrar en el bar de Sadko.

Allá, alguien se le acercó desde atrás, le tapó los ojos con las manos y dijo: «Adivina quién soy».

Al darse la vuelta, Alexander vio a Dasha y le sonrió. Esta vez, Dasha no iba acompañada.

Alexander ya había dado por terminada la noche, pero como para Dasha estaba empezando, se sintió obligado a invitarla a unas cervezas y a darle conversación. Se fumaron unos cigarrillos, se rieron un rato, y luego ella lo sacó del bar.

—Es tarde, Dasha —protestó Alexander—. Mañana tengo que levantarme a las siete.

—Ya lo sé —contestó ella, y le acarició el brazo—. Siempre parece que vas huyendo de algo. ¿Por qué tanta prisa, Alex?

Alexander suspiró.

—¿Qué propones? —preguntó, dedicándole una mirada divertida y fatigada a la vez.

—No lo sé. —Dasha sonrió—. ¿Lo mismo que la semana pasada?

Alexander intentó recordar, pero el fin de semana anterior se le había borrado de la memoria. Tenía que responder algo si no quería que Dasha se molestara. Pero entre el fin de semana anterior y el actual había habido… Trató de concentrarse. Había habido muchos rumores sobre la inminencia de la guerra.

—¿No te acuerdas? Estuvimos bajo el parapeto del Moika.

Ahora lo recordaba. Había bajado con ella a la orilla del canal.

—¿Quieres que vayamos allá otra vez?

—No deseo otra cosa.

—Vamos.

Cuando terminaron, era casi la una.

—Alexander —dijo Dasha con voz jadeante, sentada sobre él—. Tienes tanta energía que me dejas extenuada… y no es algo que me suceda a menudo.

—Gracias.

—¿Lo estás pasando bien?

—Mucho.

—No eres muy hablador, ¿verdad?

—¿De qué quieres que hablemos?

—¿Crees que ya hemos hablado de todo? —dijo Dasha, riendo.

—Hemos hablado de todo lo que necesito saber.

—¿Quieres que nos veamos la semana que viene?

—Claro.

—¿Tienes algún día libre? ¿Quieres venir a cenar a casa? Vivo cerca de aquí, en la calle del Quinto Soviet. Te presentaría a mi familia.

—No tengo muchos días libres.

—¿Qué te parece el lunes o el martes?

—¿Quieres decir el lunes o el martes de la semana próxima?

—Sí.

—Ya veremos. No, espera… tengo que… Oye, será mejor que lo dejemos para otra semana.

—No podemos continuar encontrándonos así.

—Ah, ¿no?

—Bueno, sí que podemos —contestó Dasha con una gran sonrisa—. Pero también podríamos ir a algún sitio, ¿no?

—¿Adónde te gustaría ir?

—No lo sé. A algún sitio bonito. A Tsarskoie Selo o a Peterhof…

—Ya veremos… —respondió Alexander sin comprometerse. La apartó, se incorporó y se desperezó—. Es tarde, Dasha. Tengo que volver.

Regresó al cuartel y se sentó con el sargento Iván Petrenko, que estaba de centinela, para charlar un momento, fumarse un pitillo y compartir un vaso de vodka antes de volver a su habitación.

—¿Cree que los rumores son ciertos, teniente? ¿Vamos a entrar en guerra contra Hitler?

—Creo que es inevitable, sargento.

—Pero ¿cómo puede ser? Es como si Inglaterra declarara la guerra a Francia. Alemania y la Unión Soviética son aliadas desde hace casi dos años. Firmamos un pacto de no agresión.

—Y nos repartimos Polonia como dos buenos amigos. —Alexander sonrió—. Petrenko, ¿se fía usted de Hitler?

—No lo sé. No creo que cometa la estupidez de invadirnos.

—Ojalá tenga razón —concluyó Alexander, y apagó la colilla—. Buenas noches.

Lo único que quería era dormir. ¿Era pedir mucho? Pero Marazov y Grinkov estaban con mujeres, tapados hasta la cabeza con las sábanas. Alexander captó una mirada de Grinkov cuando subía a la litera, antes de taparse la cara con una almohada y cerrar los ojos.

—Eres un cabrón, Alexander —declaró una estridente voz femenina.

Alexander soltó un suspiro, apartó la almohada y abrió los ojos. La chica que un momento antes estaba con Grinkov, ahora estaba de pie frente a su litera. Alexander oyó la risita ahogada de Grinkov detrás de él.

—¿Qué he hecho? —preguntó Alexander con voz fatigada.

Reconoció la cara un poco abotargada y muy ebria de la chica.

—¿No te acuerdas? La semana pasada me dijiste que viniera a verte hoy al cuartel. ¡Te he estado esperando tres horas en la puta puerta! Al final me he hartado, he ido al bar de Sadko y he visto que te lo estabas montando con una mujer que no era yo.

Alexander no tenía ganas de levantarse, pero pensó que de un momento a otro iba a recibir una bofetada y no quería que le pegaran mientras estaba tumbado.

—Lo siento mucho —se disculpó. Se sentó y dejó las piernas colgando fuera de la litera. Recordaba vagamente a la chica—. No quería molestarte.

—Ah, ¿no? —exclamó ella, en voz muy alta.

Grinkov se había tapado la cara con la almohada y se estaba riendo. Marazov y su amiga seguían en lo suyo, aparentemente ajenos a lo que pasaba. Como Alexander.

No recordaba el nombre de la chica. Quería decirle que se fuera, pero no quería avergonzarla más aún delante de los demás soldados. Bajó de la litera de un salto, y ella apretó el puño para pegarle. Alexander le sujetó la muñeca.

—No estoy de humor para escenas —anunció.

—Todos sois iguales —protestó la chica—. Unos misóginos y unos puteros, y ninguna de nosotras os importa una mierda.

—No somos misóginos —opinó Alexander, sorprendido—. Al menos yo no. Pero… —(Por Dios, ¿cómo se llamaba esa mujer?)— si somos puteros, ¿en qué te convierte a ti eso?

La chica soltó un gritito de protesta.

—Estoy muy cansado… —añadió Alexander—. ¿Qué quieres de mí?

—Un poco de respeto, Alexander. Nada más. Sólo un poco de consideración.

Alexander se frotó los ojos. Era una conversación absurda.

—Oye, lo siento… —empezó.

—Ni siquiera recuerdas mi nombre, ¿verdad? —lo interrumpió la chica.

Volvió a apretar el puño. Esta vez, a Alexander le costó parar el golpe.

Pero lo paró. Odiaba que le pegaran. Se le erizó todo el vello del cuerpo.

—¡Qué pena me dará la que se enamore de ti, cabrón! ¡Porque le vas a arruinar la vida, cerdo asqueroso! —gritó la chica.

Y giró en redondo para dirigirse hacia el pasillo y la escalera, mientras Alexander soltaba un suspiro.

—Ya me acuerdo… —gritó Alexander a sus espaldas—. ¡Eres Elena!

—Vete a la mierda —contestó Elena, y desapareció pasillo abajo.

«Si esto no es una despedida oficial, no sé qué es», pensó Alexander, y volvió a su litera. Lo único que le apetecía era fumarse un cigarrillo tras otro entre aquellas paredes carcelarias, y tener un momento de silencio y tranquilidad en la habitación para reponer su orgullo herido y pensar en sí mismo y en el punto al que había llegado, tan lejos de Krasnodar y de la joven Larisa, que le había regalado un poco de su dulzura antes de morir; tan lejos de la camarada Svetlana Viselskaia, la amiga de su madre, que le había dicho: «Alexander, tienes unas capacidades excepcionales; no las malgastes». Pensó que cualquiera de las chicas a las que había dejado sin pensarlo dos veces aparecería de un momento a otro por el cuartel dispuesta a volarle la cabeza de un tiro, y en su epitafio pondría: «Aquí yace Alexander, incapaz de recordar el nombre de ninguna de las mujeres a las que se tiró».

Sintiendo un poco de desprecio por sí mismo, intentó dormir. Eran las tres de la madrugada del 22 de Junio de 1941.

# Capítulo 16

*La línea férrea de Siniavino, 1943*

Alexander quiso que Ouspenski fuera a verlo a su tienda.

—¿Qué le pasa al sargento Verenkov, teniente? —le preguntó.

—No sé a qué se refiere, señor.

—Esta mañana me ha traído su ración de café y una parte de la ración de gachas. No toda entera, afortunadamente…

—Así es, capitán.

—Dígame, teniente: ¿por qué me trae gachas Verenkov? ¿Por qué me ofrece condones el sargento Telikov? ¿Para qué quiero yo los profilácticos del sargento? ¿Qué está pasando aquí?

—Es usted nuestro mando, señor.

—Pero yo no les mando que me traigan condones o gachas…

—Verenkov quiere mostrarse amable.

—¿Por qué?

—No lo sé, señor.

—Terminará diciéndome la verdad, teniente.

✶

La base quedaba a un kilómetro del Ladoga y todas las mañanas Alexander andaba hasta la orilla para asearse. En los días plácidos y cálidos del comienzo del verano, el lago olía a aquello en lo que se había convertido: la sepultura de miles de soldados soviéticos.

Una mañana, cuando volvía del lago y pasaba junto al comedor de campaña, Alexander oyó la voz de Ouspenski al otro lado de la lona. En circunstancias normales habría seguido caminando, pero oyó mencionar su nombre en tono conspiratorio y redujo el paso. Ouspenski hablaba con el sargento Verenkov, un joven preso político que hasta entonces nunca había estado en el ejército, y con el sargento Telikov, militar de carrera desde hacía diez años.

—Manténganse alejados de nuestro superior, sargentos —dijo Ouspenski—. No hablen con él y no lo miren a los ojos. Si tienen que pedirle algo, pídanmelo a mí. Y avisen a todos sus hombres. Yo haré de intercesor.

Alexander sonrió.

—¿Es que necesitamos intercesores?

El que había hablado era Telikov. Era un hombre prudente.

—Los necesitan, se lo aseguro —respondió Ouspenski—. El capitán Belov parece un hombre razonable, pero si no llevan cuidado es capaz de estrangularlos con sus propias manos.

—Cállese, no dice más que tonterías —protestó Verenkov, escéptico.

—¿No sabían que le arrancó el brazo a un tal Dimitri Chernenko, del servicio de suministros? —añadió Ouspenski, sin inmutarse pero bajando el tono—. Le retorció el brazo hasta dejarle un muñón ensangrentado. Y lo peor es que por poco lo mata de un puñetazo en la cara. ¡De un puñetazo, Verenkov! Piénsenlo.

Alexander se rio en silencio. Ojalá fuera verdad.

—Y como no lo había matado, desde el hospital donde convalecía ordenó que ejecutaran a Chernenko en la frontera finlandesa.

—¡No hablará en serio!

—Ya les digo que no le teme a nada. Ni a los compañeros del servicio de suministros, ni a los alemanes, ni a la muerte, ni siquiera al NKGB. Escuchen bien lo que les voy a decir y no se lo cuenten a nadie… —Ouspenski bajó la voz y siguió hablando en un susurro—: Cuando lo encerraron en el calabozo de Morozovo, fue a interrogarlo un agente…

—¿Por qué estaba arrestado?

—Por espionaje.

—¡Anda ya!

—Es verdad.

—¿Para quién espiaba?

—Creo que para los japoneses… en fin, no importa. Como les digo, fue a interrogarlo un agente. Nuestro superior iba desarmado, pero ¿saben qué pasó?

—¿Lo mató?

—¡Exacto! ¡Se lo cargó!

—¿Cómo?

—Nadie lo sabe.

—¿Le dio un puñetazo?

—No tenía marcas.

—¿Lo estranguló?

—No tenía marcas, se lo acabo de decir.

—¿Cómo, pues? ¿Con veneno?

—¡Con nada! —respondió Ouspenski muy exaltado—. ¡Ahí está la cuestión! Nadie lo sabe. Pero no olviden que es capaz de matar a un hombre en una celda minúscula sólo con la fuerza de la voluntad. Manténganse alejados de él, si no quieren que a unos alfeñiques como ustedes se los coma con patatas.

—¡Teniente! —exclamó Alexander, irrumpiendo en la tienda.

Ouspenski, Verenkov y Telikov se levantaron de un salto.

—Sí, señor…

—Teniente, no me asuste a los sargentos. Y no me gusta que vaya difundiendo mentiras. Para su información: no soy espía de los japoneses. ¿Queda claro?

—Sí, señor —dijeron tras una pausa tres voces temblorosas.

—Y ahora vuelvan a sus ocupaciones. ¡Todos!

—Sí, señor.

Sus subordinados salieron apresuradamente de la tienda, desviando la mirada. Alexander apenas podía disimular la sonrisa que pugnaba por asomarle a los labios.

✶

Al cabo de unas semanas, era obvio que se repetía siempre la misma situación: Alexander enviaba a la línea férrea a dos o tres pelotones, a una o dos secciones, a cincuenta hombres, y no volvían. Y no había suficientes vendas, antibióticos, sangre ni morfina para los pocos que sí lo hacían. Los alemanes se habían apostado entre los árboles de los altos de Siniavino y desde su posición gozaban de una excelente perspectiva sobre el tramo averiado de la línea férrea. Sin embargo, había que hacer llegar provisiones a Leningrado fuera como fuera, de modo que Alexander tenía que seguir enviando soldados a las vías. Aunque el tramo averiado no llegaba a cinco kilómetros, sus hombres no conseguían reparar ni cien metros sin que les cayera una lluvia de proyectiles desde las colinas. Era junio y no hacía demasiado frío. Todas las tardes, Alexander mandaba retirar los cadáveres. Los llevaban al campo que se extendía detrás de los álamos y los echaban en una fosa común sin molestarse en cubrirlos de tierra. Habían aprovechado los cráteres abiertos por las minas unas semanas antes y los cuerpos amontonados no llegaban aún al borde. Todo el campo olía a tierra removida, a barro y a muerte. A guerra.

Llegó el 22 de junio de 1943, el día en que se cumplían dos años del comienzo de la guerra. Dos años del comienzo de todo.

*Orbeli y su arte, 1941*

A Alexander lo despertaron a las cuatro de la madrugada, cuando llevaba apenas una hora durmiendo. Su único consuelo fue comprobar que todos sus compañeros habían recibido la orden de salir al patio.

Era el domingo 22 de junio, solsticio de verano, el día más largo del año 1941. El patio estaba bañado en la luz rosada del amanecer. El coronel Mijail Stepanov se dirigió a sus tropas:

—Hace una hora, Hitler ha destruido la flota soviética destacada en el mar Negro. Ha acabado con nuestros aviones, nuestros barcos y nuestros hombres y sus soldados han entrado en territorio soviético. Además, han atravesado la frontera por el norte de Ucrania, desde Prusia. El ministro de Defensa, Molotov, hará una proclama oficial este mediodía.

Un clamor recorrió las filas de soldados medio dormidos. Alexander se mantuvo en silencio. La noticia no le había sorprendido porque los oficiales del Ejército Rojo venían hablando de la guerra desde hacía algún tiempo y el invierno anterior habían empezado a circular rumores sobre las fortificaciones que Hitler estaba instalando en

la frontera. Lo primero que pensó fue: «¡La guerra! Otra oportunidad para escapar…».

Alexander aguantó a base de café y cigarrillos las cuatro horas de reunión sobre los nuevos planes defensivos. Después lo mandaron a hacer la ronda por la ciudad hasta las seis de la tarde, momento en que debía volver al cuartel para el turno de guardia. A las once de la mañana se alegró de poder salir a la calle.

Cruzó animadamente la plaza del Heno y bajó por la avenida Nevski, donde tuvo que interceder en una pelea entre una mujer y un hombre bastante más corpulento que ella, al que la mujer estaba arreando bolsazos e insultando a gritos. Alexander tardó unos minutos en comprender que estaba tan enfadada porque el otro había intentado colarse.

—¿El camarada no sabe que ha estallado la guerra? ¿Qué cree que estamos haciendo aquí? Ya pueden mandarme el Ejército Rojo al completo, que no pienso dejarlo pasar.

—Ya la ha oído —dijo Alexander, enarcando las cejas—. No piensa dejarlo pasar.

Frente a la tienda de comestibles Elisei había ocho mujeres enfrascadas en una trifulca. A una se le había caído una salchicha, otra se había apresurado a quedársela y, mientras las dos primeras discutían una tercera había aprovechado para birlarle un paquete de harina a otra clienta. Alexander no se sentía con ánimos para ejercer de rey Salomón con ocho mujeres airadas y no se quedó mucho tiempo tratando de apaciguarlas, pero nada más irse tuvo que apaciguar otra pelea entre los pasajeros que esperaban un autobús.

Al final optó por alejarse de la Nevski, que le parecía peor que la guerra; al menos, en la guerra uno podía disparar contra el enemigo. Se encaminó hacia San Isaac, donde reinaba un ambiente mucho más tranquilo, y se paró a fumar delante de la estatua del Jinete de Bronce. Hacía semanas que no había ido a la biblioteca a comprobar si el libro seguía allí. Pensó que ahora que había empezado la guerra sería más prudente recuperarlo, porque las bibliotecas y los museos tratarían de poner a buen recaudo sus fondos más valiosos. Parado frente a la estatua, Alexander rememoró su poema preferido: «Y por la luna pálida alumbrado, con el brazo tendido hacia la altura, el jinete de bronce lo persigue montado en su caballo retumbante». Sonrió al ver que aún recordaba unos versos que llevaba años sin leer, encendió otro cigarrillo y echó a andar por la orilla del río, dejando atrás los jardines del Almirantazgo y el puente del Palacio. Al llegar a la altura del Hermitage vio a un caballero alto y bien vestido que contemplaba el río desde el parapeto. Con el rostro serio, el hombre saco un cigarrillo y le hizo un gesto. Alexander contestó con otro gesto y redujo el paso.

—¿Tiene fuego? —le preguntó el hombre.

Alexander se paró y sacó el mechero.

—Gracias, me he dejado las cerillas en el museo —explicó rápidamente el hombre.

—No hay de qué —respondió Alexander.

El hombre le tendió la mano.

—Me llamo Josif Abgarovitch Orbeli —se presentó, sacudiéndose una mota de ceniza de la barba canosa y descuidada.

—Soy el teniente Alexander Belov —respondió Alexander, estrechándole la mano.

—Ajá —dijo Orbeli, y se volvió otra vez hacia el río—. Dígame teniente: ¿es verdad que ha estallado la guerra?

—Es verdad, ciudadano. ¿Dónde lo ha oído?

Orbeli, sin mirarlo, señaló el Hermitage.

—En el trabajo. Soy el conservador del museo. Dígame, ¿usted qué opina? ¿Cree que los alemanes llegarán hasta Leningrado?

—¿Por qué no? —respondió Alexander—. Han entrado en Checoslovaquia, Austria, Francia, Bélgica, Holanda, Dinamarca, Noruega y Polonia. Toda Europa está en manos de Hitler. ¿Qué más le falta por conquistar? No puede ir a Inglaterra porque le asusta el agua; por eso ha venido hacia aquí. Ése era su plan desde el principio. Y sí, llegará hasta Leningrado.

«Con la ayuda de los finlandeses», quiso añadir, pero no lo dijo para no preocupar aún más al conservador.

—*Bozhe moil Koshmar!* —exclamó Orbeli—. ¿Qué va a pasar? ¿Qué será de mi Hermitage? Lo bombardearán tal como han hecho con Londres. No quedará ninguna iglesia y ningún monumento en nuestra ciudad… Destruirán todo nuestro arte —dijo con voz desfalleciente.

—La catedral de San Pablo sigue en pie —le recordó Alexander para animarlo—. Y la abadía de Westminster, y el Big Ben, y el puente de Londres… Los alemanes no se atrevieron a tocar los monumentos británicos. Aunque es cierto que murieron cuarenta mil londinenses…

—Sí, sí —reconoció Orbeli, con un gesto de impaciencia—. En las guerras siempre muere gente. Pero ¿qué será de mis obras de arte?

—Bueno, no podemos sacar de Leningrado la catedral de San Isaac o la estatua del Jinete de Bronce, pero sí que podemos evacuar a sus habitantes. Y también podremos evacuar sus obras de arte… —dijo Alexander, haciendo ademán de marcharse.

—¿Y adónde las mandaremos? —exclamó Orbeli, elevando la voz—. ¿Quién cuidará de ellas? ¿Dónde estarán a salvo?

—El arte tendrá que cuidarse solo —respondió Alexander—. Da igual adónde envíe las obras del museo, en cualquier sitio estarán más seguras que en Leningrado.

—¿Mis tamerlane? ¿Mis renoir? ¿Mis rembrandt? ¿Mis fabergé? ¿Tendré que dejar solos a mis valiosos tesoros?

—Estarán más seguros en otro sitio, y un día u otro se acabará la guerra. Que tenga un buen día, ciudadano.

Alexander se descubrió para despedirse.

—El día de hoy no tiene nada de bueno —rezongó Orbeli, y se dio la vuelta para regresar al museo.

Con una sonrisa, Alexander siguió caminando junto al Neva hasta dejar atrás el Palacio de Invierno y el canal Moika. Aquella tarde de domingo la orilla del río estaba muy poco concurrida, no como la Nevski, donde las filas de compradores llegaban hasta la calle y todo el mundo se insultaba a gritos. Alexander prefería caminar por la orilla del río, donde había mucho menos bullicio. Con el fusil al hombro, dejó atrás el Jardín de Verano y siguió andando en dirección al monasterio de Smolni.

Se paró un momento al llegar a la esquina de la calle Ulitsa Saltykov-Schedrin. A su derecha, a dos manzanas de distancia, comenzaba la apacible extensión del parque de Táuride, donde tanto le gustaba pasear en verano. Pero en los alrededores de Smolni podía haber alguna trifulca que reclamara su intervención. ¿Qué camino debía tomar? ¿Continuar hacia Smolni y bordear después el parque de Táuride, o acercarse a la entrada del parque y seguir después hacia el monasterio?

Encendió un cigarrillo y se detuvo un momento a mirar el reloj.

Tenía tiempo. ¿Qué necesidad había de correr? Si se había formado algún altercado en Smolni, daba lo mismo que tardara quince minutos o media hora en llegar. Iba solo y no podía estar en todos los sitios a la vez. De manera que dobló a la derecha y entró en Ulitsa Saltykov-Schedrin.

La calle estaba desierta y la brisa agitaba las ramas de los árboles. Alexander pensó en los bosques de Barrington; recordó cuando Teddy y él se tumbaban en el suelo y escuchaban el rumor de las hojas sobre sus cabezas. Era un sonido agradable.

Pero esta vez el sonido era diferente. Era la voz de alguien que cantaba.

La voz era apenas audible. Alexander miró hacia el final de la calle pero no vio a nadie.

Luego se volvió hacia la acera opuesta y vio a una muchacha sentada en un banco.

Lo primero en lo que se fijó fue en la melena larga y rubia que le ocultaba la cara, y después en su vestido blanco bordado con rosas rojas. Sentada bajo el dosel de hojas verdes, con su pelo muy claro, su vestido blanco y sus rosas color sangre, la muchacha era como un soplo de aire fresco. Se estaba comiendo un helado y canturreaba en voz baja. Alexander reconoció la melodía de «Algún día nos encontraremos en Lvov, mi amor y yo…», una canción de moda. La chica se las arreglaba para cantar, lamer el cucurucho, balancear una pierna desnuda y un pie ataviado con una sandalia roja y apartarse el pelo de la cara, todo al mismo tiempo. Estaba totalmente ensimismada, ajena no sólo a la presencia de Alexander, que la miraba embobado desde el otro lado de la calle, sino también a la guerra al mundo, a todas las cosas que regían la actividad de aquella tarde de domingo en Leningrado. Estaba inmersa en un instante donde sólo existían ella, su resplandeciente cabellera,

su magnífico vestido, su helado y su melodiosa voz. Se encontraba en un lugar que Alexander no había visto nunca hasta entonces, sumergida en el mar lunar de la tranquilidad. Alexander era incapaz de apartarse del punto donde se había detenido a contemplarla.

Y ahora, años después, seguía viéndola por primera vez, sin poder alejarse del punto al que lo había llevado aquel domingo. Alexander sabía muy bien que si ese día hubiera seguido andando en línea recta en lugar de doblar a la derecha, su vida presente sería muy distinta. O si hubiera seguido caminando y no se hubiera detenido al verla. Podría haber sido precavido y no cruzar la calle. Podría haberla mirado embobado un momento para retomar enseguida su camino… ¿o no?

Sin embargo, aquella luminosa tarde de domingo, Alexander no sabía nada, no pensaba en nada, no imaginaba nada. Se olvidó de Dimitri y de la guerra y de la Unión Soviética y de sus planes de fuga, se olvidó incluso de Estados Unidos, y cruzó la calle para encontrarse con Tatiana Metanova.

Más tarde observó cómo movía ella las manos al hablar. Sus dedos eran finos y bien formados y las uñas estaban muy cuidadas. Le preguntó por qué tenía aquellas manos tan impecables y ella le dijo que una vez había conocido a una chica que llevaba las uñas sucias y era bastante problemática, y siempre lo había tenido en cuenta.

—¿Piensas que era problemática porque llevaba las uñas sucias?

—Estoy bastante convencida.

Alexander deseó que las impecables manos de la muchacha lo acariciaran.

—¿Dónde vives, Tania?

—En la calle del Quinto Soviet. ¿Sabes dónde está?

Alexander hacía la ronda por esa zona.

—Cerca de la avenida Gresheski. No muy lejos hay una iglesia.

—Sí, justo enfrente —explicó Tatiana.

—Aunque me parece que llamarla «iglesia» no es del todo correcto. Es un archivo de documentos.

Ella se echó a reír.

—Sí —contestó, divertida—. Es una iglesia soviética.

Los momentos que Alexander compartió con Tatiana aquel domingo le parecieron muy breves.

Todos los momentos que pasó con ella le parecieron breves, acorralados como estaban por la guerra, por los padres de Tatiana, por la falsa identidad de Alexander, por la ascendencia que Dimitri había adquirido sobre él, por la actitud de Dasha… ¡pobre Dasha! Y ahora estaba acorralado por Slonko y por Nikolai Ouspenski, perseguido por la Unión Soviética en todas sus facetas. Alexander tenía que encontrar la manera de sobrellevar todo aquello, dejar de recordar, apagar el eco de los cien minutos que había pasado con Tatiana a solas, aquel eco que resonaba sin cesar dentro de su cabeza. Un viaje en autobús con Tatiana sentada a su lado, toda para él,

un paseo con ella por el Campo de Marte, la intuición de lo que podría haber sido, una súbita emoción en un corazón inflamado y ¿cuál era el resultado? La eternidad en la Rusia Soviética.

¿Dónde podrían esconderse? ¿Adónde irían si querían desaparecer?

El domingo llegó y se fue.

El Campo de Marte, el mes de junio, la muerte, la vida, las noches blancas, Dasha, Dimitri… todos llegaron y se fueron.

Pero Alexander seguía allí, de pie en la acera soleada, mirando a Tatiana sentada bajo los olmos, contemplando aquel soplo de aire fresco que había frente a él, con su vestido blanco de rosas rojas, cantando y saboreando un helado con una boca muy roja. Tatiana, que había sido suya y sólo suya durante cien minutos fugaces como un parpadeo. Había sido suya pero el momento ya había pasado, arrastrado por una tormenta de nieve que no había dejado más que luz y vacío. El momento había llegado a su inexorable final y él seguía plantado en la acera, sin poder moverse, recomponiendo una y mil veces su corazón afligido.

*La pérdida de Pasha, 1941*

Pasha, el hermano mellizo de Tatiana, había desaparecido. Al principio sólo se había marchado una temporada a un campamento juvenil, pero los aviones de la Luftwaffe bombardearon el campamento, el Ejército Rojo mandó a los muchachos a enfrentarse contra los *panzer* y Pasha se esfumó. Tatiana, que no estaba dispuesta a aceptarlo, se fue a buscarlo a Luga, con los nazis al otro lado del río. Cometió aquella locura para recuperar a su hermano, que también la quería con locura.

Otro instante fugaz en que Tatiana casi había sido de Alexander. Se acostaron juntos en la tienda de campaña y los dos sabían que aquél era el único lugar en el que querían estar. A pesar de la presencia de los soldados de Hitler a unos cientos de metros, a pesar de las costillas rotas de Tatiana, de su pierna rota y de su corazón destrozado, a pesar de la pérdida de Pasha.

Alexander la oyó sollozar.

—Tenemos que encontrarlo, Shura —exclamó Tatiana.

—Tania…

—Tenemos que encontrarlo. No puedo volver a casa sin encontrarlo. No puedo fracasar. No conoces a mi familia. No me conoces.

—Sí que te conozco, Tania. Tendrás… tendréis que aprender a vivir con lo que os queda.

—No digas eso. No puedo vivir sin Pasha.

—Lo siento, Tania —contestó Alexander, que apenas podía articular las palabras.

—No puedo, sencillamente. Es mi hermano, ¿no lo entiendes? ¿Y si está esperándome en algún sitio y yo no voy en su busca? ¿Quién lo rescatará del enemigo

si no es su familia? ¿Y si se está preguntando por qué tardo tanto en ir a salvarlo, Alexander?

—¿Y por qué iba a estar esperándote?

—Porque sabe lo que soy para él y sabe que no puedo abandonarlo.

Alexander no dijo nada. Pasha era afortunado de contar con una persona como Tatiana.

—No hay ni rastro de él, Tania. Os separan dos millones de soldados alemanes. No puedes caminar, no puedes doblar la cintura. Estás herida y él está desaparecido. Déjalo en paz con Dios.

A la mañana siguiente, cuando estaban solos en el bosque y empezaron a caer bombas y él se tumbó encima de ella para protegerla con su cuerpo, no pudo contenerse más y la besó. Podrían haber muerto allí mismo, entre los árboles. Alexander casi deseó morir cuando pensó fugazmente en lo que les esperaba: la desesperación, las decepciones, Dasha, Dimitri, Hitler, Stalin, guerra por todas partes. Deseó ser eternamente joven, vivir para siempre en aquel mismo instante, bajo los árboles en llamas.

Pero Alexander sobrevivió y llevó a Tatiana de vuelta con sus afligidos familiares.

Pasha no apareció. Unas semanas después les dijeron que había muerto en el incendio de un tren. El padre no se recuperó de la impresión y se dio a la bebida, hasta que tampoco quedó nada de él. Pasha era su único hijo varón. Alexander, que también era el único hijo de sus padres, se alegró de haber podido confortar a Harold en la cárcel. ¿Cómo era tener un padre, una madre que por la noche se acercaba a la cabecera de tu cama a darte un lloroso beso de buenas noches?

Era incapaz de recordarlo.

Empezó a ver a Tatiana como una posibilidad desperdiciada, un momento que había pasado hacía tiempo. No podía negar sus sentimientos, pero decidió que a ella le correspondía otra vida, otro tiempo, otro hombre.

Sin embargo, Tatiana quería más.

El problema era que Alexander no podía darle nada más. No tenía nada.

# Capítulo 17

*Navidad en Nueva York, 1943*

Vikki invitó a Tatiana y al niño a pasar la Nochebuena en casa de sus abuelos.

Cuando llegaron, Tatiana vio que también estaba Edward.

—¿Por qué lo has invitado? —susurró a Vikki en la cocina.

—Él también celebra la Navidad, Tania.

Un rato después, Tatiana estaba sentada al lado de Edward en el sofá, tomando sorbitos de un brebaje que recibía el nombre de «ponche» y sosteniendo en el regazo a su bebé de seis meses, que también quería probar el ponche. Edward le contó que cuatro días antes lo habían echado de casa. Al parecer su mujer estaba harta de que trabajara tanto y pasara tan poco tiempo con ella.

—A ver si lo entiendo —dijo Tatiana—. ¿Te ha echado porque no pasabas suficiente tiempo con ella?

—Exacto.

—¿Y eso no significa que aún pasarás menos tiempo con ella? —insistió Tatiana.

Edward se echó a reír.

—Me parece que mi mujer no me apreciaba mucho, Tania —concluyó.

—Es triste que una esposa sienta eso por su marido —comentó Tatiana.

Vikki se les acercó con una bandeja de galletitas con miel. Su expresión orgullosa hizo que Tatiana la definiera silenciosamente como «problemática».

Habían puesto un disco de música navideña, la casa olía a jengibre, a tarta de manzana y al ajo de la salsa para los espaguetis, incluso los colores rojizos del apartamento resultaban muy adecuados para la celebración y Vikki llevaba un vestido de terciopelo marrón que combinaba muy bien con el castaño aterciopelado de su pelo y de sus ojos. Isabella y Travis les dieron de comer como si el país no estuviera en guerra. La conversación fluía ligera como el vino.

Después de la cena, Tatiana se retiró un momento para dar de mamar a su hijo. El rumor de las conversaciones navideñas inundaba el resto del piso, pero el dormitorio donde ella acunaba a su hijo con los ojos cerrados estaba oscuro, caldeado y silencioso.

Aquella Nochebuena, la joven Tatiana no encontró consuelo en las oraciones de la misa del Gallo, ni en la cena familiar, ni en la compañía de Vikki, ni en su habitación de la isla de Ellis. Mientras daba de mamar a su hijo, una única palabra le golpeaba el alma a cada segundo y retumbaba en las lágrimas que le resbalaban por las mejillas, en la leche que fluía de sus pechos y en los latidos de su corazón: *Alexander*.

✶

En Navidad, Ellis era un lugar triste. A Tatiana, sin embargo, la reconfortaba

sentirse necesitada por alguien que no era su hijo. Daba de comer a los heridos cubiertos por las sábanas blancas y les decía que pensaran en sus hermanos de armas, que no tenían una cama donde descansar ni a nadie que los consolara.

—Eso es porque no está usted cuidándolos —comentó con un acento muy marcado un piloto que se llamaba Paul Schmidt.

Era un militar alemán que había combatido en North Channel, bombardeando los buques que transportaban alimentos y armas hacia el mar del Norte. Los norteamericanos lo habían rescatado cuando su avión había caído al agua. En el barco que lo llevaba a Estados Unidos le habían amputado las piernas, y ahora que estaba a punto de terminar la convalecencia iban a repatriarlo. Paul explicó que no quería regresar a su país.

—Si no estuviera tullido, me obligarían a trabajar como han hecho con los demás prisioneros alemanes, ¿no?

—Puede que lo envíen a trabajar a algún lado —observó Tatiana—. Podría ordeñar vacas en una granja, por ejemplo.

—Lo que me gustaría —explicó el piloto con una sonrisa— es que una americanita guapa se casara conmigo para no tener que volver.

—Pídaselo a otra enfermera —dijo Tatiana, con otra sonrisa—. Yo no soy norteamericana.

—No me importa —contestó el piloto, sin que el interés de su mirada se desvaneciera.

—¿Y cree que la esposa que lo espera en su país estaría contenta si usted se volviera a casar?

—No hay por qué decírselo —contestó el soldado, risueño.

Tatiana le contó algunas cosas de su pasado. Le resultaba más fácil charlar con los soldados italianos y alemanes que con Vikki y con Edward, a los que no se atrevía a describir su vida anterior a Estados Unidos, entre las nieves de Leningrado y las lluvias de Lazarevo. En cambio, aquellos soldados moribundos y desarraigados la entendían muy bien, se identificaban con ella.

—Me alegro de no estar en el Frente Oriental —manifestó Paul Schmidt.

«Yo no —quiso decir Tatiana—, porque allí, mi vida tenía sentido».

—Pero no fue allá donde cayó herido —observó.

Se inclinó para seguir dándole de comer, sin apartar la mirada de la cuchara metálica y el plato de esmalte. Trató de pensar únicamente en el aroma del caldo, la textura de la sábana almidonada y de las mantas de lana y el frescor de la sala. Quería alejar las imágenes del Frente Oriental. *Dando de comer a su marido… acercándole la cuchara a los labios… durmiendo en la butaca contigua a su cama… apartándose unos pasos y dándole la espalda…*

No. ¡No!

—No se puede imaginar cómo nos están tratando los soviéticos —insistió el piloto.

—Me hago una idea, Paul —aseguró Tatiana—. El año pasado era enfermera en Leningrado. Y poco antes, vi lo que sus compatriotas hacían con nuestros soldados.

El piloto meneó la cabeza con tanta vehemencia que el caldo se le salió de la boca. Tatiana le limpió la barbilla con la servilleta y le acercó otra cucharada.

—Los soviéticos ganarán la guerra —dijo él, y bajó la voz—. ¿Y sabe por qué?

—¿Por qué?

—Porque no valoran la vida de sus hombres.

—¿Y Hitler valora la de los suyos? —preguntó Tatiana tras un momento de silencio.

—Más que Stalin. Hitler se esfuerza en curarnos para que podamos volver al frente, pero Stalin deja morir a sus hombres y luego manda al frente a chavales de trece o catorce años que también terminan muriendo.

—Pronto no quedara nadie a quien enviar —reflexionó Tatiana.

—Antes de llegar a ese punto, Stalin habrá ganado la guerra.

Tatiana tuvo que dejar a Paul para atender a otros heridos, pero más tarde volvió con él y le llevó un té con leche y unas pastitas navideñas.

—Por cierto, se equivoca respecto a mí —aseguró Paul—. Caí herido en Rusia, en Ucrania. Derribaron el bombardero que pilotaba y estuve a punto de perder el estómago en la caída. —Hizo una pausa como si recordara algo—. De perderlo literalmente.

—Lo entiendo —dijo Tatiana.

—Cuando me curé me enviaron a North Channel porque era menos peligroso. Qué paradoja, ¿no? Mi capitán decidió que ya no era tan buen piloto. Pero ¿sabe?, los partisanos soviéticos que me recogieron el año pasado en Ucrania no me mataron. No sé por qué se apiadaron de mí, quizá porque era Navidad.

—No creo que se apiadaran porque fuera Navidad —contestó amablemente Tatiana—. Los soviéticos no la celebran.

El piloto alemán la miró muy serio.

—¿Por eso está usted aquí? ¿Porque para usted no es fiesta?

Tatiana negó con la cabeza. Quiso persignarse para darle ánimos, pero se contuvo. Sintió ganas de llorar, pero se contuvo. Quería exhibir una fachada inexpugnable y dura como una roca, ser como Alexander… Pero no podía.

—Estoy aquí para que los heridos sepan que no están solos aunque estén lejos de su tierra —explicó con voz temblorosa—. Estoy aquí porque tengo la esperanza de que si los trato bien, si les doy un poco de consuelo, entonces quizá, en otro lugar, alguien tratará bien a…

Le resbaló una lágrima por la mejilla.

—¿Cree que las cosas funcionan así? —preguntó Paul, mirándola sorprendido.

—No sé cómo funcionan las cosas —respondió Tatiana.

—¿Él está en el Frente Oriental?

—No sé dónde está —dijo Tatiana.

Seguía sin dar crédito al certificado que guardaba en su habitación, en el interior de la mochila negra.

—Pues rece para que no esté en el Frente Oriental. No duraría ni una semana.

—¿No?

El rostro de Tatiana reflejó seguramente su desánimo, porque Paul le dio una palmadita en la mano y añadió:

—No piense en eso, enfermera… ¿Sabe qué es lo que él más desea, esté donde esté?

—¿Qué? —susurró Tatiana.

—Que usted esté a salvo —contestó Paul.

*Navidad en Nueva York.*

Navidad en el Nueva York de los tiempos de guerra. El año anterior Tatiana había celebrado la Nochevieja en el hospital Gresheski, con el doctor Matthew Sayers y las demás enfermeras. Bebieron vodka y brindaron con los pocos pacientes que no dormían y tenían fuerzas suficientes para alzar el vaso. Tatiana sólo pensaba en ir al frente para encontrarse con Alexander. Tenían previsto marcharse al cabo de cinco días. Alexander aún no lo sabía, pero Tatiana encontraría el modo de salir con él de la Unión Soviética. No había luces de Navidad en Leningrado. La ciudad estaba cubierta de escombros. En Nochevieja los alemanes lanzaron proyectiles desde Pulkovo, y el primer día del año los bombardearon desde el aire. Cuatro días después, Tatiana salía de Leningrado en un *jeep* de la Cruz Roja conducido por el doctor Sayers y pensaba: «¿Volveré a ver Leningrado alguna vez?».

Y ahora tenía la impresión de que nunca volvería a verlo.

Lo que veía ahora no era Leningrado sino Nueva York en Navidad. Veía las calles de Little Italy adornadas con lucecitas verdes y rojas, y la calle Cincuenta y siete adornada con bombillas blancas, y el remate del Empire State iluminado en rojo y verde, y el árbol del Rockefeller Center. Por ser Navidad, el gobierno permitió encender las luces de los rascacielos durante una hora, pero después tuvieron que apagarlas por la guerra.

Tatiana empujaba el cochecito de Anthony bajo la nieve, rodeada de una multitud bulliciosa y cargada con bolsas de regalos. Ella no llevaba nada porque sólo había salido a pasear por las calles nevadas y alegres del Nueva York de los tiempos de guerra, pensando que Alexander, en Boston, había vivido diez diciembres como ése. Diez diciembres con canciones navideñas, con bolsas y paquetes bajo los brazos, con el constante tintineo de los cascabeles, con árboles cubiertos de guirnaldas luminosas, con cafeterías que proclamaban en el escaparate: «JESÚS ES EL MOTIVO DE LA CELEBRACIÓN».

Alexander había vivido todo eso, y sus padres le habían hecho regalos, y Santa

Claus había visitado su casa en Navidad. Tatiana entró en una juguetería y compró un trenecito para Anthony. El niño era demasiado pequeño para jugar con él, pero ya crecería.

En el escaparate de Bergdoff, en la esquina de la calle Cincuenta y ocho y la Quinta Avenida, Tatiana vio unas mantas con dibujos navideños y, como hacía frío y estaba pensando en Alexander, entró en la tienda y preguntó cuánto costaban. Eran de cachemira pura y valían la escandalosa cantidad de cien dólares cada una. La dependienta le dijo el precio y le dio la espalda como si diera por terminada la conversación. Acto seguido se giró como si acabara de recordar algo, le arrebató la manta de las manos y volvió a darle la espalda.

—Me llevaré tres —dijo Tatiana, sacando el dinero del monedero—. ¿En qué colores las tienen?

Aquella noche, en la isla, madre e hijo durmieron en la cama de Tatiana, abrigados con dos mantas de cachemira. La tercera estaba reservada para el padre de Anthony.

Nueva York en Navidad. Había jamón, y había queso, y había leche y chocolate y cien gramos de carne para cada uno, y había la alegría de las madres que buscaban juguetes para sus hijos y esperaban a los soldados que volvían a casa a pasar las fiestas.

No era el caso de Vikki, que ya se había divorciado de su marido. Y tampoco el de Tatiana, que había perdido al suyo. Pero sí el de otras mujeres.

Los árboles de la ciudad resplandecían bajo las guirnaldas de luces blancas. En Ellis, las enfermeras decoraron un abeto para los soldados alemanes e italianos; el problema era que ninguna quería trabajar en Navidad, aunque les duplicaran o triplicaran el sueldo o les dieran una semana de vacaciones. Tatiana trabajó por el triple del sueldo y por una semana de vacaciones.

Nueva York en Navidad.

Mientras empujaba el carrito de Anthony por la calle Mulberry, camino de la casa de Vikki en Little Italy, Tatiana entonaba en voz baja *El largo sendero*, una canción que había oído en la radio del hospital:

Un largo sendero se adentra,
en la tierra de mis sueños,
donde cantan las alondras
y brilla la luna blanca.
Me espera una larga noche
hasta que mis sueños se cumplan,
hasta el día en que recorra
este largo sendero contigo.

# Capítulo 18

*Alexander y los alemanes, 1943*

Los soviéticos seguían muriendo en Siniavino, y los alemanes seguían apostados en las colinas.

Alexander seguía enviando soldados a reparar las vías, y los soldados seguían cayendo. El teniente coronel Muraviev, al mando de varios batallones regulares y disciplinarios, no se mostró muy dispuesto a escuchar sus protestas.

—Es un batallón de castigo —le dijo—. ¿Sabe qué quiere decir eso, capitán?

—Lo sé —respondió Alexander—. Pero déjeme que le haga una pregunta. Sólo estudié matemáticas hasta la secundaria, pero… si el ritmo de bajas es de treinta al día, ¿cuánto durarán mis doscientos hombres?

—Ésta me la sé —exclamó Muraviev—: ¡seis días!

—Exacto. Ni una semana. Los alemanes tienen a trescientos soldados apostados en las montañas, y a nosotros no nos queda prácticamente ninguno.

—No se preocupe. Le proporcionaremos más soldados para que los envíe a la línea férrea. Como siempre.

—¿Es ése el objetivo? ¿Que los alemanes hagan prácticas de puntería con nuestros hombres?

—Ya me avisaron de que era usted conflictivo —declaró Muraviev, lanzándole una mirada torva—. No olvide que está al mando de un batallón disciplinario. La seguridad de sus hombres no es asunto mío. Ocúpese de arreglar las vías y cierre el pico.

Alexander salió de la tienda sin hacer el saludo reglamentario.

Estaba claro que tendría que tomar cartas en el asunto. No esperaba a Stepanov, pero se habría conformado con un superior que tuviera sólo el 10% de su talento. ¿Por qué iba a preocuparse Muraviev por los soldados del batallón de Alexander? Todos eran reos de la justicia. Entre sus delitos estaba haber tenido una madre perteneciente a una orquesta que mantenía correspondencia con músicos franceses, aunque la mujer ya estuviera muerta y la orquesta se hubiera disuelto muchos años atrás. A otros los habían visto entrar en una iglesia, antes de que Stalin declarase al *Pravda* que él también creía en «cierto tipo de Dios». Otros habían estrechado casualmente la mano de un ciudadano a punto de ser detenido. Algunos habían sido vecinos de una persona acusada de algún delito.

—Yo soy uno de ésos: tuve la mala suerte de ocupar la cama contigua a la suya, capitán —manifestó Ouspenski.

Alexander sonrió. Se dirigían al cobertizo que se empleaba como arsenal. Alexander había pedido a Ouspenski que lo acompañara porque quería solicitar un mortero de 160 milímetros.

El día anterior, al amanecer, había subido a una colina cercana a las vías para

observar cómo caían sus hombres. Oculto entre los arbustos y usando unos prismáticos de campaña, localizó el punto de partida de las tres bombas que arrojaron los alemanes. Estaban a dos kilómetros por lo menos. Por eso necesitaba un mortero de 160 milímetros, el único capaz de hacer blanco a esa distancia.

Por supuesto, el responsable del arsenal se negó a darle el mortero. El sargento que atendía el mostrador le dijo que un batallón disciplinario no estaba autorizado a emplear morteros y que la solicitud tenía que estar firmada por su mando inmediato. Pero Muraviev se rio de Alexander y se negó a ayudarlo.

—He perdido a ciento noventa y dos hombres en siete días. ¿Habrá reos suficientes para reparar la línea?

—¡Órdenes son órdenes, Belov! El mortero es para la compañía que tiene que atacar a los alemanes en Siniavino la semana próxima.

—¿Sus hombres pretenden subir hasta la cima de una montaña pertrechados con un arma tan pesada, coronel?

Muraviev le ordenó que saliera de la tienda.

Alexander terminó hartándose y convocó al sargento Melkov. Aquella noche, Melkov, el que mejor aguantaba el vodka de todo el batallón, invitó a beber al vigilante del cobertizo hasta que éste se quedó dormido en la silla y no pudo oír los crujidos de la desvencijada puerta de madera cuando Alexander y Ouspenski entraron a por el mortero. Tuvieron que hacerlo rodar a lo largo de un kilómetro, en plena noche. Entretanto, Melkov, que se había tomado el encargo en serio, los esperó junto al vigilante, echándole tragos de vodka por el gaznate cada quince minutos.

Poco antes de las cinco de la mañana, siete de los hombres de Alexander bajaron a las vías como cebo.

A través de los prismáticos, Alexander vio cómo la primera bomba dibujaba una curva sibilante desde el punto de origen hasta la línea férrea. Sus hombres lograron escapar indemnes. Alexander y Ouspenski tuvieron que aunar sus fuerzas para introducir la bomba explosiva dentro de la recámara.

—No lo olvide, Nikolai —dijo Alexander mientras dirigía el cañón hacia las montañas—. Sólo tenemos dos proyectiles: dos únicas oportunidades de acabar con los putos alemanes. Y este trasto tiene que estar en el arsenal dentro de veinte minutos, antes del cambio de guardia de las seis.

—¿No se darán cuenta de que faltan las dos bombas mayores?

Alexander dirigió los prismáticos hacia la montaña bañada en la luz azul del amanecer.

—Me da igual que se enteren, mientras consigamos aplastar a esos alemanes de mierda. De todos modos, no creo que se fijen. ¿Cree que alguien lleva algún tipo de inventario? ¿El vigilante borracho, tal vez? De ése ya se encarga Melkov, que además aprovechará para sacar treinta ametralladoras.

Ouspenski soltó una carcajada.

—No se ría, desequilibrará el mortero —dijo Alexander—. ¿Está listo?

Encendió la mecha.

La mecha ardió durante dos segundos, el retroceso retumbó como un terremoto y el primer proyectil salió silbando del cañón y dibujó un arco de un kilómetro y medio. Alexander lo vio caer y estallar entre los árboles. En el momento en que la primera bomba alcanzo su objetivo, la segunda ya estaba en camino. Alexander no se fijó dónde caía el segundo proyectil porque ya había empezado a desmontar el mortero. Dejando a Ouspenski a cargo de los soldados, devolvió la pesada pieza de artillería al arsenal y tuvo tiempo de cerrar la puerta y arrojar el manojo de llaves en el regazo del vigilante inconsciente cuando faltaban dos minutos para las seis.

—Buen trabajo —dijo cuando Melkov y él se apresuraban a volver a sus respectivas tiendas para la inspección matinal.

—Gracias, señor —respondió Melkov—. Ha sido un placer.

—Ya lo veo —contestó Alexander, sonriente—. Que no lo pille en otro momento bebiendo así, o irá directo al calabozo.

El vigilante estuvo cuatro horas inconsciente y fue relevado de sus funciones por negligencia grave.

—¡Tiene suerte de que no falte nada, cabo! —lo reprendió Muraviev.

Como castigo, el vigilante tuvo que trabajar una semana en el comando encargado de reparar las vías.

—Tiene suerte de que los alemanes lleven dos días tranquilos cabo. De no ser así, ya estaría usted muerto —le aseguró Alexander.

Sus hombres pudieron reparar las vías mientras los alemanes se reorganizaban, y cinco trenes cargados de alimentos y medicinas consiguieron llegar a Leningrado.

Los alemanes retomaron más tarde los bombardeos, pero no por mucho tiempo porque Muraviev terminó cediendo el mortero a Alexander. Después de localizar la posición de los alemanes en Siniavino y dispararles unos cuantos proyectiles, un batallón del Ejército 67 subió hasta la cima del monte mientras los hombres de Alexander los defendían desde el valle con la artillería.

El batallón no regresó, pero los alemanes ya no volvieron a bombardear el ferrocarril.

✶

En el otoño de 1943, el Ejército 67 ordenó al batallón disciplinario de Alexander (reducido a sólo dos compañías, con 144 soldados en total) que cruzara el Neva al sur de Pulkovo para atacar los últimos bastiones del cerco de Leningrado. Esta vez le proporcionaron algunas piezas de artillería (ametralladoras pesadas, morteros, bombas antitanque y una caja de granadas). Cada uno de sus hombres disponía de una ametralladora ligera y de abundante munición. Durante doce días del mes de septiembre de 1943, el séptimo batallón, junto con dos batallones más y una compañía motorizada, bombardearon a los alemanes en Pulkovo. Contaron con el

apoyo aéreo de dos Shtukarevich, pero no les sirvió de nada.

Los árboles se quedaron sin hojas, el sargento Melkov murió, llegó el frío, el decimocuarto invierno desde que la familia Barrington se había trasladado a la Unión Soviética, el segundo desde el que se había llevado a todos los familiares de Tatiana, y Alexander no cejó en su sangriento avance hacia la cima de la montaña. Recibió cientos de soldados más. En diciembre de 1943 logró expulsar a los alemanes de la ladera oriental de la montaña.

Desde lo alto del Pulkovo, mirando al norte, Alexander podía ver las escasas luces que aún brillaban en Leningrado. A menor distancia en un día claro, veía las columnas de humo de la Kirov, que seguía produciendo armas para la defensa de la ciudad. Con los prismáticos alcanzaba a ver el muro exterior, y podía verse a sí mismo con la gorra en la mano, esperando día tras día, semana tras semana, a que saliera Tatiana por las puertas de la fábrica.

Pero para eso no necesitaba subir a la cima del Pulkovo.

✶

Alexander celebró la Nochevieja de 1943 sentado frente a una hoguera acompañado de sus tres tenientes, sus tres subtenientes y sus tres sargentos. Bebió vodka con Ouspenski. Todos veían con optimismo el futuro y pensaban que los alemanes no tardarían en irse de Rusia. Después de los acontecimientos del verano, de los hechos de Siniavino y de la batalla de Kursk, de la liberación de Kiev en noviembre y la de Crimea hacía tan sólo unas semanas, Alexander estaba convencido de que 1944 sería el último año con alemanes en suelo soviético. Su misión era avanzar hacia el oeste con el batallón disciplinario y enviar a los alemanes de vuelta a su tierra.

Ésta fue su decisión de Año Nuevo: avanzar hacia el oeste, donde estaba su única esperanza.

Se animó a beber otro vaso. Alguien que ya estaba borracho contó un chiste malo sobre Stalin. Otro lloró por su mujer. Alexander estaba casi seguro de que no había sido él. Intentaba mantener una fachada de dureza. Ouspenski brindó con él y se terminó la botella de vodka.

—¿Por qué no nos dan permiso como a los demás soldados? —se quejó Ouspenski, bebido, deprimido y sentimental—. ¿Por qué no podemos pasar el Año Nuevo en casa?

—No sé si se ha dado cuenta, teniente, pero estamos en guerra. Mañana dormiremos hasta que se nos pase la resaca, y el martes volveremos a la batalla. Antes de un mes habremos roto el cerco de Leningrado. Habremos echado a los nazis y la ciudad se habrá salvado gracias a nuestros esfuerzos.

—Me importan una mierda los nazis. Lo que quiero es ver a mi mujer —exclamó Ouspenski—. Usted no tiene a dónde ir… por eso piensa en expulsar a los alemanes.

—Sí tengo a dónde ir —respondió pausadamente Alexander.

—¿Tiene familia? —le preguntó Ouspenski, mirándolo con suspicacia.

—Por aquí no.

Por algún motivo, su respuesta sólo sirvió para poner aún más melancólico a Ouspenski.

—Mírelo por el lado bueno, Nikolai —dijo Alexander, animándose a llamarlo por el nombre de pila—. Ahora mismo no estamos rodeados por el enemigo, ¿no?

Ouspenski no dijo nada.

—Nos hemos acabado una botella de vodka en un par de horas —continuó Alexander—. Hemos podido comer jamón, arenque ahumado, encurtidos y hasta pan negro recién hecho. Hemos contado chistes, nos hemos reído, hemos fumado… Piense que podría ser mucho peor.

Alexander no quería que su mente se adentrase en sus propias cámaras de tortura.

—No sé usted, capitán, pero yo tengo una mujer y dos niños y no los veo desde hace diez meses. La última vez fue justo antes de caer herido. Mi mujer cree que estoy muerto. Estoy seguro de que no le llegan mis cartas, porque no me contesta.

Ouspenski hizo una pausa y se echó a temblar como una hoja.

Alexander no respondió.

«Yo tengo una mujer y un hijo y tampoco puedo verlos. ¿Qué ha sido de ella, qué ha sido del niño? ¿Habrán llegado a algún sitio? ¿Estarán a salvo? ¿Cómo puedo continuar viviendo sin saber si Tatiana está bien?

»No puedo.

»No puedo seguir viviendo sin saber si ella está bien».

*No temerás los terrores de la noche… ni la flecha que vuela de día…*

Ouspenski abrió otra botella de vodka y tomó directamente un trago.

—¡A la mierda todo! —exclamó—. La vida es muy dura.

Alexander le arrebató la botella de las manos y bebió un trago él también.

—¿Comparada con qué? —preguntó.

Dio una calada al cigarrillo, dejando que el humo acre pasara a través del nudo que le oprimía la garganta.

*—Vamos a emborracharnos, Tania.*

*—¿Por qué?*

*—Para fumar, para beber, para celebrar tu cumpleaños y nuestra boda, para divertirnos —contesta Alexander, encogiéndose de hombros.*

*—Tonto… Mi cumpleaños fue hace una semana y ya lo celebramos. —Tatiana sonríe—. Hiciste helado, ¿no te acuerdas?*

*Alexander la levanta hasta que sus pies no tocan el suelo.*

*Ella lo rodea con sus brazos.*

*—De acuerdo, tomaré un poquito de vodka.*

*—Un poquito no. Una cantidad inconmensurable. ¡Alcemos los vasos…!*

*En el claro del bosque, junto al fuego, Alexander sirve dos vasos de vodka. Ella está arrodillada sobre la manta, mirándolo expectante. Él se arrodilla delante de ella.*

*—… Y brindemos por nuestra maravillosa vida.*

*Tatiana alza el vaso.*

*—De acuerdo, Alexander. Brindemos por nuestra maravillosa vida.*

# Capítulo 19

*Nueva York, junio de 1944*

La habitación es totalmente blanca. Los visillos blancos apenas se mueven. La ventana está cerrada y no hay corriente. No entra el aire rosado y luminoso del exterior.

Estoy sentada en el suelo de mi habitación blanca. La puerta marrón claro está cerrada. La aldaba metálica está en su sitio. Las bisagras están oxidadas y crujen al girar.

Abrir y cerrar.

Sostengo frente a mí la mochila negra, y dentro de la mochila, él está vivo. Su gorra beige, su fotografía en blanco y negro, con sus dientes tan blancos y sus ojos de color caramelo.

Estoy sentada en el suelo de baldosas grises, y fuera, a menos de una hora de aquí, está el monte Bear. Y los árboles de la montaña se tiñen de bermellón y sepia a la luz cobriza del atardecer. Como sus ojos del color del cobre y sus labios del color del ocaso. En Central Park puedo jugar al béisbol con mi bate marrón. Como él cuando era niño… cuando era un Boy Scout.

Puedo hacer un nudo corredizo como él me enseñó.

Puedo subirme a un árbol.

Puedo balancearme a la luz de la luna.

Hundirme en el agua, bajo el cielo carmesí.

A través de la ventana, justo detrás del blanco, amarillo y rojo de la bandera norteamericana, más allá de la puerta dorada y los pabellones neogóticos de Ellis, resplandece la bahía de aguas turquesa que conduce al mar salobre y agitado, al océano rugiente y sollozante.

Mis colores van de la luna al sol, del óxido al cielo. Los océanos nos separan cuando nos sumergimos en la tormenta blanca de la que fue y será mi vida. La tormenta de cielo y de hielo y de niebla y de bruma. El hielo resquebrajado se cubre de sangre. Bajo el hielo estás tú, y también estoy yo. Estoy sentada sobre las baldosas grises, pasó los dedos por la tela negra de la mochila, por el cañón metálico de la pistola, por las hojas amarillentas de tu libro salvador, por los billetes de dólar nuevecitos y verdes, de los que aún quedan tantos.

Toco la fotografía en la que estamos tú y yo recién casados, volando el uno hacia el otro tras despegar las alas rojas del fuego prometeico.

Fuera ululan las sirenas, la pelota choca con el bate, llora el niño, sangra el hielo grisáceo. Y yo sigo sentada sobre las baldosas, y delante tengo la mochila negra que contiene nuestra súbita esperanza. Eternamente sobre el suelo, la mochila del color de mi tristeza.

✶

—¿Qué te pasa, Tania?

Vikki estaba de pie en el umbral de la habitación. Anthony jugaba sentado en el suelo. Tatiana se había tumbado en el suelo y había reclinado la cabeza en las baldosas.

—Nada.

—¿No trabajas hoy?

—Ya me levanto…

—Pero ¿qué te pasa? —insistió Vikki, perpleja.

—Nada… —contestó Tatiana.

Pensó que había hablado en un susurro. Tenía los ojos tan hinchados que no los podía abrir. Casi no veía.

—¡Son las ocho! ¿Has estado llorando? Acaba de empezar el día…

—Ahora me visto. Tengo turno.

—¿Quieres que hablemos?

—No. Estoy bien. Hoy cumplo veinte años.

—¡Felicidades! ¿Por qué no me lo habías dicho? Saldremos a celebrarlo… ¿Qué te pasa? ¿Por qué te entristece tanto un cumpleaños?

*—Me parece increíble que nos hayamos casado el día de mi cumpleaños —dice Tatiana.*

*—Así nunca me olvidarás.*

*—¿Cómo podría olvidarte, Alexander? —pregunta Tatiana, tendiendo una mano hacia él.*

Tatiana no celebró su cumpleaños. Trabajó durante todo el día y por la tarde jugó con el niño. Por la noche, con las cortinas descorridas y las ventanas abiertas para que la brisa del mar circulara a sus anchas por la habitación, se arrodilló al lado de la cama y oprimió con la mano las alianzas que pendían de su cuello. Hacía casi un año que estaba en Estados Unidos. En la noche de su vigésimo aniversario, en su habitación de Ellis, Tatiana se sentó en el suelo después de dar de mamar a Anthony y por primera vez desde que había salido de la Unión Soviética vació la mochila negra y fue sacando todo lo que había en el interior: la pistola alemana, el ejemplar de «El jinete de bronce», el diccionario ruso-inglés, la foto de Alexander, su foto de bodas, la gorra de oficial y todo lo que había en los bolsillos.

Fue entonces cuando descubrió la medalla de Héroe de la Unión Soviética que en otro tiempo había pertenecido a Alexander.

Se quedó mirándola desconcertada durante lo que le parecieron varias horas, e incluso salió a echarle un vistazo a la luz del día por si se había equivocado.

El sol llegó a la cúspide y empezó a bajar. Hacía calor. Las aguas de la bahía

centelleaban. Y Tatiana seguía contemplando atónita la medalla. ¿Era un error?

Tatiana, con la misma claridad con que veía los veleros en el agua, veía la medalla colgada del respaldo de una silla la última vez que había ido a visitar a Alexander con el doctor Sayers. Alexander había dicho: «Mañana por la tarde me tendréis aquí otra vez, ascendido a teniente coronel», y Tatiana había sonreído feliz y había contemplado la medalla en el respaldo de una silla, junto a la cama que ocupaba su marido en el hospital.

¿Cómo había ido a parar a la mochila? Tatiana no se la había quitado a su marido.

«¿Qué significa esto?», susurró. Cada vez lo entendía menos. Cuanto más se esforzaba en pensar con claridad, más infranqueable se volvía la barrera de hormigón erigida por su mente.

Sabía que el doctor Sayers le había dado la mochila poco después de que ella se desplomara en el suelo del despacho al saber que el camión de Alexander había sufrido un accidente y se había hundido en el Ladoga, y antes de que el doctor y ella se subieran al *jeep* de la Cruz Roja que los llevó a Finlandia.

Y Tatiana seguía desplomada en el suelo mañana y noche, entre los heridos y las compras, entre la comida y la cena, entre Vikki y Edward, entre Ellis y Anthony. Subía al transbordador pero seguía tumbada sobre las baldosas, y delante de ella estaba la mochila, y en la mochila estaba la medalla que pertenecía a Alexander.

¿Se la habría dado él mismo? ¿Podría haber olvidado una cosa así? El doctor Sayers le había entregado la gorra de oficial justo después de contarle lo que le había sucedido a Alexander. ¿Le había dado la medalla, además? Tatiana lo dudaba. ¿Había sido el coronel Stepanov? También lo dudaba. Tatiana se incorporó y se puso la medalla al cuello, al lado de las alianzas.

Pasó un día, pasó otro, pasó un día más…

—¿De dónde ha sacado eso? —le preguntó en un rudimentario inglés uno de los soldados heridos—. Es una medalla que se otorga únicamente a los militares más destacados. ¿De dónde la ha sacado?

Cada vez que Tatiana daba de mamar a su hijo, cada vez que contemplaba su carita cuando lo tenía en brazos, no podía evitar pensar que si Alexander hubiera llevado puesta la medalla el día en que se lo llevaron, las cosas habrían sido diferentes. Sabía que un militar al que se llevaban para concederle un supuesto ascenso podía intentar defenderse hablando de su coraje, de sus hazañas militares, de su patriotismo.

«El doctor me dio la gorra, pero es imposible que le quitara la medalla a Alexander. Y de haberlo hecho, habría dicho claramente: “Toma, Tania, ésta es la gorra de tu marido y ésta es su medalla; quédatelo todo tú”».

No. La medalla estaba escondida en un bolsillo secreto del compartimiento más pequeño de la mochila. Y no había nada más en el bolsillo, y Tatiana no la habría encontrado si no hubiera vaciado la mochila y palpado la tela para ver si quedaba algo dentro.

¿Por qué la había escondido el doctor Sayers?

¿Por qué no se la había dado junto con la gorra?

Porque temía que suscitara demasiadas preguntas.

Tatiana pensó que tal vez se había vuelto demasiado suspicaz. ¿De qué sospechaba?

Por muchas vueltas que daba al asunto, no conseguía imaginar qué había sucedido. Siguió haciendo su vida, trabajando y dando de mamar al niño, hasta que una tarde de finales de junio abrió los ojos y ahogó una exclamación.

Por fin sabía qué había sucedido.

Si el doctor Sayers le hubiera enseñado la medalla, Tatiana habría aceptado de otro modo la noticia. Se habría puesto a elucubrar y se habría hecho demasiadas preguntas. Habría empezado a sospechar de detalles concretos.

*Ahora bien, el doctor Sayers no sabía que Tatiana podía reaccionar así.*

La única persona que podía saberlo era el hombre moreno y de brazos envolventes. Él sí que podía saberlo.

Alexander quería dejar su condecoración más preciada en manos de Tatiana, pero debía ocultársela al principio para evitar sospechas. Por eso, cuando estaba caído sobre el hielo, o en el hospital, o donde fuera, habló con el doctor Sayers y le pidió que esperase.

*Lo cual quería decir que todo era un montaje en el que había colaborado el doctor Sayers.*

¿También formaba parte del plan la muerte de Alexander?

¿O la muerte de Dimitri?

*Tatiasha… Acuérdate de Orbeli.*

Éstas eran las últimas palabras que Alexander había dicho a Tatiana. «Acuérdate de Orbeli». ¿La estaba animando a recordar en ese momento algo que conocían los dos o le estaba pidiendo que más adelante pensara en Orbeli?

Tatiana no durmió en toda la noche.

# Capítulo 20

*Bielorrusia, junio de 1944*

Alexander llamó a Nikolai Ouspenski a la tienda. Llevaban dos días acampados en el oeste de Lituania, esperando nuevas instrucciones.

—¿Qué le pasa al sargento Verenkov, teniente?

—No sé a qué se refiere, capitán.

—Esta mañana ha venido a verme muy contento y me ha dicho que el tanque ya estaba reparado.

Ouspenski sonrió de oreja a oreja.

—Y así es, capitán.

—Me sorprende saberlo, teniente.

—¿Por qué, señor?

—Por un motivo muy sencillo —respondió Alexander con paciencia—: porque no sabía que el tanque necesitase reparación.

—No funcionaba, señor. Había que regular los pistones del motor diésel.

—Muy bien, teniente —asintió Alexander—. Pero esto nos lleva a la segunda cosa que me ha sorprendido.

—¿Y cuál es, señor?

—¡Que en este puto batallón no tenemos ningún tanque!

—No es así, señor —contestó Ouspenski, sonriente—. Tenemos uno. Venga conmigo.

Cuando salieron de la tienda, Alexander vio que entre los árboles había un vehículo ligero de color verde, con el emblema de la Estrella Roja y el lema «¡Por Stalin!» pintados en uno de los lados. Era como los carros de combate que Tania fabricaba en la Kirov, pero un poco más pequeño: un T-34. Alexander dio unos pasos alrededor del tanque. Estaba algo castigado por la guerra, pero básicamente en buen estado. Las cadenas estaban intactas. Le gustó el número: 623. La torreta era grande, y el cañón más grande aún.

—¡Cien milímetros! —exclamó Ouspenski.

—¿Por qué coño está tan orgulloso? —le preguntó Alexander—. ¿Lo ha construido usted?

—No. Pero lo he robado yo.

Alexander no pudo reprimir una carcajada.

—¿De dónde? —preguntó.

—Lo he rescatado de esa charca.

—¿Estaba dentro del agua? ¿Se ha mojado la munición?

—No, no. Dentro del agua sólo estaban las ruedas y las cadenas. Se encalló y ya no pudieron ponerlo en marcha.

—¿Y cómo consiguió ponerlo en marcha usted?

—Yo no lo puse en marcha. Lo saqué del agua con la ayuda de treinta hombres, y luego Verenkov lo reparó. Ahora va como la seda.

—¿De quién era?

—¿Qué más da? ¿Del batallón anterior al nuestro?

—Aquí no ha habido ningún batallón antes del nuestro. ¿Aún no se ha dado cuenta de que somos los primeros en llegar a la línea de fuego?

—No sé, puede que estuvieran en el bosque y se retirasen. Había un cadáver flotando en la charca, quizá era el artillero.

—Un artillero no demasiado bueno —comentó Alexander.

—¿No es fantástico?

—Sí, es estupendo. Pero nos lo quitarán. ¿Lleva mucha munición?

—Hasta los topes. Supongo que por eso encalló. En teoría sólo puede llevar 3000 cartuchos de 7,62 milímetros y llevaba 6000.

—¿Alguno de cien milímetros?

—Sí, treinta. —Ouspenski sonrió—. Y quinientos de 11,63 milímetros para los morteros. También hay quince cohetes, y mire, una ametralladora pesada. Estamos bien servidos, capitán.

—Nos lo quitarán todo.

—Antes tendrán que enfrentarse a usted: será nuestro comandante de tanque —concluyó Ouspenski, llevándose la mano a la gorra.

—Es un placer que el teniente asigne tareas al capitán —observó Alexander.

Con Ouspenski de conductor, Telikov de artillero y Verenkov de cargador, Alexander defendió a sus hombres en las escaramuzas que se sucedieron a partir del verano de 1944 en los trescientos kilómetros que separaban Bielorrusia del este de Polonia. La lucha era encarnizada. Los alemanes no querían irse, cosa que a Alexander le parecía muy comprensible. Se calaba el casco y hacía avanzar al batallón a través del paisaje bielorruso sin dejarse detener por los lagos, los bosques, las muertes, las aldeas, las mujeres o el sueño. Alexander siguió avanzando hasta que las cadenas del tanque empezaban a soltarse, con un único objetivo en la cabeza: Alemania…

Dejaron atrás campo tras campo y bosque tras bosque, sin miedo del barro, los pantanos, las minas o las tormentas. Plantaban las tiendas a la orilla de los ríos, encendían una hoguera y cocinaban lo que podían pescar en las escudillas de latón que compartían de dos en dos (Ouspenski se repartía la comida con Alexander), intentaban dormir y al día siguiente seguían avanzando hacia las balas enemigas. En el territorio ruso había tres frentes soviéticos combatiendo a los alemanes: el frente de Ucrania, al sur; el frente del centro, y el frente del norte, del que formaba parte Alexander y que estaba a las órdenes del general Rokossovski. Pero los soviéticos no sólo querían expulsar a los alemanes, sino también apoderarse de una parte de su territorio en represalia por los estragos que habían causado en Rusia en los últimos dos años y medio. Por eso había millones de soviéticos marchando dificultosamente a

través de Lituania, Letonia, Bielorrusia y Polonia. Stalin quería entrar en Berlín antes del otoño. Alexander no lo veía posible, pero no sería porque él no se esforzara. Atravesaba un terreno minado tras otro, dejando los antiguos campos de patatas cubiertos por los cadáveres de sus hombres. Los supervivientes empuñaban el fusil y seguían avanzando. Su batallón contaba con un equipo de doce zapadores que se encargaban de localizar y desactivar las minas. Pero también fueron cayendo uno tras otro y Alexander tuvo que pedir que le enviaran más. Al final decidió enseñar a sus soldados a localizar las minas y desactivar las espoletas. Y cuando terminaban de atravesar un campo minado, entraban en un bosque y se encontraban con los alemanes esperándolos entre los árboles. Cinco batallones disciplinarios tenían que adentrarse los primeros en los bosques y cruzar los primeros los ríos y los marjales, abriendo el camino a las divisiones regulares. Y después venían otros bosques y otros campos.

Por suerte aún no había llegado el invierno, pero las noches eran frías y húmedas. Los soldados del batallón se salvaron del tifus porque podían lavarse en los ríos, que aún no se habían congelado.

El tifus significaba la muerte frente al pelotón de ejecución, ya que el ejército no podía permitirse una epidemia. Los soldados de los batallones disciplinarios eran los primeros en caer y también los primeros en ser sustituidos, dada la abundancia de presos políticos que podían morir por la Madre Rusia. Para levantar la moral de los batallones de castigo, Stalin decidió introducir un toque de distinción proporcionándoles uniformes nuevos… o no tan nuevos. En 1943 ordenó que todos los soldados de estos batallones, mandos incluidos usaran el uniforme del Ejército Imperial del zar, de tela gris con hombreras rojas y galones dorados, con el que morir en el fango, pues se revestía de dignidad, y tropezar con una mina se convertía en un gran honor. Hasta Ouspenski parecía respirar mejor con su único pulmón si iba vestido con el mismo uniforme que habría llevado puesto para dar su vida por el emperador.

Alexander había ordenado a sus soldados que se rasurasen para controlar los piojos. No tenían pelo en la cabeza ni en las axilas ni en ninguna parte de sus cuerpos. Después de combatir varios días seguidos, estaban un día entero afeitándose en el río.

A Alexander le costaba distinguirlos. Unos eran un poco más altos que la media, otros más bajos, los había con marcas de nacimiento y los había totalmente lisos, y algunos tenían la piel morena aunque la mayoría eran de piel clara y enrojecida por el sol. Muy pocos eran pecosos. Algunos tenían los ojos verdes, y otros, castaños, y uno, el cabo Yermenko, tenía un ojo verde y el otro castaño.

En la vida civil, lo que distinguía a unos hombres de otros era el pelo, tanto el de la cabeza como el del cuerpo. En la guerra, en cambio, el rasgo más distintivo de los soldados eran sus cicatrices de batalla. Cicatrices producidas por cortes de bayoneta, por impactos de bala, por fracturas abiertas, por el roce de un proyectil, por las quemaduras de la pólvora. Cicatrices en los brazos, en los hombros, a veces en las

pantorrillas. Eran muy pocos los que sobrevivían con una cicatriz en el pecho, el abdomen o el cráneo.

Alexander reconocía al teniente Ouspenski por su respiración sibilante y por la cicatriz a la altura del pulmón derecho, y al sargento Telikov por su cuerpo largo y flaco y de piel muy blanca, y al sargento Verenkov por su cuerpo rechoncho que en otro tiempo estaba casi completamente cubierto de vello negro y ahora estaba casi completamente cubierto de una pelusilla oscura.

Alexander los prefería cuando tenían menos rasgos distintivos, porque la pérdida era más fácil de superar. Y cada pérdida iba seguida de una sustitución, por la llegada de otro soldado rasurado y con cicatrices.

Su batallón dejó atrás el norte de Rusia y empezó a bajar hacia Lituania y Letonia. Cuando llegaron a Bielorrusia, les ordenaron dejar el frente del norte, al mando de Rokossovski, y trasladarse al del centro al mando de Zhukov. El Ejército Rojo derrotó clamorosamente a los alemanes de las llanuras de Bielorrusia, pero para lograrlo tuvo que perder a más de 125 000 hombres y a veinticinco divisiones y el batallón de Alexander tuvo que desplazarse al sur y sumarse al grupo de Ucrania, al mando de Konev.

En junio de 1944, cuando se supo que los estadounidenses y los británicos habían desembarcado en Normandía, el batallón de Alexander avanzó cien kilómetros en diez días y obligó a retroceder a cuatro compañías alemanas compuestas por quinientos hombres cada una. En la retaguardia los esperaban los camiones que transportaban los víveres y el material, además de otros soldados para sustituir a los caídos. Nada podía parar a Alexander. Como el camarada Stalin, necesitaba entrar en Alemania. Stalin quería conseguirlo para castigar a los alemanes, y Alexander porque estaba convencido de que allí encontraría su liberación.

*El corcel negro del Apocalipsis, 1941*

Alexander, harto de los Metanov, se ofreció voluntario para combatir a los finlandeses en Carelia.

Para convencer a Dimitri de que fuera con él le habló de medallas y de ascensos, aunque en realidad esperaba tiroteos y muertes.

Dimitri no quiso acompañarlo y le tocó combatir en el matadero de Tijvin, donde los alemanes superaban claramente en armamento y en número de tropas a los rusos.

A Alexander lo pusieron al mando de mil soldados y lo enviaron a defender la ruta que abastecía la ciudad de Leningrado. Durante varias semanas fue ganando territorio metro a metro, en una lucha encarnizada y sangrienta. Un frío atardecer de septiembre se encontró solo en medio de un campo, contemplando los estragos de una batalla en la que habían caído trescientos soldados del Ejército Rojo, rodeado de cadáveres soviéticos y con cadáveres finlandeses frente a sus ojos. La línea de fuego

estaba en silencio y los milicianos del NKVD se encontraban a medio kilómetro, escondidos entre la vegetación. Ardían algunas llamas, se oía el crujir de ramas que se rompían y algunos gemidos aislados, los charcos de sangre ennegrecían la nieve y en el aire flotaba un olor acre a carne quemada, y Alexander estaba solo.

Todo estaba tranquilo, excepto su corazón. Alexander giró la cara y no vio ningún movimiento detrás de él. Tenía la ametralladora en la mano. Dio un paso, y otro, y otro más. Tenía la Shpagin, el fusil, la pistola y el uniforme. Ya estaba entre los cadáveres de los finlandeses, cerca de la linde del bosque. En dos minutos llevaría puesto el uniforme de un oficial muerto y sostendría una ametralladora finlandesa.

Oscuridad y silencio. Alexander giró otra vez la cara. Los milicianos del NKVD no se habían movido de donde estaban.

Había estado con ella unos meses solamente. Las semanas transcurridas hasta entonces, los momentos robados, la noche de Luga, los ratos en el hospital, el dulce trayecto en autobús, el vestido blanco, los ojos verdes, la sonrisa… todo aquello no era más que una pequeña mota de color en el vasto paisaje de su vida, una manchita roja en la esquina del tapiz. Alexander dio un paso más. No podía ayudarla, como tampoco podía ayudar a Dasha o a Dimitri. Leningrado se los llevaría, y él estaría perdido si se quedaba. Dio un paso más. Moriría en las calles en ruinas y hambrientas de la ciudad cercada.

En el terreno llano no había nada que se moviera, ni camiones ni soldados, sólo trincheras y cadáveres y Alexander… Un paso más en la dirección correcta, y otro más, y otro más. Lo único que lo rodeaban ahora eran finlandeses muertos. Agacharse, buscar un cadáver de su estatura, arrebatarle el uniforme y la ametralladora, dejar el arma soviética, dejar una vida que detestaba, dar un paso más y seguir avanzando. Avanza, Alexander. No puedes salvarla. Avanza.

Estuvo varios minutos rodeado de enemigos muertos.

En la vida que detestaba estaba lo único que no podía dejar atrás.

Si entonces…

Giró en redondo y volvió lentamente sobre sus pasos, iluminado por las linternas encendidas y las llamas vacilantes… Se volvió una única vez hacia los bosques de lo que era Finlandia.

Si entonces, en aquella fría noche de septiembre, hubiera sido capaz de huir de Rusia, ahora no le pesaría tanto el corazón. Sentiría un vacío, pero no el miedo y la pesadumbre que lo invadían.

✶

Stalin, que se había implicado a muerte en la defensa de Moscú, regaló Leningrado a los alemanes. Por su parte, Hitler decidió matar de hambre a la ciudad, sin malgastar ni una bala en ella. Al cabo de meses las calles de Leningrado estaban cubiertas de cadáveres, el frío impedía que se corrompieran los cuerpos que yacían

sobre la nieve cubiertos por sábanas blancas. Los enflaquecidos supervivientes los llamaban «muñecos».

Cuanto más les faltaba a Tatiana y a su familia, cuanto más escaseaba la harina de trigo y de avena en su despensa, más volvían las caras hacia Alexander para suplicarle que les trajera más comida más raciones, más, más, más… Tatiana se quedaba mirándolos desde la puerta, sin decir ni una palabra. Y cuanto más delgada la veía Alexander, más cariño le tomaba. En la guerra, en el fragor de la batalla, entre cadáveres sin enterrar, entre el frío y la humedad y el hambre, sus sentimientos por ella crecieron como una planta bien regada.

No tenían suficiente con el pan repleto de virutas de cartón que les proporcionaba el gobierno, ni con las habas de soja o el aceite de linaza que Alexander robaba para ellos. De todos modos, Alexander se sentía reconfortado cuando compartía con ellos el pan negro con serrín y semillas de algodón.

Tatiana tenía que salir de la ciudad. Tenía que salir a toda costa.

Noviembre terminó y dio paso a diciembre. En las calles nevadas y bombardeadas de Leningrado siguieron apareciendo cadáveres que nadie retiraba ni llevaba al cementerio, porque quienes deberían encargarse de enterrarlos también habían muerto. Las centrales eléctricas no funcionaban. No había agua corriente. No había queroseno para los hornos donde se cocía el pan, pero daba igual porque tampoco había harina.

*—Alexander, dime: ¿cuánto hace que estás enamorado de mi hermana?*
*»Dime: ¿cuánto hace que estás enamorado de mi hermana?*
*»¿Cuánto hace que estás enamorado de mi hermana?*

Alexander podría haber contestado: «Dasha, si me hubieras visto embobado en la acera aquel domingo, viendo cómo aquella renacuaja cantaba “Un día nos encontraremos en Lvov, mi amor y yo”, tendrías la respuesta».

*Lazarevo, 1942*

Lazarevo, un nombre de reminiscencias míticas, legendarias de revelación. Lázaro, el hermano de Marta y María, el hombre al que Jesús resucitó cuando llevaba cuatro días muerto. Un milagro que pretendía reforzar la fe del hombre en Dios y que en cambio incitó a sus enemigos a acabar con lo divino y con lo humano.

Lazarevo, la aldea de pescadores en la ribera del Kama el río que desde hacía diez millones de años recorría 1600 kilómetros para desembocar en el mar más extenso del mundo. Todos los ríos desembocaban en el mar y el mar nunca terminaba de llenarse.

La fe condujo a Alexander hasta Lazarevo.

No sabía nada de ella desde hacía seis meses. Lo único que tenía que hacer para olvidarla era decirse: «No puede haber sobrevivido, he visto con mis propios ojos cómo sucumbían miles de hombres y mujeres más fuertes y más sanos que ella. Ellos enfermaron, y ella enfermó. Ellos se quedaron sin comida y pasaron hambre, y ella pasó hambre. Ellos se quedaron sin defensas, y ella también. Ellos no tenían a nadie, y ella tampoco. Era pequeña y débil y no sobrevivió».

Habría podido decirse eso, llegar a la conclusión de que tenía que ser así. ¡Era tan fácil!

Sin embargo, Alexander sabía que no hay nada fácil en la vida, no hay días fáciles ni elecciones fáciles ni salidas fáciles.

Sólo tenía una vida, era lo único que tenía. Y en junio de 1942, Alexander partió hacia Lazarevo, sosteniendo su vida en las manos.

La encontró en la ribera del Kama, preciosa y recuperada, no sólo con el fulgor de antaño sino con otro fulgor aún más claro y poderoso. Mirara hacia donde mirara, Tatiana siempre reflejaba la luz.

No tardaron en descender hasta la orilla del poderoso río Kama. Ella bajó con él, sin mirar atrás.

Tatiana nunca sabría lo que había significado su inocencia para él, el pecador impenitente que había visto y hecho tantas cosas poco santas. Pero Alexander lo sabía, lo sentía a través de ella, y sabía que si Tatiana había decidido entregarse a él en la tienda plantada en la orilla del Kama era porque él era el único hombre al que había deseado, el único al que había amado jamás.

Llevaba demasiado tiempo soñando con verla desnuda, hermosa y desnuda, preparada para aceptarlo.

La abrazó. Tenía miedo de hacerle daño. Hasta entonces nunca había estado con una muchacha virgen, ni siquiera sabía si debía hacer algo especial. Tatiana iba a bautizarlo con su cuerpo. Alexander dejaba de existir: el hombre que había sido hasta entonces iba a morir y a renacer en el interior de un corazón perfecto, de un alma perfecta que estaba dispuesta a entregarse como un regalo de Dios. Entregarse a él, por él.

Pensó que Tatiana no tenía a nadie en el mundo. A nadie, sólo a él. Igual que él.

Antes del ejército, Alexander tenía a sus padres, pero ya no podía contar con ellos.

Antes de la Unión Soviética tenía a sus abuelos y a una tía, pero tampoco podía contar con ellos.

Antes de la Unión Soviética tenía a Estados Unidos, pero tampoco podía contar ya con Estados Unidos.

En los últimos cinco años de su vida había estado con mujeres de las que ya no recordaba los nombres ni las caras, mujeres que para él no significaban más que un rato agradable en una noche de sábado. Con ellas establecía vínculos fugaces, que desaparecían en cuanto el momento terminaba. No había nada perdurable en el

Ejército Rojo, ni en la Unión Soviética, ni en el interior de Alexander.

En los últimos cinco años de su vida había vivido rodeado de mujeres jóvenes que podían morir en cualquier momento, delante de él, mientras las protegía, mientras las salvaba, mientras las llevaba de vuelta a la base. Los vínculos que establecía con ellas eran reales pero transitorios. Alexander conocía mejor que nadie la fragilidad de la vida en la guerra soviética.

Sin embargo, Tatiana había perdurado más allá del hambre, se había abierto camino sobre la nieve del Volga y había conseguido llegar hasta su tienda para enseñarle que en la vida había una sola cosa permanente. En el tapiz de la existencia de Alexander había un único hilo que no podría romperse con la muerte, el dolor, la distancia, el tiempo, la guerra o el comunismo. «No hay nada capaz de romperlo —susurró Tatiana. Y con su aliento, su cuerpo y sus labios, añadió—; Mientras yo esté en el mundo, mientras respire, tú perdurarás, soldado».

Y él tuvo fe. Y quedaron unidos ante Dios.

✶

Alexander estaba sentado sobre la manta, con la espalda apoyada en el tronco de un abedul, y ella se había sentado a horcajadas sobre él y lo besaba con tanta pasión que no le dejaba tomar aliento.

—Para un momento, Tania —susurró Alexander.

Era su tercera mañana como marido y mujer. Se levantaron, se lavaron, bebieron y se acomodaron bajo las ramas del abedul.

—Shura, cariño, me parece increíble que seas mi marido. ¿A quién puedo llamar «mi marido»?

—A mí, por ejemplo.

—Shura, mi marido para toda la vida.

—Mmm…

Sus manos acariciaban los muslos de Tatiana.

—¿Sabes qué significa eso? Has jurado que durante el resto de tu vida sólo harás el amor conmigo.

—Me gusta la perspectiva.

—¿Sabes? He leído que en algunas culturas africanas podría quedarme con tu hígado en señal de amor.

Tatiana ahogó una risita.

—Quédate con mi hígado, Tatia, pero ya no te serviré de mucho. Tal vez deberías hacerme el amor primero.

—Espera, Shura.

—No. Quítate el vestido. Quítatelo todo.

Ella obedeció.

—Y ahora, siéntate encima de mí.

—Pero tú estás vestido.

—Ya lo sé. Siéntate encima de mí.

Alexander la miró con auténtica avidez. Tatiana tenía un cuerpo bello, y Alexander podía verlo entero. Tania, compacta, menuda, suave, dulce desde la clavícula hasta las plantas de los pies, estaba hecha a la medida de su deseo. Su joven esposa tenía todo lo que le gustaba del cuerpo femenino. Tenía una cintura estrecha y unas caderas finamente redondeadas, unos muslos delgados y unos senos turgentes de pezones perpetuamente erectos. Todo su cuerpo, desde el cabello suave y dorado hasta las plantas de los pies, tenía el don de la sedosidad. Alexander empezó a respirar entrecortadamente.

—Ven conmigo —dijo, abriendo los brazos.

Tatiana se sentó a horcajadas sobre él.

—¿Así?

—Fantástico —respondió Alexander, acariciando el espléndido cuerpo de Tatiana.

Gimió al sentir el tacto de su piel. Tatiana se irguió un poco más para que él pudiera besarle los pechos. Alexander le puso las manos en las caderas y cerró los ojos.

—Tania, ¿sabías que en Etiopía las recién casadas que quieren estar más guapas para sus maridos se hacen cortes en el pecho y les echan ceniza para que se formen cicatrices?

Tatiana volvió a sentarse, lo miró a los ojos y contestó:

—¿A ti eso te parecería atractivo?

—No especialmente. —Alexander sonrió—. Lo que encuentro interesante es la idea del sacrificio.

—Quieres sacrificio… Yo te diré qué es sacrificio. Creo que es también en Etiopía —añadió— donde las mujeres se rasuran todo el cuerpo.

—Mmm…

—¿Eso te parece interesante?

Alexander la había estrechado contra su cuerpo y había empezado a lamerle los labios.

—No puedo decir que no me gustaría…

—¡Shura!

—¿Qué pasa? ¿No sabes que en algunas culturas africanas, las mujeres no pueden hablar con sus maridos si ellos no les dirigen antes la palabra?

—Sí. Y en otras, el marido y su primo pueden compartir el lecho nupcial con la mujer si ella así lo desea. ¿Qué te parece eso? —Sin esperar respuesta, añadió—: Y en otras, yo tendría que ir completamente cubierta por una… ¿cómo se llama eso?

—Una caja negra —respondió Alexander con una sonrisa.

—No, el nombre verdadero.

—Un *burka*.

—¡Ah, sí! Un *burka*. Tendría que pasarme la vida cubierta con un *burka* de la cabeza a los pies, pero el día de nuestra boda tendríamos que descubrir mi cara entre los dos y el que colocara antes la mano sobre la tela sería quien mandaría en el matrimonio. —Tatiana se echó a reír con una risa contagiosa—. ¿Qué tradición prefieres, marido mío?

Alexander le rodeó el trasero con las manos. Se quedó un momento sin poder hablar, mientras ella seguía besándolo implacablemente.

—En primer lugar —dijo al final Alexander, con voz ronca de deseo—, la hermana de mi padre no tuvo hijos, así que la tradición del primo queda descartada. Y sí, me gustaría que llevaras una caja negra para que nadie más pudiera mirarte. Y en cuanto a la tercera tradición, me cuesta imaginar que una renacuaja como tú pueda mandar en nada.

—No imagines tanto, soldado —dijo Tatiana con resolución.

Sus labios lo devoraron.

Alexander tenía que quitarse la ropa, pero no podía moverse Tatiana le sujetaba las costillas con las rodillas y la cara con las manos y le estaba comiendo la boca.

Alexander soltó un gemido.

—Barrington no era África, pero ¿sabes qué hacíamos? Nos cortábamos y juntábamos las palmas de las manos y eso quería decir que seríamos amigos para siempre.

—Si quieres nos cortamos las manos, pero en Rusia, cuando queremos consumar el matrimonio, lo que hacemos es tener un hijo.

Le dio un mordisquito en el cuello.

—Te diré qué podemos hacer —propuso Alexander—. Apártate un momento y vamos a ver cómo consumamos el matrimonio. —En lugar de apartarse, Tatiana lo sujetó con más fuerza—. Tania… —insistió Alexander.

Lo único que tenía de ella eran sus labios. Se sentía flaquear por momentos.

—Hace un momento era una renacuaja —susurró Tatiana—, y de pronto eres incapaz de apartarme.

Alexander no sólo la apartó sino que la levantó en el aire con una sola mano y se puso de pie sin dejar de sostenerla.

—Cariño, pesas menos que el equipo de combate y el mortero que cargo conmigo —aseguró.

Con la mano libre, se desabrochó la bragueta.

—¿Y dónde está ese mortero que cargas contigo? —dijo Tatiana con voz gutural, sin apartar los labios de su cuello.

*El tiempo el tiempo el tiempo.*

*Parar parar parar.*

*Parar el tiempo parar el tiempo parar el tiempo.*

# Capítulo 21

*Sam Gulotta, Washington, julio de 1944*

Tatiana no podía olvidarse de la medalla ni de Orbeli. Se tomó un inesperado día libre, se fue con Anthony a la estación de tren, compró un billete y se trasladó a Washington, donde localizó el Departamento de Justicia en la avenida de Pennsylvania. Cuando llevaba cuatro horas yendo y viniendo entre el Servicio de Acogida de Inmigrantes, el Servicio de Regularización, el Departamento Central y la Oficina de la Interpol, un funcionario le explicó que estaba en el edificio y el organismo equivocados y que en realidad tenía que ir al Departamento de Estado, en la calle C. Tatiana entró con Anthony en una cafetería y pidió una sopa y unos sándwiches de beicon que pagó con los vales de racionamiento. Seguía pareciéndole un milagro la posibilidad de consumir aquellos deliciosos productos en un país en guerra.

En el Departamento de Estado, Tatiana se entretuvo entre el Servicio de Asuntos Europeos y el de Población, Refugiados e Inmigración, hasta que llegó a la Oficina de Asuntos Consulares, donde, con las piernas agotadas y el niño agotado, no se movió del mostrador de recepción hasta que consiguió que la pusieran en contacto con una persona que podía informarle de los requisitos necesarios para que un expatriado saliera de Estados Unidos. Y así fue cómo conoció a Sam Gulotta.

Sam era un hombre de unos treinta años, de pelo castaño y rizado y cuerpo atlético. Tatiana pensó que tenía más aspecto de profesor de educación física que de secretario consular y casi acertó, pues Sam le explicó que por las tardes y en las vacaciones de verano entrenaba al equipo de béisbol infantil donde jugaba su hijo. Sam se inclinó sobre la mesa cubierta de papeles, hizo tamborilear los dedos sobre el gastado tablero de madera y le dijo:

—A ver, cuénteme qué quiere saber.

Tatiana tomó aliento y estrechó al niño contra su pecho.

—¿Aquí? —preguntó.

—¿Dónde va a ser? ¿Cenando? Sí, aquí.

En realidad lo había dicho sonriendo. No quería ser brusco, pero eran las cinco de la tarde de un jueves laborable.

—Pues mire, señor Gulotta. Cuando vivía en la Unión Soviética, me casé con un hombre que se había trasladado a Moscú con su familia, de pequeño. Creo que aún tenía la nacionalidad estadounidense.

—Ah, ¿sí? —contestó Gulotta—. ¿Y qué hace usted en Estados Unidos? ¿Cuál es su nombre actual?

—Me llamo Jane Barrington —explicó Tatiana, enseñándole la tarjeta de residente—. Me han concedido la residencia definitiva y pronto me darán la nacionalidad. Pero mi marido… ¿cómo se lo explico?

Tomó aliento y se lo contó todo, empezando por Alexander y terminando por el certificado de defunción firmado por el doctor Sayers y la fuga de la Unión Soviética.

Gulotta la escuchó en silencio.

—Me ha contado demasiadas cosas, señora Barrington —dijo al final.

—Ya lo sé, pero necesito su ayuda para averiguar qué le ha pasado a mi marido —contestó Tatiana con voz desmayada.

—Ya sabe lo que le sucedió. Tiene un certificado de defunción.

Tatiana no podía hablarle de la medalla porque Gulotta no la entendería. ¿Quién iba a entenderla? ¿Y cómo podía explicar lo de Orbeli?

—Es posible que no esté muerto.

—Señora Barrington, sobre este punto, usted tiene más información que yo.

¿Cómo podía explicar a un estadounidense qué era un batallón disciplinario? Lo intentó de todos modos.

—Perdone que la interrumpa, señora Barrington —intervino Gulotta—. ¿Por qué me habla de batallones disciplinarios y de oficiales castigados? Tiene un certificado de defunción. Su marido, fuera quien fuera, no fue arrestado. Se ahogó en un lago. Está fuera de mis competencias.

—Señor Gulotta, creo que es posible que no se ahogara. Creo que el certificado podría ser falso y que mi marido podría haber sido arrestado y estar ahora en un batallón disciplinario.

—¿Por qué piensa eso?

Tatiana no podía explicárselo. No podía ni siquiera intentarlo.

—Por circunstancias impresentidas…

—¿«Impresentidas»?

Gulotta no pudo contener una sonrisita.

—Pues…

—¿Quiere decir «imprevistas»?

—Sí. —Tatiana se sonrojó—. Aún estoy aprendiendo inglés…

—Lo habla muy bien. Continúe, por favor…

En un rincón de la sala, tras el mostrador iluminado por los fluorescentes del techo, una mujer rolliza de mediana edad dedicó a Tatiana una ceñuda mirada de desdén.

—Señor Gulotta —continuó Tatiana—. ¿Es usted realmente la persona con la que debo hablar? ¿Hay alguien más a quien pueda consultárselo?

—No sé si soy la persona con la que debe hablar —Gulotta lanzó otra mirada ceñuda a su compañera de oficina— porque para empezar no sé por qué está usted aquí. Pero mi jefe ya se ha marchado, así que dígame qué es lo que quiere.

—Quiero que averigüen qué le ha sucedido a mi marido.

—¿Eso es todo? —inquirió irónicamente Gulotta.

—Sí, eso es todo —respondió Tatiana sin ironía.

—Veré qué puedo hacer. ¿Es muy tarde si le digo algo la semana que viene?

Esta vez, Tatiana captó la ironía.

—Señor Gulotta…

—Escúcheme —la interrumpió Gulotta, dando una palmada sobre la mesa—. En realidad, creo que no soy yo la persona con la que debe hablar. No creo que haya nadie en este departamento, mejor dicho, en toda la Administración, capaz de ayudarla. ¿Puede repetirme el nombre de su marido?

—Alexander Barrington.

—No me suena de nada.

—¿Trabajaba usted en el Departamento de Estado en 1930? Fue entonces cuando mi marido y su familia se marcharon del país.

—No, en 1930 aún estaba estudiando en la universidad. Pero ésa no es la cuestión.

—Ya le he explicado que…

—Ah, sí, las circunstancias «impresentidas».

Tatiana se dio la vuelta para marcharse, y ya en la puerta sintió que le apoyaban una mano en el hombro. Sam Gulotta había dejado la mesa y la había seguido.

—No se vaya. Ya es hora de cerrar, pero puede venir a verme mañana por la mañana.

—Señor Gulotta, he salido de Nueva York en el tren de las cinco de la mañana. Sólo me he tomado dos días libres, el jueves y el viernes. Me he pasado el día de departamento en departamento, y usted ha sido la única persona que ha aceptado hablar conmigo. Estaba a punto de dirigirme a la Casa Blanca.

—Creo que nuestro presidente está ocupado con una invasión en Normandía o algo así. Creo que hay una guerra en marcha…

—Sí —dijo Tatiana—. He atendido como enfermera a los heridos de esa guerra, y sigo atendiéndolos. ¿No pueden ayudarlo los soviéticos? Son aliados nuestros. Lo único que necesita es un poco de información.

Tatiana se aferró con manos crispadas al cochecito del niño.

Sam Gulotta la miró.

Tatiana estaba a punto de rendirse, pero Sam tenía unos ojos bondadosos. Unos ojos capaces de oír, percibir, sentir…

—Busque su expediente —continuó Tatiana—. Seguro que abrieron expediente a los norteamericanos que se trasladaron a la Unión Soviética. ¿Cuántos podían ser? Búsquelo, tal vez encuentre algo. Vera que no era más que un niño cuando se marchó de Estados Unidos.

Sam emitió un leve sonido de incredulidad, algo que estaba entre una risita y un gruñido.

—De acuerdo, buscaré su expediente y comprobaré que, en efecto, él era menor de edad cuando salió de Estados Unidos. ¿Y qué? Eso usted ya lo sabe.

—Es posible que encuentre algo más. La Unión Soviética y Estados Unidos están en contacto, ¿no? Es posible que averigüe qué sucedió, algún dato concluyente.

—¿Qué puede haber más concluyente que un certificado de defunción? —rezongó Gulotta en voz baja, y alzando la voz añadió—: Muy bien, y si por milagro descubro que su marido aún vive, ¿qué quiere que haga?

—Entonces deje que me preocupe yo… —dijo Tatiana.

Sam suspiró.

—Vuelva mañana a las diez. Intentaré localizar el expediente de su marido. ¿En qué año dice que dejó Estados Unidos su familia?

—En diciembre de 1930 —precisó Tatiana, sonriendo por fin.

Durmió con el niño en un hotelito de la calle C, cerca del Departamento de Estado. Le gustó ocupar una habitación de hotel. Sin nervios, sin negativas, sin peticiones de documentos… Se dirigió al mostrador, sacó tres dólares del monedero y recibió la llave de una bonita habitación con cuarto de baño. Así de fácil. Nadie la miró con suspicacia al oír su acento ruso.

A la mañana siguiente se presentó en la Oficina de Asuntos Consulares antes de las nueve y estuvo una hora en una butaca del vestíbulo con el niño en el regazo, leyendo con él un libro ilustrado. Gulotta salió de su despacho a las nueve cuarenta y cinco y le indicó con una seña que pasara.

—Siéntese, señora Barrington —dijo.

Sobre la mesa había una carpeta de veinticinco centímetros de grosor.

Durante un momento, un minuto quizá, Sam mantuvo los ojos clavados en el expediente, sin decir nada. Al final emitió un hondo suspiro.

—¿Qué relación dijo que tenía con Alexander Barrington?

—Soy su esposa —dijo Tatiana en voz muy baja.

—¿Se llama usted Jane Barrington?

—Sí.

—Jane Barrington era el nombre de la madre de Alexander.

—Ya lo sé. Por eso lo elegí. No soy la madre de Alexander —dijo Tatiana, dirigiendo una mirada suspicaz a Gulotta, que también la miró con suspicacia—. Adopté su nombre para salir de la Unión Soviética. —No sabía por qué estaba tan preocupado Gulotta—. ¿Cuál es el problema? ¿Que pueda ser comunista?

—¿Cuál es su verdadero nombre?

—Tatiana.

—¿Tatiana qué más? ¿Cuál era su apellido soviético?

—Tatiana Metanova.

Sam Gulotta la miró durante lo que le parecieron horas sin apartar sus manos crispadas del expediente, ni siquiera cuando añadió:

—¿Puedo tutearte?

—Claro.

—¿Dices que saliste de la Unión Soviética como enfermera de la Cruz Roja?

—Sí.

—Vaya, vaya. Pues tuviste mucha suerte —aseguró Gulotta.

—Sí.

Tatiana bajó la vista hacia sus manos.

—Ya no hay Cruz Roja en la Unión Soviética. *Verboten*: prohibida. Hace unos meses el Departamento de Estado norteamericano exigió que la Cruz Roja inspeccionara los hospitales y los campos de detención de la Unión Soviética, pero el ministro de Asuntos Exteriores, Molotov, no lo autorizó. Es impresionante que hayas conseguido huir.

Gulotta la miró con renovado asombro y Tatiana deseó apartar la vista otra vez.

—Te cuento qué he averiguado de Alexander Barrington y de sus padres —continuó Gulotta—. Alexander salió de Estados Unidos con su familia en 1930. Harold y Jane Barrington, comunistas acérrimos, solicitaron asilo en la Unión Soviética a pesar de que las autoridades estadounidenses les dijeron que no podrían garantizar su seguridad. Harold Barrington había llevado a cabo actividades subversivas en Estados Unidos, pero seguía siendo ciudadano de este país y el gobierno estaba obligado a protegerlos a él y a su familia. ¿Sabes cuántas veces lo detuvieron? Treinta y dos. Y según nuestros datos, a Alexander lo detuvieron tres veces cuando acompañaba a su padre. Pasó dos veranos en un reformatorio de menores porque sus padres estaban en la cárcel y preferían que el niño pasara las vacaciones entre rejas antes que con sus familiares…

—¿Qué familiares? —preguntó Tatiana.

—Harold tenía una hermana llamada Esther Barrington.

Alexander sólo había mencionado a su tía una vez, de pasada. A Tatiana le preocupaba que Gulotta hablase en voz baja, como si midiera sus palabras para que no dejaran traslucir la terrible realidad.

—¿Puedes decirme qué pasa realmente? —le preguntó—. ¿De qué estás hablando?

—Déjame terminar. Alexander no renunció a su nacionalidad, pero sus padres devolvieron los pasaportes en 1933 aunque la embajada norteamericana en Moscú intentó disuadirlos. Mas en 1936, la madre solicitó asilo para su hijo en la embajada.

—Ya lo sé. La visita que hizo a la embajada en 1936 terminó costándoles la vida a ella y a su marido, y Alexander se habría encontrado en el mismo caso si no se hubiera fugado cuando lo llevaban al presidio.

—Sí, es cierto —dijo Gulotta—. Pero aquí terminan nuestras competencias. En el momento en que escapó, Alexander ya era ciudadano soviético.

—No quería serlo, pero ingresó en el ejército.

—¿Ingresó voluntariamente?

—Entró voluntariamente en el Cuerpo de Oficiales, pero los chicos estaban obligados a alistarse al cumplir dieciséis años y él tuvo que hacer lo mismo.

Sam se quedó un momento pensativo.

—El hecho es que en cuanto ingresó se convirtió en ciudadano soviético —concluyó.

—Ajá.

—En 1936, las autoridades soviéticas solicitaron nuestra ayuda para localizar a Alexander Barrington. Dijeron que no podíamos darle asilo porque era prófugo de la justicia, y de hecho hay un convenio internacional que nos obligaba a devolverlo a la Unión Soviética en caso de que se pusiera en contacto con nosotros. —Gulotta hizo una pausa—. Dijeron que si aparecía Alexander Barrington debíamos notificárselo de inmediato porque era un ciudadano soviético condenado por delitos políticos.

Tatiana se levantó de la silla.

—Está en manos de los soviéticos —resumió Gulotta—. No podemos ayudarte.

—Gracias por tu tiempo —dijo Tatiana con voz temblorosa, aferrándose al cochecito de su hijo—. Siento haberte molestado.

Gulotta también se incorporó.

—La relación con la Unión Soviética se mantiene en pie porque estamos luchando en el mismo bando, pero existe una desconfianza mutua. ¿Qué pasará cuando acabe la guerra?

—No lo sé —contestó Tatiana—. ¿Qué pasa cuando acaba una guerra?

—Espera —dijo Gulotta.

Salió de detrás de la mesa y se paró frente a la puerta antes de darle tiempo a abrirla.

—Me voy ya, tengo que tomar el tren de vuelta —se excusó Tatiana con una voz apenas audible.

—Espera —repitió Sam, extendiendo la mano—. Siéntate un momento.

—No quiero sentarme.

—Escúchame —insistió Gulotta, indicándole con una seña que se sentara. Tatiana se desplomó en la butaca—. Hay una cosa más… —Sam se sentó en la butaca contigua. Anthony se le abrazó a una pierna y Gulotta sonrió—. ¿Te has vuelto a casar?

—Por supuesto que no —respondió Tatiana con voz cansada.

Gulotta contempló al niño.

—Es su hijo —explicó Tatiana.

Gulotta no dijo nada durante un momento.

—No hables con nadie de Alexander Barrington —dijo al final—. No hables con el Departamento de Justicia o con el Servicio de Inmigración, ni en Nueva York ni en Boston. No preguntes por sus familiares.

—¿Por qué?

—No lo hagas hoy, ni mañana, ni el año próximo. No te fíes de ellos. El camino del infierno está empedrado de buenas intenciones. No te conviene que empiecen a hacer indagaciones para intentar localizarlo. Si pregunto por un tal Alexander Barrington, es muy posible que los soviéticos estén menos dispuestos a colaborar. Y si pido información sobre un tal Alexander Belov que en realidad es Alexander Barrington y que podría estar vivo, puede que lo único que consiga sea poner a las

autoridades soviéticas sobre su pista.

—Entiendo la situación incluso mejor que tú —aseguró Tatiana, volviéndose hacia su niño para no ver los ojos de Gulotta.

—¿Dices que ya tienes la residencia?

Tatiana asintió.

—Procura que te den la nacionalidad lo antes posible. Tu hijo, ¿es estadounidense o…?

—Es estadounidense.

—Perfecto, perfecto. —Sam carraspeó—. Una cosa más…

Tatiana no dijo nada.

—Según el expediente de Alexander, en marzo del año pasado, las autoridades soviéticas preguntaron al Departamento de Estado Norteamericano por una tal Tatiana Metanova, en busca y captura por espionaje, deserción y traición y de la que se sospechaba que había huido a Occidente. Mandaron un cable preguntando si Tatiana Metanova había solicitado asilo en Estados Unidos o había preguntado por su marido, que respondía al nombre de Alexander Belov pero que presuntamente era Alexander Barrington. Al parecer, Tatiana Metanova no había renunciado a la ciudadanía soviética. El año pasado contestamos que no se había puesto en contacto con nosotros. Nos dijeron que los mantuviésemos informados en caso de que Tatiana Metanova diera señales de vida y que no le concediéramos el estatuto de refugiada.

Tatiana y Sam guardaron silencio durante un largo momento.

—¿Ha solicitado Tatiana Metanova información sobre Alexander Barrington? —preguntó finalmente Sam.

—No —respondió Tatiana.

Fue apenas un suspiro.

Sam asintió.

—Eso pensé. No voy a consignar nada más en el expediente.

—Ajá —dijo Tatiana.

Notó las palmaditas compasivas de Sam en su espalda.

—Si me das tu dirección, te escribiré en caso de averiguar algo. Pero comprende que…

—Lo comprendo todo —susurró Tatiana.

—Puede que esta maldita guerra acabe algún día, y que acabe también lo que está pasando en la Unión Soviética. Cuando las cosas se calmen podré hacer más averiguaciones. Será más fácil después de la guerra.

—¿Después de qué guerra? —preguntó Tatiana, sin alzar los ojos—. Ya te escribiré yo, así no tienes que apuntar mi dirección. Si hace falta, me encontrarás en el hospital de la isla de Ellis. No tengo domicilio definitivo, no vivo en…

Tatiana no pudo continuar. Apretó los dientes para no llorar y no fue capaz de tender la mano para despedirse de Sam Gulotta. Quería hacerlo pero no pudo.

—Si pudiera te ayudaría. Yo no soy el enemigo —dijo Sam en voz baja.

—No, no lo eres —aceptó ella, cuando se disponía a salir del despacho—. Pero parece que yo sí lo soy.

✶

Tatiana dijo que necesitaba vacaciones y se tomó dos semanas libres.

Quiso marcharse con Vikki, pero su amiga estaba muy entretenida con dos médicos en prácticas y un músico ciego y no pudo acompañarla.

—No pienso apuntarme a un viaje misterioso. ¿Adónde quieres ir?

—Anthony quiere ver el Gran Cañón.

—¡No le eches la culpa a él! Lo que quiere Anthony es que su madre encuentre casa y marido, no necesariamente en este orden.

—No. Sólo quiere ver el Gran Cañón.

—Dijiste que buscaríamos un piso.

—Ven con nosotros y a la vuelta buscaremos piso.

—Qué mentirosa eres.

—Vikki, estoy muy bien en Ellis —contestó Tatiana, riendo.

—Ahí está el problema. No estás bien en Ellis. Estás sola, compartes una habitación con tu niño y tienes que compartir el cuarto de baño. ¡Vives en Estados Unidos, por Dios! Búscate un piso de alquiler. Así hacemos las cosas en este país.

—Pero tú no estás en un piso de alquiler.

—¡Jesús, María y José! Yo tengo casa.

—Y yo también.

—Tú no quieres tener un piso propio porque así evitas tener que buscarte novio.

—No necesito evitar eso.

—¿Cuándo empezarás a hacer la vida de una chica joven? ¿Crees que él te sería fiel si estuviera vivo? Te aseguro que no iba a estar esperándote. Seguro que ahora mismo estaría divirtiéndose por ahí.

—¿Por qué estás tan segura de todo cuando en realidad no sabes nada, Vikki?

—Porque conozco a los hombres y todos son iguales. Y no me digas que el tuyo es distinto. Es un soldado, y los soldados son peores que los músicos.

—¿Que los músicos…?

—No me hagas caso.

—Esto es absurdo, no pienso seguir hablando contigo. Tengo pacientes que atender y luego tengo que ir a la Cruz Roja. ¿Te he dicho que me han contratado a media jornada? Podrías enviar tu currículo, necesitan gente.

—Te lo repito: él estaría divirtiéndose por ahí. Y lo mismo deberías hacer tú.

*«¿Tania?», lo oye susurrar detrás de ella. Está oscuro y Tatiana no puede ver nada, tiene la impresión de estar durmiendo.*

*—¿Duermes, Tania?*

*—Ya no —responde ella, y se vuelve hacia él.*

*Tatiana siente su aliento, en el que se mezclan el vodka y los cigarrillos y el té y el agua de Seltz y el bicarbonato y el peróxido, y también percibe su olor masculino, olor a jabón y a Alexander. Tatiana extiende la mano hacia sus labios.*

*—¿Qué te pasa, Shura, cariño? ¿No puedes dormir? Normalmente duermes enseguida.*

*—¿Oyes la tormenta? Si mañana no llueve, me levantaré temprano y saldré a pescar.*

*—Perfecto. Despiértame a mí también, soldadito mío. Te acompañaré.*

*Alexander tantea en la oscuridad en busca de su cara y deposita un beso en la frente de Tatiana. Ella se acurruca contra su torso y cierra los ojos, ¿o ya los había cerrado?*

*—Hoy ha sido un día muy agradable, ¿verdad, Tatia?*

*—Claro que sí, cariño. Como todos los días de nuestra luna de miel.*

*Sonríe en la oscuridad.*

*Él la estrecha contra su cuerpo.*

*—¿Me perdonarás si muero, Tania?*

*—Sí.*

*—¿Me perdonarás si voy a la cárcel?*

*—Sí.*

*—¿Me perdonarás si…?*

*—Te lo perdonaré todo.*

*Se aprietan el uno contra el otro en la oscuridad.*

*—Ha sido un día perfecto —susurra Alexander—. Pero al final llega el dolor.*

*—No —dice Tania, y le rodea el cuerpo con los brazos—. No es el dolor, es el amor, Shura.*

# Capítulo 22

*Majdanek, julio de 1944*

El batallón de Alexander había acampado en un bosque del este de Polonia, para reponer fuerzas y preparar las armas.

—¿Por qué siempre hablamos de Dios y de los alemanes y de los norteamericanos y de la guerra y del camarada Stalin? —protestó Ouspenski.

—Es usted el único que saca esos temas —dijo Telikov—. ¿Sabe de qué estábamos hablando el camarada Belov y yo hace un momento?

—¿De qué? —masculló Ouspenski.

—Estábamos hablando de si las percas se limpian bien y de qué pescado es mejor para hacer sopa. En mi opinión, con la perca sale una sopa buenísima.

—Eso es que no ha probado la sopa de mero. Cuidado, se le está cayendo la munición… —advirtió Alexander—. Pero ¿qué clase de soldado es usted?

—Un soldado que necesita acostarse con una mujer, señor. O hacer algo de pie con una mujer. Básicamente, hacer algo con una mujer —contestó Telikov, agachándose a recoger los cargadores.

—Nos ha quedado claro, Telikov. El servicio de abastecimiento no se encarga de enviar mujeres al frente.

—Ya nos hemos dado cuenta. Pero me he enterado de que hay tres enfermeras acompañando al Batallón 84, que está a sólo unos kilómetros de aquí. ¿Por qué nosotros sólo tenemos personal sanitario masculino?

—Ustedes son una panda de delincuentes. ¿Quién va a enviarles una enfermera? Hay doscientos soldados en nuestro batallón. La pobre no aguantaría ni una hora viva.

—Estamos tan desesperados que creo que nos daría lo mismo, señor.

—Precisamente por eso no verán a ninguna enfermera por aquí —insistió Alexander.

—¿Es usted el que ha dicho que no la envíen? —quiso saber Telikov, mirándolo con asombro.

—Capitán —intervino Ouspenski—, no me parece justo que nosotros tengamos que sufrir porque a usted se le hayan congelado las pelotas. Los demás somos de carne y hueso.

—Como vuelva a nombrar mis pelotas no le quedará ni un hueso entero teniente. Ocúpese de preparar a sus hombres para mandarlos a la línea de tiro.

Alexander se puso en marcha con los doscientos soldados y llegó a Majdanek con ochenta.

A finales de julio de 1944, tres días después de que los soviéticos lo liberasen, Alexander y sus tropas entraron en el campo de concentración de Majdanek. El campo estaba en medio de un prado y los barracones estaban pintados de verde, como

si quisieran camuflarlos. Alexander percibió el acre olor a carne quemada que flotaba en el aire; no dijo nada, pero por el silencio que se instaló en el tanque y en las filas de soldados que lo rodeaban, se dio cuenta de que sus tropas también lo habían notado.

—¿Por qué nos han mandado aquí? —preguntó Telikov, mirando la ciudad de Lublin a través de la alambrada.

Lublin estaba al otro lado del prado, al pie de una pendiente.

—El alto mando quiere que sepamos con qué nos vamos a encontrar cuando nos adentremos en Alemania, para que no nos apiademos del enemigo —explicó Alexander.

Ouspenski preguntó si el olor llegaría hasta Lublin, y Alexander le respondió que lo más probable era que los habitantes de la ciudad llevaran meses notándolo.

El campo de concentración no era muy grande y parecía tranquilo, como si todo lo humano hubiera desaparecido, dejando solamente fantasmas…

Y cenizas…

Y huesos…

Y restos azules del gas Ziclón-B en las paredes de hormigón. Fémures y clavículas…

Mirillas en las puertas de acero.

Unas «duchas» en uno de los laterales.

Y unos hornos con una alta chimenea en el lateral opuesto.

Un camino que unía un lado del campo con el otro barracones que se extendían a uno y otro lado.

Una vivienda para el personal del campo.

Un cuartel para los miembros de las SS.

Y nada más.

Los soldados lo atravesaron en silencio y con la cabeza gacha y cuando llegaron al fondo se pararon y se quitaron las gorras.

—No pueden hacerlo pasar por un campo de trabajo, ¿verdad? —preguntó Ouspenski a Alexander.

—No, no pueden.

Y eso no era todo… Detrás de los hornos repletos de blancos huesos humanos, había varios montones de cenizas. No eran como hormigueros sino como dunas o pirámides, pilas de ceniza de dos pisos de altura, y alrededor había cenizas blancas esparcidas, y entre ellas habían brotado unas calabazas gigantescas. Alexander, junto con el teniente, los sargentos, los cabos y los soldados, miró con incredulidad aquellas calabazas enormes como mutantes, y de pronto alguien dijo que nunca había visto unas calabazas tan grandes y que si arrancaban una, podrían cenar los ochenta componentes del batallón.

Alexander no les permitió arrancar ninguna calabaza. En un almacén repleto de sandalias y zapatos de todas las tallas, les dejó coger un par de botas forradas a cada

uno porque sabía cuánto tardaba el Ejército Rojo en enviar recambios, sobre todo a los batallones disciplinarios. Los zapatos estaban apilados desde el suelo hasta el techo, protegidos tras una malla metálica de tres metros de altura.

—¿Cuántos zapatos puede haber aquí dentro? —preguntó Ouspenski.

—¿Acaso soy matemático? —soltó Alexander—. Yo diría que cientos de miles.

Abandonaron el campo en silencio y cuando llegaron a la alambrada no se detuvieron a admirar los campanarios de la católica Lublin, a sólo un par de kilómetros de distancia.

—¿Quiénes había aquí, capitán? ¿Polacos?

—Pues… polacos, sí —respondió Alexander—. Supongo que sobre todo judíos polacos. Pero el alto mando dirá otra cosa para que los soldados soviéticos no dejen de sentirse ultrajados.

—¿Cuánto tiempo estuvieron aquí? —preguntó Ouspenski.

—Majdanek empezó a funcionar hace ocho meses. Doscientos cuarenta días. En poco menos de lo que tarda una mujer en traer una nueva vida al mundo, extinguieron un millón y medio de vidas.

Nadie dijo nada hasta que estuvieron a varios kilómetros de distancia.

✶

—Un sitio así es la prueba de que los comunistas tienen razón cuando niegan la existencia de Dios —opinó Ouspenski más tarde.

—A mí esto no me parece obra de Dios, Ouspenski —respondió Alexander.

—¿Y cómo puede permitir Dios que exista algo así? —exclamó Ouspenski.

—Del mismo modo que permite las erupciones volcánicas o las violaciones colectivas. La violencia es algo terrible.

—Dios no existe —repitió Ouspenski, testarudo—. Majdanek, los comunistas y la ciencia demuestran su inexistencia.

—No puedo hablar por los comunistas. Pero lo único que demuestra Majdanek es lo cruel que puede ser el hombre con sus semejantes, lo que es capaz de hacer con el libre albedrío que le otorgó Dios. Si Dios nos hubiera hecho buenos a todos, no hablaríamos de libre albedrío, ¿verdad? Y no es cometido de la ciencia demostrar si más allá del universo hay o no hay un Dios.

—Sí, sí lo es. ¿Para qué está la ciencia si no?

—Para hacer experimentos.

—Ah, ¿sí?

—Experimentos como éste: tal día dormí tantas horas y después me sentí de tal manera… o: tal día consumí X cantidad de alimentos o trabajé X tiempo… o: a los cuarenta años, el momento en que teóricamente empieza la madurez, constaté que empezaban a salirme arrugas… La ciencia, a pesar de sus cálculos, sus observaciones y sus recopilaciones de datos, no puede decirnos qué hay más allá del sueño, por

ejemplo… —Alexander se echó a reír—. Piénselo, Ouspenski: la ciencia es capaz de determinar cuánto tiempo llevo durmiendo, pero ¿puede decirme qué he soñado? Puede observar mis reacciones, saber si he tenido un sueño agitado, si me he reído o he llorado, pero ¿puede decir qué me ha pasado por la cabeza?

—¿Por qué iba a hacer eso?

—La ciencia sólo es capaz de describir lo visible, lo tangible. No puede entrar en mi cabeza ni en la suya. ¿Cómo puede demostrar la existencia o inexistencia de Dios cuando no es capaz de decir que está usted pensando ahora mismo, y eso que es usted transparente como el cristal?

—Ah, ¿sí, capitán? Le sorprenderá saber que ahora mismo estoy pensando en…

—¿… en dónde puede estar el burdel más próximo?

—¿Cómo lo ha sabido?

—Es transparente como el cristal, teniente.

Siguieron avanzando con el tanque.

—¿Y usted en qué está pensando, capitán? —preguntó Ouspenski al cabo de un rato.

—Yo trato de no pensar, teniente.

—¿Y cuando no puede evitarlo?

—Entonces pienso en si los Red Sox de Boston tendrán buenos resultados este año —explicó Alexander.

—¿En quiénes?

—No me haga caso…

—¡Por Dios!

—Ya está invocándolo otra vez. ¿No ha dicho que no existía…?

—¿Y usted no ha dicho que intentaba no pensar?

Alexander se echó a reír.

—Ouspenski, voy a demostrarle que para la ciencia es absolutamente imposible desmentir la existencia de Dios.

Se dio la vuelta y observó la columna de soldados que caminaban esforzadamente detrás del tanque.

—Mire: ese de ahí es el cabo Valeri Yermenko. Le diré qué sabe de él el ejército: tiene dieciocho años y hasta ahora había vivido con su madre; después de salir de la granja familiar, pasó directamente a Stalingrado; participó en la defensa de la ciudad y se entregó a los alemanes; un mes después, cuando los alemanes se rindieron, tu «liberado» fue enviado a un campo de trabajo forzado junto al Volga. Y ahora le pregunto: ¿cómo ha llegado aquí? ¿Cómo es este muchacho que camina a nuestro lado por el este de Polonia, en un batallón disciplinario compuesto por la chusma que no han querido aceptar en los campos de castigo de Siberia? Ésta es mi pregunta: ¿cómo ha venido a parar aquí?

Ouspenski clavó los ojos en Yermenko y luego en Alexander.

—¿Me está diciendo que Dios existe porque un cabrón llamado Yermenko ha

luchado con uñas y dientes para terminar en este batallón disciplinario?

—Sí.

—¿Y puedo saber por qué?

—No puede. Pero si habla dos minutos con él, entenderá que el universo no surgió de la nada sino que fue creado por Dios.

—¿Tenemos tiempo para eso?

—¿Tiene algún otro sitio adónde ir?

✶

Estaban muy cerca de Lublin y avanzaban lentamente, en varias filas a través de un campo lleno de minas. El jefe de zapadores logró desactivarlas todas excepto la última. Lo enterraron en el agujero abierto por la explosión.

—Muy bien —dijo Alexander—. ¿Quién quiere ser el próximo jefe de zapadores?

Nadie dijo nada.

—Si no sale un voluntario, lo nombraré yo. ¿Quién será el próximo jefe?

Un soldado que estaba al final de la fila levantó la mano. Era delgado y bajito y podría pasar por una chica, pensó Alexander. Por una chica bajita. El soldado Estevich temblaba cuando dio un paso al frente.

—Tardaremos un tiempo en entrar en otro campo minado, ¿verdad, señor? —preguntó.

—Vamos a entrar en una población que ha estado cuatro años ocupada por los alemanes; antes de retirarse, el enemigo lo minó todo para recibirnos adecuadamente. Si quiere dormir esta noche, antes tendrá que limpiar de minas el lugar donde nos instalemos, soldado.

Estevich no dejó de temblar.

Cuando volvieron a ponerse en marcha, de nuevo en el tanque, Ouspenski preguntó:

—¿No me va a contar el final de su fascinante teoría? Ardo en deseos de escucharlo.

—Tendrá que seguir ardiendo un rato más, teniente. Se lo contaré esta noche, si llegamos vivos a Lublin.

Estevich trabajó bien. Encontró cinco minas en una casa pequeña e intacta. Los alemanes habían dejado un solo sitio en la ciudad en condiciones de ser ocupado por los soldados soviéticos y antes de irse lo habían minado. Ochenta hombres instalaron los catres de campaña en el edificio medio derruido.

—Ouspenski —preguntó Alexander cuando estaban en el patio, reunidos en torno a una hoguera—, ¿nunca le da por pensar en todas las cosas que no sabe?

—Me gusta el comienzo… —dijo Ouspenski, riendo.

—Piense en cuántas cosas hay que le hacen pensar: «¿Cómo voy a saberlo?».

—Nunca me digo eso, señor —respondió Ouspenski—. Me digo «¿Cómo coño

voy a saberlo?».

—Ni siquiera sabe cómo un insignificante cabo de la primera brigada ha llegado a estar bajo mi mando cuando es obvio que no debería estar aquí, y sin embargo es capaz de sentarse a mi lado y decirme que está convencido de que Dios no existe.

—En realidad, empiezo a odiar a ese Yermenko —respondió Ouspenski, después de meditar un momento—. Me entran ganas de ponerle una mina…

—Vamos a llamarlo.

—¡No, no…!

—Antes de hablar con él, le recuerdo que en las últimas cuatro horas ha estado usted haciendo un experimento científico con Yermenko. Ha observado la forma en que camina, la forma en que sostiene el rifle y la forma en que yergue la cabeza. ¿Lo ha visto perder el paso? ¿Ha mostrado señales de cansancio? ¿Tiene hambre? ¿Echa de menos a su madre? ¿Se ha acostado alguna vez con una mujer? —Alexander sonrió—. ¿Cuántas de estas preguntas es capaz de responder?

—Unas cuantas, señor —contestó Ouspenski, enojado—. Sí, tiene hambre. Sí, está cansado. Sí, le gustaría estar en otro sitio. Sí, echa de menos a su madre. Sí, se ha acostado con una mujer. En Minsk, sólo necesitaba la paga de medio mes.

—¿Y cómo ha sabido todo eso?

—Porque encaja con mi descripción —contestó Ouspenski.

—Perfecto. De modo que puede responder a estas sencillas preguntas porque se conoce a sí mismo.

—¿Qué?

—Conoce las respuestas porque se ha observado a sí mismo y sabe que, aunque sostenga el rifle bien alto y siga a su compañero sin perder el paso, está usted cansado, tiene hambre y quiere acostarse con una mujer.

—Eso es…

—Así pues, lo que me está diciendo es que existe otra cosa detrás de lo que vemos, y puede decírmelo porque sabe que existe otra cosa detrás de usted mismo. Hay algo en su interior que lo incita a decir una cosa y hacer otra distinta, que lo incita a seguir avanzando aunque lo invada la añoranza, a ir en busca de una puta aunque ame a su mujer a disparar contra un alemán inocente aunque sea incapaz de hacer daño al ratón que se escabulle entre las minas.

—No hay ningún alemán inocente.

—Lo que lo incita a usted a mentir y sentir remordimientos —continuó Alexander—, lo que lo incita a traicionar a su esposa y sentirse culpable, o a robar a los aldeanos sabiendo que está haciendo algo malo, es algo que está también en el interior de Yermenko, y es algo que la ciencia es incapaz de medir. Vaya a hablar con él, y le demostraré lo lejos que está aún de la verdad.

Alexander envió a Ouspenski a hablar con Yermenko. Los invitó a los dos a un cigarrillo y a un vaso de vodka y echó otro tronco al fuego. Yermenko se mostró suspicaz al principio, pero al cabo de poco se animó y bebió con ellos. Era joven y

muy reservado. Era incapaz de mirar a Ouspenski a la cara, desviaba continuamente la mirada y decía «sí señor», «no señor», a todo lo que le preguntaban. Les habló de su madre, que vivía en Jarkov; de su hermana, que había muerto de escarlatina al principio de la guerra, y de su vida en la granja. Cuando le preguntaron qué pensaba de la guerra, Yermenko se encogió de hombros y dijo que no leía los periódicos ni oía la radio. No tenía muy claro de qué iba el conflicto y se limitaba a hacer lo que le ordenaban. Contó un chiste a costa de los alemanes, se tomó otro trago de vodka y tímidamente pidió otro cigarrillo antes de irse a dormir. Alexander lo dejó marcharse.

—Muy bien… —comenzó Ouspenski, enarcando las cejas—. Veo que es un hombre sin interés. Un soldado corriente, como Telikov o como el zapador que ha muerto hace poco… Es igual que yo.

Alexander estaba liando cigarrillos.

—No quiere saber nada de los alemanes y se limita a disparar cuando usted se lo ordena —siguió Ouspenski—. Es un buen soldado, el tipo de soldado que se necesita en un batallón. Tiene cierta experiencia en el combate, acata las órdenes y no se queja. ¿Y qué?

—Bueno, ha estado usted observándolo y ha hablado con él. Hemos charlado tranquilamente, nos hemos reído, hemos contado chistes, sabemos algo más de esta persona… la ciencia ha llegado a su conclusión, ¿no es así?

—Eso es.

—Igual que la ciencia observa la Tierra y la rotación de la Luna y del Sol y el movimiento de las estrellas en las galaxias. Del mismo modo que el telescopio permitió descubrir la Vía Láctea y los nueve planetas, o el microscopio ayudó a Fleming a descubrir la penicilina y a Lister a descubrir el ácido fénico. ¿No es así? Hemos observado a Yermenko con un telescopio mientras caminaba y mientras conversaba con nosotros. Lo hemos observado del mismo modo en que la ciencia observa el universo, del único modo en que la ciencia puede observar el universo. Quizá durante menos tiempo, pero aplicando los mismos principios que aplican los científicos para decirnos de qué está compuesto el universo y qué son los átomos, los electrones o las células… ¿Podríamos averiguar cuál es el grupo sanguíneo de Yermenko? ¿Podríamos calcular cuál es su estatura? ¿Cuántos abdominales es capaz de hacer? ¿Cree usted que estos datos nos ayudarían a entender qué hay detrás de este hombre que avanza por el campo a nuestro lado?

—Sí —contestó Ouspenski—. Creo que nos ayudarían.

Alexander encendió un cigarrillo y ofreció otro a Nikolai.

—Teniente Ouspenski: Valeri Yermenko tiene sólo dieciséis años. Cuando tenía doce mató a su padre. Dijeron que había sido en represalia por las palizas que el padre pegaba continuamente a la madre. Yermenko, harto, le dio garrotazos hasta matarlo. ¿Sabe lo difícil que es matar a golpes a un hombre adulto, especialmente si quien lo intenta es un niño? Para evitar el castigo huyó de la aldea y se alistó en el ejército. Mintió sobre su edad (dijo que tenía catorce) y lo aceptaron. En el período de

instrucción discutió constantemente con su sargento, hasta que una tarde lo abordó y lo estranguló por humillarlo en un ejercicio. En Stalingrado se destacó por matar a más de trescientos alemanes con el cuchillo de combate (el ejército no se había atrevido a darle un fusil). El edificio que ocupó estuvo bajo dominio soviético desde el principio hasta el final del asedio. Los soviéticos entregaron a Yermenko a los alemanes porque no querían saber nada de él. Cuando los alemanes se rindieron, Yermenko quedó bajo la custodia del Ejército Rojo. Lo enviaron al Gulag y acuchillo al carcelero, le quitó el uniforme y el fusil, escapó del presidio y recorrió mil kilómetros a pie hasta llegar a la orilla del Ladoga. ¿Sabe adónde se dirigía? Quería llegar a la base de Murmansk y embarcar en uno de los buques cedidos por los norteamericanos. Al parecer leía la prensa lo suficiente para saber cuántos barcos enviaba Estados Unidos a los soviéticos dentro del plan de Préstamo y Arriendo. Lo arrestaron en Voljov, y el general Meretskov, que no sabía qué hacer con él, decidió incorporarlo a mi batallón.

Ouspenski no había dado ni una sola chupada al cigarrillo encendido.

—No eche a perder mis valiosos cigarrillos, teniente —le advirtió Alexander—. Fúmeselos o devuélvamelos.

Ouspenski tiró la colilla al suelo.

—Todo eso es mentira —respondió sin dejar de mirar a Alexander.

—¿No me cree porque se lo estoy diciendo yo?

—Me está mintiendo.

—Es obvio que no quiere creerme.

Alexander sonrió.

—A ver si lo entiendo…

—Detrás de lo que vemos de Yermenko está el verdadero Yermenko, y sólo él sabe quién es. Sólo Yermenko sabe cómo funciona su alma. Sólo usted sabe por qué camina siempre unos pasos por delante de mí aunque yo sea su jefe, y sólo yo sé por qué coño se lo permito. Y eso es lo que quería demostrarle. Detrás de nuestra fachada vulgar están nuestras almas, la de Yermenko, la de usted, la mía y la de cualquier otra persona. Y aunque la ciencia fuera capaz de observar nuestro interior, no conseguiría saber qué hay en realidad. ¡Cuánto más debe de ser lo que se oculta al otro lado del vasto y desconocido universo!

Ouspenski lo miró pensativo.

—¿Y por qué ese cabrón de Yermenko es tan leal con usted, capitán?

—Porque Meretskov me mandó que lo ejecutara y yo no lo hice. Por eso me será leal hasta la muerte.

—¿Y por culpa del cabrón de Yermenko está usted tan convencido de que Dios existe? —preguntó Ouspenski junto a la hoguera.

—No. Es porque a Dios lo he visto con mis propios ojos —contestó Alexander.

# Libro segundo

## EL PUENTE DE SANTA CRUZ

*Venid, amigos míos.*
*Aún no es tarde para buscar un mundo nuevo.*
*Zarpemos, ocupemos nuestros puestos*
*y surquemos los resonantes mares,*
*pues me propongo navegar más allá del ocaso*
*y del lugar donde se hunden los astros de occidente,*
*hasta que muera.*

*Lord Alfred Tennyson*

# Capítulo 23

*El puente de Santa Cruz, julio de 1944*

Cuando pararon a descansar en Lublin, las tropas de Alexander tomaron la decisión unilateral de quedarse unos días en la ciudad. A diferencia de las poblaciones arrasadas y saqueadas que habían atravesado en Bielorrusia, Lublin estaba prácticamente intacta. Salvo algunas casas que habían sucumbido a los incendios o los bombardeos, todos los edificios estaban limpios y recién pintados y había mucha actividad en las calles estrechas y en las plazas de fachadas amarillas donde los domingos se instalaban tenderetes donde se podía comprar ¡de todo! Fruta, jamón, queso o nata agria… y hasta repollos (aunque los soldados no querían saber nada de repollos). En Bielorrusia habían visto como mucho media docena de animales de granja; en Lublin, en cambio, podían comprar suculenta carne de cerdo ahumada por unos pocos eslotis. Y el hecho de que hubiera leche fresca, queso y mantequilla quería decir que la gente ordeñaba las vacas en lugar de comérselas. Además, vendían gallinas y huevos.

—Si esto es la ocupación alemana, cualquier día me paso al bando de Hitler —susurró Ouspenski—. En mi pueblo, mi mujer no puede ni arrancar una puta cebolla sin dársela al *koljós*. Y lo único que cultiva la pobre son cebollas.

—Tendría que haberle dicho que cultivara patatas: mire éstas —observó Alexander.

En el mercadillo también se vendían navajas, relojes de pulsera y vestidos de mujer. Alexander quiso comprar tres navajas, pero nadie aceptaba rublos. Los polacos detestaban a los alemanes, pero no sentían mucho más afecto por los rusos. Eran capaces de bajarse los pantalones ante quien hiciera falta para expulsar a los nazis del país, pero habrían preferido no tener que bajárselos ante los rusos. Al fin y al cabo, los soviéticos se habían repartido Polonia con los alemanes en 1939 y no parecía que tuvieran la intención de devolver su parte. Por eso les lanzaban miradas hostiles y escépticas. Si querían adquirir algún artículo, los soldados de Alexander no tenían más remedio que recurrir al trueque porque nadie estaba dispuesto a aceptar la devaluada divisa rusa. El gobierno de Moscú tendría que dejar de imprimir papel sin valor… Al final, Alexander convenció a una anciana para que le vendiera por doscientos rublos tres navajas y unas gafas para el sargento Verenkov, que estaba casi ciego.

✶

Después de una cena compuesta de huevos, patatas, cebolla y jamón y regada con gran cantidad de vodka, Ouspenski se acercó a hablar con Alexander y le susurró emocionado que habían localizado «la taberna de las putas» y que todos se iban para

allá. Alexander no quiso apuntarse.

—Anímese, señor. Después de lo que vimos en Majdanek, tenemos que celebrar la vida. Venga a echar un casquete con las chicas.

—No.

—¿Qué va a hacer, entonces?

—Dormir. Dentro de unos días tenemos que estar instalando una cabeza de puente en el Vístula y necesitamos ahorrar fuerzas.

—No sabía que íbamos al Vístula.

—¡No me joda!

—A ver si lo entiendo… ¿No piensa echar ninguna cana al aire hoy porque en un futuro incierto tiene que estar en la orilla de un río?

—No. Hoy pienso irme a dormir porque lo necesito.

—Con el debido respeto, capitán. Como su asistente, estoy a su lado en todos los momentos del día y sé muy bien qué le hace falta. Necesita una almeja tan desesperadamente como cualquiera de los demás. Vamos, véngase conmigo. Las chicas esperan ávidas su dinero.

—Claro, como hoy ha tenido tanta suerte para deshacerse de los rublos… —observó Alexander con una sonrisa—. Ouspenski, no hemos podido comprar ni un puto reloj con dinero ruso. ¿Cree que le valdrá para comprar a una mujer? La chica escupirá sobre los billetes.

Alexander siguió afilando las tres navajas delante de la tienda de campaña.

—Vamos, venga con nosotros.

—No. Vaya usted, y a la vuelta me cuenta cómo le ha ido.

—Sabe que es para mí como un hermano, capitán, pero no estoy dispuesto a que disfrute indirectamente de mis experiencias. Vamos, hombre. Me han dicho que cinco polacas muy guapas están dispuestas a hacérselo con todos y cada uno de nosotros por treinta eslotis.

Alexander se echó a reír.

—Ustedes no tienen treinta eslotis.

—Pero usted sí, tiene sesenta. Vamos, anímese.

—No. Mañana quizá. Hoy estoy agotado.

Nada se animaba en el interior de Alexander cuando se quedaba solo. Al menos, cuando estaba en plena batalla, dirigiendo el tanque o esperando para atacar o matar a otros seres humanos, conseguía olvidar.

Mojó una toalla en un cubo de agua y se tumbó en el catre, cubriéndose la cabeza y la cara con la tela empapada. Allí, allí. El agua fría le goteaba por el cuello, las mejillas y el cráneo rasurado. Tenía los ojos cerrados. Allí, allí.

*—Shura, túmbate aquí, en la manta.*

*Alexander obedece de buena gana. Es una tarde de verano, soleada y tranquila. Ha estado leyendo y cortando leña. Le apetece ir a nadar. Los días son mejores que*

*las noches. Los días son aún el presente. Las noches sólo traen un día más. Un día menos.*

*—¿Tanto cortar leña te ha dejado agotado?*

*—No, estoy bien.*

*—¿No estás un poco cansado?*

*No sabe qué respuesta espera Tatiana.*

*—Pues sí… Estoy un poco cansado.*

*Sonriendo, Tatiana se agacha sobre él y le sujeta los brazos por encima de la cabeza.*

*—Bien —dice Alexander.*

*El olor de Tatiana se adentra en el interior de Alexander, que reprime el impulso de besarle la clavícula.*

*—¿Y ahora qué?*

*—Ahora intenta apartarme —responde Tatiana.*

*—¿Hasta dónde debo llegar? —pregunta Alexander.*

*La tumba sobre la manta y se pone de pie.*

*—No estaba lista —protesta Tatiana, meneando la cabeza—. Vuelve aquí.*

*Intenta reprimir una sonrisa, pero no puede. Él obedece de buena gana. Ella intenta inmovilizarle los brazos (aunque no es capaz de rodearle las muñecas con los dedos) por encima de la cabeza. Su aroma despierta los sentidos de Alexander. Lo excita el juego de Tatiana, verla saltar sobre su espalda para tumbarlo en el suelo, sus intentos de forcejear con él, sus rápidos movimientos en el agua… su tímido erotismo de ninfa es un eterno afrodisíaco.*

*—¿Ya estás lista? —pregunta, mirando el rostro decidido de Tatiana mientras ella barrunta la mejor manera de inmovilizarlo.*

*Tatiana junta las muñecas de Alexander y se las coloca por encima de la cabeza.*

*—Buena jugada —opina Alexander—. ¿Y ahora qué?*

*—Estoy pensando.*

*Alexander cierra los ojos.*

*Los muslos de Tatiana le aprietan las costillas.*

*—¿Estás lista? —pregunta Alexander.*

*Tatiana respira hondo.*

*—Estoy lista —contesta.*

*Sin darle tiempo a terminar la frase, Alexander se la sacude de encima. Esta vez no se pone de pie.*

*—¿Qué he hecho mal? —pregunta Tatiana en tono implorante, sentada sobre la manta—. ¿Por qué no puedo inmovilizarte?*

*Alexander la obliga a tumbarse sobre la manta.*

*—¿No será porque mides un metro y medio y pesas cuarenta y cinco kilos y yo mido un metro noventa y peso noventa kilos?*

*Acaricia con su denso pelo negro la garganta de alabastro de Tatiana.*

*Tatiana se aparta.*

*—No —contesta, testaruda—. En primer lugar, mido un metro cincuenta y siete. Y en segundo lugar, según las leyes de la física, tendría que poder inmovilizarte haciendo presión sobre el punto adecuado.*

*—Bueno, ahora déjame probar a mí —dice Alexander, esforzándose por mantenerse serio. Se sienta a horcajadas sobre ella y le sujeta las muñecas por encima de la cabeza. Y sonríe—. ¿Puedo darte besos mientras dura el combate?*

*—Por supuesto que no —declara Tatiana.*

*—Mmm… —responde Alexander, mirándola.*

*Se muere de ganas de besarla. Inclina la cara y…*

*—Shura, esto no está admitido.*

*—Me da igual —asegura él, besándola—. Un beso en la boca es perfecto en este momento. Las reglas van cambiando a medida que transcurre el juego.*

*—Como en el póquer, ¿no?*

*—No empieces con lo del póquer.*

*—¿Estás listo? —pregunta Tatiana, esforzándose por contener la risa.*

*—Estoy listo —dice Alexander, mirándola.*

*Tatiana intenta sacudírselo de encima pero no puede. Sus costillas están entre las rodillas de él. Sus piernas se agitan y golpean la espalda de Alexander. La cabeza de Tatiana se balancea a un lado y a otro mientras intenta elevar el torso y liberar las muñecas.*

*—Espera… —dice con la respiración entrecortada—. Me parece que ya te tengo.*

*—Te propongo una cosa —anuncia Alexander—: voy a sujetarte las muñecas con una sola mano. ¿Te será más fácil así?*

*Con la mano derecha le aprieta las dos muñecas y se las sujeta por encima de la cabeza.*

*—¿Preparado?*

*—Sí, cariño —contesta Alexander, riendo.*

*Intenta captar su atención, pero ella desvía los ojos. Alexander sabe que cuando sus miradas se crucen, esta parte del juego habrá terminado. Tatiana lo conoce muy bien y en cuanto ve aquella expresión en sus ojos empieza a gemir aunque aún esté forcejeando para soltarse. Especialmente si está forcejeando.*

*Las piernas de Tatiana no dejan de agitarse. No puede mover las muñecas. Alexander le acaricia el muslo con la mano libre, por debajo de la falda.*

*—Esto no está permitido —jadea Tatiana.*

*—Ah, ¿no?*

*La mano de Alexander se vuelve más insistente.*

*—No. Yo no lo permito.*

*—Muy bien, renacuaja, sigamos —dice Alexander, y le besa los labios, las pecas, los ojos—. A ver si puedes.*

*Tatiana aparta la cara.*

*—Ya sé qué estoy haciendo mal —asegura—. Otro intento.*

*—Adelante —dice Alexander.*

*Su mano se tensa en torno a las muñecas de Tatiana. Tatiana emite un gemido apenas audible, pero Alexander lo oye.*

*—Tienes que soltarme —susurra Tatiana.*

*—Pensaba que ya sabías qué estabas haciendo mal.*

*—Y lo sé. Pero tienes que soltarme y tumbarte sobre la manta.*

*Alexander, con reticencia esta vez, obedece.*

*Tatiana se arrodilla entre sus piernas. En vez de inmovilizarle las manos, le baja los pantalones y se sienta a horcajadas sobre él mientras se sube la falda.*

*—Ahora… —murmura. Le inmoviliza las muñecas por encima de la cabeza y acerca la boca a su cara—. Adelante, soldado.*

*Alexander permanece inmóvil. Tatiana, en cambio, se mueve arriba y abajo.*

*—Adelante —murmura otra vez—. «A ver si puedes soltarte», eso decías…*

*Alexander emite un leve gemido. Tania lo besa.*

*—Marido mío… —dice con voz cantarina, siguiendo el ritmo de su corazón y de sus movimientos—. ¿Qué has dicho…?*

*—Nada.*

*—Y ahora dime, ¿quién manda?*

*Alexander cierra los ojos. Tatiana se rinde para recordarle que su sumisión (la fuente de todo el poder de Alexander) es un privilegio que le concede y no un derecho. Envuelto en ella, Alexander acepta su rendición como el elixir que necesita para seguir viviendo.*

*Después, Tatiana sigue sujetándole las muñecas y él sigue sin mover nada que no sea el corazón, que late a 160 pulsaciones por minuto para bombear el elixir de Tatiana a través de su cuerpo.*

*—Ya sé qué es lo que hacía mal —asegura Tatiana, sonriéndole y lamiéndole la mejilla—. Sabía que tenía que haber un modo de ganarte.*

*—Sólo tenías que preguntármelo. Yo te habría dicho cómo podías.*

*—¿Y por qué iba a preguntártelo? Tenía que descubrirlo sola.*

*—Buen trabajo, Tatiana —murmura Alexander—. ¿Y hasta ahora no lo habías descubierto?*

En medio de la noche, Alexander, todavía con la toalla sobre la frente, se despertó bruscamente al oír la voz borracha y susurrante de Ouspenski, que lo zarandeaba y le agarraba una mano para depositarla sobre algo cálido y suave. Alexander tardó un momento en reconocer la calidez y suavidad de un pecho, un pecho grande que estaba unido a un cuerpo de mujer, una mujer no del todo sobria y que arrodillada junto al catre le echaba a la cara un aliento alcoholizado y le decía unas palabras en polaco que sonaban así:

—Despierta, vaquero, has llegado al paraíso.

—Mañana le espera un castigo, teniente —dijo Alexander en ruso.

—Mañana me adorará como si fuera su dios. Ya está pagada. Que lo pasen bien.

Ouspenski cerró los faldones de la tienda y desapareció.

Al sentarse y encender la lámpara de queroseno, Alexander se encontró frente a un juvenil, embriagado y no exento de atractivo rostro polaco. Estuvieron un minuto mirándose, él con incredulidad y ella con ebria afabilidad.

—Hablo ruso —dijo la chica, en ruso—. ¿Voy a tener problemas por haber venido?

—Sí —dijo Alexander—. Más vale que te marches.

—Pero tu amigo…

—No es mi amigo, es mi enemigo. Te ha traído para envenenarte. Tienes que marcharte cuanto antes.

La ayudó a incorporarse y vio sus pechos bamboleantes por la abertura del vestido. Alexander sólo llevaba puestos los calzoncillos. Captó la mirada de interés de la muchacha.

—Pero tú no tienes aspecto de veneno, soldado —dijo la chica. Tendió una mano hacia Alexander y añadió—: Ni tacto de veneno. Tranquilo, soldado —concluyó tras una pausa.

Alexander se apartó un poco, sólo un poco, y comenzó a ponerse los pantalones. Ella lo acarició para detenerlo. Alexander suspiró y le apartó la mano con delicadeza (¿o fue con reticencia?).

—¿Cómo te llamas?

—Como tú quieras. ¿Tienes alguna novia por ahí? Se nota que la echas de menos. He visto a muchos soldados como tú.

—No me cabe duda.

—Después de estar conmigo siempre se sienten mejor. Así que no tengas miedo y acércate. ¿Qué es lo peor que puede ocurrir? ¿Que te lo pases bien?

—Si —aceptó Alexander—. Eso es lo peor que puede ocurrir.

La chica extendió una mano y le enseñó un condón.

—Ven, no hay nada que temer.

—No tengo miedo —dijo Alexander.

—Vamos…

Alexander terminó de abrocharse el cinturón.

—Vamos, te acompañaré a tu casa.

—¿Tienes un poco de chocolate? —dijo la chica con una sonrisa—. Te la chupo si me das chocolate.

Alexander meneó la cabeza, demorando la contemplación de sus pechos desnudos.

—Sí, tengo chocolate —dijo mientras le temblaba todo el cuerpo sobre todo el corazón—. Te lo puedes quedar todo. —Hizo una pausa—. Y no hace falta que me la chupes.

Por un instante, los ojos de la chica se volvieron más claros.

—¿De verdad?

—De verdad.

Alexander hurgó en su mochila y sacó unas chocolatinas envueltas en papel de aluminio.

La chica se metió las chocolatinas enteras en la boca y las engulló con voracidad. Alexander enarcó las cejas.

—Mejor el chocolate que yo —dijo en voz baja.

La chica se echó a reír.

—¿De verdad quieres acompañarme a casa? —dijo—. ¿Piensas que las calles no son seguras para una chica como yo?

Alexander cogió la ametralladora.

—Exacto. Vamos.

Caminaron por las calles conquistadas de Lublin. A lo lejos se oían las risotadas, el sonido de unos vasos rotos, el rumor de la diversión. La chica agarró a Alexander del brazo. Era alta, pero el roce de sus blandas carnes femeninas desencadenó una cascada de sensaciones agridulces en Alexander.

Sintió una punzada en el abdomen, una pulsación acelerada en el corazón, una pulsación en otras partes del cuerpo. Oprimió el brazo de la chica, cerró los ojos un segundo y se imaginó aliviado y tranquilo. Abrió los ojos, se encogió de hombros y suspiró.

—Os dirigís al Vístula, ¿verdad? ¿Vais a Pulawy? —preguntó la chica.

Alexander no respondió.

—Sé que vais para allá. ¿Sabes una cosa? Dos divisiones soviéticas, una acorazada y la otra de infantería, mil hombres en total, lo intentaron y no volvió ninguno.

—No tenían que volver.

—No me escuchas. Tampoco avanzaron más. Todos terminaron en el río.

Alexander le dirigió una mirada pensativa.

—Tus compatriotas me importan una mierda —siguió la chica—, igual que los alemanes. Pero tú me has tratado con un poco de respeto y por eso voy a explicarte una ruta mejor.

Esta vez, Alexander la escuchó con atención.

—El recorrido que tenéis previsto os llevará directamente a la línea defendida por los alemanes. Son cientos de miles y os están esperando al otro lado del Vístula. Si os topáis con ellos moriréis todos, incluido tú. Acuérdate de lo poco que les costó entrar en Bielorrusia, que no les importaba una mierda.

Alexander quiso decirle que no les había sido tan fácil, pero se calló.

—El Vístula es el río más ancho de Polonia después del Óder, que forma frontera con Alemania y fluye prácticamente hasta Berlín. Si cruzáis el Vístula por el norte, cerca de Varsovia, ya no podréis seguir por muchos tanques y aviones que tengáis.

—Es que ni siquiera tenemos aviones —le explicó Alexander—. Y sólo un tanque.

—Tenéis que trasladaros cincuenta kilómetros más al sur y cruzar el río por el punto más estrecho. Donde te digo hay un puente, aunque estoy segura de que lo han minado…

—¿Cómo lo sabes?

La chica sonrió.

—En primer lugar, antes vivía en Tarnovia, que no está lejos de ese puente. Y en segundo lugar, cuando los putos alemanes dejaron la ciudad hace un mes, se pusieron a hablar en su idioma delante de mí como si yo no fuera capaz de entenderlos. Se creen que todos somos tontos. No toméis el puente blanco y azul, porque me consta que está minado. Ahora bien, esa parte del río es poco profunda. Podéis poner pontones para atravesar el tramo más hondo, aunque me imagino que todos sabéis nadar. Incluso podéis atravesarlo con el tanque. El monte no está muy cubierto, porque es abrupto y el bosque es muy denso. No digo que no esté cubierto, sólo digo que no hay muchos. Son sobre todo grupos de partisanos, compuestos por alemanes y soviéticos. Si conseguís llegar a la otra orilla, cuando salgáis del bosque estaréis prácticamente en Alemania. Si lo hacéis así, tendréis una oportunidad. En cambio, si atravesáis el Vístula a la altura de Pulawy o de Dolny, terminaréis todos muertos. —La chica se interrumpió un momento y añadió—: Ya hemos llegado. —Señaló una casita en la que las luces estaban encendidas y sonrió—. La luz encendida toda la noche es la señal de que aquí viven pecadoras.

Alexander le devolvió la sonrisa.

—Gracias —dijo la chica—. Me alegro de no haber tenido que echar uno más esta noche. Estoy agotada. —Le acarició el torso—. Aunque no me habría molestado echar el último contigo.

Alexander le acomodó el vestido.

—Gracias a ti —le dijo—. ¿Cómo te llamas?

—Vera —contestó la chica, sonriendo—. Significa «Fe» en ruso ¿no? ¿Cómo te llamas tú?

—Me llamo Alexander. ¿Tiene nombre el puente azul y blanco de Tarnovia?

Vera le rozó la boca con los labios.

—*Most do Swietokrzyskie*. El puente de Santa Cruz.

✶

A la mañana siguiente, Alexander mandó a cinco hombres al Vístula a la altura de Pulawy, en una misión de reconocimiento. No regresaron. Envió a cinco más a Dolny, y tampoco volvieron.

Estaban a principios de agosto y las noticias que llegaban de Varsovia eran poco halagüeñas. A pesar de los intentos de enviar a los alemanes al otro lado del Vístula,

éstos seguían sin moverse de donde estaban, las bajas soviéticas alcanzaban unas cifras descomunales y los polacos, animados por las falsas promesas de ayuda de los rusos, se habían alzado contra el ocupante nazi y estaban siendo víctimas de una matanza.

Alexander esperó unos días más pero, al no recibir noticias, llamó a Ouspenski para que lo acompañara hasta el Vístula. Allá se escondieron entre los árboles y observaron la vegetación silenciosa de la orilla opuesta. Estaban prácticamente solos, al menos si miraban al frente. Detrás tenían a dos milicianos del NKGB con el fusil al hombro. Los mandos de un batallón disciplinario no podían desplazarse a solas por Polonia si no era en misión de reconocimiento. Los milicianos de NKGB eran omnipresentes, pero no se encargaban de luchar contra los alemanes sino de vigilar a los presidiarios del Gulag. Durante el último año, Alexander no había dejado de verlos ni un solo día.

—Cómo odio a esos hijos de puta —rezongó Ouspenski.

—Yo ni pienso en ellos —contestó Alexander, apretando los dientes con decisión.

—Pues debería. Están a la espera de que le pase algo malo.

—No me lo tomo como algo personal.

—Pues debería.

Fumaban. La mañana era clara y soleada. Alexander miró el río y recordó… Terminó un cigarrillo y encendió otro y luego otro más… quería envenenar los recuerdos con nicotina.

—Necesito que me dé un consejo, Ouspenski.

—Será un honor para mí, señor.

—Tengo orden de instalar una cabeza de puente en Dolny mañana al amanecer —dijo Alexander.

—Parece una zona tranquila —observó Ouspenski.

—Sí, lo parece, pero ¿es así? ¿Y si…? —Alexander respiró hondo y terminó—: ¿Y si le digo que mañana puede morir?

—Capitán, está describiendo lo que ha sido mi vida en los últimos tres años.

—¿Y si le digo que podemos seguir río abajo —continuó Alexander—, hasta una zona menos cubierta por los alemanes, y salvar la vida? No sé por cuánto tiempo y no sé si vale la pena, pero parece que el viento del destino sopla a nuestro favor esta mañana de verano… «Vida o muerte», nos susurra.

—Capitán, ¿puedo preguntarle de qué coño me está hablando?

—Le estoy hablando de qué camino tomar, Ouspenski. Una dirección conduce a lo que le queda de vida, y la otra también, pero en ese caso lo que le queda de vida es muy poco.

—¿Y qué le hace pensar que si nos desplazamos río abajo nos irá mejor?

Alexander se encogió de hombros. No quería hablarle de una mujer de carnes blandas llamada Fe.

—Sé que la tranquilidad de Dolny es engañosa.

—Capitán, ¿no tiene usted un jefe? Esta mañana lo he oído hablar por radio. Era obvio que el general Konev le estaba dando órdenes de conquistar Dolny.

—Si —reconoció Alexander, con un gesto de asentimiento—. Pero su orden nos manda directos a la muerte. En Dolny, el río es demasiado ancho y profundo y el puente está demasiado expuesto. Estoy seguro de que los alemanes ni siquiera se han molestado en minarlo porque lo único que necesitan es bombardearnos desde la orilla opuesta.

—No creo que tenga elección, capitán —dijo Ouspenski, caminando otra vez hacia el bosque—. Tiene que cumplir las órdenes del general Konev, igual que él tiene que cumplir las órdenes del camarada Stalin.

Alexander se quedó pensativo, sin moverse de la orilla.

—Mire este puente y mire el río. Sus aguas transportan los cadáveres de miles de soviéticos. —Hizo una pausa y añadió—: Y mañana transportarán el de usted y el mío.

—Yo no veo cadáveres ahora —dijo Ouspenski en tono indiferente, entrecerrando los ojos—. Y alguien debió de cruzarlo.

Esta vez el tono fue menos indiferente.

—No, nadie —aseguró Alexander, meneando la cabeza—. Todos murieron. Igual que moriremos nosotros mañana. —Sonrió—. Mire bien el Vístula, teniente, porque cuando salga el sol se convertirá en su tumba. Disfrute de su último día en la Tierra. Dios ha hecho que sea especialmente hermoso.

—Entonces se alegrará de haberlo disfrutado con esa chica, ¿no? —preguntó Ouspenski, con una risita.

Alexander se puso en pie para volver a Lublin.

—Avisaré al general Konev de que alteramos la misión —dijo cuando llevaban diez kilómetros caminando—. Pero necesito su apoyo total, teniente.

—Estaré a su lado hasta el último de sus días, señor, para mi gran pesar.

✶

Alexander logró convencer a Konev de que le permitiera cruzar el Vístula cincuenta kilómetros más al sur. No le costó tanto como había pensado. Konev conocía perfectamente la situación de Dolny y sabía que las principales divisiones del Frente de Ucrania no habían llegado aún al Vístula, por lo que no le pareció mal probar un nuevo emplazamiento.

Cuando se preparaban para partir hacia el bosque, Ouspenski se pasó todo el tiempo quejándose mientras desmontaba la tienda de Alexander y reunía el material. Se quejó en el momento de subir al tanque y decirle a Telikov que subiera. Se quejó cuando vio que Alexander no subía sino que echaba a andar detrás del vehículo.

Alexander avanzó a pie detrás del tanque por el estrecho camino que atravesaba los campos y bordeaba la orilla del Vístula a lo largo de cincuenta kilómetros.

Cuando se dio la vuelta vio que un grupo de milicianos del NKGB armados hasta los dientes avanzaban obstinadamente detrás de él.

Levantaron el campamento tres veces, pescaron y devoraron las zanahorias y las patatas que habían traído de Lublin junto con los recuerdos de comida caliente y de polacas aún más calientes, cantaron canciones y se rasuraron hasta que no les quedó ni un solo pelo en el cuerpo, y se comportaron más como un grupo de Boy Scouts que como un grupo de presidiarios que avanzaban hacia un destino sin esperanza. Alexander cantaba más fuerte que nadie y estaba más contento que nadie y caminaba más deprisa que ninguno de sus hombres, con el viento a su favor.

Ouspenski, por su parte, no dejó de refunfuñar en ningún momento del trayecto. Una tarde bajó del tanque y caminó un trecho al lado de Alexander.

—Le dejo andar a mi lado si no oigo ni un suspiro de queja.

—Quejarme es mi privilegio de soldado —respondió Ouspenski en tono desabrido.

—Sí, pero ¿hay que insistir tanto? —Alexander estaba pensando en el río y no muy atento a las palabras de Ouspenski—. Camine más deprisa, me da igual que sólo tenga un pulmón.

—Señor, ¿por qué no aceptó los favores de la chica de Lublin?

Alexander no contestó.

—Había tenido que pagarle de todos modos. Podía habérsela beneficiado por cortesía hacia mí, maldita sea.

—La próxima vez procuraré ser más considerado.

—Eso espero. —Ouspenski se acercó un poco más—. ¿Qué le pasa, capitán? ¿No vio qué tetas tenía? Pues el resto del cuerpo era igual de suculento.

—Ya.

—¿No le gustó…?

—No era mi tipo.

—¿Y cuál es su tipo, señor, si me permite la pregunta? En la taberna había todo tipo de…

—Me gustan las que nunca han estado en una taberna.

—¡Por Dios! Estamos en guerra.

—Hay muchas cosas que me mantienen la mente ocupada, teniente.

—¿Quiere que le cuente cómo me fue con la chica polaca? Ouspenski carraspeó.

—Cuénteme, teniente —respondió Alexander, sonriendo y mirando al frente—. Y no se deje ni un detalle. Es una orden.

Ouspenski habló durante cinco minutos. Cuando terminó, Alexander esperó un momento sin decir nada, asimilando lo que acaba de oír.

—¿Eso es lo mejor que sabe hacer? —preguntó al final.

—Se tarda más en hacerlo que en contarlo —se justificó Ouspenski—. No soy Cicerón.

—No, y ni siquiera es bueno contando chistes. El sexo no puede ser tan aburrido,

¿o es que ya se me ha olvidado?

—¡Ah! ¿Se le ha olvidado?

—No lo creo.

—Entonces cuénteme usted algo.

Alexander negó con la cabeza.

—Las historias que podría contarle ya no las recuerdo, y las que recuerdo no se las puedo contar —se justificó. Sintió los ojos de Nikolai clavados en su cara y apretó el paso—. ¿Qué pasa? ¡Adelante, soldados! —ordenó a su formación—. No quiero veros caer muertos. ¡Más deprisa! ¡Uno dos, uno dos! Faltan veinte kilómetros para llegar a nuestro destino. No os rezaguéis. —Miró a Ouspenski, que seguía con la mirada clavada en su cara, y le preguntó—: ¿Qué pasa?

—¿A quién ha dejado atrás, capitán?

—No se trata de a quién he dejado atrás —contestó Alexander, apretando el paso y sujetando con fuerza la ametralladora—. Se trata de quien me dejó atrás a mí.

✶

Llegaron al puente tres días después, al caer la noche. El técnico de comunicaciones partió en busca de una división del Frente de Ucrania para instalar un cable telefónico entre el alto mando y Alexander. Al alba, Alexander ya estaba levantado. Se sentó a la orilla del río, que no medía más de sesenta metros de ancho, y observó un puentecito anodino, un viejo puente de madera que en otro tiempo había sido blanco.

«*Most do Swietokrzyskie*», susurró Alexander. Era muy temprano y no había nadie, pero a lo lejos, en la otra orilla, se veían los campanarios del pueblo de Swietokrzyskie, y más allá los densos robledales de los montes de Santa Cruz.

Alexander tenía orden de esperar a una división del grupo de ejércitos de Ucrania, pero cambió de idea y adelantó el momento de cruzar el río.

La zona estaba muy tranquila. Costaba creer que al cabo de un solo día a la mañana siguiente, el cielo, la tierra y el agua se teñirían con la sangre de sus hombres. «A lo mejor al otro lado no hay ningún alemán y podemos escondernos entre los árboles —pensó Alexander—. Los norteamericanos llegaron hace dos meses a Europa y en cualquier momento entrarán en Alemania. Lo único que tengo que hacer es resistir vivo el tiempo suficiente para ponerme en sus manos…».

En otro momento, un pintor se sentaría en uno de esos puentes y pintaría a las familias paseando en bote por el río, a las mujeres con sus pamelas blancas, a los hombres empuñando las pértigas, a los niños con sus trajecitos de domingo. En el cuadro, la mujer tal vez lleva un sombrero azul. El niño tiene alrededor de un año. La madre lo sostiene en brazos y sonríe, y el padre sonríe y rema más deprisa, y la estela del bote se ensancha, los nardos resplandecen y el pintor no se pierde ni un detalle.

Aquella mañana, Alexander hubiera querido volver a la infancia. Se sentía como

un octogenario. ¿Cuándo había corrido por última vez hacia alguien con una sonrisa en la cara? ¿Cuándo había corrido por última vez hacia alguien sin llevar un arma en la mano? ¿Cuándo había cruzado por última vez la calle a grandes zancadas?

No quería saber la respuesta, no antes de cruzar el puente de Swietokrzyskie.

✶

—¡¡Abran fuego!! ¡¡Abran fuego!!

Al día siguiente, en el río, estaban muriendo bajo el opresivo estruendo del fuego enemigo, y la muerte no era lenta. Los soldados de a pie habían entrado en el agua antes que los demás, pero necesitaban ayuda.

El tanque de Alexander se había encallado en las rocas del fondo y el agua llegaba hasta las cadenas. Verenkov colocó un proyectil de cien milímetros en el cañón y disparó. Por la explosión y los gritos, Alexander supo que el proyectil había alcanzado el objetivo, Verenkov colocó otro proyectil más pequeño, pero no tenían tiempo de abrir fuego.

El tanque era un objetivo demasiado visible, y Alexander sabía que no tardaría en saltar en pedazos. No quería perder el vehículo ni las armas, pero sus hombres le eran aún más necesarios.

—¡Saltad! —gritó—. ¡Se acerca uno!

Bajaron todos de un salto, o más bien salieron disparados cuando el proyectil impactó en el morro del vehículo y lo hizo pedazos. Furioso por la pérdida de su única pieza de artillería motorizada, Alexander intentó vadear el río sosteniendo la ametralladora por encima de la cabeza y disparando ráfagas hacia la playita que se abría frente a él. Ouspenski disparaba hacia los lados para protegerlo, Alexander lo oía gritar «¡atrás!» o «¡retroceda!» o «¡apártese!» o «¡cúbrase!» mientras le hacía gestos y profería maldiciones, pero era incapaz de hacer nada que no fuera seguir avanzando sin hacerle caso. Telikov y Verenkov intentaban nadar, aferrados el uno al otro. Alexander era el único con estatura suficiente para vadear el río con el agua por el cuello. Estaba en mejor disposición que sus soldados, ya que nadar y disparar al mismo tiempo no era demasiado efectivo.

A su alrededor todo eran ráfagas de ametralladora. Era imposible saber de dónde venían. Cada vez que oía un disparo, pensaba que le daría en el casco.

Los cuerpos de varios de sus hombres flotaban en el agua, reventados por las balas.

El Vístula empezó a teñirse de rojo. Alexander tenía que llegar a la otra orilla. En tierra firme, todo era posible. «¿Y esta ruta era mejor que la de Dolny o de Pulawy? —pensó—. ¿Ésta es la parte donde no había alemanes?».

En el agua, nada parecía posible.

Ouspenski siguió gritando, como siempre. Pero ahora no se refería a Alexander.

—¡Mírelos, chillando como mujercitas! ¿Contra quién combatimos? ¿Contra

hombres o contra niñas?

Alexander vio a uno de sus hombres abrazado a un cadáver. Era Yermenko.

—¿Se puede saber dónde está su compañero de batalla?, cabo, —chilló Alexander.

—¡Aquí, señor! —respondió Yermenko, señalando el cadáver.

Alexander vio que Yermenko agitaba las piernas debajo del agua. Nadó hacia él y le pegó un grito, pero su soldado no dejó de agitarse. Estaba usando el cuerpo como flotador.

—¿Qué coño le pasa? —chilló Alexander—. Suelte ya al soldado y nade.

—¡No sé nadar, señor!

—¡No me joda!

Alexander llamó a Ouspenski, Telikov y Verenkov para que ayudaran a Yermenko a cruzar el río. Cuando estaban a diez metros de la orilla, saltaron tres alemanes de entre los arbustos. Alexander no lo dudó ni un segundo: disparó y los tres alemanes volaron por los aires.

Después aparecieron tres más, y luego otros tres. Alexander disparó las dos veces. Cuatro alemanes más entraron en el agua y avanzaron hacia él. Yermenko se colocó rápidamente delante, apuntó con su fusil a los alemanes y los derribó. Ouspenski, Telikov y Verenkov formaron una muralla para proteger a Alexander. Ouspenski chilló «¡Atrás, capitán!», disparó sosteniendo la ametralladora por encima del agua y falló.

Alexander alzó la Shpagin sobre la cabeza de Ouspenski, disparó sosteniendo la ametralladora por encima del agua y no falló.

—Si falla, vuelva a disparar, teniente —chilló.

Esta vez eran cinco los alemanes que estaban a pocos metros, metidos hasta la cintura en el río. Alexander siguió disparando mientras intentaba llegar a la orilla. Sus hombres golpeaban a los soldados enemigos con la culata de los fusiles y con las bayonetas y también trataban de llegar a la orilla, pero no tenían suerte. En el agua estaban demasiado expuestos y cada vez aparecían más alemanes.

Alexander sabía que en el combate se agudizaban tres de sus cinco sentidos. Veía el peligro como el búho en la oscuridad, olía la sangre como la hiena, captaba los sonidos como el lobo. No se permitía distracciones ni equivocaciones, no vacilaba y era capaz de verlo todo, olerlo todo y oírlo todo. Lo que no podía era saborear su propia sangre o palpar su propio miedo.

Vio una ráfaga de luz a su lado y tuvo el tiempo justo de apartarse, esquivando la bala por medio metro. El soldado alemán, furioso por haber errado el blanco, lo golpeó con la bayoneta. Quiso darle en el cuello pero Alexander era demasiado alto y la punta de la bayoneta se clavó en su hombro izquierdo. Alexander golpeó al alemán con el fusil y casi lo decapitó. El alemán se desplomó, pero en ese momento se acercaron cinco más, y Alexander, con el brazo ensangrentado, los atacó con la bayoneta y con el cuchillo de combate hasta que los derribó y Ouspenski les arrebató

las armas. Empuñaron cada uno dos fusiles y se convirtieron en una muralla de balas que avanzaba hacia la orilla y a la que nada podía detener.

De pronto dejaron de salir alemanes de entre la vegetación y el tiroteo se acalló. Todo estaba en silencio, excepto por los jadeos de los que aún respiraban, los estertores de los que aún agonizaban y el gorgoteo del río que se llevaba a los muertos.

Los supervivientes del batallón salieron arrastrándose del agua y se dejaron caer en la arena.

Alexander tenía ganas de fumar, pero el tabaco estaba empapado. Vio que los milicianos del NKGB atravesaban dificultosamente el río, sujetando los fusiles y los morteros por encima de sus cabezas.

—¡Vaya panda de nenazas! —se burló Ouspenski en un susurro cuando Alexander se sentó con él y con Yermenko.

Alexander no dijo nada, pero cuando los milicianos del NKGB llegaron a la playa se levantó y se encaró con ellos sin hacer el saludo reglamentario.

—¡Tendrían que haber ido por el puente, como civiles que son! —les gritó.

—Diríjase a mí como corresponde —dijo con una mirada gélida uno de los milicianos del NKGB, que no tenía ni un rasguño en el cuerpo.

—Tendrían que haber ido por el puto puente, camarada —rectificó Alexander, cubierto de sangre de la cabeza a los pies y empuñando la ametralladora.

—¡Soy el teniente Sennev, del Ejército Rojo! —gritó el miliciano—. Baje el arma, soldado.

—¡Y yo soy el capitán Belov! —gritó Alexander, sujetando el arma con la mano buena.

Una palabra más, y comprobaría cuántos cartuchos le quedaban a la Shpagin.

El miliciano dejó de discutir y, maldiciendo entre dientes, hizo una seña a sus hombres para que se adentraran con él en el bosque.

Los hombres de Alexander esperaron en la playa. El enfermero, un ucraniano que respondía al nombre de Kremler, se acercó a Alexander antes de darle tiempo a calcular los daños sufridos por su batallón, que había quedado reducido a una sección como mucho. Le limpió con ácido fénico la herida del brazo y la desinfecto con polvos de sulfamida.

—Es profunda —fue lo único que dijo.

—¿Puede ponerme puntos?

—Queda poco hilo y hay muchos heridos.

—Póngame tres; sólo para que no se abra.

Kremler le cosió el corte del brazo, le limpió la herida de la cabeza, le dio un trago de vodka y le inyectó morfina en el estómago. Poco después apareció Ouspenski.

—¿Podemos hablar un momento, capitán? —dijo, plantándose delante de Alexander.

Alexander estaba sentado en la arena, fumando un cigarro. La morfina empezaba a darle sueño.

—Yo también quiero hablar con usted —dijo, alzando los ojos—. ¿Cuántos han caído?

—Casi todos. Sólo quedan treinta y dos soldados, tres cabos y dos sargentos, un solo teniente (ése debo de ser yo) y un solo capitán (ése debe de ser usted).

Ouspenski pronunció con tristeza las últimas palabras.

—¿Sigue vivo Yermenko?

—Sí.

—¿Y Verenkov?

—Tiene una herida en el cuello, un proyectil le ha rozado el estómago y ha perdido las dichosas gafas, pero está vivo.

—¿Y Telikov?

—Se ha roto un pie, pero está vivo.

—¿Cómo coño se ha roto el pie?

—Tropezó.

Ouspenski no sonreía.

—¿Qué le pasa? ¿Se encuentra usted bien?

—Ahora sí. Me ha estado sangrando la cabeza durante dos horas y pensaba que me iba a quedar sin cerebro.

—Ah, pero ¿tenía usted cerebro, teniente?

Ouspenski se agachó frente a Alexander.

—Señor, no soy dado a criticar las decisiones de mis superiores, pero me atrevo a decir que lo que ha sucedido aquí hoy, es decir, lo que usted ha permitido que sucediera, ha sido una locura.

—Sí que me está criticando, teniente.

—Señor…

—¡Teniente! —Alexander se puso de pie. La sangre le había empapado la venda —. No teníamos ningún otro sitio al que ir. —Hizo una pausa—. Y hemos cruzado el río, ¿no?

—Ésa no es la cuestión, señor. Mañana tenía que llegar Konev con la División Acorazada 29. Y en lugar de esperarlos, nos hemos zambullido en el río y hemos avanzado directos hacia la línea de fuego sin retroceder y sin alejar a los alemanes de su posición. Nos hemos acercado sin más, sin atender a razones. Y lo que es más importante: usted no atendía a razones. Usted, el único que puede interponerse entre nosotros y la muerte, nos ha obligado a avanzar hacia las fauces del enemigo corriendo el riesgo de perder a la práctica totalidad del batallón, y ahora está aquí sentado, medio muerto, fingiendo que no sabe por qué estoy tan cabreado.

—Cabréese cuanto quiera, teniente —dijo Alexander, apretando la venda con la mano—, pero no en mi presencia. No pensaba quedarme esperando sentado a Konev. Habría tardado días en llegar, el elemento sorpresa se habría perdido, los alemanes

habrían tenido tiempo de buscar refuerzos y de todos modos el general nos habría obligado a avanzar los primeros, con la diferencia de que los alemanes habrían tenido tiempo de ponerse a la defensiva. Ahora tenemos que reorganizarnos, pero al menos hemos llegado al bosque y hemos abierto camino para nuestros ejércitos. Nos lo agradecerán, aunque sea de mala gana. —Sonrió—. Puede estar seguro de que somos los primeros soviéticos que han atravesado el Vístula.

Ouspenski lo miró con incredulidad.

—No lo hemos hecho tan mal, aunque tampoco ha sido un éxito clamoroso… No es la primera vez que perdemos hombres, teniente. ¿No se acuerda del pasado abril, en Minsk? Murieron treinta hombres en la operación de limpieza de un solo campo minado, y en Polonia no pudimos cruzar ni un puto río.

—Señor, nos ha hecho avanzar hacia el enemigo cuando apenas teníamos balas.

—Le dije que sostuviera el arma en alto mientras cruzaba el río.

—¡Sólo nos quedan cuarenta hombres!

—¿Ha contado a los veinte del NKGB?

—¡Cuarenta hombres y veinte nenazas!

—Sí, pero hemos expulsado a los alemanes de la ribera. Y cuando entremos en el bosque, habrán llegado los refuerzos.

Ouspenski meneó la cabeza.

—No podemos combatir en el bosque —dijo—. Yo no lo haré, al, menos. En el bosque no se ve nada y el estilo de lucha es completamente distinto.

—Y lo sé. Siento no hacerle la guerra más cómoda.

—Hemos perdido el tanque. La única protección con la que usted podía contar.

—¿Yo?

—¡Por el amor de Dios! —Ouspenski no pudo contenerse—. Se comporta como si fuera inmortal, ¡y no lo es, joder!

—¡No me levante la voz, Ouspenski! —protestó Alexander—. Le consiento muchas cosas, pero ésta no se la voy a consentir. ¿Queda claro?

—Sí, señor —dijo Ouspenski en un tono más bajo—. Pero sepa que no es inmortal. Y es obvio que sus hombres no lo son, aunque ellos me importan una mierda. Pero usted no es sustituible, y mi cometido es protegerlo. ¿Cómo se le ocurre enzarzarse en una lucha cuerpo a cuerpo dentro del río en lugar de mantenerse en la retaguardia? ¿Se cree que está hecho de hierro, capitán? Hasta este momento en que estoy viendo que su sangre es como la de todos los demás, yo tampoco sabía bien si era usted humano.

—No es mi sangre —dijo Alexander.

—¿Qué?

Alexander se limitó a menear la cabeza sin decir nada.

—¿Qué será de nosotros en el bosque?

—Vamos a entrar en los montes de Santa Cruz. Los alemanes nos llevan ventaja y tenemos muchas posibilidades de quedarnos sin municiones. Konev nos dará orden

de luchar hasta la muerte, porque en eso consiste estar en un batallón disciplinario y ser un oficial soviético.

Ouspenski le dirigió una mirada severa.

—¿Era aquí a donde lo arrastraba el maldito viento del destino?

—Sí. Porque sólo hay una cosa que se le ha pasado por alto al Ejército Rojo, teniente.

—¿Y cuál es, señor?

—Que yo no tengo ninguna intención de morir —respondió Alexander.

# Capítulo 24

*Barrington, agosto de 1944*

—¿Adónde vamos? ¿Y por qué? —quiso saber Vikki—. No quiero ir a Massachusetts, está muy lejos. ¿Qué te pasa con los trenes? Acabas de volver de Arizona, ¿aún no estás contenta? Está lloviendo, hace un día horrible, ayer hice dos turnos seguidos y el lunes me tocará lo mismo. ¿No me podría quedar en casa tranquilamente? La abuela va a preparar lasaña. Tengo que arreglarme las uñas y alisarme el pelo, y además, quería rasurarme las piernas y las axilas porque ahora está de moda. Me lo han dicho en Lady Be Beautiful, adonde me prometiste acompañarme un día, por cierto. ¿Por qué tenemos que irnos de viaje? ¿No podría quedarme en casa y darme un baño bien caliente?

—No. Tenemos que ir —declaró Tatiana, empujando el cochecito de Anthony y empujando a Vikki.

—¿Y por qué tengo que ir yo?

—Porque no quiero ir sola. Porque no hablo bien inglés. Porque eres amiga.

Vikki suspiró.

Estuvo suspirando durante las cinco horas que tardaron en llegar a Boston.

—Vikki, he estado haciendo cuentas. Has suspirado dos veces por kilómetro y hemos recorrido cuatrocientos kilómetros. Eso son ochocientos suspiros.

—No suspiraba, respiraba —respondió Vikki, ofendida.

—Respirabas con impaciencia, sí. —Tatiana se acordó de su hermano. Pasha habría aguantado estoicamente a su lado, sin pronunciar ni una sola palabra de protesta. Su hermana, en cambio, habría estado todo el tiempo quejándose, igual que Vikki—. Tendría que haberle pedido el favor a Edward —murmuró, arropando a Anthony con la mantita. En Boston también llovía.

—¿Y por qué no lo has hecho?

—¿Es preciso demostrar en todo momento lo que sientes? No necesito saber que te molesta tener que hacerme el favor. Ayúdame si quieres, pero no te quejes.

Vikki dejó de suspirar.

No había tren de cercanías entre Boston y Barrington, y las dos jóvenes tomaron un taxi.

—Está lejos, serán veinte dólares —les advirtió el taxista.

Vikki ahogó una exclamación, y soltó un respingo cuando Tatiana le pellizcó el muslo.

—Muy bien —dijo Tatiana.

—¿Veinte dólares? ¿Te has vuelto loca?

Las dos se acomodaron en el asiento posterior, Tatiana se colocó al niño en el regazo y el taxi se puso en marcha.

—Es la mitad de mi paga semanal. ¿Cuánto cobras tú?

—Menos. ¿Cómo querías llegar al pueblo sin taxi?

—No sé… ¿En autobús?

—Había que andar demasiado para coger el autobús.

—Pero la vuelta serán otros veinte dólares.

—Ajá.

—¿Ya puedes contarme qué vamos a hacer?

—Vamos a visitar a uno de los parientes de Anthony.

A pesar de los consejos de Sam, Tatiana no había podido contenerse. No sabía por qué, pero tenía la impresión de que todo iría bien. Además, sospechaba que no tardaría en necesitar algún favor de la familia de Anthony.

—¿Tenéis familia en Estados Unidos?

—Yo no, pero el niño sí. Te necesito a mi lado para que me apoyes. Si necesito tu ayuda, te pellizcaré el brazo con fuerza: así.

—¡Ay!

—Eso es. Si no te pellizco, sólo sonríe y no digas nada.

Una hora después estaban en Barrington.

—¿A qué dirección van? —preguntó el taxista.

—Déjenos aquí —dijo Tatiana, señalando una elegante mansión en la calle principal.

Pagaron la carrera y bajaron del taxi. Barrington era un pueblo pequeño y acogedor, de calles limpias y flanqueadas de robles, iglesias de esbeltos campanarios y casas de fachadas blancas y postigos negros. En la calle principal había algunos comercios abiertos, entre ellos una ferretería, una cafetería y un anticuario. Ninguno de los transeúntes empujaba un cochecito, y el único bebé que se veía era el hijo de Tatiana.

—¿Este viaje te ha costado la paga de dos semanas? —preguntó Vikki. Sacó un cepillo del bolso y comenzó a peinarse.

—¿Sabes cuánto me costó el viaje desde Inglaterra? Quinientos dólares. ¿Ha valido la pena?

—Por supuesto. Pero ¡venir a este pueblo!

—Tú empuja el cochecito y calla.

—Un momento… —Vikki siguió cepillándose el pelo. Tatiana la miró enfadada —. De acuerdo, ya paro.

—Vamos a preguntar dónde está la calle Maple.

En el quiosco les dijeron que estaba a unas pocas manzanas, y las dos echaron a andar bajo la lluvia.

—Acabo de darme cuenta de que este pueblo tiene tu mismo nombre: Barrington —observó Vikki—. ¿Es casualidad?

—¿No te habías dado cuenta hasta ahora? Para, es aquí.

Se detuvieron frente a una mansión de estilo colonial rodeada de un jardín en el que crecían vetustos arces. Recorrieron la vereda que llevaba a la casa, subieron los

tres escalones de la entrada y se pararon frente a la campanilla de la puerta.

—¿Qué hacemos? —Tatiana no se atrevía a llamar—. Quizá deberíamos irnos —dijo.

—¿Estás de broma? ¿Hacer todo este viaje para marcharnos ahora?

Vikki tiró de la campanilla. Tatiana había dejado el cochecito al pie de los escalones y llevaba al niño en brazos.

Les abrió la puerta una mujer mayor de expresión adusta, elegantemente vestida e impecablemente peinada.

—¿Sí? —preguntó en tono brusco—. ¿Vienen a pedir? Esperen, voy a buscar el monedero.

—No venimos a pedir —respondió de inmediato Tatiana—. Venimos… Quiero hablar con Esther Barrington.

—Soy yo —dijo Esther—. ¿Quiénes son ustedes?

—Pues… —Tatiana vaciló un momento y señaló al niño—. Éste es Anthony Alexander Barrington, el hijo de Alexander.

A Esther se le cayó al suelo el manojo de llaves.

—Pero ¿usted quién es?

—La mujer de Alexander —explicó Tatiana.

—¿Y él dónde está?

—No lo sé.

—Caramba, no me sorprende —dijo Esther, sonrojada—. ¡Y ha tenido el descaro de venir hasta mi casa! ¿Quién se cree que es?

—Soy la mujer de Alexander…

—¡Me da igual! No me refriegue al niño por la cara como si de repente tuviera que ocuparme de él. Lo siento por usted… —Su voz era tan severa como su mirada —. Lo siento mucho, pero su vida no es asunto mío.

—Tiene razón, disculpe —dijo Tatiana, apartándose un paso—. Sólo quería que…

—¡Está claro lo que quería! ¡Enseñarme a su hijo ilegítimo! ¿Y qué? ¿Acaso eso va a mejorar las cosas?

—¿Qué tiene que mejorar? —dijo Vikki.

Sin hacerle caso, Esther continuó gritando:

—¿Sabe qué me dijo el padre de Alexander cuando salió de mi casa por última vez hace catorce años? «No me des más el coñazo: mi hijo no es asunto tuyo». ¡Eso fue lo que me dijo! Mi sobrino carnal, mi querido Alexander, no era asunto mío. Yo sólo quería ayudarlos, me ofrecí a cuidar al niño mientras mi hermano y su mujer se iban a arruinar su vida en la Unión Soviética, y él se burló de mi ofrecimiento y me dijo que no quería saber nada de mí ni de nuestra familia. Nunca ha escrito, nunca ha enviado un telegrama… No he vuelto a saber nada de él. —Esther se interrumpió, respiró entrecortadamente y al cabo de un momento añadió—: Por cierto, ¿cómo le va a ese cabrón?

—Falleció —dijo Tatiana con una voz muy débil.

Esther ni siquiera pudo emitir un «¡ah!». Dio un paso tambaleante hacia el interior de la casa, aferrada al pomo de la puerta.

—Mire, me da igual quién sea usted, no la conozco de nada y no tiene derecho a presentarse aquí con un bebé al que tampoco había visto nunca para pedirme que me ocupe de él.

Esther empujó la puerta con un gesto tembloroso y dio un gran portazo, dejando a Vikki y a Tatiana en el porche.

—Vaya… —dijo Vikki—. ¿Cómo te habías imaginado que iría?

Tatiana, luchando por contener las lágrimas, dio media vuelta y bajó los escalones de la entrada.

—Mejor, supongo.

¿Qué se había imaginado? Ignoraba que la tía y el padre de Alexander se llevaran tan mal antes de que el matrimonio Barrington se fuera de Estados Unidos, pero por la reacción de Esther le había quedado clara una cosa: la mujer no había tenido ninguna noticia de la familia después de su traslado a la Unión Soviética. Y el único motivo del viaje de Tatiana era averiguar cualquier dato que pudiera proporcionarle Esther. Se sintió exhausta. La esperanza de un remoto vínculo familiar había quedado reducida a una entelequia intangible justo cuando su única obsesión era averiguar qué le había sucedido a Alexander.

Colocó a Anthony en el cochecito y atravesó el jardín con Vikki.

—¡Catorce años! —exclamó Vikki—. Debería haberlo superado. Hay gente que tiene mucha memoria.

—Sí, para el rencor —dijo Tatiana.

Una vez en la calle, tomaron lentamente el camino de vuelta.

—Oye, ¿qué palabra dice que usó el padre de Alexander antes de marcharse? —preguntó Tatiana.

—Olvídalo, las señoras no usan ese vocabulario. Esa tal Esther es un poco malhablada. Un día de estos te enseñaré palabrotas en inglés…

—Ya sé palabrotas en inglés —explicó Tatiana. Y en voz baja, añadió—: Pero ésta no la conocía.

—Ah, ¿y cómo es que sabes palabrotas? —le preguntó Vikki—. No salen en las guías de conversación ni en los diccionarios. Al menos, no en los que yo he visto.

—En otro tiempo tuve buen maestro —explicó Tatiana.

Cuando ya estaban en la calle principal, se les acercó un coche y se detuvo junto a la acera. Esther, con los ojos enrojecidos, los párpados manchados de rímel y la melena despeinada, bajó y se plantó frente a Tatiana.

—Lo siento, me ha desconcertado mucho su visita —se disculpó—. Mi hermano no ha vuelto a ponerse en contacto conmigo desde que se marcharon y yo no tenía ni idea de qué había sido de ellos. En el Departamento de Estado no nos informan de nada.

De nuevo en la casa, Esther les preparó bocadillos de jamón y consomé, les sirvió café y dejó que Anthony durmiera un rato en una cama del piso superior, parapetado entre dos almohadas.

Para ser una mujer que había albergado rencor a Harold desde hacía más de una década, Esther lloró como la viuda de un ahorcado cuando Tatiana le contó qué había sido de su hermano y de su familia.

Esther insistió en que se quedaran en Barrington hasta el domingo, y Tatiana y Vikki aceptaron. Tatiana pensó que la tía de Alexander era una buena mujer. No tenía hijos, y a sus sesenta y un años era la única superviviente de los Barrington. Su marido había fallecido cinco años atrás y ahora Esther vivía con Rosa, su ama de llaves desde hacía cuarenta años.

—¿Alexander vivía en esta casa?

Tatiana clavó los ojos en Esther. No se atrevía a mirar en derredor por si encontraba algún vestigio de la infancia de su marido.

Esther meneó la cabeza.

—Su casa está a un kilómetro del pueblo —le explicó—. No tengo relación con los actuales inquilinos porque son unos estirados, pero si quieren puedo acercarlas con el coche.

—¿Había un bosque detrás de la casa?

—Ya no existe —explicó Esther—. Ahora han construido más viviendas. Era un bosque muy bonito. Los amigos de Alexander…

—¿Teddy, Belinda…?

—¿Hay algo de su vida que desconozca?

—Sí —dijo Tatiana—. Su presente.

—Teddy murió en el 42, en la batalla de Midway, y Belinda es enfermera y ahora mismo está destacada en el norte de África. O en Italia, o donde sea que estén ahora nuestras tropas. ¡Pobre Alexander, pobre Teddy, pobre Harold…! —se lamentó Esther, meneando la cabeza—. Ese estúpido de Harold, echar a perder así la vida de su familia, la vida de ese muchacho increíble y espléndido… ¿Tiene alguna foto?

Tatiana negó con la cabeza.

—Seguía siendo como usted lo conoció, Esther. ¿Ha dado él alguna vez señales de vida?

—No, qué va.

—¿Se ha puesto en contacto con usted alguien que supiera de él?

—Nadie me ha dicho ni una palabra. ¿Por qué lo pregunta? No creo que me informaran de su muerte.

Tatiana se puso de pie.

—Tenemos que irnos —explicó.

—Quiero enseñarle una cosa —dijo Esther, poniéndose de pie también.

Le dio una bolsita de tela cerrada con un cordón. Dentro había una pulsera de cuero a medio trenzar, tres clavos oxidados, dos conchas melladas y una foto de

Alexander a los ocho años, de pie junto al mar, al lado de un niño corpulento (¿Teddy?). Una gran sonrisa le llenaba media cara.

—Y mire, una foto de cuando tenía dos años.

Esther sacó una foto en la que Alexander aparecía con una carita morena y redonda, riendo, como la imagen especular de su hijo Anthony. Tatiana no pudo cogerla porque empezaron a temblarle las manos. Vikki desvió la mirada. Esther volvió a guardar la foto en la bolsa de tela y palmeó compasivamente el hombro de Tatiana.

—De verdad que tenemos que irnos —dijo Tatiana en un susurro.

En el tren, de camino a Nueva York, Vikki se puso a mirar por la ventanilla con expresión pensativa.

—¿Qué te pasa, Vik?

—Nada —dijo Vikki—. Estaba pensando que cuando te conocí pensé que, de no ser por la cicatriz medio borrada de la cara, parecías la persona menos complicada del mundo.

Tatiana miró a su hijo.

—No soy complicada —dijo, dándole una palmadita en la pierna—, pero necesito saber qué ha sido de mi marido.

—A Edward y a mí nos dijiste que había muerto.

—¿Y si me precipité? —dijo Tatiana, contemplando el verde paisaje de Massachusetts que el tren atravesaba a toda velocidad.

*«¿Me estuviste buscando?», le había preguntado Tatiana una vez, y él había contestado: «Toda la vida».*

Tatiana no dijo nada más, reclinó la cabeza contra el respaldo, acarició la cabecita de Anthony y cerró los ojos hasta que el tren llegó a la estación Grand Central.

# Capítulo 25

*En los montes de Santa Cruz, octubre de 1944*

Una fría tarde de otoño, cuando pasaban seis semanas desde el día en que habían cruzado el puente de Santa Cruz y cuando se habían adentrado cien kilómetros en los densos bosques de las montañas, Alexander y sus hombres estuvieron tres horas bajo el fuego enemigo. Vivían entre los árboles. Por la noche plantaban las tiendas de campaña si cesaba el combate, y si no cesaba se arropaban con las guerreras y se tumbaban a dormir en el suelo. Encendían fogatas para cocinar, pero la comida escaseaba más de lo que les habría gustado. Las liebres se escabullían en cuanto oían acercarse el batallón; había pocos riachuelos y cuando encontraban alguno no abundaban los peces, aunque al menos podían lavarse. La época de las bayas ya había terminado, y las setas mal cocinadas les habían provocado a todos unos retortijones terribles, hasta que Alexander no tuvo más remedio que prohibir su consumo. El cable telefónico se rompía a menudo en lo abrupto del terreno, y los suministros militares se agotaban antes de que llegara el refuerzo siguiente. Alexander se fabricó jabón con manteca y cenizas, pero sus soldados no se preocupaban demasiado por lavarse. Sabían que existía una relación simbiótica entre los piojos y el tifus, pero les daba lo mismo. Preferían comerse la manteca antes que emplearla para hacer jabón, y se pasaban semanas enteras con el rostro y el cuerpo cubiertos de pólvora, barro y sangre. Terminaron todos con pie de trinchera por llevar las botas permanentemente mojadas.

Eran un batallón entero abriéndose paso por el bosque, pero los alemanes habían tomado posición en la cima, igual que habían hecho en Siniavino y en Pulkovo, y necesitaban a muy pocos hombres para repelerlos.

Antes de encontrarse con los alemanes, el batallón de Alexander había conseguido avanzar un trecho por la montaña. Sin embargo, a pesar de recibir hombres y munición en dos ocasiones no habían logrado romper las defensas nazis y habían tenido que detenerse a mitad de la ladera. Desde el otro lado de los árboles llegaban los gritos del enemigo, entre ráfagas de disparos que se sucedían de la mañana a la noche. Los alemanes estaban apostados más arriba que los soviéticos, pero también a su derecha y a su izquierda. Alexander empezó a sospechar que no habían establecido una línea de defensa sino todo un cerco. Sus tropas no habían logrado avanzar ni un metro y faltaba sólo una hora para que cayera la noche.

Alexander tenía que romper el bloqueo si no quería que el bosque se convirtiera en su tumba, como ya se había convertido en la tumba de Verenkov. El pobre Verenkov disparaba a ciegas, pero era incapaz de esquivar los disparos. La fortuna le había dejado llegar vivo hasta la montaña pero había detenido sus pasos allí mismo. Alexander y Ouspenski lo enterraron en el cráter abierto por la granada que lo había matado y colgaron su casco de un palo clavado en la tierra.

✶

—¿Quién coño está ahí? —exclamó Alexander cuando cesaron los disparos—. Le juro que he oído hablar en ruso, Ouspenski. ¿Será una alucinación? Escuche.

—Yo lo que he oído es el chasquido de una Maschinengewehr 43. —Se refería a la metralleta empleada por los alemanes.

—Escuche, escuche. Van a dar la orden de cargar la cinta: ya vera cómo lo dicen en ruso. ¡Le juro que era ruso!

—¿Echa de menos Rusia, capitán? —preguntó Ouspenski, mirándolo con simpatía.

—¡Váyase a la mierda! —protestó Alexander—. Le digo que he oído hablar en ruso.

—¿Cree que estamos disparando contra compatriotas nuestros?

—No lo sé. ¿Tan absurdo sería? ¿Cómo pueden haber llegado hasta aquí?

—No lo sé, señor… ¿Ha oído hablar de los vlasovistas?

—¿Los vlasovistas?

—Los rusos que cambiaron de bando después de ser hechos prisioneros por los alemanes.

—Sí, he oído hablar de ellos —contestó secamente Alexander.

No quería discutir con Ouspenski mientras estaban luchando por salvar a sus hombres. Ouspenski no tenía ningún sentido de la urgencia. Sentado junto a un árbol, recargaba la Shpagin y distribuía los proyectiles en hileras para que Alexander los introdujera en el mortero, tranquilamente, como si no pasara nada. Alexander había oído hablar de los vlasovistas, por supuesto. En el laberíntico panorama de la lucha partisana contra los alemanes, los vlasovistas eran los seguidores del general ruso Andrei Vlasov, que se habían pasado al bando nazi tras ser hechos prisioneros por los alemanes y ahora combatían contra sus antiguos compañeros de armas para liberar a Rusia del Ejército Rojo. Vlasov se encontraba en arresto domiciliario después de organizar un Ejército de Liberación que había intentado enfrentarse por su cuenta a las fuerzas estalinistas, pero muchos rusos seguían combatiendo en su nombre en brigadas dirigidas por los alemanes.

—No pueden ser vlasovistas —declaró Ouspenski.

—El general Vlasov está detenido, pero sus hombres siguen luchando en el bando alemán. Son más de cien mil y también los hay por esta zona.

Durante un momento se acallaron los disparos y se oyó con toda claridad una frase en ruso:

—¡Recargad la ametralladora!

—Detesto tener razón —aseguró Alexander, mirando a Ouspenski con las cejas enarcadas.

✶

—¿Y ahora qué? No nos queda munición.

—No es cierto —contestó animosamente Alexander—. A mí me quedan cuatro cargadores y medio tambor. Y no tardarán en llegar los refuerzos.

Era mentira. Alexander sospechaba que el cable telefónico había vuelto a romperse, a lo cual se sumaba un problema adicional: el técnico de comunicaciones había muerto.

—Hay al menos treinta hombres entre los árboles.

—Entonces será mejor que no falle, ¿no?

—No es cierto que vayan a llegar refuerzos. Ha llegado todo lo previsto. Hace dos semanas Konev le envió armas y munición junto con cien soldados más, de los que no ha sobrevivido ni uno.

—En lugar de quejarse, teniente, haga que sus hombres se preparen para abrir fuego.

Diez minutos después, Alexander había vaciado el tambor. Y los disparos de sus hombres también se habían acallado.

—¿A qué distancia está la frontera alemana? —preguntó Ouspenski.

—Nos separan unos cien mil soldados alemanes, teniente.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —suspiró Ouspenski.

—Desenfunde el cuchillo. Lucharemos cuerpo a cuerpo entre los árboles.

—Está como una cabra —dijo Ouspenski en voz baja, para que nadie lo oyera.

—¿Tiene alguna otra propuesta?

—Si la tuviera, sería capitán y usted estaría obedeciendo mis órdenes. —Ouspenski hizo una pausa—. ¿Alguna vez ha tenido que obedecer órdenes de alguien, señor?

—Por si no se había dado cuenta, teniente —contestó Alexander, riendo—, yo también tengo jefes.

—Sí, ¿y dónde están ahora, cuando deberían ordenar nuestra retirada?

—No podemos retirarnos. Sabe que a nuestras espaldas tenemos a dos docenas de milicianos del NKGB dispuestos a disparar sobre nosotros para impedírnoslo.

Alexander calló y adoptó una expresión pensativa. Estaban sentados en el suelo, el uno al lado del otro, con la espalda apoyada en un árbol.

—¿Ha dicho que el NKGB nos dispararía? —preguntó Ouspenski al cabo de un momento.

—No lo dude —respondió Alexander, sin mirarlo.

—¿Que dispararían contra nosotros?

—¿Se puede saber qué le pasa, teniente? —preguntó Alexander, mirándolo esta vez.

—Nada, señor. Sólo que, en mi opinión, de sus palabras se deduce que tienen algo con lo que dispararnos.

Alexander estuvo un momento callado y luego dijo:

—Dígale al cabo Yermenko que venga.

Unos minutos después, Ouspenski regresó con Yermenko, que se estaba limpiando la sangre del brazo.

—¿Qué queda de munición, cabo?

—Tres cajas de ocho cartuchos, tres granadas y unos cuantos proyectiles de mortero.

—Perfecto. Le explico la situación: andamos escasos de municiones y en el bosque hay al menos una docena de alemanes.

—Creo que son más de doce, señor. Y ellos sí que están armados.

—¿Qué tal anda de puntería, cabo? ¿Podría abatir a doce hombres con dos docenas de cartuchos?

—No señor. Necesitaría un fusil con mira telescópica.

—¿Alguna idea?

—¿Me lo pregunta a mí, señor?

—Sí, cabo: se lo pregunto a usted.

Yermenko se quedó un momento pensativo y movió los labios como si fuera a decir algo mientras se ajustaba el casco. Estaba de pie en actitud de firmes y seguía sangrándole el brazo. Alexander indicó a Ouspenski que trajera el botiquín. Yermenko seguía pensativo. Alexander le pidió que se agachara y echó un vistazo a la herida. Era un corte superficial a la altura del tríceps, pero no paraba de sangrar. Alexander taponó la herida con una gasa y se sentó al lado de Yermenko.

—¿Qué opina usted, cabo?

—Creo que quizá deberíamos… pedir munición en la retaguardia, señor —respondió Yermenko en voz baja.

Señaló hacia el bosque, a sus espaldas.

—Me parece correcto. Pero ¿y si se niegan?

—Creo que deberíamos pedirla de un modo que imposibilite una negativa.

Alexander le dio una palmadita en la espalda.

Bajando aún más la voz, Yermenko añadió:

—Tienen docenas de fusiles semiautomáticos, tres metralletas por lo menos, y aún les quedan cartuchos. Tienen granadas y proyectiles de mortero, y disponen de víveres y agua.

Alexander y Ouspenski intercambiaron una mirada.

—Tiene usted razón —dijo Alexander, envolviendo el brazo de Yermenko con una venda y atando las puntas con un nudo—. Pero no sé si querrán compartir su munición con nosotros. ¿Está dispuesto a intentarlo?

—Sí, señor. Necesitaré a un hombre para distraerlos.

—Lo acompañaré yo —se ofreció Alexander, poniéndose de pie.

—¡No, señor! —exclamó Ouspenski—. Mándeme a mí.

—Puede venir con nosotros, teniente. Pero pase lo que pase, que no sepan que sólo tiene un pulmón.

Alexander cogió el garrote que había fabricado con un trozo de madera y se lo dio

a Yermenko. En la punta había clavado afilados trozos de metal y en el otro extremo había añadido una cinta de corcho para poder balancearlo. Yermenko cogió el garrote y fue a buscar unos cartuchos para la Tokarev de Ouspenski. Alexander colocó un cargador de 35 cartuchos en la Shpagin, y los tres caminaron en silencio entre los árboles, en dirección al campamento del NKGB. Al llegar vieron a una docena de milicianos sentados en torno a una hoguera, charlando animadamente.

—No se mueva, Ouspenski —dijo Alexander—. Yo les hablaré mientras ustedes dos esperan. Cuando me dé la vuelta, si ven que llevo el fusil colgado del hombro, querrá decir que hemos llegado a un acuerdo. Si lo llevo en las manos, querrá decir que no. ¿Entendido?

—Perfectamente —dijo Yermenko.

Ouspenski suspiró con expresión sombría y no dijo nada. Se tomaba muy en serio su cometido como protector de Alexander.

—¿Entendido, teniente?

—Sí, señor.

Alexander dejó a Ouspenski y a Yermenko esperando entre la maleza y avanzó unos pasos hacia el claro. Los milicianos apenas se volvieron a mirarlo.

—Necesitamos su ayuda, camaradas —anunció Alexander—. No nos queda munición. No han llegado las secciones de reemplazo y no funciona el teléfono de campaña. Sólo nos quedan veinte soldados y no contamos con ningún apoyo. Necesitamos cartuchos y granadas, y también agua y medicamentos para los heridos. Y su teléfono para hablar con la comandancia.

Los milicianos lo miraron en silencio y se echaron a reír.

—Nos está tomando el pelo, ¿verdad?

—Tengo órdenes de abrir camino en el bosque.

—Es obvio que no ha cumplido nuestras órdenes, capitán —dijo el teniente Sennev, mirándolo desde el suelo.

—Las he cumplido, teniente —dijo Alexander—. Y la sangre de mis hombres atestigua mi lealtad. Pero ahora necesito su material.

—Váyase a la mierda —dijo Sennev.

—Le estoy pidiendo ayuda para sus hermanos de armas. Aún luchamos en el mismo bando, ¿no?

—Váyase a la mierda, le he dicho.

Alexander suspiró y dio lentamente la espalda al círculo de milicianos con la Shpagin en la mano. Antes de darse la vuelta por completo, vio que el garrote salía volando por los aires con un ulular de sirena para terminar clavándose en el cráneo de Sennev. Yermenko debía de haber oído la conversación, porque no había esperado a verlo para lanzarlo. Alexander giró en redondo, alzó la Shpagin y disparó. No había conectado el tiro automático y no malgastó ni una bala con Sennev, que ya no necesitaba ninguna. Alexander consumió cinco cartuchos y Yermenko, seis. Los milicianos ni siquiera tuvieron tiempo de apuntarlos con los fusiles.

Ouspenski y Yermenko se llevaron todas las armas y provisiones del NKGB mientras Alexander amontonaba los cuerpos. Cuando estaban a una distancia prudencial (unos veinte pasos), Alexander lanzó la granada hacia la pila de cadáveres y se protegió los ojos. La granada estalló. Durante un momento, Ouspenski, Yermenko y él contemplaron cómo se elevaban las llamas.

—Deberíamos despedirlos como corresponde —dijo Ouspenski. Hizo el saludo reglamentario y entonó—: ¡Iros a la mierda, camaradas!

Yermenko se echó a reír.

Cuando volvían a sus posiciones, Alexander le dio una palmadita en el hombro.

—Bien hecho —le dijo, y le ofreció un cigarrillo.

—Gracias, señor —respondió Yermenko. Carraspeó antes de añadir—: Solicito permiso para ir en busca del jefe enemigo. Creo que, sin su mando, no podrán mantener la línea defensiva.

—¿Eso cree?

—Sí. Están muy dispersos. Disparan sin orden ni concierto, desde enfrente y desde los lados. No luchan como un ejército organizado sino como una banda de partisanos.

—Estamos en medio del bosque, cabo —dijo Alexander—. No esperará que caven trincheras, ¿verdad?

—Lo que esperaría es que actuaran con lógica, pero no veo que lo hagan. Cuentan con abundante armamento y disparan como si les diera lo mismo el tiempo que dediquen a resistir. Defienden su posición como si contaran con un abastecimiento inagotable.

—¿Y por qué iban a cambiar si captura a su mando?

—Sin un jefe, tendrán que replegarse.

—Quizá lo hagan, pero seguirán en el bosque.

—Pero entonces podremos avanzar por el flanco y encontrarnos con el frente del sur de Ucrania.

—El frente del sur de Ucrania estará encantado de vernos Tengo orden de abrir camino en el bosque por este punto, cabo.

—Y lo haremos, pero por el flanco. Llevamos dos semanas en la montaña y nos hemos quedado sin nada, no podemos sustituir a los soldados caídos ni expulsar a los alemanes. Déjeme que vaya en busca de su jefe, ya verá cómo se repliegan. Los alemanes no saben combatir sin alguien que les dé órdenes. Y cuando se replieguen, avanzaremos por el flanco.

—¿Por qué no le explica que son rusos, capitán? —susurró Ouspenski, en un aparte.

—¿Cree que Yermenko cambiaría de idea? —susurró a su vez Alexander.

Alexander se abalanzó hacia el recién adquirido teléfono de campaña para contactar con el capitán Gronin, jefe del Batallón 28 que estaba a cuatro kilómetros. No le dijo nada de los milicianos del NKGB y le pidió más refuerzos. Sin embargo,

entre Gronin y Alexander se interponía una avanzadilla alemana.

—¿Que le mande refuerzos, dice? —exclamó Gronin, en tono desdeñoso—. ¿Es una broma? ¿Quién se cree que es? ¡Los recibirá cuando las vacas vuelen! Luchen con lo que les queda hasta que el resto del ejército alcance su posición.

Y colgó de golpe.

Alexander colocó el receptor en la base y alzó la vista hacia Yermenko y Ouspenski, que lo miraban expectantes.

—¿Qué le ha contestado, capitán? —preguntó Ouspenski.

—Ha dicho que los refuerzos llegarán dentro de unos días y que tenemos que resistir hasta entonces. —Bebió un sorbo de la cantimplora, soltó un gruñido (hasta el agua del NKGB tenía mejor sabor), y añadió—: Muy bien, Yermenko. Vaya en busca del capitán enemigo, pero llévese a alguien con usted.

—Señor…

—Es una orden. Quiero que lo acompañe alguien sigiloso y eficaz. Alguien leal, en quien se pueda confiar.

—Me gustaría ir con él, señor —dijo Yermenko, señalando a Ouspenski.

—¿Se ha vuelto loco? Yo soy teniente…

—¡Calle, teniente! —Era Alexander el que había hablado. Encendió un cigarrillo, miró a Ouspenski y a Yermenko, sonrió y añadió—: El teniente no puede acompañarlo, cabo. Es mío. Elija a otro. —Hizo una pausa—. Llévese a alguien mejor: a Smirnoff, por ejemplo.

—Gracias por su confianza, señor —dijo Ouspenski.

—No hay de qué, teniente.

✶

Al cabo de una hora, el único que regresó fue Smirnoff.

—¿Dónde está el cabo Yermenko?

—No lo ha conseguido —dijo Smirnoff.

Alexander calló un momento.

—No le he preguntado eso, cabo —dijo al final—. Le he preguntado dónde estaba.

—Se lo he dicho. Está muerto, señor.

—Y yo le he preguntado dónde está, y se lo seguiré preguntando hasta que me lo diga. ¿Dónde está Yermenko?

Smirnoff miró a Alexander con expresión perpleja y hastiada.

—No entiendo…

—¿Dónde está su compañero muerto, cabo?

—Donde cayó, señor. Tropezó con una mina.

Alexander enderezó la espalda y se apoyó en el tronco del árbol.

—¿Ha abandonado en terreno enemigo a su compañero de batalla, al hombre

encargado de protegerlo?

—Sí, señor —balbuceó Smirnoff—. Tenía que volver.

—No es usted digno del uniforme que lleva puesto, cabo. No es digno del arma que le entregaron para defender a su patria. ¡Abandonar a un soldado caído en territorio enemigo!

—Estaba muerto, señor —respondió nerviosamente Smirnoff.

—¡Y usted no tardará en estarlo! —gritó Alexander—. ¿Quién recogerá su cadáver para enterrarlo en nuestro bando? No será su compañero muerto. ¡Fuera de mi vista! —gritó, agitando la mano.

Cuando el cabo ya se retiraba, lo llamó otra vez:

—Antes de irse, dígame si ha descubierto algo que pueda sernos de utilidad. ¿O ha entrado en territorio enemigo sólo para dejar abandonado a un compañero?

—No, señor.

Smirnoff desvió la mirada.

—No ¿qué?

—Señor, he descubierto que su jefe no es alemán sino ruso. Creo que también había algunos alemanes; al menos he oído hablar en alemán. Pero su superior es ruso. Cuando da órdenes a sus tropas habla en alemán, pero cuando habla con su asistente lo hace en ruso. Les quedan unos cincuenta soldados.

—¡Cincuenta!

—Eso es. Y antes de hacer nada, lo miran a él. —Smirnoff hizo una pausa—. Lo sé porque nos acercamos bastante antes de descubrir que habían puesto minas alrededor de la tienda. Pero ahora ya sé por dónde se puede pasar. Puedo acercarme por la parte donde está el cadáver de Yermenko, esa mina ya estalló, y lanzar una granada a la tienda del jefe. Cuando vuele por los aires, el enemigo se rendirá.

—¿Está seguro de que es ruso? —preguntó Alexander tras una pausa.

—Totalmente.

Smirnoff partió hacia el campamento alemán. No había vuelto al cabo de media hora, y tampoco al cabo de una hora. Después de hora y media, cuando ya había oscurecido y era imposible ver nada entre los árboles, Alexander lo dio por perdido. Era obvio que ese estúpido también había muerto y su baja había alertado a los alemanes. «Y ahora está caído en terreno enemigo, esperando a que vaya a buscarlo», pensó.

—Voy para allá, teniente —dijo Alexander—. Si me pasa algo, queda usted al mando de esta unidad.

—No vaya, teniente.

—Voy a ir, y no pienso volver hasta que su jefe o yo estemos muertos. ¡Ese cabrón de Smirnoff, dejar al pobre Yermenko abandonado en el bosque! —maldijo Alexander—. Al menos ahora hay dos cadáveres señalando por dónde se puede pasar. Ojalá tuviera un puto tanque. No estaría en esta situación.

—Ya lo tenía. Y aún lo tendría si no hubiera insistido en atravesar el río sin

refuerzos.

—Cierre el pico —protestó Alexander.

Cogió la metralleta, se metió una pistola y cinco granadas dentro de la camisa y se ajustó el casco.

—Lo acompañaré, señor —se ofreció Ouspenski, incorporándose.

—Claro, para que lo oigan resollar desde Cracovia —se burló Alexander—. Quédese aquí y espere a que le crezca un pulmón nuevo. Estaré de vuelta en una hora.

—Eso espero, capitán.

Con el sigilo de un tigre siberiano, Alexander avanzó entre los árboles hasta llegar al claro donde parpadeaban las luces del campamento alemán. Sostenía una delgada linterna entre los dientes y apuntaba a la maleza en busca de un cuerpo, un trozo de tierra removida, cualquier señal… Tenía un dedo en el gatillo de la pistola y con la otra a mano empuñaba el cuchillo de combate.

Se topó con Smirnoff, que se había topado con una mina. A un metro de distancia vio a Yermenko. Con la punta de la pistola dibujó la señal de la cruz sobre los cuerpos de los dos soldados.

Apagó la linterna y entrecerró los ojos hasta distinguir la tienda del comandante a menos de cinco metros, en el claro. También vio las minas que la rodeaban. Con las prisas, ni se habían molestado en cubrirlas de tierra. Ojalá sus hombres hubieran ido con menos prisas y no hubieran tropezado con ellas.

Vio el destello de una linterna y una sombra delante de la tienda. Un soldado carraspeó y dijo:

—¿Está usted despierto, capitán?

Alexander oyó a alguien que decía algo en alemán y después en ruso. En ruso, el capitán pidió al soldado que le trajera algo de beber y le dijo que no se alejara ni un metro de la tienda.

—Ya han muerto dos al tropezar con una mina. Y vendrán más, Borov. Estoy bien escondido, pero no podemos arriesgarnos.

Alexander pensó que el dato era interesante, sujetó el cuchillo entre los dientes y sacó la granada. Tenía que apuntar bien para que cayera sobre la tienda.

El soldado salió e hizo el saludo reglamentario antes de cerrar los faldones de la tienda. Alexander estaba a punto de arrancar la espoleta.

—Ahora vuelvo, capitán Metanov… —dijo el soldado.

Alexander se sentó en el suelo sin hacer ruido. Soltó la granada mientras el soldado se alejaba.

¿Había dicho «Metanov»?

Era obvio que su mente torturada le estaba gastando una broma. Recogió la granada con manos temblorosas, pero no fue capaz de lanzarla.

Estaba tan cerca… Podría haber matado al capitán y a su asistente sin ninguna dificultad. ¿Y ahora qué?

Si eran el cansancio y la impaciencia los que le habían hecho imaginar el nombre, peor para él. Un poco más de olvido y un poco menos de vacilación, y no estaría a tres pasos del jefe de los alemanes, imaginándose que había oído decir «Metanov».

Alexander dio tres pasos cautelosos en dirección a la tienda. Pensó que el capitán no colocaría una mina tan cerca del sitio donde dormía, y acertó. Extendió la mano hasta rozar la lona con los dedos. Vio la luz de una linterna en el interior y oyó el roce de unos papeles. No podía oír su propia respiración. No porque respirara en silencio sino porque había dejado de respirar.

Sigilosamente, deshizo el nudo que amarraba la tienda a una de las estacas. Gateó hasta el otro lado y deshizo otro nudo, y otro y el último. Respiró hondo, desenfundó la pistola sin amartillarla para no hacer ruido, empuñó el cuchillo, contó hasta tres y saltó sobre la tienda, inmovilizando al capitán por debajo de la lona. El hombre no pudo reaccionar. Alexander se había dejado caer con todo su peso sobre él y le había apoyado en la cabeza el cañón de la Tokarev, ahora ya amartillada.

—¡Quieto! —susurró Alexander en ruso.

Palpó la lona en busca de sus manos y se las inmovilizó con las rodillas. Hurgó bajo la lona en busca de la pistola. Encontró la pistola y el cuchillo de combate en el suelo, entre lo que debían de ser el camastro y la manta. Notó que el hombre atrapado tensaba los músculos.

—¡Quieto! —repitió Alexander—. ¿Me entiendes o tengo que hablarte en alemán? ¡Shhh!

Por si acaso, le dio un puñetazo que lo dejó sin sentido. Apartó la lona y le enfocó la cara con la linterna. Era joven y seguramente tenía el pelo negro, aunque llevaba la cabeza rapada. Una profunda cicatriz le cruzaba la cara desde el ojo hasta la mandíbula. Tenía sangre en la cabeza y en el cuello y varias heridas mal curadas, era flaco y su piel se veía pálida a la luz de la linterna; estaba inconsciente; era ruso o alemán. No era nada y lo era todo. Alexander no encontraba respuestas en el rostro del joven.

Lo sacó a rastras de la tienda, se lo cargó a la espalda y antes de que el asistente tuviera tiempo de volver con el vaso de agua, se lo llevó hacia el campamento soviético.

Ouspenski casi dejó de respirar con su único pulmón cuando vio que Alexander llevaba a la espalda al jefe del grupo enemigo. Había estado esperando nerviosamente junto a la tienda y estaba preocupado. Se levantó de un salto, pero antes de que pudiera decir nada, Alexander lo interrumpió con un gesto.

—No diga nada. Tráigame una cuerda. Alexander y Ouspenski ataron al joven a un árbol, detrás de la tienda.

Esa noche, Alexander esperó largas y angustiosas horas junto al militar capturado, hasta que lo vio abrir los ojos y lanzarle una mirada furiosa e inquisitiva… Alexander se le acercó y le quitó el pañuelo con el que lo había amordazado.

—Sólo tenías que dispararme, ¡cabrón! —Fueron las primeras palabras en ruso

que oyó Alexander—. Pero no: ¡tenías que apartarme de mis hombres en medio de la batalla!

Alexander no dijo nada.

—¿Qué coño miras? —preguntó en voz baja el jefe enemigo—. ¿Estás imaginando cómo me gustaría morir? ¡Busca una forma lenta y dolorosa! ¡Me importa una mierda!

Alexander abrió la boca. Pero antes de decir nada, acercó un termo con café a la boca del joven y le dejó beber unos sorbos.

—¿Cómo te llamas? —dijo.

—Kolonchak —respondió el joven.

—¿Cuál es tu nombre verdadero?

—Éste es mi nombre verdadero.

—¿Y el apellido?

—Soy Andrei Kolonchak.

—Si ése es tu nombre verdadero, tendré que matarte para que no te conviertas en un héroe o en un mártir —le advirtió cogiendo el fusil.

—¿Qué crees, que me da miedo la muerte? —dijo el joven, riendo—. Dispara, camarada. Estoy preparado.

—¿Y los soldados que has dejado atrás, están preparados para que tú mueras?

—Claro. Lo estamos todos.

El joven apoyó la espalda en el tronco del roble y miró a Alexander sin pestañear.

—Dime quién eres.

—¿Que te diga qué? ¿Y quién coño eres tú? ¿Mi hermano de armas? No voy a decirte nada. Mátame ya si no quieres que llame a gritos a mis hombres. Ellos morirán, pero tú te quedarás sin el patético grupito que te queda. No pienso decirte ni una palabra.

—Estás en mi campamento, a un kilómetro y medio de tus soldados. Grita cuanto quieras, chilla como una niña, nadie te oirá. ¿Cómo te llamas?

—Andrei Kolonchak, ya te lo he dicho.

—Tu apellido es una combinación del de Alexander Kolchak, el dirigente del Ejército Blanco en la guerra civil rusa, y el de la camarada Kolontai.

—Así es.

—¿Y por qué te llamó «capitán Metanov» tu ayuda de campo?

El joven pestañeó. Durante un instante, desvió la mirada. Fue un instante muy breve, pero Alexander lo acusó directamente en el corazón.

—¿Capitán Pavel Metanov? —preguntó, incapaz de mirarlo a los ojos.

El hombre atado al árbol no dijo nada. Alexander no dijo nada. Miró el fusil, miró sus manos, miró el musgo, sus botas, las piedras… Tomó aliento y emitió un hondo y doloroso suspiro.

—¿Pasha Metanov? —precisó.

Alzó los ojos y vio que el joven lo escrutaba con una expresión perpleja y

conmovida, con la expresión del viajero que de repente oye hablar en inglés en plena China, la expresión de quien acaba de recorrer dos mil kilómetros y de repente se cruza con un rostro al que conoce. Como si una cámara hubiera tomado un retrato en blanco y negro de un niño sonriente y un militar herido y atado a un árbol, todo a la vez.

—No entiendo nada —dijo el joven, con voz desmayada—. ¿Quién eres tú?

—Soy… —empezó Alexander, pero se le quebró la voz y no pudo continuar.

«Soy el que clama a un cielo indiferente».

«Pero el cielo no es indiferente. Mira quién está aquí delante». Alexander contempló al hombre atado al árbol con una mezcla de tristeza, confusión e incredulidad.

—Soy Alexander Belov —consiguió articular por fin—, y en el 42 me casé con una mujer llamada Tatiana Metanova.

Fue grande el dolor que sintió Alexander al pronunciar en voz alta el nombre de Tatiana, pero aún mayor debió de ser el que sintió el hombre atado al árbol. Hizo una mueca de dolor, ahogó un gemido, se enroscó sobre sí mismo y agachó la cara temblorosa.

—No puede ser. Coge el arma y dispárame —dijo.

Alexander dejó la Shpagin en el suelo y caminó lentamente hacia él.

—Por Dios, Pasha, ¿cómo se te ocurrió? ¿Qué has hecho?

—No hablemos de mí —dijo el hombre llamado Pasha Metanov—. ¿Estás casado con Tania? ¿O sea que ella se encuentra bien?

—No está aquí —dijo Alexander.

—¿Está muerta? —balbuceó Pasha.

—No creo. —Alexander bajó la voz—. No está en la Unión Soviética.

—¿Qué quieres decir? ¿Adónde ha ido?

—Pasha…

—Tenemos tiempo. Es lo único que tenemos. Cuéntame.

—Huyó a través de Finlandia, embarazada y sola —explicó Alexander en un susurro—. No sé si logró llegar a algún sitio, si está a salvo, si es libre. No sé nada. A mí me arrestaron y me pusieron al mando de este batallón disciplinario.

—¿Y qué sabes de…? —La voz de Pasha flaqueó—. ¿De mi familia?

Alexander meneó la cabeza.

—¿Se ha salvado alguien?

—Nadie —suspiró Alexander.

El soldado tuvo que pelear consigo mismo para hacer la siguiente pregunta:

—¿Y mi madre?

—Tu madre, tu padre, tus abuelos, tu hermana Dasha, Marina y su familia… Leningrado se los llevó a todos. La única que sobrevivió fue Tania, y ya no está aquí.

Pasha fue incapaz de decir nada durante un angustioso momento, y de pronto se echó a llorar.

Alexander había agachado tanto la cara que la barbilla le rozaba el pecho. No quería verlo ni oírlo.

—¿Por qué? —preguntó Pasha, desconsolado—. Podrías haberme matado y me habría ahorrado saberlo. Pensaba que los habían evacuado y estaban a salvo en Molotov. Me consolaba pensar que estaban vivos. ¿Por qué me has salvado? ¿No ves que no quiero vivir? ¿Me habría pasado al otro bando si hubiera pensado por un momento que valía la pena salvar la vida? ¿Quién te ha pedido que me salvaras?

—Nadie —dijo Alexander—. Yo tampoco te pedí que aparecieras. Estaba a punto de lanzar una granada contra tu tienda. Ahora estarías muerto y mañana por la mañana tus tropas habrían sido aniquiladas. Pero oí que alguien te llamaba por tu verdadero nombre. ¿Por qué tuve que oírlo? Hazte esa pregunta. —Hizo una pausa y añadió—: ¿Puedo desatarte?

—Sí —dijo Pasha—. Desátame y te arrancaré el corazón con mis propias manos.

—Ojalá tuviera corazón —declaró Alexander.

Se incorporó y volvió a amordazar a Pasha con un gesto firme.

✶

Llegó el alba y con el alba llegó la rabia. Alexander no sabía a que se debía la osca y sombría mirada de Pasha, que seguía amarrado al árbol. No había tenido tiempo de ocuparse de él. Ademas, se había puesto a llover. Habían subido a los montes de Santa Cruz a morir, y para colmo, iban a morir empapados.

Alexander le ofreció algo de comer, pero Pasha no aceptó. Le ofreció un cigarrillo y tampoco aceptó.

—¿Y una bala?

Pasha ni siquiera lo miró.

Esa mañana, el enemigo guardaba silencio. Alexander sabía por qué, y Pasha también. Su jefe había desparecido.

—¿Se puede saber que coño te pasa? —preguntó Alexander, quitándole la mordaza.

—¿Por qué tuviste que hablarme de mi familia? —preguntó Pasha con una voz átona.

—Tú me preguntaste.

—Podrías haberme mentido. Podrías haberme dicho que estaban todos bien.

—¿Habrías preferido que te dijera eso?

—Sí, y mil veces sí. Un pequeño consuelo para un soldado que agoniza bajo la lluvia, eso habría preferido.

Alexander le secó la cara con la manga.

Ordenó a sus tropas que se reagruparan y retomaran sus posiciones entre los árboles. Después de fumarse el cigarrillo matinal, sus hombres abrieron fuego tímidamente, pero no recibieron respuesta. En el bosque, el sonido de la batalla

siempre estaba cerca. Daba igual que los disparos se originaran a un metro o a un kilómetro porque las copas de los árboles, el denso sotobosque y la humedad del aire los hacían resonar en una opresiva cercanía. Era mejor el campo abierto, el terreno minado, los tanques. No había nada peor que el bosque.

Sólo quedaban diecinueve soldados vivos. Diecinueve soldados y un rehén al que los dos bandos querían muerto.

Dejaron de disparar y se sentaron bajos los árboles. Alexander se sentó en silencio al lado de Pasha. Había intentado ponerse en contacto con Groning, pero el teléfono se cortaba sin darles tiempo a hablar. Sus hombres se estaban quedando sin municiones.

Ouspenski se les acercó y susurró que mataran al capitán enemigo para seguir avanzando por el bosque. Alexander dijo que esperaría.

Y durante todo ese tiempo no paró de llover.

Pasaron horas antes de que Pasha se decidiera a menear la cabeza y hacer un gesto a Alexander, que le quitó la mordaza.

—Ahora sí que fumaría… —dijo Pasha.

Alexander le dio un cigarrillo. Pasha fumó un larga calada.

—¿Cómo la conociste? —preguntó.

—Nos unió el destino —dijo Alexander—. El primer día de la guerra, cuando hacía la ronda por la ciudad la vi sentada en un banco comiéndose un helado.

—Muy propio de ella —dijo Pasha—. Cuando le ordenan algo dice que sí, pero hace lo que le da la gana. Le habían dicho que fuera a comprar víveres y que no se entretuviera. —Miró a Alexander—. Ése fue el último día en que la vi, el último día en que vi a mi familia.

—Lo sé —respondió Alexander. Con el corazón lleno de dolor, añadió—: ¿Qué voy a hacer contigo Pasha Metanov, hermano de mi esposa?

Pasha se encogió de hombros.

—Eso es problema tuyo. Yo voy a hablarte de mis hombres. Hay cincuenta en el bosque. Cinco tenientes y cinco sargentos. ¿Qué crees que harán? No esperes que se rindan. Se retirarán unos metros y se incorporarán a las divisiones motorizadas de la *Wehrmacht* que controlan la ladera occidental. ¿Sabes cuántos soldados os están esperando al pie de la montaña? Medio millón. ¿Cuándo crees que avanzarán tus diecinueve hombres? Sé cómo funcionan los batallones disciplinarios. No te enviarán refuerzos si los necesitan ellos. ¿Qué vas a hacer?

—Mi teniente opina que debería matarte.

—Tiene razón. Estoy al mando del último vestigio del frente de Vlasov. Cuando yo muera, ya no quedará ningún vlasovista.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Alexander—. He oído decir que hay comandos incontrolados violando mujeres en Rumanía.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? Yo estoy en Polonia.

Alexander, sentado con las manos en los muslos, lo miró con expresión derrotada.

—¿Qué te pasó? A tu familia le habría gustado saberlo.

—No me hables más de mi familia —dijo Pasha, con un nudo en la garganta—. ¿No me has dicho ya bastante?

—Tus padres se quedaron destrozados cuando desapareciste.

—Mamá, siempre tan sentimental —dijo Pasha, y se echó a llorar—. Pensé que sería mejor para ellos que no lo supieran, que sospechasen lo peor. Porque de todos modos, esto es una muerte lenta.

Alexander no sabía si eso era lo mejor.

—Tania fue a buscarte al campamento de Dohotino.

—Está loca —dijo Pasha, con la voz cargada de tristeza y cariño.

Alexander se le acercó.

—Llegó al campamento abandonado y decidió ir a Luga, unos días antes de que cayera en manos de los alemanes. Quería ir a buscarte a Novgorod, porque le habían dicho que allí habían enviado a los chavales de Dohotino.

—Nos enviaron… —Pasha meneó la cabeza y rio sombríamente—. Dios siempre ha tenido una forma misteriosa de proteger a Tania. Si hubiera ido ahora estaría muerta, y yo ni siquiera estuve en Novgorod. Lo más cerca que llegué fue cuando cruzaba el lago Ilmen en un tren que bombardearon los alemanes.

—¿El lago Ilmen?

Ninguno de los dos fue capaz de sostener la mirada del otro.

—¿Te habló Tatiana del lago?

—Sí, me habló del lago —dijo Alexander.

—Pasamos la infancia en sus orillas —explicó Pasha, sonriendo—. Ella era la reina del Ilmen. ¿Así que fue en mi busca? Era increíble, mi hermana. Si alguien podía encontrarme, tenía que ser ella.

—Sí, pero resulta que he sido yo el que te ha encontrado.

—¡Sí, en la puta Polonia! No llegué a Novgorod. Los nazis bombardearon el tren y luego formaron un montón con los cadáveres y le pegaron fuego. Mi amigo Volodia y yo fuimos los únicos supervivientes. Salimos arrastrándonos de la pila de cuerpos e intentamos unirnos a nuestras tropas, pero toda la zona estaba ya en manos alemanas. Volodia se había roto la pierna en el campamento y no podíamos llegar muy lejos. Al cabo de unas horas nos hicieron prisioneros.

—Como Volodia no les servía de nada, lo ejecutaron. —Pasha meneó la cabeza—. Me alegro de que su madre no llegara a saberlo. ¿Conociste a Nina Iglenko, la madre de Volodia?

—Sí. Pedía comida a Tania para los dos hijos que le quedaban.

—¿Qué fue de ellos?

—Leningrado se los llevó a todos.

Alexander bajó la cabeza aún más. Su barbilla no tardaría en rozar el suelo embarrado.

Alexander quería hablarle de los vlasovistas pero no encontraba las palabras, no

sabía cómo decir que era la primera vez en la historia que un millón de soldados abandonaban un ejército para pasarse a las odiadas filas enemigas y combatir contra su propio pueblo. Siempre había habido espías, agentes dobles, traidores aislados… Pero ¿un millón?

—¿Cómo se te ocurrió, Pasha? —Fue lo único que llegó a decir.

—¿Cómo se me ocurrió qué? ¿No sabes que Stalin, en Ucrania, abandonó a su pueblo en manos de los alemanes?

—Sí, he oído hablar de eso —dijo Alexander, cansado—. Llevo en el Ejército Rojo desde el 37 y estoy enterado de todo. De cada decreto, cada ley, cada edicto…

—¿Y no sabes que nuestro jefe supremo dictaminó que caer prisionero sería considerado un crimen contra la patria?

—Claro que lo sé. Y sé que no hay pan para las familias de los prisioneros de guerra.

—Exacto. Pues ahora oye esto: el mismísimo hijo de Stalin fue hecho prisionero por los nazis.

—Lo sé.

—¿Y sabes qué hizo Stalin cuando se dio cuenta de que la situación podía girarse en su contra?

—Dicen que repudió a su hijo —contestó Alexander, ajustándose las correas del casco.

—Y así es. Lo sé porque oí a unos miembros de las SS explicando que al hijo de Stalin lo habían ejecutado en el campo de concentración de Sachsenhausen, cerca de Berlín.

—Ajá.

—¡Tratar así a un hijo! ¿Qué esperanza podía haber para mí?

—No la hay ni para ti ni para mí —observó Alexander—. Nuestra única salvación está quizá en que Stalin no sabe quiénes somos.

—Stalin sí sabe quién soy yo.

Alexander sospechaba que también podía saber quién era él. Un espía extranjero en el rango de oficiales.

—Pero todo esto, sumado a los muertos chinos de 1937 —dijo clavando los ojos en Pasha—, no compensa el hecho de pasarse al bando enemigo y combatir contra tu propio pueblo. El ejército lo llama «alta traición». ¿Qué crees que te harán cuando te encuentren, Pasha?

Pasha quiso protestar pero no podía mover las manos. Forcejeó con las cuerdas y giró la cara a un lado y otro.

—Lo mismo que me harían si volviera como prisionero de guerra —dijo al final—. Y no tienes por qué quedarte ahí sentado juzgándome cuando no sabes nada de mi vida.

—Háblame de tu vida —dijo Alexander.

Estaban los dos junto al árbol, dando la espalda a la silenciosa línea de combate.

—El primer año, en el invierno del 41 al 42, los alemanes me metieron en el campo de Minsk. Había sesenta mil prisioneros de guerra, y ni podían ni querían darnos de comer. No nos daban ropa de abrigo ni mantas ni medicinas. Y nuestros políticos se aseguraron de que no nos llegara la ayuda de la Cruz Roja. No podíamos recibir lotes de comida, ni cartas, ni mantas… nada. Hitler había exigido reciprocidad para los prisioneros alemanes, pero Stalin había respondido que era imposible que hubiera prisioneros soviéticos porque su patriotismo les impedía rendirse y había dicho que no pensaba conceder unos derechos unilaterales que sólo beneficiarían a los alemanes. Y Hitler dijo que muy bien, que por él no había problema. Éramos sesenta mil prisioneros, como te he dicho, y al final del verano éramos once mil. Mucho más fácil de administrar, ¿verdad?

Alexander asintió en silencio.

—En primavera me fugué y bajé de río en río hasta Ucrania, pero los alemanes volvieron a pillarme y esta vez me metieron directamente en un campo de trabajo. Yo creía que no estaba permitido obligar a trabajar a los prisioneros, pero al parecer se puede hacer cualquier cosa con los militares y refugiados soviéticos. El campo estaba lleno de judíos ucranianos y me di cuenta de que desaparecían en masa. No creo que escaparan para unirse a los partisanos… La prueba la tuve en el verano del 42, cuando a los que no éramos judíos nos obligaron a excavar grandes fosas donde enterraron a millares de cadáveres. Comprendí que allí no duraría mucho. Los alemanes no nos tenían mucho cariño a los rusos; odiaban por encima de todo a los judíos, nosotros veníamos poco después en la lista, y los soldados del Ejército Rojo parecíamos suscitar en ellos una hostilidad especial Querían destruirnos, matarnos a golpes o de hambre, deshacernos los huesos y el ánimo y después prendernos fuego. En el verano del 42 me fugué, y cuando intentaba llegar a Grecia me crucé con un grupo de seguidores de Voronov, que combatía para el Ejército de Liberación Ruso de Andrei Vlasov. Supe que aquél era mi destino y me uní a ellos.

—¡Ay, Pasha!

—Nada de «ay, Pasha…».

Alexander se levantó del suelo.

—¿Qué habría preferido mi hermana, que muriese a manos de Hitler o a manos del camarada Stalin? —Siguió Pasha—. Me alisté con Vlasov porque me prometía la vida. Stalin me prometía la muerte, al igual que Hitler, ese hombre que trata mejor a los perros que a los prisioneros de guerra soviéticos…

—Hitler adora a los perros. Los prefiere a los niños.

—Hitler, Stalin… los dos me ofrecían lo mismo. El general Vlasov era el único que luchaba por mi vida, y por eso se la entregué.

—¿Y dónde está ese Vlasov cuando lo necesitas? —preguntó Alexander mientras encajaba un cargador en la ametralladora—. Pensó que ayudaba a los nazis, pero no tuvo en cuenta que fascistas, comunistas y estadounidenses parecen tener una sola cosa en común: el desprecio a los traidores.

Alexander sacó el cuchillo que llevaba en la bota y se inclinó hacia Pasha, que dio un respingo. Alexander lo miró sorprendido, se encogió de hombros y cortó las cuerdas que le sujetaban las manos.

—Los alemanes capturaron a Andrei Vlasov —siguió explicando Alexander—, lo encarcelaron y al final lo entregaron a los soviéticos. Has estado luchando para alguien que lleva varios años sin tener ningún papel en esta guerra. Los días de gloria de Vlasov terminaron hace tiempo.

Pasha se puso de pie y emitió un gemido de dolor después de estar tantas horas en la misma posición.

—Mis días de gloria también han pasado —dijo.

Los dos intercambiaron una mirada. Pasha era mucho más bajito que Alexander. Se parecía a Georgi Vasilievich Metanov, el padre de Tatiana.

—¡Vaya par! —exclamó Pasha—. Yo estoy al mando del último vestigio del ejército de Vlasov, un batallón que se acerca el primero a la línea de combate porque los alemanes prefieren que sean nuestros propios compatriotas los que acaben con nosotros. Y a ti te envían a matarme a mí, al frente de un batallón disciplinario lleno de prisioneros que no saben luchar ni disparar y que no tienen armas. —Sonrió—. ¿Qué le dirás a mi hermana cuando os encontréis en el cielo? ¿Que mataste a su hermano en el fragor de la batalla?

—No sé para qué he venido a este mundo, pero estoy bastante seguro de que no ha sido para matarte a ti, Pasha Metanov —declaró Alexander. Haciéndole un gesto, añadió—: Acércate, acabemos de una vez con esto. Ve a hablar con tus hombres y pídeles que abandonen las armas.

—¿No has oído lo que te he dicho? Mis hombres nunca se entregarán al NKGB. Además, ¿no sabes qué te espera si sigues avanzando?

—Sí: la derrota de los alemanes. Puede que no lo consigamos en esta montaña de mierda, pero sí en otro lugar. ¿Has oído hablar del segundo frente? ¿Has oído hablar de Patton? Tenemos que encontrarnos con los norteamericanos en el Óder, cerca de Berlín. Eso es lo que me espera. Si Hitler tuviera un poco de sentido común, se rendiría para salvar a Alemania de la humillación por segunda vez en este siglo, y de paso quizá salvaría unos cuantos millones de vidas.

—¿Te parece que Hitler es un hombre capaz de rendirse incondicionalmente o de preocuparse por salvar una vida o un millón de vidas? Si tiene que hundirse, se hundirá y arrastrará al mundo con él.

—Eso está claro —dijo Alexander.

Intentó llamar a Ouspenski con un silbido, pero Pasha lo detuvo poniéndole una mano en el hombro.

—Espera. Meditémoslo un poco, ¿de acuerdo?

Se sentaron sobre un tronco y encendieron un cigarrillo cada uno.

—Perdonarme la vida ha sido un error, Alexander —dijo Pasha.

—Ah, ¿sí? —Alexander siguió fumando—. De todos modos, tenemos que

encontrar una solución. Si no, ni a ti ni a mí nos quedara ningún soldado al que mandar.

Pasha guardó silencio un momento.

—En ese caso, ¿sólo quedaríamos tú y yo en el bosque? —preguntó al final.

Alexander lo miró sorprendido. ¿De qué estaba hablando?

—Convenceré a mis hombres para que presenten la rendición si tú me garantizas que no los entregarás a la NKGB.

Alexander soltó una carcajada.

—¿Y qué propones que haga con ellos?

—Incorporarlos a tu unidad. Tenemos armas, proyectiles, granadas, morteros, carabinas…

—Igualmente pensaba quedarme con ellas, Pasha. Eso es lo que hacen los vencidos: rendirse y entregar las armas. Pero ¿y tus hombres? ¿Cambiarán de bando otra vez?

—Lo harán si yo se lo digo.

—¿Cómo van a hacer eso?

—¿Qué propones? ¿Que nos dispersemos?

—¿Una desbandada? ¿Sabes cómo se llama eso? Deserción.

Pasha lo miró en silencio.

—No tienes ninguna esperanza, Alexander —concluyó al cabo de un momento—. Al pie de la montaña te están esperando quinientos mil hombres.

—Sí, y por el otro lado se acercan trece millones más dispuestos a matarlos.

—Lo sé, pero ¿qué será de ti y de mí?

—Necesito las armas de tu unidad.

—Las tendrás. Pero sólo te quedan diecinueve soldados. ¿Qué demonios piensas hacer?

—No te preocupes por lo que pienso hacer… —dijo Alexander bajando la voz—. Sólo…

—¿Sólo qué?

—Quiero entrar en Alemania, y tengo que sobrevivir hasta conseguirlo.

—¿Por qué?

«Porque cuando lleguen a Berlín, los estadounidenses liberarán los campos de prisioneros de guerra y me liberarán a mí», pensó Alexander; pero no lo dijo.

—¡Madre de Dios! —exclamó Pasha—. ¿Has perdido la cabeza?

—Sí.

Pasha lo contempló largamente, de pie entre las ramas goteantes de los árboles, con el cigarrillo consumiéndose entre los dedos crispados.

—¿No sabes cómo son los alemanes, Alexander? ¿No te has enterado de nada? ¿Cómo puedes ser tan ingenuo?

—No soy ingenuo, al contrario. Y estoy enterado de todo, pero tengo esperanzas. Más que nunca. —Lanzó una mirada a Pasha—. ¿Por qué crees que te encontré?

—Para poder torturar a un moribundo.

—No, Pasha. Quiero ayudarte. Pero para eso tenemos que salir de aquí, los dos. ¿Tenéis material sanitario?

—Sí, nos quedan un montón de vendas, sulfamidas y morfina incluso un poco de penicilina.

—Perfecto, lo necesitaremos todo. ¿Y víveres?

—Tenemos latas de todo tipo. Hasta leche en polvo y huevos deshidratados. Y sardinas, jamón, pan…

—¿Pan enlatado?

Alexander estuvo a punto de sonreír.

—¿Qué habéis estado comiendo vosotros?

—La carne de mis soldados —contestó Alexander—. ¿Son rusos tus hombres?

—Casi todos, pero hay diez alemanes. ¿Qué quieres hacer con ellos? No querrán pasarse a nuestras filas para combatir contra su propio ejército.

—Claro que no. Sería algo inimaginable, ¿verdad?

Pasha desvió la mirada.

—Los haremos prisioneros —concluyó Alexander.

—Pensaba que un batallón disciplinario no estaba autorizado a hacer prisioneros.

—Aquí se hace lo que digo yo —replicó Alexander—, puesto que los que debían enviarme refuerzos me han abandonado. Dime, ¿vas a ayudarnos o no?

Pasha fumó una última calada, apagó el cigarrillo y se pasó la mano por la cara para secarse las gotas de lluvia (en un gesto inútil, pensó Alexander).

—Os ayudaré. Pero tu teniente no estará de acuerdo. Él quiere matarme.

—Ya me ocupo yo de él —dijo Alexander.

✶

Ouspenski no fue fácil de convencer.

—¿Se ha vuelto loco? —susurró enojado cuando Alexander le describió sucintamente el plan de incorporación de la unidad de Pasha.

—¿Tiene una idea mejor?

—Pensaba que tenía que venir Gronin con refuerzos.

—Le mentí. Encárguese de reunir a las tropas.

—Le dije que lo ejecutara y que esperásemos a que llegaran los refuerzos.

—No pienso ejecutarlo, y no pienso quedarme aquí esperando nada. No van a venir.

—Capitán, no está cumpliendo el reglamento de guerra. No estamos autorizados a hacer prisioneros, y estamos obligados a matar al comandante enemigo.

—Encárguese de reunir a mis hombres y no diga más tonterías, teniente.

—Capitán…

—¡Obedezca, teniente!

Ouspenski se volvió receloso hacia Pasha e intercambió con él una mirada gélida.

—¿Lo ha desatado, capitán? —preguntó Ouspenski en voz baja, mirando a Alexander.

—Ocúpese de sus cosas y déjeme que yo me ocupe de lo demás…

Alexander, Ouspenski y Telikov tenían catorce soldados y dos cabos bajo su mando. Con la incorporación del batallón de Pasha tendrían a más de sesenta hombres, sin contar los prisioneros de guerra alemanes. Alexander llamó a Pasha con un gesto.

—Tienen que saber que soy yo el que los convoco —dijo Pasha.

—Muy bien —repuso Alexander—. Me quedaré a tu lado y les hablarás tú para que sepan que son órdenes tuyas.

Cuando se iban, Ouspenski se interpuso en su camino.

—Con el debido respeto, señor, no le dejaré acercarse a la línea de fuego.

—Sí que me dejará, teniente —insistió Alexander, empujando a Ouspenski con la punta de la ametralladora.

—¿Ha jugado alguna vez al ajedrez, capitán? —preguntó Ouspenski—. ¿Sabe que a veces un jugador tiene que sacrificar a la reina para acabar con la reina rival? Sus hombres acabarán con él y con usted.

—Es cierto —asintió Alexander—, pero yo no soy la reina, Ouspenski. No les servirá de nada matarme.

—Lo matarán para ganar la partida. Por mí, este imbécil puede acercarse a ellos y parar las balas con los dientes si quiere. Pero si a usted le pasa algo, no nos quedará nadie.

—Se equivoca, teniente. Quedará usted. Ahora ya sé por qué nos ordenaron abrir camino en esta parte del bosque. —Bajó la voz—. Fue porque aquí estaban los vlasovistas. Stalin quiere que una parte de la escoria (ellos) acabe con el resto de la escoria (nosotros). —Para que Pasha no lo oyera, Alexander se apartó unos pasos con Ouspenski—: Nuestra única orden es seguir adelante, y nuestra única responsabilidad es salvar a nuestros soldados. No queda casi ninguno vivo. Estará de acuerdo en perdonarle la vida a Metanov para salvar a los soldados que nos quedan, ¿no?

—No —respondió Nikolai—. Al hijo de puta ese voy a matarlo yo mismo.

—Si lo toca, es hombre muerto, Nikolai —lo amenazó Alexander en voz baja—. Controle su fervor patriótico, porque si a Pasha Metanov le pasa algo, iré a por usted.

—Señor…

—¿Lo ha entendido?

—No, no lo entiendo. Es un hombre sin importancia…

—Este hombre es el hermano de mi esposa —le explicó Alexander.

El rostro de Ouspenski registró un cambio apenas perceptible y a sus ojos asomó una expresión difícil de precisar: la confirmación de algo, un atisbo de comprensión… como si el teniente hubiera estado esperando una respuesta como ésa.

—No lo sabía —dijo al final Ouspenski.

—¿Y por qué iba a saberlo?

A media tarde, Alexander y Pasha pusieron en marcha el plan. Lo único que se oía era el roce de las gotas de lluvia contra las hojas de los árboles. En el bosque reinaba un silencio inexplicable y preocupante. Una rama en llamas cayó al suelo y terminó de arder con reticencia, empapada por la lluvia de noviembre. A diez metros de Alexander, Pasha Metanov comenzó a gritar:

—¿Me oís? ¡Soy el comandante Kolonchak! ¡Quiero hablar con el teniente Borov!

Entre los árboles no hubo ningún sonido.

—No disparéis. ¡Quiero hablar con Borov! —siguió gritando Pasha.

Una bala estuvo a punto de derribarlo.

«No puedo colocar a Pasha frente al pelotón de ejecución y quedarme mirando sin hacer nada», pensó Alexander. Le ordenó que lo dejara y dijo que lo intentarían más tarde, defendidos por uno de sus cabos. Cuando se acercaron otra vez a parlamentar, no hubo disparos.

—¿Comandante Kolonchak? —gritó una voz.

—¡Estoy aquí, Borov! —respondió Pasha.

—¿Santo y seña?

Pasha miró a Alexander.

—Si te lo preguntaran a ti, ¿sabrías qué decir?

—No.

—¿Quieres intentarlo?

—Déjate de historias. Estamos intentando salvar la vida de tus hombres.

—No, estamos tratando de salvar la de los tuyos.

—Dales el santo y seña, Pasha.

—¡La reina del lago Ilmen! —gritó Pasha Metanov, agitando un pañuelo blanco.

—A tu hermana le encantará saber que han invocado su nombre en plena batalla… —observó Alexander después de un doloroso silencio.

Borov apareció entre los troncos grises de los árboles, a menos de treinta metros. Ésa era toda la distancia que separaba a los dos batallones enemigos. Si hubieran tardado un poco más, la situación habría desembocado en una lucha cuerpo a cuerpo. Alexander sabía cómo era la guerra en los bosques, las montañas, los cenagales y los pantanos, cuando uno disparaba contra fantasmas, sombras, ramas que caían. Agachó la cabeza y se alegró de que al menos aquella parte del enfrentamiento hubiera llegado al final. Oyó a Pasha discutiendo con Borov, que lo escuchaba con recelo.

—Solicito permiso para no rendirnos, señor.

—Permiso denegado —dijo Pasha—. ¿Ve alguna otra salida?

—Una muerte honrosa —respondió Borov.

—Diga a sus hombres que vengan aquí y entreguen las armas —exigió Alexander, acercándose a ellos.

—Ya me encargo yo, capitán —lo interrumpió Pasha. Se volvió hacia Borov y

añadió—: Los alemanes serán hechos prisioneros.

—¿Los vamos a entregar? —preguntó Borov, riendo—. Pues sí que estarán contentos.

—Harán lo que tengan que hacer.

—¿Y los demás?

—Combatiremos para el Ejército Rojo.

Borov dio un paso atrás y lo miró con desconfianza.

—¿Qué está pasando, capitán? No entiendo nada.

—Pasa que me han hecho prisionero, Borov. Por eso no tiene otra opción. Se lo pido para salvar mi vida.

Borov bajó la cabeza, como si realmente no tuviera otra opción.

—Borov me será siempre leal —explicó Pasha más tarde—. Es como Ouspenski para ti.

—Ouspenski no es nada mío —protestó Alexander.

—No lo dirás en serio. —Pasha hizo una pausa. Caminaban hacia el campamento soviético, detrás de los vlasovistas y de los diez alemanes con las manos atadas a la espalda—. ¿Te fías de él, Alexander?

—¿De quién?

—De Ouspenski.

—Tanto como de cualquier otra persona.

—¿Y eso qué quiere decir?

—¿Adónde quieres ir a parar?

Pasha carraspeó.

—¿Te fías de él en cuestiones personales?

—En cuestiones personales no me fío de nadie —respondió Alexander, mirando al frente.

—Eso está bien. —Pasha calló un momento y añadió—: Creo que no es de fiar.

—Me ha dado pruebas de lealtad a lo largo de los años y sé que sí lo es. Aun así, no me fío.

—Eso está bien —concluyó Pasha.

✶

Alexander tenía razón en muchas cosas. Los refuerzos no llegaron, y no había uniformes del Ejército Imperial para Pasha y sus combatientes rusos. El batallón de Alexander había sufrido bastante más de cuarenta y dos bajas, pero habían enterrado a los muertos con sus espléndidos uniformes de terciopelo empapados de lluvia y manchados de sangre, y ahora había cuarenta y dos soldados ataviados con el uniforme enemigo y con el pelo cortado al estilo nazi. Alexander ordenó que se raparan, pero tendrían que ir vestidos de alemanes.

Pasha también tenía razón en muchas cosas. Los alemanes enviaron refuerzos al

pie de la montaña, pero en lugar de encontrarse con los vlasovistas se encontraron con un batallón soviético. Los alemanes los superaban en armamento, pero Alexander, por primera vez en su carrera, tenía la ventaja de ocupar una posición elevada. Con gran esfuerzo logró repeler a una unidad de artillería, y después, con algo menos de esfuerzo, a una de infantería, y consiguió llegar al pie de la montaña con sólo cinco bajas. Alexander se propuso no entrar nunca más en combate si no estaba en alto.

Pasha dijo que por esta vez los alemanes habían enviado a pocos hombres, pero que la próxima vez enviarían a un millar, y la siguiente a diez millares.

Pasha tenía razón en muchas cosas.

Al otro lado de los montes de Santa Cruz los esperaban más bosques y más combates, y a cada día que pasaba se encontraban con más artillería, más ametralladoras, más granadas, más proyectiles, más incendios y menos lluvia.

El batallón de Alexander sufrió otras cinco bajas. Al siguiente día llegaron más alemanes, y el batallón soviético quedó reducido a tres pelotones. Las vendas y las sulfamidas se estaban agotando, y los hombres de Alexander no tenían tiempo de levantar parapetos ni de excavar trincheras. Podían protegerse detrás de los árboles, pero las granadas y los proyectiles de mortero eran capaces de derribar árboles y soldados. Y nadie podía coserles las piernas y los brazos arrancados de cuajo.

Al cabo de cuatro días, quedaban solamente dos pelotones. Veinte hombres. Alexander, Pasha, Ouspenski, Borov y dieciséis soldados rasos.

A uno de los soldados le mordió algo en el bosque y al día siguiente estaba muerto. Volvían a ser diecinueve, como antes de encontrar a Pasha. La diferencia era que ahora podían canjear a ocho rehenes para salvar la vida.

El ejército alemán no avanzaba ni se retiraba, pero tampoco esperaba sin hacer nada. Su único propósito parecía ser el de acabar con el batallón de Alexander.

Alexander consiguió resistir un quinto día, pero se quedó sin bombas y sin proyectiles y casi terminó de vaciar los cargadores de las ametralladoras. Borov cayó. Pasha lloró al sepultarlo en la tierra fangosa, bajo las copas de los árboles.

El sargento Telikov también cayó. Ouspenski lloró mientras lo enterraba.

Se agotaron los víveres y las vendas. Recogían agua de lluvia en hojas de árbol y la vertían en las cantimploras. La morfina y el enfermero habían desaparecido. Alexander en persona se ocupaba de curar a sus soldados.

—¿Y ahora qué? —preguntó Pasha.

—No se me ocurre nada —dijo Alexander.

La única opción era la retirada. Ouspenski sugirió volver sobre sus pasos.

—No podemos retirarnos —declaró Alexander.

—Ya sabe que la retirada se castiga con la muerte, teniente —añadió Pasha.

—¡Bah, cállate! —protestó Ouspenski—. Yo sí que te castigaría a ti con la muerte.

—Y te preguntabas por qué opté por los alemanes en lugar de la muerte —dijo

Pasha, mirando a Alexander.

—No —dijo Ouspenski—. Optaste por los alemanes en lugar de tus compatriotas, cabrón.

—¡Ya ve cómo trata su ejército a mis compatriotas! —exclamó Pasha—. Los han abandonado aquí, condenados a una muerte segura, y para colmo han decretado que la rendición es un delito contra la patria. ¿Puede decirme algún otro país, algún otro ejército, alguna otra época en que haya sucedido eso? —Pasha emitió un gruñido desdeñoso—. ¡Y se preguntan por qué!

—No te lo tomes como algo personal, Pasha —opinó Alexander—. ¿A quién va a importarle nuestra muerte?

Pasha le lanzó una mirada silenciosa, y Alexander no dijo nada más. Se levantó, se envolvió en la guerrera mojada, se apoyó contra el tronco de un árbol y comenzó a tallar una estaca con el cuchillo. Ouspenski, apoyado en otro árbol, dijo que era una tarea inútil. Alexander respondió que con la estaca pescaría un pez para él y para Pasha y que a Ouspenski lo dejaría morir de hambre. Pasha se acordó de que Borov solía pescar para el batallón y les explicó que en los últimos tres años había sido su asistente y su mejor amigo. Ouspenski se burló de él y Alexander los mandó callar a los dos. Y llegó la noche.

*Alexander y Tatiana están jugando al escondite bélico. Alexander aguarda en silencio entre los árboles, con el oído atento, pero lo único que oye son las moscas y las abejas. Muchos insectos y ninguna Tatiana. Alza los ojos hacia las ramas y tampoco ve nada. Se pone en marcha, caminando lentamente.*

*—¿Dónde estás, mi pequeña Tania? —pregunta en voz alta—. Más vale que te hayas escondido bien, porque me parece que necesito encontrarte.*

*Cree que la hará reír con sus palabras. Calla y escucha, pero no oye nada. A veces, cuando ella se acerca, Alexander la oye manipular el seguro de la pistola que le regaló. Pero esta vez no se oye ningún sonido.*

*—¡Tania!*

*Alexander sigue andando por el bosque, volviéndose cada pocos segundos a mirar a su espalda. El juego termina cuando Tatiana se coloca detrás de él y le apoya el cañón de la pistola en los riñones.*

*—Tatia, se me ha olvidado decirte una cosa muy importante, ¿me oyes?*

*Alexander escucha. No se oye ni un sonido. Sonríe.*

*Un pedazo de musgo aterriza sobre su cabeza. Tatiana ha vuelto a conseguirlo. ¿De dónde venía el musgo? Alexander alza la vista y no la ve. Mira en derredor y tampoco la ve. Tatiana se ha puesto la camiseta de camuflaje de él y es prácticamente invisible. Alexander se echa a reír.*

*—Tatiasha, si me tiras musgo te voy a encontrar.*

*Oye un ruido, alza los ojos y le cae encima un cubo de agua. Alexander, empapado, suelta una palabrota. Ve el cubo colgado de una rama, pero no ve a*

*Tatiana. La cuerda que sujeta el cubo desaparece detrás de un tronco, a la derecha.*

*—¡Perfecto, ya te tengo! Empieza el combate. Ya verás la que te espera, Tania —anuncia Alexander, quitándose la camiseta mojada.*

*Camina hacia el tronco, oye un rumor y al momento siguiente tiene la cara y el pelo cubiertos de un polvillo blanco. Es harina y empieza a formar un engrudo sobre el pelo mojado. Alexander piensa en el tiempo que habrá dedicado Tatiana a organizar la estratagema: obligarlo a avanzar entre los árboles, atraerlo hasta el lugar preciso donde tiene previsto arrojarle el cubo de agua y luego la harina. Admira el talento de su rival.*

*—Muy bien, Tania —dice—. Te esperaba una buena, pero ya verás ahora… Ni yo mismo sé qué…*

*Sigue caminando hacia el tronco pero oye unos pasos detrás de él. Sin volverse, extiende la mano y agarra a Tatiana. En realidad, agarra la pistola. Tatiana se escabulle, dejando el arma en mano de Alexander, y echa a correr entre los árboles. Él la persigue. Esta parte del bosque está bastante descuidada, no es como el pinar que se extiende entre Molotov y Lazarevo o como los árboles que rodean la cabaña donde viven; aquí crece mucha maleza entre los robles y los álamos y el suelo está cubierto de ortigas y de musgo. Las ramas bajas y los troncos caídos dificultan la carrera de Alexander. En cambio, nada dificulta la carrera de Tatiana, que salta por encima de unas ramas y pasa por debajo de otras, se escabulle y zigzaguea. Y sin dejar de correr, es capaz de arrancar un puñado de musgo y unas cuantas hojas, volverse y arrojarlo todo hacia él.*

*Alexander se harta, grita: «¡Atención!» y corre hacia Tatiana. Haciendo caso omiso de la maleza, da un salto sobre tres troncos caídos y se planta delante de ella, jadeando y apuntándola con la pistola. Tiene el torso cubierto de sudor y de harina. Tatiana da un respingo y se vuelve para escapar pero no tiene tiempo de echar a correr porque Alexander se abalanza sobre ella y la tumba en el suelo cubierto de musgo. «¿Adónde crees que vas?», grita con la voz entrecortada, sujetándola mientras ella intenta escabullirse. «¿Y ahora qué? ¡Eres muy lista pero no escaparás!». Alexander frota su mejilla manchada de harina contra la cara limpia de Tatiana.*

*—Para —protesta Tatiana, entre jadeos—. Me vas a ensuciar.*

*—No es lo único que haré.*

*Ella se agita valerosamente debajo de él y le hace cosquillas en las costillas sin demasiado éxito. Él le agarra las manos y se las coloca por encima de la cabeza.*

*—Ya verás la que te espera, nazi. ¿Cuánto tiempo has estado planeando lo de la harina?*

*—Cinco segundos. Eres fácil de engañar…*

*Tatiana se echa a reír, pero no deja de forcejear.*

*Alexander sigue sujetándole los brazos por encima de la cabeza. Agarrándole las muñecas con una sola mano, le sube la camiseta de camuflaje hasta el cuello,*

*dejando a la vista el abdomen, las costillas y los senos.*

*—Deja de forcejear —le ordena—. ¿Te rindes?*

*—¡Jamás! —grita Tatiana—. Prefiero morir de pie…*

*Alexander acerca la cara a las costillas de Tatiana y empieza a hacerle cosquillas con la barba.*

*—No me tortures más —dice Tatiana con una risita—. Llévame a la cárcel de los besos.*

*—La cárcel de los besos es demasiado buena para una criminal como tú. Necesitas un castigo más duro. ¿Te rindes? —vuelve a preguntar Alexander.*

*—¡Jamás!*

*Él se vuelve a hacerle cosquillas con la boca y la barba. Tiene que ir con cuidado. Una vez estuvo demasiado tiempo y ella terminó desmayándose. Pero ahora Tatiana se ríe descontroladamente y da patadas en el aire. Alexander la inmoviliza con una pierna sin dejar de sujetarle las manos, mientras le pasa la lengua arriba y abajo del torso.*

*—¿Te… rin… des? —vuelve a preguntarle, jadeando.*

*—¡Jamás! —chilla Tatiana.*

*Alexander alza la cara, atrapa un pezón con la boca y lo chupa hasta que la voz de Tatiana se vuelve más aguda.*

*Alexander para un momento e insiste:*

*—Te lo vuelvo a preguntar, ¿te rindes?*

*—No —dice Tatiana con un gemido. Tras una pausa, añade—: Tendrás que matarme, soldado. —Otra pausa—. Emplea todas tus armas.*

*Alexander, sujetándole las manos por encima de la cabeza, le hace el amor sobre el musgo, con brusquedad, decidido a no parar hasta que ella se rinda. No se interrumpe tras la primera oleada de placer de Tatiana y le pregunta jadeando:*

*—¿Qué me dices ahora, prisionera?*

*—Por favor, señor, dame más… —contesta Tatiana con una voz que es apenas un murmullo.*

*Cuando consigue dejar de reír, Alexander le da lo que le pide.*

*—¿Te rindes?*

*La voz de Tatiana es apenas audible.*

*—Por favor, señor, un poco más…*

*Alexander le da más.*

*—Suéltame las manos, marido —susurra Tatiana junto a la boca de Alexander—. Quiero tocarte.*

*—¿Te rindes?*

*—Sí, me rindo, me rindo.*

*Alexander la suelta y Tatiana lo acaricia.*

*Y ya no le queda nada para darle. Cuando Alexander termina, Tatiana tiene la cara y los pechos y el abdomen cubiertos de harina. De harina y de musgo y de él.*

*—Anda, levántate —susurra Alexander.*

*—No puedo moverme —contesta Tatiana con otro susurro. Alexander la lleva en brazos hasta la orilla del Kama y los dos se lavan entre los peces del río, en la parte donde el agua es poco profunda…*

*—¿Cuántas formas hay de matarte? —murmura Alexander, haciéndola sentarse en su regazo y besándola.*

*—Una sola —contesta Tatiana, mientras frota la cara mojada y enrojecida contra el cuello mojado de Alexander.*

En los gélidos bosques de Polonia, Alexander, Pasha, Ouspenski y Danko, el único cabo superviviente, esperaban escondidos entre la vegetación, rodeados de enemigos, sin munición, sucios, heridos y empapados.

Alexander y Pasha esperaban la llegada de la inspiración o de la muerte.

Los alemanes habían vertido queroseno entre los árboles y le habían prendido fuego, y ahora ardían las llamas delante de Alexander y sus compañeros, y también a su izquierda y a su derecha.

—Alexander…

—Ya lo sé, Pasha.

Estaban sentados en el suelo, a pocos metros el uno del otro, con la espalda apoyada en los gruesos troncos de los robles. Alexander sentía el calor del incendio en la cara.

—Estamos atrapados.

—Sí.

—No nos quedan balas.

—No.

Alexander tallaba un trozo de madera.

—Es el final, ¿no? Ya no hay salida.

—No piensas en el final hasta que llega, de repente. No habíamos pensado una salida.

—Y cuando la pensemos, ya estaremos muertos —dice Pasha.

—En ese caso será mejor pensar deprisa.

Alexander miró al hermano de Tatiana. Tenía que sacarlo como fuera de aquel bosque. Tenía que salvarlo por ella, aunque en los momentos más negros había creído que Pasha no tenía salvación.

—No podemos rendirnos.

—¿No?

—No. ¿Sabes cómo nos tratarán los alemanes? Hemos matado a cientos de sus compatriotas. ¿Piensas que serán clementes?

—Estamos en guerra, tienen que entenderlo. Y no hables tan alto.

Alexander no quería que Ouspenski los oyera, y Ouspenski siempre lo oía todo.

Pasha bajó la voz.

—Y tú sabes perfectamente bien que yo no puedo volver.

—Lo sé.

Se quedaron un momento callados, mientras Alexander tallaba una rama en forma de espada para controlar los nervios. Pasha estaba limpiando la ametralladora y soltó un bufido.

—¿En qué piensas, Pasha?

—Pensaba en lo curioso que resulta terminar aquí.

—¿Por qué?

—Mi padre estuvo aquí hace años, antes de la guerra, por trabajo. Nos impresionó mucho que lo mandaran a Polonia. Estuvo precisamente en esta zona y nos trajo cosas. A mí me regaló una corbata que usé hasta que se cayó a pedazos. Dasha decidió que el chocolate polaco era el mejor del mundo, y Tania, a pesar de tener un brazo roto, se puso enseguida el vestido que le había comprado mi padre.

Alexander dejó de tallar la madera.

—¿Qué vestido?

—No sé, uno blanco. Tania era demasiado joven y delgada para usarlo y además tenía el brazo escayolado, pero se lo puso igualmente. Estaba orgullosísima.

—¿Era…? —A Alexander se le quebró la voz—. ¿Era un vestido con unas flores bordadas?

—Sí, con unas rosas rojas.

Alexander emitió un gemido.

—¿Dónde lo compró tu padre?

—Creo que en un pueblo llamado Swietokrzyskie. Sí, eso es: Tania decía que era el vestido de Santa Cruz y se lo ponía todos los domingos.

Alexander cerró los ojos y notó que no podía mover las manos.

—¿Qué piensas que haría mi hermana? —Oyó decir a Pasha.

Alexander pestañeó para alejar de su mente torturada la imagen de Tatiana sentada en un banco y comiéndose un helado con aquel vestido, caminando descalza por el Campo de Marte con aquel vestido, posando para el fotógrafo en la puerta de la iglesia de Molotov con aquel vestido.

—¿Crees que decidiría retirarse? —preguntó Pasha.

—No, no lo haría.

Alexander sintió una opresión en el pecho. Tatiana no se retiraría aunque lo deseara; no lo haría aunque él se lo pidiera.

Alexander recogió la ametralladora, se acercó a Pasha y, antes de que Ouspenski se les acercara, susurró:

—Pasha, tu hermana huyó de Rusia sola, cuando estaba embarazada. Aunque llevaba armas, nunca las habría utilizado. Era contraria al uso de las armas. Sin disparar ni una bala, sin matar a nadie y con el niño en la barriga, fue capaz de dejar atrás los pantanos y llegar a Helsinki. Y si llegó a Finlandia, habrá que pensar que consiguió llegar más lejos. Haberte encontrado es una señal de que debo tener fe. Nos

quedan cuatro hombres, ocho si contamos a los rehenes alemanes. Tenemos cuchillos, bayonetas y cerillas, podemos fabricar armas y, a diferencia de ella, podemos usarlas. No tenemos por qué quedarnos aquí sentados, como si no hubiera otra solución. No será fácil, pero tenemos que intentar ser más fuertes que Tatiana. ¿De acuerdo?

Alexander tenía la cara y el pelo cubiertos de barro y seguía apoyado contra el tronco del roble. Se persignó y besó el casco.

—Tenemos que atravesar el incendio para llegar al otro lado del bosque, cerca de donde están los alemanes. No hay otro remedio, Pasha.

—Es imposible, pero de acuerdo.

Les costó un poco convencer a Ouspenski y a los rehenes.

—¿Qué le preocupa, Ouspenski? —preguntó Alexander—. Su capacidad respiratoria es la mitad de la normal. Eso es una ventaja en un incendio.

—Moriré abrasado antes de inhalar el humo —declaró Ouspenski.

Finalmente, todos se prepararon para atravesar las llamas. Alexander les ordenó que se cubrieran la cabeza.

—¿Listos? —preguntó Pasha, con la ametralladora descargada en el hombro.

—Estoy listo —contestó Alexander—. Ten mucho cuidado, Pasha. Tápate la boca en todo momento.

—Si me tapo la boca no podré correr. Da igual, ya he estado otra vez en un incendio. Recuerda que los putos alemanes volaron el tren en el que viajaba. Respiraré a través de la gorra, pero prométeme que no me dejarás aquí abandonado.

—No te abandonaré —le aseguró Alexander.

Se colgó al hombro el mortero descargado y se tapó la boca con una toalla mojada y sucia de sangre.

Corrieron hacia las llamas.

Mientras corrían, Alexander respiraba a través de la toalla mojada. Ouspenski resistía todo el tiempo que podía sin tomar aire y trataba de respirar a través del cuello de la guerrera mojado por la lluvia. Pero Pasha atravesó el incendio sin taparse la boca. «¡Qué valiente!» pensó Alexander. Valiente e insensato. Al final llegaron al otro lado de las llamas. Por una vez la ropa mojada les fue de utilidad porque la humedad repelía el fuego. Además, no se les podía quemar el pelo porque iban rapados. Uno de los prisioneros alemanes no tuvo suerte; le cayó una rama encima y perdió el conocimiento. Uno de sus compatriotas se lo cargó a la espalda.

Cuando dejaron atrás las llamas, Alexander miró a Pasha y comprendió que la insensatez había sido superior a la valentía. Pasha estaba muy pálido y caminaba muy lentamente, hasta que tuvo que pararse. Todavía estaban rodeados de humo.

—¿Qué pasa? —preguntó Alexander, dejando de correr. Se quitó la toalla de la boca para hablar pero enseguida notó que se asfixiaba.

—No lo sé —balbuceó Pasha, llevándose una mano a la garganta.

—Abre la boca.

Pasha abrió la boca pero no sirvió de nada. Se desplomó en el suelo como un

árbol cortado, emitiendo los sonidos de la persona que se ahoga después de engullir un pedazo de comida o de recibir un balazo en el cuello. Los sonidos de alguien incapaz de respirar.

Alexander le puso la toalla sobre la nariz y la boca, pero Pasha seguía sin respirar y él mismo empezaba a ahogarse. Había resultado más fácil atravesar las llamas que estar parados y rodeados de humo. Ouspenski le tiró del brazo. Los alemanes estaban a unos metros, retenidos por la ametralladora de Danko, el último de los soviéticos supervivientes. Les faltaba muy poco para ponerse a salvo, pero Alexander no quería dejar solo a Pasha. No podía avanzar ni podía retroceder.

Tenía que hacer algo. Pasha tenía convulsiones y se ahogaba.

Alexander se lo cargó a la espalda, se tapó la boca con la toalla y echó a correr con Ouspenski a su lado.

¿Cuánto tiempo perdió cargándose a Pasha a la espalda? No supo si se había demorado treinta segundos o un minuto. Pero a juzgar por la dificultad de Pasha para respirar sin asfixiarse, había sido mucho tiempo. Pronto sería demasiado tarde.

—¿Dónde está el enfermero? —preguntó Alexander cuando empezó a despejarse el humo que flotaba en el aire.

—Murió, ¿no se acuerda? —respondió Ouspenski—. Nos quedamos con su casco.

Alexander no se acordaba.

—¿No tenía un ayudante?

—El ayudante murió hace siete días.

Alexander se descargó a Pasha de la espalda y se sentó en el suelo.

—¿Qué le pasa? —preguntó Ouspenski.

—No lo sé. No le han disparado ni ha tragado nada.

Pasha estaba en el suelo, con la cabeza apoyada en el regazo de Alexander. Alexander le metió los dedos en la boca para ver qué le obstruía la respiración, pero no encontró nada. Bajó hasta el esófago, y no encontró el orificio de la tráquea. Notó la garganta inflamada y pulposa. Se arrodilló rápidamente al lado de Pasha, le tapó la nariz y le respiró en la boca varias veces seguidas. Nada. Volvió a introducirle aire más pausadamente, y nada. Volvió a palparle el interior de la boca, pero siguió sin encontrar el orificio de la tráquea.

—¿Qué coño está pasando? —murmuró, asustado—. ¿Qué tiene?

—En Siniavino vi morir a varios soldados después de inhalar humo —explicó Ouspenski—. La garganta se les cerró completamente. Cuando les bajó la inflamación, ya estaban muertos. —Tomó aire a través del cuello mojado de la guerrera y añadió—: No se salvará, no puede respirar. No podemos hacer nada por él.

Alexander habría jurado que en la voz de Ouspenski había un deje de satisfacción, pero no tenía tiempo de protestar. Colocó a Pasha tumbado boca arriba en el suelo y le colocó la toalla enrollada debajo del cuello para que la cabeza quedara un poco inclinada para atrás. Hurgó en la mochila en busca de su

estilográfica, que afortunadamente estaba rota y no tenía tinta en la plumilla. Alexander agradeció silenciosamente la calidad de la fabricación soviética. Sacó el cartucho de la estilográfica y buscó su cuchillo.

—¿Qué va a hacer, capitán? —preguntó Ouspenski, señalando el cuchillo—. ¿Quiere cortarle la garganta?

—Exacto —repuso Alexander—. Y cállese, no quiero oírlo hablar.

—Lo decía en broma —dijo Ouspenski, arrodillándose a su lado.

—Ilumínele el cuello, con la linterna bien quieta. Y coja este tubito de plástico y este cordel. Cuando le avise, páseme el tubito. ¿Entendido?

Se prepararon. Alexander respiró hondo. No había tiempo que perder. Se miró las manos para comprobar que no le temblaban los dedos.

Palpó la garganta de Pasha hasta encontrar la nuez, y bajó los dedos un poco más hasta llegar al trozo de piel que se extendía sobre la cavidad traqueal. Sabía que esta membrana era lo único que protegía el lumen de la tráquea. Con mucho cuidado, podía abrir un pequeño orificio e introducir el tubito para dejar pasar el aire; pero tenía que ser una incisión minúscula. Alexander nunca había practicado una intervención como aquélla. Sus manos no estaban hechas para las tareas delicadas, como las de Tatiana.

—Allá voy —susurró.

Contuvo el aliento y fue bajando el cuchillo hasta rozar la garganta de Pasha. A juzgar por las sacudidas de la linterna, Ouspenski era incapaz de contener el temblor de sus manos.

—¡Joder, teniente! ¡Estése quieto! —protestó Alexander.

Ouspenski intentó serenarse.

—¿Ha hecho esto alguna vez, capitán? —preguntó.

—No. Pero he visto hacerlo.

—¿Funcionó?

—No muy bien —contestó Alexander.

Había visto hacerlo dos veces en el frente, y ninguno de los dos soldados había sobrevivido. En un caso, el enfermero había usado un cuchillo demasiado pesado y había partido la tráquea por la mitad. El otro soldado ya no había vuelto a abrir los ojos. Había conseguido respirar, pero no había abierto los ojos.

Con movimientos muy lentos, Alexander abrió una incisión de dos centímetros en la garganta de Pasha. La piel se resistía al avance del cuchillo. Además empezó a brotar sangre y resultaba difícil ver dónde iba cortando. Habría necesitado un bisturí pero sólo tenía su cuchillo de combate, el mismo que usaba para afeitarse y para matar. Alexander amplió un poco más la incisión, se colocó el cuchillo entre los dientes y terminó de abrir la piel con los dedos dejando expuesto un trozo de cartílago a uno y otro lado. Manteniendo separada la abertura, practicó una pequeña incisión en la membrana situada bajo la nuez, y de pronto se oyó un sonido, cuando la garganta de Pasha absorbió el aire del exterior. Alexander mantuvo la garganta abierta con los

dedos hasta que los pulmones de Pasha terminaron de llenarse y después forzó la expulsión del aire. No era como respirar a través de la nariz y la boca, pero funcionaba.

—La estilográfica, teniente.

Ouspenski le pasó la estilográfica.

Alexander hundió medio tubito en el agujero, procurando no rozar el fondo de la tráquea. Tomó aliento y continuó.

—Ya está, Pasha —dijo—. El cordel, Ouspenski.

Ató un extremo del cordel al tubito y pasó el otro extremo por el cuello de Pasha para que el cartucho no se saliera.

—¿Cuánto tarda en bajar la inflamación? —preguntó Alexander.

—¿Cómo voy a saberlo? —replicó Ouspenski—. Los soldados que vi en Siniavino murieron antes de que les bajara.

Pasha respiraba de forma irregular y esporádica a través del tubito de plástico, y Alexander contemplaba su rostro congestionado y sucio de barro y pensaba que toda la guerra mundial había quedado reducida a esperar que la vida se introdujera en unos pulmones a través del cartucho vacío de una estilográfica de fabricación soviética.

Le había llegado la hora a Grinkov, a Marazov, al miope Verenkov, a Telikov, a Yermenko; le había llegado la hora a Dasha; en cualquier momento llegaría la hora de Alexander. Ahora estaba vivo y un instante después estaba desangrándose sobre la superficie helada del Ladoga, envuelto en la guerrera helada como en un sudario. Ahora estaba vivo, y un instante después estaba tumbado boca abajo sobre el hielo, envuelto en la guerrera blanca, en un charco de sangre.

Sin embargo, durante un breve momento, Alexander había sido amado. Durante el tiempo de una respiración o del parpadeo de unos ojos afligidos, había sido profundamente amado.

—¿Me oyes, Pasha? —preguntó—. Parpadea si me oyes.

Pasha parpadeó.

Alexander, con la respiración acelerada y un nudo en la garganta, recordó un poema titulado «Fantasía de un caballero caído en una noche fría y amarga».

> En otro tiempo hallé el éxtasis en artificios de violines y en el rumor de tacones dorados sobre el duro pavimento.
>
> Ahora veo que la calidez es la autentica sustancia de la poesía.
>
> Dios mío, empequeñece el viejo firmamento tachonado de estrellas para que pueda envolverme en él y encontrar el consuelo.

# Capítulo 26

*Nueva York, octubre de 1944*

Edward Ludlow apareció en la puerta de la sala de curas de Ellis, agarró a Tatiana de la mano y la hizo salir al vestíbulo.

—¿Es verdad lo que he visto, Tatiana?

—No lo sé. ¿Qué has visto?

Edward estaba muy pálido y nervioso.

—He visto el nombre de Jane Barrington en la lista de las enfermeras seleccionadas por la Cruz Roja de Nueva York para viajar a Europa. Dime que es sólo una coincidencia, que se trata de otra Jane Barrington…

Tatiana no dijo nada.

—¡No vayas, te lo ruego!

—Edward…

—¿Se lo has dicho a alguien? —preguntó Edward, agarrándole las manos.

—Claro que no.

—¿Cómo se te ha ocurrido? Los estadounidenses ya están en Europa, Hitler está acorralado por ambos frentes, la guerra está a punto de acabar… No hay motivo para que vayas a Europa.

—En los campos de prisioneros se necesitan víveres, medicinas y atención médica.

—Ya hay enfermeras para atenderlos, Tatiana.

—Entonces, ¿por qué la Cruz Roja ha pedido voluntarias?

—Necesitan más gente, pero no a ti.

Tatiana no dijo nada.

—¡Por Dios, Tatiana! —insistió Edward, muy nervioso—. ¿Qué piensas hacer con Anthony?

—Pensaba dejarlo en Massachusetts, pero creo que su tía abuela no está en condiciones de ocuparse de un niño tan pequeño. —Tatiana retiró las manos al ver la expresión de Edward—. Esther dice que da igual, que ya lo cuidará Rosa, su ama de llaves, pero no me parece buena idea.

—Ah ¿no?

Indiferente a su tono sarcástico, Tatiana continuó:

—Creo que lo dejaré con Isabella…

—¿Isabella? ¡Es una completa desconocida!

—No es una desconocida. Y se ha ofrecido a…

—Tania, Isabella no sabe lo que yo sé ni lo que tú sabes. ¡Yo, en cambio sé cosas que ni siquiera tú sabes! Dime la verdad, ¿te vas a Europa a buscar a tu marido?

Tatiana no respondió.

—Ay, Tatiana… —suspiró Edward, meneando la cabeza—. ¡Dijiste que estaba

muerto!

—¿Qué es lo que te preocupa, Edward?

Edward se pasó una mano por la frente para controlar su angustia y su nerviosismo.

—El gobierno alemán ha puesto a Heinrich Himmler al mando de los campos de prisioneros —explicó con voz temblorosa—, y lo primero que ha hecho ha sido prohibir el envío de correspondencia y lotes de comida a los norteamericanos y bloquear la actuación de la Cruz Roja Internacional. Himmler dice que los soldados aliados están recibiendo un trato justo, pero la situación no es extensiva a los soviéticos. En estos momentos la Cruz Roja no está autorizada a entrar en los campos de prisioneros, lo cual sólo indica lo desesperados que están los alemanes. Saben que están a punto de perder la guerra y ya no les importa ni la situación de sus propios prisioneros. Probablemente terminarán levantando la prohibición contra la Cruz Roja, pero aun en ese caso, ¿cuántos campos crees que hay? ¿Dos, tres…? Hay centenares. Y además hay docenas de campos italianos, franceses, ingleses o norteamericanos. En total puede haber cientos de miles de personas, haciendo un cálculo por lo bajo.

—Himmler cambiará de opinión. Decidieron lo mismo en 1943 y rectificaron al darse cuenta de que los prisioneros alemanes tampoco iban a recibir un buen trato.

—Eso fue cuando todavía pensaban que ganarían la guerra. Desde el desembarco de Normandía han visto que tienen los días contados y se han desentendido de sus soldados. Lo sé porque desde el 43 no han vuelto a solicitar que la Cruz Roja inspeccione los centros de detención de prisioneros instalados en Estados Unidos.

—¿Y por qué iban a hacerlo? Saben que tratamos correctamente a los alemanes.

—No. Es porque saben que tienen la guerra perdida.

—Himmler terminará autorizando las inspecciones de la Cruz Roja —insistió Tatiana, testaruda.

—Pero serán centenares de campos, con cientos de miles de prisioneros. A un campo por semana, tardarás doscientas semanas en verlos todos, sin contar el tiempo que necesitas para ir de uno a otro. ¡Necesitarás cuatro años! ¿Cómo se te ha ocurrido?

Tatiana no contestó. No había pensado a largo plazo.

—No vayas, Tatiana. Te lo ruego —insistió Edward.

Edward se lo estaba tomando como algo personal y Tatiana no sabía qué responderle.

—¿Qué será de tu hijo?

—Lo cuidará Isabella.

—¿Siempre? ¿Incluso cuando su madre haya muerto por culpa de una enfermedad o de las heridas de guerra?

—Edward, no me voy a Europa a morir.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo vas a evitarlo? El frente estará dentro de nada en Alemania. Polonia ya está en manos de los soviéticos. ¿Y si los rusos te han estado buscando y

te localizan? Jane Barrington, Tatiana Metanova… ¿qué crees que harán contigo? Alemania, Polonia, Yugoslavia, Checoslovaquia, Hungría… vayas donde vayas, morirás. Un motivo u otro te impedirá regresar.

«No es cierto», quiso decir Tatiana, pero sabía que la habían estado buscando y que corría un riesgo enorme, mientras que las probabilidades de encontrar a Alexander eran mínimas. Sabía que su plan no era demasiado bueno. Alexander tenía un lugar concreto al que dirigirse, Luga. Sabía que Tatiana había sido evacuada y sabía dónde estaba Molotov, tenía un nombre y un lugar, podía ir a Lazarevo. Lo único que tenía ella era un certificado de defunción, y con aquel papel en las manos pensaba buscar a Alexander por todos los campos abiertos a la inspección, y si no lo encontraba pensaba ir hasta Leningrado para hablar con el coronel Stepanov, y si el coronel no sabía nada de su marido, Tatiana pensaba ir a ver a los generales Voroshilov y Mejlis, e incluso dirigirse a Stalin en persona en Moscú si era necesario.

—No vayas, Tania. Te lo ruego —repitió Edward. Tania parpadeó.

—¿Qué es Orbeli? —preguntó.

—¿Orbeli? Ya me lo preguntaste una vez. ¿Cómo quieres que lo sepa? No tengo ni idea. ¿Qué tiene que ver Orbeli con todo esto?

—La última vez que lo vi, Alexander me dijo: «Acuérdate de Orbeli». Tal vez es una ciudad de Europa donde debemos encontrarnos.

—Antes de abandonar a tu hijo y marcharte al frente, ¿no deberías averiguar qué significa «Orbeli»?

—Lo he intentado, pero no he descubierto nada —repuso Tatiana—. Nadie lo sabe.

—Seguramente fue un comentario sin importancia, Tania.

Tatiana se sentía culpable al ver a Edward tan preocupado. ¿Cómo podía justificar su decisión?

—Mi hijo se encontrará bien —dijo con voz débil.

—¿Sin su padre y sin su madre?

—Isabella es una buena mujer.

—¡Isabella es una mujer de sesenta años a la que no conoces de nada! No es la madre del niño. ¿Qué será de Anthony cuando Isabella muera?

—Lo cuidará Vikki.

Edward soltó una carcajada.

—¡Vikki no sabe ni anudarse el lazo de la blusa! Es incapaz de llegar puntual al trabajo, no controla el tiempo ni controla nada. Vikki nunca piensa en sus abuelos ni en ti ni en Anthony, sólo piensa en sí misma. Espero que nunca tenga hijos. Si ahora no te ayuda, ¿qué te hace pensar que cuidará al niño cuando faltes tú, lo único que la une emocionalmente a él? ¿Crees que mantendrá su palabra? —Edward suspiró—. ¿No te das cuenta de que Anthony irá a parar al orfanato municipal? Antes de irte a morir a Europa, estaría bien que visitaras un orfanato para saber dónde acabará tu hijo.

Tatiana palideció.

—Sé que no has estado pensándolo bien, porque de ser así no habrías tomado esta decisión —opinó Edward—. ¿Sabes por qué lo sé?

—¿Por qué? —preguntó Tatiana con voz desmayada.

—Porque he visto cómo tratas a las personas que cruzan la puerta dorada de Ellis —dijo Edward, cogiéndole las manos—. Y porque tú, Tatiana, siempre haces lo que debes hacer.

Tatiana no contestó.

—A tu hijo ya le falta un padre —insistió Edward—. No dejes que pierda también a su madre. Tú eres lo único que lo une a su pasado y a su destino. Si te pierde, tu hijo ya no será más que un barco a la deriva. Ése será tu legado para él.

Tatiana era incapaz de decir nada. De pronto sentía un intenso frío.

—Tania —dijo Edward, oprimiéndole la mano—. No te lo pido por Vikki ni por mí, ni por los heridos y los inmigrantes de Ellis, te lo pido por tu hijo: no vayas a Europa.

✶

Tatiana no se echó a atrás, pero las semillas de la duda habían empezado a germinar. Sam Gulotta le dijo que seguía sin saber nada de Alexander y le confirmó la desesperada situación de los soviéticos encarcelados en Alemania. Tatiana empezó a pensar que su plan era una locura y a sentirse culpable por abandonar a su hijo.

✶

Preguntaba a todo el mundo si sabían qué era «Orbeli». Se lo preguntaba a los soldados alemanes y a los italianos, a las enfermeras y a los refugiados de Ellis. Visitó incluso la Biblioteca Pública de Nueva York, pero no encontró ni una sola referencia en los atlas, mapas, enciclopedias, revistas y periódicos que consultó.

La propia oscuridad del significado hizo que Tatiana empezara a empequeñecer su visión de «Orbeli». Dejó de ser un bosque, una población, una fortaleza o el apellido de un general. Tatiana estaba cada vez más convencida de que había sido un comentario marginal de Alexander, una broma o una anécdota sin importancia que se olvida al pasar a otros temas. No era un mensaje sino una digresión, algo que había quedado relegado al olvido en cuanto Alexander había caído herido sobre la superficie helada del lago. Si Tatiana había seguido recordando la palabra, era tan sólo porque lo que había sucedido después la había revestido de una dimensión especial.

Ahora bien, ¿y la medalla de Héroe de la Unión Soviética? ¿Cómo había ido a parar a la mochila?

Finalmente, Tatiana también encontró una explicación para la presencia de la medalla. Cuando el doctor Sayers le informó del accidente de Alexander se olvidó de

decirle que le había quitado la medalla del cuello antes de sepultarlo en el lago, y luego sucedieron cosas más importantes, y al final el doctor murió sin tener tiempo de explicarle que había escondido la medalla en un bolsillo de la mochila para que ella la encontrara más tarde.

Tatiana no regresó.

# Capítulo 27

*Polonia, noviembre de 1944*

Alexander pasó la noche sentado en el suelo, con la espalda contra el árbol y Pasha apoyado en su regazo. Al amanecer, la inflamación de la garganta había bajado. Pasha tapó con un dedo el extremo del tubito y respiró dos veces por la boca. Alexander, animado, le puso esparadrapo para cerrar la abertura todo lo posible. No le quitó el tubo porque no sabía si podría repetir la intervención en caso necesario. Pasha tapó otra vez el extremo del tubito con el dedo y graznó:

—Ciérralo del todo. Si está abierto no puedo hablar.

Alexander le puso más esparadrapo y miró a Pasha, que farfullaba y aspiraba aire con gran dificultad.

—Tengo una idea, Alexander —susurró débilmente—. Cárgame a la espalda, sácame de esta tierra de nadie y llévame hasta la línea de defensa. Todavía llevo el uniforme alemán, ¿no?

—Sí.

—Mi uniforme te salvará. Y si quieres salvarlo a él —señaló a Ouspenski y suspiró—, dile que cargue con uno de los alemanes heridos. ¿Queda alguno o ya se han muerto todos?

—Hay uno con conmoción cerebral.

—Perfecto. —Pasha exhaló aire—. Cuando os entreguéis, enseñadles a los alemanes heridos.

—Los otros tres pueden andar.

—Perfecto. Pero vigílalos y no los dejes hablar por ti. Cuando te acerques a la línea de defensa, grita: «*Schiessen Sie nicht*». Significa: «No disparéis».

—¿Basta con eso? —preguntó Alexander—. ¿Por qué no lo dijimos en 1941? ¿O en 1939, ya puestos?

Sonrió. Pasha exhaló aire.

—¿Qué están tramando? —intervino Ouspenski—. No estarán pensando en rendirse, ¿verdad?

Alexander no dijo nada.

—Ya sabe que no podemos rendirnos, capitán —insistió Ouspenski.

—Y tampoco retirarnos.

—No vamos a retirarnos. Nos quedaremos aquí a esperar los refuerzos.

Pasha y Alexander se miraron.

—Vamos a rendirnos, Ouspenski. Tenemos a un herido que necesita atención urgente.

—Pues yo no pienso rendirme —declaró Ouspenski—. Nos matarán y nuestro ejército nos repudiará.

—¿Quién dice que vamos a volver con nuestro ejército? —preguntó Pasha,

mientras se incorporaba con ayuda de Alexander.

—¡Mira quién habla! Tú eres un moribundo sin nada que perder y ningún sitio al que ir, pero nosotros tenemos familias esperándonos…

—Yo no tengo familia —precisó Alexander—. Pero Ouspenski tiene razón.

Ouspenski miró a Pasha y sonrió con satisfacción.

—Quédese aquí, Nikolai —dijo Alexander—. Quédese a esperar a que el Ejército Rojo venga a buscarlo.

La sonrisa desapareció de la cara de Ouspenski.

—¡Usted tiene familia, capitán! ¿No dijo que tenía una esposa?

—Y él… —señaló a Pasha con decisión—, ¿no tiene una hermana?

Alexander y Pasha no dijeron nada.

—¿Es que no les preocupa ella? Si se rinden, la enviarán a Arjanguelsk, a la isla de los Bolcheviques.

Nadie volvía de la isla de los Bolcheviques.

—¿Listo? —preguntó Pasha a Alexander, sin hacer caso de las palabras de Ouspenski.

Alexander asintió y se acercó a los cuatro alemanes. Uno deliraba. Otro tenía una herida en el cráneo, superficial pero con mucha sangre.

Ouspenski respiraba nerviosamente y hacía un ruido similar al de Pasha.

—¿Eso era lo que tramaban? —preguntó—. Capitán Belov: usted que ha recorrido quince mil kilómetros a través de ríos y montañas, divisiones y regimientos, campos minados y campos de la muerte, ¿usted va a entregarse ahora a los alemanes?

El asombro le hacía respirar con dificultad.

—Sí —respondió Alexander con una voz temblorosa—. Ya no puedo más. ¿Qué va a hacer usted? ¿Venir con nosotros o quedarse aquí?

—Me quedo aquí —declaró Ouspenski.

Alexander hizo el saludo militar.

—La culpa es de ése —rezongó Ouspenski—. Antes de que lo encontráramos, usted era un hombre de honor. Pero como ha visto que él vendió el alma al diablo, ha decidido hacer lo mismo.

—¿Por qué se toma mi decisión como algo personal, teniente? —dijo Alexander—. ¿Qué tiene que ver con usted?

—Parece que todo —opinó Pasha.

—¡Calla! Nadie estaba hablando contigo. Respira por el tubito y cierra la puta boca. De no ser por él, estarías muerto.

—¡Mida sus palabras, Ouspenski! —protestó Alexander—. El comandante Metanov está por encima de nosotros en la jerarquía.

—Su jerarquía de Satanás no me merece ningún respeto —masculló Ouspenski—. En fin, capitán. ¿A qué está esperando para irse y dejar abandonados a sus hombres?

—A mí no me abandona, yo me voy con él —dijo tímidamente el cabo Danko.

—¿Soy el único al que van a dejar aquí tirado? —exclamó Ouspenski, con los ojos como platos.

—Eso parece —dijo Pasha con una sonrisa.

Ouspenski se abalanzó sobre él, pero Alexander lo paró a tiempo. El valiente e imprudente Pasha no estaba en condiciones de defenderse de nadie, ni siquiera de un hombre con un solo pulmón. Necesitaba todas sus fuerzas para respirar.

—Pero ¿qué os pasa? ¡Calma, Pasha! —exclamó Alexander, apartándolo de Ouspenski.

—No me fío nada de él, Alexander.

—Mira quién habla —masculló Ouspenski.

—Me dio mala espina desde el primer momento en que lo vi —añadió Pasha. Tuvo que callarse porque le costaba respirar.

Alexander lo hizo apartarse unos pasos y le dijo:

—Puedes fiarte de Ouspenski —susurró—. Ha estado a mi lado todo el tiempo, como Borov contigo.

—A tu lado —repitió Pasha.

—Eso es. Más vale que nos vayamos antes de alertar a los alemanes con tanto grito.

Pasha no dijo nada. Alexander le hizo inclinar la cabeza y le ajustó el esparadrapo de la garganta.

—No podrás hablar hasta que encontremos a alguien que te cosa la incisión. A partir de ahora quédate callado. Ya me ocupo yo de todo.

Alexander volvió junto a Ouspenski.

—Aunque la jerarquía de Pasha Metanov no le merezca respeto, Nikolai —comenzó—, tiene que respetar la mía. Y antes de dejarlo solo en el bosque, tendría que matarlo. Le ordeno que deje las armas y se entregue a los alemanes junto con todos nosotros. Es por su bien —concluyó, bajando la voz.

—¡Fabuloso! —protestó Ouspenski—. Iré con usted, pero que conste que es contra mi voluntad.

—Todo lo que ha hecho en esta guerra ha sido contra su voluntad. Dígame una sola cosa que haya hecho por iniciativa propia.

Ouspenski calló.

—Pasha dice que no lo considera a usted digno ni de vivir con los cerdos, teniente.

—Pero usted me ha defendido, señor. Le ha dicho que sí lo soy, ¿no? —dijo Ouspenski.

—Exacto. Ahora venga con nosotros.

Los hombres del grupo soltaron las armas y de inmediato se pusieron en marcha.

Alexander se cargó a la espalda a Pasha; Ouspenski, al alemán herido en la cabeza, y Danko, al de la conmoción, y los tres se pusieron en camino entre los dos alemanes que estaban en condiciones de andar aunque fuera cojeando. Avanzaron en

fila india a través de las trincheras y los árboles derribados, los arbustos y las bases de las ametralladoras. Se dirigían a la línea de defensa alemana, que ocupaba medio kilómetro aproximadamente. Alexander sabía que por mucho que gritaran «*Schiessen Sie nicht*», iban a dispararles. Por eso decidió andar un kilómetro más y acercarse por uno de los flancos.

Lo detuvo un grito que resonó entre los árboles:

—*Halt! Bleiben Sie stehen. Kommen Sie nicht naheres!*

Alexander vio a dos soldados armados con ametralladoras. Dejó de andar, tal como le habían ordenado.

—*Schiessen Sie nicht, schiessen Sie nicht* —gritó.

—Diles que llevas a unos alemanes heridos —le susurró Pasha al oído—: *Wir haben verwundetes Deutsch mit uns*.

—*Wir haben…* —gritó Alexander—. *Verwundetes… Verwundetes Deutsch mit uns*.

En el lado alemán se hizo un silencio, como si estuvieran deliberando.

Alexander enarboló la toalla ensangrentada, que en otro tiempo había sido blanca.

—*Wir übergeben!* —gritó. Significaba: «Nos rendimos».

—¡Caramba! —exclamó Pasha—. Te enseñaron a decirlo y te prohibieron que lo dijeras…

—Lo aprendí en Polonia —respondió Alexander, agitando la bandera—. *Verwundetes Deutsch!* —volvió a gritar—. *Wir übergeben!*

Los alemanes los hicieron prisioneros a los cuatro. A los heridos los llevaron a la tienda sanitaria y a Pasha le cosieron el agujero de la garganta y le dieron antibióticos. Después interrogaron a Alexander y le preguntaron por qué había contravenido las órdenes soviéticas contra la toma de prisioneros. Los rehenes alemanes les explicaron que Pasha, al que estaban atendiendo como a uno de los suyos, no era un compatriota. Lo despojaron inmediatamente de su uniforme y su categoría, le pusieron un traje de presidiario y cuando se recuperó lo llevaron junto con Alexander y Ouspenski a un *Oflag* (un campo de internamiento de oficiales) instalado en la población polaca de Katowice. Danko, que era solamente cabo, fue a parar a un *Stalag*, los campos donde se internaba a la tropa.

Alexander sabía que si no los habían ejecutado era sólo porque habían aparecido con rehenes heridos. Los alemanes consideraban a los soviéticos peores que a las bestias porque sabían que eran capaces de abandonar a sus hombres agonizando en el campo de batalla. Pero a Alexander, Ouspenski y Danko les habían perdonado la vida porque los habían visto comportarse como seres humanos y no como soviéticos.

✶

Pasha les había explicado que los alemanes tenían dos tipos de campos para prisioneros de guerra, y era cierto. El suyo estaba dividido en dos zonas: una para los

Aliados y otra para los soviéticos. En la zona de los Aliados se exhibía orgullosamente el texto de la Convención de Ginebra de 1929 y se trataba a los prisioneros con arreglo a las normas de la guerra. En la zona soviética, separada de la otra por una alambrada, se seguían las pautas establecidas por Stalin: los prisioneros no tenían ningún tipo de atención médica y recibían un régimen de pan y agua. Los alemanes los sometían a interrogatorios y torturas, los dejaban morir y luego obligaban a sus camaradas a cavar fosas para enterrarlos.

A Alexander no le importaba cómo lo trataran. Lo esencial era que estaba cerca de Alemania, a muy pocos kilómetros del Óder, y que Pasha estaba con él. Aguardó pacientemente a que aparecieran las enfermeras de la Cruz Roja, hasta que comprobó apesadumbrado que no vería a ninguna. La Cruz Roja tampoco había inspeccionado el lado de los franceses y los ingleses, donde también había moribundos y enfermos. Nadie supo darle una explicación, ni su interrogador ni los vigilantes del barracón. Pasha opinaba que debía de haber sucedido algo grave para que los alemanes prohibieran el acceso de la Cruz Roja a los campos.

—Sí, que están perdiendo la guerra —observó Ouspenski—. Una cosa así le quita a cualquiera las ganas de cumplir las normas.

—Nadie hablaba con usted —rezongó Pasha.

—¡No empecéis! —protestó Alexander.

—¿No puede dejarnos ni un momento tranquilos, teniente? —preguntó Pasha—. ¿Tiene que estar siempre pegado a nosotros?

—¿Qué tienes que ocultar, Metanov? —replicó Ouspenski—. ¿Por qué esa necesidad repentina de que te deje en paz?

Alexander se alejó para no oírlos, pero Pasha y Ouspenski echaron a andar tras él. Pasha aceptó con un suspiro de resignación la presencia del teniente y opinó:

—Creo que tendríamos que intentar una fuga. No tiene sentido seguir aquí.

Alexander soltó un bufido.

—No hay focos ni torres de vigilancia. No creo que se pueda hablar de «fuga» —dijo, señalando un agujero de cinco metros en la alambrada de separación—. Podemos decir simplemente que nos vamos.

Al principio, cuando aún esperaba la llegada de la Cruz Roja, Alexander no era partidario de fugarse. Pero más tarde, a medida que pasaban las semanas y veía deteriorarse progresivamente las condiciones del campo, decidió que no había más remedio que intentarlo. Entretanto, habían reparado la alambrada. Alexander y sus compañeros robaron unos cortaalambres en la caseta de herramientas abrieron un agujero y escaparon. Cuatro horas después los atraparon dos vigilantes que habían salido tras ellos en un Volkswagen Kübel.

De nuevo en el campo, el *Oberstleutnant* Kiplinger les dijo:

—¡Están locos! ¿Adónde pensaban ir? Por aquí no encontrarán más que sitios como éste. Por esta vez no tomaré represalias pero no vuelvan a repetirlo.

Ofreció un cigarrillo a Alexander y él encendió otro.

—¿Dónde está la Cruz Roja, director?

—¿Qué más le da? Como si vinieran expresamente por usted. No hay lotes de ayuda para los prisioneros soviéticos, capitán.

—Ya lo sé. Sólo quería saber dónde estaban, nada más.

—Un nuevo decreto prohíbe la inspección de los campos.

✶

Alexander procuraba ir limpio, se afeitaba escrupulosamente y se ofrecía a ayudar siempre que podía. Kiplinger, contraviniendo la Convención de Ginebra pero accediendo a los deseos de Alexander, le proporcionó un serrucho, un martillo y clavos y le encargó que construyera más barracones. Ouspenski quiso ayudarlo, pero hacía demasiado frío y humedad para trabajar al aire libre con un solo pulmón.

Pasha hacía tareas en la cocina y procuraba sisar comida para Alexander y para él, aunque a regañadientes la compartía también con Ouspenski.

Todo eso era a finales de noviembre de 1944. A partir de diciembre el campo se llenó hasta los topes. El frío era cada vez más intenso y Alexander no tenía tiempo de construir suficientes barracones. Entre el lado aliado y el soviético, el campo tenía capacidad para unas mil personas, pero en esos momentos había unas diez mil.

—¿No le parece raro que haya tantos soviéticos cuando tenemos prohibido rendirnos, teniente Ouspenski? —dijo Alexander—. ¿Cómo se lo explica?

—Obviamente, se trata de desertores como usted, capitán.

No había comida ni agua en cantidad suficiente para todos los prisioneros. No podían lavarse y la enfermedad se cebaba en sus cuerpos mugrientos. Los alemanes derribaron la alambrada y unificaron los dos lados del campo. Era obvio que no sabían qué hacer con los cinco mil prisioneros soviéticos. Además del contingente soviético, había rumanos, búlgaros, turcos y polacos. No se veían judíos por ningún lado.

—¿Dónde están los judíos? —preguntó en un rudimentario inglés un militar francés a un militar británico. Alexander, en ruso, les explicó que estaban todos en Majdanek. El francés y el británico no le entendieron, pero él no se atrevió a hablarles en inglés para no levantar las sospechas de Ouspenski.

—¿Cómo sabe que no hay judíos, capitán? —preguntó Ouspenski cuando volvían al barracón.

—¿No recuerda que al llegar nos metieron en las duchas para desparasitarnos? —preguntó Alexander.

—Sí. Era una medida de rutina. Teníamos que estar limpios antes del interrogatorio.

—Por supuesto, teniente. Y cuando usted estaba desnudo, como medida de rutina comprobaron que no era judío. De serlo, le aseguro que ahora mismo no estaría aquí.

✶

Comenzaron a circular rumores sobre las graves pérdidas sufridas por los estadounidenses en la foresta de Hürtgen, cerca de las Ardenas belgas. Decían que la lucha era encarnizada y que la capitulación quedaba aún lejos.

Todas las mañanas, Alexander se dedicaba a construir barracones o a vigilar a los demás prisioneros, y todas las tardes se ocupaba de reparar la alambrada que rodeaba el campo o las ventanas de las instalaciones, o a limpiar armas descargadas, cualquier cosa que le permitiera mantener las manos ocupadas. A cambio recibía un poco más de comida, aunque no la suficiente. Pasha le contó su experiencia en el campo de Minsk, donde los alemanes dejaron morir a los soviéticos porque no sabían qué hacer con ellos.

—Pero no pueden dejar morir a todos los prisioneros aliados, ¿verdad?

—Ah, ¿crees que no? ¿Qué vamos a hacer? ¿Exigirles responsabilidades en el infierno? Propongo que nos fuguemos otra vez. Te pasas la vida reparando la dichosa alambrada y siempre está estropeada.

—Sí, pero ahora han puesto a un vigilante.

—Podemos matarlo y escapar.

—Mañana los católicos celebran la Navidad. No querrás matar a un hombre en Navidad…

—¿Desde cuándo eres tan religioso? —preguntó Pasha.

—El capitán y Dios hace mucho que son amigos… —intervino Ouspenski, soltando una carcajada a la que se sumó Pasha.

Alexander prefería que se rieran de él en lugar de discutir como hacían siempre.

En Navidad les dieron más carbón para caldear los barracones y también algo de vodka. En el barracón de Alexander vivían veinte oficiales. Bebieron y jugaron a las cartas y al ajedrez, se emborracharon y cantaron alegres canciones soviéticas, como *Stenka Razin* o *Katiusha*, y a la mañana siguiente estaban todos fuera de combate.

Al día siguiente no les hizo falta matar al vigilante de la alambrada porque se había quedado dormido en su puesto. Volvieron a fugarse, pero era invierno y era muy difícil llegar a ningún sitio. Los únicos trenes que circulaban eran convoyes militares. Se subieron a uno pero en la siguiente parada los detuvo un policía que sospechó al verlos con uniformes que no eran de su talla. De nuevo en Katowice, supieron que el vigilante de la alambrada había muerto de una pleuritis antes de que pudieran ejecutarlo por negligencia. Se presentaron los tres ante el comandante Kiplinger.

—Capitán Belov, ya sabe que dirijo el campo con liberalidad y no controlo demasiado qué hacen los prisioneros. Si quiere trabajar, le doy trabajo. Si me pide comida y la hay, se la doy. Lo he dejado circular a sus anchas mientras no saliera de los límites del campo. Me parece que es un trato correcto, pero es obvio que usted no lo ve así, y los dos imbéciles que están bajo su mando lo obedecen como corderitos. Al parecer, se han hartado y han decidido marcharse. Ya le advertí la otra vez que si volvía a intentarlo, no podría seguir en este campo. No quiero que me dé más

problemas. ¿Sabe que podrían ejecutarme si pierdo a alguno de los prisioneros que están a mi cargo?

—¿Adónde nos envía?

—A un sitio donde no hay escapada posible —dijo Kiplinger con satisfacción—. Al castillo de Colditz.

# Capítulo 28

*Nueva York, enero de 1945*

El día de Año Nuevo, Tatiana subió al transbordador, dio un paseo con Anthony por el otro lado de la bahía y después fue en busca de Vikki, que quería ir a patinar a Central Park. Los tres cogieron un autobús y bajaron en la esquina de la calle Cincuenta y nueve con la Sexta Avenida. Tatiana dijo que tenía que hacer un recado y dejó a Vikki con el niño.

Tatiana se acercó a una cabina de teléfono situada junto al Hotel Plaza. Hurgó en el bolsillo en busca de dinero suelto. Estuvo un momento contando las monedas aunque ya sabía cuántas eran, y al final se decidió a marcar un número.

—Feliz Año Nuevo, Sam —dijo a través del auricular—. ¿Te llamo en mal momento?

—Feliz Año Nuevo, Tatiana. No, no es mal momento. Estaba terminando unos asuntos pendientes.

Tatiana contuvo el aliento y esperó.

—No tengo nada para ti —dijo Sam.

—¿Nada?

—No.

—¿No se han puesto en contacto contigo…?

—No.

—¿Ni siquiera para preguntarte por mí?

—No. Estarán pensando en otras cosas, como la mejor manera de repartirse Europa.

Tatiana exhaló un suspiro.

—Perdona que te haya incomodado con mi llamada.

—No te preocupes. Llámame otra vez dentro de un mes.

—Muy bien. Eres muy amable conmigo, gracias.

Tatiana colgó y apoyó la cabeza en la caja metálica del teléfono.

✶

Tatiana terminó venciendo sus reticencias y aceptó compartir casa con Vikki. Las dos jóvenes se trasladaron a su nuevo domicilio en enero de 1945. Tatiana había encontrado un piso de tres habitaciones y dos baños en la sexta planta de un edificio de la calle Church. Estaban muy cerca del Bowling Green y del Battery Park. Desde el salón se veía el puerto de Nueva York y la Estatua de la Libertad, y si salía a la escalera de incendios podía ver incluso la isla de Ellis.

El apartamento costaba quince dólares al mes. Al principio Vikki protestó porque estaba acostumbrada a gastarse el sueldo en ropa en lugar del alquiler, pero las dos

estaban muy contentas con su nueva casa. Tatiana lo estaba porque al fin tenía espacio para todos los libros que se estaba comprando y porque su hijo tenía una habitación para él solo y ella tenía una habitación para ella sola. Era una forma de hablar, porque normalmente colocaba unas mantas y unas almohadas en el suelo y dormía al lado de la cama de su hijo. Decía que ya se trasladaría a su propia habitación cuando dejara de dar el pecho. Anthony dejó de mamar a los dieciocho meses, pero Tatiana siguió durmiendo en el suelo de su cuarto.

✶

Pan. Harina, leche, mantequilla, sal, huevos, levadura. Una comida completa. Pan.

Vikki no entendía por qué tenían que preparar masa todas las noches a las once.

—Porque así no tengo que salir de casa por la mañana para ir a comprar pan —le explicó Tatiana.

Vikki ya no volvió a preguntárselo, pero todas las mañanas, antes de tomarse un cruasán o un bollo recién horneados junto con el café y el cigarrillo, le lanzaba un beso y le decía:

—«El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy».

—Amén —respondía Tatiana.

—¡Mamén! —repetía Anthony.

—¿Quién te enseñó a hacer un pan tan bueno, Tania?

—Mi hermana me enseñó a cocinar.

—Seguro que era muy buena cocinera.

—Era muy buena maestra. También me enseñó a atarme los zapatos, a leer la hora y a nadar.

—¿De qué murió?

—Pues… Dejó de recibir el pan nuestro de cada día, Vikki.

✶

«No hago lo bastante —pensó Tatiana, con la vista clavada en el techo—. En un día hay demasiados minutos y segundos por llenar. Como hoy: me he levantado a las seis, he despertado a Anthony… menos mal que viene Isabella a buscarlo. He estado en Ellis de ocho a cuatro y en la Cruz Roja hasta las seis, sacando sangre y preparando lotes para los prisioneros de guerra. He ido a buscar al niño a casa de Isabella, lo he llevado al parque, he comprado algo de comer, he hecho la cena he jugado con Anthony, lo he bañado y lo he metido en la cama, he escuchado la radio y he escuchado a Vikki, he preparado la masa para el pan. Y ahora es más de la una y Vikki y Anthony ya duermen y yo estoy aquí, mirando el techo, porque no hago lo bastante. Tengo que pasarme el día moviéndome, hasta que el cansancio no me deje tener pesadillas. Hasta que la vida norteamericana me deje tan exhausta que ya no

pueda seguir viendo su cara».

*Alexander le rodea la cintura con las manos; Tatiana tiene el pelo mojado y la cara mojada y sus dientes resplandecen como el agua del río. Él grita de alegría, cuenta hasta tres, la lanza al agua del Kama y se zambulle tras ella. Ella se escabulle y se aleja nadando. Él la persigue, la amenaza con infligirle todo tipo de torturas cuando la atrape y ella reduce la velocidad para que él pueda atraparla.*

Tatiana, con el corazón puesto en el este, preparaba pan, adquiría beicon de diferentes clases con la tarjeta de racionamiento y compraba cacerolas, sartenes y otros enseres de cocina, toallas y sábanas. Le encantaban las tiendas, las fruterías, las carnicerías, los supermercados y los establecimientos de comida preparada. Sin embargo, mientras su cuerpo físico seguía adelante con una fuerza inexorable, su espíritu languidecía, perpetuamente anclado en el pasado. Alexander había sido capaz de encontrar a la huérfana que lo esperaba en Lazarevo y hacerla una mujer. La había convertido en quien era.

Ella, en cambio, no había sido capaz de encontrarlo. Lo había intentado vagamente, inútilmente. No se había dicho: «No cejaré hasta encontrarte, Shura, pero antes tengo que buscar a alguien que cuide del niño…». Empezó a sentir odio por sí misma, un sentimiento nuevo para ella. Ni siquiera en los tiempos en que jugaba a la ruleta rusa emocional con Alexander y Dasha había sentido aquel acuciante desprecio por sí misma.

A pesar de la insistencia de Vikki, Tatiana no fue ningún sábado a bailar al Ricardo's, el club del Greenwich Village. Y tampoco se compró un vestido ni unos zapatos.

—Tienes que venir al Elks Rendezvous de Harlem —propuso Vikki—. ¡La música es estupenda y van muchos médicos!

—No hay peor ferocidad que la de una mujer que busca pareja —dijo Tatiana, parafraseando un libro que acababa de leer—. ¿Has leído *La sepultura sin sosiego*, de Cyril Connolly? Te lo recomiendo.

—Déjate de lecturas. ¿Vamos al Apolo a ver a Bette Davis y Leslie Howard en *Cautivos del deseo*?

—Otro día.

—¡Nada de otro día! Es viernes, vamos al Lady Be Beautiful. Les he hablado de ti y tienen muchas ganas de conocerte. Nos haremos la manicura y luego iremos a comer *dim sum*[10] a un chino de la calle Mott. Tienes que probar la comida china, es fantástica. Y luego nos iremos a bailar al Elks Rendezvous.

—¿A Harlem?

—Es el mejor sitio para el *jitterbug*[11].

—¿Ahora lo llamáis así?

—¿Has hecho una broma picante? —Vikki la miró con una sonrisa—. Anda, acompáñame.

—Otro rato, ¿de acuerdo?

✶

Una noche, cuando las dos leían en el sofá, Vikki dijo:

—Tania, ya sé qué problema tienes, aparte de pasarte el día preparando pan y devorando beicon.

—¿Qué problema tengo?

—Que eres demasiado seria. Necesitas más aplomo, andar por la vida como si el mundo fuera tuyo, decir palabrotas… un tratamiento de belleza en el Lady Be Beautiful… ¡¡pero sobre todo necesitas un hombre!!

—Muy bien —aceptó Tatiana—. ¿Y de dónde lo saco?

—No estoy hablando de amor —precisó Vikki.

—No, claro.

—Te estoy hablando de pasar un rato agradable, de vivir un poco de emoción. Estás muy tensa, te preocupas por todo. Siempre nerviosa, siempre trabajando, cuidando a tu hijo… Ellis, la Cruz Roja y Anthony, ¡es demasiado!

—No estoy siempre nerviosa —se defendió Tatiana.

—¡Estás en Estados Unidos, Tania! Ya sé que estamos en guerra, pero la guerra no se libra aquí. ¿No habías querido venir desde siempre?

—Sí —aceptó Tatiana.

Sólo que había querido ir acompañada.

—¿Y no vives mejor aquí que en la Unión Soviética?

*Cada uno en un bote, reman a toda velocidad a lo largo de un kilómetro, compitiendo por llegar antes al centro del Ilmen. Tatiana sonríe levemente y avanza con gestos metódicos y persistentes. Pasha está furioso porque no puede alcanzar a su hermana. Desde la orilla, Dasha y la prima Marina saltan jaleando a Tania, y detrás de ellas los adultos de la familia agitan las manos jaleando a Pasha. Es verano y el aire huele al agua del lago.*

Ellos ya no están en el Ilmen, ni en Luga, ni en Leningrado, ni en Lazarevo. A pesar de todo, siempre la acompañan.

Y él también. Él siempre la acompaña.

Tatiana parpadeó para alejar las imágenes de su vida pasada y bebió otro sorbo de té.

—¿Quién fue tu primer amor? —preguntó.

—Se llamaba Tommy y cantaba en una orquesta. ¡Dios, qué guapo era! Rubio y bajito…

—Pero tú eres alta…

—Ya lo sé. Lo achuchaba como si fuera un niño. Era perfecto. Tenía diecisiete años y mucho talento. Yo me escabullía por la escalera de incendios para oírlo cantar en el Sid's y en el Bowery. Me tenía fascinada.

—¿Y qué pasó? —preguntó Tania, mirando la taza.

—Nada, descubrí lo que hacían los músicos después de los conciertos.

—Pensaba que ibas a vigilarlo.

—Pero tenía que volver a casa, y él pasaba a verme después. Hasta que me enteré de que tenía a un montón de chicas haciendo cola en el camerino. Se liaba con ellas y a las cinco de la mañana subía a mi habitación por la escalera de incendios y se liaba conmigo.

—Vaya…

—Me pasé semanas llorando. Y luego conocí a Jude.

—¿Quién es Jude?

—Mi segundo amor.

Tatiana se echó a reír.

—Siempre hay un segundo amor, y un tercero, Tania… —dijo Vikki con dulzura, acariciándole el pelo—. Y si tienes suerte, un cuarto y un quinto.

—Eso suena bien —dijo Tatiana, sujetando la taza con fuerza y cerrando los ojos.

—La gente no lleva luto más de un año, que yo sepa. Y te aseguro que Jude era mejor que Tommy. Tenía la impresión de estar hecha para él. —Vikki hizo una pausa —. Era mejor persona, mejor en todo.

Tatiana asintió.

—Ya ni te acuerdas de lo agradable que es estar con un hombre, Tania.

—Ojalá lo olvidara…

Vikki la estrechó contra ella.

—Tania, Tania… Lo conseguiremos, te lo prometo. Conseguiremos que olvides.

✶

Érase una vez, las muchachas y los muchachos se conocían en las noches de luna llena, cuando había hogueras, bailes, vino y vestidos de tafetán, músicas y risas, cuando unos ojos se clavaban en otros ojos y la muchacha henchía el pecho y el muchacho caminaba hacia ella y ella alzaba los ojos hacia él y él bajaba los ojos hacia ella y…

Érase una vez, existía el primer amor.

Vikki había tenido un primer amor. Edward había tenido un primer amor. Isabella y Travis habían tenido un primer amor.

El primer amor, el primer beso, el primer todo.

Érase una vez, cuando eran tan jóvenes…

Y después crecieron.

Pasó el tiempo, se sucedieron los ciclos de la luna, la música se detuvo, la muchacha se quitó el vestido de tafetán, la hoguera se apagó, las risas se acallaron. Y en otro momento, con la certeza del amanecer, otro joven caminó hacia la joven vestida de tafetán y le sonrió, y ella alzó los ojos hacia él y él bajó los ojos hacia ella.

No era el primer amor.

No era el primer beso.

Pero era amor, a pesar de todo.

Y el beso era dulce.

Y el corazón palpitaba de nuevo.

Y la joven siguió adelante. Siguió adelante porque deseaba vivir y ser feliz. Deseaba amar de nuevo. No quería quedarse para siempre mirando el mar desde la ventana. No quería recordar. Quería olvidar al primer hombre. Y sobre todo, quería revivir aquella primera sensación.

Quería tomar aquella sensación y transferirla a otro hombre, y sonreír otra vez, porque su corazón estaba demasiado vivo para dejar de amar. Porque su corazón tenía que curarse y sentir. Y porque la vida era larga.

La muchacha siguió adelante y dejó de llorar, sonrió, se puso otro vestido y se acercó a otro hombre. Volvió a cantar y bromear, porque después de todo seguía en este mundo y seguía siendo la misma persona, una persona que necesitaba reír al ver las rosas, aunque sabía que jamás, por mucho tiempo que pasara, volvería a amar como había amado a los diecisiete años.

Para protegerse, Tatiana se colocó un escudo sobre el lado herido de su corazón y trató de seguir adelante sin dar pasos bruscos y parapetándose contra las miradas y las lágrimas de los demás. Su mayor cualidad se convirtió en su mayor lastre. Y con el tiempo se volvió una experta en ocultar su deformidad al mundo. Con el tiempo, aprendió a consolarse pensando que cada cual tenía su cruz y que ella tenía que cargar con la suya.

Tenía la gran suerte de tener a su bebé, a su niño, de sentirse querida, de estar viva. Y cuando era más joven, había tenido la gran fortuna de recibir más de lo que merecía.

Algún día se alejaría del sofá, del alféizar de la ventana y de la escalera de incendios, escondería la mochila negra y se quitaría las alianzas que llevaba al cuello. Un día, oiría música y no tendría la sensación de estar bailando un vals con él en el claro del bosque, bajo una luna muy roja, en su noche de bodas.

*¡Cómo bailamos la noche en que nos…!*

Algún día. De momento, sin embargo, cada vez que respiraba el futuro se teñía con los colores del pasado, y cada vez que parpadeaba el recuerdo de Alexander se clavaba más profundamente en sus entrañas, hasta el punto que todo lo que los había unido la cegaba y le impedía ver nada de lo que la estaba esperando.

Tatiana sólo pensaba en aquello que Alexander había amado y necesitado de ella misma, y en lo que ella le había entregado. ¿Bastaba con eso?

La memoria… esa cruel enemiga del consuelo.

No había olvido posible. Y lo peor era que el corazón de Tatiana se iba desangrando a medida que pasaba el tiempo. Era como si la boca de Alexander, sus manos, su cabeza, su corazón, todas aquellas cosas que parecían tan normales en Lazarevo, adquiriesen un significado fantasmagórico, una vida que no habían tenido hasta entonces.

¿Cómo se las arreglaban para dormir, pescar, limpiar la cabaña? ¿Cómo se las arreglaba Tatiana para acudir sin él al grupo de costura? Se odiaba a sí misma, se flagelaba por haber intentado llevar una vida normal con él en Lazarevo, sabiendo que el tiempo y ellos mismos eran tan fugaces como un copo de nieve. Y Alexander, ¿habría agachado la cabeza de haber sabido lo que podía perder a cambio de una hora de éxtasis, de unos minutos de felicidad?

Cómo le gustaba acariciarla… Tatiana se sentaba y separaba las piernas para que él pudiera tocarla cuando quisiera. Y él la tocaba en el momento más inesperado. Decía que eso era lo que necesitaba un soldado de permiso. Y no le bastaba con tocarla en el momento más inesperado. Alexander la acariciaba con los dedos mientras ella permanecía en silencio, y la acariciaba con la boca mientras ella permanecía en silencio, y ya no había más momento que el presente, no había ningún después, tan sólo la locura del presente.

«Te volveré loca —gritó su memoria cuando Tatiana se sentó a respirar la brisa salada de la eternidad en el alféizar de la ventana—. Andarás sonriente por la calle como una mujer normal, pero en tu interior te retorcerás como en la hoguera. No te liberaré, nunca serás libre».

# Capítulo 29

*Colditz, enero de 1945*

Quizá era verdad lo que se decía de Colditz: no había escapada posible. Y tampoco había trabajo. Los prisioneros no tenían nada que hacer aparte de jugar a las cartas y salir a estirar las piernas dos veces al día. A las siete de la mañana pasaban el recuento y todos los días a las diez de la noche se apagaban las luces. Entretanto, desayunaban, comían y cenaban y salían dos veces a dar un paseo por el patio.

Colditz era un imponente castillo construido en el siglo XV en el norte de Sajonia, en el centro del triángulo delimitado por las ciudades de Leipzig, Dresde y Chemnitz. Se alzaba en la cima de un monte escarpado, a la orilla del Mulde. Estaba rodeado por varios fosos en el lado sur, por paredes verticales al este y por peligrosos precipicios al norte y el oeste. Lo habían tallado en la propia roca de la montaña. Donde terminaba el monte, empezaba el castillo.

Colditz estaba dirigido por metódicos funcionarios alemanes que se tomaban su trabajo muy en serio y no se dejaban sobornar, según explicaron a Alexander los cinco soviéticos que iban a compartir con él la minúscula celda de paredes de piedra con cuatro literas.

En Colditz había una enfermería, una capilla, una sala de desparasitado, dos comedores, un cine y hasta un dentista. Y eso solamente para los prisioneros. Los guardianes vivían con todas las comodidades, como si Colditz fuera su residencia permanente. El director tenía una cuarta parte del castillo para él solo.

Los fugitivos más notorios de los demás campos de prisioneros de guerra iban a parar a Colditz, donde había un vigilante armado con una ametralladora cada quince metros, en la planta baja, en las pasarelas y en lo alto de las torretas, observando a los presos las veinticuatro horas del día. Los focos iluminaban el castillo durante la noche. Sólo había una forma de salir y de entrar: el puente levadizo que conducía al cuartel de la guarnición alemana y a las dependencias del director.

Seguramente había dos vigilantes por cada uno de los ciento cincuenta prisioneros; eso parecía, al menos. Alexander se pasó los treinta y un días del mes de enero observando cómo los centinelas salían a hacer la ronda por el amplio patio interior, pavimentado con unos adoquines grises que le hacían pensar en el cuartel Pavlov de Leningrado. ¿Qué habría sido del coronel Stepanov?

Durante treinta y un días, Alexander observó a los guardianes en el comedor, en las duchas, en el patio. Dos veces por semana durante una hora (sólo en caso de buen comportamiento), los prisioneros podían salir en grupitos de doce a la terraza exterior, en el lado oeste. La terraza estaba encajonada entre paredes de piedra, y más abajo, al otro lado de un parapeto, había un trozo de césped encajonado también entre paredes, pero los prisioneros no estaban autorizados a bajar al jardín. Alexander, que siempre se comportaba lo mejor posible, salía a la terraza a dar sus dos paseos

semanales y se dedicaba a observar a los soldados encargados de vigilarlo. Y también los observaba desde la ventana de la celda, a la hora del cambio de guardia. Su litera quedaba junto a la ventana, en el tercer piso del lado oeste, justo sobre la enfermería. Le gustaba que diera al oeste, le infundía esperanzas. Más abajo se extendía la alargada y estrecha terraza, y más abajo aún, el alargado y estrecho jardín.

Realmente, Colditz parecía inexpugnable.

Alexander no tenía ni idea de cómo se las había arreglado Tania para llegar hasta Finlandia, con Dimitri muerto y Sayers herido de gravedad. Lo único que sabía era que, de un modo u otro, Tania había terminado en Finlandia. Por eso, sabía que tenía que existir una forma de salir de Colditz. El único problema era que de momento no sabía cuál era.

Pasha y Ouspenski eran mucho menos optimistas. Cuando salían al patio, no se preocupaban por observar a los guardianes. Alexander no se atrevía a preguntar nada a los prisioneros británicos porque no quería que sus dos compañeros se dieran cuenta de que hablaba inglés a la perfección. No había norteamericanos a la vista, sólo británicos y franceses, un polaco y los cinco soviéticos con los que compartían la celda.

El polaco era el general Bor-Komarovski. Alexander habló con él un día en el comedor. Komarovski había encabezado la resistencia contra Hitler y los soviéticos en 1942, y cuando lo detuvieron lo mandaron directamente a Colditz. Bor-Komarovski, que hablaba ruso, le contó sus intentos de fuga y le dio unos mapas de la región, pero también le dijo que se olvidara de escapar. A los pocos que habían logrado salir del recinto, los habían atrapado a los pocos días.

—Lo cual demuestra —dijo— que algo que siempre he creído es especialmente cierto en un lugar como Colditz. Por bien que hayas planeado algo, es imposible salir de una situación difícil sin la ayuda del Señor.

«Tania logró salir de la Unión Soviética», quiso decir Alexander Pero eso sólo reforzaba el argumento de Bor-Komarovski.

Por la noche, tumbado en la litera, pensaba en los brazos de Tania y decidía que debía salir en su busca… ¿Dónde la encontraría suponiendo que aún lo estuviera esperando? ¿En Helsinki, Estocolmo, Londres, Estados Unidos…? ¿En qué parte de Estados Unidos: Boston, Nueva York…? ¿En algún lugar cálido? ¿San Francisco, Los Ángeles…? El doctor Matthew Sayers tenía intención de llevarla a Nueva York. Aunque Sayers había muerto, tal vez Tatiana había seguido con el plan previsto. Alexander decidió empezar por Nueva York.

Detestaba que su mente se perdiera en aquellos callejones sin salida, pero le gustaba imaginarse la cara que pondría Tatiana al verlo, su cuerpo tembloroso, el sabor de sus lágrimas, la forma en que correría hacia él.

¿Qué edad tendría ahora su hijo? Año y medio. Si era una niña, tal vez fuera rubia como su madre. Si era un niño, tal vez tuviera el pelo negro, como Alexander cuando no llevaba la cabeza rapada. ¿Qué sensación producía coger a un bebé en brazos y

alzarlo en el aire?

Alexander se dejó arrastrar por la dolorosa y frenética rememoración de Tatiana acariciándolo y de él acariciándola.

Cuando dejó de verla, Alexander sintió el agudo dolor de su ausencia durante los ventosos días de marzo, los lluviosos días de abril, los secos días de mayo y los calurosos días de junio. Junio fue el peor mes. El dolor era tan intenso, que Alexander pensó que no podría resistir ni un minuto más aquel anhelo, aquella necesidad.

Pasó un año, pasó otro año… Y poco a poco el dolor se fue apagando, aunque el anhelo y la necesidad no desaparecieron.

A veces Alexander se acordaba de Fe, la polaca de carnes blandas que se lo había ofrecido todo y a la que él había regalado unas chocolatinas. ¿Resistiría lo mismo si Fe anduviera cerca?

Era cierto que en Colditz no había huida posible. No era posible huir de los pensamientos, el miedo, el dolor, la certeza de que habían transcurrido varios meses e incluso varios años. ¿Cuánto tiempo podía esperar una esposa leal a su marido muerto? Aunque la esposa fuera su Tatiana, la estrella más resplandeciente del firmamento, ¿cuánto tiempo esperaría antes de seguir adelante?

Olvídalo.

Deja ya de pensar. No más pensamientos. No más deseo. No más amor.

No más nada.

¿Cuánto aguantaría Tatiana antes de dejarse el pelo suelto y encontrar otro rostro que la esperaría sonriente al salir del trabajo?

Alexander se volvió hacia la ventana. Tenía que salir de Colditz a toda costa.

✶

—Fíjense, camaradas —dijo Alexander a Pasha y a Ouspenski cuando salieron a estirar las piernas una helada tarde de febrero—. Quiero que vean una cosa.

Sin señalar, inclinó la cabeza hacia los dos vigilantes apostados a un lado y a otro de la terraza rectangular, de siete metros de ancho por veinte de largo.

Se acercó despreocupadamente al parapeto desde la otra punta de la terraza y se asomó al jardín mientras encendía un cigarrillo. Pasha y Ouspenski se asomaron también.

—¿Qué estamos mirando? —preguntó Pasha.

En el jardín de abajo, que tenía la misma forma que la terraza pero el doble de anchura, había un vigilante armado con una ametralladora en cada extremo, uno en una garita elevada y el otro en una pasarela.

—¿Y bien? —preguntó Ouspenski—. Hay cuatro guardianes vigilándolo todo día y noche. Y el jardín termina en una pared vertical. No hay nada que hacer.

Se dio la vuelta.

Alexander lo cogió del brazo.

—Espere, escuchen lo que les voy a decir.

—Oh, no —protestó Ouspenski.

—Déjalo, no lo necesitamos —dijo Pasha, tocando el brazo de Alexander—. ¡Váyase a tomar viento, Ouspenski!

Ouspenski no se movió.

—Durante el día hay dos guardianes en el jardín —dijo Alexander sin señalarlos—, y dos aquí arriba, en la terraza. Pero por la noche iluminan la terraza con los focos y no la vigila nadie. En cambio, en el jardín hay un tercer guardián que se encarga de controlar la alambrada que protege el precipicio de dieciséis metros… y que conduce al pie de la colina y a la libertad. —Alexander carraspeó y añadió—: A medianoche suceden dos cosas. La primera es el cambio de guardia. La segunda es que se apagan los focos que iluminan la terraza y el castillo. He estado observándolo todo desde la ventana de la celda, los guardianes dejan sus puestos y al cabo de un momento salen sus sustitutos.

—Ya sabemos cómo funciona un cambio de guardia, capitán —dijo Ouspenski—. ¿Qué propone?

Alexander se volvió hacia el castillo, fumando como si no pasara nada.

—Propongo que, en el momento en que cambie la guardia y se enciendan los focos, saltemos por la ventana con una cuerda, atravesemos corriendo la terraza, bajemos de un salto al jardín, corramos hacia la alambrada, la cortemos y usemos la cuerda para deslizarnos por el precipicio de dieciséis metros que nos separa del pie de la montaña.

Pasha y Ouspenski guardaron silencio.

—¿Cuánta cuerda necesitaremos? —preguntó al final Ouspenski.

—Noventa metros en total.

—Ah, ¿y cree que podemos pedirla en el comedor o al personal de limpieza?

—La haremos con sábanas.

—Noventa metros son muchas sábanas.

—Pasha se ha hecho amigo de Anna, la limpiadora. —Alexander sonrió—. Podrás conseguir más sábanas, ¿verdad?

—Espera, espera… —dijo Pasha—. ¿Tenemos que saltar desde la ventana hasta un suelo de cemento que está nueve metros más abajo?

—Sí.

—¡Es cemento, Alexander! —exclamó Pasha, golpeando el suelo con el pie.

—Y correr hasta el parapeto cargados con la cuerda.

—¿Y bajar trece metros más hasta llegar al jardín, correr otros catorce metros, cortar la alambrada y volver a usar la cuerda para descender los dieciséis metros que nos separan del pie de la montaña?

—Sí, pero la segunda vez podemos atar la cuerda sin que nos vean, porque los focos no iluminan esa parte de la pared.

—Claro, pero los vigilantes ya estarán en sus puestos.

—Cuando salgan, tendremos que estar al otro lado de la alambrada, escondidos entre los árboles.

—¡Ah! —exclamó Pasha—. ¿Y qué me dices de las sábanas blancas que colgarán de la ventana? ¿No crees que los guardianes se fijarán en una cuerda tan discretamente iluminada por los focos?

—Uno de nuestros compañeros de celda la sujetará mientras bajamos y la subirá otra vez. Constantine está dispuesto a ayudarnos.

—¿Por qué?

—Porque no tiene nada mejor que hacer. Porque tú le darás todos tus cigarrillos y le presentarás a Anna, la limpiadora. —Alexander sonrió—. Y porque si lo conseguimos, él podrá escaparse a la noche siguiente, con la alambrada ya cortada.

—Camarada Metanov —dijo Ouspenski—, como siempre, se ha olvidado de hacer una pregunta crucial al capitán. ¿Cuánto tiempo tendremos hasta que salgan los nuevos vigilantes y se enciendan los focos?

—Sesenta segundos.

Ouspenski abrió la boca y soltó una carcajada. Pasha también se echó a reír.

—Siempre tan ingenioso, capitán —dijo Ouspenski.

Alexander siguió fumando sin decir nada. Pasha comprendió que hablaba en serio y estuvo unos segundos con la boca abierta, sin terminar de sonreír.

—¿No lo has dicho en broma? —preguntó al final.

—En absoluto.

—El capitán es muy chistoso, camarada —dijo Ouspenski.

Alexander siguió fumando.

—¿Qué prefieren? ¿Pasarse dos años excavando un túnel? No tenemos dos años. Ni siquiera sé si tenemos seis meses. Los prisioneros británicos están convencidos de que la guerra terminara el próximo verano.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Ouspenski.

—Tengo nociones de inglés, teniente —respondió rápidamente Alexander—. A diferencia de usted, fui al instituto.

—Capitán, me encanta su sentido del humor. Pero ¿por qué tenemos que excavar un túnel o bajar por el precipicio colgados de una sábana? ¿Por qué no esperamos seis meses, a que acabe la guerra?

—¿Y después, Ouspenski?

—Después, después… —protestó el teniente—. No sé qué se puede hacer después, pero ¿qué quiere que hagamos ahora? ¿Tirarnos por un precipicio? ¿Para qué? ¿Adónde quiere que vayamos?

Pasha y Alexander lo miraron sin decir nada.

—Lo que me imaginaba —dijo Ouspenski—. Yo no voy.

—Teniente Ouspenski —dijo Pasha—. ¿Ha dicho que sí a algo en su puta vida? ¿Sabe qué pondrá en su tumba? «Nikolai Ouspenski: siempre dijo NO».

—Qué graciosos son los dos —protestó Ouspenski, dándose la vuelta para

marcharse—. El colmo de la hilaridad. Me duele la tripa de tanto reírme. ¡Ja, ja, ja!

Alexander y Pasha le dieron la espalda y contemplaron el jardín.

Pasha preguntó cómo harían para atravesar la alambrada.

—Tengo los cortaalambres que cogimos en el *Oflag* de Katowice —explicó Alexander con una sonrisa—. Y Komarovski me ha dado mapas. Tenemos que llegar a la frontera de Suiza.

—¿Cuántos kilómetros son?

—Muchos —admitió Alexander—. Unos doscientos.

«Menos que de Leningrado a Helsinki», quiso añadir. Menos que de Helsinki a Estocolmo. Y en todo caso, menos que de Estocolmo a Estados Unidos de América, el destino que habían planeado Tania y él.

Pasha no dijo nada.

—El riesgo de fracasar es alto.

—¿Qué propones tú, Pasha? Si piensas que hay otra posibilidad, cosa que yo no creo, ¿qué haces aún en Colditz?

—No he dicho que no te apoye ni que no vaya a acompañarte —dijo Pasha, encogiéndose de hombros—. Sólo he dicho…

—Sí, el riesgo es elevado —concedió Alexander, dándole una palmada en la espalda—. Pero la recompensa también es muy grande.

Pasha miró a la ventana de su celda en el tercer piso, miró la terraza en la que estaban, miró el jardín de abajo.

—¿Cómo vamos a hacer todo eso en sesenta segundos?

—Tendremos que darnos prisa.

✶

Estuvieron otras dos semanas perfeccionando el plan, hasta mediados de febrero. Consiguieron medicamentos y latas de comida y una brújula. Robaron sábanas en la lavandería y por la noche, a oscuras, las cortaron, las entrelazaron para formar una cuerda y las escondieron dentro de los colchones. Ouspenski siguió diciendo que él no los acompañaría, aunque todo el mundo sabía que sí lo haría. Lo peor fue conseguir ropa de civil. Pasha consiguió que Anna robara varias prendas en la lavandería de los oficiales alemanes. Hacía tiempo que les habían quitado las armas, pero Alexander se las había arreglado para conservar la mochila, donde escondía una navaja multiusos de titanio, varios cortaalambres, la estilográfica vacía y algo de dinero. En la víspera de la fuga, Anna robó unos documentos de identidad.

—No hablamos ni palabra de alemán —dijo Ouspenski—. No nos servirán de mucho los documentos.

—Yo sí lo hablo —dijo Pasha—, y dado que llevaremos ropa alemana, es mejor que tengamos documentos alemanes.

—¿Y qué le has prometido a la pobre ingenua para que ponga en peligro su

trabajo y su paga? —preguntó Ouspenski con una mueca burlona.

—Mi corazón. —Pasha sonrió—. Y mi devoción eterna.

—Ajá. Seguro que eso significa mucho para una chica como ella.

Se acercaba la hora prevista y todo estaba a punto.

Eran las once de la noche y Ouspenski roncaba. Había pedido que lo despertaran diez minutos antes de la partida. Alexander les había aconsejado descansar, aunque él no podía dormir desde la víspera.

Pasha y él se habían sentado en el suelo, junto a la ventana, y tiraron de la soga para comprobar que estaba bien sujeta a la litera, clavada en el cemento.

—¿Crees que Constantine podrá sujetarla? No me parece fuerte —susurró Pasha.

—Lo hará bien —dijo Alexander, y encendió un cigarrillo.

Pasha encendió otro.

—¿Crees que lo lograremos, Alexander?

—No lo sé. —Alexander hizo una pausa—. No sé qué nos reserva Dios.

—Otra vez hablando de Dios… ¿Estás preparado para todo?

Alexander lo pensó un momento antes de responder.

—Para lo que sea —dijo—, excepto para el fracaso.

—Alexander…

—¿Sí?

—¿Piensas en tu hijo alguna vez?

—¿Tú qué crees?

Pasha guardó silencio.

—¿Qué quieres saber? ¿Si creo que ella me recuerda todavía? ¿Si creo que me ha olvidado y ha iniciado una nueva vida sin mirar atrás? ¿Si ha dado por hecho que estoy muerto…? —Alexander se encogió de hombros—. Lo pienso todo el tiempo. Vivo pensando en ello. Pero ¿qué puedo hacer? Tengo que ir a buscarla.

Pasha no dijo nada.

Alexander escuchó su respiración palpitante.

—¿Y si ahora ella es feliz?

—Espero que lo sea.

—Quiero decir… —comenzó Pasha, pero Alexander no le permitió continuar.

—Calla.

—Tania es una mujer afortunada, capaz de sobreponerse a todo. Es una mujer franca y leal y que nunca se da por vencida, pero al mismo tiempo es capaz de sentir un placer infantil con las cosas más nimias. ¿Sabes que hay personas que parecen verse irremediablemente atraídas por la tristeza?

—Sí, hay personas así —dijo Alexander, inhalando la nicotina del cigarrillo.

—Pues no es el caso de Tania.

—Ya lo sé.

—¿Y si se ha vuelto a casar y es feliz con su nueva vida?

—Entonces me alegrará que sea feliz.

—Pero, si es así, ¿qué haremos?

—Nada. La felicitaremos, tú te quedarás con ella y yo me marcharé.

—No puedes permitirte arriesgar tu vida sólo para ir a felicitarla, Alexander.

—No.

«Soy un salmón, nací en agua dulce, vivo en agua salada y soy capaz de remontar 3200 kilómetros río arriba para depositar mis huevos en el arroyo y morir. No tengo elección».

—¿Y si te ha olvidado?

—No.

—Quizá no te haya olvidado, pero ¿y si ya no siente lo mismo? ¿Y si se ha enamorado de su nuevo marido? ¿Y si ha tenido más hijos, te mira y le entra miedo?

—Pasha, tienes el alma atormentada de los rusos… Cierra el pico, por favor.

—¿Sabes una cosa, Alexander? A los quince años me enamoré de una chica, pasamos un mes fantástico y cuando volví a Luga al año siguiente pensé que seguiría el romance. ¡Y ella ni siquiera se acordaba de mí! ¿No es patético?

—Bastante. —Los dos se echaron a reír—. Obviamente, algo harías mal para que te olvidara tan pronto.

—¡Bah! Cierra el pico tú, ahora.

Alexander estaba convencido de que Tatiana, fuera cual fuera su vida actual, no lo había olvidado. Todavía la oía llorar en sueños. De vez en cuando soñaba que ella estaba en algún lugar que no era Lazarevo y le hablaba con un rostro distinto, pero a la vez, a pesar de estar en otro lugar y de tener otra cara, Tatiana seguía insuflándole vida con su aliento, como siempre.

—Y a mí, ¿crees que se alegrará de verme? —preguntó Pasha.

—Se quedará pasmada.

—¿Y si no la encontramos, Alexander? —susurró Pasha.

—Por tu culpa me estoy volviendo adicto al tabaco —dijo Alexander, encendiendo otro cigarro—. No tengo respuestas para todo, Pasha. Tatiana sabe que la buscaré mientras pueda.

—¿Y qué vamos a hacer con Ouspenski? —quiso saber Pasha—. ¿No podríamos olvidarnos de despertarlo y dejarlo aquí?

—Me temo que se dará cuenta.

—¿Y qué?

—Y avisará a los vigilantes.

—Ah, claro. Ya veo dónde está el problema. Ouspenski es un poco retorcido, ¿no te parece?

—No le des importancia —dijo Alexander—. Es un rasgo típico del alma soviética…

—Más marcado en su caso —protestó Pasha.

Alexander se levantó y zarandeó a Ouspenski para despertarlo. Era casi medianoche y tenían que irse. Abrió la ventana. Era una noche tormentosa y apenas

se veía nada. Alexander pensó que los guardianes no tendrían muchas ganas de salir a hacer la ronda bajo la lluvia.

Alexander se metió los cortaalambres en las botas, y los tres se ataron sus pertenencias a la espalda, se enredaron la cuerda en las muñecas y esperaron la señal de Constantine. Los dos guardianes de la terraza ya se habían ido. En cuanto Constantine viera salir a los del jardín, saltarían los tres: primero Alexander, luego Pasha y luego Ouspenski.

Constantine les hizo una seña unos minutos después de media noche. Alexander se escurrió fuera de la ventana y se descolgó. La holgura de la cuerda era de cuatro metros. Se golpeó con fuerza (demasiada) contra la pared mojada por la lluvia y se deslizó hasta el suelo mientras desenrollaba lentamente el resto de la cuerda. Pasha y Ouspenski bajaron detrás de él, pero no tan deprisa. Alexander atravesó corriendo la terraza y saltó al otro lado del parapeto, dejando ir la cuerda poco a poco. La maldita cuerda era demasiado corta y se quedó bruscamente colgado a dos metros de la hierba, pero de todos modos se dejó caer, rodó sobre la hierba cubierta de escarcha, se incorporó de un salto y corrió hacia la alambrada con el cortaalambres fuera de la bota. Pasha corrió tras él, seguido de un Ouspenski jadeante. Segundos después, cuando alcanzaron a Alexander, la alambrada ya estaba cortada. Los tres atravesaron el hueco y se escondieron entre los árboles que crecían al borde del precipicio. En ese momento se encendieron los focos del castillo. Aquella noche los guardianes tardaron un poco más en salir al exterior por la lluvia y el viento. Alexander echó una ojeada a la pared iluminada por los focos para ver si Constantine había retirado la cuerda, pero era difícil saberlo con tanta lluvia. Los guardianes aún no habían salido y Alexander tuvo más tiempo del previsto para amarrar los quince metros de cuerda al tronco de un roble de trescientos años. Esta vez dejó que Ouspenski y Pasha bajaran antes que él. En el momento en que salieron los guardias, Alexander empezaba a seguir a sus compañeros, que ya estaban varios metros más abajo. Se descolgaron lentamente por la resbaladiza pared, suspendidos sobre el precipicio. La noche era muy oscura, lo cual tenía sus ventajas en este caso.

—Capitán —gritó Ouspenski—, ¿le había dicho que me dan miedo las alturas?

—No, y no es el momento de saberlo.

—¡Me ha parecido el momento perfecto!

—¡No se ve nada, no hay alturas que valgan! No se pare, siga bajando. ¡Y muévase más deprisa!

Alexander estaba calado hasta los huesos. Al parecer la lona de las gabardinas alemanas no era impermeable.

Un minuto después, soltaron la cuerda y llegaron al suelo de un salto. Alexander cortó la alambrada y los tres salieron del perímetro de Colditz.

Alexander habría preferido un tiempo más apacible. ¿Quién quería correr en plena noche con aquel vendaval?

—¿Están bien? —preguntó Alexander—. Ha salido perfecto.

—Estoy bien —contestó Ouspenski, con la respiración entrecortada.

—Yo también —dijo Pasha—. Pero me he rozado con algo al caer al suelo.

Alexander sacó la linterna. Pasha tenía los pantalones desgarrados a la altura del muslo, pero no se veía mucha sangre.

—Tiene que haber sido la alambrada. No es más que un rasguño. Vámonos.

✶

Corrían durante todo el día y toda la noche, y cuando no corrían se refugiaban en algún establo pero soñaban que seguían corriendo y al abrir los ojos estaban agotados. Alexander iba lento, Pasha iba aún más lento y Ouspenski apenas avanzaba. Corrían por los campos, por los bosques, por la orilla de los ríos… Pasó un día, pasó otro día, y no se habían alejado más que treinta kilómetros de Colditz. Tres hombres adultos, cinco pulmones sanos en total, treinta kilómetros. Ni siquiera habían pasado de Chemnitz, la población más próxima al castillo. No circulaban los trenes, y los tres fugitivos intentaban evitar en lo posible las carreteras. ¿Cómo se las arreglarían para llegar hasta el lago Constanza, en la frontera suiza, si seguían avanzando a aquel ritmo?

Al tercer día, Pasha empezó a ir todavía más lento y dejó de hablar. A la tercera noche, dejó de comer. Alexander le hirvió un pescado, pero Pasha le contestó que no tenía hambre. Ouspenski bromeó diciendo que si se lo daba a él no protestaría, y Alexander le pasó el plato sin dejar de mirar a Pasha con inquietud. Echó un vistazo al corte del muslo y lo encontró inflamado y cubierto de un líquido amarillento Alexander le echó yodo y polvos de sulfamida y le puso una venda. Pasha dijo que tenía frío. Alexander le tocó la frente y la notó ardiendo.

Hicieron un toldo con unas ramas y se acurrucaron los tres debajo para mantener el calor. En medio de la noche, Alexander se despertó sudando y se levantó de un salto, convencido de que se había prendido fuego. Pero no era un incendio: sólo era Pasha, ardiendo de fiebre.

—¿Qué te pasa? —susurró Alexander.

—No me encuentro bien —murmuró Pasha inaudiblemente.

Todo era silencio. No se oían voces ni ruidos. Alexander usó el agua que les quedaba para mojar un paño y ponérselo en la frente. Pasha pareció mejorar, pero el paño se secó con el calor de su frente. Alexander salió bajo la lluvia, a buscar más agua.

—Me encuentro mal —dijo Pasha inaudiblemente, moviendo la boca.

Por la mañana tenía los labios cortados y ensangrentados. Alexander le quitó la venda del muslo y vio que la herida estaba igual que el día anterior, aunque el líquido era más verde que amarillo. Le echó polvos de sulfamida, deslió más sulfamida en un vasito de agua de lluvia y se lo dio a Pasha, que lo vomitó. Alexander soltó una palabrota.

—Han sido demasiadas horas de frío y humedad, Alexander —murmuró Pasha.

La temperatura superaba en muy poco los cero grados y la lluvia empezaba a convertirse en aguanieve. Alexander arropó a Pasha con la gabardina, pero se la quitó porque seguía ardiendo.

Cuando dejó de llover, encendió fuego, puso a secar la ropa de Pasha, le dio un cigarrillo y le pasó la petaca de *whisky* para que tomara un traguito. Pasha bebió entre escalofríos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Ouspenski.

—¿Por qué habla siempre tanto? —dijo Alexander.

Decidieron ponerse en camino. Pasha intentó poner un pie delante del otro y mover los brazos para darse impulso, pero no podía contener el temblor de las rodillas.

—Descansaré un momento —articuló—. Estoy bien.

Intentó sentarse en el suelo, pero Alexander lo ayudó a incorporarse y se lo cargó de nuevo a la espalda.

—Capitán…

—Una palabra más, Ouspenski, y lo estrangulo con mis propias manos.

—Entendido.

Echaron a andar bajo la luz gris de la mañana. Al cabo de un rato Alexander depositó a Pasha en el suelo, le dio un vaso de agua de lluvia, se lo cargó otra vez a la espalda y siguió caminando. A media tarde volvió a dejarlo en el suelo, le dio un poco de *whisky*, le metió un trozo de pan en la boca y luego volvió a cargárselo a la espalda.

En algún punto de un camino de tierra en el sudeste de Sajonia, Alexander sintió que Pasha pesaba cada vez más. Lo achacó al cansancio. Como se acercaba el final del día, acamparon, encendieron fuego y se sentaron alrededor de la hoguera. Alexander agujereó la superficie helada de una charca, atrapó una perca y la puso a hervir. Echó polvos de sulfamida al caldo y se lo dio a beber a Pasha. Entre Ouspenski y él se comieron el pescado, cabeza incluida.

Ouspenski se echó a dormir. Después de fumarse un cigarrillo, Alexander se sentó junto a Pasha y le puso un trapo con hielo en la frente. Como vio que empezaba a coger frío, lo tapó con las dos gabardinas y con la chaqueta de Ouspenski.

Nadie era capaz de hablar, ni siquiera articulaban las palabras con los labios.

A la mañana siguiente, con los ojos inflamados por la fiebre, Pasha les dijo con un gesto que lo dejaran allí mismo. Pero Alexander meneó la cabeza, lo levantó del suelo y se lo cargó a la espalda. Era un día gris de febrero y las nubes flotaban a pocos metros de sus cabezas. Como Pasha era el único que sabía alemán, no podían pedir ayuda a nadie. Seguramente la policía de Sajonia ya estaba advertida de la fuga de tres hombres que, a pesar de ir vestidos con prendas de la región, no hablarían ni una palabra de alemán.

Tal como se encontraba Pasha, no podían llegar muy lejos. Se refugiaron en un

establo, se abrigaron con el heno y esperaron a que se recuperase. Alexander no soportaba estar sentado, sin hacer nada más que escuchar la respiración agitada de Pasha y verlo tiritar.

—Tenemos que irnos —declaró, poniéndose de pie—. No podemos quedarnos aquí parados.

—¿Puedo hablar un momento con usted? —preguntó Ouspenski.

—Ni lo sueñe —dijo Alexander.

—Sólo un momento, fuera.

—He dicho que no.

Ouspenski lanzó una mirada a Pasha, que tenía los ojos cerrados. Parecía inconsciente.

—Está cada vez peor, capitán.

—Muy bien, Ouspenski. Gracias por informarme. No hay más que hablar.

—¿Qué vamos a hacer?

—Continuaremos avanzando. Sólo tenemos que encontrar un convoy de la Cruz Roja.

—No los vimos ni en Colditz ni en Katowice. ¿Qué le hace pensar que estarán por aquí?

—No lo sé, tal vez podríamos ver a la Cruz Roja o a los estadounidenses…

—¿Es que ya han llegado hasta aquí?

—Ouspenski, me he pasado en la cárcel los últimos cuatro meses, igual que usted. ¿Cómo coño voy a saber hasta dónde han llegado los estadounidenses? Sólo creo que es posible que anden por aquí. ¿No oyó decir que se estaban acercando a Dresde?

—Capitán…

—No hay más que hablar, teniente. Vámonos.

—¿Adónde? Pasha necesita ayuda.

—Y se la daremos. Pero no vamos a encontrarla en un establo.

Volvió a cargarse a la espalda a Pasha, que no tenía fuerzas para aferrarse a él.

Alexander tenía que esforzarse enormemente para poner un pie delante del otro y apenas veía la carretera. A cada hora se detenía para dar algo de beber a Pasha, le ponía un trapo frío en la frente, lo arropaba con las dos gabardinas y echaba a andar otra vez.

Ouspenski caminaba a su lado.

—Capitán…

Era la voz de Ouspenski.

—¿Qué?

Alexander siguió avanzando sin mirarlo; no podía volver la cara, Ouspenski se plantó delante de él, obligándolo a detenerse.

—¿Qué pasa, teniente? —preguntó Alexander.

—Ha muerto, capitán —dijo Ouspenski, poniéndole una mano en el hombro—. Lo siento.

Alexander lo apartó con un gesto.

—Déjeme pasar.

—Está muerto, capitán. Déjelo ya.

—¡Ouspenski! —Alexander respiró hondo y bajó la voz—. No está muerto, está inconsciente. Le recuerdo que sólo quedan dos horas de luz. No las malgastemos parados en medio de la carretera.

—Está muerto, capitán —susurró Ouspenski—. Compruébelo usted mismo.

—No, no puede morirse —se empeñó Alexander—. Es imposible. Déjeme en paz. Venga conmigo o lárguese, pero déjeme en paz.

Siguió andando durante otra hora por la carretera de tierra con Pasha a la espalda, hasta que redujo el paso, se detuvo junto a un árbol solitario y dejó a Pasha en el suelo. A Pasha ya no le ardía la frente y ya no respiraba entrecortadamente. Estaba blanco y frío y tenía los ojos abiertos.

—No te mueras, Pasha… —susurró Alexander.

Le cerró los ojos con los dedos. Lo miró un momento y luego se agachó, lo arropó con la gabardina y lo estrechó entre sus brazos. Se sentó en el suelo y cerró los ojos.

Alexander se pasó toda la noche sentado al borde del camino, con la espalda contra el árbol, sin moverse, sin abrir los ojos y sin decir nada, abrazado al hermano de Tatiana.

Si Ouspenski habló en algún momento, él no lo oyó. Si se quedó dormido no se dio cuenta, como tampoco se daba cuenta de la frialdad del aire ni de la dureza del suelo ni de la aspereza del tronco del árbol contra su espalda.

Al amanecer, cuando una luz gris empezaba a cubrir los cielos de Sajonia, Alexander abrió los ojos. Ouspenski dormía a su lado, arropado en la gabardina. El cuerpo de Pasha estaba rígido y muy frío.

Tatiana, hambrienta y muy enferma, había cosido una mortaja para su hermana, había arrastrado un trineo por la superficie helada del Ladoga, había sepultado a Dasha en un agujero abierto en el hielo y había rezado una oración por ella. «Permite que mi hermana descanse en paz y dale su pan cotidiano en el cielo», oró Tatiana, arrodillada y sola.

Tatiana lo había conseguido.

«Yo también puedo conseguirlo».

Alexander soltó un momento el cuerpo de Pasha, se incorporó, se lavó la cara y se enjuagó la boca con el *whisky*, sacó la navaja de titanio y empezó a cavar un hoyo. Ouspenski se despertó y se puso a ayudarlo. Tardaron tres horas en abrir un agujero de un metro de profundidad. Era poco, pero tendrían que conformarse. Alexander puso la gabardina sobre la cara de Pasha para que no le cayera tierra encima. Armó una cruz con dos ramitas y un cordel y la colocó sobre el pecho del cadáver, y entre él y Ouspenski lo levantaron del suelo y lo dejaron caer en el agujero. Sin decir nada, Alexander echó un puñado de tierra sobre la minúscula tumba. Talló el nombre,

«Pasha Metanov», y la fecha, «25 de febrero de 1945», en un trozo de madera, lo unió a una rama más larga para formar una cruz y la clavó en el montículo de tierra.

Ouspenski y él aguardaron un momento de pie junto a la tumba sin moverse. Alexander inclinó la cabeza.

—El Señor es mi pastor, nada me faltará —murmuró para sí—. En lugares de delicados pastos me hará yacer, junto a aguas de reposo me pastoreará, aunque ande en valle de sombra de muerte…

No pudo seguir. Se dejó caer en el suelo, junto al árbol solitario, y encendió un cigarrillo.

Ouspenski preguntó si continuarían.

—No —respondió Alexander—. De momento, voy a quedarme aquí un poco más.

Pasaron varias horas.

Ouspenski volvió a preguntar si continuarían.

—No puedo dejar a Pasha solo, teniente —dijo Alexander, con una voz tan exhausta que no parecía la suya.

—¿Qué ha sido del viento del destino que soplaba a su favor, capitán? —exclamó Ouspenski.

—No me entendió, Nikolai —protestó Alexander, sin levantar la vista—. Dije que soplaba a mi lado, sin alcanzarme.

Al día siguiente, la policía alemana los recogió allí mismo, los hizo subir a un camión blindado y los llevó de vuelta a Colditz. A Alexander le dieron una buena paliza y lo encerraron en la celda de aislamiento durante tantos días que terminó perdiendo la noción del tiempo.

La muerte de Pasha había traído la muerte de la fe. Nada tenía sentido en un mundo donde Alexander había conocido a Pasha Metanov únicamente para perderlo, «Libérame, Tatiana. Perdóname, olvídame, ayúdame a olvidarte. ¿No puedo estar libre de ti ni un minuto tan sólo, libre de tu rostro, de tu libertad, de tu fuego, de tus sentimientos, libre, libre, libre…?».

El vuelo ritual entre un lado y otro del océano había terminado, y con él el consuelo de la imaginación. El estupor le congeló el corazón, y la desesperación introdujo sus tentáculos por los tendones, las arterias, los nervios y las venas de Alexander, hasta anestesiarlo y sofocarlo y dejarlo sin esperanzas y libre de Tatiana. Por fin.

Pero no del todo.

# Capítulo 30

*Nueva York, abril de 1945*

En abril, los norteamericanos y los rusos se desplegaron por Alemania, y en la primera semana de mayo los alemanes presentaron la rendición incondicional. La guerra europea había terminado. Los estadounidenses seguían sufriendo importantes bajas en Asia, aunque lograron echar a los japoneses de todas y cada una de las islas y las playas del Pacífico.

El 23 de junio llegó y pasó con discreción. Tatiana cumplió veintiún años. ¿Cuánto tiempo tenía que transcurrir antes de que la pena se mitigara? ¿Cuánto hasta que la implacable manecilla del tiempo, tic, tac, tic, tac, la sucesión de días y de noches, de meses y de años, terminara convirtiendo la mole de tristeza que oprimía la garganta de Tatiana en un pequeño guijarro sin aristas? Cada vez que recuerda el nombre de él o que mira a su hijo, el aire no le pasa por la garganta. Cada vez que llega Navidad, cada vez que es su cumpleaños o el de él, cada 13 de marzo, tiene dificultades para respirar durante un día más, un año más. El tiempo va pasando y la pena sigue alojada en su garganta, obstruyendo el hueco por el que deben pasar las demás cosas de su vida. Todas las demás cosas: la felicidad, el cariño por otras personas, las comodidades, las risas de su niño, la comida en el plato, la bebida en la mesa, las palmadas, las oraciones… todo tiene que pasar por su garganta.

✶

En el verano de 1945, Vikki aceptó subir al tren con Tatiana y Anthony para acompañarlos a Arizona. Tatiana se había tomado unas vacaciones para celebrar que le habían concedido la nacionalidad estadounidense. Por el camino, Tatiana explicó que harían una pequeña parada en Washington.

Esta vez no entró en el edificio del Departamento de Estado sino que esperó pacientemente en un banco sombreado de la calle C, mientras Vikki fumaba y Anthony jugaba en el césped.

—¿Ésta es tu idea de una pequeña parada? —preguntó Vikki al cabo de un rato—. Sólo tenemos dos semanas.

Tatiana observaba a los empleados que salían a comer. Vio que Sam Gulotta salía a la calle y pasaba junto al banco, pero no le dijo nada. Después de caminar otros diez metros, Sam redujo el paso y se paró. Se dio la vuelta, se quedó mirando a Tatiana y fue hacia ella.

—Hola —lo saludó Tatiana, alzando la vista—. No quiero molestarte.

Gulotta sonrió y se sentó a su lado.

—No es molestia. Me alegro de verte. No tengo noticias.

—¿Nada?

—No. El ambiente está revuelto en Europa. —Sam hizo una pausa—. Te dije que podría averiguar más cosas cuando todo se tranquilizase… pero me equivoqué: la situación no se ha calmado; al contrario, está todo peor que nunca. Francia, Gran Bretaña, los soviéticos, nosotros… todos estamos en Alemania, y lo que es peor, todos en Berlín. Un paso en falso y estallará la Tercera Guerra Mundial.

—Sí, ya sé —dijo Tatiana, incorporándose—. Gracias igualmente.

—¿Ya eres ciudadana estadounidense?

—Sí, desde hace poco.

—¿Quieres ir a comer algo? —propuso Gulotta—. Tengo una hora, podemos pedir un bocadillo.

—Gracias, quizá en otro momento. He venido con una amiga y con mi hijo. Pero te he traído una cosa que he hecho esta mañana. —Tatiana le dio una bolsita llena de *pirozhki*[12] de carne—. La otra vez me dijiste que te gustaban…

—Me encantan, gracias. —Sam cogió la bolsa—. A mí también me habría gustado poder comer contigo.

Tatiana lanzó una mirada a Vikki, que había dejado de jugar con Anthony en el césped y se había puesto en pie.

—Sam, te presento a mi amiga Vikki Sabatella —dijo.

Vikki y Sam se estrecharon la mano.

Tatiana y Sam se despidieron con un gesto.

—¡Caramba, Tania! —dijo Vikki, pellizcándole el brazo cuando Sam ya no las veía—. ¡No sabía que eras una libertina! ¿Hace tiempo que dura esta historia?

—No hay ninguna historia, Vikki —explicó seriamente Tatiana.

—Ah, ¿no? ¿Está casado?

—Lo estuvo, sí. —Tatiana se interrumpió, sin saber hasta qué punto podía contarle a Vikki la historia de Sam. Al final decidió explicárselo—: Su mujer falleció hace tres años, en un accidente de aviación; llevaba medicinas a los soldados norteamericanos destacados en Okinawa. Ahora él está solo con sus dos niños.

—¡Tatiana!

—No tengo tiempo de explicártelo, Vikki.

—Tienes dos semanas para contármelo. Pero te recuerdo que tenemos a trece millones de soldados fuera del país, y que en cuanto ganemos la guerra, vendrán todos al puerto de Nueva York.

—Ah ¿sí? ¿Porque no hay otra ciudad costera en Estados Unidos?

—Exacto. Y ahora dime por qué hemos tenido que venir hasta Washington para conocer a un hombre, cuando en nuestra preciosa ciudad no tardará en haber trece millones.

—No quiero hablar de eso contigo.

✶

Estuvieron cinco días en el Gran Cañón, y después Tatiana alquiló un coche y decidió bajar hasta Tucson. Era ella la que iba al volante; Vikki, como buena chica de ciudad, no sabía conducir.

—¡Vaya pueblucho polvoriento! —exclamó Vikki cuando atravesaban Phoenix.

Una tarde de mucho calor, extendieron una manta sobre el capó y se sentaron a ver la puesta de sol. Estaban en el desierto de Sonora, la tierra cubierta de saguaros que se extiende a lo largo de cientos de kilómetros en el sudeste de Arizona; Sonora es la cuna de 298 variedades de cactus y el territorio desértico más extenso de Norteamérica, mucho más grande que Arizona y Nuevo México. Al fondo veían las montañas de Maricopa. El intenso azul del cielo contrastaba con los tonos rojizos y amarillentos de la tierra. Aparte de la errática aparición de alguna liebre que se abalanza sobre un lagarto, todo era quietud.

Vikki y Tatiana estaban sentadas en el capó, con la espalda reclinada contra el parabrisas. Al este se alzaban los montes de la Superstición, y al oeste, los montes de Maricopa. Anthony jugaba en el suelo, preocupado por sólo dos cosas a sus dos añitos: ensuciarse todo lo posible y encontrar una serpiente, no necesariamente en este orden.

—Levántate, Anthony —lo riñó Vikki mientras se enjugaba el sudor de la frente —. ¿No sabes que las serpientes son capaces de tragarse a un niño enterito?

—No le digas eso, Vikki. Lo vas a asustar —dijo Tatiana.

—Enterito, Anthony —repitió Vikki.

—Pero yo grande y serpiente pequeña. —Anthony hablaba mucho para tener sólo dos años.

—No eres grande. Eres un niño.

—Vikki…

—¿Qué?

Tatiana no dijo nada, se limitó a mirar muy seria a su amiga.

—¿Por qué haces eso? Dices mi nombre y te callas, como si tuviera que adivinar qué quieres. ¿Vikki qué?

—Ya lo sabes.

—No, y no pienso callarme. ¿De verdad te preocupa?

—En realidad no —dijo Tatiana—. Anthony, si encuentras serpiente, avisa. Llevaremos serpiente a Nueva York y la cocinaremos.

—Así variaríamos de tanto beicon. Prepárala para tu cumpleaños —dijo Vikki, reclinándose para tomar un sorbo de agua—. Te regalaré un libro de pediatría, otro de cocina y otro sobre el uso de los artículos determinados e indeterminados… te hace buena falta.

—¿Sobre qué?

—Bromeaba, no hagas caso. Ahora en serio: ¿has comido cacahuetes Planters alguna vez?

—¿Qué?

—Cacahuetes Planters.

—No, no me gustan cacahuetes.

—¿Recuerdas qué frase había en el anuncio de Times Square que vimos el otro día?

—No sé. Creo que era: «Cacahuetes Planters: Una bolsita al día te da toda la energía».

—¡Eso! Muy bien. Pues si lo dijéramos a tu manera, sería: «Bolsita día te da toda energía». ¿Ves la diferencia?

—No —respondió Tatiana con expresión seria.

—¡Ay, Señor!

Tatiana desvió la mirada y sonrió. Sacó una botella de Coca-Cola de la mochila y se la pasó a Vikki.

—Beba Coca-Cola: Una pausa refrescante.

—¡Muy bien! —dijo Vikki, con una sonrisa resplandeciente.

Anthony no encontró serpientes pero la búsqueda lo dejó exhausto. Sucio de tierra, subió al coche y se acomodó en el regazo de su madre, apoyando la cabecita contra su pecho. Tatiana le dio un poco de agua.

—Es precioso, ¿no? —dijo.

—Tu hijo sí. El desierto es desolado, eso es lo que es —opinó Vikki, encogiéndose de hombros—. Está bien para cambiar un poco de aires, pero no podría vivir en un sitio donde no hay más que cactus.

—En primavera se llena de flores y tiene que ser aún más bonito.

—Ajá. Nueva York está precioso en primavera.

—A mí me encanta el desierto… —dijo Tatiana tras una pausa.

—No está mal. ¿Has visto la estepa alguna vez?

—Sí —dijo Tatiana—. La estepa es fría y gris, muy distinta de esto. Ahora mismo estamos a más de treinta y cinco grados, pero en Navidad estará a veinte. El sol estará alto y habrá mucha luz. En Navidad sólo necesitaré una camisa de manga larga.

*—¿Qué llevan en invierno en Arizona? —pregunta Dasha a Alexander.*

*—Una camisa de manga larga.*

*—Anda, no me cuentes cuentos. Ya no soy una niña como Tania.*

*—Tania, tú me crees, ¿verdad?*

*—Sí, Alexander.*

*—¿Te gustaría vivir en Arizona, la tierra de los escasos manantiales?*

*—Sí, Alexander.*

—¿Y qué? —insistió Vikki—. Ahora mismo hace un calor horrible. Nos vamos a freír si no pones en marcha el coche.

Tatiana se estremeció, tratando de alejar los recuerdos.

—Sólo decía que no es como la estepa. El desierto me gusta más.

—Pero Tania, ¡no hay nada! —exclamó Vikki, encogiéndose de hombros.

—Ya lo sé. Es fantástico, ¿no? No se ve a nadie.

—¿Y eso te parece fantástico?

—Sí, un poco…

—No me imagino a nadie animándose a comprar un terreno por aquí.

Tatiana carraspeó.

—Quizá tu amiga… —dijo.

—¿Qué amiga?

—Yo.

—¿Quieres vivir aquí? —Vikki hizo una pausa y se volvió hacia Tatiana—. ¿Quieres comprar un terreno? —preguntó, incrédula.

—¿Qué dirías si te digo que me he comprado un terreno con saguaros y artemisias junto al desierto de Sonora? —anunció serenamente Tatiana.

—Me parecería increíble.

Tatiana no dijo nada.

—¿Ya lo has comprado?

Tatiana asintió.

—¿Justo el sitio donde estamos ahora?

Tatiana volvió a asentir.

—¿Cuándo?

—El año pasado, cuando vine con Anthony.

—¡Sabía que tenía que haberte acompañado! ¿Por qué? ¿Y con qué lo compraste?

—Me gustó. —Tatiana contempló el terreno que se extendía hacia las montañas —. Es lo primero que poseo en toda mi vida. Lo compré con el dinero que traje de la Unión Soviética.

Con el dinero de Alexander.

—Pero por Dios, ¿por qué este terreno precisamente? —Vikki la miró—. Supongo que era barato…

—Lo era.

Había costado solamente cuatro vidas: la de Harold, la de Jane, la de Alexander. Y la de Tatiana. Tatiana estrechó a Anthony contra su pecho.

—Ajá… —dijo Vikki, mirándola—. ¿Tienes más sorpresas preparadas? ¿O ésta era la última?

—Ésta era la última.

Tatiana sonrió sin decir nada, pero volvió la mirada hacia los montes de Maricopa, hacia el crepúsculo, hacia los imponentes saguaros que crecían en el desierto, hacia los 4850 dólares que habían servido para adquirir noventa y siete acres de Estados Unidos de América.

# Capítulo 31

*Fuera de Colditz, abril de 1945*

Los estadounidenses conquistaron Colditz en abril, después de tres días de lucha, o al menos eso decían, porque Alexander había oído tiros pero en realidad apenas había visto soldados norteamericanos. Se acercó a un grupo que había en el patio a pedirles un cigarrillo, y mientras lo encendía se dirigió a uno de ellos en inglés y le explicó que se llamaba Alexander Barrington, que era compatriota suyo y que esperaba que lo ayudase en cuanto confirmara que lo que le decía era cierto.

—¡Sí, y yo soy el rey de Inglaterra! —dijo el soldado, echándose a reír.

Alexander fue a añadir algo pero en ese momento se acercó Ouspenski a pedir tabaco.

Alexander ya no tuvo más ocasión de explicárselo, porque a la mañana siguiente una delegación soviética compuesta por un general, dos coroneles, un funcionario del Ministerio de Exteriores y un centenar de soldados entró en Colditz y exigió a los siete prisioneros rusos que se sumaran «a sus hermanos en la marcha victoriosa a través de la Alemania derrotada».

Los hicieron subir a un tren. A Alexander le extrañó que hubieran reservado un tren entero para siete personas, pero resultó que ya estaba lleno de gente. Además de militares, había miles de hombres que habían sido condenados a trabajos forzados en Polonia. Uno de ellos, un operador de hormigonera, explicó que lo habían detenido en Baviera, donde vivía con su mujer y sus tres hijos. Otros relataron historias similares.

—Yo también tenía familia. Una madre, dos hermanas y tres sobrinas que quedaron huérfanas tras la muerte de mi hermano.

Alexander preguntó dónde estaban sus familiares.

—Se quedaron donde estaban —dijo el hombre.

—¿Y por qué no se los llevó con usted? —preguntó Ouspenski, que iba esposado a Alexander.

El operador de hormigonera no dijo nada.

El tren siguió avanzando lentamente a través de Alemania. No había señales y era imposible saber por dónde iban. Al parecer habían recorrido varios cientos de kilómetros. En cierto momento Alexander vio un letrero que decía «Gotinga, 9». ¿Dónde quedaba Gotinga?

Detuvieron el tren y los hicieron bajar. Después de andar durante dos horas, llegaron a lo que parecía un campo de prisioneros abandonado. Los milicianos del NKGB (Alexander ya se había dado cuenta de que no podían ser del Ejército Rojo, porque éstos iban atados) ocuparon el lugar y lo definieron como un «campo de tránsito».

—¿De tránsito hacia dónde? —preguntó Ouspenski.

Nadie le respondió.

Más tarde lo calificaron de «campo de selección e identificación».

Allí estuvieron las dos últimas semanas de abril de 1945, rodeados de alambradas, viendo cómo instalaban focos y torretas de vigilancia en todo el perímetro. Más tarde oyeron rumores de que la guerra había terminado y Hitler había muerto. El día después de la rendición alemana, minaron las tierras que se extendían al otro lado de la valla electrificada. Alexander y Ouspenski lo supieron porque vieron al menos a media docena de soviéticos (entre ellos el operador de hormigonera) enfrentándose a las minas y perdiendo la batalla.

—¿Qué saben que nosotros no sepamos? —preguntó Ouspenski con suspicacia, mientras observaban cómo echaban los cuerpos de los fugitivos a la fosa común.

—Y no sólo eso —añadió Alexander—. ¿Qué les impulsa a correr por un campo minado en lugar de quedarse esperando tranquilamente en un campo de tránsito?

—No quieren volver a su país —dijo otro soldado.

—Claro, pero ¿por qué? —dijo Ouspenski.

Alexander encendió un cigarrillo y no dijo nada.

No entendía que el campo se rigiera por la disciplina militar cuando estaba lleno de civiles. Había toque de diana, de silencio y de queda, inspección de los barracones y una distribución clara de tareas. Todo era extraño y desconcertante.

✶

Unos días después, Iván Skotonov, el representante del Ministerio de Exteriores venido directamente de Moscú, se dirigió a los internos, que escucharon el discurso formados en varias filas. Era un desapacible día del mes de mayo. El viento apenas les dejaba oír la voz de Skotonov, que se dirigió a ellos luciendo su traje de funcionario y su pelo grasiento. Al final cogió un altavoz.

—¡Ciudadanos! ¡Camaradas! —comenzó—. ¡Orgullosos hijos de la Madre Rusia! Nos habéis ayudado a derrotar al mayor enemigo que ha conocido nunca nuestra gran nación. ¡Vuestro país está orgulloso de vosotros! ¡Vuestro país os ama! ¡Vuestro país os necesita para reconstruir y levantar de nuevo la tierra que nuestro jefe y maestro, el camarada Stalin, ha recuperado para vosotros! Vuestro país os reclama. ¡Cuando volváis a casa, seréis recibidos como héroes!

Alexander se acordó del operador de hormigonera que había dejado a su mujer y a sus hijos en Baviera y se había lanzado a cruzar un campo de minas para volver con ellos.

—¿Y si no queremos volver? —gritó alguien.

—¡Sí! —exclamó otro—. Mi vida está en Innsbruck, ¿por qué tengo que dejarla atrás?

—Porque tú no eres de Innsbruck sino un ciudadano soviético… —contestó amistosamente Skotonov—. ¡Debes volver a tu tierra!

—Yo soy de Polonia, de Cracovia —explicó el hombre—. ¿Por qué tengo que ir a Rusia?

—Esa zona de Polonia ha sido objeto de disputa durante siglos y ahora se ha decretado que pertenece a nuestra Madre Patria.

Aquella noche, veinticuatro prisioneros intentaron fugarse. Uno llegó a recorrer medio campo minado antes de que lo detuviera la bala de un centinela.

—Está herido, no muerto —aseguró Skotonov a los nerviosos internos a la mañana siguiente.

Pero no volvieron a verlo.

Al parecer, en el campo había tres tipos de personas: refugiados que habían tenido que dejar las zonas ocupadas por los alemanes en Polonia, Rumanía, Checoslovaquia o Ucrania; hombres condenados a trabajos forzados, que no habían tenido más remedio que participar en la maquinaria bélica alemana, y soldados del Ejército Rojo, como Alexander y Ouspenski.

A finales de mayo separaron a los tres grupos y los alojaron en diferentes zonas del campo. Poco a poco dejaron de verse a los refugiados, y más tarde a los condenados a trabajos forzados.

—Siempre desaparecen de noche, ¿os habéis fijado? —dijo Alexander—. Nos despertamos por la mañana y ya no están. Ojalá pudiera aguantar despierto hasta las tres de la madrugada. Tengo la impresión de que vería muchas cosas.

En el patio donde daban su paseo diario, entabló conversación con uno de los condenados a trabajos forzados.

—¿Se ha enterado? —dijo el preso—. Cinco de los que habían sido mis compañeros en los últimos cuatro años desaparecieron anoche. ¿Lo oyó? Los hicieron salir y allí mismo, en la zona común, les leyeron la sentencia.

—¿Por qué los habían sentenciado? —preguntó Ouspenski.

—Dijeron que trabajar para el enemigo era una traición a la Patria.

—Tendrían que haber alegado que si lo habían hecho era porque fueron condenados a trabajos forzados.

—Lo intentaron, pero les dijeron que si no querían colaborar con los alemanes tendrían que haber intentado fugarse.

—Eso deberíamos hacer —dijo Ouspenski—. ¿No, capitán?

Un polaco que los estaba escuchando soltó una carcajada.

—No sirve de nada fugarse —aseguró—. ¿Adónde irían?

Alexander y Ouspenski se volvieron a mirarlo. Se había formado un corrillo a su alrededor.

—Encantado, me llamo Lech Markiewicz —se presentó el polaco, tendiéndoles la mano—. No es posible fugarse, ciudadanos. ¿Saben quién me entregó a los soviéticos en Cherburgo?

Lo miraron, esperando su respuesta.

—Los ingleses —concluyó el polaco, y añadió—: ¿Y saben quién entregó a mi

compañero Vasia en Bruselas? Los franceses.

Vasia asintió.

—¿Y saben quién entregó a Stepan en Ravensburgo, a sólo diez kilómetros del lago Constanza, y por lo tanto de Suiza? Los estadounidenses. Como ven, los Aliados se están deshaciendo de millones de compatriotas nuestros y entregándolos alegremente a los soviéticos. En otro campo de tránsito en el que he estado, el de Lübec, al norte de Hamburgo, había refugiados de Dinamarca y Noruega. No eran militares ni condenados a trabajos forzados: eran refugiados, civiles que se habían quedado sin hogar por culpa de la guerra y trataban de instalarse en Copenhague. Todos fueron entregados a los soviéticos. El momento de las fugas ya pasó. Ahora no hay ningún sitio adonde ir. Antes toda Europa estaba en manos de Hitler, y ahora, media Europa está en manos de la Unión Soviética. El polaco soltó otra carcajada y se alejó caminando, del brazo de Vasia y de Stepan.

Esa noche, Lech Markiewicz, electricista de profesión, cortó la valla electrificada y echó a correr. A la mañana siguiente no estaba en el campo. Nadie sabía qué había sido de él.

✶

Todas las noches llegaban convoyes y se llevaban a varios centenares de prisioneros. Durante el día, el campo funcionaba como una estación de paso. Les daban poca comida, sólo los dejaban bañarse una vez a la semana y los rapaban y desparasitaban regularmente. Poco a poco fueron desapareciendo unos rusos y llegando otros nuevos. Una noche de finales de julio despertaron a todo el barracón donde se alojaban Alexander y Ouspenski. Les dijeron que empacaran sus cosas y los llevaron al fondo del campo, donde los estaban esperando tres camiones. Los hicieron colocarse de dos en dos y los ataron los unos a los otros. Alexander quedó encadenado a Ouspenski. Los camiones partieron en plena noche, llevándolos hacia un lugar desconocido. Alexander pensó que sería una estación de tren, y no se equivocaba.

# Capítulo 32

*Nueva York, agosto de 1945*

Una tarde de sábado, Tatiana, Vikki y Anthony decidieron ir al Lower East Side y dar un paseo por el mercadillo que se instalaba bajo el tren elevado de la Segunda Avenida. Al igual que los demás transeúntes, Tatiana y Vikki hablaban de la rendición de los japoneses, que se había producido la semana anterior, después de la destrucción atómica de Nagasaki. Vikki opinaba que la segunda bomba era innecesaria, pero Tatiana observó que la de Hiroshima no había bastado para forzar la rendición japonesa.

—No les dimos tiempo. ¿Qué son tres días? Deberíamos haber esperado un poco más, hasta que consiguieran superar su orgullo imperial —observó Vikki—. ¿Por qué crees que seguían matándonos en los últimos tres meses, sabiendo que tenían la guerra perdida?

—No lo sé. ¿Por qué lo hicieron los alemanes? Sabían que no iban a ganar ya desde el 43.

—Pero Hitler era un loco.

—¿Y qué era Hirohito?

De pronto, Tatiana se encontró rodeada (acorralada, en realidad) por una familia que parecía compuesta por sesenta personas como mínimo. Aunque en realidad eran sólo seis: un matrimonio y sus cuatro hijas adolescentes. La cogieron de la mano, la cogieron del brazo y terminaron abalanzándose todos sobre ella para abrazarla.

—Tania… ¿Estás ahí? —preguntó Vikki.

La madre acarició la melena dorada de Tatiana, murmurando palabras en ucraniano. El padre se enjugó las lágrimas y le dio un helado y una piruleta a Anthony, regalos que el niño acepto con una sonrisa y se apresuró a tirar al suelo al cabo de un momento.

—¿Quiénes son estas personas? —preguntó Vikki.

—Mami conoce mucha gente —dijo Anthony, tirando de la blusa de Tatiana.

—Es verdad —murmuró Vikki, muy seria—. Sólo que no conoce hombres.

—Helado, mami. «Quero» helado.

La familia se dirigía a Tatiana en ucraniano y ella les contestaba en ruso. Al final se despidieron besándole la mano y se alejaron. Y Tatiana, Vikki y Anthony se alejaron también, siguiendo con su paseo.

—Tatiana…

—¿Qué?

—No empieces. ¿No me vas a explicar la escena que acabamos de ver?

—Anthony no quiere explicaciones, ¿verdad que no, tesoro?

—No, mami. «Quero» helado.

Tatiana compró otro helado y otra piruleta para su hijo, lanzó una mirada a Vikki

y se encogió de hombros.

—¿Qué pasa? Los eslavos somos muy expresivos.

—Pero en este caso exageraban. Se arrodillaban a tus pies, como si quisieran cubrírtelos de oro. A juzgar por sus gestos, parecía que estaban a punto de sacrificar a su primogénito en tu altar.

Tatiana se echó a reír.

—No tiene importancia. Llegaron hace unos meses al puerto de Nueva York. Cuando Ucrania fue ocupada por los alemanes, la mujer y las hijas se refugiaron en Turquía. El padre estuvo dos años en un campo de prisioneros de guerra, hasta que pudo escapar. Luego estuvo más de un año buscándolas en Ankara, y en 1944 las encontró. Llegaron al puerto de Nueva York el mes pasado, en julio, sin documentación pero en buen estado de salud. El problema era que en ese momento llegaban demasiados refugiados. Al padre le permitían quedarse porque podía trabajar de albañil o de pintor de paredes, pero su mujer no sabía coser ni tricotar ni hablaba inglés. En Turquía había estado tres años mendigado para dar de comer a las niñas. —Tatiana meneó la cabeza consternada—. Pensé que si aprendían inglés les sería más fácil. ¿Qué podía hacer? Iban a enviarlos a todos de vuelta.

Se inclinó hacia su hijo para colocarle bien la gorra de béisbol y limpiarle el helado de vainilla de la barbilla.

—Imagínate su reacción cuando les digo que el marido puede quedarse pero los demás deben irse. «¿Adónde? ¿A Ucrania otra vez?», me preguntaron. «Huimos de allí. Nos meterán directamente en un campo de concentración y ya nunca saldremos. Con cinco mujeres, ¿sabes qué será de nosotros en un campo?». ¿Qué podía hacer, Vikki? Busqué trabajo de limpiadora a la madre, en casa de un tendero. Las hijas comenzaron a cuidar a los tres hijos del tendero. Se quedaron en Ellis hasta que hablé con un agente de inmigración que les concedió un visado temporal. —Tatiana se encogió de hombros—. Estos días, Ellis es una locura. Quieren expulsar a todo el mundo. Hoy han devuelto a uno a Lituania, y no le pasaba nada, sólo tenía una pequeña infección en el oído derecho. Lo metieron en el centro de detención y al día siguiente lo expulsaron, sin más. ¡Por una oreja infectada! —Las mejillas de Tatiana estaban rojas—. Al pobre lo vi sentado en la sala, llorando a mares. Me dijo que su mujer llevaba dos años esperándolo en Estados Unidos. Eran sastres. Le miré la oreja…

—Espera, espera… ¿hablaste con un agente de inmigración? —preguntó Vikki—. ¿Te refieres al malvado Vittorio Vassman?

—Sí, ése. Es un buen hombre.

Vikki se echó a reír.

—¡No ha querido darle una plaza de aparcamiento a su propia madre! ¿Y conseguiste que les concediera un visado temporal? ¿Qué has tenido que hacer?

—Preparé *pirozhki* para su madre y *blinchiki*[13] para él y me dijo que yo hacía bien mi trabajo.

—¿Tuviste que acostarte con él?

Tatiana suspiró.

—Eres incorregible.

✶

—Edward, ¿sabes qué está haciendo Tania en Ellis?

—¡Ah, lo sé todo!

Estaban comiendo en la cafetería, llena de médicos y enfermeras porque Ellis volvía a ser el principal punto de entrada de refugiados en el país. Entre las enfermeras no estaba Brenda, que para sorpresa de todos se había marchado en junio de 1945, cuando su marido había vuelto del Pacífico. Nadie sabía que Brenda tenía marido.

Vikki explicó la escena del Lower East Side.

Edward asintió y miró a Tatiana con cariño. En realidad, su expresión obligó a Tatiana a desviar la mirada y a Vikki a contemplarlo con ojos sorprendidos.

—Toda la isla está enterada de qué hace Tatiana, Vik —dijo Edward—. ¿Por qué crees que no la dejan subir a los barcos? Cuando es ella la que examina a los pasajeros, entran todos. Los refugiados se enteran de su existencia durante la travesía y todos quieren ponerse en la cola que inspeccione Tatiana.

—Eso lo entiendo. Lo que no entiendo es cómo ha convencido a Vassman para que les dé visados.

—Tatiana lo hipnotiza todas las mañanas. Y si no funciona, le echa algo en el café.

—¿Me estás diciendo que ve a Vassman por la mañana?

—Bueno, dejadlo ya —protestó Tatiana.

—El sábado pasado —continuó Edward— vinieron tres mujeres a preguntar por ella. Habían tomado el transbordador sólo para venir a verla a Ellis.

—¿Igual que tu mujer hacía contigo? —preguntó Tatiana en tono inocente.

—No, nada que ver —respondió Edward—. Mi inminente exesposa no venía a ponerse a mis pies como las señoras que vinieron a verte a Ellis.

—No exageres —dijo Tatiana—. Me trajeron unas manzanas.

—Manzanas, una blusa, cuatro libros… —Edward sonrió—. Como no estabas, les dije que podía darles tu dirección…

—¡Edward! —protestaron al unísono Vikki y Tatiana.

Edward se echó a reír.

—Os llegaron las manzanas, ¿no?

—No —dijo Tatiana.

✶

Cuando pararon a comprar el *Tribune*, el quiosquero se quedó mirándolas y

preguntó:

—¿Es usted Tatiana, la enfermera?

—¿Quién lo pregunta? —quiso saber Tatiana, repentinamente alerta.

—La llaman «el ángel de Ellis» —explicó el quiosquero, sonriendo—. No me debe nada por el periódico. Tengo cien clientes nuevos gracias a usted…

—Empiezo a entenderlo —dijo Vikki cuando se alejaban—. Dios mío… ¡No lo haces por ellos!

—¿El qué?

—Lo haces por ti. «¿Quién lo pregunta?», le has dicho al quiosquero, como si estuvieras esperando a la persona que preguntó por Tatiana.

—Te equivocas. ¿Cómo puedes equivocarte tantas veces en un solo día?

—¿A quién estás esperando?

—Es un hábito de los viejos tiempos —dijo Tatiana—. Cuando alguien pregunta por ti, es mala señal.

—Tonterías. ¿A quién estás esperando?

—A nadie.

—¿De dónde sacas el tiempo? Tienes un crío y dos trabajos, y yo vivo contigo. ¿De dónde sacas tiempo para tu vida secreta?

—¿Qué vida secreta? No es nada. Una vez pregunté al conserje de nuestro edificio sí necesitaban a otro portero. ¿Tan complicado es eso?

—No lo sé. Yo no pregunto esas cosas. ¿Por qué tú sí?

—Porque no me cuesta nada —contestó Tatiana—. Y ahora Diego, el rumano, puede ganarse la vida.

—¡Eres un caso! —dijo Vikki, abriendo la puerta y pasándole un brazo por los hombros—. ¿Es el legado que quieres dejar a Estados Unidos?

—No es un legado —dijo Tatiana, entrando en la casa—. Es mi forma de dar las gracias.

Vikki no solía estar en casa al anochecer. Salía a bailar o al cine, la invitaban a una cena, hacía amigos en los bares… Muchas de las veces en que volvía tarde había bebido y tenía ganas de charlar, y Tatiana, que solía estar despierta, se quedaba un rato con ella. Una noche, sin embargo, Tatiana ya dormía. Eso no disuadió a Vikki, que se quitó el vestido y se metió en la cama junto a su amiga, se tapó la cara con las manos y suspiró teatralmente.

—¿Sí? —dijo Tatiana.

—¿No duermes?

—Ya no.

Vikki se apartó las manos de la cara. Tenía la expresión algo aturdida por el alcohol.

—No he encontrado taxi, Tania. He venido desde el Astor Place con los tacones. ¡Cómo me duelen los pies!

Tatiana la oyó sollozar. El sentimentalismo italiano de Vikki se exacerbaba

cuando bebía. Tatiana extendió una mano y le acarició el pelo.

—¿Qué te pasa, Gelsomina?

—¿Qué busco, Tania? El tío con el que salí anoche es un imbécil. Lo conocí la semana pasada.

—Ya te dije que no te convenía.

—Al principio era muy simpático.

—¿Quieres decir la semana pasada?

—Sí. Pero hoy se ha puesto violento. A la salida del Ricardo's ha empezado a abrazarme muy fuerte. Menos mal que ha pasado un taxi. Insistía en acompañarme a casa y no aceptaba un no por respuesta.

—¿Y por qué iba a hacerlo? Le dijiste que sí cuando lo acababas de conocer.

—Ay, Tatiana. Quiero un chico simpático, que me quiera. ¿Qué hay de malo en eso?

*Si Dasha salía todos los viernes y sábados después del trabajo y si se había liado con su jefe, un dentista casado, ¿era porque quería conocer a un hombre simpático y que la quisiera? Más adelante, en el bar de Sadko, conoció a un joven muy alto y muy simpático, oficial del Ejército Rojo. («Ya verás cuando lo conozcas, Tania. ¡Nunca has visto a nadie tan guapo!»).*

—Nada.

—Ojalá volviera Harry. Era un encanto…

Harry era un borrachín. Pero Tatiana no dijo nada.

—O Jude, o Mark, o mi primer marido… Cuando estábamos en guerra, iba mejor. Ahora vuelven y quieren estar con nosotras, pero no saben cómo tratarnos. Quieren que seamos como sus compañeros de batalla.

—¿Y nosotras sabemos cómo tratarlos a ellos?

—Quiero volver a enamorarme —dijo Vikki, llorando—. ¿Sabes qué me da miedo? Volverme una persona desarraigada, como mi madre. No quiero ser como ella. Dicen que terminamos siendo como nuestras madres, ¿tú crees que es cierto? —Antes de que Tatiana tuviera tiempo de responder, Vikki continuó—: Mi madre me abandonó, se fue al extranjero, viajó mucho, supongo que amó, y ha terminado en Montecito, imagínate. Ni siquiera sé dónde está Montecito, pero allá es donde está mi madre, en un manicomio.

—Lo siento por ella.

—¿Sabes qué pienso? —susurró Vikki entre sollozos—. A veces pienso que me gustaría volver a verla. ¿No es ridículo?

—No —dijo Tatiana—. A mí también me gustaría volver a ver a mi madre.

—¿Era una buena madre?

—No lo sé. Era mi madre, eso es todo.

—¿Tuviste una buena hermana?

—Tuve una excelente hermana —susurró Tatiana—. Me cuidaba cuando era pequeña y me protegía de los chicos peligrosos. Me gustaría volver a verla a ella, y a mi hermano…

Tatiana cerró los ojos.

*Pasha y Tania colgados de una cuerda, balanceándose sobre el Luga, uno, dos y tres, se sueltan y se zambullen en el agua, nadan hasta la orilla, dan otro salto y vuelven a zambullirse en el agua.*

—¿Y no te gustaría enamorarte? Yo quiero amor, y una casita de dos habitaciones en Long Island, y un coche y dos niños. Quiero lo que tienen mis abuelos. Durante cuarenta y tres años se han tenido el uno al otro.

—Vikki, tú no quieres eso. Los niños no son para ti. Eres un alma errante…

Vikki le dirigió una mirada de soslayo en la penumbra. Se le había corrido la máscara de pestañas.

—Podría vivir así.

Tatiana le enredó los dedos en el pelo y negó con la cabeza.

—¿Qué sabes tú de nada? Nunca sales de este piso.

—¿Adónde quieres que vaya? Estoy en casa.

—Ah, ¿sí? —preguntó Vikki, extendiendo la mano para acariciarle el pelo—. ¿Tú también eres un alma errante?

—Ojalá.

Vikki se acercó y la abrazó; Tatiana cerró los ojos y se acurrucó contra su amiga, como solía hacer en una vida anterior, cuando vivía en la calle del Quinto Soviet y se acurrucaba contra su hermana Dasha.

—Tania —dijo Vikki—, ¿cómo es que no te has enamorado de nadie en todo este tiempo?

Tatiana no contestó.

—¿Has estado con algún hombre además de tu marido?

Tatiana se apartó. Pensar en esas cosas por la noche, acostada junto a otra persona, era algo que quedaba más allá de sus fuerzas y de sus límites.

—No —respondió en voz baja—. Me enamoré a los dieciséis años y nunca he vuelto a enamorarme. No he estado con ninguna otra persona.

—Ay, Tania. Mi abuela dijo un día: «Esta chica aún no ha superado lo de su Travis», y tenía razón.

Tatiana no dijo nada. Vikki volvió a abrazarla.

—Pero tienes a su hijo. ¿No es un consuelo?

—Cuando no pienso en su padre, sí.

—¿Y no quieres enamorarte otra vez? ¿No quieres la dicha del matrimonio? Por Dios, Tatiana… —Vikki suspiró—. ¡Tienes tanto que dar! —Abrazó a Tatiana con más fuerza—. A Edward ya le han concedido el divorcio. ¿Por qué no sales a cenar

con él? ¿Por qué sólo os veis a la hora del almuerzo?

—Edward se merece algo mejor que yo.

—No creo que él opine lo mismo.

Tatiana rio y le acarició el brazo.

—Ya llegaré a ese punto —susurró—. Tú misma me dijiste que lo conseguiría.

Estuvieron varias horas a oscuras, sin dormir. Vikki se tranquilizó y bebió un poco de agua. Volvió a tumbarse en la cama y se puso a fumar, tapada con la colcha.

—Por favor, dime que saldrás a cenar con él. ¿Qué tiene de malo una cena?

—¿Por qué te preocupas por eso?

Vikki se echó a reír.

—Me preocupo —dijo, insistiendo en la palabra— porque sé lo que él quiere, y porque creo que haríais muy buena pareja.

—¿Pareja? Olvídalo. Estábamos hablando de una cena.

—Sí, de una cena en pareja.

—Una pareja son muchas cenas, y hasta una casa en Long Island.

—¿Y qué tendría eso de malo?

—Tengo que dormir. Tú haz lo que quieras.

No podía hablarle a Vikki de sus pensamientos terribles, y tampoco de sus pensamientos hermosos. No podría hablarle del cielo ni de la pena.

Era un consuelo dormir al lado de otro ser humano, no estar sola. Era un consuelo sentir un cuerpo que respiraba, un corazón que palpitaba, el roce del pelo oscuro de otra persona sobre tus hombros, sentir, sentir.

*Lo único que tiene que decir Vova es: «No te preocupes, Alexander. Cuidaremos a Tania cuando tú no estés».*

*Están en la casa. Ella, sentada frente a él, lo mira con perplejidad.*

*Los oscuros celos que Alexander siente por cualquier muchacho de Lazarevo se vuelven cada vez más intensos. Cuanto más se acerca la partida, peor. Esa noche llegan al punto culminante.*

*—Quiero preguntarte una cosa —anuncia Alexander con una voz llena de sarcasmo.*

*—Shura, cariño…*

*—Quiero preguntarte una cosa, no me interrumpas —repite él elevando el tono. Da pasos como un animal enjaulado delante de Tatiana—. Lo único que quiero saber es esto: ¿vas a esperar mucho antes de dejar que Vova te cuide? Ah, y a lo mejor también dejas que te cuide el tal Vlasik, que seguramente querrá tocar otra cosa además de la guitarra. Pregúntale si vendría aquí a darte una serenata. ¿O quieres que se lo pregunte yo directamente?*

*Tatiana lo mira desconcertada, sin contestar. No está enfadada. ¿Cómo podría enfadarse si sabe que Alexander la adora y lo único que desearía es poder amarla menos?*

*—¡Contéstame, demonios! —grita él, acercándose con un paso amenazante.*

*Tatiana permanece sentada, con las manos crispadas contra el pecho.*

*—Te ruego que…*

*—Ruega lo que quieras… —contesta él con voz cruel—. ¿Quieres que hable directamente con Vlasik? ¿O prefieres esperar a echarme de menos para usar con él las palabras que yo te enseñé?*

*Alexander, con la mirada flameante, la agarra del brazo y la obliga a levantarse.*

*—¡Déjame! —protesta Tatiana, que forcejea intentando soltarse.*

*Quiere apartarse, pero se encuentra entre la mesa de costura y la pared del horno y no puede avanzar. Da un paso al frente y trata de refugiarse en la parte de la cabaña donde no hay muebles, pero Alexander se interpone con su cuerpo y la acorrala en el rincón.*

*—No hemos terminado, Tania —dice.*

*—¡Shura!*

*—¡No me levantes la voz!*

*—¡Para, Shura! —dice Tatiana en voz alta. Intenta escabullirse de nuevo pero él la empuja con las dos manos contra la pared—. ¡He dicho que pares! Estás armando un escándalo por nada.*

*—Para ti no será nada.*

*—¿Te has vuelto loco? —dice Tatiana, acercándose a él—. Déjame pasar.*

*—Oblígame.*

*—¡Para, Shura, por favor! —exclama Tatiana, estremecida.*

*Los esfuerzos por no llorar hacen que el labio inferior empiece a temblarle. Él da un cabezazo contra la pared y la deja pasar.*

*—¿Qué te pasa, Alexander? ¿Crees que si te comportas así me importará menos tu partida? ¿Piensas que me alegraré de verte marchar? ¿Que puede haber algo capaz de ayudarme a soportar la vida cuando tú no estés?*

*—Eso pareces pensar —contesta Alexander, alejándose unos pasos.*

*Tatiana lo mira, y sus ojos se vuelven repentinamente más claros.*

*—Ah, ya lo entiendo. No tiene que ver conmigo sino contigo. —Tatiana ahoga un gemido—. Crees que si me imaginas liándome con cualquier imbécil del pueblo, se apagará lo que sientes por mí. Piensas: «Si Tania me traiciona, me resultará más fácil morir, abandonarla…».*

*—¡Calla!*

*—¡No! —grita Tatiana—. Eso es lo que quieres, ¿no? Si te imaginas lo peor, dejo de ser tu esposa y me convierto en una lagarta sin sentimientos. Y tú quedas libre porque yo soy una lagarta que se ha buscado a un gallito para que ocupe tu lugar.*

*Tatiana aprieta los puños con rabia.*

*—Te he dicho que calles.*

*—¡No! —chilla Tatiana, y se encarama de un salto a la base de la chimenea elevada, para sentirse un poco más alta y más valiente—. Lo que quieres, lo que*

*necesitas, es imaginar algo imposible para librarte de mí. —Las lágrimas le surcan el rostro—. Pues bien, me importa una mierda que lo necesites, porque no pienso dártelo —asegura enfurecida—. Tendrás lo que quieras de mí, pero no voy a comportarme como una puta para que tú te sientas mejor cuándo me dejes.*

*—Te he dicho que calles, ¿me has oído?*

*—Y si no, ¿qué? —dice Tatiana—. Tendrás que obligarme porque no pienso callarme.*

*—¡No, claro que no! —grita Alexander, dando una patada que envía la tetera al otro lado de la habitación.*

*—¡Exacto! —contesta Tatiana—. No te lo voy a dar. ¿Quieres que nos peleemos? Porque esto merece una pelea.*

*—Tú no sabes qué es una pelea —dice Alexander, apretando los dientes.*

*La obliga a bajar de la chimenea, le desgarra el vestido, la tumba sobre el suelo de madera, le arranca las bragas, le abre las piernas y empieza a descender sobre ella.*

*Tatiana cierra los ojos.*

*Él la trata con brusquedad. Al principio ella no quiere abrazarlo, pero le resulta imposible no abrazar el cuerpo angustiado de Alexander.*

*—No puedes tomarme ni dejarme, soldado… —consigue decir entre gemidos.*

*—Sí que puedo tomarte —susurra Alexander.*

*De pronto emite un gemido de impotencia, se aparta y sale de la cabaña, dejando a Tatiana hecha un ovillo en el suelo, tosiendo y jadeando.*

*Alexander está fumando en el banco y le tiemblan las manos. Tatiana sale envuelta en una sábana blanca y se planta frente a él.*

*—Mañana es nuestro último día en Lazarevo —dice con voz temblorosa, articulando apenas las palabras. No es capaz de mirarlo y Alexander no es capaz de mirarla—. No lo pasemos así, por favor.*

*—Tienes razón.*

*Tatiana deja caer la sábana al suelo y se arrodilla a los pies de Alexander.*

*—Cuidado —dice él en voz baja, mirando el cigarrillo encendido.*

*—Ya es tarde —contesta Tatiana—. ¿Qué me importa el cigarrillo cuando se acerca nuestra destrucción?*

*Durante largo rato, acostados el uno junto al otro en la habitación en penumbra, Alexander la abraza contra su pecho, sin hablar, sin moverse, casi sin respirar, sin terminar lo que había empezado antes.*

*Finalmente, habla.*

*—No puedo llevarte conmigo —dice—. Sería demasiado peligroso para ti. No puedo arriesgarme…*

*—Chisss… —Tatiana le besa el pecho—. Ya lo sé. Soy tuya, Shura. Tal vez esta noche querrías que todo fuera diferente, pero no puedes negar el hecho de que soy tuya, como siempre, y de nadie más. Y es algo que nada puede cambiar. Ni tu rabia,*

*ni tus puños, ni tu cuerpo, ni tu muerte.*

*Alexander emite un sonido gutural.*

*—Amor mío… —Tatiana empieza a llorar—. Somos huérfanos los dos, Alexander. Sólo nos tenemos el uno al otro. Has perdido a todos tus seres queridos, pero a mí no me perderás. Te juro por nuestra alianza de matrimonio, por la virginidad que rompiste y por el corazón que estás rompiendo ahora, por tu vida… te juro que seré tu fiel esposa para toda la eternidad.*

*—Tania —susurra Alexander—. Prométeme que no me olvidarás cuando muera.*

*—No vas a morir, soldado —responde Tatiana—. Sigue viviendo, sigue respirando, aférrate a la vida, no te dejes ir. Prométeme que vivirás por mí, y yo te prometo que cuando termines, te estaré esperando. —Ha empezado a sollozar—. Donde quiera que termines, Alexander, me encontrarás a mí esperándote.*

La vida se manifestaba en las cosas más pequeñas. En el marinero que aguardaba junto a la pasarela cuando Tatiana subía al transbordador por la mañana, le sonreía y le decía buenos días, le ofrecía una taza de café y un cigarrillo y pasaba la media hora de travesía sentado a su lado en el puente. En Benjamín, el jugador de la segunda base, que cuando intentaba agarrar una pelota perdida chocaba con Tatiana, caía sobre ella y tardaba un momento en levantarse. Suficiente para que Edward, que jugaba de receptor, se acercara y dijera: «Comportaos, esto es un partido de béisbol y no el Ricardo's». En Vikki, que le pintaba los labios antes de que se fuera a trabajar y la despedía con un beso en la mejilla, y en Tatiana, que se quitaba el carmín tan pronto como salía de la casa.

Se manifestaba en la única mañana en la que Tatiana no se quitó el carmín de los labios.

En la única noche de viernes en la que aceptó ir al Ricardo's.

La vida se manifestaba en el elegante agente de bolsa que tomó asiento cerca de Vikki y Tatiana en la cafetería de la esquina entre la calle Church y Wall Street y que se echó a reír al oír su conversación.

En el padre de familia al que Tatiana había ayudado a entrar en el país y que más tarde fue a verla a Ellis para ofrecerle como marido a su hijo mayor, que era albañil y tenía un buen sueldo. Fue acompañado de su hijo, que tenía dieciocho años y era alto, fuerte y sonriente y que miró a Tatiana con la dulce expresión de quien lleva largo tiempo enamorado. Los dos fueron a tomar algo a la cafetería y Tatiana le dijo que se sentía halagada pero que no, no podía casarse con él.

La vida se manifestaba en el almuerzo que Tatiana compartía dos veces por semana con Edward.

Se manifestaba en los obreros que trabajaban en las calles del centro y en los empleados de la Con Edison y en el sonriente propietario del puesto de perritos calientes al que Tatiana compraba un perrito caliente y una Coca-Cola.

Tatiana se pasaba el día entero en los barcos, examinando a los refugiados que

llegaban al puerto de Nueva York de la posguerra y acompañándolos al transbordador que los dejaría en Ellis o recibiéndolos en la propia isla. Por la tarde trabaja en el hospital de la Universidad de Nueva York y se fijaba en todos los rostros masculinos. Si él entraba en el país, pasaría por uno de esos dos lugares: Ellis o la Universidad de Nueva York. Sin embargo, la guerra había terminado cuatro meses atrás. Hasta el momento habían regresado tan sólo un millón de soldados, y 300 000 habían pasado por Nueva York. ¿A cuántos podía preguntar Tatiana si habían estado destinados en Europa y si habían conocido a algún oficial soviético en los campos de prisioneros, en especial a alguno que hablara inglés…? Tatiana se acercaba a todos los barcos que llegaban al puerto de Nueva York y escrutaba los miles de rostros de los fugitivos europeos. ¿Cuántas veces oyó hablar a los soldados norteamericanos de los horrores que habían visto en la Alemania nazi? ¿Cuántas historias le contaron sobre los sufrimientos de los prisioneros soviéticos en los campos alemanes? ¿Cuántos recuentos de bajas tuvo que escuchar? ¿Cuántas veces oyó nombrar los cientos de miles, los millones de muertos? El plasma o la penicilina no podían hacer nada por los soldados soviéticos, que morían de hambre en los campos alemanes. ¿Cuántas veces tendría que escuchar la misma historia una y otra vez?

Y por las noches iba a buscar a Anthony a casa de Isabella, cenaba allí y hablaba con Vikki de libros y de películas y de moda. Y después se iban a su casa y acostaban a Anthony. Y después se sentaban en el sofá y leían o seguían charlando. Y al día siguiente todo empezaba de nuevo.

Y después empezaba otra semana.

Y otra.

Y otra.

Todos los meses, Tatiana y Anthony iban a hacer una visita a Esther y a Rosa. No tenían noticias.

Todos los meses llamaba a Sam Gulotta, que tampoco tenía noticias.

✶

En Nueva York se edificaba a un ritmo muy superior al del resto del país. En Europa se llevaban a cabo intensas labores de reconstrucción. Las personas que llegaban a Ellis dejaron de ser refugiadas y volvieron a ser consideradas inmigrantes. El hospital de la Universidad de Nueva York ya no acogía a veteranos de guerra, a no ser que estuvieran convalecientes. Todas las semanas Tatiana iba a ver si había alguna carta en su apartado de correos, pero nadie le escribía. Contra todo lo que dictaba el sentido común, seguía esperándolo. Y los sábados por la noche salía a bailar, y los viernes por la noche iba al cine, y seguía preparando la cena, jugando al béisbol en Central Park y leyendo libros en inglés, y salía a pasear con Vikki y se ocupaba de Anthony, y entretanto clavaba la mirada en todas las espaldas y en todos los rostros masculinos con los que se cruzaba por la calle, esperando descubrir la espalda o el

rostro de Alexander. Si él hubiera podido ir hacia ella, habría ido; pero no había sido así. Si hubiera encontrado el modo de escapar, se habría escapado; y no había sido así. Si estuviera vivo, Tatiana habría tenido noticias de él. Y no había tenido ninguna noticia.

*—Esto es sólo el principio de tu vida, Tatiana —dice Alexander—. Después de trescientos millones de años, seguirás aquí.*

*—Sí —susurra Tatiana—. Pero no contigo.*

# Capítulo 33

*La tierra natal, 1945*

Se detuvieron una, dos y hasta quince veces a lo largo del trayecto, sin que nadie les informara de adónde se dirigían. Cambiaron dos veces de tren, siempre en medio de la noche. Al oír el sonido de los grilletes contra el metal de las vías y del estribo, Alexander tuvo la impresión de estar alucinando. No pensaba más que en volver a tumbarse en la litera y cerrar los ojos.

Mientras el tren se dirigía hacia el este, hacia la tierra natal de los soldados que volvían encadenados de la guerra, Alexander y Ouspenski compartían una escudilla de gachas que salpicaban a cada sacudida del vagón.

El tren siguió avanzando a través de los valles y forestas que se extendían al otro lado del Elba.

Alexander se cubrió la cara con el brazo y vio el Kama cubierto de hielo. Frente a él, al otro lado de la noche, estaba el rostro pecoso y sonriente de Tatiana.

El tren atravesó a toda velocidad las montañas, alejándose de los bosques de abetos, los troncos cubiertos de musgo y las cuevas del tesoro.

Pasaron días y días, noches y noches, todo un ciclo lunar, y aún no habían llegado a su destino.

Les daban gachas para desayunar y gachas para cenar.

Por la noche, en el vagón hacía mucho frío. Fuera se extendía la vasta meseta del norte de Alemania.

Alexander se quedó dormido.

Soñó con ella.

*Tatiana se despierta gritando y se sienta en la cama, agitando los brazos. A su espalda, Alexander se incorpora también, aturdido de sueño.*

*—Tania. —La llama, agarrándola por la muñeca.*

*Con una fuerza inaudita, en un gesto furioso y asustado, Tatiana lo empuja y, sin volverse, le asesta un puñetazo en plena cara. Alexander no tiene tiempo de reaccionar, y la nariz le empieza a sangrar como si se hubiera roto una compuerta. Ahora sí que está despierto. Sujeta con firmeza los brazos de Tatiana y grita con su voz más poderosa:*

*—¡Tania!*

*La sangre que sigue manando de su nariz le resbala por la boca, la barbilla y el pecho. Aún no es de día, y el resplandor azulado de la luna deja entrever apenas la silueta de Tatiana jadeando frente a él y las gotas oscuras que caen sobre la sábana blanca.*

*Tania se tranquiliza, respira hondo y se echa a temblar. Alexander cree que ya puede soltarla.*

*—¡Si supieras qué soñaba, Shura…! —exclama Tatiana. Se vuelve y al verlo añade con voz llorosa—: ¡Dios mío! ¿Qué te ha pasado?*

*Alexander se sienta en el borde de la cama y se lleva la mano a la nariz.*

*Tatiana salta por encima de él, corre en busca de una toalla, vuelve a subirse a la cama y se sienta apoyada contra la pared.*

*—¡Corre, ven! —le dice, extendiendo la mano hacia él.*

*Reclina la cabeza de Alexander en su regazo y le coloca la toalla sobre la nariz.*

*—«Dedo» agradezco —balbucea él—, pero no puedo «guespirar».*

*Alexander se incorpora, escupe sangre y vuelve a reclinar la cabeza en el regazo de Tatiana, manteniendo la toalla un poco apartada de la boca.*

*—Lo siento, cariño —susurra Tania—. No quería… ¡Es que no te puedes imaginar qué estaba soñando!*

*—«Gue» me habías pillado con «odra mujed» —dice Alexander.*

*—Peor —contesta Tatiana—. Estabas vivo pero no te movías, tumbado frente a mí, y ellos me obligaban a comer pedazos de tu cuerpo…*

*—¿Quiénes?*

*—No les veía la cara. Me sujetaban los brazos a la espalda, y uno te iba cortando pedazos de carne de un costado y me los metía en la boca.*

*—¿Me estabas comiendo vivo? —pregunta Alexander sorprendido, alzando los ojos hacia ella.*

*Tatiana traga saliva, y Alexander enarca las cejas.*

*—Aquí… —Tatiana le toca el torso, justo debajo de las costillas— te faltaba un trozo de carne.*

*—¿Y cómo sabes que estaba vivo?*

*—Parpadeabas suplicándome que te ayudara… ¡Ay, Señor! —exclama Tatiana, cerrando los ojos.*

*—¿Y por eso has empezado a darme puñetazos?*

*Tatiana asiente y lo mira con los ojos empañados en lágrimas.*

*—¿Qué te he hecho? —susurra.*

*—Romperme la nariz, creo —dice Alexander sin darle importancia.*

*Tania se echa a llorar.*

*—Es broma —explica Alexander, extendiendo una mano hacia ella—. No te preocupes, Tatia. Sólo es un poco de sangre, se me pasará en un momento.*

*Alexander advierte la expresión compungida de Tatiana. En su mandíbula apretada, en la tensión de los huesos de la cara, quedan vestigios de la pesadilla.*

*—No pasa nada, Tania. Estoy bien —la tranquiliza.*

*Se vuelve hacia ella, besa uno de sus senos y apoya la mejilla en su pecho mientras Tatiana lo atrae hacia sí y le acaricia la nariz y el pelo.*

*—Estabas vivo y me obligaban a comer pedazos de tu cuerpo —susurra—. ¿Lo entiendes?*

*—Perfectamente —contesta Alexander—. Y mi sangre es la prueba.*

*Tania le da un beso en lo alto de la cabeza.*

*—Voy a lavarme la cara —dice Alexander cuando la hemorragia se detiene—. Mañana lavaremos las sábanas.*

*—Espera, no te vayas. Voy a buscar algo para limpiarte. Tenemos agua en la cabaña. ¿Puedes tumbarte? ¿Quieres que te ayude? Ven, dame la mano.*

*—Sólo es un poco de sangre. No me estoy muriendo, Tania —responde él.*

*Le da la mano, baja de la cama y se sienta en la base de la chimenea elevada.*

*—Mañana estarás todo magullado. —Tatiana empapa una toallita en agua, se sienta a su lado y le lava con delicadeza la cara y el cuello—. Soy un peligro, mira lo que te he hecho… —murmura.*

*—La verdad es que nunca te había visto así. Estabas hecha una furia y no he podido evitar que me dieras un buen puñetazo. Me recordabas a algunos soldados que he visto en la guerra, que de pronto adquirían la fuerza de diez hombres.*

*—Lo siento… Bueno, ya estás limpio. Ahora no sueñes tú conmigo, ¿eh, Shura?*

*—¿Que no sueñe que te como mientras estás tumbada frente a mí, por ejemplo? —pregunta Alexander con una sonrisa—. ¡Sería una pesadilla espantosa!*

*—Ni eso ni nada. ¿Te ayudo a subir a la cama?*

*—No hace falta.*

*Tatiana sale un momento de la cabaña y regresa con la toalla empapada en las frías aguas del Kama.*

*—Toma, ponte esto para que la nariz no te quede tan magullada.*

*Alexander se tumba boca arriba y se cubre la cara con la toalla mojada.*

*—Así no podré dormir —dice con la voz amortiguada por la tela.*

*—¿Y quién quiere dormir? —Oye decir a Tatiana, que se arrodilla entre sus piernas. Alexander emite un gemido ahogado—. ¿Qué puedo hacer para compensarte? —Oye decir a Tatiana.*

*—No se me ocurre nada…*

*—¿No…?*

*Tatiana ronronea mientras sus finos dedos acarician a Alexander y su boca le envía su cálido aliento. Él está dentro de su boca, con la toalla empapada y fría cubriéndole la cara.*

El tren se detuvo en una pequeña estación medio en ruinas y los prisioneros tuvieron que bajar y colocarse en varias filas. Alexander llevaba puestas unas botas que no podían ser suyas porque le iban muy pequeñas. Aguardaron adormilados en medio de la noche, bajo la trémula luz de una única farola. Un soldado abrió un sobre, sacó un papel y leyó con voz pomposa los delitos de los que se acusaba a los setenta hombres formados frente a él.

—Oh, no… —murmuró Ouspenski.

Alexander se mantuvo erguido e impasible, deseando poder tumbarse otra vez en la litera del vagón. Ya nada podía sorprenderlo.

—No se preocupe, Nikolai —dijo.

—¡Cállense! —gritó el soldado que había leído el documento—. Son culpables de traicionar a nuestra nación construyendo barracones, limpiando armas y cocinando para el enemigo durante su estancia en los campos de prisioneros de guerra. La ley castiga duramente la traición. En virtud del artículo 58, apartado 1B, quedan sentenciados a pasar un período no inferior a quince años en diferentes campos de castigo de la Zona II, terminando la condena en el de Kolima. Para empezar, se encargarán de alimentar la máquina de este tren: encontrarán carbón y palas junto a las vías. La siguiente parada será un campo de trabajo situado en territorio alemán. ¡En marcha!

—¡Oh, no! ¡No quiero ir a Kolima! —se lamentó Ouspenski—. Tiene que haber un error.

—¡No he terminado! —vociferó el soldado—. ¡Belov y Ouspenski, acérquense!

Alexander y Ouspenski avanzaron unos pasos arrastrando las cadenas.

—Ustedes dos, además de dejarse capturar por el enemigo, hecho que se castiga automáticamente con quince años de cárcel, han llevado a cabo actividades de sabotaje y espionaje en tiempos de guerra. Queda usted privado de empleo y categoría, capitán Belov, y usted también, teniente Ouspenski. Queda usted condenado a veinticinco años, capitán Belov. Y usted también, teniente Ouspenski.

Alexander permaneció impasible, como si aquellas palabras no fueran con él.

—Hable con sus superiores, tiene que haber un error —insistió Ouspenski—. ¡No pueden condenarme a veinticinco años!

—¡Las órdenes son claras!

El soldado agitó el papel en las narices de Ouspenski.

—No me ha entendido: me consta que es un error… —insistió Ouspenski, meneando la cabeza.

Miró a Alexander, que lo observaba con fría perplejidad.

Ouspenski no volvió a decir nada más mientras se dedicaban a echar paletadas de carbón en el depósito de la máquina de vapor. Sin embargo, cuando estaban otra vez en la litera, protestó con una furia que a Alexander le pareció excesiva.

—¿Es que nunca voy a ser libre?

—Sí, dentro de veinticinco años.

—Libre de usted, quiero decir —precisó Ouspenski, dándose la vuelta para no mirarlo—. ¿Hasta cuándo vamos a estar encadenados, compartiendo la misma litera y comiendo de la misma escudilla…?

—No sea tan pesimista… A lo mejor encuentra novia en Kolima. Creo que allá los campos son mixtos.

Estaban sentados el uno al lado del otro. Alexander se tumbo y cerró los ojos, y Ouspenski comenzó a rezongar diciendo que no le dejaba sitio. El tren dio una sacudida y Ouspenski se cayó de la litera.

—¿Por qué se queja tanto? —dijo Alexander, tendiéndole la mano para ayudarlo

a levantarse.

Ouspenski rechazó la ayuda.

—No tendría que haberle hecho caso. No debería haberme entregado a los alemanes. Si hubiera pensado solamente en mí, ahora sería libre.

—¿Aún no se ha enterado de lo que pasa, Ouspenski? Los refugiados, los condenados a campos de trabajo, los rusos que estaban en Polonia, Rumanía o Baviera, en Italia o en Francia, en Dinamarca o Noruega… Todos vuelven a su tierra natal y todos están recibiendo el mismo trato. ¿Qué le hace pensar que usted precisamente iba a salir libre?

Ouspenski no contestó.

—También le han caído veinticinco años. ¡Veinticinco! ¿Es que no le importa?

—¡Ya no me importa nada, Nikolai! —suspiro Alexander—. Tengo veintiséis años, y a los diecisiete me enviaron a Siberia. Si hubiera cumplido aquella primera condena en Vladivostok, ahora estaría a punto de salir a la calle.

—¡Exacto! ¡Eso le pasó a usted, joder! Desde el día en que me pusieron a su lado en el hospital de Morozovo, todo ha girado a su alrededor. ¿Tengo que pasarme veinticinco años en un puto presidio porque la maldita enfermera me colocó en la cama contigua a la suya? —protestó Ouspenski, haciendo sonar las cadenas en su agitación.

—¡Callaos ya! —gritaron los demás prisioneros, que intentaban dormir.

—Esa maldita enfermera era mi esposa —explicó Alexander en voz baja—. Ya ve hasta qué punto su destino está unido al mío, querido Nikolai…

Ouspenski estuvo varios minutos sin hablar.

—No lo sabía —dijo al final—. Claro, la enfermera Metanova… Por eso me sonaba tanto el nombre de Pasha… —Calló un momento y añadió—: ¿Y dónde está ahora su mujer?

—No lo sé —contestó Alexander.

—¿No le escribe?

—Ya sabe que no me llegan cartas. Y yo no escribo tampoco. Sólo tengo una estilográfica que no funciona.

—Bueno, lo que quiero decir es que ella estaba en el hospital y de pronto dejamos de verla. ¿Volvió con su familia?

—No. Todos están muertos.

—¿Y los familiares de usted?

—También están muertos.

—¿Y ella dónde está? —preguntó Ouspenski con una voz muy aguda.

—¿Qué pasa, Ouspenski? ¿Me está interrogando?

Ouspenski calló.

—¿Qué pasa, Nikolai?

Ouspenski siguió sin hablar.

Alexander cerró los ojos.

—Me prometieron, me juraron, que todo iría bien… —susurró al final Ouspenski.

—¿Quiénes? —dijo Alexander, sin abrir los ojos.

Ouspenski no contestó.

Alexander abrió los ojos.

—¿Quiénes? —insistió, irguiéndose sobre la litera.

Ouspenski se apartó un poco; sólo un poco, por culpa de la cadena que los unía.

—Nadie… —murmuró, y se encogió de hombros mientras lanzaba a Alexander una mirada esquiva. Al cabo de un momento, procurando que su voz no trasluciera la emoción, añadió—: Es lo de siempre… Vinieron a verme en 1943, poco después de que nos arrestaran, y me dijeron que tenía dos opciones. La primera era morir fusilado por los delitos cometidos contra el artículo 58. Lo pensé un poco y les pregunté cuál era la segunda opción —continuó, con la voz neutra del hombre al que ya nada importa demasiado—. Y me dijeron que usted era un criminal peligroso, pero necesario para el esfuerzo bélico. Dijeron que había cometido graves delitos contra la autoridad, pero que, como nuestro régimen constitucional los obligaba a respetar sus derechos (eso dijeron), no lo ejecutarían y esperarían a que usted mismo se ahorcara.

Por eso Ouspenski había estado siempre a su lado…

—¿Y le pidieron que me sirviera usted de soga, Ouspenski? —exclamó Alexander, aferrando los grilletes con las manos crispadas.

Ouspenski no contestó.

—¡Ay, Nikolai…! —suspiró Alexander.

—Espere…

—No hace falta que diga nada más.

—Espere, puedo explicarle…

—¡No! —gritó Alexander, abalanzándose sobre él. Desesperado y furioso, lo agarró por el cuello y le golpeó la cabeza contra la pared del vagón—. ¡No quiero oír nada más!

—Espere… —susurró Ouspenski con voz ronca, incapaz de apartarlo.

Alexander volvió a golpear la cabeza de Nikolai contra la pared.

—¡A ver si os calláis un poco! —dijo un compañero de vagón, sin mucho convencimiento.

Nadie quería involucrarse. Un hombre menos significaba más pan para el resto.

Ouspenski no podía respirar y había empezado a sangrarle la nariz. No intentaba defenderse.

Alexander le dio un puñetazo en plena cara. Ouspenski cayó al suelo y Alexander comenzó a darle patadas con las botas que eran demasiado pequeñas para él.

—¡He estado a su lado todos los días desde hace más de dos años! —exclamó, con una voz tan gutural que a él mismo le dio miedo.

Estaba peligrosamente cerca de matar a otro ser humano en un ataque de rabia. No era la rabia imparable y súbita que lo había impulsado a atacar a Slonko. La ira contra Ouspenski se mezclaba con el enojo que sentía hacia sí mismo por haber

bajado la guardia y, sobre todo, con el oscuro dolor de sentirse traicionado por la persona que más cerca había estado de él en los últimos tiempos. Era un sentimiento tan desolador, que Alexander no pudo por menos que apartarse y derrumbarse en la litera. Seguía encadenado a su compañero.

Ouspenski estuvo unos momentos sin decir nada, mientras recobraba el aliento y se limpiaba la sangre de la cara. Cuando habló, lo hizo con voz serena.

—No quería morir —explicó—. Me ofrecieron una salida, me dijeron que, si averiguaba si había ayudado a escapar a su mujer o si era norteamericano tal como sospechaban, me dejarían libre. Podría volver a mi vida anterior, con mi mujer y mis hijos.

—Es obvio que fue una buena oferta —dijo Alexander.

—¡No quería morir! —exclamó Ouspenski—. ¡Y usted debería entenderlo mejor que nadie! Todos los meses tenía que enviarles un informe relatando qué hacía y qué decía… Les interesó mucho nuestra conversación sobre Dios. Una vez al mes, tenía que acudir a una entrevista con los agentes del NKGB y contestar a sus preguntas: si había hecho algo sospechoso, algo que lo pusiera en evidencia; si había empleado palabras prohibidas o extranjeras… A cambio de proporcionarles información, mi mujer tenía derecho a más raciones de comida y a un incremento en la paga que recibía como esposa de militar. Y a mí me daban unos rublos para mis gastos…

—¿Me vendió por unas cuantas monedas, Nikolai? ¿Me vendió para irse de putas?

—Usted nunca se fio de mí.

—Sí que me fiaba —contestó Alexander, con los puños crispados—. Aunque no le conté nada, lo consideraba digno de mi confianza e incluso se lo dije a mi cuñado. —Ahora lo entendía—. Pasha sospechó de usted desde el principio, siempre me lo decía.

Como Tatiana, Pasha era capaz de ver el fondo de las personas. Alexander soltó un bufido. No le había hecho caso y ése era el resultado. Si no se lo había contado todo a Ouspenski, había sido para no poner en peligro su miserable vida.

—Les expliqué todo lo que sabía —continuó Ouspenski después de una pausa—. Les dije que lo había oído hablar en inglés con los británicos de Katowice y con los norteamericanos que entraron en Colditz, les conté que quería rendirse… ¿Por qué me echan veinticinco años?

—¿No lo adivina?

—¡No lo entiendo!

—¡Porque sí! —chilló Alexander—. Vendió su alma por una libertad ilusoria. ¿Le extraña haber perdido las dos cosas? ¿Cree que en algún momento tuvieron la intención de cumplir su palabra, que se preocuparían por usted sólo porque les dio información que ya sabían? No han encontrado a mi mujer y nunca la encontrarán. Me asombra que sólo le hayan caído veinticinco años. —Alexander bajó la voz y concluyó—: Normalmente, la recompensa es eterna…

—¡Todo se lo toma como una cuestión personal! Voy a ir a la puta cárcel y usted…

—¡Llevamos dos meses encadenados, Nikolai! —exclamó Alexander—. ¡Durante casi tres años hemos estado comiendo de una misma escudilla y bebiendo de una misma cantimplora!

—Tenía que ser leal con mi país, y pensé que me protegerían… —se justificó Ouspenski con una voz débil—. Dijeron que usted terminaría muerto en cualquier caso, con mi colaboración o sin ella.

—¿Y por qué me lo cuenta ahora?

—¿Por qué no?

Ouspenski ya sólo hablaba en susurros.

—¿Cuándo aprenderé? No quiero que me dirija la palabra nunca más, Ouspenski —declaró Alexander—. Si me habla, no le contestaré. Y si insiste tengo modos de obligarlo a cerrar el pico.

No era fácil saber hacia dónde se dirigían. Era una cálida noche de verano y en la brisa que se colaba por las rendijas del vagón flotaba el perfume del bosque. Alexander cerró los ojos, se frotó el entrecejo y tuvo un súbito y vívido recuerdo de una toalla mojada sobre su nariz y de la boca de Tatiana sobre su cuerpo. Cuanto más avanzaba el tren, más intensa se volvía la sensación recordada, hasta que Alexander estuvo a punto de soltar un gemido porque le pareció que volvían a caer gotas de sangre sobre las sábanas blancas y que Tatiana tomaba su cara entre sus manos y la acercaba a sus pechos mientras murmuraba: «Me obligaban a comerte vivo, Shura».

# Capítulo 34

*Jeb, noviembre de 1945*

Tatiana aceptó salir a cenar con Edward. Se vistió un poco mejor de lo habitual, con una falda azul y un jersey de lana beige, pero a pesar de la insistencia de Vikki no se maquilló ni se dejó el pelo suelto, sino que se lo peinó en una trenza muy larga. Se puso el abrigo y la bufanda, se sentó en el sofá y esperó a que vinieran a buscarla mientras hojeaba con su hijo un libro ilustrado.

—¿Qué te da miedo? —le preguntó Vikki, recogiendo los periódicos amontonados sobre la mesa—. Estás acostumbrada a comer con él. Será lo mismo, sólo que una cena en lugar de un almuerzo.

—Y por la noche.

—Eso también.

Tatiana calló y fingió enfrascarse en el libro que hojeaba con Anthony.

Edward apareció con traje y corbata. Vikki le dijo que estaba muy elegante y Tatiana coincidió en la apreciación. Edward era alto, flaco y sosegado. Siempre quedaba bien, con traje y corbata o con la bata de médico. Tenía una mirada seria y tierna. Tatiana se sentía cómoda a su lado, pero al mismo tiempo muy incómoda.

Edward la llevó al Sardi, en la calle Cuarenta y cuatro. Tatiana tomó cóctel de gambas y un bistec, seguidos de tarta de chocolate y café.

Después de un incómodo silencio inicial, estuvo toda la cena haciendo preguntas a Edward y escuchando sus respuestas. Le preguntó por la carrera de medicina y de cirugía y por los heridos y los enfermos, por los hospitales en los que había trabajado, por los motivos que lo habían llevado a escoger su profesión y por lo que pensaba de ella en la actualidad. Le preguntó en qué lugares de Estados Unidos había estado y cuál de todos le gustaba más. Lo miró a los ojos y rio en los momentos precisos en que había que mirarse a los ojos y reír.

Y en algún punto comprendido entre el momento de pedir que les envolvieran la tarta de chocolate para llevársela a casa y el momento de recibir la cuenta, Tatiana, que a ratos asentía y a ratos escuchaba con la cabeza ladeada, vio una imagen a todo color de ella misma sentada con Edward frente a una mesa similar a la del restaurante, sólo que era una mesa antigua y alargada y a su lado se sentaban sus hijas ya crecidas.

Tatiana se levantó de un salto y preguntó la hora al camarero.

—¿Las diez? ¡Dios mío, qué tarde se ha hecho! ¡Tengo que volver con Anthony! Ha sido una velada muy agradable gracias.

Edward, desconcertado, la acompañó a su casa en un taxi.

Tatiana se pasó todo el viaje mirando por la ventanilla.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Edward a la altura de la calle Veintitrés—. Supongo que me he puesto un poco pesado, hablando solamente de mí.

—¡No, qué va! —respondió Tatiana—. Me fascinaba tu historia. Ya sabes que me gusta saberlo todo.

—La próxima vez hablaremos de ti.

—Soy muy aburrida —declaró Tatiana—. No tengo nada que contarte.

—Ahora que ya llevas unos años por aquí, ¿puedes decir qué te gusta más de Estados Unidos?

—La gente —contestó Tatiana sin pensarlo dos veces.

Edward se echó a reír.

—Pero Tania, ¡sólo conoces inmigrantes!

Tatiana asintió.

—Son los auténticos estadounidenses. Están aquí por los motivos adecuados… Nueva York es una ciudad maravillosa.

—¿Y qué otras cosas te gustan?

—El beicon… es delicioso —respondió Tatiana—. Y supongo que me gusta poder disfrutar de comodidades. Todo lo que crean o fabrican los estadounidenses sirve para que la vida sea un poco más fácil. La música es bonita, la ropa es cómoda, las mantas no pican, la leche y el pan se pueden comprar en la tienda de la esquina, los zapatos son de mi talla, las butacas son mullidas… Se vive bien. —Estaban en la calle Catorce. Tatiana miró por la ventanilla y añadió en voz baja—: Hay tantas cosas que uno da por supuestas…

El taxi frenó junto al portal de su casa.

—Bueno…

—Tania —dijo Edward con una voz emocionada, tendiendo la mano hacia ella.

—Gracias por una velada tan agradable —dijo Tania, acercándose y dándole un beso en la mejilla.

Salió apresuradamente del taxi.

—¡Hasta el lunes! —gritó Edward, pero ella ya había entrado en el edificio después de que Diego, el rumano, le abriera la puerta con un gesto respetuoso.

*«Tania, Tania».*

*Le oigo gritar mi nombre.*

*Me vuelvo y allí está, vivo y gritando mi nombre.*

*«Tania, Tania».*

*Me vuelvo, no tengo más remedio que volverme, y allí está él, con el uniforme de campaña y el fusil colgado del hombro, corriendo hacia mí, sin aliento.*

*Tan joven aún…*

*¿Por qué oigo su voz con tanta claridad?*

*¿Por qué resuena su voz en mi cabeza?*

*Y en mi pecho.*

*Y en mis brazos y en mis dedos, y en mi corazón que apenas late, y en el soplo helado de mi aliento.*

*¿Por qué su grito es tan ensordecedor?*
*Por la noche todo está tranquilo.*
*Pero por el día, entre la multitud…*
*Camino lentamente, me siento muy quieta, y le oigo gritar mi nombre.*
*«Tania, Tania…».*
*¿Por qué oigo su voz?*
*¿No dijo una vez que una noche oiría el viento estelar?*
*«Si lo oyes, seré yo llamándote, —susurró—. Llamándote desde Lazarevo».*
*¿Por qué está GRITANDO ahora?*
*¡Aquí estoy, Shura! No hace falta que grites mi nombre. No me voy a ningún lado.*
*«Tania, Tania…».*

Una tarde de domingo luminosa y fría, Tatiana, Vikki y Anthony salieron a dar uno de sus acostumbrados paseos por el mercadillo de la Segunda Avenida. Vikki hablaba de cosas triviales y Tatiana la escuchaba sin prestarle mucha atención mientras sujetaba a Anthony por los hombros porque el niño se había empeñado en empujar el cochecito contra los tobillos de los transeúntes. Vikki iba cargada con las bolsas y no perdía ocasión de quejarse de lo injusto que era el reparto de tareas.

—Y explícame por qué te has negado a quedar otra vez con Edward…

—No me he negado —explicó pacientemente Tatiana—. Le he dicho que necesito un poco de tiempo para hacerme a la idea. Seguimos viéndonos a la hora de la comida.

—¡La comida! ¡No es lo mismo quedar a comer que a cenar! Es obvio que le has dado calabazas.

—No le he dado calabazas, sólo le he dicho que no vaya tan deprisa.

Vikki ya había decidido pasar a otro tema:

—Ya sé que pensabas hacer bocadillos de beicon para cenar, Tania, pero quizá podríamos comer algo que no fuera pan con carne… ¿Qué te parecen unos espaguetis con albóndigas?

—¿Y de qué están hechos los espaguetis?

—¡Yo qué sé! Se cultivan en Portugal, como las aceitunas, y mi abuela los compra en una tienda especializada.

—No. Los espaguetis se hacen con harina.

—¿Y qué?

—Y las albóndigas se hacen con carne.

—¿Y qué?

Tatiana no dijo nada. Unos metros más adelante vio una figura alta y oprimió la mano de Anthony mientras entrecerraba los ojos y trataba de distinguirla entre la multitud. La Segunda Avenida estaba abarrotada de gente y Tatiana alzó la cara y se movió unos pasos a la derecha para ver mejor, intentando que Vikki anduviera más deprisa.

—¿Y qué?

—Corre… —insistió Tatiana, tirando de ella—. Perdone, ¿me deja pasar? —empezó a decir a los transeúntes que se interponían en su camino.

—¿A qué viene tanta prisa, Tania? Y no has contestado a mi pregunta.

—¿Qué pregunta?

—«¿Y qué…?». Ésa era mi pregunta.

—Espaguetis con albóndigas es lo mismo que pan con beicon —explicó Tatiana—. Perdone… —dijo a la persona que andaba delante de ella, mientras obligaba a Anthony a correr más deprisa de lo que sus piernecitas le permitían—. Vamos, no os quedéis rezagados —añadió, dirigiéndose a su hijo y a Vikki.

Lo dijo sin mirarlos, como tampoco miraba a los transeúntes a los que trataba de apartar de su camino. Nadie parecía contento de que les golpeara los tobillos un cochecito empujado por una rusa enloquecida, aunque estuvieran en un barrio de rusos… sobre todo porque estaban en un barrio de rusos. Tatiana tuvo que escuchar algunos improperios muy desagradables en su lengua materna.

—¡Date prisa, Vikki! —insistió. Cogió a Anthony en brazos, lanzó el cochecito hacia su amiga, que ya iba cargada con las bolsas, y añadió—: Tengo que…

No pudo contenerse más y echó a correr, sin terminar la frase. Bajó de la acera y avanzó a toda prisa junto al bordillo, intentando alcanzar a dos hombres que estaban a media manzana de distancia. Llegó a su altura con el corazón acelerado, extendió la mano hacia el antebrazo de uno de ellos e intentó pronunciar «¡Alexander!». Pero ninguna palabra salió de su boca.

El hombre era muy alto y ancho de hombros. Tatiana no retiró la mano hasta que él se volvió y sonrió. Tatiana se sonrojó, apartó la mano y desvió la mirada, pero ya era tarde.

—¿Qué quieres, bonita?

Tatiana dio un paso atrás y comenzó a balbucear palabras en ruso, incapaz de recordar ningún otro idioma. Al cabo de un momento recuperó un inglés rudimentario, que incluso a ella le sonó extraño:

—Siento mucho, pensaba tú otro…

—Puedo ser quien tú quieras, bonita. ¿Quién quieres que sea?

En ese momento los alcanzó Vikki, con el cochecito y las bolsas de la compra.

—¿Qué pasa, Tania? —preguntó, desconcertada.

Al ver a los dos hombres, se interrumpió y les sonrió.

El más alto dijo que se llamaba Jeb y que su amigo era Vincent.

Jeb tenía el pelo negro, pero eso era lo único que coincidía. Su cara era la cara de Jeb, no la del marido de Tatiana. Sin embargo, aquella tarde de sábado, mirando los ojos risueños y amistosos de Jeb, Tatiana sintió una punzada de deseo. Un soplo de deseo.

—¿Por qué eres tan exagerada para todo? —preguntó Vikki cuando se alejaban—. Te pasas años sin hacer caso a ningún hombre y de pronto empujas a las señoras

mayores con el cochecito para abordar a uno que pasa por la calle. ¿Qué te pasa?

Jeb llamó por teléfono al día siguiente.

—¿Te has vuelto loca? ¿Le diste nuestro número? —protestó Vikki—. ¡No sabes de dónde viene!

—Sí sé que viene de Japón —explicó Tatiana—. Estaba en la Armada.

—No te entiendo. ¡No lo conoces de nada! Llevo dos años intentando que salgas con Edward…

—Vikki, no quiero que Edward sea una pareja de rebote. Es demasiado bueno para eso.

—Estoy segura de que Edward tiene algo que opinar al respecto… ¿Y quieres que Jeb sea tu pareja de rebote?

—No lo sé.

—No te conviene —dijo rotundamente Vikki—. No me gustó la forma en que te miraba. No entiendo que, de todos los hombres que hay en el mundo, elijas al único que no me gusta.

—Ya te caerá bien con el tiempo.

Pero Jeb no llegó a caerle bien a Vikki. Tatiana se sentía demasiado avergonzada para salir con él a solas, así que lo invitó a cenar a su casa.

—¿Y qué harás de cena? ¿Huevos fritos con beicon? ¿Un sándwich de beicon, tomate y lechuga? ¿Col hervida con beicon?

—Col con beicon puede estar bien. Col con beicon y pan.

Jeb cenó con los tres. Vikki no se retiró a su habitación ni por un momento y Anthony estuvo levantado durante toda la cena. Al final, Jeb se marchó sin haber estado a solas con Tatiana.

—No me gustó la forma en que te miró la primera vez y aún me gusta menos ahora —declaró Vikki—. ¿No lo encuentras prepotente?

—¿Qué?

—Te interrumpía cada vez que empezabas a hablar. Siempre con una sonrisa, el muy falso… Y no me digas que no te has fijado en el poco caso que le ha hecho a tu hijo.

—¿Cómo quieres que no le hiciera caso? ¡Gracias a ti, Anthony ha estado debajo de la mesa toda la noche!

—¿No crees que Anthony se merece a un hombre mejor que Jeb?

—Claro. Pero no veo hombre mejor. ¿Qué quieres que haga?

—Edward es mucho mejor que Jeb —opinó Vikki.

—¿Y por qué no persigues tú a Edward? Está disponible.

—¡No creas que no lo he intentado! —dijo Vikki—. Pero no soy yo la que le interesa…

Vikki tenía razón: Jeb era posesivo y prepotente. Pero Tatiana no podía evitar sentir el deseo de que sus fuertes y posesivos brazos la envolvieran.

Tatiana pensó en Alexander. Lo imaginó, y en su imaginación creó el tipo de

infierno que sólo es capaz de crear la persona auténticamente masoquista: el hombre-mantis religiosa que se acerca a su pareja sabiendo que ella acabará con él, le cortará la cabeza y lo devorará. Y pese a todo se arrastra hacia ella con los ojos y el corazón cerrados, se arrastra hacia las puertas de la vida y de la muerte, dando gracias a Dios por estar vivo.

*—Tania, ¿me perdonarás que muera?*

*—Te lo perdonaré todo.*

Dos semanas antes de Navidad, una tarde en que Tatiana había ido a recoger a Anthony, Isabella la invitó a sentarse y le ofreció una taza de té.

—¿Qué te pasa, Tania? —preguntó.

—Nada.

Isabella escrutó su rostro.

—Ojalá fuera más fácil tener fe —añadió Tatiana, mirándose las manos.

—¿Fe en qué?

—En la vida, en mí… Confiar en que estoy haciendo lo que debo…

«No quiero olvidarme de él», quiso decir.

—Por supuesto que estás haciendo lo que debes, cariño —la tranquilizó Isabella—. Sigues adelante, como todas las mujeres que se quedan viudas. Sigues adelante y tienes fe en ti misma.

—¿Y si él no ha muerto? —susurró Tatiana—. Para tener fe, necesito alguna prueba.

—Pero cariño, si tuvieras una prueba ya no estaríamos hablando de fe, ¿no es así? —repuso Isabella.

Tatiana no dijo nada.

—Tienes que hacer de tripas corazón y seguir adelante, como siempre has hecho —insistió Isabella.

—Como sabe, señora Isabella, soy experta en hacer de tripas corazón —observó Tatiana—. Pero cada vez me resulta más difícil. Odio cada día que empieza, porque es un día que me aleja más de él.

—Cuando más se necesita la fe es cuando estás rodeada de oscuridad. —Isabella la miró pensativamente—. Se te veía muy triste al llegar a Nueva York, cariño. ¿No estás mejor ahora?

—Sí —aceptó Tatiana.

Exteriormente, estaba bien. Pero dentro de ella estaba la maldita medalla de Alexander, y estaba el maldito Orbeli.

—¿Te sentirías mejor si tuvieras alguna prueba que no fuera el certificado de defunción?

Tatiana no contestó. ¿Qué podía decir?

—Es mejor que haya muerto, cariño, porque habrá dejado de sufrir. Piensa que

ahora es tu ángel guardián y te protege.

—Por favor, no me diga eso. Si creo que ha muerto, me costará aún más seguir viviendo, sabiendo que una bala podría llevarme junto a él —dijo Tatiana.

—No puedes dejar huérfano a tu hijo.

—¿Por qué no? Él lo dejó huérfano.

—Si te resulta más fácil, sigue creyendo que vive.

—Pero si vive, ¿cómo puedo seguir adelante con mi vida?

El gemido que emitió Tatiana expresaba una aflicción tan profunda, que Isabella palideció y apartó unos pasos la silla en la que estaba sentada.

—¿Cómo puedo ayudarte? —preguntó en un susurro.

—No puede —contestó Tatiana, poniéndose de pie. Recogió el bolso y llamó a Anthony—. Tiene que ser un consuelo ver las cosas tan claras… Pero es normal, usted sigue con Travis, y no le es difícil tener fe porque tiene a su lado una prueba viviente.

—Tú también tienes una prueba viviente —dijo Isabella, señalando al niño, que acababa de entrar en el salón y se lanzaba en brazos de su madre.

—Mamá, «quero» helado para cenar…

—Claro, cariño —dijo Tatiana.

Y Anthony tuvo helado para cenar.

✶

—Mamá, ¿por qué Timothy tiene un papá y Ricky también y Sean también?

—¿Por qué me preguntas eso, mi amor?

Estaban pasando junto al Battery Park, camino del colegio, Tatiana había apuntado a Anthony en el grupo de párvulos dos semanas antes; pensaba que su hijo pasaba demasiado tiempo con adultos, sobre todo con Isabella, y quería que conociese a otros niños de su edad. No le gustaba que frunciera el ceño como una persona mayor. El niño hablaba demasiado bien y era demasiado reflexivo y serio para tener sólo dos años y medio. Por eso pensó que le iría bien ir al colegio y tratar a otros niños.

Y ahora Anthony le venía con aquella pregunta:

—¿Por qué yo no tengo un papá?

—Sí lo tienes, mi amor, sólo que no está aquí. Tampoco están los papás de Mickey, de Bobby y de Phil, ya sabes que los cuidan sus mamás. Tú tienes mucha suerte, porque te cuidan Vikki e Isabella además de tu mamá…

—¿Cuándo volverá papá, mami? El papá de Ricky ya ha vuelto y ahora lo acompaña al colegio por las mañanas.

La mirada de Tatiana se perdió en la lejanía.

—Ricky ha pedido a Santa Claus que vuelva su papá. Yo también puedo pedírselo…

—Ya veremos —susurró Tatiana.

—La guerra se acabó. ¿Por qué no vuelve? —insistió Anthony.

En la puerta del colegio, el niño no quiso que su madre le diera un beso ni que lo acompañara al interior. Cuadró los hombros, frunció el ceño y entró solo en la guardería, cargado con la bolsa de la merienda.

Las cuatro etapas del duelo. La primera era el impacto. Después venía la negación. La negación había durado hasta esa misma mañana. Y ahora había empezado la fase siguiente: el enojo. ¿Cuándo llega la aceptación?

Pero lo que Tatiana quería no era aceptación, sino alivio. ¿Cuándo llegaría el alivio?

Estaba muy enojada con él. Alexander sabía perfectamente que ella no tenía ningún interés en seguir viviendo sin él. ¿Acaso pensaba que en el Estados Unidos de la posguerra, con sus electrodomésticos, sus radios y su promesa de televisión, viviría mejor que en el Gulag?

Un momento… ¿Qué hay de Anthony? Anthony no es un espectro sino un niño real, que habría nacido en cualquier caso. ¿Qué habría sido de él?

Tatiana contempló las aguas del puerto. «Podría zambullirme y nadar como si fuera el último pez del océano. ¿Cuánto tardaría en llegar a las frías aguas del invierno? Nadaría cada vez más lentamente, hasta encontrarme con él al otro lado de la vida, tendiéndome la mano y diciéndome “¿Por qué has tardado tanto en aparecer, Tatia? Llevo tanto tiempo esperándote…”».

Tatiana se apartó de la barandilla del transbordador. «No. Él me mira, mueve la cabeza y dice: “Anthony es un niño perfecto, Tania. Qué suerte tienes de tenerlo contigo. Yo también quisiera abrazarlo. En eso pienso allá donde estoy: en cuánto desearía abrazar a mi hijo”».

Tatiana volvió a encerrarse en sí misma, entró en la habitación privada donde seguía siendo Tatiana Metanova, cerró la puerta y se sentó en el suelo con la mochila negra. En aquel lugar no había Anthonys ni Isabellas ni Vikkis ni Edwards ni Jebs; sólo estaban Tania y Shura en el Kama, compitiendo por atrapar una perca con las manos. Siempre gana Alexander, que nada a la velocidad del rayo y es capaz de ver hasta muy lejos dentro del agua.

Sólo están Shura y Tania. Ella le está enseñando a preparar tortitas pero él, incapaz de apartar la mirada de sus ojos, se olvida de la sartén. «¿Cuántas veces voy a tener que explicártelo, Shura?», pregunta Tatiana. «Según mis cálculos, ésta es la tercera vez —murmura él—. No puedo evitarlo, estás tan bonita cuando cocinas…». «Shura…». Es demasiado tarde. Aparta la sartén del fuego.

Tatiana cierra de golpe la puerta de la maldita habitación. La detesta. Ojalá la hubiera quemado en Estocolmo. Todo lo demás ardió en la pira… ¿por qué no quemó eso también?

Anthony necesitaba a su madre. Anthony no podía ser un niño huérfano, ni en Estados Unidos ni en la Unión Soviética. No podía perder a su madre también. Un

niño tan dulce, con sus manitas regordetas, su boca manchada de chocolate y su pelo negro. Tatiana se estremecía cuando acariciaba el pelo negro de su hijo.

*—Déjame lavarte el pelo, Shura —dice, sentándose en el suelo y mirando hacia el claro.*

*—Está limpio, Tania. Me lo he lavado esta mañana.*

*—Anda, déjame. Te lo lavaré en el río.*

*—Bueno. Sólo si me dejas lavarte…*

*—Te dejo hacer lo que quieras, pero ven conmigo.*

Se estremecía cada vez que miraba a su hijo.

✶

Aquella noche, Tatiana no se puso el abrigo ni el sombrero para salir a la escalera de incendios. Se sentó en silencio y dejó que la fría brisa marina invadiera sus pulmones. Olía tan bien… En todo el planeta sólo había una ciudad más hermosa que Nueva York.

Nueva York, que palpitaba eternamente, como si fuera el corazón del mundo. Ya no había apagones nocturnos y los edificios resplandecían como perpetuos fuegos de artificio. No había ni una sola calle que no estuviera abarrotada de transeúntes, ninguna donde no saliera una nube de vapor por algún hueco de alcantarilla, ninguna donde no hubiera operarios encaramados a los postes para instalar nuevas líneas de teléfono o electricidad o a una grúa para desmontar el tren elevado… Ninguna sin el rumor constante de las obras, que comenzaba todos los días a las siete de la mañana, junto con el bullicio de sirenas, bocinas y motores, coches, autobuses y taxis amarillos. Las tiendas estaban repletas de productos; las cafeterías, de pastelitos; los restaurantes, de beicon; los comercios, de libros, discos y cámaras Polaroid; la música salía toda la noche de bares y locales; ¡ah!, y siempre había parejas bajo los árboles o en los bancos públicos, con uniforme, con traje y corbata, con bata de médico o de enfermera… Y en Central Park, adonde iban todos los fines de semana, no había ni un metro de césped sin una familia merendando. Y centenares de botes paseaban por el lago mientras hubiera luz.

Y después anochecía.

En el mar, con el brazo extendido hacia Dios, estaba la Estatua de la Libertad, y en la escalera de incendios estaba Tatiana. En Nochevieja, en Nochebuena, el 23 de junio, el 13 de marzo… Tatiana salía a la escalera de incendios a las tres de la mañana y escuchaba el rumor del océano, atenta por si oía el sonido de una respiración.

*Las brasas empiezan a enfriarse. Él ya ha terminado y se ha quedado dormido.*

*Exhausto, se ha dejado caer sobre Tatiana, que no ha intentado apartarlo porque le gusta sentir su peso, saber que está encima de ella, tan cercano. Puede sentir su olor y besar su pelo sudoroso y su mejilla cubierta por la barba incipiente. Le acaricia los brazos. Adora con locura sus brazos musculosos.*

*—Shura —dice en un susurro—. ¿Me oyes, soldado?*

*Tatiana sigue abrazada a él durante un buen rato, escuchando su respiración, el rumor de la leña que se convierte en cenizas, el sonido de la lluvia y el viento que sopla en el exterior, cuando el interior de la cabaña es cálido y acogedor. Escucha su respiración satisfecha. Cuando duerme, es feliz. No lo importunan las pesadillas ni la tristeza. Cuando duerme, no sufre, sólo respira. Tan sereno, tan contento, tan vivo…*

Tatiana sabía que lo más difícil sería seguir adelante. Todas las mañanas llevaba a su hijo al colegio y después se iba a atender a los inmigrantes de Ellis. A veces compraba melocotones, y en el puerto siempre soplaba el viento, y Tatiana escuchaba con atención por si el viento le hablaba pero el viento nunca le decía nada, y trataba de oír la voz de Alexander pero tampoco la oía.

No era su propia vida lo que lamentaba. En realidad, su vida le ofrecía todo lo que necesitaba para seguir adelante.

No entendía por qué sentía aquella desesperación justo en ese momento, cuando las cosas se habían vuelto mucho más sencillas. Aparentemente, lo tenía todo. Ahora bien, si profundizaba bajo las apariencias, veía que empezaba a acomodarse, como si…

Podía cerrar los ojos e imaginar una vida…

Sin él.

Imaginar que lo olvidaba.

La guerra quedaba lejos.

Rusia quedaba lejos.

Leningrado quedaba lejos.

Y Tatiana y Alexander quedaban lejos también.

Todo eso había existido en otro momento, y ahora Tatiana tenía palabras que habrían podido mitigar su tristeza, palabras en inglés, un nombre nuevo, y algo que flotaba sobre todo lo demás como un manto protector: una nueva vida en un asombroso, palpitante y generoso Estados Unidos. Una identidad nueva en un país dorado e inmenso. Dios le había puesto fácil el olvido. «Todo esto te doy —le había dicho—. Te regalo la libertad y el sol que sale todos los días, y el calor y las comodidades. Te regalo los veranos en Central Park y en Coney Island; te regalo a Vikki, una amiga que te acompañará toda la vida; a Anthony, un hijo que te acompañará toda la vida; a Edward, por si tienes deseos de volver a amar, y la juventud y la belleza por si no quieres que te ame solamente Edward. Te regalo Nueva York y su vitalidad. Te regalo la primavera y el otoño y la Navidad y el béisbol y los bailes y las calles asfaltadas y los frigoríficos y un coche y un terreno en

Arizona. Todo esto te doy, y lo único que te pido es que olvides a Alexander y aceptes mi regalo».

Tatiana agachó la cabeza y aceptó el regalo.

Pasó una semana, una semana cargada de trabajo y de personas que expresaban con la mirada lo mucho que Tatiana significaba para ellas. Una semana con Edward, que expresaba con la mirada lo mucho que Tatiana significaba para él. Una semana con una Vikki ofendida e insoportable, una Vikki que, como siempre, expresaba con la mirada lo que Tatiana significaba para ella. Tatiana y Vikki fueron al cine y a ver una obra de teatro en Broadway. Tatiana y Vikki se apuntaron a un curso avanzado de enfermería en la Universidad de Nueva York. Tatiana se puso un vestido bonito y los zapatos de tacón para salir con su amiga, y cuando llegó al Ricardo's se dio cuenta de que había vivido una semana más, como si se dejara arrastrar por su destino y mientras tanto Alexander se fuera volviendo cada vez más remoto.

Tatiana dejó de escuchar el rumor de los vientos estelares. Sin embargo, todas las mañanas, en el transbordador que la llevaba a la isla de Ellis, no veía más que una cosa en las aguas del puerto.

No veía a su segundo amor, ni al tercero o al cuarto o al quinto. No veía a los músicos que tocaban en el Ricardo's, ni a Vikki, ni a Jeb, ni la alegría y el placer. Veía a Alexander, que expresaba con la mirada lo mucho que significaba para él. Cada día de olvido era otro día de ver sus ojos expresando lo que Tatiana significaba para él.

Estados Unidos, Nueva York, Arizona, el final de la guerra, la febril actividad de reconstrucción, la explosión de la natalidad, los bailes, los zapatos de tacón, el carmín… lo que ella había significado…

… Para él.

Si no hubiera significado tanto, ¿qué tendría ahora? ¡Nada! Tendría la Unión Soviética, nada más. La casa en la calle del Quinto Soviet, dos habitaciones rectangulares, un pasaporte interior y tal vez una dacha para pasar las vacaciones con el niño. Tendría a colas eternas bajo el aguanieve, con el gorro de punto calado hasta las orejas.

Cada día de olvido era un día de remordimientos. Tatiana creía oír a Alexander diciéndole: «¿Cómo has podido olvidarme cuando yo lo di todo por ti? ¿Cómo has podido olvidarme tan pronto, cuando yo di mi vida por ti?».

¿Pronto?

Tatiana empezaba a encontrarse repetitiva. Pronto.

Pronto la tierra la tragaría.

Pronto el agua la engulliría.

Pronto, pronto, pronto… Olvídalo pronto para poder acostarte con Jeb. Olvídalo para poder acostarte con tu tercer amor, con el cuarto y con el quinto. Alexander está muerto, ¡hay que continuar!

Los meses, los meses, los meses, los meses.

Alexander, Alexander, Alexander, Alexander.

Tania, Tania…

Sé quién es el que grita mi nombre. Eres el jinete implacable, el jinete que me exige que vuelva…

A Lazarevo…

Disfrutábamos del éxtasis y el abandono como si supiéramos que tenía que durarnos una vida entera.

¿Ves la lámpara de queroseno junto a la cama deshecha? ¿Ves el agua que he puesto a hervir para prepararte un té? ¿Ves la mesa de cocina que construiste para mí, para las patatas que nunca recogimos, para la tarta de calabaza que no llegamos a hacer? ¿Ves los cigarrillos que lie para ti y la ropa que lavé para ti? ¿Ves mis manos sobre tu cuerpo y mis labios sobre tu cuerpo y mi oreja pegada a tu pecho para escuchar tu corazón palpitante? ¿Ves todo esto frente a ti y alrededor de ti y dentro de ti?

Si aún estás vivo, incansable Alexander, que Dios te proteja.

Pero si no lo estás, si te has convertido en un ángel, entonces no te me acerques, no me sigas hasta los montes de la Superstición, no vengas a este lugar donde sólo me rodean el frío y la negrura. Vivo en el desierto, de cara al viento y a las plantas que florecen en primavera.

No vengas.

No vengas, pero acompáñame al lugar hacia el que me dirijo, volando por encima de los mares, los océanos y los ríos que nos separan, dame la mano y déjame que te conduzca a través de los abetos para mojarnos los pies en las aguas del Kama, mientras el sol asoma sobre las desoladas cimas de los Urales y anuncia el nacimiento de un día más, un día menos, el anuncio que se repite todos los días al amanecer, un día más, un día menos y vuelta a empezar. Zambúllete en el río y ven nadando conmigo hasta la otra orilla. Por un momento tienes miedo de que la corriente me arrastre hacia el Caspio, pero yo grito «¡más deprisa!» y tú sonríes y nadas más deprisa sin dejar de mirarme. Estás siempre delante de mí, mostrándome tu rostro resplandeciente. Acompáñame y disfruta conmigo de una mañana más, una hoguera más, un cigarrillo más, una zambullida más, una sonrisa más, una más, una más, una más, *älskar*[14] en esta eternidad a la que llamamos Lazarevo, mi querido Alexander.

# Capítulo 35

*Oranienburgo (Alemania), 1945*

Cuando bajaron definitivamente del tren, Alexander no sabía en qué mes estaban. Hacía tiempo que lo habían separado de Ouspenski y lo habían encadenado a un teniente bajito, rubio y simpático llamado Maxim Misnoi, que hablaba poco y dormía mucho. Ouspenski, con la mandíbula rota, había seguido viajando en otro vagón.

Durante el viaje en tren, Maxim Misnoi le había contado su vida. Se había incorporado al frente como voluntario en 1941 y en el 42 aún no le habían dado ninguna pistola para la cartuchera. Los alemanes lo habían apresado en cuatro ocasiones, y él se había fugado tres veces. Había salido de Buchenwald cuando los norteamericanos liberaron el campo, pero por su lealtad al Ejército Rojo se había trasladado al Elba para apoyar a sus compatriotas en la batalla de Berlín. Su heroísmo le había valido una Estrella Roja. En Berlín, los rusos lo habían acusado de traición y lo habían condenado a quince años de cárcel, pero Misnoi era demasiado bondadoso para enfurecerse.

Cuando bajaron del tren, los obligaron a formar dos filas y caminar dos kilómetros por un camino flanqueado de árboles, hasta que dejaron atrás un edificio amarillo y terminaron frente a un portón flanqueado por una imponente torre de vigilancia. En la torre había un reloj, y a uno y otro lado de la esfera había dos centinelas armados con ametralladoras.

—¿Buchenwald? —preguntó Alexander.

—No —respondió Misnoi.

—¿Auschwitz?

—No, no.

En el portón, unas letras metálicas formaban la frase: «*Arbeit Macht Frei*».

—¿Qué querrá decir? —preguntó el soldado que los seguía en la hilera.

—«¡Vosotros, los que entráis, abandonad toda esperanza!» —contestó Alexander.

—No —lo corrigió Misnoi—. Es: «El trabajo os hará libres».

—Lo que yo decía…

Misnoi se echó a reír.

—Es un campo de Clase Uno, para prisioneros políticos. Sachsenhausen, probablemente. En Buchenwald había otro letrero; allá encerraban a los autores de delitos más graves.

—¿Como usted?

—Sí, como yo. —Misnoi sonrió complacido—. En Buchenwald decía «*Jedem das Seine*». «A cada uno lo suyo».

—¡Los alemanes, siempre tan inspirados…! —exclamó Alexander.

El comandante del campo, un hombre gordo y repulsivo que respondía al nombre de Brestov y era incapaz de hablar sin escupir, les confirmó que estaban en

Sachsenhausen. El recinto se había construido en la misma época que Buchenwald, se había usado como campo de trabajo y de exterminio y había albergado a homosexuales condenados a trabajar en la fábrica de ladrillos situada fuera de la verja, a militares soviéticos y a algunos prisioneros judíos. Prácticamente todos los soviéticos que habían ingresado en Sachsenhausen habían terminado enterrados allá. Cuando pasó a estar controlado por la URSS, Sachsenhausen fue rebautizado como «campo especial número 7», lo cual significaba que había por lo menos otros seis similares.

Una vez que entraron, Alexander observó que la mayoría de los prisioneros que deambulaban entre los barracones y el comedor o la lavandería o que trabajaban en la zona de talleres no mostraban la actitud humillada de los rusos sino el porte altivo de los arios.

No se equivocaba, ya que casi todos los ocupantes del campo eran alemanes. Alexander y sus compañeros fueron a parar al anexo especial que los nazis habían añadido en su momento para alojar a los militares aliados. La denominada «zona 2» constaba de veinte bloques de ladrillo y se situaba en la esquina más alejada del portón de entrada, fuera del área principal, que tenía forma de triangulo equilátero y contenía cuarenta barracones.

Tras su conversión en campo especial número 7, Sachsenhausen había mantenido esta división en dos áreas diferenciadas: la denominada «zona 1», el recinto principal, se empleaba para la «prisión preventiva» de civiles y soldados alemanes, mientras que el anexo se reservaba para alojar a los oficiales nazis juzgados por delitos contra la Unión Soviética.

Aunque compartían el anexo con los oficiales alemanes, Alexander y sus compañeros tenían seis o siete barracones para ellos solos y estaban sometidos a diferentes horarios de recuento y de comida. Alexander se preguntó cuándo se difuminarían las diferencias y pasarían a ser considerados enemigos de la Unión Soviética como el resto de los ocupantes del campo.

El primer trabajo que les encomendaron fue vallar un terreno situado a la derecha de los barracones y destinado a sepultar a los futuros muertos del campo especial número 7. Alexander se admiró de la capacidad de previsión del NKGB, que acondicionaba el cementerio antes de que hubiera ninguna baja, y se preguntó dónde estarían enterrados los muertos de la etapa alemana, entre ellos el hijo de Stalin.

Mientras recorrían las instalaciones, les mostraron un pequeño recinto pegado a la valla principal y situado dentro del área industrial. En el interior había un foso de ejecución y al lado un crematorio. El guardián les explicó que era allá donde los asquerosos nazis ejecutaban a los prisioneros de guerra soviéticos, a los que obligaban a colocarse de pie junto a un poste para medirlos antes de dispararles en la nuca a través de un agujero de la pared.

—Les aseguro que ningún militar aliado ha visto este foso —declaró el guardián.

—¿Por qué será? —preguntó Alexander, meneando la cabeza con expresión

burlona.

El comentario le valió un golpe con la culata del fusil y un día de calabozo.

Alexander comenzó a trabajar en la zona de talleres, un recinto vallado donde los soviéticos se dedicaban a cortar troncos procedentes de los bosques de Oranienburgo. Al cabo de un tiempo se ofreció voluntario para talar árboles. A las siete y cuarto de la mañana, después del recuento, salía del campo con otros prisioneros y no regresaba hasta las seis menos cuarto de la tarde. Trabajaba sin descanso pero a cambio recibía más comida y podía salir al aire libre y estar a solas con sus pensamientos. A finales de septiembre, cuando empezó el frío, el arreglo ya no le pareció tan bueno. En octubre se moría por manejar un soplete o un martillo en alguno de los talleres, que al menos estaban caldeados. Pero tenía que seguir trabajando al aire libre, con las botas sujetas con cordeles y unos guantes agujereados (un fallo imperdonable en un guante). Afortunadamente, el continuo movimiento lo ayudaba a entrar en calor. Los diez guardianes que vigilaban a los veinte prisioneros iban bien abrigados, pero se pasaban las diez horas en el mismo sitio, dando saltitos sobre los pies helados. Verlos sufrir no era un gran consuelo.

El cementerio empezó a llenarse con la llegada del frío, y a Alexander le ordenaron cavar más tumbas. Los alemanes no lo estaban pasando bien en los campos dirigidos por los soviéticos. Habían resistido seis años de una guerra atroz, pero en el campo especial número 7 comenzaron a debilitarse. Cada vez había más gente, y cada vez había menos espacio libre. Los barracones ya estaban atestados y las literas que construían los prisioneros en la zona de talleres estaban cada vez más juntas.

El campo especial número 7, antes conocido como Sachsenhausen, no estaba administrado por el ejército soviético destacado en Berlín sino por la Dirección General de Campos de Trabajo, que recibía el nombre de Gulag.

El hecho de encontrarse en un presidio del Gulag resultaba insidiosamente descorazonador para Alexander y los cinco mil soviéticos que ocupaban el campo. Muchos de ellos ya habían sido prisioneros de guerra y sabían qué era la privación de libertad, pero mientras estuvieron en manos de los alemanes nunca habían tenido la sensación, ni siquiera en los inviernos más crudos, de que el encierro sería definitivo y fatal. Y es que por entonces todavía eran militares y no habían perdido la esperanza de la victoria, la huida o la liberación. En cambio, en la Alemania ocupada, la victoria ya se había producido, la liberación equivalía a una rendición y la huida era imposible. El momento, el lugar, la condena… eran el fin de toda esperanza, de toda fe, de todo.

✶

Poco a poco, el angustioso torrente de la memoria se fue aquietando.

Durante la guerra, Alexander se imaginaba a Tatiana con todos los detalles (su risa, sus bromas, su forma de cocinar…). En Katowice y en Colditz no quería

imaginarla, y sin embargo la imaginaba con todos los detalles.

En Sachsenhausen deseaba imaginarla con todos los detalles, pero no podía.

En Sachsenhausen, Tatiana había quedado contaminada por el Gulag.

*Alexander la toca. Tatiana se estremece y los espasmos de su cuerpo se transmiten hasta las manos de él. Alexander le sujeta las piernas y se mueve contra ella, y Tatiana gime, se estremece y de vez en cuando suspira «Ay, Shura», provocándole una excitación y un pavor devastadores. La excitación está en el interior de Tatiana. El pavor está en las manos de Alexander, aferradas al cuerpo estremecido de Tatiana mientras él se retira y oye un grito de frustración que no es el suyo. Tatiana es su privilegio, y Alexander la trata de acuerdo con sus necesidades, no las de ella. Sabe qué necesita: acercarla más a su corazón, sentir cómo se disuelve entre sus manos y lo envuelve. Cuanto más vulnerable se muestra ella, más hombre se siente él. A veces, lo que busca al estrecharla con fuerza contra sí es que Lazarevo no se desvanezca con la luna. No puede darle lo que ella más desea, lo que él más desea. Le da lo que puede.*

*—¿Te gusta, cariño? —susurra.*

*—Shura… —responde Tatiana, sin abrir los ojos.*

*Sus brazos rodean el cuello de Alexander.*

*—No has acabado… —dice él—. ¡Dios mío, estás temblando!*

*—No puedo, Shura, no puedo… ¡Ya está!*

*—Sí, cariño… Ya está.*

*Alexander cierra los ojos y la oye gritar.*

*Y gritar, y gritar.*

*Él no se detiene.*

*Gritar.*

*Ya soy un hombre. He conseguido que mi dama sagrada se estremezca entre mis manos y me he convertido en un hombre.*

*Gritar.*

*—Te amo, Tania —susurra con los ojos cerrados y la cara pegada a su pelo.*

*Y quiere gritar él también.*

*Tatiana debajo de él, acariciándole lánguidamente la espalda.*

*—¿Ya estás? —pregunta Alexander.*

*—Estoy lista para seguir —contesta Tatiana.*

*Alexander ni siquiera ha empezado.*

Ahora, eso era lo único que imaginaba Alexander. No había nada más. No había bosque ni luna ni río. No había cama ni sábanas ni césped ni hogueras. No había cosquillas ni juegos ni caricias preliminares ni caricias finales. No había principio ni fin. Sólo Tatiana debajo de él y Alexander encima de ella, estrechándola con fuerza. Los brazos de ella alrededor de su cuello, sus piernas rodeándole el cuerpo. Y ella

nunca estaba en silencio.

Porque había sido contaminada por el Gulag, donde no había hombres.

No somos hombres. No vivimos como hombres, no nos comportamos como hombres. No cazamos para comer (sólo yo, cuando no me miran los carceleros), no protegemos a las mujeres que nos aman, no construimos un cobijo para nuestra prole, no usamos las herramientas que nos proporcionó Dios. Nada nos ayuda a vivir, ni nuestro cerebro, ni nuestra fuerza, ni nuestro sexo.

La guerra te define. Durante la guerra sabías en todo momento quién eras: comandante, capitán, teniente o subteniente. Eras un guerrero. Ibas armado, conducías un tanque, dirigías a los soldados en el combate, obedecías órdenes. Había categorías y tareas y ritos de paso. No siempre dormías y no siempre llevabas la ropa seca y muchas veces pasabas hambre, y de vez en cuando sufrías el impacto de una bala o de un proyectil. Pero lo esperabas.

Aquí, no tenemos nada para darle a nadie. No es sólo que nos hayamos convertido en seres infrahumanos, en infrahombres, es que hemos perdido precisamente lo que nos hacía ser quienes éramos. Ya no luchamos, como hacíamos durante la guerra. Entonces éramos animales, pero al menos éramos animales machos. Nos impulsábamos, nos introducíamos entre las líneas enemigas, penetrábamos entre sus defensas, rompíamos el cerco, luchábamos como machos.

Y ahora quieren reformarnos y devolvernos a la sociedad convertidos en eunucos. Volveremos emasculados junto a nuestras infieles esposas, a ciudades en las que ya no podremos vivir, a una vida que ya no podremos soportar. No nos han dejado ninguna virilidad que pueda ser útil para alguien, para nosotros mismos, para nuestras mujeres o para nuestros hijos.

Lo único que tenemos es el pasado, un pasado que detestamos y diseccionamos y estrujamos con nuestras propias manos. Un pasado en el que éramos hombres, nos comportábamos como hombres, trabajábamos como hombres y luchábamos como hombres.

Y amábamos como hombres.

Si al menos…

Sólo tienen que pasar otros nueve mil días como éste.

Hasta que…

Nos devuelvan al mundo que salvamos de Hitler.

*Al cabo de poco, hasta sus senos se habían alejado, al igual que su rostro y la voz que gritaba su nombre. Todo se había ido.*

*Lo único que quedaba era el impacto de su virilidad sobre sus gemidos femeninos.*

*Y después de un tiempo, incluso eso se había alejado.*

Alexander alzó las manos, se detuvo un momento, consciente de la presencia del

bosque, y descargó el hacha con fuerza. Cada golpe marcaba otro corte en su vida.

¿Cómo se había rendido tan pronto? ¿Por qué no lo había meditado un poco más? ¿Cuántas veces lo acercaría el azar a Finlandia? ¿Qué habría pasado si, en lugar de rechazar el camino que se abría frente a él en su juventud, hubiera aceptado humildemente la propuesta de los dioses?

Siempre había estado envuelto en alguna otra cosa.

El hijo de Stepanov… Aquel día, Alexander no podría haber hecho nada más que lo que hizo.

Sin embargo, cuando se enfrentó con los finlandeses en Carelia, ¿no podía haber actuado de otra manera? Llevaba una automática y estaba frente a cinco milicianos del NKVD armados con fusiles de una sola carga. Sólo hubiera necesitado unos segundos para matarlos, y ahora sería libre.

Pero no. Había tenido que esperar a que Dimitri acabara con Tatiana y con él…

Alzó otra vez el hacha, incapaz de decir nada.

Podía haber huido y olvidarla, dejar que ella lo olvidara a él. Tatiana habría seguido viviendo en Leningrado tras la guerra, se habría casado y tendría dos habitaciones que ocuparía con su marido y su suegra. Habría tenido un hijo y nunca habría sabido cuál era la diferencia. Pero Alexander sí sabía cuál era la diferencia. Los dos lo sabían. Ahora están separados… y la diferencia es que Tatiana usa maquillaje y zapatos de tacón y dice a los soldados que vuelven de la guerra y la cortejan: «Tuve un marido al que debía fidelidad, pero ya ha muerto… ven a bailar conmigo… admira mi pelo y mis zapatos de tacón… bailemos para olvidar la guerra… estoy viva, viva, viva, y él está muerto… estaba triste, pero la guerra terminó y volví a respirar y ahora estoy bailando…».

Alexander alzó el hacha.

Respiro el aire que viene de la tierra congelada, respiro el aire frío que me invade los pulmones y que al exhalarlo se convierte en fuego.

Si no huí, fue porque mi arrogancia me hizo creer que en cualquier momento podría escapar. Pensaba que era inmortal, que la maldita muerte nunca me alcanzaría porque yo era más fuerte y más listo que ella, más fuerte y más listo que la Unión Soviética. Me lancé al Volga desde una altura de treinta metros, crucé medio país sin llevar nada conmigo, me salvé de Kresti y de Vladivostok y del tifus.

Pero no me salvé de Tatiana.

Tendré cincuenta y un años cuando me dejen salir.

Se sentía tan viejo, después de haber sido tan joven al lado de ella…

Alexander llevaba demasiadas horas en el bosque, solo con sus pensamientos. Lo envolvía un silencio fantasmal, pavoroso y gélido. Miró en derredor y oyó un ruido. No sabía qué era, pero le resultaba familiar. Contuvo el aliento. ¿Lo oiría otra vez?

¡Ajá! A escasa distancia, sonó una leve risa. Alexander colocó un tronco sobre el soporte y alzó el hacha, pero no se movió.

Volvió a oír aquel sonido leve y trémulo, tan familiar que le dolieron los huesos.

«Tatiana», susurró Alexander.

*Tatiana se le acerca, pálida. Lleva un bañador a topos y le ha crecido el pelo. Se le acerca y se sienta sobre el tronco, no lo deja seguir cortando leña. Alexander enciende un cigarrillo y la observa en silencio. No sabe qué decirle.*

*—Alexander. —Es ella la que habla primero—. Estás vivo y has envejecido. ¿Qué te ha pasado?*

*—¿Qué aspecto tengo? —pregunta él.*

*—El de un hombre de cincuenta años.*

*—Tengo cincuenta años.*

*Tatiana sonríe.*

*—Tú tienes cincuenta y yo diecisiete. —Emite una risa melodiosa—. Qué injusta es la vida. ¡La, la, la…!*

*—¿Te acuerdas de Lazarevo, Tania? ¿Recuerdas el verano del 42?*

*—¿Qué verano del 42? Fallecí en el 41 y tendré diecisiete años durante toda la eternidad. ¿Te acuerdas de Dasha? ¡Ven, Dasha! ¡Mira a quién me acabo de encontrar!*

*—¿Qué dices, Tania? Mírate: no estás muerta. Espera, no llames a Dasha.*

*—¡Ven, Dasha! Claro que estoy muerta. ¿Pensabas que mi hermana y yo podríamos sobrevivir al asedio de Leningrado? Era imposible. Llegó la mañana en que ya no fui capaz de levantar el cubo de agua o de bajar a la calle a por las raciones de comida. Nos tumbamos las dos en la cama, se estaba bien, no podíamos movernos, nos tapamos con una manta, el fuego se apagó, se acabó el pan, ya no volvimos a levantarnos.*

*—Espera…*

*Tania le sonríe con sus dientes blancos, sus pecas, sus trenzas, sus pechos, con todos los detalles.*

*—¿Por qué estás cortando leña, Alexander?*

*—¿Y a mí qué me pasó, Tania? ¿Por qué no te ayudé?*

*—¿Ayudarme cómo?*

*—Llevándote pan, dándote mis raciones de comida… ¿Por qué no te saqué de Leningrado?*

*—¿Qué quieres decir? Después de septiembre, no volvimos a verte. ¿Adónde fuiste? Dijiste que te casarías con Dasha y desapareciste. Ella pensó que habías huido de ella.*

*—¿De ella? —dice Alexander, desconcertado—. ¿No de ti?*

*—¿De mí? —repite jovialmente Tania.*

*—¿Qué me dices de nuestra conversación en San Isaac, qué me dices de Luga?*

*—¿Por qué hablas de San Isaac o de Luga? ¿Dónde andas, Dasha? ¡Ven! ¡No vas a creer a quién me acabo de encontrar!*

*—¿Por qué actúas como si no supieras de qué hablo, Tania? —insiste Alexander*

*—. ¡Me vas a romper el corazón! Por favor, deja de fingir y dime una palabra de consuelo.*

*Tania deja de saltar de repente, sus trenzas dejan de bailar, se vuelve a mirar a Alexander.*

*—¿Qué decías, Alex?*

*—¿Cómo me has llamado?*

*—Alex.*

*—Nunca me llamaste así.*

*—¿Qué quieres decir? Siempre te llamábamos Alex…*

*Alexander, para no volverse loco, lucha desesperadamente por despertarse e interrumpir el sueño. Pero no duerme: está despierto y tiene el hacha frente a él. Y Tatiana está dando saltitos sobre una sola pierna.*

*—¿Qué me dices de Luga, Tania?*

*—Teníamos una dacha en Luga. Pensábamos que podríamos instalarnos allá después de la guerra, pero no lo conseguimos.*

*—¿Cómo me has reconocido? —pregunta Alexander—. ¿Cómo sabes con quién estás hablando?*

*—¿Qué quieres decir? —Su risa cantarina dibuja ondas en la superficie del río —. Eres el novio de mi hermana.*

*—¿Y cómo nos conocimos tú y yo?*

*—Nos presentó ella. Llevaba semanas hablando de ti, y un día viniste a cenar.*

*—¿Cuándo?*

*—No lo sé, en julio.*

*—¿No fue el 22 de junio cuando nos conocimos? Era el primer día de la guerra y coincidimos en la parada del autobús, ¿no te acuerdas?*

*—¿El 22 de junio? No, no fue entonces.*

*—¿No estabas sentada en un banco, comiéndote un helado?*

*—Sí…*

*—¿Y no se quedó mirándote un soldado (que era yo) desde el otro lado de la calle?*

*—No había ningún soldado —dice Tatiana con convicción—. La calle estaba desierta. Terminé el helado y cogí el autobús para ir a la avenida Nevski. Compré caviar en Elisei. Pero no duró mucho, no nos ayudó a pasar el invierno.*

*—¿Y yo dónde estaba? —exclama Alexander.*

*—No lo sé —contesta Tatiana con una voz aguda, sin dejar de dar saltitos—. Yo no vi a nadie.*

*Alexander, muy pálido, la mira a los ojos. La expresión de Tatiana no refleja cariño… sólo diversión.*

*—¿Por qué no ayudé a tu hermana durante el asedio? —Consigue pronunciar.*

*Tatiana baja la voz y responde en un susurro nervioso:*

*—No sé si será verdad, Alexander, pero Dimitri nos contó que habías huido tú*

*solo a Estados Unidos. ¿Es cierto? ¿Nos abandonaste? —Tatiana se echa a reír—. ¡Qué maravilla, Estados Unidos! ¡Ven aquí, Dasha! —Se vuelve hacia Alexander—. Dasha y yo hablamos mucho de tu huida en los meses del invierno, estábamos tumbadas en la cama y decíamos: «Seguro que Alexander no pasa hambre ni frío. ¿Crees que en Estados Unidos encenderán la calefacción durante la guerra? ¿Tendrán pan blanco?».*

*Hace rato que Alexander se ha dejado caer de rodillas sobre la nieve.*

*—Tania, Tania… —suplica con voz desesperada, alzando la vista hacia sus ojos.*

*—¿Cómo me has llamado?*

*—Tatiasha, esposa mía… Tania, madre de mi hijo… ¿no te acuerdas de Lazarevo?*

*—¿De qué? —dice Tatiana, frunciendo el ceño—. Qué raro estás, Alexander. ¿De qué me hablas? No soy tu esposa, nunca me he casado con nadie. —Suelta una risita y se encoge de hombros—. ¿Tu hijo? Sabes perfectamente que nunca he tenido novio. —Sus ojos parpadean—. Eso quedaba para mi querida hermana. Ven aquí, Dasha, mira a quién acabo de encontrar. Háblame de tu novio Alexander. ¿Cómo es?*

*Tatiana se aleja sin mirar atrás, y su risa se desvanece.*

*Alexander soltó el hacha, se puso en pie y echó a andar.*

Lo capturaron en el bosque, lo devolvieron al campo y lo metieron en el calabozo. Cuando llevaba dos semanas encerrado, abrió los grilletes con un alfiler que había conseguido esconder en una bota. Volvieron a ponerle grilletes en las piernas y le quitaron las botas, pero Alexander abrió los grilletes con un trocito de metal que encontró en el suelo de la celda de aislamiento. Le dieron una paliza y lo dejaron veinticuatro horas colgado de los pies, cabeza abajo. Terminó con las muñecas dislocadas por los esfuerzos que hizo para mantenerse erguido.

Lo llevaron otra vez a la celda y lo dejaron tirado sobre la paja, con los brazos encadenados por encima de la cabeza. Tres veces al día entraba un guardián y le embutía un poco de pan por el gaznate.

Un día, Alexander apartó la cara y no quiso el pan, aunque aceptó el agua.

Al día siguiente, volvió a rechazar el pan.

Dejaron de darle pan.

Una noche abrió los ojos y sintió frío y sed. Estaba muy sucio y le dolía todo el cuerpo. No podía moverse. Intentó cubrirse con paja, pero no le sirvió de nada. Volvió la cara a un lado y clavó la mirada en la oscura pared. Se volvió hacia el otro lado y pestañeó.

*Harold Barrington estaba en cuclillas, con la espalda apoyada en la pared. Vestía unos pantalones anchos y una camiseta blanca y se había peinado. Parecía joven, más joven que Alexander. Llevaba mucho rato sin decir nada. Alexander lo miró sin pestañear: temía que su padre desapareciera si lo hacía.*

*—Papá… —susurró.*

*—¿Qué te ha pasado, Alexander?*

*—No lo sé. Creo que todo ha acabado ya para mí.*

*—Nuestro país de adopción te ha dado la espalda.*

*—Así es.*

*—Ya te traicionó una vez con esta guerra absurda, y volvió a traicionarte cuando no quiso tratarte como un ser humano en los campos de prisioneros, y ahora te traiciona por tercera vez, cuando te castiga por ayudarlo a salvar su forma de vida.*

*—Así es. Y mis amigos han muerto o han desaparecido.*

*—Olvídate de ellos. ¿Te has casado?*

*—Sí, me casé.*

*—¿Dónde está tu mujer?*

*—No lo sé. —Alexander hizo una pausa—. Hace años que no la veo.*

*—¿Te está esperando?*

*—Creo que ya hace mucho que rehízo su vida.*

*—¿Y tú, has rehecho tu vida?*

*—Sí —respondió Alexander—. Yo también, y ahora disfruto de la vida que construí para mí.*

*Harold guardó silencio en la oscuridad.*

*—No, hijo —dijo al final—. Disfrutas de la vida que yo construí para ti.*

*Alexander estaba tan asustado que no pestañeó.*

*—Pensaba que llegarías muy lejos, Alexander. Y tu madre también lo pensaba.*

*—Ya lo sé, papá. Y durante un tiempo no me fue mal.*

*—Yo había imaginado otra vida para ti.*

*—Yo también.*

*Harold se colocó a su lado.*

*—¿Dónde está mi hijo? —susurró—. ¿Dónde está mi niño, el niño al que puse el nombre de Alexander Barrington? Quiero que vuelva, quiero tomarlo en brazos y llevarlo a la cuna, como hacía cuando era recién nacido.*

*—Aquí estoy —dijo Alexander.*

*—Pídeles pan, Alexander —dijo Harold, con voz débil—. Por favor, no seas tan orgulloso.*

*Alexander no respondió.*

*Harold se acercó a su oído y susurró:*

*Si puedes mantener en la ruda pelea*
*alerta el pensamiento y el músculo tirante*
*para emplearlos cuando todo flaquea,*
*menos la voluntad que te dice: «¡Adelante…!».*

*Esta vez, Alexander parpadeó. Y Harold ya no estaba.*

# Capítulo 36

*Nueva York, diciembre de 1945*

—¿Jeb podrá ser mi papá, mami? —preguntó Anthony mientras su madre lo arropaba.

—Me parece que no, cariño —respondió Tatiana.

—¿Y Edward?

—Edward quizá sí. ¿Te gusta Edward?

—Sí, es bueno conmigo.

—Sí, cariño. Edward es un buen hombre.

—Cuéntame un cuento, mami.

Tatiana se arrodilló junto a la cama de su hijo y juntó las manos como si rezara.

—¿Quieres que te cuente el del Osito Pooh, que encontró un tarro de miel que nunca se acababa y engordó y engordó y tuvo que ponerse a dieta…?

—No, ése no. Uno de «tedor».

—No sé ningún cuento de terror.

—Uno de «tedor» —insistió el niño en un tono que no admitía discusiones.

Tatiana lo pensó un poco.

—De acuerdo: te contaré la historia de Dánae, la mujer del cofre.

—¿La mujer del cofre?

—Eso es. En museo muy importante de Leningrado, la ciudad donde yo nací, había un cuadro de Dánae pintado por Rembrandt. Pero cuando estalló la guerra tuvieron que vaciar el museo y no sé si ese cuadro y los demás están a salvo.

—Cuéntame la historia de la mujer del cofre, mamá.

Tatiana tomó aliento y empezó a hablar.

—Había una vez un hombre muy cobarde que se llamaba Acrisio y tenía una hija que se llamaba Dánae…

—¿Dánae era joven?

—Sí.

—¿Era una linda «princeza»?

Anthony soltó una risita.

—Sí. —Tatiana hizo una pausa—. Pero Acrisio escuchó al oráculo…

—¿Qué es «oráculo»?

—Alguien que puede ver el futuro… Y Acrisio se asustó mucho porque el oráculo le había dicho que el hijo de Dánae lo mataría.

—¿No quería que lo mataran?

—No. Por eso encerró a Dánae en una torre de bronce, para que nadie pudiera acercarse a ella y hacerle un niño.

Anthony sonrió.

—¿Y entró alguien?

—Sí: entró Zeus. —Tatiana juntó las manos—. El dios Zeus se transformó en una lluvia de oro, entró en la torre de bronce y amó a Dánae… y le dio un hijo, un niño. ¿Sabes qué nombre le pusieron? Lo llamaron Perseo.

—Perseo… —repitió Anthony.

Tatiana asintió.

—Cuando Acrisio descubrió que su hija había tenido un niño, se asustó tanto que no sabía qué hacer. No se atrevía a matarlo pero no podía dejarlo vivo. Por eso encerró a la madre y al niño en un cofre de madera y los arrojó al mar en plena tormenta.

Anthony la escuchaba embobado.

—No tenían comida y el cofre se agitaba con el fuerte oleaje. Dánae tenía mucho miedo. —Tatiana sonrió—. Pero Perseo sabía que su padre no dejaría que les sucediera nada malo. —Hizo una pausa—. Y así fue: Zeus pidió ayuda a Poseidón, el dios del mar, y Poseidón calmó las aguas y permitió que el cofre llegara sin problemas a las costas de una isla griega.

Anthony sonrió.

—Sabía que se salvarían. —Respiró hondo—. ¿Y vivieron felices para siempre jamás?

—Sí…

—¿Qué fue de Perseo?

—Un día, cuando seas mayor, te contaré qué futuro le esperaba a Perseo.

—¿Harás de oráculo?

—Eso es.

—¿No murió?

—No. Creció y se volvió un hombre muy guapo. Los isleños sabían que era de alta cuna… no sólo hijo de un rey, sino el hijo de un dios. De mayor, Perseo se convirtió en un hombre fuerte que siempre ganaba a sus rivales en los juegos, pero él quería someterse a pruebas más difíciles, para demostrar su heroísmo.

Anthony miró muy serio a su madre.

—¿Llegó a ser un héroe?

—Sí, hijo —respondió Tatiana—. Llegó a ser un gran héroe. Cuando seas mayor te contaré qué les hizo a la Gorgona, la Medusa y el monstruo marino… Ahora no, porque no quiero que tengas pesadillas. Quiero que sueñes con algodones de azúcar y con el juego del escondite. ¿Entendido?

—Espera un momento, mamá… ¿El oráculo tenía razón? ¿Perseo mató al hombre?

—Sí, hijo. Perseo mató a Acrisio sin darse cuenta de lo que hacía.

—Entonces Acrisio hizo bien arrojándolo al mar.

—Supongo que sí. Pero no le sirvió de nada, ¿verdad?

—No. Esta historia no era de «tedor», mami. ¿Me contarás otro día la del monstruo marino?

—Puede. Dame un beso, cariño.

Tatiana salió de la habitación y cerró la puerta detrás de ella.

✶

Vikki había ido a la fiesta de Navidad del hospital. Tatiana no había querido acompañarla. Estaba sentada a la mesa de la cocina, con una taza de té y el *New York Times*, oyendo la lectura de las actas del proceso de Nuremberg en la radio, cuando sonó el timbre.

Era Jeb. Llevaba puesta la chaqueta blanca de marino y se veía alto y corpulento y…

—¿Qué haces aquí? —preguntó Tatiana, sorprendida. No lo esperaba.

—He venido a verte —dijo Jeb, apartándola y entrando en la casa.

—Pasa… —murmuró Tatiana, y cerró la puerta—. Es un poco tarde.

—¿Tarde para qué?

—¿Quieres una taza de té? —preguntó Tatiana, camino de la cocina.

—¿Tienes cerveza?

—No. Sólo té.

Le sirvió un té y se sentó junto a él en el sofá, nerviosa y tensa. Jeb tomó sólo un sorbito y apartó la taza.

—Qué silencio —dijo—. ¿No está Vikki?

—Ha salido un momento —respondió Tatiana.

—¿A las once de la noche?

—Volverá enseguida.

—Ya. —Jeb le lanzó una mirada de soslayo—. Oye, he estado pensando que tú y yo nunca hemos tenido ocasión de estar a solas.

Le colocó una mano en el muslo.

—Ah, ¿no?

Tatiana no se apartó.

—No. ¿Por qué no vienes a mi casa?

—¿No compartes piso con Vincent?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—No estaremos a solas tampoco.

—Ya, pero aquí están siempre Vikki y Anthony —dijo Jeb, insistente.

—No puedo dejar a Anthony en ningún sitio —contestó Tatiana, mirándolo de reojo.

—Ya. ¿Y ahora duerme?

—Sí, pero tiene un sueño intranquilo.

—Ya.

Jeb la tumbó sobre el sofá y acercó la boca a su cara.

—Espera… —dijo Tatiana, apartándose—. No me dejas respirar…

Intentó zafarse de Jeb, pero él no tenía ninguna intención de soltarla.

—Hueles tan bien… —exclamó Jeb—. Y estamos solos.

—Aparta, por favor.

—Tania, bonita… No sabes con quién estás hablando.

—Tú tampoco sabes con quién estás hablando —declaró Tatiana, que por fin logró apartarse y cayó al suelo. Jadeando, añadió—: Lo siento, Jeb, estoy cansada y mañana tengo que levantarme muy temprano. Te agradecería que te marcharas.

—¿Marcharme? —dijo Jeb, irritado—. No voy a irme a ninguna parte hasta que… ¿Por qué te crees que he venido? —estalló.

—No lo sé, Jeb, y no quiero imaginarlo. Supongo que a discutir conmigo, pero yo no estoy de humor para discutir.

—No quiero discutir contigo, Tatiana —dijo Jeb, levantándose del sofá e inclinándose hacia ella—. Lo que quiero es otra cosa.

—Pues yo no quiero ni discutir ni ninguna otra cosa —dijo Tatiana, enojada con él, con su estatura, con su pelo, con su uniforme de marino, y sintiendo también un poco de desprecio por sí misma un desprecio que se mezclaba con el remordimiento y con una súbita lucidez.

¿Cómo podía haber sido tan transparente?

—Me has estado provocando, Tania —declaró Jeb, sentándose en el sofá.

—No era mi intención. Estábamos conociéndonos, eso es todo.

—¡Por supuesto! Francamente, me apetece conocerte un poco mejor.

Tatiana dirigió una mirada fría a Jeb, que se había sentado con las piernas muy abiertas y con los brazos extendidos en el respaldo del sofá.

—Tengo al niño en la habitación. ¿Cómo se te ocurre gritar de esta manera? —protestó Tatiana, encaminándose hacia la puerta.

Jeb se levantó de un salto y la agarró por el brazo.

—No me iré.

—Te irás, Jeb —dijo Tatiana—. Si quieres volver a verme, vete ahora mismo.

—¿Es una amenaza? —preguntó Jeb, tirándole del jersey—. ¿Qué vas a hacer? —Se rio—. ¿Echarme a patadas? ¿Detenerme?

—Sí y sí —dijo Tatiana.

Jeb se abalanzó sobre ella y la acercó hacia él.

—¿Te crees que no me he dado cuenta de cómo me miras? —preguntó en un susurro—. Sé que tú también lo deseas, Tania.

—¡Déjame! —exclamó Tatiana, intentando zafarse de él.

Sintió una súbita tristeza por sí misma.

Jeb se rio y la estrechó más contra él. Tatiana le agarró un brazo y le dio un fuerte pellizco en la muñeca.

—¡Contrólate!

—¡Ay! —se quejó Jeb—. ¿Te gusta la brusquedad? ¿Eso es lo que quieres?

Tiró de ella y la tumbó boca arriba en el sofá.

—¿No me has entendido? —balbuceó Tatiana—. No quiero nada. Cometí un error.

—Es tarde para errores, guapa. Me he cansado de tener tantos miramientos…

Tatiana estaba atrapada debajo de él y sentía tal asco por sí misma que no sabía qué hacer. «Alexander me amaba —pensó—. Ésta no puede ser mi vida». Fingió que daba un beso a Jeb y le dio un mordisco que le desgarró el labio. Jeb soltó un chillido y Tatiana lo empujó y se puso de pie de un salto. Él también se incorporó y le dio un puñetazo en la cara antes de que ella pudiera esquivarlo. Tatiana vio un fogonazo blanco y se desplomó en el suelo. Oyó un ruido en el dormitorio y cuando intentó incorporarse vio a su hijo de pie junto a la puerta del dormitorio, pegado a la pared, mirando a Jeb y temblando.

—No hagas daño a mi mama —dijo Anthony con una vocecita asustada.

Tatiana gateó hacia el niño.

Jeb soltó una palabrota y se limpió la sangre de la cara.

Tatiana se llevó al niño al dormitorio.

—Pase lo que pase, no salgas, ¿me oyes? —le dijo en un susurro.

Abrió el armario y extendió la mano para coger la mochila negra.

Anthony la miraba sin decir nada, con los labios temblorosos.

—¿Lo has entendido? Pase lo que pase, no salgas.

El niño asintió.

Tatiana cerró la puerta de la habitación tras ella. Le sangraba la nariz y se notaba un ojo hinchado.

Miró a Jeb como si no lo hubiera visto nunca. ¿Por qué se había dejado arrastrar por su parecido con Alexander? Creyó que si lograba sustituir una pequeña parte de lo que Alexander había significado para ella, si podía sustituir lo que tanto añoraba de su marido, se sentiría mejor, podría encontrar algo de consuelo. Y aquél era el resultado.

Con la respiración acelerada, Tatiana apuntó con la P-38 a Jeb, que la miraba jadeante y sonriente.

—¡Sal de mi casa!

Jeb observó sorprendido la pistola y se echó a reír.

—¿De dónde demonios has sacado este juguetito?

—Mi marido, el padre de mi hijo, me lo dio para que pudiera defenderme de los caníbales —explicó—. Era comandante del Ejército Rojo y me enseñó a disparar. Así que sal de mi casa.

Estaba de pie, con las piernas separadas, y sostenía la pistola con las dos manos.

—Pero ¿está cargada? —preguntó desdeñosamente Jeb.

Tatiana hizo una pausa, amartilló la pistola, apuntó un poco a la izquierda de la cara de Jeb, tomó aliento y disparó. Jeb se tambaleó y se desplomó en el suelo. La bala agujereó el yeso de la pared y quedó empotrada en el revestimiento de ladrillo del edificio. El disparo había sonado con estruendo, pero Anthony no salió de la

habitación. En el piso inferior se oyeron tímidos golpes de protesta de los vecinos.

Tatiana se acercó a Jeb y le dio un golpe en la cara con la culata del arma.

—Sí, está cargada —declaró—. Y ahora, lárgate de una puta vez.

—¿Te has vuelto loca? —chilló Jeb, levantando las manos hacia ella.

Tatiana se alejó unos pasos y volvió a apuntar.

—¡Te arrepentirás! Quiero que sepas que no me verás más —exclamó Jeb, poniéndose de pie. Tatiana seguía apuntándolo con la pistola.

—Lo superaré… ¡Lárgate!

Cuando Jeb se hubo marchado, Tatiana cerró la puerta del piso con llave y puso la cadenilla de seguridad. Se lavó la cara y las manos y entró a ver a su hijo, al que encontró acurrucado en un rincón. Lo metió en la cama y lo arropó, pero fue incapaz de hablar. Le palmeó el hombro por encima de la colcha y salió del dormitorio.

A pesar del frío, Tatiana se sentó en el rellano de la escalera de incendios. Seis pisos más abajo sonó el ulular de una ambulancia que pasaba a toda velocidad por la calle Church.

«No puedo seguir viviendo así», pensó Tatiana.

«Me tumbaré en el trineo, cerraré los ojos y él me arrastrará por las calles nevadas hasta la casa de Quinto Soviet, pero cuando lleguemos no sentiré el tacto de su mano en mi mejilla».

Tatiana miró la pistola que tenía en el regazo, con siete balas en la recámara, y pensó: «Sólo se necesita una fracción de segundo, una milésima de segundo, para que todo acabe. Así de fácil».

Cerró los ojos. «Qué alivio no tener que despertarse nunca más. No tener que despertarse y pensar en él tendido sobre el hielo».

«Qué alivio, no sentir este ahogo.

»No amar.

»No herir, ni desear, ni sentir pesar. Como si el pesar no fuera sólo mi derecho, mi prerrogativa, mi privilegio, sino también mi castigo. Acaricio mi pesar como antes lo acariciaba a él; mientras el pesar esté aquí, él está aquí; mientras siga fingiendo que vivo, puedo estar cerca de él. Lo he mantenido a raya durante casi tres años, guardado en la carreta de la desesperación. Ahora estoy desconsolada, dejadme en paz, dejadme contemplar mi pesar con toda mi pasión y todo mi ardor.

»Pensábamos que mi fuerza me permitiría superarlo, pensábamos que sería capaz de sobrevivir a todo esto.

»Pero nos equivocábamos.

»Al parecer, no consigo superar tu ausencia.

»Y sin embargo, es lo que más ansío…

»Qué alivio sentiría, qué placer, si no tuviera que vivir por los dos». Tatiana alzó las manos y miró la pistola.

En la hora más negra de su vida, Tatiana oyó la voz de su hijo:

—¡Mamá!

El niño, con los labios temblorosos, estaba de pie junto a la ventana abierta y miraba a su madre, que sostenía la pistola en sus manos.

—Vuelve a tu habitación, Anthony —dijo Tatiana.

—No. Ven a arroparme.

—Vete a la cama, voy enseguida.

—No, ven ahora.

El niño se echó a llorar.

Tatiana clavó la vista en la pistola. La dejó en el rellano de la escalera de incendios y entró en la casa.

Acostó a su hijo y lo arropó.

—Ahora vendrá Vikki —susurró.

—No —protestó Anthony—. No quiero que venga Vikki, quiero que te eches a mi lado.

—Anthony…

—Échate a mi lado, mamá…

Sin desvestirse, Tatiana se acomodó en la cama, moviendo con lentitud la cabeza magullada, y rodeó los hombros de su hijo con el brazo.

—Quédate a dormir aquí, mami —dijo Anthony.

Estuvieron varios minutos en silencio.

—Todo irá bien, hijo mío —dijo Tatiana al cabo de un rato—. Te lo prometo. Es una promesa de tu padre: todo irá bien.

—¿Papá era comandante del Ejército Rojo? —preguntó Anthony en voz baja.

—Sí.

Una pausa.

—Él no habría fallado.

—Shh, Anthony…

Tatiana pensó en el futuro.

Seguiría viviendo a pesar del miedo. Peor aún: viviría a pesar de la muerte, amaría a pesar de él. «Valor, Tatiana. Valor, cariño. Valor mujer. Levántate, hazlo por mí, sigue adelante. Sigue adelante, cuida de tu hijo, y yo cuidaré de ti».

Alexander, su ángel guardián, el dulcísimo ángel que flotaba sobre la acongojada Tatiana y susurraba: «Tania, ¿recuerdas lo que dijiste en el “Camino de la Vida”, cuando tu hermana agonizante no podía dar un paso más y estaba a punto de desplomarse sobre la nieve? Le dijiste: “Vamos, Dasha, levántate, Alexander está intentando salvarte, demuéstrale que tu vida tiene sentido. Levántate, Dasha, y sigue avanzando hasta el camión”.

»Pues eso mismo es lo que yo te digo ahora: “Demuéstrame que tu vida tiene sentido. Levántate, Tania, y sigue avanzando hasta el camión”».

Tatiana no se apartó del lado de Anthony hasta que el niño se durmió. Era muy tarde y Vikki todavía no había vuelto a casa. Tatiana se levantó de la cama y guardó otra vez la pistola en la mochila. Sin mirar el interior, se quitó las alianzas que llevaba

al cuello, las besó apresuradamente y las metió también en la mochila, para que descansaran junto al ejemplar de «El jinete de bronce», junto a la gorra de Alexander, junto a la foto del momento en que le entregaban la medalla al valor por rescatar a Yuri Stepanov, junto a la medalla que le habían concedido por rescatar al doctor Matthew Sayers del lago helado, el emblema de Héroe de la Unión Soviética. Alianzas, medallas, fotos, libro, dinero, gorra. La foto de la boda.

En la mochila estaba todo eso, y Alexander también.

Y Tatiana.

# Capítulo 37

*Nueva York, enero de 1946*

Año Nuevo. Tatiana, con un ojo hinchado, fue a Central Park a patinar sobre hielo con Vikki y con Anthony.

A la vuelta, cuando se acercaban a la parada de autobús de la calle Cincuenta y nueve, Vikki miró muy seria a Tatiana.

—¿Qué pasa? —preguntó Tatiana.

Vikki no contestó.

—¿Qué pasa?

—Hemos dejado atrás tres cabinas de teléfono.

—¿Y?

—¿No vas a pedirme que espere un momento con Anthony mientras tú haces la llamada habitual?

Tatiana dirigió la mirada al final de la Quinta Avenida.

—No —respondió—. ¿Crees que Edward aceptaría salir otra noche conmigo?

—¡Estará encantado! —respondió Vikki, con una gran sonrisa.

✶

Edward y Tatiana estaban sentados en el comedor del hospital universitario, frente a dos platos de sopa y dos sándwiches de atún. A Tatiana le encantaban los sándwiches de atún con lechuga, tomate y mayonesa. No había probado el atún hasta trasladarse a Estados Unidos. Y tampoco la lechuga.

—¿Has tenido un ojo amoratado, Tania?

Tendría que haber tenido en cuenta que Edward era médico y no se le escapaba nada…

—Me caí. No te preocupes. —Tatiana extendió el brazo sobre la mesa y tomó la mano de Edward—. ¡Dicen que *Mildred Pierce* es una obra maestra! ¿Quieres que vayamos a verla?

—Claro. ¿Cuándo?

—¿Qué te parece el viernes por la noche? Ven a buscarme al salir del trabajo. Podemos cenar en casa y luego ir al cine.

—¿Quieres que vaya a tu casa por la noche? —preguntó cautelosamente Edward tras una pausa.

—Claro.

Edward lanzó una mirada a la mano de Tatiana apoyada en la suya y otra mirada a Tatiana.

—Aquí pasa algo… ¿Has sabido que sólo te quedan cinco días de vida?

—No —respondió Tatiana—. ¡He sabido que me quedan setenta años de vida…!

✶

Al día siguiente, mientras Tatiana cumplimentaba los datos de un refugiado polaco, una compañera se le acercó y le dijo en un susurro:

—Ha venido un señor que pregunta por ti.

Tatiana no levantó la vista del impreso de solicitud de residencia.

—¿Quién es?

—No lo conozco. Dice que es del Departamento de Estado.

Tatiana alzó la vista de inmediato.

En el pasillo estaba esperándola Sam Gulotta.

—¿Cómo estás, Tatiana? —la saludó Sam—. ¿Cómo fue la Nochevieja?

—Estoy bien, gracias, ¿y tú? —contestó Tatiana.

Incapaz de añadir nada más, se apoyó contra la pared para no dejar traslucir su nerviosismo.

—Pensaba que me llamarías —dijo Sam.

Tatiana se encogió de hombros con cautela. No quería que Sam la viera temblar.

—No quería molestarte más. Has tenido mucha paciencia conmigo en estos años…

Sam alzó la cara y dirigió la mirada al final del pasillo.

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar?

Salieron a la calle y se sentaron en un banco, junto a los columpios donde solía jugar Anthony.

—Pensaba que me llamarías —repitió Sam.

—¿Qué pasa? —dijo Tatiana—. ¿Todavía me buscan?

Sam negó con la cabeza. Tatiana se aferró al borde del banco, por suerte el castañeteo de sus dientes podía achacarse al frío.

—¿Tienes información? —preguntó en un susurro—. ¿Ha muerto?

—Sí tengo información. Alguien hizo una consulta sobre Alexander. Como siempre, su expediente fue a parar al departamento equivocado, en este caso la Delegación de Asuntos Internacionales, que lo envió a la Oficina de Población, Inmigración y Refugiados. Allí dijeron que el caso no entraba en sus competencias y lo enviaron a la oficina Ejecutiva de Inmigración, asociada al Departamento de Justicia. —Sam meneó la cabeza—. Alguien debería explicarles la diferencia entre «inmigración» y «emigración…».

—Sam… —fue todo lo que dijo Tatiana.

—Sí, perdona. Quería que entendieras cómo funciona la burocracia administrativa… ¡Pueden pasar milenios hasta que respondan algo! En fin, te cuento: un tal Paul Markey, soldado de la 273 División de Infantería, llamó este verano al Departamento de Estado para preguntar si un tal Alexander Barrington era ciudadano norteamericano.

Tatiana se echó a temblar y se aferró al banco con más fuerza. Estuvo un buen

rato sin poder decir nada.

—Tania…

—¿Quién es ese tal Markey, Sam?

La voz no parecía la de Tatiana.

—Paul Markey, nacido en Des Moines (Iowa), veintiún años. Estuvo tres años en las fuerzas armadas y luchó en Europa como soldado raso. La semana pasada llamé a su casa y hablé con su madre. —Sam bajó la cabeza—. Se licenció del ejército el verano pasado, y me imagino que fue entonces cuando presentó la consulta. Pero las noticias no son buenas: en octubre se quitó la vida.

Tatiana se quedó sin aliento y empezó a parpadear.

—No sé qué decir, Sam. En fin, lo siento por Paul Markey, pero… ¿quién era? ¿Dónde había estado?

—No puedo decirte mucho más, aparte de que hizo la consulta por vía telefónica al departamento.

—¿Con quién habló?

—Con una compañera llamada Linda Clark.

—¿Puedo hablar con ella?

—Ya lo he hecho yo. Fue ella quien me informó de la llamada de Markey.

Tatiana contuvo el aliento.

—Paul Markey le contó que el 16 de abril de 1945 entró con su regimiento en el castillo de Colditz (una fortaleza que los alemanes habían convertido en cárcel de oficiales) y vio que entre los cientos de prisioneros aliados había media docena de soviéticos. Uno de los soviéticos intentó hablar con él. En un inglés impecable, le dijo que se llamaba Alexander Barrington y que era estadounidense y le pidió que lo ayudara una vez hubiera comprobado que lo que le estaba diciendo era cierto.

Tatiana se llevó las manos a la cara y se echó a llorar. Sus hombros se estremecían y las lágrimas comenzaron a resbalar entre sus dedos. Sam le palmeó la espalda para consolarla.

—¡Sabía que Alexander me había mentido! —susurró Tatiana algo más tranquila, al cabo de unos minutos—. ¡No tenía pruebas, pero lo presentía!

—¿Y el certificado de defunción?

—Lo falsificó. —Tatiana ahogó un gemido de dolor—. Fue todo un montaje para animarme a huir de la Unión Soviética.

—¿Y cómo fue a parar a Colditz?

—Ya te lo dije. Ingresó en un batallón disciplinario y salió de Rusia siguiendo al ejército soviético. Es obvio que terminó en ese lugar llamado Colditz.

—¿No quieres saber qué más nos contó Markey?

—Claro —dijo Tatiana con un sollozo—. ¿Qué pasó con los prisioneros?

—Todos fueron liberados, excepto los soviéticos. Markey explicó que en la mañana del 17 de abril, un día después de que su regimiento hubiera entrado en el castillo, llegó un convoy en busca de los prisioneros soviéticos, incluido el hombre

que le había pedido ayuda.

—¿Adónde se los llevaron?

—Markey no lo sabía. A Linda Clark le dijo que después de licenciarse había decidido llamar al Departamento de Estado para satisfacer su curiosidad. En octubre, los de Asuntos Consulares telefonearon a su casa de Iowa para confirmar la existencia de un tal Alexander Barrington, que había nacido en Estados Unidos pero residía en la Unión Soviética desde 1930. Su madre me dijo que Markey se quitó la vida tres días después.

Tatiana se quedó sin habla.

—Pero ¿qué clase de liberación es ésa? —consiguió decir al final. ¿Por qué no salieron también los prisioneros soviéticos? ¿Por qué Alexander seguía en Colditz un día después de la llegada de los norteamericanos?

Sam no respondió.

—Sam…

Tatiana se pasó una mano por la frente.

—¿Qué?

—Era una pregunta retórica, pero tu silencio me hace sospechar que existe una respuesta…

Sam siguió sin decir nada.

—¡Sam! ¿Por qué haces eso? Sam… ¿qué más?

Gulotta suspiró.

—Aunque no puedo confirmarlo ni desmentirlo, en el Departamento de Estado corre el rumor de que había órdenes de mantener a los soviéticos confinados en el castillo hasta que el Ejército Rojo fuera a buscarlos.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Y de dónde venía esa orden?

—De un nivel más alto de la jerarquía.

—¿Qué nivel?

Sam estuvo unos segundos sin responder.

—El más alto —dijo al final.

✶

Aquella noche, al llegar a casa, Tatiana anunció:

—Vamos a hacer un viajecito, Vikki.

Vikki se desplomó en el sofá.

—No, por favor… Cada vez que dices «viajecito», terminamos en la otra punta del mundo. ¿Adónde quieres ir esta vez?

—A Iowa. Pobre Edward, me temo que tendré que cancelar nuestra cita…

—¿A Iowa? ¡Ni hablar! Vete tú sola. Anthony y yo nos negamos a acompañarte.

¿Queda claro?

✶

En el tren, Vikki señaló el paisaje que se extendía al otro lado de la ventanilla.

—Mira qué bonito, Anthony. ¿Sabes de qué son estos campos?

—Trigo y maíz… —dijo el niño.

Vikki miró a Tatiana, que fingía estar concentrada en la lectura de su libro.

—¿Y cómo lo sabes, Anthony?

—Me lo ha explicado mami: son campos de trigo y de maíz.

—Ah.

Tatiana sonrió.

Entre los trigales y los maizales apareció la ciudad de Des Moines. Era enero y en Iowa hacía un tiempo gélido.

—No me imaginaba que haría tanto frío —declaró Vikki—. Como hablan tanto de la sequía provocada por las tormentas de arena… ¿Cómo pueden tener sequía con este tiempo?

—Las tormentas de arena no son en invierno, Vikki —explicó Tatiana, abrochándose el abrigo—. Ven, vamos a por un taxi.

—Tú y tus taxis… La mujer a la que vas a ver, ¿nos está esperando?

—Le escribí.

—¿Y te contestó?

—No exactamente.

—¿No exactamente? ¿Cómo es eso? ¡O te contestó o no!

—Estoy segura de que pensaba hacerlo, pero hemos venido tan pronto que no le he dado tiempo.

—¡Ajá! ¡De manera que piensas aparecer por sorpresa en casa de una viuda que acaba de perder a su hijo!

✶

La granja de la familia Markey estaba en las afueras de Des Moines. La nieve se había acumulado contra las paredes del granero, que parecía no haberse usado en mucho tiempo. Vikki y Tatiana llamaron a la puerta de la casa y en el umbral apareció una mujer pálida y demacrada que pese a todo se esforzó en sonreír.

—¿Es usted Tatiana? Pasen, pasen. Las estaba esperando. Soy Mary Markey. ¿Éste es su hijo? ¡Hola, guapo, ven conmigo! —Tendió una mano al niño y añadió—: Acabo de hacer magdalenas de maíz. ¿Te gustan, Anthony?

Vikki y Tatiana los siguieron hasta la cocina.

—¿Cómo lo consigues? —susurró Vikki.

—¿El qué?

—Irrumpir en casas de gente desconocida y conseguir que te inviten a comer

como si fuerais amigos de toda la vida.

La cocina era sencilla y pulcra. Se sentaron tras la vieja mesa de madera y tomaron un café con magdalenas. Después, Vikki y Anthony salieron a jugar con la nieve. Mary tomó la taza de café con las dos manos y dijo:

—Me gustaría ayudarla, Tatiana. Desde que recibí su carta, he intentado recordar lo que me contó mi hijo. Piense que llevábamos tres años sin vernos y que a su regreso se mostraba muy reservado con todo el mundo, con sus amigos, conmigo… Su novia del instituto se había casado con otro. Claro, ¿qué chica de su edad iba a esperar tanto? Paul se pasaba las horas sentado en la cocina, o cogía la camioneta y se iba al bar del pueblo. Habló de poner otra vez en marcha la granja, pero no era fácil sin la ayuda de su padre. —La mujer hizo una pausa, y Tatiana esperó—. Mi hijo estuvo un tiempo muy ensimismado, hasta que de repente se mató… demasiadas escopetas a su alcance. Su muerte me dejó muy afectada, y muchas de las cosas que me contó se me han olvidado.

—Lo comprendo. Pero cualquier detalle podría serme útil.

—Recibió una llamada de teléfono unos días antes de morir. No me dijo de qué se trataba, pero se pasó toda la tarde sentado frente a esta misma mesa. No quiso cenar, salió a beber, y de madrugada estaba otra vez sentado en la cocina. Le pregunté varias veces qué le pasaba. Al final me dijo: «Cuando liberamos una fortaleza alemana, un prisionero ruso me dijo que en realidad era norteamericano. Yo no lo tomé en serio, y ya no volví a verlo porque al día siguiente el Ejército Rojo se los llevó a todos. Pero no podía quitarme de la cabeza a aquel ruso que hablaba inglés a la perfección, y a la vuelta llamé a Washington para quedarme tranquilo». Entonces se le quebró la voz y añadió: «Esta tarde me han llamado del Departamento de Estado para decirme que sí, que ese hombre era un ciudadano estadounidense que se había trasladado a la URSS». Intenté animarlo, le dije: «Tranquilo, volverá a su tierra igual que has vuelto tú». Pero Paul me contestó: «No lo entiendes, mamá. Nos dieron órdenes de mantener confinados a los oficiales soviéticos hasta que el Ejército Rojo fuera a buscarlos».

»“¿Y bien?”, le dije.

»“¿Por qué tenían que ir a buscarlos? ¿Por qué no los dejaban salir por su cuenta, como habían salido los prisioneros ingleses o norteamericanos? Además, ese hombre no era soviético”.

»En ese momento no entendí a qué se refería, ¿sabe? Le dije que no se preocupara, que no podía haber hecho nada por él, pero Paul, desesperado, me dijo: “Mi impotencia no me hace sentir mejor madre”. Y yo le dije: “Pero hijo, en todo caso la culpa es de la Unión Soviética… Tú no eres el que los llevó de vuelta a la URSS”. Y él hundió la cara entre las manos y dijo: “Pero al menos podría haberlo ayudado a él…”.

Tatiana se levantó, rodeó la mesa y abrazó a la mujer.

—Puede estar segura de que su hijo lo ayudó, señora Markey.

La mujer asintió con la cabeza.

—La acompaño en el sentimiento… —añadió Tatiana.

—Estoy bien. Mi hija vive aquí cerca. Mi marido murió en el 38 y estoy acostumbrada a vivir sola. —Alzó la vista y añadió—: ¿Cree usted que ese soldado era su marido?

—No tengo ninguna duda —respondió Tatiana.

✶

Durante el trayecto de vuelta, Tatiana contempló fascinada cómo caía la nieve sobre los campos que se extendían al otro lado de la ventanilla. Anthony dormía, y Vikki, aparentemente, también. Pero súbitamente abrió los ojos, primero uno y después el otro.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Tatiana no respondió.

—¿Y ahora qué? —repitió Vikki.

—No tengo respuestas para todo, Vik. No sé qué viene ahora.

Sin embargo, de pronto el mundo le parecía menos absurdo. Sabía que Alexander no había muerto sobre el lago.

En algún lugar, Alexander estaba todavía vivo. En el país más extenso del planeta, con un territorio que ocupaba una sexta parte de la superficie emergida de la Tierra, en el que la mitad era tundra y suelo congelado; una cuarta parte, estepa; una octava parte, bosques de coníferas; otra parte, desierto, y otra parte, tierras de labor; en el país donde estaban el lago más grande del mundo, el mar más grande del mundo, la frontera más larga del mundo y el experimento socialista más grande del mundo… allí estaba Alexander.

Un minúsculo soplo de fe había conducido a Tatiana hasta un Alexander que aún vivía.

¿Y ahora qué?

✶

Tatiana telefoneó a Sam en cuanto regresaron a Nueva York, pero no logró averiguar el paradero de los oficiales rusos que habían estado encerrados en Colditz. Las autoridades militares soviéticas se negaban a informar, las relaciones entre Estados Unidos y la URSS eran tensas y los soldados del contingente norteamericano que había entrado en Colditz aseguraban que Markey no les había contado nada y que ellos no habían visto a ningún ruso que hablara inglés.

—Llama al Ministerio de Defensa soviético y pregúntales dónde están sus oficiales.

—¿Y qué les digo? «¿Quiero saber si tienen ustedes escondido a Alexander Barrington…?».

—No lo dirás en serio. Ya sabes que no puedes mencionar ese nombre.

—Exacto. Por eso no puedo hacer indagaciones sobre él.

—Entonces habla con el Ministerio de Defensa estadounidense.

—¿Quieres que me dirija a alguna persona en particular dentro del ministerio?

—A cualquiera que pueda responderte… Pregúntales si saben qué ha sido de los oficiales soviéticos que estaban presos en Alemania.

—Pero Tania, ¡ya sabes qué ha sido de ellos!

—Quiero saber adónde los llevaron —insistió Tania—. Y no hace falta que me grites.

—Suponiendo que averigüe algo, ¿qué harás con la información?

—¿Por qué siempre me preguntas qué voy a hacer? Tú haz tu trabajo y no te preocupes por mí…

Tatiana no volvió a concertar la cita con Edward.

✶

Unos días después, Tatiana telefoneó otra vez a Sam. Al parecer, según había relatado un general de división del ejército de Patton, el gobierno soviético mantenía a sus oficiales confinados en campos de transito hasta que pudieran llevarlos de nuevo a la Unión Soviética.

—¿De cuánta gente estamos hablando?

—El general no se atrevió a aventurar una cifra.

—¿Te atreverías tú?

—Menos aún.

—¿Y dónde están esos campos de tránsito?

—Esparcidos por toda Alemania.

Tatiana se quedó un momento pensativa.

—Colditz fue liberado hace casi diez meses y a estas alturas Alexander debe de estar de nuevo en la Unión Soviética —siguió Gulotta—. En todo caso, está claro que los soviéticos no querrán enviar a ningún ciudadano de su país, por muy amablemente que se lo pidamos. Y tampoco a ningún norteamericano… Tenemos a varios desaparecidos en combate en el lado soviético, y la URSS se niega a proporcionarnos ninguna información sobre ellos.

—Alexander también es un militar desaparecido en combate —dijo Tatiana.

—No es cierto, Tania. ¡Los soviéticos saben exactamente dónde está! —Algo más tranquilo, Sam añadió—: ¿No sabes que la mortalidad entre los prisioneros de guerra soviéticos es altísima?

—Lo sé —asintió Tatiana—. Y todavía guardo el certificado de defunción que tan fiable te parecía. Según tú, no había duda de que Alexander había muerto en el lago…

—Es peor lo de ahora.

—¿Cómo que peor? Sólo necesitamos averiguar dónde está.

—Está en la Unión Soviética.

—Pues necesitamos averiguar en qué parte de la Unión Soviética. Es ciudadano estadounidense, estás obligado a ayudarlo…

—¿Cuántas veces tengo que repetírtelo, Tatiana? Alexander perdió la nacionalidad estadounidense en 1936.

—No es cierto. Ahora tengo que irme, Sam. Me esperan mis pacientes. Te llamaré mañana.

—¡No lo dudo!

# Capítulo 38

*Los procesos de Nuremberg, febrero de 1946*

—¡Vamos a algún sitio! —ordenó Vikki—. Salgamos al cine, a una cafetería, a dar un paseo… —Dio un golpe en la mesa de la cocina—. ¡Estoy harta! Llevas meses escuchando eso… ¡Puedes estar segura de que nunca entrará un televisor en esta casa!

Tatiana tenía la oreja pegada al aparato de radio, que retransmitía la transcripción de las actas del proceso de Nuremberg.

—No lo escucho porque esté aburrida… —se justificó Tatiana mientras subía el volumen de la radio—. Lo escucho porque es fascinante.

—¿Tú me ves fascinada? La guerra ya terminó, son todos culpables y los van a ahorcar… ya está, ¿no? ¡Llevan meses retransmitiéndolo! Los generales ya han sido juzgados y sólo quedan los secundarios. No pueden estar mucho tiempo más.

—¿Por qué no te vas a dar un paseo? —dijo Tatiana, sin apartar los ojos de la radio—. Vete a la calle, anda, y no vuelvas hasta dentro de dos horas.

—¡Si me voy para siempre, te arrepentirás!

—Claro. Pero si son dos horitas, no hace falta que me arrepienta.

Refunfuñando, Vikki se sentó en la silla contigua a la de Tatiana.

—Me quedo. Quiero oír la radio yo también.

—Están hablando de Leningrado, mi ciudad —explicó Tatiana—. Escucha.

La devastación de las capitales de la Unión Soviética ocupaba un lugar destacado dentro del proyecto criminal de los conspiradores fascistas. Y entre sus planes revestía una especial importancia la destrucción de Moscú y de Leningrado.

Los hitlerianos, embriagados por sus primeros éxitos militares, idearon un malévolo proyecto de destrucción de los principales centros culturales e industriales del pueblo soviético. Organizaron *Sonderkommandos* o escuadrones especiales para este fin e incluso anunciaron previamente su decisión.

Es importante señalar que expresiones frecuentemente utilizadas por los conspiradores hitlerianos, como «arrasar» o «barrer de la faz de la tierra» no eran meras amenazas sino auténticos actos criminales.

Quiero presentar ahora dos documentos que demuestran las intenciones de los conspiradores hitlerianos.

El primero es una orden secreta del estado mayor de la Armada, fechada el 22 de septiembre de 1941 y titulada «El futuro de la ciudad de Petersburgo». En este documento se dice lo siguiente: «El Führer ha decidido borrar la ciudad de Petersburgo de la faz de la tierra. El plan consiste en cercar la ciudad y castigarla con fuego de artillería de todos los calibres y con un permanente bombardeo desde el aire, hasta arrasarla por completo». En esta orden se especificaba que, en caso

de que los soviéticos presentaran una oferta de capitulación, los alemanes deberían rechazarla.

El segundo documento es otra orden secreta, emitida en este caso por el Alto Mando de las Fuerzas Armadas, fechada el 7 de octubre de 1941 y firmada por el acusado Alfred Jodl. Permítanme que lea algunas frases:

«… El Führer ha llegado a la conclusión de que no debemos aceptar una capitulación de Leningrado o de Moscú, ni siquiera si es el propio enemigo quien la propone…».

Y más adelante, en el penúltimo párrafo de esta misma página:

«… Por tanto, ningún soldado alemán entrará en estas dos ciudades. Con la fuerza de nuestra artillería, obligaremos a regresar a la ciudad a quienes intenten atravesar nuestras filas para abandonarla. No podemos poner en peligro la vida de nuestros soldados para garantizar la integridad de las ciudades rusas y tampoco podemos alimentar a la población de estas ciudades a expensas de nuestra patria alemana».

Los conspiradores hitlerianos comenzaron a llevar a la practica con una ferocidad sin precedentes sus criminales proyectos sobre la destrucción de Leningrado.

Leo:

«Como resultado de las bárbaras actividades de los invasores fascistas en Leningrado y sus inmediaciones, quedaron completamente destruidos 8961 hogares junto con las construcciones adyacentes (cobertizos, baños, etc.), con un volumen total de 5 192 427 metros cúbicos, y quedaron parcialmente destruidos 5869 edificios, con un volumen total de 14 308 288 metros cúbicos. Por lo que respecta a los bloques de viviendas, quedaron completamente destruidos 20 627, con un volumen total de 25 492 780 metros cúbicos, y parcialmente destruidos 8788, con un volumen total de 10 081 035 metros cúbicos. Por lo que respecta a las construcciones de importancia cultural, quedaron totalmente destruidos 295 edificios, con un volumen total de 844 162 metros cúbicos, y parcialmente destruidos 1629, con un volumen total de 4 798 644 metros cúbicos. Por lo que respecta a los lugares de culto religioso, quedaron completamente destruidos seis, y parcialmente destruidos, 66. Los perjuicios causados por los hitlerianos a diferentes tipos de edificios se estiman en más de 718 millones de rublos, y los prejuicios causados a la maquinaria industrial y agrícola se calculan en más de 1043 millones de rublos».

Este documento demuestra que los hitlerianos bombardearon metódicamente, de día y de noche y de acuerdo con un plan establecido, tranvías, calles, viviendas, teatros, museos, hospitales, guarderías, escuelas, institutos, hospitales militares, además de reducir a ruinas los monumentos artísticos y culturales más importantes. Los edificios históricos de Leningrado, sus muelles, sus jardines y sus parques, fueron bombardeados con miles de proyectiles. Las baterías de artillería

apostadas alrededor de la ciudad disponían de una reserva ilimitada de munición, en cantidades muy superiores a las habituales. Los cañoneros sabían que el bombardeo tenía como objetivo la devastación de la ciudad y la aniquilación de toda la población civil.

—¿Sabías todo eso cuando vivías allá? —preguntó Vikki.
—No tenía ni idea —contestó Tatiana—. Me limitaba a sobrevivir.

General Raginski: Señoría, para terminar con la presentación de las pruebas relacionadas con el objeto de mi intervención, solicito su permiso para interrogar al testigo Josif Abgarovitch Orbeli…

La taza de té resbaló de entre las manos de Tatiana, cayó al suelo y se hizo añicos, y Tatiana se resbaló de la silla, cayó al suelo de rodillas y comenzó a recoger los trocitos de cerámica. Sollozaba con tal desconsuelo, que Vikki no pudo evitar levantarse de la silla y preguntarle, desconcertada:
—¿Qué te pasa?
Tatiana agitó una mano en un gesto displicente, mientras se tapaba la boca con la otra y trataba de escuchar el eco borroso en el que se había convertido la emisión radiofónica. Cuando dos vehículos colisionan en la carretera, la radio no deja de emitir música, por incongruente que resulte que el oído siga captándola o que el cerebro siga procesando los sonidos…

—He convocado al señor Orbeli para que aporte su testimonio sobre la destrucción de los tesoros artísticos y culturales de Leningrado.
Pregunta: ¿Cuál es su nombre?
Respuesta: Josif Abgarovitch Orbeli.
P: ¿Puede decirnos qué cargo ocupaba en Leningrado?
R: Era el director del Museo del Hermitage.

Tatiana emitió un gemido de dolor.
—¿Qué pasa? —dijo Vikki, alarmada.
—Shh…

P: ¿Estaba usted en Leningrado durante el asedio alemán?
R: Sí, estaba en Leningrado.
P: ¿Tiene conocimiento de la destrucción de monumentos artísticos y culturales en la ciudad?
R: Así es.
P: ¿Podría describir con sus propias palabras los hechos de los que tiene

conocimiento?

R: Fui testigo ocular de las medidas adoptadas por el enemigo para la destrucción del Museo del Hermitage. Durante largos meses, los edificios del museo fueron sometidos a un bombardeo sistemático por parte de la aviación y la artillería. El Hermitage sufrió el impacto de dos obuses aéreos y de unos treinta proyectiles de artillería. Las bombas de artillería causaron considerables destrozos en el edificio y en las zonas adyacentes y las bombas de aviación destruyeron las conducciones de agua.

P: ¿En qué parte de Leningrado se encontraban los edificios del museo? ¿En la zona sur, norte, sudoeste o sudeste?

R: El Palacio de Invierno y el Hermitage están en pleno centro de Leningrado, a la orilla del Neva.

P: ¿Puede decirnos si en las cercanías del Hermitage y del Palacio de Invierno hay alguna industria, en especial alguna fabrica de armamento?

R: Que yo sepa, en las cercanías del Hermitage no hay instalaciones de interés bélico. Si se refiere a la comandancia militar, su sede se encuentra al otro lado de la plaza del Palacio, que fue menos bombardeada que el propio Palacio de Invierno. Que yo sepa, la sede de la comandancia militar sólo recibió el impacto de dos proyectiles.

P: ¿Sabe usted si había instalada alguna batería de artillería cerca de los edificios mencionados?

R: En la plaza situada frente al Palacio de Invierno y el Hermitage no se instaló ni una sola batería de artillería, para evitar que las vibraciones perjudicaran los valiosos tesoros custodiados en el museo.

P: ¿Sabe si las fábricas de armamento siguieron funcionando durante el asedio?

R: No entiendo la pregunta. ¿A qué fábricas se refiere? ¿A las que existían en Leningrado en general?

P: Me refiero a las fábricas de armamento de Leningrado. ¿Siguieron funcionando durante el asedio?

R: En el perímetro del Hermitage, el Palacio de Invierno y sus inmediaciones no había ningún elemento de interés militar. Nunca lo hubo, y tampoco se instaló ninguna fábrica de armamento durante el asedio. Ahora bien, sé que en Leningrado se fabricaba armamento, y sé que este armamento se utilizó con éxito.

P: El Palacio de Invierno se encuentra situado a la orilla del Neva. ¿Puede decirnos a qué distancia del palacio se encuentra el puente más próximo?

R: El puente más próximo, conocido como Puente del Palacio, está a unos cincuenta metros; no obstante, como ya he dicho, este puente sólo recibió el impacto de un proyectil. Por ello estoy convencido de que los bombardeos apuntaban específicamente al Palacio de Invierno. De haber querido destruir el puente, no se entiende que éste sólo recibiera un proyectil y en cambio cayeran treinta proyectiles en el edificio cercano.

P: Ésa es su conclusión personal, testigo. ¿Tiene conocimientos de artillería que le permitan concluir que el objetivo era el palacio en lugar del puente?

R: No soy artillero, pero insisto en que si el único objetivo de los alemanes hubiera sido el puente, es absurdo que sólo acertaran una vez y en cambio cayeran treinta proyectiles sobre el palacio. Mis escasos conocimientos me permiten llegar a esta conclusión.

(Rumores en la sala).

P: Una última pregunta. ¿Permaneció usted en Leningrado durante todo el asedio?

R: Estuve en Leningrado desde el día en que comenzó la guerra hasta el 31 de marzo de 1942. Y regresé a la ciudad más tarde, cuando las tropas alemanas fueron expulsadas de la periferia.

General Raginski: No tengo más preguntas.

Presidente del tribunal: El testigo puede retirarse.

(El testigo abandona la sala).

Tatiana, sentada en el suelo, alzó la cara hacia Vikki. Se incorporó, volvió a sentarse en la silla, bajó la cabeza y cerró los ojos. Vikki le dio unas palmadas de consuelo en la espalda.

—Estoy bien —pronunció casi sin voz Tatiana—. Sólo necesito un minuto.

Alexander, hasta el fin.

Orbeli fuera del museo, despidiéndose de las cajas de embalaje.

A Tatiana le había impresionado mucho su rostro y no lo había olvidado.

*Las cajas de embalaje de las que se despedía con expresión angustiada, como si se llevaran a su primer amor.*

*—¿Quién es ese hombre? —pregunta Tatiana.*

*—El conservador del Hermitage.*

*—¿Por qué mira así las cajas?*

*—Contienen la pasión de su vida y no sabe si volverá a verlas.*

*Tatiana observa al hombre con atención.*

*—Debería tener más fe, ¿no te parece?*

*—Es cierto, Tatiana. Debería tener más fe. Cuando termine la guerra, volverá a verlas.*

*—Por la forma en que las mira, parece que vaya a tener que traerlas de vuelta él solo, sin ayuda.*

Tatiasha… Acuérdate de Orbeli.

Orbeli estaba en los ojos de Alexander cuando Tatiana lo dejó en el lecho del hospital de Morozovo y se alejó sin mirar atrás, «Adiós Shura, que te vaya bien, la

próxima vez que nos veamos me cuentas qué es eso de Orbeli…». Cuando llegó a la altura de la puerta, Tatiana se volvió por última vez, miró sonriente a Alexander y en sus ojos vio a Josif Abgarovitch Orbeli. En ese momento no supo interpretar su expresión, y ahora acababa de descubrir qué significaba.

Todos los días estoy por última vez junto a tu cama, te saludo y te digo: «Hasta la próxima, comandante. Buenas noches». Y tú me dices: «Hasta la próxima, Tania».

Y me alejo. Me llamas, me vuelvo, te miro con expresión confiada, feliz, llena de esperanza.

Y tú, con una voz valiente, con una voz serena y profunda, con una voz estoica, me dices: «Tatiasha, acuérdate de Orbeli».

Frunzo un momento el ceño, pero no digo nada porque pareces muy sereno y yo tengo muchas cosas que hacer y el doctor Sayers me está llamando. Impaciente y sin dejar de mirarte, te digo: «Shura, cariño, tengo que irme, ya me lo explicarás mañana…». Y ahora sé de qué se trataba, pero tú no puedes explicármelo… Inclinas la cabeza sin decir nada, y yo me alejo despreocupadamente entre las camas y cuando llego a la puerta de la sala me doy la vuelta por última vez y me detengo.

Y allá sigo todavía.

Orbeli.

✶

En el silencio frío y acuático de la noche de febrero, Tatiana, sentada en la escalera de incendios y envuelta en la manta de cachemira que había comprado para Alexander, respiraba la brisa del océano mientras contemplaba las trémulas luces de Manhattan a sus pies.

«Descubrirás la manera de vivir sin mí, de vivir por los dos», le había dicho una vez Alexander.

Y ahora tenía la seguridad de que era cierto aquello que durante tanto tiempo había temido y sospechado: Alexander le había entregado su vida, le había dicho: «Toma, es para ti. Yo no puedo salvarme, sólo puedo salvarte a ti, pero tú tienes que seguir adelante y vivir tu vida, la única vida que tienes. Tendrás que ser fuerte y ser feliz, tendrás que querer a nuestro hijo, y al final tendrás que amar. Tendrás que aprender a amar de nuevo, a sonreír de nuevo, a alejarme de ti, tendrás que aprender a acariciar la mano y besar la boca de otro hombre, tendrás que casarte de nuevo y tener más hijos. Tienes que vivir tu vida: debes hacerlo, por mí y por ti. Tienes que vivirla como la habríamos vivido nosotros dos». Alexander le había dicho todo eso con una sola palabra: «Orbeli».

En la guerra todo estaba más claro: era fácil definir lo correcto y lo incorrecto, era fácil también distorsionarlo. El peligro, la absolución, la privación. La emoción, la angustia, la pasión.

A él, sigo viéndolo siempre, incluso en tiempos de paz.

Y sin embargo, ¡cuánta vida tengo que ocultarle!

Cuántas tradiciones, cuántas fiestas… Navidad, Acción de Gracias, Pascua, el Día del Trabajo, el Día de la Independencia, los cumpleaños de todo el mundo, incluido el mío, mi maldito, angustioso, dorado cumpleaños. Fiestas, comida, amaneceres, calor. Del alba al anochecer, llenaré de vida mi vida.

La llenaré de todas las cosas que él quiso que tuviera.

Mis cimientos están sepultados bajo el alto edificio de ventanales y vigas que llegan hasta el cielo… cimientos tapizados de árboles y arbustos, de macizos de pensamientos en invierno y de tulipanes en verano, y mi corazón también está tapizado, oculto, cicatrizado. A veces me llevo la mano al pecho y noto un bulto a la altura del corazón, un punto donde los nervios doloridos están a flor de piel y emiten una pequeña sacudida que se transmite por todo mi cuerpo y llega hasta el cerebro, en un temblor que dura poco más que una inspiración prolongada. Inspirar, exhalar, contener el aliento. Pronunciar:

Alexander.

Perdóname por dejarte entre las garras de la guerra, por haber estado tan dispuesta a creer en tu muerte. ¡Cuánto tardé en amarte y cuán poco en abandonarte!

¿Dónde está? ¿Dónde está el espléndido jinete, mi anillo de oro y mi cadena, mi mochila negra y mi día más luminoso?

Tatiana estaba sentada junto a la bahía, deseando que su vida comenzara, o que terminara, cuando ella misma no había empezado ni había terminado.

En realidad, no estaba en ninguna parte.

¿Cuánto se demoraba aquella fase? ¿Llegaría el momento en que dejaría de estar en medio de alguna fase? ¿Cuándo se limitaría a vivir?

¿Antes de encontrar la medalla de Héroe de la Unión Soviética? No.

¿Después de encontrar la medalla de Héroe de la Unión Soviética? No.

¿Después de saber lo de Paul Markey? No.

¿Después de saber quién era Orbeli? ¡Nunca!

Su alma estaba en guerra.

¿Deseaba que Alexander le diera una palabra, una clave? Esa palabra era *Orbeli*.

«Intento enviarte a un lugar donde estarás a salvo —le había dicho—. No desesperes, ten fe».

Pero ¿por qué ahora? Y ¿qué iba a hacer Tatiana a partir de ahora? Había que hacer algo, pero ¿qué?

Fuera cual fuera su decisión, Tatiana tenía que abandonar a su hijo. ¿No era una locura, una insensatez, una muestra de demencia?

Era todas esas cosas.

¿Irse y dejar a su hijo? ¿Qué diría Alexander si se enteraba de que Tatiana había abandonado a su niño para buscarlo a él en los escaparates del horror del mundo?

Tatiana seguía sentada en la escalera de incendios, sin moverse, sintiendo el olor del aire, del agua y del cielo, buscando a Perseo en el firmamento sin encontrarlo,

buscando la luna llena sin verla. Era tarde y la luna estaba oculta tras las nubes.

Su bebé necesitaba a su madre.

¿La necesitaba más de lo que Alexander necesitaba a su esposa?

¿Era ésa la alternativa?

¿Había que elegir entre el padre y el hijo?

¿Tenía que abandonar a uno para ir en busca del otro?

Además, existía la posibilidad de no regresar nunca. ¿Era ésa la vida que quería ofrecer a su hijo?

Lo único que tenía que hacer era quedarse donde estaba, seguir adelante tal como había estado haciendo.

Pero allá no estaba Tatiana. Tatiana estaba junto a Alexander, abrazando su cuerpo en el Ladoga, inclinándose sobre él todas las noches. Sus brazos sostenían el cuerpo de Alexander, que se desangraba sobre la superficie helada del Ladoga. Tatiana podría haberlo dejado en manos de Dios, porque era obvio que en ese momento Dios lo estaba llamando.

Pero no lo había hecho.

Y como no lo había hecho, ahora estaba en Estados Unidos, sentada hasta el fin de sus días en la escalera de incendios. Así se sentía en el instante crucial en que comprendió que su vida, fuera cual fuera su decisión, debía tomar una dirección o la dirección opuesta.

Una dirección era vulgar y vivida.

La otra era oscura y asolada por las dudas.

Quedarse significaba aceptar lo bueno.

Irse significaba abrazar lo incognoscible.

Quedarse significaba que el sacrificio de Alexander no había sido en vano.

Irse significaba adentrarse en la muerte.

Sin embargo, ¿podía aceptar una vida sin él?

¿Podía imaginar una vida sin Alexander? No ahora, pero ¿podía imaginarse a sí misma diez, veinte, cincuenta años después? ¿Podía imaginarse sexagenaria y sin él, casada con Edward y madre de sus hijos, sentada al lado de Edward frente a una mesa antigua y alargada? Tatiana tenía la impresión de que el jinete de bronce la perseguiría hasta la tumba. Oiría su caballo retumbante hasta la eternidad, de día y de noche, en las horas de tristeza, en los minutos de debilidad, en la oscuridad y en la luz… aunque viajara por todo Estados Unidos, el jinete no dejaría de perseguirla como la había perseguido en los últimos mil cien días y en las últimas mil cien noches empujándola hacia la nube de la locura. ¿Hasta cuándo?

¿Cuánto tiempo seguiría persiguiéndola?

¿No era Orbeli la prueba de que Alexander, desde la oscura noche en la que se encontraba, la estaba llamando?

Tatiana no podía creer que él estaba vivo y no salir en su busca… Hacerlo sería darle la espalda.

¿Qué significaba todo aquello?

Tal vez podría cerrar la ventana negra que daba a la noche y dejar de oírlo. Tal vez podría convencerse de que Alexander la perdonaría aunque le diera la espalda, aunque mostrara un corazón indiferente.

Las palabras y los pensamientos del pasado resonaban en el interior de Tatiana.

*—Mira las cajas como si tuviera que traerlas de vuelta él solo cuando acabe la guerra —dice.*

*«Ve a buscar a tu soldado», piensa en el autobús, el día en que se han conocido.*

*«Hazte tres preguntas, Tatiana, y sabrás quién eres.*

*»¿Qué esperas?*

*»¿En qué crees?*

*»Y la más importante: ¿qué es lo que amas?».*

Tatiana volvió a entrar en la casa, cerró la ventana y se acostó al lado de su hijo.

✶

—Tengo que hablar contigo, Vikki —dijo Tatiana a la mañana siguiente, mientras tomaban café y cruasanes en la cocina, antes de salir corriendo hacia el trabajo.

—¿No puedes esperar a la noche? Es tarde, Anthony ya tendría que estar en el colegio.

Tatiana le cogió la mano. Vikki tenía miguitas de cruasán en los labios. Se la veía muy delgada y muy atractiva y muy morena junto a la encimera, mientras observaba a Tatiana con exasperación y ternura.

—¡Te quiero mucho! —exclamó Tatiana, abrazándola—. Siéntate un momento, tengo que hablar contigo.

Vikki se sentó.

—Vik, sabes que llevo casi tres años trabajando en Ellis, que colaboro en el hospital de la Cruz Roja para veteranos de guerra y que examino todos los barcos de refugiados que llegan a Nueva York. Sabes que llamo todos los meses a Sam Gulotta en Washington y que hace tiempo me puse en contacto con Esther… y todo esto lo he hecho por un único motivo.

—¿Qué motivo? —dijo Vikki, masticando un pedazo de cruasán.

—Averiguar qué le pasó a Alexander.

—¡Oh!

—Pero hasta ahora no he averiguado nada.

Vikki le dio una palmadita en la mano.

—Por eso tengo que intentar algo más.

—¿Más que ir hasta Iowa? —dijo Vikki, sonriendo.

—Y necesito tu ayuda.

—¡Oh, no! —protestó Vikki, poniendo los ojos en blanco—. ¿Adónde vamos esta vez?

—Nada me gustaría más que contar con tu compañía —aseguró Tatiana—, pero te necesito para algo más importante.

—¿Para qué? ¿Y adónde piensas irte?

—Me voy en busca de Alexander.

Un trozo de cruasán cayó de la boca de Vikki.

—¿Ir a buscarlo adónde? —preguntó con perplejidad.

—Empezaré por Alemania y luego iré a Polonia y a la Unión Soviética.

—¿Que te vas adónde…?

—Escúchame…

Vikki apoyó los brazos en la mesa, golpeó varias veces la frente contra el tablero, volvió a incorporarse y meneó la cabeza a un lado y a otro.

—Para, Vikki…

—¡Caramba, creo que esto es lo mejor que te he oído decir! Lo de Massachusetts estuvo bien, lo de Iowa aún mejor, con Arizona rozaste la perfección… ¡pero acabas de superarte a ti misma!

—En fin, esperaré a que estés dispuesta a escucharme…

—¿De qué estás hablando? —exclamó Vikki, que terminó de engullir el cruasán y dio un puñetazo en la mesa—. ¡No puedes decirlo en serio! Nadie viaja a Alemania.

—La Cruz Roja Internacional sí, y yo me voy con ellos.

—¡La Cruz Roja no va a Alemania!

—Lo cierto es que sí, y yo me voy con la Cruz Roja.

—¡No puedes viajar a los territorios ocupados! Anthony y yo no podremos acompañarte…

—Ya lo sé, pero no quiero que vengáis conmigo. Quiero que Anthony siga aquí, sano y salvo.

Vikki la miró boquiabierta. Esta vez no tenía migas de cruasán.

—Quiero que se quede contigo. —Cogió las manos de Vikki y repitió—: Contigo. Porque quieres a mi niño y él te quiere a ti, porque sé que lo cuidarás como si fuera tu hijo, lo harás por su padre y por mí…

—Estás loca, Tania. No puedes irte —susurró Vikki con voz ronca.

Tatiana le oprimió las manos.

—Escúchame, Vik. Cuando creía que Alexander estaba muerto, yo también estaba muerta. Y gracias a Josif Orbeli y a Paul Markey he resucitado. Mi marido me necesita, me está llamando. Créeme cuando te digo que necesita mi ayuda. Paul Markey lo vio vivo en abril del año pasado, en Sajonia, cuando supuestamente estaba muerto en el Ladoga, cerca de Leningrado, a mil kilómetros de Alemania. En 1944, Edward me disuadió diciendo que no tenía ninguna prueba, y tenía razón. Pero ahora ya la tengo, y he decidido salir en su busca. Y te necesito para que, con la ayuda de tus abuelos, te ocupes de mi hijo. —Tatiana hizo una pausa—. Pase lo que pase.

Vikki agitó la cabeza con desesperación.

—No puedo disfrutar de una vida llena de comodidades, dejando que Alexander se pudra en la Unión Soviética. ¿No comprendes que eso es imposible?

Vikki siguió meneando la cabeza.

—Me necesita, Vikki. ¿Qué clase de esposa seré si no acudo en su ayuda? En Ellis ayudo a personas a las que no conozco de nada. ¿Qué esposa seré si no ayudo a mi propio marido?

—¿Una esposa prudente? —susurró Vikki.

—Una mala esposa —contestó Tatiana.

✶

Aquel mismo día, Tatiana se fue a Washington en tren.

Sam Gulotta hizo salir a las tres personas a las que estaba atendiendo y cerró la puerta del despacho:

—¿Qué tal, Sam? Necesito tu ayuda.

—Estoy realmente cansado de oír esta frase, Tatiana —protestó Sam—. ¿Piensas que no te entiendo? Te aseguro que sacrificaría lo que hiciera falta para volver a tener a Carol a mi lado. Por eso he intentado apoyarte cada vez que me lo has pedido. Pero ya no puedo ayudarte más…

—Sí que puedes —insistió serenamente Tatiana—. Necesito que hagas un pasaporte para Alexander.

—¿Cómo voy a hacerle un pasaporte? ¿Basándome en qué? —exclamó Sam.

—En que es ciudadano estadounidense y necesita pasaporte para volver.

—¿Volver de dónde? ¿Cuántas veces tengo que decirte que…?

—No hace falta que lo repitas. El Departamento de Estado dice que Alexander no ha perdido la nacionalidad norteamericana.

—No dicen eso.

—Sí. Te cito la normativa federal sobre doble nacionalidad. —Tatiana sacó un papel y empezó a leer—: «De acuerdo con la ley, los ciudadanos estadounidenses que deseen adoptar la nacionalidad de otro país deberán solicitarlo voluntariamente». —Tatiana puso énfasis en la palabra «voluntariamente», y por si acaso, la repitió—: «Voluntariamente».

Dicho esto, se sentó con una expresión satisfecha.

—¿Por qué me miras con esa cara?

—Repito por tercera vez: «voluntariamente».

—Te he oído la primera vez.

—Cito otra frase. —Tatiana volvió a acercarse el papel a la cara—: «Para renunciar a la nacionalidad estadounidense, deberán solicitar libremente la nacionalidad extranjera».

—Aunque la normativa que has leído diga eso, ¿a dónde quieres ir a parar?

Sam se frotó los ojos.

—En la Unión Soviética, los chicos deben cumplir obligatoriamente el servicio militar en cuanto cumplen dieciséis años. —Por si Sam no la había entendido, Tatiana repitió—: «Obligatoriamente».

—¡Por Dios! ¿Acaso estamos en un colegio? Te he entendido la primera vez que lo has dicho.

—«Voluntariamente», «obligatoriamente»… ¿No ves que son dos palabras de significados opuestos?

—Gracias por enseñarme inglés, Tania.

—Lo que quiero decir es que Alexander no renunció libremente a la nacionalidad estadounidense, no fue un acto voluntario… No tuvo más remedio que ingresar en el Ejército Rojo al cumplir los dieciséis años.

—¿No dijiste una vez que había ingresado en la escuela de oficiales a los dieciocho? Eso sí parece un acto voluntario.

—Sí, pero tuvo dieciséis años antes que dieciocho, y a los dieciséis tuvo que alistarse obligatoriamente en el ejército y lo convencieron de que ya no tenía ningún derecho como ciudadano norteamericano. —Tatiana hizo una pausa—. Pero sí los tiene, y por eso necesito tu ayuda.

Sam le dirigió una mirada inexpresiva.

—¿Has averiguado algo sobre su paradero? —preguntó al final.

—No sé nada. Ojalá pudieras ayudarme también en eso… En cualquier caso, necesitará pasaporte.

—¿Pasaporte? ¡Está en manos de los soviéticos! ¿No lo entiendes, Tania? ¿Por qué no asumes que es imposible salvarlo de las garras de un sistema capaz de enviar a millones de jóvenes a morir bajo las balas alemanas?

Tatiana no dijo nada, pero el labio inferior empezó a temblarle.

—Además, no puedo hacerle un pasaporte sin una foto. Necesito una foto de identidad en blanco y negro, de la cara solamente, sin sombrero ni gorra. Supongo que no tienes una foto así.

—Así no.

—Entonces no puedo ayudarte.

Tatiana se puso de pie.

—Alexander es un ciudadano estadounidense que se encuentra al otro lado del Telón de Acero. Te necesita.

Sam también se puso de pie.

—Los soviéticos se niegan a proporcionarnos información sobre nuestros militares desaparecidos en combate. ¿Crees que estarán dispuestos a decirnos algo sobre una persona a la que llevan diez años buscando?

—Sea como sea, lo harán —aseguró Tatiana—. Tengo que irme. Te enviaré un telegrama cuando te necesite.

—¡No lo dudo!

# Libro tercero

## ALEXANDER

*Ella se acerca, mi vida, mi destino.*
*La rosa roja grita: «Se acerca…»,*
*la rosa blanca solloza: «Se retrasa»,*
*la espuela de caballero escucha: «La oigo»*
*y el lirio susurra: «La espero».*

*Lord Alfred Tennyson*

# Capítulo 39

*Alemania del Este, marzo de 1946*

La fe llevó a Tatiana hasta Alemania.

Formaba equipo con una enfermera muy bajita (incluso más que ella) llamada Penny y con un médico que acababa de terminar las prácticas y que se llamaba Martin Flanagan. Penny era una chica regordeta, alegre y divertida. Martin era un hombre de estatura mediana, peso mediano y una tripa que formaba un bulto de tamaño mediano bajo su camisa, y de una seriedad exasperante. Tatiana pensaba que el hecho de estar perdiendo el escaso pelo con el que había nacido podía contribuir a su falta de jovialidad. A pesar de todo le caía bien, hasta que, en la víspera de la partida, Martin la riñó por poner demasiados rollos de gasa en los botiquines.

—¿Es que puede haber exceso de material en un botiquín? —preguntó Tatiana.

—Sí. Tenemos instrucciones de incluir un rollo de gasas y un rollo de esparadrapo y usted está poniendo dos de cada.

—¿Y…?

—No es lo que nos han ordenado, enfermera Barrington.

Tatiana retiró el segundo rollo de gasas, pero en cuanto el médico se dio la vuelta metió otros tres en la caja de cartón. Penny la vio y ahogó una risita.

—No te enfades con él. Es muy meticuloso con todo.

—Por lo visto tiene pocas cosas de las que ocuparse —dijo Tatiana.

¿Qué diría Martin cuando la viera maquillada y con el pelo teñido? ¿Qué diría cuando empezara a tutearlo? Lo descubrió a la mañana siguiente.

—¿Estás listo para zarpar, Martin? —le dijo.

El médico carraspeó y contestó:

—Prefiero que me llame doctor Flanagan, enfermera Barrington. No hizo ningún comentario sobre el maquillaje ni sobre el pelo de Tatiana que se lo había teñido de negro por la mañana, después de despedirse de Anthony. No quería que el niño recordara a su madre con un aspecto distinto del habitual, de modo que lo dejó en la guardería como de costumbre, le dio un abrazo y le dijo, con la voz más serena que pudo:

—Te acuerdas de lo que hablamos, ¿verdad, Anthony? Mamá tiene que irse de viaje con la Cruz Roja, pero volverá tan pronto como pueda y te llevará a pasar las vacaciones a un sitio bonito, ¿de acuerdo?

—Sí, mamá.

—¿Adónde te gustaría ir?

—A Florida.

—Me parece muy bien. Iremos a Florida.

El niño no dijo nada, pero no apartó la mano del cuello de su madre.

—Vikki te cuidará muy bien, ya sabes que te quiere mucho. Podrás comer

rosquillas y helado todos los días.

—Sí, mamá.

Tatiana lo vio caminar hacia las puertas del colegio, con la mochila a la espalda, y echó a correr hacia él.

—¡Anthony!

El niño se giró.

—Dale otro abrazo a tu madre, cariño.

Vikki se tomó el día libre para ayudarla con los preparativos. Tatiana había decidido maquillarse y teñirse el pelo para evitar que la reconocieran. Tardaron tres horas en convertir en morena la larga melena rubia de Tatiana.

—Esta fase es la que más cuesta, ya sabes. Después sólo tienes que retocarte las raíces cada cinco o seis semanas. Quizá ya hayas vuelto para entonces…

—No lo sé. —Tatiana no lo creía—. Será mejor que me des material para varios retoques.

—¿Cuántos?

—No lo sé. Dame para una docena.

Vikki le maquilló los ojos con delineador negro y máscara de pestañas, le cubrió la tez con una base que disimulaba las pecas y añadió un poco de colorete.

—Me parece increíble que tú te hagas eso todos los días —declaró Tatiana.

—A mí me parece increíble que necesites irte en misión suicida a una zona de guerra para ponerte maquillaje.

—No es una misión suicida. Y ¿cómo quieres que me maquille si no me ayudas? ¡No me pongas tanto carmín! —El carmín destacaba demasiado la voluptuosidad de su boca, y no era ése el efecto que estaba buscando. Tatiana se contempló en el espejo. No se reconocía—. ¿Qué te parece?

Vikki se acercó y le dio un beso en la comisura de los labios.

—Estás desconocida.

Martin (el doctor Flanagan) no dijo nada cuando las vio aparecer en el muelle, pero carraspeó y desvió la mirada. Penny miró atónita a Tatiana.

—Con ese precioso pelo rubio que tienes, ¿vas y te tiñes de negro? —preguntó, incrédula.

Ella tenía una melena corta y rala de color castaño.

—La gente no me toma en serio —respondió Tatiana, en tono solemne—. Me he teñido y maquillado un poco para ver si así me hacen más caso.

—Doctor Flanagan —dijo Penny—. ¿Usted se toma en serio a Tatiana?

—Muy en serio —respondió Martin.

Las chicas no pudieron contener la risa.

Vikki no quería separarse de Tatiana.

—Vuelve pronto, por favor —susurró.

Tatiana no contestó.

Martin y Penny las estaban mirando.

—Los italianos son tan expresivos… —se justificó Tatiana mientras subía por la pasarela, antes de volverse para despedirse de Vikki.

Durante la travesía, Tatiana usó unos pantalones anchos de color blanco, una blusa ancha de color blanco y una toquilla blanca con el emblema de la Cruz Roja. En una tienda de material militar había comprado la mochila más grande que tenían, repleta de bolsillos con cremallera y provista de un rollo de tela impermeable que podía servir de manta, capellina o tienda de campaña. Llevaba otro uniforme de repuesto, productos de aseo y dos cepillos de dientes, ropa interior y dos juegos de prendas de paisano de color verde oliva, uno para ella y otro para un hombre corpulento. También se llevó una de las tres mantas de cachemira que había comprado en Navidad y la P-38 que Alexander le había dado durante el asedio de Leningrado. Llenó el maletín de enfermera hasta los topes con rollos de esparadrapo y gasas, jeringuillas previamente cargadas de penicilina y monodosis de morfina de la compañía Squibb. En otro compartimento de la mochila metió una Colt 1911 y un Colt Python que le había costado carísimo (doscientos dólares), pero que al parecer era el mejor revólver del mundo y disparaba unos proyectiles que eran prácticamente bombas. Compró cien cargadores de ocho balas para la pistola, 100 proyectiles de calibre 357 para el revólver, tres peines de 9 milímetros para la P-38 y dos cuchillos de combate. Lo compró todo en «la armería más famosa del mundo», a cargo de Frank Lava.

—Si quiere usted lo mejor —le había dicho el dueño en persona—, llévese el Python. Es el revólver más preciso y potente del mundo.

Frank alzó sus pobladas cejas una sola vez, cuando Tatiana le pidió una caja de cien cargadores.

—Eso son ochocientos cartuchos.

—Sí, y también quiero cartuchos de revólver. ¿No son suficientes? ¿Tengo que llevarme más?

—Eso depende… —dijo Frank—. ¿Cuál es su objetivo?

—Pues… —empezó a decir Tatiana—. Será mejor que me dé cincuenta más para… el Python.

También compró cigarrillos.

Cuando terminó de guardarlo todo en la mochila, no pudo levantarla del suelo. Al final cogió otra mochila de Vikki, más pequeña, para llevar las armas. Llevaría sus cosas a la espalda y la mochila con las armas en la mano. Pesaba bastante y pensó que tal vez había exagerado.

Sacó la cinta con las dos alianzas de la mochila negra y se la colgó del cuello.

Cuando Edward se enteró de que Tatiana había rescindido su contrato con el Departamento de Sanidad, se molestó mucho.

—No quiero hablar contigo —le dijo cuando ella entró en su despacho para despedirse.

—Ya lo sé, Edward, y lo siento —repuso Tatiana—. Pero ¿qué otra cosa puedo

hacer?

—Quedarte aquí.

—Él está vivo… —se justificó Tatiana.

—Lo estaba hace un año.

—¡Exacto: estaba vivo! ¿Qué quieres que haga, dejarlo abandonado?

—Es una locura. ¡Ahora estás abandonando a tu hijo!

—Lo siento mucho, Edward —dijo Tatiana, cogiéndole la mano y dirigiéndole una mirada suplicante—. Estuvimos a punto de… Pero no soy soltera, ni viuda. Soy una mujer casada, y mi marido está vivo en algún lugar. Debo ir en su busca.

✶

El buque *White Star* de la Cunard tardó doce días en llegar a Hamburgo. En las bodegas llevaba cien mil botiquines, además de lotes con alimentos y productos de higiene personal, donados por el gobierno de Estados Unidos. Los estibadores tardaron medio día en cargar los vehículos que debían llevar el material al hospital de la Cruz Roja para repartirlo posteriormente entre los campos de prisioneros.

Los *jeeps* de reparto tenían que llevar las provisiones y el material sanitario que pudieran necesitar en cuatro semanas los equipos formados por tres enfermeros o por dos enfermeros y un médico. A menudo se necesitaba la intervención del médico, ya que los ocupantes de los campos sufrían todos los males conocidos por la humanidad: hongos, infecciones oculares, eccemas, garrapatas, piojos y ladillas, cortes, quemaduras, abrasiones, heridas abiertas, hambre, diarrea y deshidratación.

En uno de estos *jeeps* blancos, Tatiana, Penny y Martin comenzaron a recorrer los campos instalados en Bélgica, los Países Bajos y el norte de Alemania. En todos ellos escaseaba la comida, y los lotes que repartía la Cruz Roja resultaban insuficientes. Además, Martin tenía que parar el *jeep* varias veces al día para atender a alguien que andaba cojeando por la carretera o que se había desplomado en la cuneta. En los países de la Europa occidental había miles de personas sin hogar, y por todo el paisaje asomaban campos de desplazados.

Sin embargo, lo que no se veía por ninguna parte eran refugiados soviéticos. Y contrastando con la abundante presencia de militares franceses, italianos, marroquíes, checos o ingleses, tampoco se veían militares soviéticos.

Después de inspeccionar diecisiete campos y observar miles y miles de rostros, Tatiana no había encontrado a ningún soviético que hubiera combatido en las cercanías de Leningrado, y mucho menos a alguno que hubiera oído hablar de un tal Alexander Belov.

Miles de rostros, miles de manos extendidas, miles de frentes febriles, miles de seres humanos desesperados, sucios y enfermos.

Cuando entraba en un nuevo campo, Tatiana presentía que Alexander tampoco estaría allí. Entonces se alejaba de Penny y de Martin y caminaba sola hasta el campo

siguiente, a diez kilómetros de distancia, porque no quería compañía ni charla, sólo llegar a algún lugar donde pudiera encontrar por fin a su marido. Pero cuando llegaba al siguiente campo, el corazón se le hundía dentro del pecho porque seguía sin sentir la presencia de Alexander.

Para olvidarse de Penny y de Martin, pensaba en los atardeceres neoyorquinos y en el rostro de su hijo, que llevaba tres meses sin ver a su madre. Pensaba en panecillos calientes y en el café recién hecho, en la felicidad de sentarse en el sofá, taparse con una manta de cachemira y leer un libro, con Vikki al lado y Anthony en la habitación contigua. El pelo le había crecido sin darle tiempo a encontrar un cuarto de baño con espejo para retocarse las raíces. Llevaba siempre puesta la cofia de enfermera.

Tres meses. Desde marzo había estado conduciendo, repartiendo lotes, vendando heridas, administrando curas, atravesando una Europa en la miseria, arrodillándose en el suelo para atender a un refugiado, o para enterrarlo. «¡Señor, haz que Alexander esté aquí!». Otro cuartel, otra enfermería, otra base militar… «¡Que esté aquí!».

Y sin embargo… sin embargo…

La esperanza no se había apagado por completo.

La fe no se había apagado por completo.

Todas las mañanas, Tatiana se despertaba con fuerzas renovadas y reanudaba la búsqueda de Alexander.

Cuando un ucraniano murió prácticamente en sus brazos, Tatiana se quedó con su P-38 y con su petate, que contenía ocho granadas y cinco peines de ocho cartuchos. Subió al *jeep* sin que la vieran sus compañeros y metió el botín en la mochila donde llevaba las armas y que había escondido bajo el suelo del vehículo, en un compartimento alargado, previsto para alojar unas muletas, una camilla y una litera de campaña pero que ahora contenía un arsenal.

Por fin, cuando comprendió que en aquella parte de Europa no había rastro de su marido, propuso que se trasladaran a otro lugar.

—¿Qué ocurre, Barrington? ¿Ha decidido que los desplazados no necesitan nuestra ayuda? —preguntó Martin. Estaban en Amberes en ese momento.

—Sí, claro que nos necesitan, pero no son los únicos. Deberíamos hablar con el coronel Charles Moss, el director de la base militar norteamericana.

La Cruz Roja Internacional les había proporcionado la lista de todas las instalaciones norteamericanas existentes en Europa.

—Según usted, ¿dónde somos más necesarios? —preguntó Tatiana al coronel Moss.

—Yo diría que en Berlín, pero no les recomiendo que vayan.

—¿Por qué no?

—No vamos a ir a Berlín —declaró Martin.

—Los soviéticos mantienen confinados a los militares alemanes —explicó Moss —. Comparados con las condiciones de Berlín, los campos de desplazados que han

visto hasta ahora son mansiones de la Costa Azul. Los soviéticos han prohibido la entrada de la Cruz Roja en sus campos, y es una lástima, porque se necesita urgentemente su ayuda.

—¿Dónde están confinados los alemanes? —quiso saber Tatiana.

—Paradójicamente, en los mismos campos de concentración que construyeron los nazis.

—¿Y por qué no nos recomienda ir?

—Porque Berlín es una bomba de relojería que estallará en cualquier momento. Falta comida para tres millones de personas.

Tatiana sabía de qué estaba hablando.

—Se necesitarían tres mil quinientas toneladas de alimentos al día, y Berlín sólo produce el dos por ciento de esa cantidad.

Tatiana sabía perfectamente de qué estaba hablando…

—¡Imagínense! Las alcantarillas no funcionan, los depósitos de agua están vacíos, los hospitales están colapsados y apenas hay médicos. La población sufre disentería y tifus, nada que ver con los problemillas oculares que han podido encontrar por aquí. Se necesitan medicinas, agua, trigo, manteca, azúcar, patatas…

—¿En los sectores occidentales también? —preguntó Tatiana.

—Allí las condiciones son un poco mejores. Pero para acceder a los campos de concentración del este hay que entrar en el sector soviético, cosa que no les aconsejo.

—Y los soviéticos, ¿se muestran colaboradores? —quiso saber Tatiana.

—Sí, como los hunos… —respondió Moss.

Cuando salían de Amberes, Tatiana preguntó:

—¿Qué opina, doctor Flanagan? ¿Le parece bien ir a Berlín? Es donde están los campos soviéticos.

—Berlín no entra en nuestros planes —dijo el médico, meneando la cabeza—. Nuestra misión es muy clara: los Países Bajos y el norte de Alemania.

—Sí, pero en Berlín se nos necesita más. Ya ha oído al coronel. Aquí ya cuentan con ayuda…

—No la suficiente —observó Martin.

—Sin embargo, en Alemania del Este no hay nada.

—Tania tiene razón, Martin —intervino Penny—. Es mejor que vayamos a Berlín.

Martin soltó un bufido.

—¿Deja que mi compañera lo llame por el nombre de pila? —se quejó Tatiana.

—Yo no le he dado permiso, es ella quien lo decidió —precisó Martin.

—Martin y yo hemos estado viajando juntos por Europa desde 1943 —explicó Penny—. Cuando empezamos, él todavía estaba haciendo las prácticas. Si insiste en que lo llame «doctor Flanagan», tendrá que llamarme a mí «señorita Davenport».

—Pero Penny —dijo Tatiana, riendo—. Tú no te apellidas Davenport, te apellidas Woester.

—Siempre me gustó Davenport.

Estaban los tres sentados en la cabina del *jeep*. Tatiana estaba apretujada entre el circunspecto Martin, que llevaba el volante, y la jovial Penny.

—Vayamos a los campos, doctor Flanagan —insistió Tatiana—. ¿No tiene la impresión de que allá lo necesitan? Hay escasez de médicos en Berlín.

—En todas partes hay escasez de médicos —repuso Martin—. Berlín es un terreno pantanoso, demasiado peligro…

Sin embargo, hicieron escala en Hamburgo para recoger más material y partieron hacia Berlín. Cuando colocaban los lotes, Martin les recordó que según el reglamento la carga no podía superar el metro de altura, pero Penny y Tatiana no le hicieron caso y llenaron el *jeep* del suelo al techo. Tatiana no podía acceder a su arsenal, pero pensó que el *jeep* iría menos cargado cuando lo necesitara.

Tatiana había hecho acopio de armas y municiones como para bombardear ella sólita toda la ciudad de Berlín. Además, en Hamburgo adquirió de su propio bolsillo una caja con veinte botellas de vodka de litro y medio.

—¿Para qué queremos vodka?

—Ya verá, Martin. Sin el vodka no iremos a ninguna parte.

—No quiero vodka en mi *jeep*.

—Créame, no se arrepentirá.

—Consumir alcohol es un hábito repugnante, un comportamiento que yo, como médico, no puedo excusar.

—Y tiene toda la razón. Es inexcusable…

Tatiana cerró la trasera del *jeep* de un portazo, como si no hubiera más que hablar. Penny ahogó una risita.

—No me está usted ayudando, enfermera Woester. Y usted, Barrington, ¿no me ha oído? No podemos llevar alcohol.

—¿Ha estado alguna vez en territorio soviético, doctor Flanagan?

—La verdad es que no.

—Ya decía yo… Por eso mismo le pido que confíe en mí. Sólo por esta vez, ¿de acuerdo? El vodka nos será muy útil.

—¿Usted qué opina? —dijo Martin, mirando a Penny.

—Tatiana trabaja para el Departamento de Sanidad de Nueva York: es la jefe de enfermería de la isla de Ellis —aseguró Penny—. Si ella dice que debemos llevar vodka, llevaremos vodka.

Tatiana pensó que no valía la pena precisar que ya no era la jefe de enfermería de Ellis.

En los campos de desplazados de la parte occidental de Alemania, Tatiana encontró algo más valioso que el dinero y las joyas o que la tinta y el papel: el contacto con los miles de soldados que añoraban desesperadamente sus hogares. Casi todos le tendían la mano y le susurraban palabras en francés, italiano o alemán, o en un familiar y tranquilizador inglés, diciéndole que era muy guapa y muy buena y

preguntándole si se sentía sola, si estaba casada, si estaba disponible, si, si, si… y Tatiana, mientras les acariciaba la frente para proporcionarles un poco de consuelo, respondía siempre en voz baja: «No soy la chica que necesitas, estoy aquí porque ando buscando a mi marido…».

Penny, en cambio, estaba soltera y disponible y no buscaba a ningún marido. ¿Qué buscaba? Tatiana se alegró de que Vikki no la hubiera acompañado a aquella caldera de deseos masculinos insatisfechos, porque habría pensado que los dioses se habían decidido por fin a atender sus plegarias… Penny, menos atractiva que Vikki (tal vez ahí radicaba el problema), se sentía halagada y sucumbía sin poder evitarlo a los ruegos de los soldados, y cada pocas semanas tenía que inyectarse penicilina para prevenir problemas cuya simple imaginación erizaba la piel de Tatiana.

A pesar de sus esperanzas y su fe y su amor por él, Tatiana no podía evitar pensar que Alexander, confinado en alguno de los centenares de campos repartidos por Alemania, podía estar diciendo en ese mismo momento a una enfermera complaciente como Penny: «¿De qué tienes miedo? No pido mucho… sólo que vengas a verme cuando haya oscurecido». Alexander, que había copulado con Tatiana en una cama del hospital de Morozovo pocos días antes de que ella huyera de la Unión Soviética… Alexander, que por las noches era incapaz de pensar en otra cosa o hablar de otra cosa. ¿Sería él uno de los hombres que esperaban en la litera del barracón a que apareciera su enfermera?

Tatiana no tenía la ingenuidad de creer que Alexander no podría ser uno de ellos.

Sin embargo… ella no era como Penny. Y quizá Alexander tampoco era como esos hombres. Tatiana había visto a algunos prisioneros que habían dejado atrás a sus esposas o a sus novias o habían sido abandonados por ellas y que no la llamaban ni le decían nada desde las literas. Pero eran muy pocos.

En algunos campos, el de Bremen por ejemplo, se había llegado a prohibir la presencia de enfermeras de la Cruz Roja que no fueran acompañadas de un compañero de sexo masculino o de un escolta armado. El problema era que algunos prisioneros sobornaban a los escoltas para que hicieran la vista gorda; por otra parte, los compañeros de las enfermeras tampoco eran muy fiables. Francamente, ¿a quién habría podido detener Martin?

Tatiana decidió llevar siempre encima la P-38, en la cartuchera de la espalda. A menudo no se sentía segura.

✶

Antes de llegar a Berlín había que atravesar varios puntos de control de los soviéticos. Cada ocho o diez kilómetros, el *jeep* se paraba ante una caseta militar. A Tatiana le parecían emboscadas. Cada vez que los soldados hojeaban su pasaporte, se le aceleraba el corazón. ¿Y si sospechaban del nombre que aparecía en el documento?

—¿Por qué se hace llamar Tania si su nombre es Jane Barrington? —dijo Martin

cuando dejaban atrás uno de estos controles. Tras una pausa, añadió—: Mejor dicho, ¿por qué se hace llamar Jane Barrington si su nombre es Tania?

—¡No te enteras, Martin…! —exclamó Penny—. Cuando Tania se instaló en Estados Unidos después de huir de la Unión Soviética, se puso un nombre norteamericano. ¿No es así, Tania?

—Más o menos.

—Y si huyó usted de la URSS, ¿por qué quiere entrar en la zona ocupada por los soviéticos?

—Buena pregunta, Martin —observó Penny—. ¿Por qué, Tania?

—Quiero ir a donde más se me necesita —respondió Tatiana con cautela—, no a donde sea más fácil.

En otros puntos de control los soldados quisieron inspeccionar el *jeep*, pero se limitaron a abrir las puertas y cerrarlas otra vez al verlo cargado hasta los topes. Como ignoraban que hubiera un compartimento secreto, nunca lo inspeccionaron a fondo y tampoco registraron sus pertenencias personales. Martin habría entrado en cólera si hubiera visto la cantidad de morfina que Tatiana llevaba en el maletín de enfermera.

—¿Falta mucho para Berlín? —preguntó Tatiana.

—Ya estás en Berlín —contestó Penny.

Tatiana contempló las hileras de casas que desfilaban al otro lado de la ventanilla.

—Esto no es Berlín —dijo.

—Sí lo es. ¿Qué esperabas?

—Monumentos. El Reichstag, la Puerta de Brandeburgo…

—¿No sabe usted qué es un bombardeo? —preguntó altivamente Martin—. El Reichstag ya no existe, y ya no quedan monumentos.

El *jeep* se acercó al centro de la ciudad.

—Veo que la Puerta de Brandeburgo sigue en pie —señaló Tatiana.

Martin no dijo nada.

Berlín.

El Berlín de la posguerra.

Aunque Tatiana había conocido los bombardeos de Leningrado y esperaba lo peor, le impresionó el grado de devastación que vio en Berlín. No era una ciudad, era un desastre de proporciones bíblicas… En el centro, la mayor parte de los edificios se estaban cayendo a pedazos y los habitantes vivían al pie de las ruinas, secaban la ropa en cuerdas que tendían entre postes de teléfono mellados y dejaban que sus hijos jugaran entre los socavones de las calles. Plantaban tiendas junto a sus antiguos domicilios, encendían hogueras en los solares, comían lo que podían y vivían cómo podían. Todo eso, en el sector norteamericano.

En el célebre parque Tiergarten se hacinaban miles de personas sin hogar y las aguas del Spree estaban contaminadas con cenizas de cemento y de vidrio, azufre y nitrato sódico… los vestigios de los bombardeos que habían arrasado tres cuartas

partes del centro urbano.

Penny tenía razón. Berlín no era como Nueva York, comprimida en una isla, ni siquiera como Leningrado, limitada por el golfo. Los edificios en ruinas de Berlín se extendían en todas las direcciones, a lo largo de varios kilómetros.

Tatiana entendía que fuera difícil contener la afluencia de personas entre los diferentes sectores, ya que no había un único punto de acceso sino varios centenares. No sabía cómo se las arreglarían los soviéticos para impedir que los alemanes escaparan hacia el sector norteamericano, el francés o el inglés.

—Ya le dije que los tienen confinados —le recordó Martin.

—¿A todos?

—Los demás están muertos.

Fueron a hablar con el gobernador militar del sector norteamericano, el general de brigada Mark Bishop, nacido en Manhattan. Bishop los invitó a comer, se mostró muy interesado por la actualidad de su país, permitió que Tatiana enviara un telegrama a Vikki y a su hijo («Sana y salva. Os extraño. Os quiero») y otro a Sam Gulotta («En Berlín. ¿Tienes noticias? ¿Algo útil?») y les recomendó una pensión instalada en un edificio bombardeado pero habitable. Aunque faltaban algunos tabiques y todas las ventanas estaban rotas, era el alojamiento escogido por numerosos médicos y militares, y Martin, Penny y Tatiana siguieron su ejemplo. Tatiana y Penny compartieron una habitación. Era una ventosa noche de junio, y todo el tiempo oyeron pasos en el corredor. Tatiana durmió mal, aferrada a la pistola.

*¡Alexander de los afligidos! Alexander de los inocentes, de los elocuentes, de los invencibles, de los invisibles, de los desmedidos… Alexander del guerrero, del combatiente, del comandante… Alexander del agua, del fuego y del cielo… Alexander de mi alma… Señor, líbrame de mis males y llévame junto a ti, llévame junto a mi soldado, el hombre de los tanques y de las trincheras, del humo y de la tierra, junto al Alexander de mis anhelos y de mis alegrías, junto al dueño de mi reino y mi vacío, llévame junto a ti, estés donde estés, condúceme al lugar donde por fin pueda encontrarte, deja que mis brazos te envuelvan mientras duermes y que mi pelo te acaricie el rostro y que mis labios susurren junto a tus labios: «Te busco y ruego a Dios que me conduzca al lugar de este mundo en el que tú te encuentras, Alexander de mi corazón».*

✶

A la mañana siguiente, Bishop les comunicó que había llegado un telegrama de Sam para Tatiana: «Estás loca. Habla con John Ravenstock en consulado».

También había telegrafiado Vikki: «Vuelve. No tenemos pan».

Mark Bishop, muy interesado en que la Cruz Roja inspeccionara el sector ocupado por la URSS, atravesó con ellos la Puerta de Brandeburgo para entrevistarse

con el general de la guarnición soviética, que a su vez era el comandante militar de la ciudad de Berlín.

—No habla inglés —dijo Bishop—. ¿Alguno de ustedes habla ruso, o prefieren que avise a un intérprete?

—Ella habla ruso —dijo Martin, señalando a Tatiana.

Habría que decirle que no tomara las decisiones por ella.

—No te importa traducir la conversación, ¿verdad, Tania? —preguntó Penny.

—No, no. Haré lo que pueda —contestó Tatiana. Pero apartó un momento a Penny y le dijo—: No me llames Tania, por favor. No quiero que oigan mi nombre ruso en el sector soviético. Llámame «enfermera Barrington».

—Lo siento, no lo había pensado —se disculpó Penny. Con una sonrisa, añadió —: Tanto amor me está atontando…

—¿Te has puesto la inyección de penicilina? Ayer se te olvidó.

—Sí, ya me la he puesto. Me encuentro mucho mejor. Menos mal que existe la penicilina, ¿verdad?

Tatiana le dedicó una sonrisa vaga, casi una mueca.

Las casas de la avenida Unter den Linden que habían sido requisadas para alojar al ejército soviético estaban en condiciones tan precarias como la pensión donde habían pasado la noche. Pero lo que más impresionó a Tatiana no fue el grado de devastación sino la total ausencia de obras de reconstrucción un año después de la guerra. En Nueva York, que no había sido bombardeada, se construía a un ritmo febril, como si la ciudad se preparase para el siguiente siglo. En cambio, la sección oriental de Berlín seguía en ruinas, paralizada y triste.

—¿Por qué está tan tranquila esta parte, comandante? ¿Por qué no se ven obras de reconstrucción?

—Las hay, pero avanzan lentamente.

—Yo no he visto nada.

—Es imposible describir la trágica situación de Berlín en los cinco minutos que faltan para que nos reciba el comandante de la guarnición soviética, enfermera Barrington —se justificó Bishop—. La URSS se niega a aportar dinero para las obras de reconstrucción de la ciudad, alegando que la financiación debe ir a cargo de los alemanes.

—Es normal, puesto que Berlín es una ciudad alemana —observó Tatiana.

—Y los soviéticos prefieren empezar reconstruyendo la URSS. También es normal.

—Así es.

—Por eso, no hay subvenciones para el sector oriental de Berlín. Ni técnicos, ya que todos los arquitectos e ingenieros están trabajando en la URSS.

—¿Y por qué no aportan dinero los aliados occidentales?

—Ojalá fuera tan sencillo… Lo último que quieren los soviéticos es intromisiones en su sector. Nos odian, y no cejarán hasta sacarnos de Berlín. No quieren ninguna

ayuda. No les será fácil convencer al comandante de la guarnición de que les permita acceder a los campos de concentración, ni siquiera alegando razones humanitarias.

—No quieren que se sepa cómo están tratando a los alemanes —observó Tatiana.

—Puede ser. En cualquier caso, no desean nuestra presencia. Y no creo que esta entrevista sirva de mucho.

Las escalinatas del edificio eran de mármol. Tenían los peldaños mellados, pero eran de mármol. El teniente general los estaba esperando en su despacho.

Cuando entraron, el general se volvió hacia la puerta y los recibió con una sonrisa. Tatiana reprimió una exclamación al verlo.

Era Mijail Stepanov.

✶

Penny y Martin se volvieron a mirarla. Tatiana se escondió detrás de Martin, intentando serenarse. ¿Stepanov la reconocería, con el pelo teñido y las pecas cubiertas por el maquillaje?

El gobernador procedió a las presentaciones y añadió:

—Por favor, enfermera Barrington, acérquese para llevar a cabo la traducción.

No había ningún sitio donde esconderse. Tatiana avanzó un paso. Ni ella ni Stepanov sonrieron. Stepanov la miró impasible, casi sin pestañear. El único indicio de que la había reconocido fue su mano crispada en el borde de la mesa.

—Encantada, general Stepanov —dijo Tatiana, en ruso.

—Encantado, enfermera Barrington —contestó Stepanov.

Los labios de Tatiana temblaban mientras traducía la conversación, que se resumía en lo siguiente: la Cruz Roja solicitaba permiso para proporcionar ayuda sanitaria a los miles de prisioneros alemanes que los soviéticos tenían confinados en los campos de la zona oriental de Alemania.

—En mi opinión, es una ayuda necesaria —observó Stepanov.

Se mantenía erguido en la butaca, pero parecía más viejo y cansado. La expresión fatigada de sus ojos indicaba que había visto muchas cosas y que casi todas lo habían asqueado.

—Me temo que las condiciones de los campos no son buenas. El programa de indemnizaciones de guerra estipula que los prisioneros alemanes deben contribuir a la reconstrucción de la Rusia Soviética, pero la mayoría de ellos no tienen fuerzas para trabajar.

—Nosotros podemos ayudarlos —dijo Tatiana.

Stepanov los invitó a sentarse. Tatiana se derrumbó en la butaca, dando gracias a Dios por no tener que seguir de pie.

—Por desgracia, hay un problema importante —añadió Stepanov—, y dudo que los lotes de la Cruz Roja puedan ser de ayuda en este aspecto. Aumenta la animosidad contra los prisioneros alemanes, los campos carecen de la disciplina

militar necesaria para llevar a cabo una gestión organizada y los guardianes no tienen formación ni experiencia. Todo ello provoca una sucesión de infracciones: intentos de fuga, resistencia a la autoridad y altercados violentos. Los costes políticos son muy altos. Muchos berlineses se niegan a trabajar para nosotros y se están fugando a los sectores controlados por los demás países. Se requiere una solución urgente, y me temo que la presencia de la Cruz Roja sólo serviría para inflamar todavía más los ánimos.

—El teniente general tiene toda la razón —declaró Martin cuando Tatiana terminó de traducir las palabras de Stepanov—. No tenemos nada que hacer aquí, no sabemos en qué terreno nos estamos moviendo.

Pero Tatiana, en lugar de traducir esta frase al ruso, dijo:

—La Cruz Roja es una entidad neutral que no puede tomar partido por ningún bando.

—Si vieran los campos, lo tomarían… —aseguró Stepanov, moviendo la cabeza consternado—. He intentado resolver los problemas del reparto de alimentos, las malas condiciones higiénicas y la arbitraria aplicación del reglamento. Hace cuatro meses introduje una serie de medidas destinadas a mejorar la situación, pero no sirvió de nada. El organismo encargado de gestionar los campos rusos se niega a castigar a los soldados que no cumplen sus funciones, lo cual no hace más que exacerbar las hostilidades.

—¿Los campos rusos? —repitió Tatiana—. ¿No estamos hablando de campos para prisioneros alemanes?

—En ellos también hay prisioneros rusos, enfermera Barrington —precisó Stepanov, mirándola a los ojos—. O al menos los había hace cuatro meses.

Tatiana se echó a temblar.

—¿Cuál es el organismo responsable de administrar los campos? Tendría… Tendríamos que hablar con ellos.

—En ese caso, deberán ir a Moscú y hablar con Lavrenti Beria —dijo Stepanov, con una sonrisa desalentada—. Pero no se lo recomiendo… Dicen que «tomar café» con Beria puede ser una experiencia letal.

Tatiana apretó las manos entre los muslos para controlar el temblor de su cuerpo. ¡De modo que el NKVD gestionaba los campos de concentración instalados en Alemania!

—¿Qué ha dicho el coronel, Tat… enfermera Barrington? —preguntó Penny—. Se ha olvidado de seguir traduciendo.

—No vamos a ir, está decidido —intervino Martin—. Sería malgastar recursos.

Tatiana se volvió hacia él.

—Tenemos recursos de sobra, doctor Flanagan. Todo Estados Unidos es un recurso… El teniente general dice que en los campos hace falta ayuda urgente. ¿Vamos a echarnos atrás, sabiendo que nos necesitan aún más de lo que imaginábamos?

—La enfermera Barrington ha hablado muy bien, doctor Flanagan —dijo Penny, muy seria.

—Lo esencial es ayudar a quienes tienen posibilidades de salvarse —declaró Martin.

—Propongo una cosa: primero los ayudamos, y luego dejamos que ellos decidan si se salvan o no. —Tatiana se volvió hacia Stepanov y preguntó en voz baja—: ¿Cómo ha venido a parar aquí, señor?

—¿Qué le ha preguntado? —dijo Bishop.

—Me trasladaron tras la caída de Berlín —contestó Stepanov—. Estaba consiguiendo demasiadas cosas en Leningrado… Me servirá de escarmiento. Pensaron que aquí podría hacer lo mismo, pero esto no es Leningrado ni los problemas son los mismos. Hay escasez de comida, de viviendas, de ropa de abrigo y de combustible, sí, pero además hay un enfrentamiento entre diferentes países, diferentes poblaciones, diferentes sistemas económicos y diferentes visiones de la justicia, los castigos y las represalias. Es un terreno pantanoso, que amenaza con engullirme. —Stepanov hizo una pausa y luego añadió—: Creo que no estaré mucho tiempo por aquí.

Tatiana le cogió la mano. El gobernador militar, Martin y Penny la miraron boquiabiertos.

—¿Dónde está el hombre que fue en busca de su hijo? —susurró Tatiana.

Stepanov agitó la cabeza, mirando fijamente las manos de Tatiana.

—¿Dónde?

Stepanov alzó la vista.

—En Sachsenhausen, el campo especial número 7.

Tatiana le oprimió la mano y la soltó.

—Gracias, teniente general.

—¿Qué ha dicho de Sachsenhausen? —preguntó Martin—. Está usted dejando cosas sin traducir. Tal vez deberíamos llamar a un intérprete.

—Ha dicho que es donde más se me necesita —dijo Tatiana, haciendo un esfuerzo para incorporarse del asiento. Tenía la boca seca y apenas se sostenía en pie —. Le agradecería que nos indicara cómo llegar a los campos, señor. ¿No tendría un mapa de la zona? ¿Podría enviar un telegrama anunciando nuestra visita? Nosotros telegrafiaremos a la Cruz Roja de Hamburgo para solicitar que envíen más convoyes a Berlín. Le prometo que repartiremos alimentos y medicinas en los campos rusos. No resolveremos la situación, pero podremos mejorarla un poco.

Se despidieron con un apretón de manos. Tatiana miró a Stepanov, que asintió moviendo la cabeza.

—No esperen mucho, los prisioneros rusos lo están pasando muy mal —dijo—. En los últimos meses han empezado a enviarlos a los presidios de Kolima. Es posible que lleguen demasiado tarde para servirles de ayuda.

Cuando salían del despacho, Tatiana se volvió y lanzó una última mirada a

Stepanov, que volvía a sentarse muy erguido detrás del escritorio. Stepanov alzó la mano en su dirección.

—Corre usted peligro —le advirtió—. Está en la lista de enemigos clase uno. Y yo también. Pero quien más peligro corre es él.

✶

—¿Qué ha dicho? —preguntó Martin en el corredor.

—Nada.

—¡Esto es ridículo! —protestó Martin. Se volvió hacia Bishop y añadió—: Gobernador, es obvio que la enfermera Barrington nos está ocultando información importante.

—Creo que usted habla solamente un idioma, doctor Flanagan —dijo Bishop—. No sabe que cuando se traduce una conversación, se resumen los puntos esenciales.

—Eso es lo que he hecho —aseguró Tatiana.

Cuando salieron del edificio, tuvo que sentarse en un bloque de cemento que afeaba lo que antes había sido una preciosa fuente.

Bishop se le acercó y se inclinó para hablarle al oído:

—Cuando salíamos, he oído pronunciar la palabra *vrag*, «enemigo». ¿Qué le ha dicho Stepanov?

Tatiana tuvo que tomar aire varias veces para poder hablar.

—Ha dicho que el ejército soviético considera a Estados Unidos su enemigo —explicó en voz baja—. No podemos hacer nada al respecto, pero no he querido traducirlo porque el doctor —señaló a Martin con la cabeza— es muy susceptible con estos temas.

—Entendido —dijo el gobernador, sonriendo. Le dio una palmada en el hombro y miró a Tatiana con expresión satisfecha—. Usted no lo es tanto, ¿verdad?

Tatiana se levantó y los dos volvieron junto a Martin y Penny.

—¿Cree usted que deberíamos ir a Sachsenhausen, gobernador? —preguntó Martin.

—En mi opinión, doctor, no tienen más remedio. Para eso vinieron a Europa. Su enfermera ha conseguido que nos autoricen a entrar en los campos. ¿Cómo lo ha logrado, enfermera Barrington? Es un hito muy importante para la Cruz Roja. Voy a telefonear a Hamburgo inmediatamente para pedir que envíen cuarenta mil lotes más.

—Sí, Tania —dijo Penny—. Explícanos cómo te las has arreglado para cogerle la mano a un general soviético y convencerlo de que nos permita entrar en los campos sin que nos enviara a la policía secreta.

—Soy enfermera, le doy la mano a todo el mundo —dijo Tatiana.

—No debería mostrarse tan amistosa con los soviéticos —la censuró Martin—. Recuerde que la Cruz Roja es neutral.

—Neutral no significa indiferente, Martin —dijo Tatiana—. Y tampoco

insolidario o frío. Neutral significa que no podemos tomar partido por ningún bando.

—Al menos en el ámbito profesional —precisó el gobernador—. Pero no olvide, enfermera Barrington, que los soviéticos son unos salvajes. ¿No sabe que tras la rendición alemana acordonaron durante ocho semanas la ciudad de Berlín? Ninguno de nuestros ejércitos estaba autorizado a entrar. ¿Qué cree que estaban haciendo mientras tanto?

—No quiero imaginarlo —dijo Tatiana.

—Violaban a mujeres jóvenes como usted, asesinaban a hombres jóvenes como el doctor Flanagan, saqueaban las pocas casas que quedaban en pie, arrasaban la ciudad… ¡Durante ocho semanas!

—Así es. ¿Y sabe usted qué hicieron con Rusia los alemanes?

—¡Vaya! —exclamó Martin—. Pensaba que no podíamos tomar partido por ningún bando, enfermera Barrington.

—Ni dar la mano al enemigo —añadió Penny.

—Él no era el enemigo —dijo Tatiana.

Se volvió de espaldas para que no la vieran llorar.

# Capítulo 40

*Sachsenhausen, junio de 1946*

Martin propuso esperar al día siguiente, pero Tatiana se negó e insistió en que subieran al *jeep* y partieran de inmediato.

Martin justificó su propuesta con un montón de razones: en los campos no habrían recibido todavía el telegrama de Stepanov; era preferible esperar a que llegaran más *jeeps* para formar un convoy como el que había entrado en Buchenwald al final de la guerra; mientras tanto podían ofrecer su ayuda a los hospitales berlineses; además, tenían que comer antes de partir… de hecho estaban invitados a la casa del gobernador militar norteamericano, que quería presentarles a los generales del Cuerpo de Marines destacados en Berlín. Tatiana lo estuvo escuchando mientras preparaba unos bocadillos y subía las cosas al *jeep*. Luego le arrebató el llavero de las manos, abrió las puertas, señaló el volante y dijo:

—Ya terminará de contármelo por el camino. ¿Conduzco yo o conduce usted?

—¿No ha estado atenta a lo que le decía, enfermera?

—Lo he estado escuchando con mucha atención. Ha dicho que quería comer, y aquí tiene unos bocadillos. Ha dicho que quería hablar con no sé qué militares: dentro de una hora, si salimos enseguida y no nos perdemos por el camino, tendrá ocasión de conocer al comandante del mayor campo de concentración de Alemania.

Sachsenhausen estaba a unos cuarenta kilómetros de Berlín, al norte de la ciudad.

—Tenemos que llamar a la delegación de la Cruz Roja en Hamburgo…

—De eso se encarga Bishop. Lo que tenemos que hacer nosotros es ponernos en marcha inmediatamente.

Los tres subieron al *jeep*.

—¿Por dónde empezamos? —dijo Martin, rindiéndose de mala gana—. Páseme el mapa, por favor. Tal vez deberíamos empezar por los cien subcampos asociados a Sachsenhausen. Son más pequeños y podríamos inspeccionarlos en poco tiempo.

—Según lo que encontrásemos en ellos —precisó Tatiana—. No: iremos directos a Sachsenhausen —añadió, sin darle el mapa a Martin.

—No me convence —dijo Martin—. Según la documentación que nos dieron, en Sachsenhausen hay doce mil prisioneros. No llevamos suficientes lotes para todos.

—Tienen que llegar más.

—Entonces, ¿por qué salimos ya? ¿No sería mejor esperar a tener los demás lotes?

—¿Cuánto quiere esperar antes de que empecemos a salvar vidas, doctor Flanagan? —dijo Tatiana—. Confío que no mucho tiempo.

—Si han aguantado varios meses sin nosotros, podrán esperar un par de días más, ¿no?

—No, no lo creo.

✶

Evgeni Brestov, el comandante del campo, se mostró muy sorprendido («¡desconcertado, en realidad!») al verlos en la puerta de su despacho.

—¿Que vienen a inspeccionar qué? —preguntó en ruso, mirando a Tatiana.

Al parecer se fiaba del uniforme de enfermera, ya que no le pidió sus credenciales. Brestov era un hombre obeso, sucio y desaliñado, que tenía aspecto de beber sin moderación.

—Venimos a atender a los enfermos. ¿No se lo ha comunicado el comandante militar de Berlín?

Tatiana era la única que podía hablar con él.

—¿Dónde aprendió ruso? —le preguntó Brestov.

—En Estados Unidos, en la universidad —contestó Tatiana—. Me temo que no lo hablo muy bien.

—¡Qué va! Lo habla perfectamente.

Brestov los acompañó a las oficinas, donde lo estaba esperando un telegrama de Stepanov con el sello de «urgente».

—Si es urgente, es urgente… ¿Por qué no me lo han traído a la casa? —protestó Brestov. Acto seguido, añadió—: Lo que no entiendo es a qué viene tanta urgencia. Todo está en orden, estamos empezando a aplicar la nueva normativa. Si quieren saber mi opinión, les diré que hay un exceso de ordenanzas. Nos piden lo imposible y luego se quejan si las cosas no salen a su gusto.

—Lo comprendo, tiene que ser difícil.

Brestov asintió con un gesto enfático.

—¡Mucho! Los guardianes no tienen ninguna experiencia. ¿Cómo quieren que vigilen a los militares alemanes, que formaban parte de una fuerza entrenada para matar? El letrero del portón dice «El trabajo os hace libres», o algo así. Deberían estar dispuestos a trabajar ellos también…

—A lo mejor saben que de todos modos no van a salir libres…

—Podría ser. Aún estamos discutiendo las condiciones con el gobierno alemán. Desde luego, no saldrán de aquí si siguen mostrándose tan poco dispuestos a colaborar…

—Entonces, ¿quién trabaja?

—Bueno, ya sabe… —dijo Brestov tras una pausa, y cambió de tema enseguida —: Mi colaborador, el teniente Iván Karolich, se encarga de supervisar la actividad diaria del campo.

—¿Dónde estará a salvo el *jeep*?

—¿A salvo? En ninguna parte. Apárquenlo delante de mi casa y cierren las puertas con llave.

Tatiana miró hacia el camino flanqueado de árboles y vio que la casa del comandante estaba a unos cientos de metros de la entrada del campo.

—¿No podríamos dejarlo dentro del recinto? Tendremos que transportar miles de lotes. ¿Cuántos prisioneros hay aquí, doce mil?

—Más o menos…

—¿Más de doce mil, o menos?

—Más.

—¿Cuántos más?

—Cuatro mil.

—¡Dieciséis mil hombres! —exclamó Tatiana, Algo más serena, añadió—: Pensaba que el campo sólo tenía capacidad para doce mil. ¿Han construido nuevos barracones?

—No. Están en los sesenta barracones que ya existían. No podemos construir más, porque todos los árboles que se talan se utilizan en la reconstrucción de las ciudades soviéticas.

—Ya entiendo. ¿Podríamos aparcar al otro lado de la valla?

—De acuerdo, aparquen dentro. ¿Qué llevan en el *jeep*?

—Medicinas para los enfermos. Y también carne enlatada, leche en polvo, dos fanegas de manzanas, mantas de lana…

—Los enfermos se curarán. Y los prisioneros ya reciben demasiada comida. Además, es verano y no necesitan mantas. —Brestov se aclaró la voz y añadió—: Y aparte de la leche en polvo, ¿no han traído nada para beber?

—¡Claro que sí, comandante! —dijo Tatiana, lanzando una mirada a Martin.

Agarró a Brestov del brazo y lo llevó a la trasera del *jeep*.

—¡Tengo justo lo que necesita!

Sacó una botella de vodka, que Brestov le arrebató rápidamente de las manos.

Martin se puso dócilmente al volante y dejó el *jeep* aparcado junto a la garita.

—Esto parece una base militar —dijo en voz baja a Tatiana—. Está tan bien diseñado…

—Sí. Pero apuesto a que cuando lo dirigían los alemanes estaba más limpio y mejor organizado. Fíjese.

Las paredes de los edificios se estaban desmoronando, y entre el césped mal segado asomaban pedazos de madera caídos de los marcos de las ventanas. Las piezas de metal estaban oxidadas. Todo tenía un aspecto descuidado típicamente soviético.

—¿Sabía que éste era uno de los llamados «campos modelo», donde se formaban los miembros de las SS? —preguntó Brestov—. Puede traducírselo a sus compañeros.

—Sí… Realmente, los alemanes eran buenos construyendo campos —repuso Tatiana.

—Y ya ve, ahora, los muy cabrones (perdone mi vocabulario) tienen que pudrirse en sus campos modelo —exclamó Brestov.

—¿Dónde está su colaborador? —preguntó Tatiana, mirando severamente a Brestov, que carraspeó avergonzado.

Brestov les presentó al teniente Karolich, un tipo alto y atildado, con pinta de disfrutar de la comida. Aunque era bastante joven, tenía la papada de quien lleva muchos años abusando de la manteca. Cuando les tendió la mano, Tatiana observó que Karolich llevaba las uñas muy bien cuidadas, y pensó en lo incongruente que resultaba que una persona con unas manos tan pulcras dirigiera una institución repleta de prisioneros sucios y aquejados de mil enfermedades. Le dijo que querían ver las dependencias del campo.

El recinto era grande y tenía una forma triangular que facilitaba la vigilancia, ya que los guardianes podían disparar hasta varios centenares de metros desde la garita del fondo. En los barracones, distribuidos en tres semicírculos concéntricos, se alojaba la mayoría de los militares y civiles de origen alemán.

Las ejecuciones se llevaban a cabo en la horca instalada frente al primer semicírculo, normalmente tras el recuento de la mañana.

—¿Dónde se ubican los oficiales? —preguntó Tatiana cuando se acercaban a la enfermería.

—Bueno… —empezó a decir Karolich—. Están en lo que antes eran los barracones de los prisioneros aliados.

—¿Y eso dónde es?

—En un anexo, fuera del perímetro principal.

—Dígame, teniente Karolich, ¿es que los oficiales alemanes están tan bien atendidos que no necesitan nuestra ayuda?

—No creo que sea así.

—Ah, ¿no? Entonces acompáñenos a verlos.

Karolich carraspeó.

—Me temo que también habrá militares rusos en esa parte.

—Perfecto.

—Por eso no puedo dejarlos visitar esos barracones.

—¿Por qué? También los ayudaremos. Quizá no me ha entendido bien, teniente. Traemos lotes de medicinas y de alimentos, tenemos a un médico que puede atender a los enfermos… ¿A qué estamos esperando? ¿Por qué no acompaña al doctor Flanagan y a la señorita Davenport hasta la enfermería para que puedan trabajar en paz, y luego usted y yo nos vamos a ver a los prisioneros de los barracones? Empecemos por la zona de los oficiales, ¿le parece?

Karolich la miró, desconcertado.

—El comandante ha dicho que… En fin, que querrían comer. —Se le atropellaban las palabras—. He encargado un almuerzo especial en la cocina… ¿Y no querrán descansar un poco? El comandante ha mandado preparar las habitaciones para usted y sus compañeros.

—Se lo agradecemos mucho. Comeremos y descansaremos cuando esté terminado el trabajo, teniente. Empecemos de una vez.

—¿Qué puede hacer usted sin un médico?

—Prácticamente todo. A no ser que alguien necesite cirugía cerebral, pero creo que en ese caso ni siquiera nuestro médico podría serle de ayuda…

—¡No, no…!

Tatiana estaba demasiado nerviosa para sonreír. Prosiguió:

—Puedo aplicar todo tipo de curas. Puedo poner puntos, lavar heridas y vendarlas, hacer transfusiones, administrar morfina, tratar infecciones, preparar remedios, anotar diagnósticos, bajar la fiebre, eliminar los piojos y afeitar cabezas para prevenir futuros problemas… —Dio una palmadita al maletín de enfermera—. Aquí tengo prácticamente todo lo que necesito. Y cuando se acabe, tengo más material en el *jeep*.

Karolich balbuceó algo ininteligible y dijo que no se necesitaría sangre ni morfina, que se trataba tan sólo de un campo de internamiento.

—¿No ha habido nunca ninguna baja?

—Las personas mueren, enfermera —respondió Karolich con altivez—. Por supuesto que hay bajas. Pero no puede hacer gran cosa por los muertos, ¿verdad?

Tatiana no dijo nada. Pestañeó, recordando súbitamente a todos los seres queridos a los que no había podido salvar de la muerte.

—Tania —susurró Martin—, el comandante ha dicho algo de ir a comer, ¿no?

—Pues sí, pero le he dicho que hemos comido hace poco —explicó Tatiana, cogiendo el maletín. Miró a Martin a los ojos y añadió—: Porque hemos comido ya, ¿no es cierto, doctor?

El médico no supo qué contestarle.

—Eso pensaba… Usted y Penny pueden ir directamente a la enfermería. Yo empezaré por los barracones de los oficiales, a ver qué se puede hacer.

Tatiana, que ejercía de puente entre dos culturas, dos idiomas y dos países, era la única que podía dar órdenes. Martin y Penny se encaminaron a la enfermería.

Karolich y Tatiana volvieron al *jeep* y abrieron la parte trasera. Tatiana se quedó mirando los botiquines, los paquetes de comida y los sacos de manzanas, pensando en cómo accedería a sus pertenencias. Dio la espalda a Karolich durante un momento, para que no pudiera advertir que tenía miedo. Sin mirarlo, para ganar un poco más de tiempo, le dijo:

—¿Tiene algún asistente? Creo que necesitaremos a alguien más. —Hizo una pausa y añadió—: Y también nos vendría bien una carretilla para transportar los sacos de manzanas y los botiquines.

—Ya lo llevaré yo —se ofreció Karolich.

Esta vez, Tatiana se volvió hacia él. Estaba más tranquila.

—Entonces, ¿quién llevará la ametralladora, teniente? Se miraron unos momentos en silencio, hasta que Tatiana supo que el otro había entendido las implicaciones de su frase.

Karolich se sonrojó, incómodo.

—Los prisioneros no son agresivos, enfermera. No la molestaran.

—Teniente Karolich, no dudo ni por un momento de que tal vez en otra vida muchos de ellos fueron gente pacífica, pero llevo tres meses rodeada de realidad, en Estados Unidos he atendido durante tres años a prisioneros de guerra alemanes, y no me hago muchas ilusiones. Y una enfermera armada no crea una buena impresión, ¿no le parece?

—Tiene usted toda la razón.

Sin atreverse a mirarla, el teniente le dijo que esperara y llamó al sargento que le hacía de asistente. Entre los dos colocaron un saco de manzanas y treinta botiquines en una bamboleante carretilla y la condujeron hasta los barracones de los oficiales.

Mientras el sargento esperaba fuera con los botiquines, Tatiana cogió una bolsa llena de manzanas y recorrió los dos primeros barracones asida al brazo de Karolich. Había comprendido que, si se encontraba a Alexander en uno de aquellos cobertizos sucios y atestados, tendría dificultades para disimular su reacción. Se paraba junto a las literas compartidas entre dos prisioneros, les daba una manzana a cada uno y seguía avanzando. Si alguno dormía, lo zarandeaba y a veces apartaba las mantas. Escuchaba sus gritos y sus bravatas intentando distinguir el timbre de sus voces. Se quedó enseguida sin manzanas. No abrió ni una sola vez el maletín de enfermera.

—¿Qué opina? —dijo Karolich cuando salieron del barracón.

—¿Que qué opino? Me parece terrible —dijo Tatiana, respirando el aire fresco del exterior—. Pero al menos, aquí, todos los prisioneros estaban vivos.

—No se ha parado a examinar a ninguno.

—Le haré un resumen de mis impresiones cuando hayamos visitado todos los barracones, teniente —dijo Tatiana—. Tengo que hacer una lista con los prisioneros que habrá que visitar de nuevo y los que necesitarán la atención inmediata del doctor Flanagan, pero tengo mi propio sistema para confeccionarla. Por el olor, la temperatura de la piel y el color de la cara, puedo distinguir a los que están enfermos y saber qué necesitan, y sé quiénes conservan la vitalidad y quiénes se acercan a la muerte. También me ayuda el timbre de sus voces. Si gritan palabras en alemán o extienden la mano hacia mí, sé que no se encuentran tan mal. Cuando no se mueven, o peor aún, cuando me siguen con la mirada sin decir nada, es cuando empiezo a preocuparme. En estos dos barracones, los prisioneros estaban vivos. Ordene a su sargento que distribuya los botiquines pequeños, y pasemos al siguiente.

Inspeccionaron otros dos barracones donde la situación no era tan buena. Tatiana cubrió a dos de los prisioneros con las sábanas y dijo a Karolich que los sacaran al exterior para enterrarlos. Cinco tenían fiebre. Tatiana tuvo que tratar diecisiete heridas abiertas, se quedó sin vendas y tuvo que volver al *jeep* a por más. Al volver pasó por la enfermería y pidió a Penny y al doctor Flanagan que la acompañaran.

—La situación es peor de lo que pensaba —les dijo.

—No puede ser peor que aquí, donde se están muriendo de disentería —dijo el doctor Flanagan.

—Pues la disentería se ha extendido a los barracones —aseguró Tatiana.

—¿Hay algún caso de tifus?

—De momento no, aunque he visto a dos o tres con fiebre. Claro que hasta ahora sólo he inspeccionado cuatro barracones.

—¡Cuatro! ¿Cuántos hay en total?

—Sesenta.

—¡Enfermera Barrington!

—Tenemos que darnos prisa, doctor. En cada barracón se apiñan ciento treinta y cuatro literas, con doscientos sesenta y ocho hombres en total. ¿Qué esperaba?

—No vamos a terminar nunca.

—Ánimo… —lo alentó Tatiana.

En uno de los barracones, los prisioneros habían salido al patio, y en el otro, estaban en las duchas.

—Dígale a ese tal Karolich que en éste acabarán todos muertos si no manda directamente a la enfermería a los enfermos de difteria —dijo Martin, después de examinar el undécimo barracón.

En el decimotercer barracón, cuando Tatiana estaba vendando un brazo, el herido se resbaló de la litera y se le cayó encima. Tatiana pensó que había sido sin querer, pero el prisionero la sujetó contra el suelo y comenzó a restregarse contra ella. Karolich intentó separarlos sin éxito, y los demás prisioneros no querían inmiscuirse. El hombre no paró de moverse hasta que perdió el conocimiento después de que Karolich le golpeara en la cabeza con la culata de la Shpagin.

Karolich tendió la mano a Tatiana para ayudarla a levantarse.

—Lo siento. Nos ocuparemos de él.

—No se preocupe —contestó Tatiana, jadeando y sacudiéndose el uniforme. Cogió el maletín de enfermera y añadió—: Sigamos.

No terminó de vendar a su agresor.

Eran las ocho de la noche cuando terminaron de revisar el decimoctavo barracón. Karolich dijo que tenían que parar y Martin y Penny lo secundaron, pero Tatiana quería continuar porque en los dos últimos barracones había oído hablar en ruso por primera vez. Los inspeccionó con más atención, apartando todas las mantas, repartiendo botiquines y manzanas y hablando con algunos de los prisioneros, pero no encontró ni rastro de Alexander.

Karolich, Martin y Penny dijeron que no podían más y que ya retomarían el trabajo al día siguiente. Como no podía trabajar sola, Tatiana los acompañó de mala gana a casa del comandante. Se lavaron y cambiaron, Penny se puso otra inyección de penicilina, y los tres se sentaron a la mesa con Karolich y Brestov.

—¿Qué opina su jefe, enfermera? —preguntó Brestov—. ¿Cómo está la situación?

—Regular… —respondió Tatiana, sin molestarse en traducir la pregunta para Martin y Penny, concentrados en la cena—. Las condiciones sanitarias son preocupantes. El principal problema es la suciedad. Los prisioneros están llenos de

ronchas y costras. ¿No funcionan las duchas y la lavandería?

—Claro que sí —contestó Brestov, indignado.

—Debería estar en funcionamiento las veinticuatro horas. Si mantiene limpios a sus prisioneros, tendrá la mitad de problemas. Y tampoco iría mal desinfectar los inodoros…

—Oiga, salen a caminar por el patio, no pueden estar tan enfermos… Hacen gimnasia y reciben tres comidas al día.

—¿Qué les dan de comer?

—Esto no es un hotel, enfermera Barrington. Les damos lo habitual en una cárcel.

Tatiana observó el bistec del plato de Brestov.

—¿Y eso qué significa? ¿Gachas para desayunar, caldo para comer y patatas para cenar? —preguntó.

—Y pan —precisó Brestov—. Y a veces toman sopa de ave.

—No se lavan, comen poco, las literas están apiñadas, los barracones son un caldo de infecciones… y por si piensa que el estado de salud de sus prisioneros no es asunto suyo, sepa que los carceleros terminarán enfermando también. La difteria se contagia, como la fiebre tifoidea y el tifus.

—¡Un momento! No hay casos de tifus.

—Por ahora… —le respondió Tatiana con voz serena—. Pero hay piojos y garrapatas y los presos no se afeitan ni se rasuran la cabeza. Y cuando ellos enfermen de tifus, sus hombres tendrán que seguir vigilándolos…

Brestov estuvo un momento callado, con el tenedor suspendido en el aire.

—¡Al menos no se están muriendo de sífilis! —dijo al final.

Echó la cabeza para atrás y soltó una carcajada.

—Se equivoca, comandante —dijo Tatiana, incorporándose—. He contado sesenta y cuatro casos de sífilis, diecisiete en la fase terciaria.

—Es imposible —dijo Brestov.

—Sea como sea, han enfermado. Y por cierto, la situación de los prisioneros soviéticos parece ser peor que la de los alemanes, si cabe. Gracias por la agradable velada. Me despido de ustedes hasta mañana.

Antes de que Tatiana saliera del comedor, Brestov tomó un largo trago de vodka y dijo:

—No queremos que estén demasiado sanos. ¿Me comprende, enfermera Barrington? La salud los vuelve… menos dóciles.

Tatiana se fue sin contestarle.

A la mañana siguiente se levantó a las cinco de la madrugada, pero tuvo que esperar mano sobre mano hasta las seis porque sus compañeros aún dormían.

Martin y Penny se levantaron y se arreglaron con parsimonia, desayunaron con más parsimonia todavía, y por fin reanudaron la inspección de los cinco barracones que faltaban en la sección de oficiales.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó Karolich con una sonrisa cortés. El

cuello almidonado de su uniforme y su pelo pulcramente peinado le daban un aspecto incongruente—. ¿La afectó mucho lo de ayer?

—Un poco, pero estoy bien —respondió Tatiana.

—Lo han mandado al calabozo.

—¿A quién? ¡Ah, al prisionero alemán! No se preocupe…

—¿Le sucede a menudo?

—No mucho.

Karolich asintió.

—Habla muy bien el ruso —declaró.

—Gracias. Es usted muy amable.

Repartieron más botiquines y manzanas, aplicaron curas a los que estaban en condiciones de recibirlas y llevaron a la enfermería a los que tenían alguna dolencia infecciosa. Tatiana se paseó entre las camas, pero siguió sin ver a Alexander.

—Me han sorprendido las condiciones en las que viven los soviéticos —dijo Martin cuando salieron un momento a descansar.

Llovía, pero se habían refugiado debajo de un alero para respirar un poco de aire fresco.

—¿Por qué? —preguntó Tatiana.

—No lo sé. Pensaba que los tratarían mejor que a los alemanes.

—¿Y por qué iban a hacerlo? Ningún organismo internacional supervisa la situación de los prisioneros soviéticos, que por otro lado están a punto de ser enviados a los campos de trabajo de la URSS. ¿Qué cree que les espera allá? —Tatiana se encogió de hombros—. Al menos, aquí hay veranos.

En el decimonoveno barracón, cuando se había arrodillado junto a una litera para desinfectar una quemadura con ácido bórico, Tatiana oyó una voz y una risa que le parecieron familiares. Se volvió, miró al otro lado del pasillo y se encontró cara a cara con el teniente Ouspenski, al que había conocido en el hospital de Morozovo. Con el corazón en vilo, se giró hacia el herido al que estaba atendiendo y esperó a que Ouspenski gritara tras ella: «¡Caramba, enfermera Metanova! ¿Qué la trae por aquí?».

Pero Ouspenski no gritó nada de eso. Lo que hizo fue decirle, en ruso, cuando Tatiana ya había terminado de curar la herida y se disponía a marcharse:

—Acérquese, enfermera.

Tatiana volvió la cara lentamente. Ouspenski la miraba con una sonrisa de oreja a oreja.

—Tengo un problemilla que sólo usted puede solucionar, como enfermera y todo eso. Venga, venga…

El maquillaje y el tinte habían funcionado. Ouspenski no la había reconocido. Tatiana recogió sus cosas, cerró el maletín y se puso de pie.

—Yo lo veo muy sano —dijo.

—Pero no me ha palpado la cabeza ni el corazón ni el estómago… Ni…

—Soy una profesional y no me hace falta tocar nada para saber que está bien.

Ouspenski soltó una carcajada.

—¿Sabe que me suena su cara? —añadió, con una amplia sonrisa—. Habla ruso muy bien. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

Tatiana encargó a Penny que diera a Ouspenski un botiquín y un lote de alimentos y salió apresuradamente del barracón. ¿Cuánto tardaría en recordar de qué le sonaba su cara?

En el último barracón se demoró especialmente, deteniéndose junto a todas las literas y hablando con algunos de los prisioneros. Si había visto a Ouspenski, ¿por qué no podía encontrar a Alexander? Pero el vigésimo barracón no arrojó ningún fruto. Doscientos sesenta y ocho hombres, y ninguno era Alexander. Veinte barracones, cinco mil hombres, y ninguno era Alexander. Aún no habían visto el resto del campo, pero era improbable que se alojara con los civiles. Karolich había dicho que intentaban no mezclar a los soviéticos con los alemanes para evitar que estallaran altercados.

Cuando salieron del barracón, Tatiana dejó a sus compañeros y caminó hacia la alambrada que bordeaba el cementerio. Era un húmedo día de junio y no había parado de lloviznar desde el amanecer. Tatiana, con el uniforme blanco lleno de manchas y el pelo negro mal recogido bajo la cofia, se paró junto a la alambrada, cruzó los brazos y contempló los pequeños montículos, sin cruces y sin nombres.

Karolich caminó hacia ella.

—¿Se encuentra usted bien? —le preguntó.

Tatiana se volvió y emitió un suspiro de desaliento.

—Teniente, ¿dónde enterraron a los hombres que encontramos ayer muertos en el barracón?

—Aún no los hemos enterrado.

—¿Y adónde los llevaron?

—De momento están en el depósito, junto a la sala de autopsias.

Tatiana no supo cómo logró articular las siguientes palabras:

—¿Puedo visitar el depósito de cadáveres?

Karolich se echó a reír.

—No hay problema. ¿Cree que no atendemos bien a los muertos?

Mientras Martin y Penny regresaban a la enfermería, Tatiana se fue con Karolich. La sala de autopsias consistía en una pequeña estancia subterránea revestida de baldosas, con unas camillas altas para colocar los cadáveres.

—¿Dónde está el depósito?

—Echamos los cadáveres por aquí —señaló Karolich.

En un extremo de la sala se abría un conducto metálico que terminaba en la oscuridad, seis metros más abajo. Tatiana contempló en silencio la abertura.

—¿Y cómo hacen para subirlos? —preguntó con perplejidad.

—Normalmente no los subimos. El conducto lleva directamente al horno

crematorio —dijo Karolich con una sonrisa—. Estos alemanes lo tenían todo previsto.

Tatiana estuvo unos momentos inmóvil, con la vista clavada en el oscuro final del conducto. Después se dio la vuelta y abandonó la sala de autopsias.

—Necesito descansar un minuto, teniente. Me sentaré en aquel banco —dijo, tratando de sonreír—. Les será más fácil llevar el campo cuando hayan trasladado a los soviéticos, ¿no? Habrá más espacio.

—Sí, pero vendrán más, esto no se acaba nunca —contestó Karolich, con un gesto displicente—. Cuidado, el banco está mojado.

Tatiana se sentó pesadamente. Karolich esperó un momento a su lado.

—¿Prefiere que la deje sola? —preguntó al final.

—Sí, por favor. Sólo unos minutos.

Notaba una dolorosa quemazón en el estómago, como si sus entrañas se estuvieran consumiendo lentamente. Llegaría el momento en que se sentiría mejor, ¿no? No podía sentirse eternamente tan vieja como se sentía en aquellos momentos…

En la eternidad, ¿sería siempre joven?

¿Sería siempre joven, llevaría eternamente el vestido blanco bordado con rosas rojas y la melena rubia que le llegaba más abajo de los hombros?

Pasearía por el Jardín de Verano al atardecer, entre las fantasmales esculturas que se erguirían solicitando su atención, y echaría a correr con el cabello al viento y una sonrisa en la cara.

En la eternidad, estaría siempre corriendo.

Tatiana pensó en Leningrado, en las noches blancas, en el majestuoso Neva, en los puentes, en la figura del Jinete de Bronce, en la catedral de San Isaac, con su portal y sus balaustradas y la barandilla de hierro que rodeaba la cúpula, la barandilla a la que se habían asomado los dos una vez, en otra vida, para contemplar la oscuridad de la noche mientras esperaban a que la guerra los devorase. Y la guerra los había devorado.

Tatiana siguió sentada en el banco, cansada y perpleja.

Algo se estaba apagando dentro de ella.

Entretanto no había dejado de llover, y ni siquiera se había dado cuenta. Lo único que quería era tumbarse en el banco, bajo la lluvia.

Tatiana se tumbó en el banco, bajo la lluvia.

✶

—Enfermera Barrington…

Tatiana abrió los ojos.

—Si no se encuentra bien, la acompañaré a la casa —dijo Karolich, ayudándola a incorporarse—. Descanse un poco. Ya inspeccionará los demás barracones y la cárcel en otro momento. No hay prisa.

Tatiana se puso de pie.

—No —dijo—. Vamos a ver la cárcel. ¿Hay muchos presos?

—Está dividida en tres secciones. Dos están cerradas, pero la que funciona está abarrotada. —Karolich escupió—. Se pasan todo el tiempo contraviniendo el reglamento. Desobedecen las órdenes, no se presentan al recuento… tenemos incluso a uno que ha intentado escaparse diecisiete veces. ¡Al parecer, no escarmienta!

La cárcel sólo tenía una puerta de acceso, vigilada por un soldado sentado en una silla, que había apoyado la ametralladora en la pared mientras jugaba un solitario.

—¿Cómo va el día, cabo Perdov?

—Está tranquilo —dijo el cabo, y se incorporó para saludar.

Sonrió a Tatiana, que no le sonrió.

La cárcel era un edificio alargado, con un corredor central cubierto de serrín y celdas a uno y otro lado.

—¿Cuántos presos hay aquí? —preguntó Tatiana cuando terminaron de inspeccionar las cinco primeras celdas.

—Unos treinta —contestó Karolich.

El ocupante de la sexta celda se había desmayado, y Tatiana le dio sales para reanimarlo. Karolich se había alejado para abrir la siguiente puerta. Cuando el preso de la celda número seis recuperó la conciencia, Tatiana le dio un vaso de agua y salió al corredor.

Oyó la voz burlona de Karolich en la celda número siete:

—¿Cómo está mi preso favorito?

—Vete a la mierda —fue la respuesta.

A Tatiana empezaron a temblarle las rodillas.

Salió al corredor y fue hacia la puerta de la siguiente celda, un cuarto largo y estrecho con un desnivel central. Delante de Tatiana, a unos cinco metros, debajo de un ventanuco por el que no entraba nada de luz, tumbado sobre un lecho de paja, estaba Alexander.

El silencio invadió la celda y cayó sobre el rostro y los hombros de Tatiana. Sin aliento, con el corazón en vilo, miró al preso flaco y barbudo y esposado, vestido con unos pantalones oscuros y una camisa blanca manchada de sangre. Tatiana soltó el maletín y se llevó la mano a la cara para ahogar un gemido.

—Sí, ya lo sé. Es el peor de todos, enfermera —declaró Karolich—. Nos trae locos, pero ya no sabemos qué hacer con él.

✶

En el momento en que se abrió la puerta de la celda y entró un chorro de luz, Alexander estaba durmiendo. Mejor dicho, tenía los ojos cerrados, había soñado y creía que dormía. Llevaba dos días sin comer porque detestaba que le dejaran el cuenco en el suelo, como si fuera un perro. Pero había estado considerando la

posibilidad de decidirse a probar algo.

Estaba rabioso consigo mismo. El último intento de fuga había estado muy cerca del éxito, pero no había funcionado. Había aprovechado el momento en que un celador vestido de paisano había acudido a la enfermería para llevar material sanitario. Normalmente, el celador entraba y salía del campo sin mostrar ninguna acreditación; se limitaba a saludar con un gesto a los centinelas, que lo saludaban también y le abrían el portón. ¿Podía haber un modo más sencillo de escapar? Alexander tenía las costillas rotas y llevaba tres semanas en la enfermería. Dejó al hombre sin conocimiento, lo desnudó y lo encerró en un armario, se puso su ropa y se acercó caminando al portón, saludando con la mano a los vigilantes. Uno de ellos bajó a abrir, pero ninguno se fijó en su cara.

Alexander se despidió de ellos agitando la mano y echó a andar.

¿Por qué había elegido precisamente ese momento Karolich para salir del casino instalado en las afueras del campo? Miró hacia el portón, vio la espalda de Alexander y alertó a los centinelas con un grito.

Tres días después, desangrado y exhausto, Alexander había cerrado los ojos y estaba soñando que nadaba y sentía el calor del sol y el frescor del agua sobre su piel. Soñaba que se había lavado y que no tenía sed. Soñaba con el verano. La celda estaba tan oscura… Soñaba que había encontrado un rincón ordenado en el caos infinito del mundo. Soñaba…

… Y de pronto oyó unas voces a través de los barrotes y luego el ruido del cerrojo, lanzó una mirada de soslayo a la puerta y vio entrar a Karolich. ¡Cómo le gustaba remarcar su poder frente a Alexander! Intercambiaron las frases habituales y de pronto, en el umbral, apareció la menuda silueta de una enfermera. Durante un instante, un instante tan sólo, en el aturdimiento del final del sueño, la pequeña figura de la enfermera le pareció la de… pero Alexander no veía bien en la penumbra, y en otros momentos había tenido alucinaciones parecidas. Constantemente intentaba alejar la esquiva imagen de Tatiana.

Sin embargo, cuando la figura menuda ahogó un gemido, Alexander se dio cuenta de que, a pesar del color del pelo, la voz que había oído con toda claridad sólo podía ser la de Tatiana. Entrecerró los ojos para distinguir sus rasgos y trató en vano de incorporarse. La figura dio un paso hacia él. ¡Dios, cómo se parecía a Tatiana! Alexander meneó la cabeza, convencido de que estaba delirando otra vez, de que volvía a ver a Tatiana en el bosque, con su bañador a topos y con aquellos ojos que lo perseguían todas las noches y todos los días. En un gesto suplicante, extendió los brazos hasta donde se lo permitieron los grilletes: «Visión, acércate y consuélame…».

Alexander agitó la cabeza y parpadeó. «Me la estoy imaginando —pensó—. Llevo demasiado tiempo representándomela en la mente, imaginando el aspecto y la voz que tendrá en la actualidad. Es una aparición, como el espectro de mi padre o de mi madre. Parpadearé, y cuando abra los ojos habrá desaparecido, como siempre». Alexander parpadeó una vez, dos veces. Parpadeó para alejar la larga sombra de una

vida sin ella, pero Tatiana seguía de pie frente a él, y sus labios eran rojos y sus ojos resplandecían.

Y de pronto, Alexander oyó que Karolich decía algo a la figura y comprendió que no era posible que aquel cabrón también estuviera imaginando a Tatiana.

Alexander y Tatiana se miraron en silencio, y en su mirada estaban los minutos y las horas, los meses y los años, los continentes y los océanos. En su mirada estaba el dolor y el inmenso remordimiento.

La guadaña de la tristeza golpeó sus rostros angustiados.

✶

Tatiana corrió hacia Alexander. Casi tropezó con el desnivel de la celda, pero terminó arrodillada en el suelo cubierto de paja, haciendo algo que había creído que jamás volvería a hacer en lo que le quedaba de vida.

Extendió una mano y acarició a Alexander.

Alexander, sujeto con grilletes y con el pelo y la cara sucios de sangre reseca, la miró sin decir nada.

—Éste es el de los diecisiete intentos de fuga, enfermera Barrington. No los tratamos a todos así, pero es que éste es incorregible.

—Teniente Karolich… —empezó a decir Tatiana con una voz gutural. Antes de que pudiera continuar, Alexander ahogó un gemido—. Teniente —repitió Tatiana en voz más baja, temerosa de que el temblor de su cuerpo alarmara a Karolich; afortunadamente, la celda estaba en penumbra y el teniente no se dio cuenta—. Creo que me he dejado el maletín en la otra celda. ¿Podría traérmelo, por favor? —En cuanto Karolich les dio la espalda, Tatiana susurró con una voz casi inaudible—: ¡Shura…!

Alexander emitió otro gemido.

Tatiana le acarició el brazo, se acercó un poco más y le colocó las dos manos sobre el rostro, justo en el momento en que entraba Karolich.

—¿Cómo lo ve? —preguntó Karolich—. Aquí tiene el maletín. He visto que lleva muchos tubitos. ¿Para qué quiere tanto dentífrico?

—No es dentífrico —explicó Tatiana, haciendo un gran esfuerzo para apartar las manos de la cara de Alexander—. Es morfina.

¿Podría seguir hablando con normalidad, estando tan cerca de Alexander y sin poder tocarlo? Pero sí: sí que podía tocarlo.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó, acercando las manos al torso de Alexander y notando los latidos de su corazón. Sentada junto a él, con las lágrimas resbalándole por las mejillas, añadió—: Hay que curarle la herida de la cabeza. Necesitaré agua y jabón y una navaja de afeitar para limpiarlo y vendarlo. Pero antes le daré algo de beber. ¿Puede pasarme la cantimplora, por favor?

Alexander seguía sin apartar los ojos de ella, que apenas era capaz de mirarlo

mientras le acercaba la cantimplora a los labios. Alexander echó la cabeza hacia atrás y bebió. Karolich y él vieron que a Tatiana le temblaban los dedos cuando sostenía la cantimplora. Tatiana se la acercó a la boca y se terminó lo que quedaba del agua.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó Karolich—. ¿No le afecta demasiado lo que está viendo? No sé si este trabajo es adecuado para usted. Parece tan… tan frágil.

—Teniente —dijo Tatiana, sin hacer caso de su comentario—, ¿puede traerme un cubo de agua caliente para limpiar la herida, y también jabón, algún champú potente y uno de los botiquines que tengo en el *jeep*?

—Sí, pero no puede quedarse a solas con el prisionero, es peligroso. Ya vio lo que le sucedió ayer.

—No pasa nada, está encadenado. Dese prisa, vaya a buscar lo que le he dicho. Queda mucho por hacer.

No apartó la mano en todo el tiempo.

En cuanto Karolich salió al corredor, Tatiana apoyó la frente contra la mejilla de Alexander.

—¡Dios mío, no puede ser! —murmuró, en ruso—. No puedes ser tú…

Tatiana lo sintió estremecerse.

Se inclinó hacia él y Alexander cerró los ojos.

Mantuvieron la misma postura durante un momento, sin hablar y sin moverse.

Tatiana no pudo contener un gemido. Era incapaz de pronunciar ni una sola palabra, a pesar de haber imaginado miles de frases y gritado mil maldiciones contra su injusto destino en la época en que estaba hundida en la tristeza, cuando se sentía tan furiosa y tan perdida… Y ahora, lo único que hacía era apoyar la frente contra la mejilla ensangrentada de Alexander, incapaz de pronunciar una sola palabra para celebrar el reencuentro. Gemía y sollozaba, eso sí. No había silencio, pero tampoco había palabras.

—Tranquila… —le dijo Alexander.

—Shura… —pronunció Tatiana sin apenas mover los labios.

Arrodillada, se cubrió la cara con las manos temblorosas y comenzó a llorar.

—No llores, Tania.

Encorvada en el suelo, respiraba entrecortadamente y se tapaba la cara con las manos para no ver su camisa ensangrentada.

—¿Cómo te ha ido en este tiempo, Tatiana? —preguntó Alexander con una voz temblorosa.

—Me ha ido bien.

Se aferró a sus manos encadenadas, y los dedos de Alexander oprimieron los suyos. Sus manos sucias y magulladas seguían siendo fuertes, seguían siendo las manos heroicas de Alexander.

—¿Cómo fue…? —A Alexander se le quebró la voz—. ¿Cómo fue el parto?

—Tenemos un hijo.

—¡Un hijo! —Alexander suspiró—. ¿Qué nombre le has puesto?

—Anthony Alexander. Anthony.

Alexander apartó la cara, con los ojos llenos de lágrimas. Tatiana lo miró boquiabierta, agitando la cabeza con incredulidad.

—¿De verdad eres tú? —susurró—. ¡Dime que eres tú, antes de que me eche a llorar!

—¿Antes, dices…? Sí, soy yo —asintió Alexander.

Tatiana nunca lo había visto tan flaco, ni siquiera en los peores momentos del asedio de Leningrado.

—Alexander… —susurró, acariciándole la cabeza. Una imagen fugaz inundó su mente.

*No se había afeitado aún, tenía la cara cubierta de espuma y ella sostenía el espejo a la altura de sus senos.*

Le acarició los labios con los dedos y le besó la mano.

—Tatiana —susurró Alexander. Sus ojos le sondearon el rostro—. Eres tú, Tania.

—¿Qué te pasó? ¿Te arrestaron?

—Sí.

—Déjame adivinar… Sabías que iban a arrestarte… —Tatiana se interrumpió un momento—. Lo supiste, no sé cómo, y decidiste fingir tu propia muerte para animarme a huir de Rusia. Y Sayers te ayudó.

—Sí, Sayers me ayudó. Pero no fingí. Pensaba realmente que iba a morir, y no quería que te quedaras en la URSS viendo cómo me ejecutaban. Sabía que ésa era la única manera de hacerte huir.

Hablaban deprisa, temerosos de que en cualquier momento entrara otra vez Karolich.

—¿Te ayudó Stepanov? —preguntó Tatiana.

—Sí.

—Está en Berlín.

—Ya lo sé. Vino a verme hace unos meses.

—¿Cómo conseguiste que Sayers…? En fin, da igual. —No podía apartarse de su lado. No podía ni respirar—. ¿Pensabas que yo querría olvidarte?

—Sabía que, si no era así, no te irías —dijo Alexander.

—Nunca te habría abandonado.

—Lo sabía. —Alexander hizo una pausa y añadió—: Lo sabía demasiado bien.

Tatiana dejó de acariciarlo y se miró las manos.

—Tú y tu ego… —se quejó—. Leningrado, Morozovo, Lazarevo… Siempre creías saber qué era lo mejor.

—¡Ah! —exclamó Alexander—. ¿Existió Lazarevo?

—¿Qué? —preguntó Tatiana, desconcertada—. Te dije que te habría esperado, y lo hubiera hecho.

—¿Igual que me dijiste que no te irías de Lazarevo? Habrías tenido que vivir allá sin mí —dijo Alexander—. Me han condenado a veinticinco años de trabajos forzados.

Tatiana dio un respingo al oírlo.

—¿Por qué apartas la cara, Tania? —balbuceó Alexander—. ¿Por qué te miras las manos?

—Porque tengo miedo —susurró Tatiana—. Mucho miedo.

—Y yo también —reconoció Alexander—. Por favor, mírame. Necesito que tus ojos me miren.

Tatiana alzó la vista. Las lágrimas surcaban sus mejillas.

Guardaron silencio los dos. Tatiana se sintió flaquear bajo el peso de su corazón.

—Gracias por seguir vivo, soldado —susurró.

—No hay de qué —respondió Alexander con otro susurro.

✶

Oyeron que alguien abría la puerta del exterior. Tatiana se apartó rápidamente y se limpió las manchas de rímel de la cara. Alexander cerró los ojos.

Karolich entró en la celda con un cubo y unas vendas.

—Antes de empezar, teniente, necesito que lo suelte. Los grilletes se le han clavado en las muñecas y los tobillos y tengo que vendárselos para evitar que se infecten, si es que no se le han infectado ya.

Karolich se sacó del bolsillo la llave de los grilletes y agarró la ametralladora.

—No conoce a este hombre, enfermera Barrington. En su lugar, yo no tendría tanta compasión.

—Siento compasión por todos los afligidos —contestó Tatiana.

—Pero éste es un demonio.

Tatiana observó que la habitual afabilidad de Karolich desaparecía en cuanto se acercaba a Alexander, a quien quitó los grilletes con brusquedad y los dejó caer ruidosamente al suelo.

—¿Por qué no usan correas? Cumplen la misma función pero no son tan dolorosas como unos grilletes metálicos.

Karolich se echó a reír.

—Enfermera, no sé si escuchó antes mis explicaciones. Los grilletes los usaban los alemanes y los dejaron aquí para nosotros. Además, este hombre no tardaría ni dos horas en romper unas correas de cuero.

—Por lo menos, cuando terminemos de curarlo le cambiará el lecho de paja… —repuso Tatiana con un suspiro.

Karolich se encogió de hombros y se sentó sobre la paja limpia, con la espalda contra la pared, las piernas extendidas y la metralleta en las manos.

—Un movimiento en falso, Belov, y ¿sabe qué pasará?

Alexander no contestó. Tatiana se arrodilló a su lado.

—Déjeme limpiarlo —le dijo.

—De acuerdo.

—Incline la cabeza un poco para que pueda lavarle el pelo.

Alexander echó la cabeza hacia atrás.

—¿Qué le ha pasado a este hombre, teniente? —preguntó Tatiana, colocando una mano bajo el cuello de Alexander para sostenerle la cabeza, que casi la rozaba a la altura de los pechos, mientras le pasaba una toalla empapada por el pelo sucio y ensangrentado, largo como la barba—. Le cortaré el pelo y lo afeitaré. No olvide que, si los presos llevan la cabeza rapada, se evitará muchos problemas. Y no me refiero sólo a él, hablo de todos.

—¿Por qué lo mira de ese modo? —preguntó de pronto Karolich.

—¿De qué modo? —repuso Tatiana en voz baja.

—No sé cómo describirlo.

—Estoy cansada. Creo que tiene usted razón, todo esto me está afectando mucho.

—Entonces pare y vaya a descansar a la casa. Han preparado una comida bastante decente. —Karolich sonrió—. Ayer no bebió usted nada de vino, y eso que tenemos uno muy bueno.

—No. Primero quiero acabar con lo que estoy haciendo.

Le apartó el pelo de la cara para limpiarle la herida. Alexander tenía un corte en la sien, y el cuello y la camisa cubiertos de sangre seca. ¿Cuándo se había ensuciado de sangre? Su cara estaba hinchada y magullada en los pómulos y en la mandíbula. ¿Le habían pegado? En la penumbra, Tatiana podía distinguir las manchas oscuras de la sangre, la tela blanca de la camisa y el negro del pelo y de los ojos. Alexander llevaba mucho tiempo sin lavarse ni afeitarse, y sin que nadie lo tocara. Reclinado entre los brazos de Tatiana, cerró los ojos y respiró pausadamente. Lo único que se movía era su corazón, que le retumbaba en las venas. Estaba tan quieto, tan sereno, tan cercano a ella, tan asustado… todo eso podía ver Tatiana, del mismo modo que él podía verlo en ella. Tatiana necesitaba hablarle, lo necesitaba con tanta urgencia, que tuvo que morderse los labios con fuerza para contenerse.

—Enfermera, están cayendo gotas de sangre sobre el prisionero.

Alexander parpadeó y alzó la mirada en silencio.

—No pasa nada. —Tatiana se limpió la sangre del labio con la lengua mientras empapaba la toalla en el cubo de agua—. Cuénteme qué le ha pasado a este hombre —dijo, mientras se acomodaba el pelo cubierto por la cofia.

—¿Que qué le ha pasado? —Karolich soltó una risita—. Lleva aquí desde agosto. Al principio se portaba muy bien, cortaba troncos, no armaba jaleo, era el preso modelo, trabajaba incansablemente y a cambio tenía derecho a algunos privilegios. ¡Nos habría gustado tener más prisioneros como él! Por desgracia, desde noviembre ha intentado fugarse cada vez que ha salido del calabozo. Cree que está en un hotel, que puede entrar y salir cuando le apetezca. Después de diecisiete intentos debería

estar escarmentado, pero ¡qué va!

—Vete a la mierda —masculló Alexander.

—Vaya, vaya… qué forma de comportarse delante de una señora. En fin, da igual. —Karolich bajó la voz y añadió—: No va a estar mucho tiempo más aquí.

—Ah, ¿no?

Tatiana estaba lavando las muñecas de Alexander y había aprovechado para pasarle dos horquillas que se había quitado del pelo hacía unos momentos.

—No —contestó Karolich, meneando la cabeza—. Mañana sale hacia Kolima, junto con otros mil presos. —Soltó una risita y golpeó las costillas de Alexander con la punta de la ametralladora—. ¡Intenta fugarte de Kolima!

—No lo provoque, por favor —dijo Tatiana, empezando a afeitarle la barba—. ¿Por qué no lleva el uniforme de recluso?

—Lleva puesto lo que le robó a un celador en la enfermería. Lo metimos en el calabozo tal como iba. Le encanta el calabozo, siempre quiere volver.

—¿Por qué tiene cardenales y manchas de sangre? ¿Le pegaron?

—¿No me ha oído antes, enfermera? ¡Diecisiete intentos de fuga! ¿Que si le pegaron? Tiene suerte de estar vivo. ¿Qué le parecería que el hombre de ayer hubiera repetido lo mismo diecisiete veces? ¿Cuánto habría aguantado usted hasta hartarse y matarlo de una paliza?

Tatiana lanzó una mirada a Alexander y vio que sus ojos se ensombrecían.

—La mugre de este hombre le ensuciará el uniforme, enfermera —dijo desdeñosamente Karolich—. Déjelo ya, da igual que lleve barba. No está acostumbrado a este trato y no se lo merece.

Tatiana soltó a Alexander. Tenía las muñecas lavadas y vendadas; el pelo, limpio y recortado; la herida de la sien, desinfectada y protegida. Hasta se había lavado los dientes con peróxido y bicarbonato. Pero Tatiana quería examinar el resto de su cuerpo, para asegurarse de que no tenía las costillas rotas.

—¿Cuál era la graduación de este preso?

—Ya no tiene ninguna —dijo Karolich.

—Pero ¿cuál tenía?

—En otro tiempo fue comandante, y después lo degradaron a capitán.

—¿Le duelen las costillas, capitán? ¿Podrían estar rotas? —preguntó Tatiana.

—No sé, no soy médico —contestó Alexander—. Podría ser.

Tatiana le abrió la camisa y le deslizó lentamente las manos desde la garganta hasta las costillas, susurrando:

—¿Le duele aquí? ¿Y aquí?

Alexander no contestó. No dijo nada, ni abrió los ojos. Siguió tumbado sobre la paja, inmóvil, con las manos a los lados, respirando con lentitud.

Tenía el cuerpo amoratado y sucio. Seguramente no tenía las costillas rotas, porque no dio ningún respingo cuando Tatiana lo rozó. Quizá se había contenido (tampoco había dado ningún respingo cuando le tocó la herida de la sien), pero

Tatiana decidió no pensar más en ello.

Le quitó los grilletes de las piernas y le lavó los pies con agua y jabón. Alexander tenía los tobillos entumecidos, con la piel roja y magullada, pero era difícil distinguirlos en la penumbra.

—¿Se ha roto hace poco las costillas o los pies?

—Podría ser, no lo sé. No he estado atento a sus andanzas. —Karolich seguía sentado sobre la paja. Encendió un cigarro y miró fríamente a Alexander—. ¿Quiere uno, enfermera? Estos cigarrillos son muy buenos.

—Gracias, teniente, no fumo. Quizá quiera uno el prisionero…

Karolich se rio y golpeó con la bota la cadera de Alexander.

—Los reclusos no pueden fumar, ¿verdad, Belov?

Tomó una calada y lanzó el humo hacia la cara de Alexander.

—Teniente, no quiero que provoque al prisionero en mi presencia —protestó Tatiana, poniéndose de pie—. Aquí ya hemos terminado. Podemos irnos.

Alexander emitió un gemido de desaliento.

Mientras Tatiana recogía sus cosas, Karolich volvió a sujetar las muñecas y los tobillos de Alexander con los grilletes.

—¿Cuánto hace que no come? —preguntó Tatiana.

—Le damos comida —contestó Karolich con voz malhumorada—. ¡Más de la que se merece!

—¿Y cómo se la toma? ¿Le quitan los grilletes?

—No se los quitamos nunca. Le dejamos la comida en el suelo, y él se acerca, agacha la cara y come directamente de la escudilla.

—Pues no lo ha hecho. ¿No ha visto lo flaco que está? ¿Ése es el último plato que le dejaron? Él no lo ha tocado, pero las ratas sí. Y si hay ratas, es porque saben que podrán darse un festín con la comida abandonada durante días en el suelo. ¿No sabe que las ratas transmiten la peste, teniente? Uno de los cometidos de la Cruz Roja Internacional es evitar que se cometan este tipo de abusos. Y ahora, retire la paja vieja y cámbiela por paja limpia.

Después de cambiar el lecho de paja sobre el que estaba tumbado Alexander, Karolich retiró la bandeja.

—Luego le traerán más comida —dijo.

Tatiana lanzó una mirada a Alexander, que seguía con los ojos cerrados y las manos sobre el estómago. Quería decirle que volvería más tarde, pero no quería que Karolich notara el temblor de su voz.

—No se vaya —dijo Alexander sin abrir los ojos.

—Volveremos más tarde a ver cómo se encuentra —articuló débilmente Tatiana.

Agradeció que tuviera las manos sujetas por los grilletes, porque sabía que, de no ser así, no la habría dejado marcharse.

✶

Cuando salieron, la luz grisácea del exterior deslumbró a Tatiana. Karolich le propuso ir a comer a la casa, pero ella le contestó que iría un poco más tarde porque quería comprobar cuántos lotes quedaban en el *jeep* de la Cruz Roja.

La cárcel estaba a la derecha de la garita de vigilancia, al lado de donde habían aparcado. Uno de los dos centinelas la saludó. Tatiana abrió las puertas del *jeep*, echó un vistazo y vio que quedaba una cuarta parte de la carga: una fanega de manzanas y unos cuantos lotes de comida. Tenía muy poco tiempo para pensar un plan. Esperó un momento en silencio y al final colocó sesenta botiquines en la carretilla y se encaminó al barracón más cercano. El hecho de que estuviera dispuesta a entrar sola en un barracón donde se hacinaban doscientos sesenta y seis hombres hablaba a las claras de su desesperación, pero Tatiana no se había vuelto loca. Había colgado el maletín de enfermera de la empuñadura de la carretilla y llevaba la P-38 bien visible, embutida en la cinturilla de los pantalones.

Repartió un botiquín por cama, dijo que regresaría después con el médico y volvió varias veces al *jeep* en busca de más medicinas, corriendo todo el tiempo. Cuando llegó a la casa del comandante, sus compañeros ya estaban terminando de comer. Tatiana se bebió un vaso de agua, los dejó para cambiarse de ropa y retocarse el maquillaje, y después llamó a Penny y a Martin.

—Tenemos que volver a por más lotes a Berlín —anunció—. Ya no queda ninguno, y también se están acabando las vendas y la penicilina. Saldremos esta noche y volveremos mañana.

—¿Acabamos de llegar y ya quieres marcharte? Qué voluble es esta chica, ¿verdad, Martin? —dijo Penny, guiñándole un ojo.

—¡Si sólo fuera eso…! —protestó Martin—. Ya le dije que no podíamos venir a un sitio como éste sin el apoyo necesario.

Tatiana le dio una palmadita en el hombro.

—Y tenía usted razón, doctor Flanagan —dijo—. Pero hemos conseguido examinar a cinco mil personas en dos días, cosa que no está nada mal.

Decidieron salir a las ocho, aunque Martin protestó porque tendrían que conducir de noche por carreteras desconocidas. Mientras él y Penny acompañaban a Karolich a los barracones de civiles, Tatiana dijo que terminaría de inspeccionar la cárcel.

—La enfermera Davenport y el doctor Flanagan lo necesitan más que yo —dijo cuando Karolich se ofreció a acompañarla—. Los del calabozo son los menos peligrosos, ya sabe. Al fin y al cabo, no pueden tocarme. Además, le diré al cabo Perdov que me acompañe.

Mientras Karolich se marchaba de mala gana con Martin y con Penny, Tatiana corrió a la cocina y encargó salchichas, patatas con calabaza, pan con mantequilla y naranjas.

—No he comido aún y estoy hambrienta —explicó con resolución.

Cogió también una jarra de agua y preparó un vaso de vodka al que añadió un poco de secobarbital.

Cuando atravesó la puerta del calabozo lanzó una sonrisa al cabo Perdov, que la saludó con otra sonrisa.

—Traigo comida para el prisionero de la celda número siete, que lleva tres días sin probar bocado —explicó—. El teniente Karolich ya lo sabe.

—¿Quiere que le quite los grilletes?

—Ahora veré si es necesario.

—Oiga… —dijo Perdov, mirando la bandeja—. ¿Eso es un vasito de licor?

—Ah, sí. —Tatiana sonrió—. Supongo que el prisionero no podrá tomar, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no!

—Ya entiendo. ¿Quiere bebérselo usted?

Perdov cogió el vaso de vodka y lo apuró en un par de tragos.

—Cuando vuelva más tarde con la cena, a lo mejor traigo otro vasito para el prisionero… —anunció afablemente Tatiana, guiñándole un ojo.

—¡Sí, sí, pero no sea tan cicatera la próxima vez! —dijo Perdov y soltó un eructo.

—Veré qué puedo hacer. ¿Puede abrir la séptima celda, por favor?

Al entrar vieron a Alexander durmiendo sentado.

—Está perdiendo el tiempo, éste no se merece tanto cuidado —declaró Perdov—. No se entretenga mucho.

El cabo Perdov dejó la puerta abierta y volvió a su silla. Entretanto, Tatiana descendió el escalón y se acercó a Alexander. Dejó la bandeja en el suelo y se arrodilló a su lado.

—Shura… —lo llamó en un susurro.

Alexander abrió los ojos, ella le lanzó los brazos al cuello y lo estrechó, hundiendo la cara contra el hueco de su cuello. Tatiana lo abrazó con toda su fuerza, sin dejar de susurrar:

—Shura, Shura…

—Abrázame más fuerte, Tania.

—¿Has abierto los grilletes? —preguntó Tatiana, estrechándolo contra su pecho.

Alexander le mostró que tenía las manos libres.

—¿Qué te has hecho en el pelo?

—Me he teñido. No te quites los grilletes de las muñecas. Perdov puede entrar en cualquier momento.

—Veo que te has hecho amiga del vigilante… ¿Por qué te has teñido el pelo?

—Para que no me reconozcan. Por cierto, Nikolai Ouspenski está en este campo.

—Ten mucho cuidado con él —dijo Alexander—. Es el enemigo, como Dimitri. Ven, acércate un poco más.

Tatiana se acercó a Alexander.

—¿Qué ha pasado con las pecas?

—Todavía las tengo. Sólo las he tapado con el maquillaje.

Se besaron. Se besaron como si volvieran a ser jóvenes y fuera su primer verano

en el bosque de Luga, como si estuvieran contemplando la luna y las estrellas desde la cúpula de San Isaac, como si se desearan ávidamente en Lazarevo, como si Tatiana acabara de inclinarse junto a la cama del hospital de Morozovo para anunciar que iba a sacar a Alexander de Rusia. Se besaron como si no se hubieran visto en varios años. Se besaron como si no se hubieran separado en varios años.

Se besaron para olvidarse de Orbeli y de Dimitri, para olvidarse de la guerra y del comunismo, para olvidarse de Estados Unidos y de Rusia. Se besaron para que todo quedara atrás, menos los fragmentos de Tania y de Shura.

Alexander se quitó los grilletes de las manos, pero Tatiana se apartó, meneando la cabeza.

—No, no… Lo digo en serio. Si entra el vigilante, estamos perdidos.

Alexander extendió una mano para acariciarle la cara y acto seguido, con renuencia, volvió a introducir las muñecas en los grilletes.

—El maquillaje no te tapa la cicatriz de la mejilla. ¿Te la hiciste en Finlandia?

—Te lo contaré luego, si tenemos tiempo. Ahora te vas a comer lo que te he traído, mientras escuchas mi plan.

—No tengo hambre. ¿Cómo demonios has hecho para encontrarme?

—Te comerás lo que te he traído porque tienes que estar fuerte —insistió Tatiana, acercándole a la boca una cucharada de puré de patatas—. Te he encontrado porque dejaste un largo rastro…

A pesar de haber asegurado que no tenía hambre, Alexander engulló ávidamente la comida, mientras Tatiana lo contemplaba sin decir nada.

—Tenemos muy poco tiempo, Shura. ¿Me escuchas?

—¿Por qué me resulta todo tan familiar? —dijo Alexander—. Escucharé otro de tus planes, Tatiasha, como siempre he hecho. Pero antes dime, ¿cómo es nuestro hijo?

—Nuestro hijo es fantástico. Es un niño muy guapo y muy listo.

—Ni siquiera me has dicho dónde vives.

—No hay tiempo… Vivo en Nueva York. Ahora escúchame… ¿Me escuchas?

Alexander asintió con un gesto.

—¿Cómo se llamaba el preso que te agredió? —preguntó cuando terminó de engullir el pan.

—No te lo diré.

—Claro que me lo dirás. ¿Cómo se llamaba?

—No.

—¡Tania! ¿Cómo se llamaba?

—Grammer Kerault, es austríaco.

—Lo conozco —declaró Alexander, con una mirada fría—. Siempre está en el calabozo. Se está muriendo de un cáncer de estómago y todo le da lo mismo. —Sus ojos eran más cálidos cuando se volvió hacia Tatiana y susurró—: ¿Cómo harás para sacarme de aquí?

Tatiana se inclinó y los dos se besaron con avidez.

—Sé que tienes miedo, cariño —susurró Tatiana.

—No me digas eso. No quiero comer, ni beber, ni fumar… Sólo quiero tenerte un segundo a mi lado, Tania. Acurrúcate contra mí para que sepa que existo realmente…

Tatiana se acurrucó contra él.

—¿Y nuestras alianzas?

Tatiana se sacó el colgante del escote.

—Aquí, hasta que podamos volver a usarlas —susurró, y se apartó de repente porque Perdov acababa de aparecer en el umbral.

—¿Todo bien, enfermera? Ya lleva rato en la celda. ¿Quiere que le quite los grilletes al preso?

—Gracias, cabo. No hará falta —dijo ella, mientras escondía los anillos y daba una última cucharada de puré a Alexander—. Tiene las muñecas muy magulladas. Casi he terminado, me falta un minuto.

—Grite si me necesita —dijo Perdov.

Sonrió y desapareció.

—¿Has venido con un convoy? —preguntó Alexander.

—Somos un equipo de tres personas. Un médico, otra enfermera y yo. Tendrás que montarte en nuestro *jeep*.

—Mañana viene a buscarnos Stalin para llevarnos otra vez a la Unión Soviética.

—Stalin llega tarde, mi amor, porque yo te salvaré antes —dijo Tatiana—. Saldremos del campo a las ocho en punto, y a las siete pasaré a buscarte. Estate preparado porque vendré con Karolich. Te traeré la cena, y tú irás comiendo poco a poco delante de él. Necesitamos veinte minutos para que el secobarbital le haga efecto a Perdov.

Alexander no dijo nada durante un momento.

—Más vale que le des una buena cantidad —contestó después.

—Una cantidad desmesurada.

—¿Qué piensas hacer? —dijo Alexander, dejando de masticar—. ¿Meterme en el *jeep* y llevarme hasta Berlín, sin más?

—Algo así —susurró Tatiana.

Alexander la miró silenciosamente durante un largo momento.

—Subestimas a los soviéticos —declaró al final, meneando la cabeza—. ¿A qué distancia está Berlín?

—A veintidós millas… Perdón: a treinta y cinco kilómetros.

—No hace falta que lo conviertas a kilómetros, Tania —observó Alexander sin poder contener una sonrisita.

Tatiana tampoco pudo contener una sonrisa.

—¿Hay puntos de control? —preguntó Alexander.

—Sí, cinco.

—¿Y tus dos colegas?

—No te preocupes por ellos. Dentro de una hora, estaremos todos a salvo en el

sector norteamericano. No pasa nada.

Alexander le dirigió una mirada incrédula y sombría.

—Te recuerdo que no pasarán ni veinte minutos antes de que intercepten el *jeep*. Habrá suerte si llegamos a Oranienburgo sin que hayan venido a por mí, por ti y por toda la tripulación. No pienso acompañaros —aseguró, negando con la cabeza.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Cómo van a saberlo? —respondió rápidamente Tatiana—. Tardarán horas en ver que te has fugado, y por entonces ya estaremos en Berlín.

—No sabes cómo funciona esto, Tania… —insistió Alexander, sin dejar de menear la cabeza.

—Entonces, saldremos antes. Cuando tú digas.

—Los centinelas inspeccionarán el *jeep* y me descubrirán.

—No es cierto. Saldrás como si fueras Karolich, te sentarás a mi lado en el *jeep*, conducirás hasta que hayamos dejado atrás el portón y luego te esconderás en la trasera, en el compartimento de las muletas y las camillas. Desconocen su existencia.

—¿Y dónde están las muletas y las camillas?

—En Hamburgo. Martin y Penny conducirán el *jeep* hasta Berlín sin enterarse de nada.

En ese momento, Perdov apareció en la puerta. Se tambaleaba un poco y tuvo que agarrarse al marco.

—¿No ha terminado aún, enfermera?

—¡Ya voy!

Tatiana se puso de pie.

Alguien reclamó a Perdov, que salió tambaleante al corredor.

Faltaban millones de detalles por resolver, pero no tenían tiempo. Tatiana abrió el maletín de enfermera y sacó la Colt 1911 y dos peines de munición.

—Tengo más en el *jeep* —explicó, escondiendo el revólver entre la paja—. Cuando llevemos unos kilómetros de camino, daré unos golpecitos en la pared de la cabina, y tú harás algo que los distraiga para que pueda detener el *jeep*.

Alexander no contestó.

—¿Y después? —preguntó al cabo de un momento.

—¿Después? Hay una escotilla en el techo. Puedes subir de un salto.

—¿Mientras el *jeep* avanza?

—Sí. —Tatiana hizo una pausa—. También podemos hacerlo según mi primer plan, conduciendo directamente hasta Berlín.

Al principio, Alexander no dijo nada.

—Tu último plan era mejor, Tania —dijo al fin—. Y aun así falló.

—No te desanimes. Prepárate, a las siete volveré a estar aquí —le dijo, y se despidió con un saludo militar—. ¡Adiós, mi capitán!

✶

Tatiana intentó controlarse mientras cenaba con Karolich y Brestov, escuchó a Penny y a Martin y sonrió con sus bromas… No sabía cómo se las había arreglado, pero logró comportarse como si no pasara nada. Todo por salvar a Alexander.

Intentaba no mirar el reloj, pero no podía evitar lanzar miradas de reojo a la muñeca de Martin, que empezó a ponerse nervioso. Tatiana decidió levantarse de la mesa, diciendo que iba a preparar sus cosas. Penny también se levantó, pero dijo que ya había preparado la mochila y que se iba a echar un vistazo al barracón número 19. Tatiana sabía que quería despedirse de un preso. Eran las seis de la tarde. Tatiana pasó quince angustiosos minutos en su habitación, estudiando el trayecto entre Oranienburgo y Berlín en un mapa. Era incapaz de controlar los inquietos latidos de su corazón.

A las seis y veinte llevó la mochila al *jeep* y regresó a la cocina en busca de la cena para Alexander. A las siete menos cuarto echó vodka y secobarbital en un vaso, se colgó el maletín del hombro, cogió la bandeja y se fue a ver a Karolich.

✶

A las siete menos cinco, Penny había entrado en el barracón número 19 y pasaba junto a la litera de Nikolai Ouspenski.

—¡Eh, enfermera! ¿Dónde están sus compañeros? —gritó Ouspenski, en ruso—. ¿Y la otra chica?

—Me alegro de no entender ni palabra de lo que estás diciendo —replicó Penny en inglés, sonriendo sin detenerse.

Ouspenski sonrió a su vez y se tumbó en la litera. Ver a Penny le había hecho pensar en la otra enfermera, la morenita. Se le había olvidado que esa mujer tenía algo que le había parecido inquietante la primera vez que la había visto. ¿Qué había en ella que le resultaba tan familiar, y por qué la impresión de familiaridad era tan aguda y desconcertante?

✶

—¿Me acompaña, teniente? —Tatiana sonrió—. Se está haciendo tarde. Voy a llevarle la cena al preso de la séptima celda y no quiero entrar sola. Si me acompaña, después podemos ir con el *jeep* hasta la casa del comandante y recoger a la señorita Davenport y al doctor Flanagan.

Karolich la acompañó gustosamente por el camino flanqueado de árboles. Parecía halagado por la petición.

—Es usted una excelente profesional, pero no debería preocuparse tanto por los prisioneros —aseguró—. El trabajo se vuelve más difícil, créame.

—Bien que lo sé, teniente —dijo Tatiana, apretando el paso.

—Puede tutearme si quiere. Me llamo Iván.

Karolich carraspeó.

—Dejémoslo en teniente —dijo Tatiana, apretando más el paso.

Eran las siete cuando entraron en el corredor de la cárcel. Todo estaba tranquilo. Perdov se puso de pie y los saludó. Tatiana le guiñó un ojo, lanzando una mirada al vaso de vodka, y Perdov le respondió con otro guiño. Karolich se adelantó, camino de las celdas. Detrás de él, Tatiana hizo un gesto con la cabeza y acercó la bandeja a Perdov, que cogió el vaso, lo apuró de un trago y volvió a dejarlo en la bandeja. Karolich ya estaba abriendo la puerta de la séptima celda.

—¿Viene, enfermera?

—Ya voy, teniente.

Alexander estaba tumbado de costado, de cara a la pared.

Karolich entró en la celda y se sentó sobre la paja, bostezando. Veía la espalda de Alexander y tenía la ametralladora en el regazo, apuntada hacia él.

—Termine rápido, enfermera. Ya tengo ganas de retirarme por hoy. Esto es lo malo de este trabajo: te levantas pronto y te acuestas tarde, y sin embargo tienes la impresión de que nunca se acaba.

—Sí, sé de qué me habla… —Tatiana dejó la bandeja en el suelo y fingió examinar a Alexander—. No tiene buen aspecto, ¿verdad? —preguntó, examinándole las muñecas—. Me parece que se le han infectado.

Karolich movió la cabeza con indiferencia.

—Si estuviera muerto tendría peor aspecto aún, ¿no le parece?

Encendió un cigarrillo.

—¿Quiere algo para el dolor, capitán?

—Sí, gracias —respondió Alexander.

—¿Antes o después de comer?

—Después.

Alexander se dio la vuelta para que Tatiana pudiera darle la cena. Comió con rapidez, soltó un gemido y volvió a tumbarse de costado.

—Me duele la cabeza —se quejó—. ¿Podría darme ahora algo para el dolor?

—Le daré un poco de morfina.

Alexander, sin incorporarse, abrió los ojos y miró sin pestañear a Tatiana. Daba la espalda a Karolich y tenía la Colt 1911 entre las manos.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando para el Ejército Rojo, teniente? —preguntó Tatiana a Karolich mientras abría el maletín y sacaba tres pequeñas jeringuillas de plástico, cada una con 32 miligramos de morfina.

—Pronto hará doce años —dijo Karolich—. ¿Cuánto hace que es usted enfermera?

—No tanto —contestó ella, forcejeando con el precinto de la aguja. Normalmente abría las dosis en un santiamén, pero ahora le temblaban las manos—. En Nueva York trabajaba con prisioneros de guerra alemanes.

Tenía que preparar tres jeringuillas y no era capaz de abrir ni un solo precinto.

—Ah, ¿sí? ¿Había intentos de fuga?

—Pues no. Bueno, sí. Un hombre dejó sin conocimiento a uno de los médicos y cruzó la bahía en el transbordador.

—¿Y qué fue de él? ¿Lo atraparon?

—Sí —dijo Tatiana, colocándose entre Alexander y Karolich y arrodillándose. Llevaba las tres jeringuillas de morfina en la mano derecha—. Lo encontraron seis meses después, en Nueva Jersey. —Se echó a reír, pero su risa sonó falsa—. ¡Huyó para instalarse en Nueva Jersey!

—¿Qué es eso de Nueva Jersey? ¿Y por qué prepara tantas inyecciones? ¿No le basta con una?

—Es un hombre corpulento y necesita más cantidad —se justificó Tatiana.

—Lo último que necesitamos aquí es un morfinómano. ¿Cree que la droga lo volverá más dócil?

Se oyó un golpe sordo en el corredor, como si acabara de caer al suelo un objeto pesado. Karolich se volvió hacia la puerta de la celda y acercó inmediatamente la mano a la ametralladora.

—¡Ahora! —exclamó Alexander.

Sin detenerse a tomar aliento, Tatiana apartó de un manotazo la ametralladora de Karolich y le clavó las tres agujas en el muslo a través de la tela del pantalón, estrujando los tubitos hasta vaciarlos completamente de morfina. Karolich abrió la boca y golpeó la cara de Tatiana con el brazo, mientras trataba de alcanzar la ametralladora con la otra mano. Pero Alexander se colocó de un salto detrás de ella, empujó el arma de una patada y asestó un violento golpe al teniente con la culata del revólver. El cráneo de Karolich se abrió como una sandía. En total, habían transcurrido cuatro segundos como máximo.

—Ya ves lo dócil que soy —dijo Alexander mientras daba patadas a Karolich, que se convulsionaba en el suelo.

—Rápido, Shura, ponte su uniforme antes de que se le llene de sangre.

Karolich sangraba copiosamente.

Alexander le arrancó el uniforme, se desvistió y se puso la ropa que llevaba Karolich. Entretanto, Tatiana, un poco aturdida por el golpe, se asomó a ver cómo estaba Perdov y lo encontró inconsciente en el suelo, junto a la silla.

Alexander vistió a Karolich con su camisa ensangrentada y sus pantalones marrones y le colocó los grilletes en las muñecas y los tobillos. Acto seguido, se calzó las botas y la gorra del teniente, cogió la Shpagin y salió al corredor vestido como él.

—Me va bien, aunque el cabrón era más gordo y un poco más bajo que yo —dijo.

Al pasar junto a Perdov, lo alzó del suelo y volvió a sentarlo en la silla. Tras algunos intentos consiguió que el cabo aguantara sin caerse, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—No ha tardado ni veinte minutos —observó.

—Ya lo sé. Decidí aumentarle un poco la dosis.

—Perfecto. ¿Cuánta morfina le has metido a Karolich?

—Noventa y seis miligramos, pero me parece que lo que lo ha derribado ha sido el golpe de la cabeza.

Alexander se colgó la ametralladora al hombro y empuñó la Colt 1911 con una mano.

—¿Dónde está el *jeep*?

—Justo delante de la cárcel, a cincuenta metros. Cuando llegues junto a la garita, saluda a los vigilantes con la mano, como hace siempre Karolich. Luego suele abrir directamente el portón con la llave maestra. Pero recuerda que es zurdo. Deberías…

Alexander se pasó el llavero de la mano derecha a la mano izquierda.

—Perfecto, mejor para mí. Así podré disparar con la derecha. ¿Estás lista? ¿Cómo camina normalmente, unos pasos por delante de ti, o siguiéndote?

—Va a mi lado, y no me abre la puerta nunca. Se limita a saludar a los centinelas y luego sube al *jeep*.

—¿Quién conduce?

—Yo.

Antes de que Tatiana abriera la puerta de la cárcel, Alexander extendió la mano hacia ella.

—Espera… —dijo en voz muy baja—. Sube al *jeep* lo más deprisa que puedas y pon en marcha el motor. Si hay algún problema dispararé contra los centinelas, pero tú tendrás que estar preparada para arrancar.

Tatiana asintió.

—Y otra cosa, Tania…

—Dime.

—Sé que te gusta hacer las cosas a tu manera, pero sólo puede haber una persona al mando… y voy a ser yo. Si los dos tomamos decisiones, los dos terminaremos muertos. ¿Entendido?

—Entendido. Tú mandas.

Alexander abrió la puerta. Ya estaban fuera, bajo la noche oscura y fría. Alexander atravesó a grandes zancadas el patio iluminado. Tatiana apenas podía seguirlo. Cuando los centinelas bajaron la vista hacia él, Alexander se acercó al portón que tenía el letrero «El trabajo os hará libres», lo abrió y siguió andando hacia el *jeep*. Tatiana ya estaba dentro, con el motor en marcha. De hecho, había empezado a avanzar antes de que Alexander subiera al vehículo.

Alexander alzó los ojos hacia los centinelas de la torreta, sonrió y los saludó. Le devolvieron el saludo.

Subió al *jeep* y dejó que Tatiana saliera de Sachsenhausen y se dirigiera hacia la casa del comandante. A mitad del camino flanqueado de árboles, Tatiana detuvo el vehículo. Los dos bajaron y corrieron a la parte trasera; Tatiana abrió las puertas, subió y levantó la trampilla del suelo. De pronto, al ver a Alexander de pie a su lado, pensó que no cabría… se le había olvidado lo alto que era.

Alexander debía de preguntarse lo mismo, porque miró el compartimento, la miró a ella y dijo:

—Menos mal que llevo seis meses sin comer.

—Sí —suspiró Tatiana, y sacó la bolsa con las armas y la mochila del ucraniano—. Entra, corre. Estate preparado, porque cuando llevemos un rato en la carretera, te avisaré golpeando la pared de la cabina con los nudillos.

—No se me olvida, Tania, no hace falta que me lo repitas. ¿Tu equipaje son estas dos bolsas?

Tatiana asintió.

—Y esa mochila de ahí.

—¿Qué hay dentro? ¿Armas y munición? ¿Un cuchillo, cuerdas?

—Sí, todo eso.

—¿Tienes alguna linterna?

—Debajo del compartimento.

Alexander cogió la linterna.

—Métete dentro.

Alexander se acomodó como pudo y Tatiana bajó la trampilla.

—¿Me oyes?

—Sí —dijo la voz ahogada de Alexander. Abrió la trampilla desde dentro—. Cuando me avises, da un golpe bien fuerte para que se oiga sobre el ruido del motor. ¿Qué hora es?

—Las siete cuarenta.

—Procura que tus compañeros no se retrasen y vámonos cuanto antes.

—Ahora mismo.

Antes de subir al *jeep*, Tatiana se apartó a vomitar a un lado del camino.

✶

—No sé a qué viene tanta prisa —se quejó Penny—. Estoy cansada, he tomado vino… ¿no podríamos irnos a dormir y salir mañana por la mañana?

—Tenemos que estar de vuelta mañana mismo —dijo Tatiana, empujándola hacia el *jeep*—. ¿Viene, doctor Flanagan?

—Sí, ya voy. No quiero dejarme nada.

—Puede recogerlo mañana.

—Ah, claro. Tendríamos que despedirnos del comandante del campo, ¿no?

—No hace falta —dijo Tatiana, con el tono más indiferente que pudo. Tenía ganas de chillar—. Ya me he despedido yo por ustedes. Además, mañana lo veremos otra vez.

Salieron de la casa y dejaron las bolsas en la trasera del *jeep*.

—¿Y tu equipaje, Tania? —preguntó Penny.

Tatiana señaló sus mochilas.

—Lleva tantas bolsas… —observó Martin—. Creo que cada vez la veo más cargada.

—Nunca se sabe qué se puede necesitar en un viaje como éste. ¿Conduzco yo? No he bebido y tengo la cabeza despejada.

—Sí, ¿por qué no? —dijo Martin, instalándose en el asiento contiguo al del conductor—. ¿Reconocerá el camino en una noche tan oscura?

—He estado estudiando la ruta en el mapa. Tenemos que ir hasta Oranienburgo y tomar la carretera de la izquierda.

—Sí, creo que es eso. —Martin cerró los ojos—. Vamos.

Tatiana condujo lentamente mientras se habituaba a la oscuridad pero enseguida empezó a aumentar la velocidad. Quería alejarse lo antes posible del campo especial número 7.

✶

Cuando faltaban cinco minutos para las ocho, Nikolai Ouspenski abrió los ojos y soltó un grito. Bajó de la litera de un salto y corrió como un loco hacia el soldado que vigilaba la puerta del barracón.

—¡Tengo que hablar ahora mismo con el comandante! —chilló. ¡Es un asunto muy urgente!

—Ya será menos… —repuso tranquilamente el soldado, apartándolo—. ¿Qué puede haber tan urgente de pronto?

—¡Uno de los prisioneros va a fugarse! ¡Dígale al comandante Brestov que el capitán Alexander Belov está a punto de fugarse!

—¿Qué dice? ¿Belov? ¿El que está encadenado en una celda de aislamiento hasta que venga a buscarlos el convoy?

—¡Créame! Una de las enfermeras de la Cruz Roja no es estadounidense. ¡Es la mujer de Belov y ha venido para ayudarlo a escapar!

✶

Tatiana llevaba conduciendo uno, dos, tres minutos… El tiempo y la distancia se habían paralizado. No conseguía conducir lo suficientemente deprisa ni que el tiempo pasara lo suficientemente rápido para que llegara el momento previsto. No recordaba si había algún punto de control en Oranienburgo. Si lo había, ¿les habrían avisado desde el campo especial? ¿Tendrían teléfono en la caseta? ¿Y si entraba alguien en los calabozos? ¿Y si Karolich se levantaba y empezaba a gritar? ¿Y si Perdov se caía de la silla y recuperaba el conocimiento con el golpe? ¿Y si, y si…?

—Le estamos hablando, Tania. ¿No nos escucha? —dijo Martin.

—No, perdone. ¿Qué decían?

Llegaron a Oranienburgo y se desviaron por la carretera de la izquierda. En cuanto dejaron atrás las luces mortecinas de la población, Tania golpeó dos veces con

los nudillos en la pared de la cabina. Penny y Martin estaban charlando y no se dieron cuenta.

✶

Ouspenski pudo hablar con Brestov a las ocho y cuarto.

—A ver, ¿qué pasa? —preguntó Brestov, ebrio y sonriente—. ¿Quién dice que quiere fugarse?

—Alexander Belov, señor. La enfermera de la Cruz Roja es su esposa.

—¿Qué enfermera?

—La morena.

—Creía que las dos eran morenas…

—La bajita —precisó Ouspenski, entre dientes.

—Ninguna de las dos era alta.

—¡La flaca! Se llama Tatiana Metanova y huyó de la Unión Soviética hace unos años.

—¿Y dice que ha venido a buscar a su marido?

—Así es.

—¿Cómo supo que estaba aquí?

—No lo sé, señor, pero…

Brestov soltó una carcajada y se encogió de hombros.

—¿Dónde está Karolich? —preguntó al soldado que vigilaba la puerta de las oficinas—. Dígale que venga.

—Hace rato que no lo veo, señor.

—Pues vaya a buscarlo.

—Hable con la enfermera —propuso Ouspenski—. Es la mujer de Belov.

—Tendremos que esperar a mañana.

—¡Mañana será tarde! —gritó Ouspenski con una voz estridente.

—Pues hoy no puede ser. Ya se han ido.

—¿Adónde? —preguntó Ouspenski, desconcertado.

—Se han ido a Berlín a buscar más material. Hablaré con ella mañana, cuando vuelvan.

Ouspenski dio un paso atrás.

—Creo que esa mujer no volverá mañana, señor.

—Claro que sí.

—Quizá… No soy dado a apostar, pero apostaría a que Alexander Belov ya no está aquí.

—No sé de qué me habla —protestó Brestov—. Belov está en el calabozo. Cuando venga Karolich iremos a comprobarlo.

—Mientras tanto, quizá convendría llamar al punto de control más próximo para que detengan el *jeep* —observó Ouspenski.

—No pienso hacer nada hasta que vuelva mi asistente. —Al incorporarse, Brestov hizo caer algunos papeles de la mesa—. Además esa joven me cae bien y no la veo capaz de hacer lo que está usted diciendo.

—Vaya a ver si aún está el prisionero —insistió Ouspenski—. Y si resulta que tengo razón, ¿podría hacerme el favor de llamar a Moscú y proponer una conmutación de la pena? —Ouspenski esbozó una sonrisita suplicante—. Mañana vienen a buscarnos para llevarnos a Kolima…

—No adelantemos acontecimientos.

Esperaron a que llegara Karolich.

✶

Las puertas de la trasera chocaron sonoramente contra los lados del *jeep* y luego se oyó un fuerte ruido, como si hubiera caído un bulto o hubieran chocado con algo.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó Penny—. ¡Dios mío, Tania! ¿Has atropellado a un perro?

Tatiana paró el motor y los tres saltaron a la carretera desierta, corrieron hacia la trasera del vehículo y se quedaron mirando en silencio las puertas abiertas.

—¿Qué diantre ha pasado? —preguntó Penny.

—Parece que no cerré bien —dijo Tatiana.

Echó un vistazo al interior del *jeep* y vio que faltaba su mochila.

—¿Y qué es lo que has atropellado?

—Nada.

—Entonces, ¿qué ha sido ese ruido?

Tatiana se giró, vio un bulto caído sobre el asfalto, a unos veinte metros, y corrió hacia él. Era su mochila.

—¿Se ha caído del *jeep*?

—Habrá sido al pisar un socavón. No pasa nada.

—Entonces montémonos otra vez en el *jeep* —dijo Martin—. Es peligroso estar en una carretera oscura.

—Tiene razón —dijo Tatiana.

Se apartó un momento junto a la cuneta y fingió vomitar. Martin y Penny le dieron una cantimplora para que se enjuagara la boca y esperaron solícitos a su lado.

—Lo siento, creo que no me encuentro bien —se disculpó Tatiana—. ¿Puede seguir conduciendo usted, Martin? Me echaré en la parte de atrás.

—Claro, claro.

La ayudaron a subir. Antes de que Martin cerrara las puertas, Tatiana los miró con afecto.

—Gracias a los dos, por todo.

—No tienes por qué darlas —dijo Penny.

Martin, prudente, cerró las puertas desde el exterior. Antes de que el médico se

sentara al volante, Tatiana levantó la trampilla y se encontró con Alexander mirándola. En ese momento arrancó el *jeep*.

Martin avanzaba muy lentamente, a menos de treinta kilómetros por hora, porque no le gustaba conducir de noche por carreteras desconocidas.

Tatiana oyó sus voces en la cabina, ahogadas por el cristal de la ventanilla. Alexander salió del compartimento y cogió la metralleta de Karolich.

—No tendrías que haber recogido la mochila —susurró casi inaudiblemente—. Vamos a tener que tirarla otra vez y luego nos costará encontrarla.

—La encontraremos.

—¿Y si la dejamos aquí?

—Lo llevo todo en ella. Ah, y también tenemos que coger esto.

Señaló la mochila más pequeña y el petate.

—No. Tendremos que arreglárnoslas con una sola mochila.

—En ésta hay pistolas, granadas, un revólver y cartuchos varios.

—¡Ah!

Alexander se puso de puntillas y tanteó el techo, en busca del pasador que cerraba la escotilla.

—Saldré yo primero y tú me irás pasando las cosas —susurró—. Las iré lanzando a la carretera y luego te ayudaré a subir.

Cuando Alexander ya se había deshecho de la mochila, el maletín de enfermera y la bolsa de las armas y la había ayudado a subir al techo del vehículo, Tatiana vio la ladera sobre la que querían lanzarse y estuvo a punto de cambiar de opinión. La ladera parecía un abismo sin fondo; en cambio, si se quedaban en el *jeep*, podrían estar en el sector francés en menos de setenta minutos.

El viento le alborotaba el pelo y le impedía oír bien a Alexander. A pesar de todo, entendió sus palabras:

—Tenemos que saltar ya, Tania. Lánzate lo más lejos que puedas, sobre la hierba. Yo saltaré primero.

Sin tomar aliento y sin mirar atrás, Alexander se incorporó y se lanzó hacia la cuneta, con la bolsa de municiones a la espalda. Tatiana echó una mirada a la pendiente pero no lo vio.

Con el aliento entrecortado y los músculos en tensión, Tatiana se preparó y saltó a su vez. Se dio un fuerte golpe contra el suelo, pero cayó en la ladera y rodó entre los matorrales. Como había llovido, la tierra estaba fangosa y blanda. Trepó hasta el borde de la carretera y vio que el *jeep* no se había detenido. Le dolía algo, pero no tenía tiempo de pensar qué era. Volvió a bajar corriendo, deteniéndose de vez en cuando para preguntar en un susurro:

—¿Alexander…?

✶

A las ocho treinta, Karolich no aparecía por ningún lado. El soldado que informó a Brestov no parecía demasiado preocupado, y el comandante tampoco. Ordenó que llevaran a Ouspenski de vuelta al barracón.

—Ya lo veremos mañana, camarada Ouspenski.

—¿Por qué no echa un vistazo a la celda de Belov, comandante? Para asegurarse, nada más. Sólo serán dos minutos. Podemos entrar mientras me acompaña al barracón.

—Muy bien, cabo —dijo Brestov, encogiéndose de hombros—. Entre a ver la celda, si quiere.

Ouspenski y el soldado se encaminaron hacia el calabozo y pasaron junto a la garita.

—¿Les ha preguntado si han visto a Karolich? —dijo Ouspenski, señalando a los centinelas.

—Sí, dicen que subió con la enfermera al *jeep* hace unos cuarenta y cinco minutos y los dos se dirigieron hacia la casa del comandante.

—Pues en la casa del comandante no estaba.

—Eso no significa nada.

El vigilante abrió la puerta de la cárcel y se adentró en el corredor que separaba las celdas. Perdov estaba en el suelo, inconsciente, apestando a vodka.

—Estupendo… —masculló el soldado—. ¡Buen vigilante estás hecho, Perdov!

Le arrebató la llave maestra y se dirigió hacia la celda número siete.

Ouspenski y el vigilante se pararon junto a la puerta de la celda y echaron un vistazo al interior. El hombre tumbado sobre la paja estaba sujeto por los grilletes y llevaba puestos unos pantalones oscuros y una camisa manchada de sangre. Tenía la cabeza inclinada hacia atrás y no se movía.

—¿Qué, contento? —dijo el guarda.

Ouspenski se acercó al prisionero para verle la cara.

—¡Y tan contento! —exclamó, volviéndose hacia el soldado—. Venga a verlo usted mismo.

El vigilante se acercó y observó desconcertado los ojos abiertos de Iván Karolich.

✶

—¡Tania! —dijo la voz de Alexander.

—¿Dónde estás?

—Aquí, ven.

Tatiana bajó corriendo por la pendiente y se encontró a Alexander esperándola entre los árboles. Había recuperado las armas y las mochilas y llevaba el maletín de enfermera en la mano. Tatiana quiso abrazarlo pero iba demasiado cargado.

—¿Podrás llevar la bolsa de las municiones y el maletín de enfermera? Yo puedo cargar con el resto de la munición, las armas y la mochila grande. ¿Qué hay dentro,

piedras?

—Comida. Espera, tengo ropa para que puedas cambiarte. Te sentirás más cómodo.

—Prefiero lavarme antes. Vamos.

Echó a andar el primero y fue iluminando el camino con la linterna mientras bajaban hacia la orilla.

—¿Qué río es éste?

—El Havel.

—¿Hasta dónde llega?

—Hasta Berlín, pero fluye casi todo el tiempo al lado de la carretera.

—Lástima —se lamentó Alexander mientras se desvestía—. Qué ganas tenía de quitarme el uniforme de ese hijo puta. Y para colmo, sólo era teniente. ¿Tienes jabón? ¿Te has hecho daño al caer?

—No —respondió Tatiana, pasándole una pastilla de jabón.

Le dolía un poco la cabeza.

Alexander entró en el agua desnudo, con el jabón en la mano. Se sentó cerca de la orilla y Tatiana lo iluminó con la linterna.

—Apágala —dijo él—. De noche la luz se ve a kilómetros de distancia.

Tatiana quería mirarlo, pero apagó la linterna y lo oyó enjabonarse y sumergirse en el agua.

Ella también se desvistió, pero no entró en el río sino que se puso directamente una camiseta blanca y los pantalones y el blusón verde oliva.

Delante de Tatiana estaba la silueta oscura de Alexander, sumergido en el agua. Estaba vuelto hacia ella y podía ver la pendiente que subía hasta la carretera. De pronto se quedó muy quieto; solamente se oía su respiración.

—Tatiana… —dijo.

Sin que hiciera falta añadir más, Tatiana supo qué estaba viendo. Unos faros que se acercaban rápidamente por la carretera, entre el rugido de un motor, gritos y ladridos.

—¿Cómo se han enterado tan pronto? —susurró Tatiana.

Le pasó la ropa y Alexander se vistió apresuradamente. Para no andar descalzo, tuvo que volver a ponerse las botas de Karolich. («No puedo estar en todo», se disculpó Tatiana).

—Tendremos que disimular nuestro olor para que no nos husmeen los pastores alemanes. Los soviéticos han sacado provecho de las invenciones bélicas de los nazis.

—Han pasado de largo.

—Sí, pero ¿adónde crees que van? —preguntó Alexander.

—Hacia el *jeep*.

—¿Y estamos en el *jeep*?

—¡Ah! ¿Y adónde podemos ir? —dijo Tatiana—. Estamos acorralados entre la carretera y el río. Los perros nos olerán.

—Sí, el viento les llevará nuestro olor.

—Podemos cruzar el río y avanzar hacia el oeste.

—¿Dónde está el puente más próximo?

—Olvídate de puentes. No vi ninguno en el mapa —dijo Tatiana—. Creo que hay uno a diez kilómetros. Lo cruzaremos por aquí, nadando, y luego iremos hacia el oeste, alejándonos de Berlín, para doblar después hacia el sur y continuar hacia el este, hacia el sector británico.

—¿Dónde está el sector norteamericano?

—Más al sur. Pero las cuatro zonas de la ciudad están comunicadas, así que lo mejor es salir cuanto antes del territorio soviético.

—¿Tú crees? —dijo Alexander—. El río es poco profundo, medirá unos dos metros y medio.

Tatiana se había desvestido otra vez, dejándose solamente la ropa interior y la camiseta.

—Perfecto. Vamos a cruzarlo a nado.

—No podemos pasar los dos a nado —observó Alexander—. Si se nos mojan las armas, no podremos usarlas hasta que se sequen. —Guardaron silencio un momento, mirándose a los ojos—. Lo cruzaré yo, y tú te subirás a mi espalda, cargada con las mochilas —propuso Alexander, quitándose la ropa que acababa de ponerse.

Tatiana se subió a la espalda de Alexander. La sensación de la piel desnuda contra la tela de la camiseta le provocó tal ansiedad, la volvió tan agudamente consciente de la pérdida del pasado (una pérdida que no era temporal sino permanente), que no pudo evitar soltar un gemido.

—¡Eh! —exclamó Alexander, malinterpretándola, y Tatiana tuvo que morder el asa de la mochila para no romper a llorar.

Tatiana se cargó las mochilas y la ametralladora y Alexander entró en el agua y empezó a nadar. Tatiana pensó que el río no era ni la mitad de ancho que el Kama. No sabía si Alexander lo había pensado también, pero sí sabía una cosa: le resultaba difícil avanzar y se estaba hundiendo. Intentó mantenerse erguida, sin atreverse a decir nada. Sólo se oía la respiración de Alexander, boqueando con la cabeza dentro y fuera del agua. Cuando llegaron a la orilla estuvo unos minutos tumbado en el suelo, recuperando el aliento. Tatiana se sentó a su lado y se desprendió de la mochila.

—Lo has hecho muy bien —dijo—. ¿Ha sido difícil?

—No es que fuera difícil, es que… —Alexander se incorporó de un salto—. Cuando llevas seis meses en una celda, te pasa eso.

—Túmbate otra vez y descansemos un poco.

Le acarició la pierna y lo miró a los ojos.

—¿Tienes una toalla?

Tatiana tenía una toallita.

—Tania —dijo Alexander, secándose rápidamente—. No lo has pensado bien. ¿Qué pasará cuando los soviéticos intercepten el *jeep* y tus compañeros de la Cruz

Roja no te vean en la trasera? ¿Crees que todo seguirá igual? No saben que hay algo que esconder y se limitarán a decir: «La hemos visto por última vez en esta misma carretera…», y acompañarán a los soldados hasta el lugar donde hemos saltado del *jeep*. Y en medio minuto tendremos aquí a un camión blindado, diez hombres y dos perros, diez ametralladoras y diez pistolas. Más vale que nos pongamos en marcha e intentemos alejarnos de ellos al máximo. ¿Tienes una brújula y un mapa?

—¿Crees que mis compañeros tendrán problemas con las autoridades soviéticas?

Alexander guardó silencio durante un momento.

—No creo —dijo al final—. No les conviene llamar la atención… Los interrogarán pero los dejarán tranquilos porque son estadounidenses. Vámonos.

Se secaron como pudieron, se pusieron la ropa y corrieron hacia el bosque.

✶

Avanzaron entre los árboles en la oscuridad de la noche, a lo largo de lo que a Tatiana se le antojaron decenas de kilómetros. Alexander abría camino con el machete y Tatiana lo seguía infatigablemente. Cuando llegaban a un claro aprovechaban para correr, pero durante la mayor parte del tiempo les costaba un gran esfuerzo atravesar los densos matorrales. Alexander encendía la linterna unos segundos para iluminar el suelo y luego la apagaba. Se detenía de vez en cuando por si oía algún sonido y luego seguían avanzando. Tatiana quería parar, las piernas ya no la sostenían. Cuando Alexander redujo el paso, pensó que por fin podría decirle que no podía más.

—¿Estás cansada? —preguntó Alexander.

—Sí. ¿Podemos parar?

Alexander se detuvo a mirar el mapa.

—Estamos en un buen sitio, más al oeste de lo que pensarán, pero tendríamos que avanzar todavía hacia el sur. Hemos adelantado mucho, pero nos hemos desplazado lateralmente.

—O sea que no nos hemos acercado a Berlín.

—No mucho. Pero hemos conseguido alejarnos de ellos, y de momento está bien así —observó Alexander mientras doblaba el mapa—. ¿Llevas alguna tienda de campaña?

—Tengo una tela impermeable, podemos usarla para montar un refugio. —Tatiana hizo una pausa—. ¿Y si nos metemos en un granero? El suelo está muy mojado.

—De acuerdo, buscaremos un granero. Estaremos más secos. Tiene que haber granjas al otro lado del bosque.

—¿Tenemos que seguir caminando?

Alexander la ayudó a levantarse y la estrechó un momento contra él.

—Sí, nos queda un trecho —respondió.

Siguieron avanzando por el bosque, muy lentamente.

—Es medianoche, Alexander. ¿Cuántos kilómetros habremos hecho en total?

—Unos cinco. Veremos granjas dentro de un kilómetro y medio.

Tatiana no quería decirle que la asustaban los constantes crujidos. Hacía tiempo, le había contado que de pequeña se había perdido en el bosque. Había sido la experiencia más aterradora de su vida, pero seguramente Alexander no lo recordaba, porque se lo contó cuando convalecía de sus heridas y estaba próximo a la muerte.

✶

Después de atravesar el bosque llegaron a un campo de labor. La noche era clara y Tatiana vislumbró la silueta de un silo al otro lado.

—Vamos a cruzarlo —dijo.

Alexander le explicó que no se fiaba de los campos de labor y que era mejor rodearlo.

A unos cien metros de la casa había un establo. Alexander abrió la puerta e hizo un gesto para que Tatiana entrara. Un caballo soltó un relincho de sorpresa. El establo estaba caliente y olía a paja, a estiércol y a leche de vaca. Para Tatiana eran olores familiares, que le hacían pensar en Luga. Volvió a sentir aquella aguda sensación de pérdida. Ahora que estaba por fin junto a Alexander, regresaban muchos de los recuerdos que había conseguido olvidar en Estados Unidos.

Alexander apoyó una escalera de mano en el henil bajo el que estaban las vacas y le dijo que subiera.

Tatiana se encaramó al altillo y se sentó sobre una bala de heno. Sacó una cantimplora de la mochila, bebió un poco de agua y se la pasó a Alexander, que tomó otro trago.

—¿Qué más tienes ahí? —preguntó él.

Tatiana le dedicó una sonrisa, hurgó en la mochila y sacó un paquete de Marlboro.

—¡Ah, tabaco norteamericano! —dijo Alexander mientras encendía un pitillo.

Fumó tres cigarrillos seguidos sin decir palabra, mientras Tatiana, tumbada sobre el heno, lo miraba aunque se le cerraban los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, se encontró a Alexander contemplándola con una emoción tan profunda, que Tatiana no pudo evitar correr a su lado y dejarse envolver por sus fuertes brazos.

—Shhh, shh… —lo oyó susurrar cerca de su oído.

No podía hablar. Estar en brazos de Alexander, oler su piel, oír su respiración y su voz…

—Shh, shh… —seguía susurrando Alexander mientras la abrazaba.

Le quitó la cofia, la redecilla y las horquillas y le soltó la melena teñida de negro.

El pelo le había crecido mucho y le llegaba casi a la base de la espalda, y Alexander no podía dejar de acariciárselo.

—Si cierro los ojos vuelves a ser rubia —susurró.

Se comportaba como un ciego que está aprendiendo a ver de nuevo, la abrazaba con una fuerza extrema, que no tenía que ver con el amor o la pasión, sino con las dos cosas a la vez y con ninguna. No era una fusión, era una colisión de angustia y de amargura y de alivio y de temor.

Tatiana se daba cuenta de que Alexander deseaba hablar pero era incapaz de decir nada. Por eso se sentó sobre el heno con las piernas abiertas, mientras Tatiana se arrodillaba frente a él y se dejaba envolver por sus brazos, sintiendo cómo su cuerpo se estremecía y su voz susurraba «shh, shh…».

No se lo decía a Tatiana, se lo decía a sí mismo.

Sin dejar de abrazarla, Alexander la reclinó sobre la paja extendida en el suelo. Sus piernas temblorosas la rodearon y Tatiana, que se agitaba entre sollozos y apenas respiraba, no sabía qué hacer para calmar la emoción que bullía dentro de él.

Alexander la besó sin emitir ningún sonido, ni siquiera los del deseo o la lujuria. No sabían qué hacer… ¿desnudarse?, ¿quedarse vestidos? Daba igual. Tatiana no podía ni quería moverse. Los labios de Alexander le recorrían el cuello y las clavículas, mordiéndola, y la boca de Tatiana se entreabría como si fuera a susurrar su nombre o a emitir un gemido. Le resbalaban lágrimas por las sienes.

Alexander se quitó y le quitó lo estrictamente necesario. Más que penetrarla, irrumpió en su interior. Tatiana lo absorbió, y mientras su boca se abría en un grito mudo y sus manos se aferraban a la espalda de él y lo acercaban más y más hacia ella, a través de los susurros del pesar y de los gritos del deseo, sintió que Alexander, totalmente abandonado, le hacía el amor como si lo estuvieran desclavando del madero donde había sido crucificado.

La manera de asir su cuerpo, su movimiento feroz e incansable, estaban cargados de tal intensidad, que Tatiana tuvo la impresión de que su conciencia estaba a punto de claudicar…

—Shura, por favor… —articuló casi sin voz.

Pero era imposible, y lo sabía. Y no quería que fuera de otro modo. No podía ser de otro modo.

La violenta liberación alcanzó por fin a Alexander, a costa de un momentáneo lapsus mental de Tatiana, que gritó, y sus gritos salieron del establo y resonaron en el estanque y en el río y en el cielo.

Alexander continuó por un momento encima de ella, sin moverse ni retirarse. El cuerpo le temblaba todavía. Ella lo estrechó con más fuerza, aunque era imposible acercarlo más… Sin embargo, siguió estrechándolo. Y de pronto…

—Shh, shh…

No había sido Alexander.

Había sido Tatiana.

Los dos se durmieron.

No habían hablado.

✶

Tatiana se despertó y lo sintió otra vez dentro de ella.

La noche, aunque prolongada por los dioses, no era suficientemente larga.

Tatiana extendió la tela impermeable sobre el heno. Se desvistieron. En la oscuridad silenciosa y trémula, Tatiana lloró. Lloró desde el momento en que se inclinó sobre él, contuvo el aliento y volvió a tocarlo; lloró cuando él estaba dentro de ella, y cuando la besaba; lloró durante todo el tiempo en que sus manos la acariciaban mientras se movía dentro de ella, durante todo el tiempo en que su boca recorría el cuerpo de Tatiana y la boca de ella recorría el de Alexander, mientras se apretaba contra él agitada por los gemidos y los sollozos y se fundía con él en una asombrosa liberación; lloró al sentir su ansia y su necesidad, su tristeza y su vulnerabilidad, y volvió a arder y a derretirse.

—Shura, Shura… —susurraba Tatiana con la cara contra su cuello.

—No sé si las lágrimas son la reacción que quería provocar… —susurró a su vez Alexander.

Tatiana se sentía confinada y liberada una y otra vez, y volvía a arder y a derretirse para él, de nuevo en manos de Alexander, y volvía a llorar y a suspirar: «Shura, Shura…». Una y otra vez él entraba en ella y ella lloraba sin cesar mientras él entraba y salía, rápida y lentamente, profunda e incesantemente.

Cuando dejó de moverse, Alexander permaneció encima de ella mientras Tatiana le acariciaba delicadamente la espalda y la cabeza y sus pies acariciaban sus piernas. Estaban apretados el uno contra el otro y Tatiana volvía a llorar.

—Tatia, tendrás que dejar de llorar cada vez que te haga el amor —susurró Alexander, pegado a su mejilla—. ¿Qué puede pensar un hombre si su mujer llora cuando le hace el amor?

—Que él es su única familia —dijo Tatiana, llorando—. Que es toda su vida.

—Y ella la de él —susurró Alexander, presionando su cuerpo contra el de Tatiana —. Pero él no llora.

Se apartó un poco y Tatiana no pudo verle la cara.

Alexander le besó los senos y el estómago y fue bajando más, y volvió a emplear la boca, más suavemente esta vez, y ella volvió a correrse pero muy muy suavemente, y sus gemidos eran suaves también, como caricias.

—«Mujer fuerte, ¿quién la hallará? Porque su estima supera largamente la de las piedras preciosas —declamó Alexander con su voz más profunda, abrazado a Tatiana —. Dad cerveza al desfallecido, y vino a los de amargo ánimo. Que beban y se olviden de su necesidad. —Se le quebró la voz, pero siguió—: y que de su miseria no se acuerden».

—«Levantarme ahora —susurró Tatiana—, y rodaré por la ciudad, y por las calles y por las plazas buscaré al que ama mi alma. Y lo busqué y lo hallé y no lo dejaré marcharse».

No existía la noche.

Sólo existía la penumbra, cuando el gran sol septentrional descendía tras la Universidad de Leningrado, frente a la figura de El Jinete de Bronce y la fachada de la catedral de San Isaac. El cielo se teñía de azul y de violeta y de rosa en un instante que nunca duraba lo suficiente. La aguja dorada de la catedral de San Pedro y San Pablo enviaba la luz del crepúsculo hacia el espejo del río, el río que surgía del Ladoga, fluía junto a la desaparecida Dasha y las playas de Morozovo, atravesaba Schiisselburg y el hielo y Leningrado, donde se detenía un instante para reflejar la aguja dorada, entre la catedral y los olmos indoblegables del Jardín de Verano.

La noche no era suficientemente larga.

No alcanzaba para hablar del suelo del despacho de Matthew Sayers, de Lisii Nos, de los pantanos de Finlandia. O de Estocolmo.

No alcanzaba para hablar de la celda de castigo de Morozovo, los seiscientos miligramos de morfina inyectados a Leonid Slonko, los altos de Siniavino, el viaje a través de Europa junto a Nikolai Ouspenski.

No alcanzaba para hablar del Vístula.

Y sobre todo, no bastaba para hablar de los bosques y las montañas de Santa Cruz.

—No me hables de él. —La voz de Tatiana sonaba abatida—. No tengo fuerzas para escucharlo.

—Y yo no tengo fuerzas para contártelo.

Después de saber lo de Pasha, Tatiana era incapaz de mirar a Alexander o de hablarle; yacía muy quieta, con las piernas dobladas contra el pecho, mientras Alexander, tumbado a su espalda, la acariciaba y susurraba:

—Lo siento, Tatiasha. Intenté salvarlo para ti.

—No puedo soportarlo.

—Lo sé.

Tatiana ahogó un gemido.

—¿Sabes, Tania? Cuando Pasha murió, perdí las fuerzas para seguir luchando. Me cansé de intentar entender qué había pretendido Dios con una muerte tan imprevisible y caótica. Y al final, ¿sabes?, comprendí que Pasha no habría podido superarlo, porque si te habías entregado al enemigo, los soviéticos podían conmutar la pena de muerte por una condena en Kolima, pero si lo que habías hecho era luchar en el bando enemigo…

—Lo sé, Shura.

—En 1944 estuve a punto de morir, Tania. No te imaginas la tormenta de sentimientos que bullían en mi interior mientras atravesaba con el batallón disciplinario todos los putos ríos de Polonia.

—¿Que no me lo imagino? ¡Qué habría dado yo por un batallón disciplinario…!

Alexander le besó la nuca, el cuello y el suave trozo de piel que se extendía entre sus dos clavículas. Entre ellas, junto a su corazón, susurró:

—Tatia, tú no eras un hombre, un hombre violento y armado con seis mil cartuchos de munición y una bayoneta. Hasta que encontré a Pasha, me sentía como si ya no fuera un ser humano. Pero Dios me lo envió en Santa Cruz, me lo envió porque era lo que más necesitaba. Pensé que era la señal de que lograríamos huir y encontrarte. No sabía que eras tú la que estabas destinada a encontrarme a mí.

—Tú nos salvaste a todos, Alexander Barrington —susurró Tatiana—. Diste tu vida para salvarnos.

✶

Alexander dormía, más cercano a la inconsciencia que al sueño, y Tatiana, apoyada sobre un codo, dibujaba las cicatrices de su torso, sus brazos, sus hombros, sus costillas. No quería despertarlo, pero no podía dejar de acariciarlo. Las señales que cubrían todo el cuerpo de Alexander desafiaban su capacidad de comprensión. ¿Cómo podía un cuerpo tan lleno de marcas seguir vivo, más flaco e incompleto que nunca, a punto de romperse por todas las costuras, y sin embargo vivo?

Tatiana ahuecó la mano y la pasó por el cuerpo de Alexander, bajó hasta sus corvas y volvió a subir hasta sus brazos, y allá se detuvo y se demoró en la caricia mientras sus ojos contemplaban su rostro dormido.

Existe un momento único, un instante aislado de la eternidad, que precede al momento en que descubrimos la verdad del uno y del otro. Y este instante singular es el que nos impulsa en la vida… cuando nos sentíamos al borde del futuro, volcados al abismo de los sentimientos prohibidos, justo antes de llegar a la convicción de que alguien nos amaba. Antes de llegar a la convicción de que amaríamos a alguien para siempre. Antes de la agonía de Dasha, de la agonía de la madre, de la agonía de Leningrado. Antes de Luga. Antes de la divinidad de Lazarevo, donde los prodigios que tu cuerpo y tu amor derramaron sobre mí nos unieron para siempre. Antes de todo eso, tú y yo paseábamos por el Jardín de Verano y mi brazo rozaba de vez en cuando el tuyo, y tú decías algo que me permitía alzar los ojos hacia tu cara y atisbar fugazmente tu boca risueña, y yo, a quien nunca nadie había tocado, intentaba imaginar cómo sería sentir tus labios sobre mi cuerpo. El momento en que me enamoré de ti en el Jardín de Verano, una de las noches blancas de Leningrado, es el instante que me impulsa en el camino de la vida.

✶

Alexander se despertó y vio a Tatiana mirándolo.

—¿Qué haces? —susurró.

—Te vigilo —susurró Tatiana.

Y Alexander cerró los ojos y durmió.

✶

A la mañana siguiente, al amanecer, el granjero fue a ordeñar las vacas. Lo oyeron entrar y esperaron en silencio en el henil hasta que se marchó, y luego Tatiana se vistió, bajó al establo y vertió un poco de leche para los dos en una taza que usaba para dispensar medicamentos. Alexander bajó también y se plantó a su lado, con una pistola en cada mano, mientras ella ordeñaba a la vaca. Bebieron leche hasta reventar.

—Nunca te había visto tan delgado —dijo Tatiana—. Bebe un poco más, termínala toda.

Alexander obedeció.

—Y yo a ti nunca te había visto con tantas curvas. —Se acercó a Tatiana, sentada en la banqueta—. Te han crecido los pechos.

—Habrá sido la maternidad… —murmuró Tatiana, dándole un beso—. La maternidad, la comida americana… no sé.

—Vamos arriba —propuso Alexander, acariciándole el pelo.

Subieron otra vez al henil. Pero antes de que tuvieran tiempo de desnudarse, oyeron el ruido de un motor. Eran las siete de la mañana. Alexander se asomó a la pequeña ventana del henil y vio a cuatro oficiales del Ejército Rojo hablando con el granjero, junto a un vehículo militar.

Alexander lanzó una mirada a Tatiana.

—¿Quién hay? —preguntó ella en un susurro.

—Siéntate contra la pared, pero no muy lejos. Coge la otra P-38 y las balas.

—¿Quién hay?

—Han venido a buscarnos.

Tatiana emitió un sollozo y se acercó gateando a la ventana.

—¡Cuatro! ¿Qué vamos a hacer, Dios mío? ¡Estamos atrapados aquí arriba!

—Shh… A lo mejor se marchan.

Alexander preparó la ametralladora, las tres pistolas y el Python. Tatiana observó al grupo por una esquina de la ventana. El granjero abría los brazos y se encogía de hombros. Los soldados, a su lado, fueron señalando la casa, los campos y finalmente el establo. El granjero se apartó unos pasos e hizo un gesto en dirección al establo.

—¿El revólver es de acción simple o doble?

—¿Qué?

—Da igual.

—Creo que de acción doble. Bueno, estoy casi segura —dijo Tatiana, intentando recordarlo—. ¿Te refieres a si vuelve a amartillarse automáticamente después del primer disparo? Sí.

Alexander se había tumbado boca abajo, detrás de dos balas de paja, tenía la ametralladora y las pistolas a su lado y empuñaba el Python con las dos manos, apuntando a lo alto de la escalera. Tatiana, que sostenía varios cartuchos en las manos temblorosas, estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared.

Alexander se volvió hacia ella.

—Ni un ruido, Tania.

Tatiana asintió en silencio.

La puerta se abrió de golpe, y el granjero y uno de los oficiales irrumpieron en el interior del establo. El corazón de Tatiana latía con tanta fuerza, que pensó que la oirían. El oficial hablaba un alemán muy precario, mezclado con palabras en ruso. El granjero debía de haberle dicho que no había visto a nadie, porque el oficial gritó, en ruso:

—¿Está seguro?

Dieron vueltas por el establo durante unos minutos, y de pronto el oficial dejó de hablar y miró en derredor.

—¿Fuma usted? —preguntó, también en ruso.

—*Nein, nein* —respondió el granjero—. *Ich rauche nei in der Scheune wegen Brandgefahr*.

—Pues por mucho peligro de incendio que haya, ¡alguien ha estado fumando en esta mierda de establo!

Tatiana se tapó la boca con la mano para no echarse a llorar.

El oficial salió corriendo, miró hacia la ventana del establo y dijo algo a sus compañeros. Apagaron el motor y prepararon las ametralladoras.

—Shura… —susurró Tatiana.

—Shhh… —contestó Alexander en voz baja—. No hables, ni siquiera respires.

Cuando volvieron a entrar los soviéticos con las metralletas, el granjero aún estaba de pie en medio del establo.

—¡Lárguese! —le ordenó uno de ellos.

El granjero salió corriendo.

—¿Quién anda ahí?

No hubo respuesta.

—¿Quién anda ahí?

—No hay nadie —dijo uno de los oficiales.

—Sabemos que está ahí, Belov —dijo otro—. Adelántese, y nadie saldrá herido.

Alexander no dijo nada.

—Tiene que pensar en su esposa, no sea tan egoísta. No quiere que ella muera, ¿verdad?

Tatiana oyó un crujido en la escalera de mano.

Alexander se mantenía tan quieto, que si alguien hubiera tropezado con él, no se habría dado cuenta de que estaba. Se oyó otro crujido.

—Si sale voluntariamente, su esposa será amnistiada —dijo uno de los soviéticos.

—No puede escapar, vamos armados hasta los dientes —dijo otro—. Resolvamos esto como personas razonables.

Sin moverse apenas, Alexander inclinó un poco el Python y disparó una Magnum de calibre 357 contra la cabeza del oficial que en ese momento estaba trepando por la escalera de mano. El hombre cayó hacia atrás con el cuerpo convulsionado, y sus compañeros apuntaron hacia arriba con las ametralladoras, pero no tuvieron tiempo

de protegerse y menos aún de abrir fuego antes de que Alexander los derribara con tres disparos.

Alexander se incorporó de un salto y se volvió hacia Tatiana.

—¡Vámonos! —dijo, sin ceremonias—. No podemos seguir aquí ni un segundo más. Si en la casa hay teléfono, el granjero lo estará usando ahora mismo.

—A lo mejor no tiene teléfono —murmuró Tatiana.

—Pero no podemos contar con ello, ¿verdad? ¡Corre!

Tatiana recogió las cosas rápidamente mientras Alexander recargaba el Python.

—Es un arma muy buena, Tania —dijo—. Pero tiene un poco de retroceso. ¿Sabes qué velocidad de salida tiene?

—El tipo que me lo vendió dijo que era de cuatrocientos cincuenta metros por segundo.

Alexander soltó un silbido.

—Una potencia impresionante. Casi como mi Shpagin. ¿Estás lista?

Se asomaron a la ventana para asegurarse de que el granjero seguía dentro de la casa y no se había acercado nadie más, bajaron del altillo, pasaron sobre los cadáveres caídos junto a la puerta (no sin antes registrarles los bolsillos y llevarse un paquete de cigarrillos soviéticos) y salieron del establo. Alexander cogió una metralleta del camión y un cinto de balas. Tatiana le preguntó cómo pensaba llevar a cuestas otra arma, con soporte incluido, además de la metralleta, las tres pistolas, la munición y la mochila.

—No te preocupes por mi espalda —dijo Alexander, colgándose el cinto de balas del cuello—. Preocúpate por la tuya.

—Podríamos coger el camión —propuso Tatiana.

—Buena idea, así iríamos en coche hasta el próximo punto de control. —Atravesaron corriendo el campo, alejándose de la granja y dirigiéndose hacia el bosque.

Caminaron hasta el mediodía.

—¿Paramos aquí? —preguntó Tatiana cuando estaban a punto de cruzar un arroyo—. Tienes que estar cansado. Podríamos lavarnos y comer algo. Por cierto, ¿dónde estamos?

—En ninguna parte —contestó Alexander, de mal humor—. A sólo seis kilómetros de la granja y de los soviéticos.

—Pero hemos ido hacia el sur, ¿no? —observó Tatiana con esperanza—. O sea que sólo faltan…

—Hemos ido hacia el oeste, no hacia el sur.

—¿Cómo que no hemos ido hacia el sur? —preguntó Tatiana, mirándolo muy seria—. Berlín está al sur.

—Ya. Y es allí adonde creen que nos dirigimos.

—Pero en algún momento tendremos que empezar a ir hacia el sur, ¿no?

—En algún momento.

Tatiana no quiso insistir. Los dos se lavaron la cara y los dientes en el arroyo.

—No me des un tubito de morfina diciendo que es dentífrico, ¿eh? —bromeó Alexander.

Tatiana hurgó en la bolsa, en busca de algo para comer. Sacó una lata de carne enlatada y se la pasó a Alexander con una sonrisa.

—Me encanta la carne enlatada —dijo Alexander, sonriendo también—. Pero ¿cómo vamos a abrirla?

—Tranquilo, viene de Estados Unidos y lleva un abrelatas incorporado —explicó Tatiana.

Comieron pan deshidratado y orejones de manzana y bebieron agua del arroyo.

—Vámonos ya —dijo Alexander, poniéndose de pie.

—Espera, Shura, quiero lavarme un momento —dijo Tatiana—. No tardo.

—De acuerdo, me fumaré un cigarrillo mientras tanto —dijo Alexander, con un suspiro.

Después de fumarse dos o tres cigarrillos, se desnudó y se zambulló en el agua, en busca de Tatiana.

✶

A primera hora de la tarde seguían entre los árboles, junto al arroyo. Se habían sentado a horcajadas sobre un tronco, Tatiana de espaldas a Alexander. Él llevaba puestos los calzoncillos y ella las bragas y una camiseta blanca de tirantes. Alexander le peinaba la larga melena mojada con una mano y se la acariciaba con la otra mano. No hablaban. Alexander se inclinó para darle un beso en el cuello, debajo de la oreja, y susurró:

—No te vuelvas a poner maquillaje, ¿eh? Quiero ver esas pecas…

Tatiana soltó una risita y se volvió hacia él. Se miraron durante un momento y se besaron. Alexander soltó el peine y acercó las manos hacia el rostro de Tatiana y hacia las alianzas que pendían de su cuello. Le hizo echar la cabeza hacia atrás mientras rozaba con la mano sus pechos y su abdomen y el espacio entre sus muslos.

—Quítate la ropa —susurró, interrumpiendo el beso.

Tatiana se levantó y se volvió hacia él. De pie a su lado, se quitó la ropa. Alexander le colocó las manos sobre los pechos y luego la atrajo hacia sí y empezó a acariciarle todo el cuerpo, desde los tobillos hasta el pelo y desde el pelo hasta los tobillos. Tatiana se sentó sobre él. Alexander la abrazó fuertemente y acercó la cara a sus pezones.

Los dulces gemidos de Tatiana resonaron en el bosque.

Alexander se incorporó sin soltarla y la condujo hasta una roca cercana al agua. Se quitó los calzoncillos con una mano, se sentó sobre ellos con la espalda apoyada en la roca y acomodó a Tatiana encima de él. La penetró con movimientos muy lentos, sin soltarla y haciéndola subir y bajar sobre él con suavidad. Tatiana le asió la

cabeza y comenzó a gemir.

Cuando el movimiento se volvió más rítmico, los gemidos de Tatiana aumentaron de volumen. Se sentía cada vez más débil, incapaz de sostenerse encima de él. Alexander se levantó con ella en brazos y la depositó en la tela extendida sobre el suelo. Tatiana quedó tendida frente a él, y él se arrodilló, le alzó las caderas y empleó los dedos y la boca, pero sólo durante un momento, un breve momento. Cuando sus gemidos se volvieron más febriles, Alexander dejó de acariciarla y se tumbó sobre ella y ella comenzó a gritar…

De pronto, Tatiana dejó de moverse y de emitir sonidos, excepto el de su respiración entrecortada.

—Dios mío, Shura —susurró, estrechándolo contra ella—. Hay un hombre mirándonos.

Alexander también dejó de moverse.

—¿Dónde? —susurró en su oído, sin volverse.

—Detrás de…

—Sitúalo en el reloj. Imagina que yo estoy en el centro.

—A las cuatro y media.

Alexander estaba muy quieto, tanto como esa misma mañana en el establo. Tatiana emitía un sonido similar al gemido de un perrito.

—Shh… —dijo Alexander conteniendo el aliento.

El revólver P-38 estaba sobre la tela, a la altura de su mano izquierda. Alexander se elevó levemente y, en un ágil movimiento, amartilló el gatillo, giró la mano izquierda y disparó tres veces. En el bosque resonó un tiro y el sonido de un cuerpo que se desplomaba sobre la maleza.

Los dos se levantaron de un salto. Alexander se puso los calzoncillos a toda prisa y Tatiana las bragas. Alexander, armado con el Python y la 1911, fue a ver qué había pasado. Tatiana, sujetándose los pechos con las manos, corrió detrás de él.

En el suelo yacía un hombre vestido con el uniforme soviético, con la sangre saliéndole a chorros del hombro. Al parecer había recibido dos balazos, uno en el hombro y otro en el cuello. Alexander le arrebató la pistola y regresó al claro. Tatiana se arrodilló frente al soldado y le colocó una mano sobre la herida del cuello.

A sus espaldas, oyó la voz incrédula de Alexander:

—¿Qué estás haciendo, Tatiana?:

—Nada —dijo ella, abriendo el cuello de la camisa del soldado—. No puede respirar.

Alexander emitió un gruñido gutural, apartó a Tatiana, apuntó al soldado con el Python y le disparó dos veces en la cabeza. Tatiana gritó y se derrumbó en el suelo, y en un ataque de pánico comenzó a forcejear para zafarse de Alexander, que la tenía aferrada y llevaba aún el revólver en la mano. Tatiana cerró los ojos, al borde de la histeria.

—¿Qué demonios te pasa, Tatiana?

—¡Suéltame!

—¿Que no puede respirar, dices? ¡Eso espero! Mira, ahora sí que ya no respira. ¿Quién quieres que se salve, él o nosotros? Esto es muy serio, se trata de tu vida y de la mía. No puedes arrodillarte junto a él para aliviar sus últimos momentos cuando hace unos segundos podía habernos matado.

—¡Calla! ¡Déjame!

—¡Por el amor de Dios!

Alexander arrojó las armas al suelo y cuadró los hombros para defenderse de los golpes de Tatiana, que le golpeaba el pecho con manos temblorosas.

—¿Qué pretendes, Tania? ¿Por qué viniste? ¿Para que nuestro hijo se quedase sin madre? ¿No comprendes que hay que elegir entre ellos o nosotros? No hay término medio. Es una maldita guerra, ¿no lo entiendes?

—Por favor, déjame…

—No, no lo entiendes… —Alexander le apretó fuertemente las muñecas—. Nos estaba mirando, te estaba mirando a ti, seguramente lo observó y lo escuchó todo desde el principio. Y estaba esperando a que yo terminase para matarme y tenerte toda para él. Y luego te habría matado a ti. No sabemos quién es, puede ser un soldado o un desertor, pero está claro que quería participar del festín.

—¡Dios mío, Alexander! ¿En qué te has convertido?

Alexander le asió la cara entre las manos para obligarla a mirarlo, y luego la apartó de un empujón.

—Qué pasa, ¿también tú me juzgas? Soy un militar, no un santo de mierda.

Lanzó un escupitajo al suelo.

—No te juzgo. Tranquilo, Shura… —murmuró Tatiana.

—O ellos o nosotros, Tatiana.

—Tú, Alexander, tú.

Estaba temblando. Alexander la sujetó por el brazo para que no se cayera pero no la atrajo hacia él ni la abrazó para consolarla.

—¿Lo has entendido? Ve a lavarte la sangre y vístete. Tenemos que irnos.

Al cabo de diez minutos salieron del claro. Vestidos con las prendas verde oliva, volvieron a caminar entre los árboles. No hablaban, sólo decían algo cuando paraban un momento, bebían algo y seguían avanzando. Alexander fumaba. De vez en cuando se detenía a escuchar los sonidos del bosque y luego volvía a ponerse en marcha.

Trataban de esquivar las poblaciones y las carreteras, pero las granjas también eran peligrosas. Era verano, época de siembra y de cosecha. Por todas partes había maquinaria agrícola: cosechadoras, trilladoras, tractores… Tenían que rodear las tierras de labor para que no los vieran los campesinos.

Anduvieron durante seis horas a través de bosques y prados, y luego empezaron a dirigirse hacia el sur. Tatiana se moría por parar, pero Alexander no reducía el paso y la obligaba a mantener el mismo ritmo.

Cuando llegaron a un campo de patatas, Tatiana, que tenía mucha hambre, se

adelantó a Alexander, pero él la agarró por el brazo inmediatamente y la obligó a colocarse detrás de él.

—No camines delante de mí. No tienes idea de qué hay en este campo.

—Ah, y tú sí…

—Sí, porque he visto mil campos como éste.

—Yo también he visto campos de patatas, Alexander.

—¿Minados?

Tatiana calló un momento.

—Es sólo un campo de patatas. No está minado.

—¿Cómo lo sabes? ¿Lo has estado observando con los prismáticos? ¿Has inspeccionado el terreno? ¿Has avanzado gateando sobre la tierra, empujando la bayoneta por delante de tu cara por si rozabas alguna mina? ¿O simplemente te has acordado de los campos de patatas que viste en Luga cuando eras pequeña?

—Muy bien, no hace falta que sigas —protestó Tatiana en voz baja.

Alexander sacó los prismáticos y comenzó a observar el terreno. Cuando terminó dijo que parecía seguro, pero que no quería arriesgarse. Abrió el mapa y lo examinó durante unos minutos.

—Iremos por la izquierda —dijo al final—. A la derecha hay una carretera y es demasiado peligroso. Pero al otro lado hay un bosque bastante denso y podremos avanzar unos quince kilómetros a cubierto.

Tatiana desenterró cinco o seis patatas del borde del terreno.

Cuando entraron en el bosque, el sol empezaba a ponerse.

—¿Y si intentamos pescar algo? —dijo Tatiana cuando pararon a beber junto a un arroyo—. Puedo encender fuego y hervir las patatas y el pescado. Podemos comer algo, montar un campamento, ya sabes…

Quiso sonreír, pero Alexander la miró con el semblante sombrío.

—¿Fuego? ¿Es que te has vuelto loca? En el establo supieron que me había fumado un cigarrillo. ¿Y no has pensado que sus perros están entrenados para captar cualquier olor, no digamos el de pescado hervido?

—Pero ya no nos buscan, Alexander. No están por aquí.

—No, de momento no están por aquí. —Señaló en una dirección indeterminada—. Pero vendrán, y cuando lleguen será demasiado tarde. No quiero darles la oportunidad de encontrarnos.

—¿Así que no vamos a comer?

—Nos comeremos las patatas crudas.

—Fantástico —murmuró Tatiana.

Se comieron las patatas y abrieron otra lata de carne. Tatiana podía haber traído más, pero ¿quién iba a pensar que no podrían encender fuego para cocer un pescado o una patata? Después volvieron al arroyo a lavarse y Alexander encendió otro cigarrillo.

—¿Lista?

—¿Lista para qué?

—Tenemos que irnos.

—Por favor, paremos. Son las ocho ya y necesitamos descansar. Seguiremos andando mañana, cuando se haga de día.

Quiso añadir que le daba miedo caminar de noche, pero no quería que Alexander advirtiera su debilidad y por eso calló y esperó a, que él tomara una decisión.

Alexander guardó silencio.

Tatiana guardó silencio.

—Seguiremos hasta las diez —dijo Alexander al final, con un suspiro—. Y luego pararemos.

Tatiana procuraba andar pegada a él, pero no le gustaba nada pensar que no había nadie caminando detrás de ella. Tenía la sensación de que los seguían y se giraba cada vez que Alexander se detenía a escuchar los ruidos del bosque. Una vez cayó algo al suelo, rodó una piedra, una rama golpeó contra otra, y Tatiana gritó y extendió un brazo hacia Alexander.

—¿Qué pasa, Tatiana? —dijo él, sujetándola con la mano.

—Nada, nada.

Alexander le dio una palmadita en el hombro y añadió:

—Vamos a parar.

Tatiana tuvo que morderse los labios para no suplicar que buscaran un establo, un refugio, una zanja junto a una casa, un campo minado… cualquier cosa que les evitara pasar la noche en el bosque.

Alexander montó un pequeño toldo con la tela impermeable y unas ramas. Luego se alejó diciendo que volvía en un momento, pero cuando llevaba quince minutos sin volver, Tatiana fue en su busca y lo encontró sentado en el suelo, con la espalda apoyada en un árbol, fumando.

—¿Qué estás haciendo, Shura? —susurró.

—Nada. Vete a dormir. Mañana nos espera un día largo.

—Vente al refugio.

—Es demasiado pequeño. Estoy bien aquí.

—No es pequeño, cabemos los dos juntos. Ven, anda.

Le tiró del brazo, pero Alexander se soltó.

Tatiana se arrodilló a su lado, escrutó su mirada y extendió las manos para acariciarle la cara.

—Shura…

—Tienes que dejar de discutir mis decisiones —le dijo él—. Estoy de tu parte, pero tienes que dejarme hacer lo que sé que nos conviene. No puedo repetir lo mismo cada vez que estamos en peligro.

—Ya lo sé, lo siento —se disculpó Tatiana—. Sabes que no puedo evitarlo, es mi forma de ser.

—Pues tienes que evitarlo. Sé que es difícil, sé que estás muy agobiada y te

gustaría que las cosas fueran distintas, pero tienes que ganar esta batalla contigo misma. Tienes que hacer lo posible para encontrar fuerzas en tu interior. ¿O no te importa que ganen los hunos?

La envolvió en sus brazos y Tatiana hundió la cara contra su pecho.

—Claro que me importa. Lo intentaré, ¿de acuerdo? —susurró.

—Lo harás —aseguró Alexander, abrazándola con más fuerza—. Harás lo que te digo, te mantendrás al margen y no te acercarás a curar a alguien que ha querido matarnos. —Tomó la cara de Tatiana entre sus manos—. Tania, en Morozovo te dejé marchar, pero esta vez no será así. Esta vez, viviremos los dos o moriremos los dos.

—Sí, Alexander —aceptó Tatiana.

—Yo he intentado cambiar mi forma de ser, descartando todo lo que no era útil para sacarnos de aquí, y tú harás lo mismo.

—Sí, Alexander. Ven a dormir.

Alexander negó con la cabeza.

—Por favor —susurró Tatiana—. De noche, el bosque me da mucho miedo.

Alexander la acompañó al toldo y se tumbó detrás de ella. Tatiana extendió la manta de cachemira sobre los dos.

—La compré para ti durante mi primera Navidad en Nueva York —le explicó.

—Es cálida y no pesa, una buena manta —observó Alexander—. «Señor, empequeñece el manto del cielo devorado por las estrellas y cúbreme para que pueda yacer en paz» —recitó.

Se acurrucaron el uno contra el otro. «Encajados como dos escudillas de metal…». Tatiana recordó la luna de miel en Lazarevo, cuando Alexander le preparaba helado.

—Dime una cosa, Tania —dijo Alexander—. No me enfadaré porque quería que fueras feliz, pero dime: ¿has estado con alguna otra persona?

—No he estado con nadie —dijo Tatiana. Calló un momento, recordando lo cerca que había estado de Jeb y de Edward—. ¿A quién iba a encontrar, tan lleno de dones de los dioses? —Tatiana notó que el cuerpo de Alexander entraba en tensión—. ¿Y tú?

—Yo tampoco. —Alexander calló también un momento—. Pero una o dos veces lo deseé, para alejar a la muerte…

Tatiana cerró los ojos.

—Yo también lo deseé —dijo—. ¿Quieres que alejemos a la muerte ahora?

—No —dijo Alexander.

Cuando Tatiana volvió a abrir los ojos, era aún de noche y Alexander no estaba detrás de ella. Estaba sentado fuera del toldo, junto a los árboles, con la ametralladora en la mano.

—¿Qué haces? —preguntó Tatiana.

—Protegerte —contestó Alexander.

Tatiana lo tapó con la manta y se echó a su lado, apoyando la cabeza en su regazo.

Cerró los ojos y durmió con un sueño intranquilo.

Cuando se despertó, tenía la manta sobre la cara. Al apartarla vio que Alexander fumaba en la penumbra, mirándola. Su cuerpo estaba tenso como un resorte.

—¿Qué pasa? —murmuró Tatiana.

—No quería que te cayera ceniza en el pelo.

—No… Digo si hay algún problema…

—Creo que no lo vamos a conseguir, Tatiana —susurró Alexander, apartando la vista.

Tatiana lo miró un momento y luego cerró los ojos y hundió la cara en su regazo.

—Vive como si tuvieras fe —dijo—, y la fe te será dada.

Alexander no respondió.

Tatiana se quitó las alianzas que llevaba al cuello. Se puso la más pequeña en el anular de la mano derecha, tomó la mano de Alexander (le costó que soltara el arma, aunque fuera por un instante) y le colocó la más grande en el dedo. Él le oprimió la mano y volvió a coger la 1911.

—¿No quieres dormir? Me sentaré.

—No —respondió Alexander—. No puedo dormir.

Tatiana le acarició el brazo.

—¿Hay algo que pueda hacer? —preguntó, dándole un golpecito en el costado.

—No.

—¿No?

Su respuesta la sorprendió.

—No —repitió Alexander, lacónico—. Tenemos demasiadas cosas en contra. No quiero darme por vencido, pero fíjate en lo que ha estado a punto de sucedernos.

Tatiana volvió a quedarse dormida, y Alexander la despertó cuando la luz del amanecer teñía de azul los árboles. Se lavaron los dientes en silencio y recogieron sus cosas. Tatiana se adentró unos metros en la espesura y al regresar vio a Alexander de espaldas.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

Antes de que terminara la frase, Alexander giró en redondo y la apuntó con las dos pistolas. Pasó un segundo antes de que bajara los brazos y retomara sin decir palabra lo que estaba haciendo.

Tatiana se acercó más y vio que él le estaba registrando la mochila.

—¿Qué buscas? —preguntó.

—¿Quedan cigarrillos?

—Claro. Traje seis paquetes.

—Además de ésos —dijo Alexander tras una pausa.

—¿Anoche te fumaste los seis paquetes? —preguntó Tatiana.

Alexander volvió a hurgar en la mochila.

—¿Y el que les quitaste a los soviéticos? —dijo Tatiana.

—¿Qué pasa con él? —dijo Alexander.

Tatiana le arrebató la mochila de las manos. Intentó quitarle las armas del cinto, pero no pudo. Lo abrazó, con las pistolas y las balas interponiéndose entre los dos.

—Shura, mi amor, mi marido… —susurró—. Todo saldrá…

—Vámonos —dijo Alexander, apartándose—. Tenemos que ponernos en marcha.

Siguieron caminando, pero esta vez se dirigieron hacia el sur.

Alexander paraba cada poco para que Tatiana se adaptara a su ritmo. No se detenían a bañarse en los arroyos, no encendían fuego, no les quedaban galletas ni carne enlatada. Recogieron algunas bayas por el camino, unas patatas en otro campo…

Al final del día, Tatiana preguntó si podían encender fuego, ya que después de todo no habían oído ningún ruido sospechoso en toda la jornada, pero Alexander se negó. Tatiana se sorprendió cuando él le dijo que habían recorrido dieciséis kilómetros, porque pensaba que habían avanzado muy lentamente. Tenía la impresión de que Alexander temía acercarse a Berlín, pero no sabía por qué. ¿Qué le asustaba?

—Parece que estamos muy cerca, ¿no crees?

—No. Bueno, sí… estamos a diez kilómetros.

—Podemos llegar mañana.

—No. Creo que será mejor esperar un tiempo en el bosque.

—¿Esperar en el bosque? ¡Has insistido en que siguiéramos caminando sin parar!

—Ahora pararemos.

—Quieres parar, pero no podemos encender fuego ni cocinar. Y tampoco podemos bañarnos, ni dormir, ni nada. ¿Por qué tenemos que esperar en el bosque?

—Nos están buscando. ¿No lo has oído?

—¿Si he oído qué?

—A ellos. A lo lejos, en la linde del bosque, buscándonos desesperadamente por todas partes… ¿No los oyes?

Tatiana no oía nada.

—Aunque fuera así, no pueden registrar todo el norte de Berlín hasta encontrarnos.

—Lo harán. Por eso tenemos que quedarnos aquí.

—Vamos, Alexander —dijo Tatiana, apoyando las manos en su torso—. Seguiremos caminando hasta que no podamos más.

—Si eso es lo que quieres, sigamos —respondió Alexander, apartándose.

A medida que se acercaban a la ciudad, el bosque se fue volviendo menos denso. Cruzaron campos en pendiente y terrenos llanos y separados por hileras de árboles. Avanzaban poco a poco, y una vez se quedaron dos horas agazapados entre la maleza porque Alexander había visto pasar un camión en la lejanía.

No había arroyos y ningún sitio en el que esconderse. Alexander estaba cada vez más nervioso y apuntaba hacia delante con la ametralladora mientras caminaban. Tatiana no sabía qué hacer para ayudarlo. Ya no les quedaba tabaco.

A las nueve de la noche, pararon para que Tatiana descansara un momento.

—¿No te parece que el campo está muy silencioso?

—No —respondió Alexander—. Está cualquier cosa menos silencioso. A lo lejos, más allá de las tierras de labor, todo el tiempo oigo camiones y voces y ladridos.

—Yo no los oigo —dijo Tatiana.

—¿Y por qué ibas a oírlos?

—¿Y por qué los oyes tú?

—Porque yo tengo esa capacidad. Vamos, ¿estás lista?

—No. Quiero que señales en el mapa dónde estamos.

Alexander suspiró y sacó el mapa topográfico, en el que estaban marcados los desniveles. Tatiana siguió con la mirada el recorrido de su dedo.

—¡Qué bien, Shura! Cerca de aquí hay una colina de sólo seiscientos metros. Seiscientos metros de subida y seiscientos de bajada, y estaremos a unos pocos kilómetros de Berlín. Podemos llegar al sector norteamericano mañana al mediodía.

Alexander la miró y, sin decir nada, guardó el mapa y echó a andar otra vez.

Había luna y podían avanzar sin necesidad de la linterna. Cuando llegaron a la cima de la colina, Tatiana pensó que podía ver Berlín en la lejanía.

—Vamos —dijo—. Podemos bajar corriendo los seiscientos metros que faltan para llegar al pie.

Alexander se sentó pesadamente en el suelo.

—Veo que no estuviste atenta durante el cerco de Leningrado. ¿No oíste hablar de Pulkovo y de Siniavino? Nos quedaremos aquí arriba porque la altura es nuestra única ventaja; además, quizá, del elemento sorpresa. Si bajamos, más vale que los estemos esperando con las manos en alto.

Tatiana recordó la actuación de los alemanes en Pulkovo y en Siniavino. Sin embargo, no podía evitar sentirse expuesta en la cima de la colina, donde sólo crecían un árbol y unos cuantos arbustos. Pero Alexander había dicho que se quedarían allí, y allí se quedarían.

Esta vez, Alexander no montó el toldo y ordenó a Tatiana que no sacara nada de la mochila, sólo la manta si tenía frío, para que pudieran huir en cualquier momento.

—¿Huir? Pero mira qué tranquilo está esto, Shura.

Alexander ya no la escuchaba. Se había alejado unos pasos y estaba agachado, escarbando el suelo. Tatiana apenas podía distinguir su silueta.

—¿Qué haces? —le preguntó Tatiana, acercándose.

—Cavar, ¿no lo ves?

—¿Qué estás cavando? —preguntó Tatiana en voz baja—. ¿Una tumba?

—No, una trinchera —respondió Alexander, sin levantar la vista.

Tatiana no entendía nada. Pensó que la falta de tabaco y la tensión habían sumido a Alexander en un estado de locura transitorio (ojalá fuera transitorio). Quiso decirle que se estaba poniendo paranoico, pero pensó que no serviría de nada y prefirió agacharse a su lado y ayudarlo a escarbar la tierra con el cuchillo y después directamente con las manos, hasta abrir una zanja lo suficientemente grande para que

Alexander se tumbara dentro.

Terminaron de cavar la trinchera a las dos de la mañana y se sentaron debajo del único árbol que crecía en la colina, un tilo. Tatiana reclinó la cabeza en el regazo de Alexander, que se había sentado con la espalda apoyada en el tronco, sin tumbarse ni soltar la ametralladora. Al cabo de un rato, el arma se le resbaló de las manos; Tatiana se incorporó asustada, y Alexander se levantó de un salto y la obligó a tumbarse otra vez en el suelo.

Volvieron a sentarse y Tatiana trató de dormir, pero sentir el cuerpo tenso de Alexander junto a ella le impedía conciliar el sueño.

—No tenías que haber venido en mi busca —le oyó decir—. Tendrías que haberme dejado en el campo. Habías rehecho tu vida: cuidabas de tu hijo, trabajabas, tenías amigos, Nueva York, la novedad. Lo nuestro había terminado, y así debimos dejarlo.

«Pero ¿qué dices?», quiso preguntar Tatiana. Alexander no podía estar hablando en serio, a pesar de la solemnidad de su voz.

—Si querías que las cosas quedaran como estaban, ¿por qué quisiste que me obsesionara con Orbeli? —preguntó—. ¿Por qué me dejaste vislumbrar un atisbo de tu vida arruinada?

—No nombré a Orbeli para que te obsesionases —repuso Alexander—. Lo nombré para que tuvieras fe.

—¡No!

Tatiana se levantó de un salto y se alejó unos pasos.

—Baja la voz —dijo Alexander, sin levantarse.

—¡Lo nombraste para condenarme! —dijo Tatiana, bajando la voz—. A partir de ahí empezó el diluvio…

—¡Ah, claro! ¡En eso pensaba en los últimos momentos! ¿Qué puedo hacer para convertir la vida de mi mujer en una pesadilla?

Alexander retorció la bota contra el suelo.

—¡Lo nombraste para atormentarme! —exclamó Tatiana.

—¡Te he dicho que bajes la voz!

—Si realmente querías convencerme de que habías muerto, no habrías dicho nada. Si querías eso, no habrías pedido a Sayers que metiera la maldita medalla en la mochila. Sabías, ¡lo sabías!, que si tenía una mínima clave, una sola palabra, que pudiera hacerme pensar que estabas vivo, sería incapaz de rehacer mi vida. Y esa palabra era «Orbeli».

—Querías una palabra, y la tuviste. No puedes salirte siempre con la tuya, Tatiana.

—Se supone que íbamos a ser siempre sinceros, y tú terminaste tu vida con la mayor mentira que se pueda imaginar. Conseguiste que me torturase todos los días. Quedé atrapada entre tu vida y tu muerte, sin poder escapar… Y lo sabías.

Por un momento dejaron de discutir. Tatiana intentó controlar el temblor de su

cuerpo.

—El jinete me ha perseguido todos los días y todas las noches de mi vida, ¿y ahora me dices que no tenía que venir en tu busca?

Lo agarró y empezó a zarandearlo. Alexander no protestó ni se defendió, dejó que lo golpeara y al cabo de un momento la apartó con delicadeza.

—Quítame la ropa —dijo Alexander—. Acércate, túmbate desnuda a mi lado y arráncame la carne con los dientes, como en tu sueño. Y cuando termines de desollarme, devórame hasta que no quede nada de mí.

—¡Por Dios, Alexander!

Tatiana se sintió como si fuera a hundirse en la tierra.

Estaban sentados bajo el tilo en la noche de junio, dándose la espalda. Tatiana se tapó la cara con las manos y se tumbó en el suelo. Él siguió sentado, con todas las armas extendidas a su alrededor.

Al cabo de unas horas, se oyó su voz.

—Tatiana —dijo, casi inaudiblemente.

No tuvo que decir nada más, porque ella también los había oído. Se estaban acercando, y esta vez los motores y los gritos y los ladridos de los perros no sonaban en la lejanía. Esta vez, los insistentes ladridos de los perros estaban al pie de la ladera.

Tatiana iba a levantarse de un salto, pero la mano de Alexander la contuvo. No dijo nada, sólo la contuvo.

—¿Qué haces? —susurró Tatiana—. ¿Por qué te quedas sentado? ¡Corramos! ¡En un minuto podemos estar al pie de la colina!

—Si bajamos, ellos sólo tardarán un minuto en subir aquí y dispararnos desde lo alto. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—¡Levántate! ¡Corramos!

—¿Adónde quieres ir? Alrededor todo son colinas y campos de labor. ¿Crees que correremos más que los pastores alemanes?

Alexander la mantuvo sujeta contra el suelo, mientras su respiración se serenaba.

—¿Nos olerán los perros?

—Sí, estemos donde estemos.

Tatiana miró hacia el pie de la colina. No los vio, pero oyó los frenéticos ladridos de los perros y los gritos de los hombres que los sujetaban. Sabía que los animales ladraban porque estaban muy cerca de sus presas.

—Métete en la trinchera, Shura —dijo—. Yo me subiré al árbol.

—Átate a las ramas. Lanzarán bombas de humo y no tendrás fuerza para sujetarte.

—Métete en la trinchera y dame los prismáticos para que pueda decirte cuántos hay.

Alexander la soltó y los dos se pusieron de pie.

—Dame también la P-38. —Tatiana hizo una pausa—. Tendremos que matar a los perros. Sin su ayuda, no sabrán dónde estamos.

Alexander sonrió.

—¿No crees que ver unos perros abatidos a sus pies les dará una pista?

Tatiana no sonrió.

—Y dame las granadas. Intentaré lanzárselas.

—Las lanzaré yo. No quiero que quites la espoleta demasiado pronto. Cuando dispares, ten en cuenta el retroceso. En la P-38 no es muy fuerte, pero notarás la sacudida. Y aunque te quede un cartucho en el peine, si tienes un momento, para y recárgala. Es mejor tener ocho balas que una.

Tatiana asintió.

—No dejes que se acerquen al árbol. Cuanto más lejos estén, más fácil es que yerren.

Alexander le pasó la pistola, la cuerda y una bolsa de tela que contenía varios peines de 9 milímetros.

—¡Sube al árbol! —le ordenó, empujándola—. Y no bajes si no es imprescindible.

—No digas tonterías —dijo Tatiana—. Bajaré si me necesitas.

—No —protestó Alexander—. Bajarás cuando yo te lo diga. No puedo perder tiempo preguntándome dónde estás y qué haces.

—Shura…

Alexander la miró desde arriba, dominándola con su estatura.

—Bajarás cuando yo te lo diga, ¿me has entendido?

—Sí —contestó Tatiana.

Encajó las armas en la cinturilla de los pantalones y alzó los brazos, pero la primera rama quedaba demasiado arriba. Alexander la aupó hasta que se aferró a ella y siguió trepando. Alexander entró en la trinchera y alineó a su lado las pistolas y los cargadores, colocó la metralleta cargada sobre el soporte y se enrolló el cinto de balas en el torso. Tenía la Shpagin junto a él, con ciento cincuenta cartuchos en el cinto.

Tatiana trepó lo más arriba que pudo. Como el abundante follaje del tilo le tapaba la visión, rompió unas ramitas tiernas y se sentó en una de las más gruesas, junto al tronco. Alcanzaba a ver toda la ladera, iluminada por la tenue luz del alba. Los soldados parecían pequeños y lejanos. Estaban muy dispersos, con varios metros de separación entre unos y otros, esparcidos como un borrón de tinta.

—¿Cuántos son? —gritó Alexander.

Tatiana los observó con los prismáticos.

—Unos veinte.

Los latidos de su corazón eran tan fuertes que pensó que se le rompería el esternón. «Veinte como mínimo», quiso añadir, pero no pudo. No distinguía a los perros, pero sí a los hombres que los sujetaban, porque corrían más deprisa que los demás y con movimientos más espasmódicos, como si los animales tironearan de las correas.

—¿A qué distancia?

Tatiana no podía decírselo con seguridad. Estaban bastante abajo, ya que las

siluetas se veían muy pequeñas. Pensó que Alexander sabría calcular la distancia, pero no podía hacer dos cosas a la vez: ubicarlos y matarlos. La mira del Python era muy precisa. ¿Alcanzaría para ver a los perros?

—¿Ves los perros, Shura?

Tatiana esperó su respuesta. Lo vio mover el Python y apuntar hacia abajo, sonaron dos disparos y los ladridos cesaron.

—Sí —dijo Alexander.

Tatiana volvió a coger los prismáticos. El grupo de soldados se estaba dispersando en medio de un obvio desconcierto.

—¡Vienen!

No era necesario el aviso, porque Alexander se levantó de un salto y abrió fuego con la ametralladora. Durante varios segundos, Tatiana no oyó más que las explosiones de las balas. Cuando cesaron los disparos se oyó un sonido sibilante, y cien metros más abajo de donde se encontraban impactó una granada. La siguiente estalló a cincuenta metros. La siguiente, a veinticinco.

—¿Dónde están, Tania? —gritó Alexander, aún con la culata de la ametralladora apoyada contra el hombro.

Tatiana volvió a usar los prismáticos. Sus ojos empezaban a gastarle malas pasadas. Tenía la impresión de que los soldados se arrastraban por el suelo con sus uniformes oscuros, acercándose a ellos. ¿Se arrastraban o se convulsionaban?

Unos cuantos se pusieron de pie.

—Hay dos a la una en punto, y tres a las once en punto —gritó Tatiana.

Alexander volvió a abrir fuego, pero de repente se paró y soltó la ametralladora. ¿Qué pasaba? Cuando lo vio coger la Shpagin, Tatiana entendió que se había quedado sin munición. Pero a la Shpagin sólo le quedaba medio tambor, unos treinta y cinco cartuchos, que se agotaron en un minuto. Alexander cogió las dos Colt, disparó ocho veces, paró dos segundos, disparó otras ocho veces, paró otros dos segundos. «El ritmo de la guerra», pensó Tatiana, deseando poder cerrar los ojos. De repente, en la posición de las once no había tres soldados sino cinco, y en la de la una, cuatro. Alexander seguía agazapado y sólo dejaba de disparar en las pausas de dos segundos que empleaba para recargar las armas.

Desde abajo los atacaron con fuego racheado. Disparaban al azar, pero las balas se acercaban cada vez más. Tatiana volvió a usar los prismáticos y vio que las ametralladoras producían un destello que permitía localizarlos. Alexander también podría verlos desde donde estaba. Súbitamente, Tatiana pensó que a él también podrían localizarlo por el destello de las pistolas y le gritó que se agachara. Alexander volvió a tumbarse boca abajo en la trinchera.

Uno de los soldados había empezado a ascender por la ladera y estaba a sólo cien metros, delante del árbol.

Tatiana lo vio lanzar un objeto que dibujó una trayectoria sibilante en el aire y aterrizó muy cerca de Alexander, prendiendo fuego a los matorrales. Alexander cogió

dos granadas, arrancó las espoletas y las arrojó a ciegas porque desde el interior de la trinchera no podía ver dónde se encontraban sus perseguidores.

Pero Tatiana sí que podía verlos. Amartilló la P-38, apuntó a la silueta que había aparecido frente al árbol y disparó sin pensarlo dos veces. El retroceso le golpeó violentamente el hombro, pero lo peor fue el estallido, que la dejó sorda. Delante de la trinchera, la hierba y los arbustos ardían en llamas.

«¿Alexander?», creyó susurrar, pero no oyó ninguno de los sonidos que salían de su boca. Cogió otra vez los prismáticos para observar el pie de la montaña. Ahora había más luz, y las siluetas dispersas en el suelo parecían inmóviles. Tatiana disparó una y otra vez. No estallaron más proyectiles de mortero, pero hubo ráfagas esporádicas de ametralladora dirigidas contra la trinchera. Tatiana vio a los tiradores agazapados entre los arbustos, en medio de la ladera. Como no podía hablar con Alexander ni oír sus respuestas, volvió a apuntarlos con la pistola, sin saber si las balas podían llegar a una distancia de doscientos metros, y disparó. Hubiera querido oír los estallidos, pero estaba totalmente sorda. Recargó la pistola seis veces más.

Alexander no había dejado de disparar. Quizá habían sido sus proyectiles los que habían incendiado los matorrales. Tatiana ya no estaba segura de nada. Apuntó hacia la ladera de la colina, cerró los ojos y siguió disparando, recargando el arma y volviendo a disparar hasta que se quedó sin balas.

De pronto, todo estaba en silencio. O quizá no.

Tatiana abrió los ojos.

—¡A tu espalda! —gritó, y Alexander salió de la trinchera justo cuando uno de los soldados iba a dispararle.

Alexander le quitó el fusil de una patada, le asestó otra patada en las piernas, se abalanzó sobre él y los dos rodaron por el suelo. El soldado sacó un cuchillo de una de sus botas. Tatiana se olvidó de toda precaución y estuvo a punto de caerse del árbol. Se desprendió de la cuerda que la sujetaba, bajó a toda prisa y echó a correr hacia los dos hombres. «¡Parad!», gritaba mientras amartillaba la pistola sabiendo que no quedaban balas. «¡Parad!», pero seguía sorda y no sabía si la oían. El soldado intentaba clavar el cuchillo a Alexander, que lo tenía agarrado por la muñeca.

Tatiana corrió hacia ellos y golpeó al soldado en el cuello con la pistola descargada. El hombre dio un respingo, pero siguió aferrando el mango del cuchillo. Alexander no le soltó la muñeca y evitó por muy poco que le clavara el cuchillo en el estómago. Gritando, Tatiana volvió a atacar al soldado, pero como no tenía fuerza estuvo golpeándolo una y otra vez hasta que Alexander lo agarró por el cuello y se lo retorció. Lo soltó cuando dejó de patalear y el soldado se desplomó a sus pies, magullado y cubierto de sangre. Alexander intentó decir algo a Tatiana, y al ver que no lo oía, le indicó por señas que se apartara. Cuando Tatiana soltó el arma y se retiró unos pasos, Alexander cogió la pistola, apuntó al soldado y apretó el gatillo, pero no se oyó ningún sonido.

«Está descargada», quiso decir Tatiana, pero él ya lo sabía. Alexander cogió el

Python, que aún tenía balas en la recámara, y apuntó al soldado pero no disparó; tenía el cuello roto. Alexander soltó el arma, se acercó a Tatiana y la abrazó para tranquilizarla.

Los dos jadeaban. Alexander estaba cubierto de cenizas y tenía sangre en el brazo, la cabeza, el pecho y el hombro.

—¿Qué? —preguntó Tatiana, viendo que él le hablaba.

—Buen trabajo, Tania —le dijo Alexander al oído—. Pero pensaba que había quedado claro: no tenías que moverte si yo no te lo ordenaba.

Tatiana lo miró a los ojos, sin saber si estaba hablando en broma o en serio. No quedaba muy claro.

—Tenemos que irnos —dijo Alexander, oprimiéndole la mano—. Sólo nos quedan cartuchos de revólver.

—¿Has acabado con todos? —dijo Tatiana.

—No grites. Creo que no, y en cualquier caso, vendrán cien más y traerán bombas más potentes. Vámonos corriendo.

—Espera, estás herido…

Alexander le tapó la boca con la mano.

—No grites —le dijo—. Tardarás un poco en recuperar el oído, así que no digas nada y sígueme.

Tatiana le señaló la sangre del pecho. Alexander se encogió de hombros y dejó que Tatiana le arrancara la manga de la camisa. Un proyectil le había rozado el hombro; Tatiana retiró los trocitos de metralla, uno de los cuales se le había clavado en el deltoides. «¿Lo ves, Shura?», pensó que decía.

—Cógelo con los dedos y arráncalo —le dijo Alexander al oído.

Tatiana tiró del metal con los dedos, y estuvo a punto de desmayarse al pensar en el dolor que debía de estar sintiendo él. Alexander hizo una mueca pero no se movió. Tatiana le puso antiséptico en las heridas y se las vendó. Tardó dos minutos.

—¿Qué tienes en la cara? La herida de la sien se había vuelto a abrir.

—No nos entretengamos más —dijo Alexander—. No es nada, ya lo miraremos luego. Vámonos ya.

Tatiana tenía sangre de Alexander en la cara, pero no se limpió.

Alexander dejó la ametralladora descargada y cogió las pistolas, la metralleta y la mochila. Tatiana agarró el maletín de enfermera, y los dos corrieron pendiente abajo, tan deprisa como pudieron.

✶

Durante las dos o tres horas siguientes, avanzaron junto a los muros o las hileras de árboles que servían de separación entre los campos, hasta que el paisaje pasó de agrícola a residencial, empezaron a verse calles y se toparon con un gran letrero en el lateral de un edificio de tres pisos: «Está usted entrando en el sector británico de

Berlín».

Tatiana ya no estaba sorda. Se aferró al brazo sano de Alexander y le dijo con una sonrisa:

—Ya casi estamos. No hubo respuesta.

Al cabo de unos metros, Tatiana comprendió por qué. Berlín no estaba desierto; las calles estaban llenas de camiones y *jeeps*, y no todos pertenecían al ejército británico. Cuando vieron que un camión con la hoz y el martillo pasaba a toda velocidad tocando la bocina, Alexander agarró a Tatiana y la hizo entrar precipitadamente en un portal.

—¿A qué distancia está el sector norteamericano? —le preguntó.

—No lo sé. Pero aquí tengo un plano de Berlín.

Resultó que estaba a cinco kilómetros. Tardaron todo el día en llegar. Corrían de un edificio a otro, y se detenían a esperar en portales, pasajes o patios.

Cuando accedieron al sector norteamericano, eran las cuatro de la tarde.

Llegaron frente a la embajada estadounidense a las cuatro y media, pero no se atrevieron a cruzar la avenida Clayallee porque había una hilera de *jeeps* con la hoz y el martillo aparcados frente a la entrada.

Esta vez fue Tatiana la que arrastró a Alexander al interior de un portal. Se sentaron en el hueco de la escalera, respirando aceleradamente.

—Puede que no hayan venido por nosotros —opinó Tatiana, tratando de imprimir esperanza a su voz—. A lo mejor siempre suelen estar por aquí.

—¡Ya! ¿No crees que les habrán ordenado esperar a que aparezcan un hombre y una mujer de nuestras características?

—No, no lo creo —dijo Tatiana, dubitativa.

—Entonces vamos. —Alexander hizo ademán de levantarse, pero ella lo detuvo —. ¿Qué quieres hacer, Tatiana?

—Soy ciudadana estadounidense y tengo derecho a pedir ayuda a la embajada —respondió ella tras pensarlo un momento.

—Sí, pero te detendrán antes de que puedas ejercer ese derecho.

—Pues habrá que hacer algo.

Alexander guardó silencio mientras Tatiana seguía pensando qué hacer. Pensó que él ya no se veía tan tenso, como si su cuerpo se hubiera relajado con la pelea.

—Anímate, anda —le dijo, acariciándole la cara—. La batalla no ha terminado aún, soldado. Vamos.

—¿Adónde?

—A hablar con el gobernador militar. Su residencia no está lejos de aquí.

Cuando llegaron a las dependencias de la comandancia estadounidense, Tatiana se escondió en un edificio del otro lado del paseo, se quitó las prendas verde oliva, se puso el ajado uniforme de enfermera e hizo una seña a Alexander para que la siguiera hasta la puerta, protegida por vigilantes armados. Eran las cinco de la tarde y en las inmediaciones no se veía ningún vehículo soviético.

—Te esperaré aquí. Ve tú sola y ven después a buscarme —propuso Alexander.

—No pienso abandonarte aquí, Alexander —dijo Tatiana, tendiéndole la mano—. Vamos. Suelta las armas.

—No cruzaré la calle desarmado.

—¡No hay nadie! Además, no te dejarán entrar con armas en la residencia del gobernador.

Terminaron abandonando la ametralladora porque era demasiado voluminosa y se acercaron a la verja con las pistolas escondidas en la mochila. Tatiana, sin soltar la mano de Alexander, anunció al centinela que quería hablar con el gobernador Mark Bishop.

—Me llamo Jane Barrington —dijo.

Alexander le lanzó una mirada.

—¿No eres Tatiana Barrington?

—En los documentos de la Cruz Roja usé el nombre de Jane —explicó Tatiana—. Y Tatiana suena tan ruso…

Se miraron a los ojos durante un instante.

—Es que lo es —repuso Alexander, en voz baja.

Cuando salió a recibirlos, Mark Bishop lanzó una mirada a Tatiana y otra a Alexander.

—Pasen —les dijo, pero antes de que tuvieran tiempo de entrar, añadió—: Menudo jaleo ha armado, enfermera Barrington.

—Gobernador, le presento a mi marido, Alexander Barrington —dijo Tatiana en inglés.

—Sí —fue todo lo que respondió Bishop. Después de una pausa, preguntó—: ¿Está herido?

—Sí.

—¿Y usted?

—No. Gobernador, por favor, ¿podría pedir a alguno de sus ayudantes que nos acompañen a la embajada? Tengo que hablar con el cónsul John Ravenstock. Nos está esperando.

—Ah, ¿los está esperando?

—Así es.

—¿A su marido también?

—Sí. Mi marido tiene la nacionalidad estadounidense.

—Ah, ¿sí? ¿Y dónde están sus papeles?

—Se lo ruego, gobernador —insistió Tatiana, sosteniendo la mirada de Bishop—, deje que el consulado se ocupe del asunto. No hace falta que se involucre usted también. Agradecería mucho que alguien nos llevara en coche.

Bishop llamó a dos soldados.

—¿Quiere un *jeep*, señora Barrington, o prefiere…?

—Sería preferible un camión blindado, gobernador.

—Por supuesto.

Tatiana preguntó si el doctor Flanagan y la enfermera Davenport habían llegado al sector norteamericano.

—No fue fácil, pero pudimos repatriarlos hace dos días. No hace falta decir que no están muy contentos con usted.

—Lo comprendo, y lo lamento. Me alegro de que estén sanos y salvos.

—No me lo diga a mí, señora Barrington. Es a ellos a quienes debe pedir disculpas.

✶

Los dos soldados los acompañaron hasta la embajada. Tatiana y Alexander viajaron sentados en el suelo de la trasera, muy cerca uno del otro, sin hablar. Tatiana intentó limpiarle la sangre seca de la sien, pero Alexander le apartó la mano.

Cuando se abrieron las puertas del camión, ya estaban en territorio estadounidense.

—Todo irá bien, Shura —susurró Tatiana antes de bajar—. Ya lo verás.

Pero cuando John Ravenstock, vestido de esmoquin, salió del edificio de la embajada y apareció en el patio donde Alexander y Tatiana lo estaban esperando, no se mostró ni amistoso ni sonriente. O bien era un hombre habitualmente circunspecto, o bien no quería hacer ni un solo gesto que pudiera interpretarse como cordial.

—Señor Ravenstock: Sam Gulotta, en Washington, nos dijo que podíamos dirigirnos a usted.

—Sí, en los últimos tres días he tenido que oír explicaciones de todo el mundo, incluido su amigo Sam Gulotta. —Suspiró—. Acompáñeme, señora Barrington. Su esposo puede esperar aquí. ¿Necesitará que lo vea un médico?

—Luego —dijo Tatiana. Oprimió la mano de Alexander y añadió—: Pero tiene que entrar con nosotros. Puede esperar fuera del despacho si quiere que usted y yo hablemos en privado, pero tiene que entrar en la embajada. O podemos hablar aquí mismo, delante de él.

Ravenstock negó con la cabeza.

—Son las seis, y mi jornada de trabajo terminó a las cuatro —observó—. Mi mujer me está esperando para ir a una recepción.

—Mi marido también está esperando —dijo Tatiana en voz baja.

—Sí, sí, su marido, ya sé… En todo caso, estamos fuera del horario de trabajo. Entren, pero le advierto que ahora mismo no podré encargarme del asunto. Voy a llegar con un retraso inexcusable…

Atravesaron las puertas de la embajada y subieron la escalinata que llevaba al piso superior, donde estaba el lujoso despacho de Ravenstock. El cónsul llamó a un ujier para que vigilara a Alexander en la sala de espera e hizo un gesto para que Tatiana entrara. Tatiana se volvió un momento hacia Alexander, reacia a dejarlo solo,

pero por lo menos estaban dentro de la embajada norteamericana, lo cual era mucho mejor que quedarse dentro de un edificio abandonado en el sector soviético. Alexander había sacado el mechero y estaba pidiendo un cigarrillo al ujier.

—No le digo que se siente porque no tenemos tiempo —dijo Ravenstock mientras cerraba la puerta del despacho.

Era un hombre de unos cincuenta años, alto y canoso, que lucía un poblado bigote gris y unas cejas grises muy crecidas.

Tatiana no se sentó.

—¡No sé si se da cuenta de la cantidad de problemas que ha ocasionado! —exclamó Ravenstock, nervioso—. Está usted en Berlín en virtud de un privilegio excepcional. Y abusar de los derechos que le confiere el uniforme de la Cruz Roja para provocar a nuestros antiguos aliados es una completa locura. Por desgracia, no tengo tiempo de discutir la cuestión.

—Creo que la oficina consular le autorizará a emitir un pasaporte a nombre de mi marido…

—¡Un pasaporte! ¡Por Dios! Sí, Sam Gulotta ya me lo ha comentado. Olvídese de pasaportes. Tenemos un problema más serio entre manos. ¿Se da cuenta de lo complicada que es la situación?

—Sí, me doy cuenta…

—Yo creo que no. El comandante de la guarnición soviética en Berlín, la administración del ejército soviético en Alemania, el Ministerio de Seguridad de la URSS… ¡todos están desbordados!

—¿El comandante de la guarnición soviética? —preguntó Tatiana, sorprendida—. ¿El general Stepanov también se ha quejado?

—Él no, porque fue destituido hace dos días. Pero sí su sustituto, un militar apellidado Rimakov o algo por el estilo.

Tatiana palideció al oírlo.

—¡Y todos quieren su pellejo! —Hizo una pausa—. ¡El de usted y el de su marido! Al parecer, su marido ha infligido todas y cada una de las reglamentaciones militares. Nos han asegurado que es ciudadano soviético y exoficial del Ejército Rojo. Al principio lo acusaron de traición, espionaje, deserción y actividades antisoviéticas, y cuando les dijimos que no estaba en nuestro poder, respondieron que era un espía norteamericano. Les pedimos que tenían que decidirse por una de las dos acusaciones, pero se mantuvieron en sus trece y la acusaron a usted también. Aseguran que está en la lista de enemigos clase uno desde 1943, y que no sólo huyó de Rusia, sino que desertó de sus funciones como enfermera del Ejército Rojo y mató a cinco vigilantes fronterizos, entre ellos un teniente condecorado. Ah, también me han dicho que su hermano… —Ravenstock se rascó la cabeza y siguió—: No recuerdo qué palabra usaron, pero venía a significar «traidor de la peor calaña». Eso sí: al parecer no era espía.

—Mi hermano está muerto —dijo Tatiana.

—En resumen, enfermera Barrington: quieren que los extraditemos a los dos al sector soviético. Por eso le digo que no sabe lo que dice cuando me pide un pasaporte. En fin, ya son las seis y media y no tengo más remedio que irme.

Tatiana se sentó en la butaca, frente al escritorio.

—¡Le ruego que no se siente!

—Señor Ravenstock —empezó Tatiana—: tenemos a nuestro hijo en Estados Unidos. En estos momentos, yo soy ciudadana norteamericana. Y mi marido todavía es estadounidense, porque se trasladó a Rusia siendo menor de edad y no pudo impedir que lo alistaran en el ejército para cumplir el servicio militar obligatorio, al igual que no pudo impedir que el NKVD ejecutara a sus padres. ¿Quiere que le recuerde lo que dice la ley sobre el cambio de nacionalidad?

—No, gracias. Conozco la ley de memoria.

—Mi esposo es ciudadano norteamericano, y lo único que quiere es regresar a su país.

—Lo entiendo, pero usted debe entender que su marido ha sido sentenciado a veinticinco años de cárcel en virtud de la legislación soviética contra la deserción, la traición y no sé cuántas cosas más. Y para complicar más las cosas, no sólo es prófugo de la justicia, lo cual ya es un delito en sí mismo, y no sólo lo ha ayudado usted a escapar, lo cual la convierte en cómplice, ¡sino que entre los dos se han cargado a cuarenta soldados soviéticos! ¡No le extrañe que quieran su pellejo! —El cónsul lanzó una mirada al reloj y se desanudó nerviosamente la corbata—. Esto no puede ser… ¡Por su culpa voy a llegar a una hora completamente inexcusable!

—Señor —insistió Tatiana—. Estamos en una situación desesperada, necesitamos su ayuda.

—Sí claro. Pero debería haber pensado en lo que hacía antes de embarcarse en un proyecto tan insensato.

—Vine a Europa en busca de mi marido. Él nunca quiso ser soviético. No es como yo, que nací y me eduqué en la URSS. —Tatiana trago saliva y añadió—: En fin, da igual. La cuestión no soy yo sino mi marido. Si habla con él, verá que luchó lealmente en el bando aliado, fue un excelente militar y se merece regresar a su tierra natal. El ejército estadounidense podrá sentirse orgulloso de contar con un hombre como mi marido. —Tatiana hablaba sin que le temblara la voz—. Es cierto que yo huí de la URSS, pero no maté a nadie en la frontera con Finlandia. Supongo que tiene todo el derecho a extraditarme. Y aceptaré volver a la Unión Soviética, siempre que mi esposo pueda regresar al país al que pertenece.

Antes de terminar de hablar, Tatiana se dio cuenta de lo absurda que era la propuesta, como si Alexander hubiera podido tolerar una situación en la que ella era entregada a los soviéticos mientras él volvía tranquilamente a su tierra. Bajó la cabeza, pero volvió a alzar los ojos enseguida para que Ravenstock no advirtiera el farol.

Ravenstock, sentado en el borde de la mesa, la miraba fijamente. Durante un

momento estuvo tranquilo, hasta que recordó, que llegaba tarde a algún sitio y volvió a toquetear nerviosamente la corbata.

—No nos corresponde a nosotros juzgar a nuestros aliados. —Calló un momento y añadió—: Es cierto que el comportamiento de los soviéticos en la Europa ocupada está siendo brutal, se obstinan en no hacer ninguna concesión y tratan muy mal a los prisioneros de los ejércitos aliados; ahora bien, ustedes han infligido un gran número de leyes vigentes en la URSS.

—¿A los prisioneros aliados, dice? Sólo tiene que darse un paseo por el campo especial número siete para ver que no sólo maltratan a los alemanes sino también a sus propios ciudadanos.

Ravenstock tamborileó nerviosamente con los dedos en el reloj.

—Enfermera Barrington, me encantaría seguir conversando con usted sobre los méritos y deméritos de la Unión Soviética, pero por su culpa voy a llegar tardísimo a la recepción. Me ocupare del asunto, pero tendrá que esperar a mañana.

—Por favor, telegrafíe a Sam Gulotta —dijo Tatiana—. Él puede proporcionarle la información que necesite sobre Alexander Barrington.

Ravenstock alzó una gruesa carpeta que había sobre el escritorio.

—Aquí tengo copia de toda la información. Mañana por la mañana, a las ocho en punto, tendremos una entrevista con su marido.

—¿Quién lo entrevistará? —preguntó Tatiana.

—El embajador, el gobernador militar y los generales de las tres fuerzas presentes en Berlín, además de yo mismo. Cuando lo hayamos interrogado, tomaremos una decisión. Pero tenga en cuenta que las fuerzas armadas son muy estrictas con estos temas, tanto si implican a sus propios soldados como a los de otro país. La deserción y la traición son delitos muy graves.

—¿Y qué pasa conmigo? ¿Me van a interrogar también?

Ravenstock se frotó el puente de la nariz y negó con la cabeza.

—Creo que no será necesario, enfermera Barrington. Por favor, ¿puede salir ya de mi despacho para atender a su marido?

Cuando salieron se encontraron con Alexander sentado en la salita, fumando un cigarrillo.

—Mañana lo interrogarán —dijo Ravenstock, en inglés—. Por cierto, ¿cuál es su categoría actual?

—Capitán —contestó Alexander, también en inglés.

—Usted dice que capitán, ellos dicen que comandante, su mujer dice que lo dejaron sin empleo… —recapituló Ravenstock, meneando la cabeza con incredulidad —. No entiendo nada. Lo espero mañana a las ocho, capitán Belov —añadió, mirándolo de arriba abajo—. Si quieren pueden comer en la cafetería de la embajada, o si lo prefieren, les enviarán algo a la habitación.

—Preferimos la habitación —dijo Alexander.

—Perfecto. —Ravenstock lanzó una mirada a su ropa, desgarrada y sucia de

barro y sangre—. ¿No tiene otra cosa que ponerse?

—No.

—Mañana a las siete, la doncella le dejará un uniforme de capitán. Por favor, esté listo para acudir a la sala de reuniones a las siete y cuarto.

—Así lo haré.

—¿Seguro que no quiere que llamemos a un médico para que le examine las heridas?

—Gracias, ya tengo a alguien que se ocupará de mí.

Ravenstock asintió.

—Los veré mañana. Ujier, acompáñelos al quinto piso. Avise al ama de llaves para que les preparen un dormitorio y algo de cenar. Deben de estar muertos de hambre.

✶

La habitación era amplia y de techos altos, con tres ventanales, suelo de madera y grandes alfombras. Un adorno de molduras recorría todo el perímetro de las paredes. Estaba equipada con unas butacas muy cómodas, una mesa e incluso un baño privado. Alexander dejó las mochilas en el suelo y se sentó en un sillón de brazos. Tatiana dio unas vueltas por la habitación, admirando los cuadros, las molduras y las alfombras, mirándolo todo para no tener que mirar a Alexander.

—¿Están muy nerviosos los soviéticos? —preguntó él, a su espalda.

—Ya te puedes imaginar —dijo Tatiana, sin volverse.

—Sí, me lo imagino.

—Han sustituido a Stepanov —explicó Tatiana, volviéndose.

Las manos de Alexander se crisparon levemente.

—En febrero, cuando vino a verme, me dijo que le extrañaba durar tanto tiempo en el puesto. Después de la guerra, las cosas se han puesto difíciles para los generales veteranos. Hay demasiadas campañas fallidas, demasiadas bajas, demasiados fracasos de los que acusarlos.

—¿Y cómo supo que tú estabas en el campo?

—Vio mi nombre en las listas de prisioneros especiales.

—A mí no me dejaron consultarlas.

—Tú no eres el jefe de la guarnición soviética en Berlín.

Tatiana apoyó los codos en la repisa de la ventana y hundió la cara entre las manos.

—¿Qué está pasando? Pensaba que habíamos superado lo más difícil, y ahora me parece que lo más difícil está por venir.

—¿Pensabas que a partir de ahora sería fácil? —preguntó Alexander—. ¿Ha habido algo en nuestra vida que lo haya sido? ¿Pensabas que al pisar suelo estadounidense estarían esperándonos con una fiesta?

—No, pero creía que después de explicárselo a Ravenstock…

—Quizá Ravenstock no conoce tus mágicos poderes de persuasión, Tatiana —ironizó Alexander—. Es diplomático. Cumple órdenes y tiene que facilitar las relaciones entre los dos países.

—Sam dijo que podía pedirle ayuda. No me lo habría dicho si…

—Sam, Sam… ¿Quién demonios es Sam, y por qué piensas que el NKGB iba a hacerle caso?

—¡Lo sabía! —exclamó Tatiana, estrujándose las manos—. No deberíamos haber venido. Tendríamos que haber huido por el norte, donde no nos estarían esperando. Podríamos haber subido a un carguero y pedir asilo en Suecia.

—Es la primera vez que oigo este plan, Tania.

—No tuvimos tiempo de pensarlo. ¡Berlín, Berlín…! ¿Te habría traído aquí si hubiera pensado sólo por un momento que no encontraríamos ayuda?

Oyeron unos golpes en la puerta y se miraron sin saber qué hacer. Alexander se levantó para abrir, pero Tatiana señaló el cuarto de baño.

—Métete ahí por si acaso —le dijo.

Era una doncella, cargada con una bandeja de comida y unas toallas.

—¿Tiene tabaco? —preguntó Tatiana con la voz temblorosa—. Le pagaré lo que sea si me trae un paquete, o mejor dos.

La chica volvió con tres paquetes de cigarrillos.

—¿Te encuentras bien, Alexander?

El baño había estado tan silencioso que Tatiana se había olvidado de Alexander mientras esperaba a que volviera la doncella, pero de pronto pensó que tal vez se había hecho daño, corrió a la puerta gritando su nombre y la abrió con tal fuerza que casi lo derribó.

—¿Qué te pasa? —preguntó Alexander, sin inmutarse—. ¿Por qué gritas?

—Estabas muy callado, no sabía si…

Alexander le arrebató los cigarrillos de las manos.

—Mira, han traído comida —dijo Tatiana, señalando las bandejas—. Hay bistec. —Intentó sonreír—. ¿Cuándo fue la última vez que comiste un bistec, Shura?

—¿Qué quiere decir «bistec»? —dijo él, y también intentó sonreír.

Se sentaron a la mesa y picotearon de los platos. Tatiana bebió un vaso de agua, y Alexander bebió agua y fumó.

—Está rico, ¿verdad?

—Sí, está rico.

Picotearon un rato más, sin mirarse a los ojos y sin hablar. Ya oscurecía y Tatiana se levantó para encender la luz.

—No la enciendas —dijo Alexander.

La única luz de la habitación era la punta encendida de los cigarrillos que Alexander se fumaba uno tras otro.

No hablaban, pero no había silencio. Tatiana sollozaba ahogadamente, y sabía que

él fumaba para acallar su propio llanto y ahogar el de ella.

—Hablas inglés muy bien —dijo Alexander al final.

—Tuve un buen profesor —contestó Tatiana, y se deshizo en lagrimas.

—Shh… —dijo Alexander en voz muy baja, contemplando la ventana abierta para no mirar a Tatiana—. Nos es más fácil hablar ruso, estamos más acostumbrados.

—Sí, pero me resulta más doloroso hablar ruso —dijo Tatiana.

—A mí me consuela poder hablarlo contigo.

Se miraron a los ojos, de uno a otro lado de la mesa.

—¿Qué vamos a hacer, Dios mío? —exclamó Tatiana.

—No tenemos que hacer nada, ya veremos qué pasa —respondió Alexander.

—¿Por qué quieren interrogarte? ¿Qué pretenden?

—Como siempre, ante un problema de carácter militar, se aplican las reglas del ejército. Los soviéticos me despojaron de mi categoría, pero no pueden decir que el hombre que ha pedido asilo es un civil, porque en ese caso el gobernador de Berlín se desentendería y delegaría el asunto en Ravenstock. Han hablado de traición y deserción, palabras muy sensibles para cualquier militar, especialmente para los norteamericanos. Dejé de ser comandante hace tres años, pero dirán que soy un oficial de alto rango para suscitar la respuesta que esperan. Por eso van a interrogarme mañana.

—¿Cómo crees que irá?

Alexander calló, lo cual era peor que dar una respuesta poco halagüeña, porque dejaba un margen mayor para imaginar lo inimaginable.

—¡No puede ser! ¡No van a…! —exclamó Tatiana. Alzó la cabeza, irguió la espalda y añadió—: Tendrán que extraditarme a mí también, porque no dejaré que te vayas sin mí.

—No digas burradas.

—No digo…

—¡¡No digas burradas!! —Alexander se puso de pie pero no se acercó a Tatiana—. Ni siquiera quiero considerarlo hipotéticamente.

—No es una simple hipótesis, Shura —dijo Tatiana—. A mí también me andan buscando. He estado hablando con Ravenstock, ¿ya no te acuerdas? Y Stepanov me advirtió que estoy en la lista de enemigos clase uno. Van a pedir la extradición de los dos.

—Pero ¡qué dices! —protestó Alexander. Se acercó a la ventana y miró al exterior, como si calculara la distancia que separaba el quinto piso del suelo—. Tú no estás en mi caso, Tania. Tú puedes mostrar tu pasaporte estadounidense.

—Eso es un mero detalle técnico, Alexander.

—Sí, pero un detalle esencial. Además, eres civil.

—Era enfermera del Ejército Rojo, cedida temporalmente a la Cruz Roja.

—No te van a extraditar.

—Lo harán.

—No. Hablaré con ellos mañana.

—¡No! ¿Qué les vas a decir? ¿No has hablado bastante? Hablaste con Matthew Sayers, con Stepanov, y a mí me miraste a los ojos y me mentiste, ¿no te basta con eso? Y pese a todo, estoy aquí. —Tatiana meneó la cabeza—. No vas a hablar con nadie más.

—Sí.

—¿Y lo que dijiste de vivir o morir juntos? —dijo Tatiana, rompiendo a llorar.

—Mentí.

—¡Mentiste! ¡No me sorprende! —Había empezado a temblar—. Tendría que haberlo imaginado. Pues que sepas que no los vas a convencer. Si tú vas a Kolima, yo iré también.

—No sabes lo que dices.

—Si me elegiste en Leningrado, fue por mi sinceridad y mi franqueza —dijo Tatiana con una voz temblorosa.

—Y tú a mí, porque sabías que defendería encarnizadamente lo que era mío, tan encarnizadamente como Orbeli lo suyo —dijo Alexander.

—¡No voy a irme sin ti! Si tienes que volver a la Unión Soviética, iré contigo.

—¿Qué estás diciendo, Tania? —Alexander había dejado de mirar por la ventana y estaba de pie frente a Tatiana, con un fulgor extraño en sus ojos sombríos—. Me estás desesperando. Hablas como si ya no te acordaras de nada.

—Claro que me acuerdo.

—Te interrogarán y te torturarán hasta que les digas todo lo que sabes sobre mí. Firmarás la confesión que tienen preparada, y entonces me ejecutarán, y a ti te enviarán diez años a Kolima por llevar a cabo actividades subversivas y por casarte con un espía y saboteador.

—De acuerdo, Shura, no sigas… —dijo ella, alzando las manos.

Veía que Alexander empezaba a perder los nervios.

Alexander la agarró del brazo y la obligó a ponerse de pie.

—Y en el campo de trabajo, ¿sabes qué te pasará? No creas que será una aventura como las demás. Los carceleros te quitarán la ropa y te obligarán a andar desnuda por un estrecho pasillo, entre doce funcionarios que siempre andan a la caza de chicas guapas (y en ti se fijarán enseguida) y que te ofrecerán un cómodo puesto en la cocina o la lavandería a cambio de que les prestes regularmente tus servicios, y tú, como eres tan buena chica, te negarás, y entonces te darán una paliza, te violarán y te mandarán a cortar leña al patio, como han venido haciendo con todas las prisioneras desde 1943.

—No sigas, por favor… —le suplicó Tatiana, asustada al verlo tan exaltado.

—Te obligarán a cargar los troncos en los remolcadores, y cuando termines ya no podrás funcionar como una mujer normal porque habrás cargado con más peso del que ninguna debería cargar, y nadie te querrá, ni siquiera el carcelero que se acuesta con la primera prisionera que encuentra, excepto con las que cortan y cargan troncos,

porque todo el mundo sabe que ésas no valen para nada.

Tatiana, muy pálida, intentó zafarse de él.

—Y en 1956, cuando termines la condena, te devolverán a una sociedad en la que no quedará ninguna de las cosas que te habían hecho ser quien eras. —Alexander calló un momento, pero no la soltó. Luego añadió—: No quedará nada, Tania.

—Ah… —fue todo lo que pudo responder ella.

—Y durante todo ese tiempo habrás estado sin tu hijo —continuó Alexander—, sin ese niño que nació para cambiar el mundo, y habrás estado sin mí. Y así, sin dientes, sin hijo, sin marido, destrozada, acabada, sodomizada, deshumanizada… así volverás a tu casa del Quinto Soviet. ¿Eso es lo que quieres? No sé cómo es tu vida en Estados Unidos, pero dime: ¿elegirías eso?

—Tú has sobrevivido —dijo Tatiana en voz baja, sombría pero resuelta—. Yo también lo lograré.

—¡Ya habías sobrevivido! —exclamó Alexander—. Estás viva, ¿no? ¿Qué te pasa, quieres morir? Porque entonces, la cosa cambia. —La soltó por fin y se apartó unos pasos—. Si eso es lo que quieres, perfecto. Morirás de frío y de hambre. Leningrado no acabó contigo, pero Kolima lo hará sin ninguna duda. El noventa por ciento de los presos de Kolima (y sólo hablo de ellos, no de las presas) mueren antes de terminar la condena. Tú morirás después de un aborto, o por culpa de una infección, peritonitis, pelagra, tuberculosis, lo que sea, o te asesinarán tras someterte a una violación colectiva… —Hizo una pausa—. O antes.

—Calla, por favor —susurró Tatiana, tapándose los oídos con las manos.

Alexander se estremeció, y ella también.

Alexander la atrajo hacia su pecho y la envolvió en sus brazos. Aunque cada soplo de su aliento sonaba como si surgiera de una garganta cercada por cristales afilados, Tatiana se sentía mejor acurrucada contra su torso.

—Tania, yo sobreviví porque Dios me hizo fuerte y no quiso que nadie pudiera aproximarse a mí sin perder antes la vida. Podía disparar, podía luchar, y no me asustaba matar a cualquiera que se me acercase. Pero tú, ¿qué podías hacer? —Posó una mano sobre la cabeza de Tatiana, que alzó la cara hacia él—. Fíjate: no llegas ni a la mitad de mi estatura. —Alexander se deshizo de su abrazo y ella se desplomó sobre la cama. Alexander se sentó a su lado y añadió—: No puedes defenderte de mí, que te amo más de lo que ningún hombre puede amar a una mujer. —Meneó la cabeza—. Tatiasha, este mundo no está hecho para una mujer como tú, y por eso Dios no te envió a él.

—¿Y por qué te envió a ti? —preguntó Tatiana con amargura, tocándole la cara con la mano—. A ti, que eres el rey de los hombres.

Alexander no quería seguir hablando. Ella quería hablar, pero no podía.

Alexander fue a darse una ducha y Tatiana se hizo un ovillo en la butaca que había junto a la cama.

—¿Puedes echarme un vistazo a la herida del pecho? —dijo cuando salió del

baño con una toalla en torno a la cintura—. Creo que se me está infectando.

Tenía razón; entendía de estas cosas. Se sentó muy quieto mientras Tatiana le ponía una inyección de penicilina y le desinfectaba el corte con ácido fénico.

—Te pondré unos puntos —dijo.

Cuando sacaba el hilo quirúrgico del maletín, recordó que lo había usado para coser el emblema de la Cruz Roja en el camión finlandés que la había sacado de la Unión Soviética. Se sintió flaquear de repente y se echó a temblar. No había podido salvar a Matthew Sayers.

—Déjalo estar, ya lleva tiempo abierta —dijo Alexander.

—Igualmente hay que poner puntos para evitar la infección, así se te curará mejor.

¿Cómo podía seguir hablando?

Sacó una jeringuilla para anestesiarle la zona, pero él extendió la mano.

—¿Qué haces? —preguntó Alexander, meneando la cabeza—. Cóseme directamente, Tania. Sólo dame un cigarrillo.

Necesitó ocho puntos. Tatiana le besó la herida después de cosérsela.

—¿Duele? —susurró.

—No he notado nada —respondió Alexander mientras daba otra calada al cigarrillo.

Tatiana le puso una gasa sobre la herida y le vendó el antebrazo y la mano quemada por la pólvora. Apartó la cara para que él no la viera pero lloró, y por su respiración supo que le resultaba doloroso oírla y estar tan cerca de ella sin poder tocarla, como en los días del asedio, como en Lazarevo. Sabía que no podía tocarla ahora, con el final tan próximo.

—¿Quieres morfina? —dijo ella, levantando la vista.

—No —respondió Alexander—, porque pasaría toda la noche inconsciente.

Tatiana se apartó tambaleándose.

—Me vino bien la ducha —dijo Alexander—. Las toallas, el agua caliente… Un placer inesperado.

—Sí —dijo Tatiana—. La vida en Estados Unidos es muy cómoda.

Se separaron, y Alexander salió del cuarto de baño y Tatiana se metió en la ducha. Cuando salió, envuelta en una toalla, él dormía boca arriba, desnudo, sobre la colcha. Lo tapó, se sentó en la butaca contigua y lo miró, mientras palpaba las jeringuillas de morfina que guardaba en el maletín.

No podía permitir que lo extraditaran. Antes que dejarlo en manos de los rusos, sería mejor que Dios se lo llevara.

Dejó el maletín en la silla, se encaramó a la cama, se introdujo bajo las sábanas, pegada al cuerpo desnudo de Alexander, y se abrazó a su espalda. Lo envolvió en sus brazos y lloró, con la cara contra su pelo. La Unión Soviética lo había convertido en un saco de huesos.

—¿Es guapo Anthony? —preguntó él de pronto.

—Sí —contestó Tatiana—. Es un niño precioso.

—¿Se parece a ti?

—No, se parece a ti.

—Qué lástima —dijo Alexander, y se volvió hacia Tatiana.

Estaban desnudos, el uno junto al otro, cara a cara.

Sus remordimientos, sus respiraciones, sus dos almas entrelazadas, sangrando y llorando de dolor en la noche intranquila.

—Conmigo o sin mí, has vivido y siempre vivirás de acuerdo con un solo principio —dijo él.

—Me esforzaba en imitarte. Quería hacer las cosas incluso mejor que tú. Imaginaba lo que tú habrías querido para los dos, y me guiaba por ello.

—No. Soy yo el que me esforcé en imitarte —dijo Alexander—. Quería hacerlo mejor que tú. Te imaginaba frente a mí y confiaba en que, hiciera lo que hiciera, tú lo aprobarías. Que asentirías y me dirías: «lo has hecho bien, Alexander».

Una pausa.

El canto de un búho.

Quizá el aleteo de un murciélago.

Unos ladridos.

—Lo has hecho bien, Alexander.

Él la envolvió en sus brazos y presionó los labios contra su frente.

—Nunca pensábamos en el futuro. Y ahora, esta noche, pensaremos solamente en los próximos cinco minutos —susurró—. Es así como siempre hemos vivido tú y yo, y es así como seguiremos viviendo, una noche más, en una cama limpia y caliente.

—Acércate y consuélame —dijo Tatiana—. Levántate, amado mío, y ven.

La mano de Alexander le recorrió la espalda.

—¿Sabes qué me salvó en los años de cárcel y en el batallón disciplinario? Tú. Pensaba que si tú habías logrado escapar de Rusia y llegar a Finlandia en plena guerra, embarazada y con la compañía de un médico herido, sin poder contar con nadie más que contigo misma, yo también podría sobrevivir a lo que estaba pasando. Si tú, en Leningrado, podías levantarte todas las mañanas y bajar la escalera cubierta de hielo para ir a buscar agua y pan para tu familia, yo podría sobrevivir a lo que estaba pasando. Si tú podías superar aquello, yo podía superar lo mío.

—Si te contara lo mal que lo pasé en los primeros años, no me creerías.

—Tenías a mi hijo. Yo sólo te tenía a ti, y el modo en que viniste hacia mí a través de Leningrado, el Neva y el Ladoga, para curarme las heridas de la espalda y recomponerme, y me lavaste las quemaduras, y me sanaste y me salvaste. Tenía hambre y me alimentaste. Sólo tenía Lazarevo. —Se le quebró la voz—. Y tu sangre inmortal. Tú eras mi fuerza, Tatiana. No sabes con qué ferocidad intenté volver contigo. Me entregué a los alemanes por ti. Me arrojé a las balas por ti, sufrí golpes y traiciones y condenas por ti. Lo único que quería era volver a verte. Que hayas venido a buscarme lo significa todo para mí, Tatia. ¿No lo entiendes? Nada más tiene

importancia. Ni Alemania, ni Kolima, ni Dimitri, ni Ouspenski, ni la Unión Soviética… nada. Todo puede desaparecer. ¿Me escuchas?

—Te escucho —dijo Tatiana.

Estamos solos en el mundo, pero si somos afortunados, llega un momento en que pertenecemos a algo, a alguien, y ese momento nos sostiene durante toda una vida de soledad.

En la noche, durante un instante, lo acaricié otra vez, y vi que me nacían unas alas rojas, y volví a ser joven en el Jardín de Verano, y tuve esperanza y gané la vida eterna.

# Capítulo 41

*Berlín, junio de 1946*

Se despertaron a las seis de la mañana. A las siete llegó la doncella con la bandeja del desayuno y un uniforme del ejército norteamericano para Alexander. También traía la bata de enfermera de Tatiana, limpia y planchada.

Alexander desayunó café y unas tostadas y seis cigarrillos. Tatiana se sirvió café y unas tostadas, pero no podía tragar nada.

A las ocho menos cinco, dos guardias armados acompañaron a Alexander y a Tatiana hasta el segundo piso. Esperaron en silencio en las sillas de madera de la antesala.

A las ocho, se abrieron las puertas y apareció John Ravenstock.

—Buenos días. Se está mucho mejor con ropa limpia, ¿no?

—Especialmente si es un uniforme norteamericano —dijo Alexander, poniéndose de pie.

—¡Ah, sí, por supuesto! Acompáñeme. —Lanzó una mirada a Tatiana y añadió —: Será mejor que espere en su habitación, enfermera Barrington. Tardaremos como mínimo dos horas.

—Esperaré aquí —dijo Tatiana.

—Como quiera —respondió Ravenstock, encogiéndose de hombros—. Si necesita un vaso de agua o cualquier cosa, avise al ujier.

Alexander siguió a Ravenstock, pero se dio la vuelta antes de pasar a la sala. Se despidió de Tatiana con un gesto y ella se despidió de él.

✶

Los seis interrogadores estaban sentados al final de una mesa alargada. Alexander esperó al otro extremo, sin sentarse.

John Ravenstock fue nombrando a los presentes: Mark Bishop, el gobernador militar de Berlín («Ya nos conocemos», dijo Alexander); Phillip Fabrizzio, el embajador estadounidense, y los generales de las tres fuerzas norteamericanas con representación en Berlín: el Ejército de Tierra, la Fuerza Aérea y el Cuerpo de Marines.

—Muy bien —comenzó Bishop—. ¿Qué quiere alegar en su defensa, capitán Belov?

—¿Cómo dice, señor?

—¿Habla usted inglés?

—Sí, claro.

—Por su culpa, ahora mismo nos encontramos en una situación diplomática tremendamente complicada. La URSS exige insistentemente que entreguemos a

Alexander Belov a las autoridades soviéticas en cuanto lo veamos aparecer por nuestras puertas. Pero su esposa asegura que usted tiene la nacionalidad estadounidense. El embajador Fabrizzio ha examinado su expediente, y al parecer ha advertido elementos de confusión en lo que respecta a la ciudadanía de un tal Alexander Barrington. No tengo ni idea de qué hizo o dejó de hacer usted para terminar en Sachsenhausen, pero lo que tengo claro es que en los últimos cuatro días ha matado a cuarenta y un soviéticos y la URSS reclama justicia.

—Es curioso que la comandancia militar soviética, en Berlín o donde sea, se preocupe de repente por cuarenta y un soldados, cuando yo mismo, en tiempos de paz, he visto enterrar a dos mil rusos en Sachsenhausen.

—Sí, claro… Sachsenhausen es un campo para reos de delitos penales.

—No, señor, es para militares como usted o como yo. He visto morir a tenientes, capitanes, comandantes, a un coronel… Y eso sin nombrar a los setecientos presos alemanes (civiles y oficiales de alto rango) que terminaron sepultados o incinerados en Sachsenhausen.

—¿Niega haber matado a esos cuarenta y un soldados, capitán?

—No, señor. Estuvieron a punto de matarme a mí y de matar a mi esposa. No tenía otra opción.

—Pero logró escapar.

—Sí.

—El comandante del campo especial nos ha dicho que intentó usted fugarse repetidas veces.

—Sí, no estaba a gusto allí.

Los generales se miraron entre ellos.

—Fue usted declarado culpable de traición, ¿no es así?

—Sí, es cierto que me declararon culpable.

—¿Rechaza esta imputación?

—Absolutamente.

—Nos han dicho que abandonó el Ejército Rojo cuando estaba a punto de recibir refuerzos, y que después de errar un tiempo por el bosque se entregó voluntariamente y combatió a sus compatriotas desde las filas del enemigo.

—No me entregué al enemigo. Llevaba dos semanas sin recibir refuerzos, me había quedado sin municiones y sin hombres, en un frente defendido por cuarenta mil alemanes. Nunca luché contra mis compatriotas, ya que estuve encerrado en Katowice y más tarde en Colditz. Y no sé si saben ustedes que el ejército soviético prohibió ¡que nos rindiéramos!, de modo que sí, soy culpable de rendición.

Los militares que lo escuchaban guardaron silencio.

—Tiene suerte de seguir vivo, capitán —dijo el general Pearson—. Hemos oído decir que de los seis millones de prisioneros de guerra soviéticos, los alemanes dejaron morir a cinco millones.

—No tengo ninguna duda de que esta cifra no es exagerada, general. Tal vez

seguirían vivos si Stalin hubiera firmado la convención de Ginebra. Los prisioneros ingleses y estadounidenses no morían en una proporción tan alta, ¿verdad?

Los militares no respondieron.

—¿Cuál es su actual categoría?

—No tengo ninguna. Me despojaron de empleo y categoría hace un año, cuando fui declarado culpable de traición.

—¿Y por qué se empeñan en llamarlo «comandante Belov»? —preguntó Bishop.

Alexander se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió, con una semisonrisa—. Fui capitán durante tres años, hasta el año pasado.

—Capitán Belov, ¿le parece bien contarnos la historia desde el principio, desde el momento en que sus padres dejaron Estados Unidos para trasladarse a la Unión Soviética? Nos sería de gran ayuda, pues la información de la que disponemos es bastante incoherente. Nos han dicho que se fugó por primera vez en 1936, tras ser detenido y condenado a una pena de cárcel. Por otra parte, el NKGB lleva diez años buscando a una persona llamada Alexander Barrington, y al mismo tiempo aseguran que usted es Alexander Belov. ¿Podría decirnos quién es usted realmente, capitán?

—Lo haré encantado, señor. Pido permiso para sentarme.

—Permiso concedido —respondió Bishop—. Ujier, traiga unos cigarrillos y un vaso de agua para el capitán Belov.

✶

Alexander llevaba seis horas en la sala de reunión. En cierto momento a Tatiana se le ocurrió que se lo habrían llevado por un pasadizo secreto, pero seguían oyéndose voces ahogadas tras las gruesas puertas de madera, y la mayor parte del tiempo distinguía el timbre de voz de su esposo hablando en inglés.

Se paseó arriba y abajo, se sentó en las sillas y en la alfombra, se puso en cuclillas y volvió a levantarse… Su vida y la de Alexander flotaban ante sus ojos en la antesala de la embajada estadounidense en Berlín.

Estaban aprendiendo a nadar, pero a cada momento les resultaba más difícil. El nuevo día no traía alivio, sino más minutos repletos de recuerdos que no podían dejar atrás. Jane Barrington sentada en el tren que los llevaba de vuelta a Leningrado, oprimiendo la mano de su hijo, consciente de que le había fallado, llorando por él, deseando otra copa; y Harold en la celda, llorando por Alexander; y Yuri Stepanov tumbado sobre el barro de Finlandia, llorando por Alexander; y Tatiana arrodillada en los marjales de la frontera, sangrando y llorando por Alexander; y Anthony a solas con sus pesadillas, llorando por su padre.

Y allí está él, con la gorra en las manos, cruzando la calle hacia su mar, hacia el vestido blanco bordado con rosas rojas; allí está él, acudiendo todos los días a la Kirov, acercándose sonriente a su mar, piedra a piedra, cadáver a cadáver; allí está él,

en el Campo de Marte, bajo las lilas, con el fusil al hombro y Tatiana descalza a su lado, con las sandalias rojas en las manos; allí está él, haciendo piruetas con Tatiana en la escalera de la iglesia donde se casaron, bailando con ella bajo la luna roja de su noche de bodas, apartándose el pelo de la frente mientras sale de las aguas del Kama, sujetando el hacha en una mano y el cigarrillo en la otra mientras sale de la cabaña de Lazarevo, acercándose a Tatiana derrotado y exhausto, parándose frente a ella en la cabaña, desnudo, sonriente y empapado; allí está Alexander, con el cigarrillo en los labios.

Y allí está otra vez, de pie junto al Vístula, mirando hacia lo que queda de guerra. Un camino lleva a la muerte y el otro a la vida, no sabe cuál tomar, pero en sus ojos está el mar inmortal, y al otro lado del mar está el puente que conduce a Santa Cruz.

✶

Cuando terminó de contar su historia, los generales, el embajador y el cónsul lo miraron sin pestañear.

—¡Caramba, capitán Belov, qué vida tan interesante! —exclamó Bishop—. ¿Qué edad tiene usted?

—Veintisiete.

Bishop soltó un silbido.

—¿Ha dicho que su esposa —comenzó el general Pearson—, sin saber dónde se encontraba usted, vino a Alemania equipada con todo un arsenal, localizó el campo de máxima seguridad número siete y la celda donde estaba usted encerrado, y organizó una fuga?

—Sí señor. Antes de que deliberen, quisiera añadir un comentario sobre mi esposa. Ya han visto que… bueno, que no se rinde fácilmente. Se ha vuelto completamente loca y no se da cuenta de los problemas que puede causar con su actitud. Está convencida de que vendrá conmigo a la Unión Soviética y aceptará el destino que allá le aguarde. Pero les ruego que la salven. Sean cuales sean mis pecados, mi mujer no se merece terminar en la Unión Soviética. Es ciudadana estadounidense y tiene que volver con nuestro hijo, que la espera en Nueva York. La decisión que tomen sobre mí es irrelevante. Extradítenme, si de este modo pueden evitar un escándalo diplomático.

John Ravenstock lo observaba en silencio, al igual que los generales.

—¿Cuál sería su nombre si recuperase la nacionalidad estadounidense, capitán?

—Anthony Alexander Barrington —declaró Alexander.

Sus interlocutores clavaron los ojos en él. Alexander se puso de, pie y les dedicó el saludo militar.

✶

Se abrió la puerta y los siete hombres pasaron a la antesala. Alexander fue el

último en salir. Vio que Tatiana se levantaba nerviosamente de la silla y la vio apoyarse en el respaldo para no caerse, y le pareció tan sola y tan menuda, tuvo tanto miedo de que rompiera a llorar frente a media docena de desconocidos, que quiso tranquilizarla e inclinó levemente la cabeza, abrió la boca, le sonrió y dijo:

—Volvemos a casa.

Tatiana respiró y se tapó la boca con la mano.

Y de pronto, porque era ella y no podía evitarlo, corrió hacia él, indiferente a la presencia de los generales. Se dejó envolver por los brazos de Alexander y lo abrazó, y hundió en su cuello la cara surcada por las lágrimas.

El rostro de Alexander se acercó al suyo, y los pies de Tatiana no tocaron el suelo.

# Epílogo

Ese mismo día, un avión llevó a Alexander y Tatiana hasta Hamburgo. Estuvieron viviendo en la embajada durante dos semanas, hasta que Alexander recibió el pasaporte. Tatiana se aclaró otra vez el pelo. Celebraron su vigésimo segundo cumpleaños y el cuarto aniversario de bodas en Hamburgo y unos días después zarparon hacia Nueva York en el *White Star*. Tatiana envió un telegrama a Vikki: «Regresamos». Se pasaron los veintidós días de travesía en el camarote, del que salían tan sólo a la hora de las comidas, si es que salían.

✶

La intensa luz del sol cegaba a Alexander mientras el barco se adentraba en el puerto y los rascacielos neoyorquinos aparecían en el horizonte. En el Battery Park se habían concentrado miles de ciudadanos deseosos de recibir a los soldados que volvían de Europa. Dos de esos ciudadanos eran Anthony y Vikki, que, vestidos de rojo, blanco y azul, agitaban banderitas norteamericanas. Cuando bajaban por la pasarela, Alexander y Tatiana distinguieron a Vikki corriendo hacia ellos con el niño en brazos. Anthony saltó al suelo, se lanzó contra su madre y hasta cinco minutos después no apartó los bracitos de su cuello. A unos pasos de distancia, Alexander los miraba. Tatiana se deshizo del abrazo de Anthony, le señaló a Alexander y fue a saludar a Vikki.

Alexander cogió en brazos a su hijo y lo estrechó contra él. Estaban los dos muy serios.

—¿Sabes quién es, Anthony?

—Sí —contestó Anthony—. Es mi papá.

Alexander no dijo nada. No podía dejar de abrazar al niño, que alzó una mano y la depositó suavemente en el hombro de Alexander. Después inclinó la cabeza para mirar el cinturón de su padre, le miró la espalda y preguntó:

—¿Y la pistola?

—No la he traído.

—¿Ya no la tienes?

—No la llevo encima.

—¿Está en otro sitio?

Alexander contuvo una sonrisa.

—Puede que sí.

—¿Me la dejas ver?

—No —dijo Tatiana.

—Tu madre dice que no —dijo Alexander.

Vikki, con una enorme sonrisa, preguntó:

—¿Así que éste es Alexander?

—Éste es Alexander.

Vikki le estrechó la mano, asintió con la cabeza y se echó a reír.

—¡Ahora lo entiendo todo!

El padre llevó a su hijo en brazos hasta la casa. La mano de Anthony reposó todo el tiempo en el cuello de Alexander. El niño se acercó a su oído y susurró:

—¿Podré verla más tarde?

—Tu madre se enfadará.

—No se lo diremos.

—Se enterará, créeme.

Vikki propuso celebrar el retorno fuera de la casa.

—Mis abuelos se mueren por conocerte.

Tatiana dijo que prefería no salir y que no tardaría en ir a visitar a Isabella y a Travis.

—¿Cenar en casa? ¡Oh, no! Alexander no querrá comer beicon.

—Sí, sí. Me apetece comida estadounidense. ¿Qué os parece una hamburguesa con beicon?

—Sí —dijo Tatiana—. Eso es *baconburger*.

—¡Ah, ahora vas a enseñarme tú inglés! —dijo Alexander abrazándola.

—En realidad eso es *una baconburger*, no lo olvides —añadió Vikki.

Tatiana preparó *baconburgers* y patatas asadas («Con taquitos de beicon», precisó Vikki), y Alexander bebió y fumó y tomó té, y después de la cena cogió las manos de Tatiana entre las suyas, la abrazó por las caderas y la hizo colocarse en su regazo.

—Siéntate aquí —le dijo—. Estoy muy feliz.

Vikki contó que Edward la había ayudado a cuidar a Anthony, que acudía a la casa cuatro veces por semana «por lo menos», para cenar y para jugar con el niño, y que había pasado con ellos casi todos los fines de semana.

—¿Quién es Edward? —preguntó Alexander, con el brazo en torno a las caderas de Tatiana.

—Un médico que trabaja con nosotras en Ellis y en la Universidad de Nueva York —respondió Vikki sin pestañear—. Un buen amigo. ¿Quieres que pasemos mañana por el hospital universitario, Tania? Edward se alegrará de verte.

Tatiana lanzó una mirada a Alexander, que se encogió de hombros y dijo:

—Lo que tú quieras.

Alexander y Tatiana acostaron al niño, que oprimía la mano de su madre y no paraba de hacer preguntas a su padre.

Después pasaron casi toda la noche en vela, con una almohada sobre la boca de Tatiana para ahogar sus gemidos. Al amanecer se quedó dormida, y a las ocho, Anthony abrió la puerta de su habitación. Alexander llevó al niño a la cocina.

—Mamá duerme —le dijo—. ¿Tienes hambre?

—¿Puedes hacer el desayuno?

—Lo intentaré. ¿Qué te apetece?

—¿Qué sabes hacer?

—Nada.

—Pues tomaré nada y un vaso de leche —dijo Anthony, y se echó a reír.

A las once, Tatiana salió de la habitación y se los encontró sentados en el sofá. Anthony hojeaba *Buenas noches, luna* y recitaba el texto de memoria para su padre, que se había quedado profundamente dormido.

Cuando se despertó, Tatiana y él desayunaron y luego salieron los tres a la calle y se dirigieron a la Universidad de Nueva York.

Tatiana no sabía hasta qué punto podía hablar de Edward con Alexander, y decidió no decir nada hasta después de presentárselo. Quizá podría reducir al mínimo las explicaciones innecesarias. En todo caso, tenía que ir a ver a Edward sin más dilación. Le avisaron por el «busca» mientras lo esperaban en la cafetería donde habían comido juntos tantas veces. Cuando Edward atravesó las puertas batientes de la cafetería, Anthony saltó del regazo de Alexander y corrió hacia él.

—¡Ven a conocer a mi papá, Edward! —gritaba.

Edward y Alexander se saludaron con un apretón de manos, mientras Anthony tironeaba de la falda de su madre para que lo cogiera en brazos.

Después, Edward abrazó a Tatiana con timidez y le preguntó qué tal estaba, cómo había ido el regreso y si pensaba volver pronto al trabajo.

—No lo sé —contestó Tatiana.

Edward pestañeó y asintió con la cabeza.

Estuvieron un rato más de pie en el comedor, pero Alexander y Tatiana cada vez sabían menos qué decir y Edward hacía rato que se había quedado callado.

Cuando ya habían salido del hospital y estaban en el autobús, de camino a Central Park, Alexander seguía sin decir nada. Tatiana le dio un codazo, pero él no apartó la vista de la ventanilla.

—El cariño que siente por Anthony va más allá de la cortesía —dijo al final.

—Es verdad. Bueno… fue el médico que me asistió en el parto.

—¡Ah! —respondió Alexander, y añadió—: Pero no sólo muestra cariño por Anthony, Tania.

Tatiana le cogió la mano.

—Cuando llegué y estaba sola, me ayudó mucho. Mucho. Y Vikki e Isabella también.

Alexander no retiró la mano.

—¿Habrías dejado que fuera tu señor? —preguntó en voz baja.

Tatiana no contestó.

Fueron a pasear en bote por el lago de Central Park. Tatiana movía los remos mientras Alexander la miraba, tumbado en el fondo de la embarcación, con sus largas piernas enlazadas con las de ella y el niño sentado sobre su torso.

En el centro del lago, Tatiana apartó los remos y dejó que el bote quedara a la deriva. Alexander se incorporó y se dio la vuelta, se sentó rodeando a Tatiana con sus

piernas y dejando que ella apoyara la espalda en su pecho, y Anthony se asomó al borde y hundió las manos en el agua. Tatiana tomó la cabeza de Alexander entre sus manos y dejó que su pelo lo acariciara.

—Había una vez —susurró Alexander— una tierna doncella que huyó al país de las lilas…

—Y cuando se cansó de esperar la llegada de su Príncipe Resplandeciente —siguió Tatiana—, decidió ir en su busca…

—Y nunca lo traicionó casándose con el señor local…

—Aunque estaba tan harta de esperar, que él habría tenido que entender que lo hiciera.

Alexander le dio un pellizco.

—No sé de qué te quejas. Tenías que esperar cuarenta años.

✶

Al día siguiente fueron en tren a Washington.

—Tenemos que dar las gracias a una persona que se ha portado muy bien con nosotros —dijo Tatiana, cargada con una bolsa llena de *pirozhki*.

Después fueron en tren a Barrington, a visitar a Esther. Se quedaron una semana porque ni Esther ni Rosa (que había cuidado a Alexander cuando era pequeño) querían dejarlos marchar.

Alexander se entristeció mucho al saber que Teddy y Belinda habían fallecido hacía tiempo, que su antigua casa había sido vendida hacía mucho, y que en el bosque donde solía jugar se habían construido nuevas viviendas también hacía tiempo. Pero todos los amigos de Esther se acordaban de él, le contaban anécdotas de la infancia y lo abrazaban y acariciaban como si fuera todavía un niño de nueve años.

—No pasa nada, Tatiasha —dijo Alexander, con Anthony encaramado a sus hombros, mientras paseaban por la calle principal del pueblo—. Tantas cosas siguen igual que tengo la impresión de que nunca me he ido. Las mismas casas pintadas de blanco, los mismos bares… Sí, hay alguna tienda nueva y los coches son más modernos, pero los jardines están tan cuidados como siempre y las calles están muy limpias. La iglesia está impecable, las ventanas están enteras, las puertas no se salen de los goznes… Así es Estados Unidos, y me encanta. Piensa en qué tendrías que ver si hubieras regresado a Leningrado.

—Puede que allá también repinten las fachadas —dijo Tatiana en voz baja, caminando del brazo de su marido—. Después de la guerra, el ayuntamiento habrá introducido algún plan de reconstrucción…

Alexander la miró y ella lo miró a él.

—Barrington ha prosperado —dijo Alexander, dándole un beso—. Es una población más limpia, más blanca, más poderosa… Hay más habitantes, más iglesias, más vida, más energía… Todo es como tiene que ser.

—Y se te olvida mencionar —dijo Tatiana— que tiene tu mismo nombre.

Durante el viaje de vuelta, en el tren, Anthony se durmió en el regazo de su padre.

—Tenemos que hablar de qué vamos a hacer durante el resto de nuestra vida, Tania —dijo Alexander.

—¿Qué quieres decir? ¿No quieres vivir en Nueva York con Vikki y conmigo? —Tatiana sonrió al preguntarlo—. Aceptaré tu decisión, soldado. Lo que tú quieras.

✶

Se compraron una caravana y a finales de agosto empaquetaron las cosas de Tatiana, cogieron al niño, se despidieron de Vikki, Edward e Isabella y empezaron a viajar por todo el país. Alexander trabajaba en lo que encontraba. En la recogida de la manzana, en las plantaciones de tabaco («Eso sí que te gusta, ¿eh, Shura?»), ayudaba a construir establos y graneros, conducía tractores… Se instalaron durante un tiempo en el valle de Napa, en California, para trabajar en la vendimia, y les gustó tanto que pensaron que no les importaría quedarse allá para siempre.

Estuvieron tres años viajando de un lugar a otro, recorriendo todo Estados Unidos. Por la noche, si el tiempo lo permitía, dejaban a Anthony durmiendo en la caravana, plantaban una tienda al lado y se encerraban en ella para hacer el amor.

Desde el alba hasta medianoche y desde medianoche hasta el alba estaban el uno en presencia del otro, durmiendo en la tienda, turnándose para conducir, cantando con la música de la radio, contando chistes, discutiendo de geografía, hablando de la guerra, de la isla de Ellis, de Dasha y Pasha Metanov, de Jane y Harold Barrington…

Estados Unidos los sanó. California curó a Alexander de la guerra, y Nueva York y la presencia de Alexander curaron a Tatiana. San Francisco y Chicago y Nueva Orleans lo curaron a él de la cárcel y a ella de su soledad. Idaho y Montana y las montañas Rocosas lo curaron a él del dolor de la traición y a ella de la muerte de su familia. Barrington curó a Alexander de la pérdida de sus padres. En algún lugar, más allá de Ellis, del monte Washington, de los montes Blancos, de los montes Verdes de Vermont y de los Flint de Kansas, en algún punto de los montes Azules o quizá de los Apalaches, o tal vez cuando descendían a las profundidades del Gran Cañón, los fragmentos dispersos de sus vidas volvieron a reunirse en una entidad completa, capaz de enfrentarse al mundo exterior.

El verano en que Anthony cumplió seis años estaban en Cayo Hueso. Se tumbaron en una hamaca colgada entre dos palmeras, en la playa, contemplando el cielo tropical y las copas de los árboles, y jugaron a inventar historias picantes.

—Seguro que ha cambiado el vocabulario desde la época en que te enseñaba inglés —dijo Alexander.

—¿Eso era enseñarme inglés? —se burló Tatiana—. Si hubiera usado la cuarta parte de las palabras que aprendí contigo, hace tiempo que habría sido expulsada de la sociedad biempensante.

—Sí, pero habrías conservado a tu marido. Y valdría la pena, ¿no?

Alexander sonrió.

Tatiana le sonrió también y empezó a hacerle cosquillas.

—Espera, se me ha ocurrido una. Una chica fue al mercado a comprar un conejo…

Alexander soltó una carcajada.

—¡Calla, que me va a dar un ataque!

—¿Qué pasa?

—¿Seguro que es así? ¿Para qué va a comprar un conejo si ya tiene?

—¡Ah!

A la noche siguiente, se tumbaron otra vez en la hamaca.

—Tania, Anthony tiene que empezar el colegio dentro de dos meses —dijo Alexander.

—Así es.

—Tenemos que ir pensando en dónde matricularlo.

—Es verdad.

—Conocemos todo el país. Cualquier sitio me parecerá bien.

—Algún lugar soleado —propuso Tatiana.

—Sí, preferiría que no hubiera nieve.

—Yo también —respondió Tatiana, y los dos quedaron en silencio.

—Cualquier sitio cálido estará bien, ¿no te parece? —continuó Alexander al cabo de un momento—. Pero busquemos algo permanente, para que el niño tenga estabilidad.

—Sí.

Tatiana no dijo nada más.

Alexander le besó la mano.

—¿Te gustaría vivir en Arizona, la tierra de los escasos manantiales, Tatiasha? —susurró.

—Claro que sí, mi amor…

Querían instalarse en el terreno de su propiedad, pero no tenían suficiente dinero para construir la casa de sus sueños. Por eso decidieron comprar una vivienda prefabricada, y como eran prudentes eligieron una de tamaño medio y la pagaron al contado, aunque Alexander, menos prudente que Tatiana, hubiera preferido una más grande. La instalaron cerca de la carretera, en una esquina del terreno de noventa y siete acres que poseían en el desierto de Sonora, y matricularon a Anthony en una escuela de primaria en el pueblo de Mesa.

Tatiana encontró trabajo de enfermera en el Memorial Hospital de Phoenix.

—Trabajando en urgencias me siento como si hubiera vuelto a la guerra —dijo.

—¿Y eso es bueno?

A Alexander lo contrataron como maestro de obras.

—Trabajando en la construcción me siento muy lejos de la guerra —declaró.

Como habían invertido poco dinero en la casa y procuraban controlar los gastos, empezaron a ahorrar. Alexander aprendió a enyesar y pintar paredes, a instalar conducciones eléctricas y tuberías, a encajar ventanas y puertas, a montar armarios y estanterías, a colocar baldosas y parqués.

—Así podré construir una casa enorme para ti y todos los niños que vas a tener.

—¿Tengo que recordarte que lo único que has construido en tu vida fueron unos taburetes y una mesa de cocina para las patatas que no llegamos a cultivar?

Se miraron sonriendo, recordando los viejos tiempos.

—He dicho niños, Tatiana.

—Hagamos uno ahora mismo.

Sin embargo, pasaron siete años más antes de que Tatiana quedara embarazada de su segundo hijo, quince años después del primer encuentro entre ella y Alexander.

Cuando nació el niño, Alexander había fundado su propia empresa de construcción y había levantado una casa de paredes amarillas y techos rojizos en pleno desierto de Sonora, frente a los montes de Maricopa.

✶

Se han puesto a trabajar en el huerto. Alexander contempla los armazones que instaló la semana pasada para las matas de pepinos, mientras espera a que Tatiana regrese de la cocina con una jarra de té helado. Tatiana llena un vaso y lo sostiene frente a Alexander mientras él absorbe la bebida con una cañita y la observa con sus ojos de color caramelo.

—Antes me traías cigarrillos, y ahora me traes un vaso de té helado —se lamenta.

—El té es mejor, ¿no?

—¡Ni hablar! —contesta Alexander, mirándola con una expresión que significa: «¿Te has vuelto loca?».

—Así vivirás más tiempo —añade Tatiana, apartándole el flequillo de la frente.

—El tabaco es un veneno muy lento —rezonga Alexander, y vuelve a coger la azada para remover la tierra en torno a las matas de pepinos. Entre los dos siguen hablando en ruso—. ¿Quién ha llamado antes? —pregunta al cabo de un rato.

—Era el señor McAllister.

Alexander se echa a reír.

—¿Cuánto ofrece esta vez?

—Dice que está dispuesto a comprarnos noventa acres, a cinco mil dólares el acre. Buena oferta, ¿verdad?

—No lo suficiente.

—Dice que la fiebre constructora no durará eternamente, que el mercado está tocando techo y que deberíamos vender ahora, mientras aún hay demanda de suelo. Dice que somos unos avariciosos, y que si le vendemos lo que dice, todavía nos quedarán siete acres. Según parece, eso son casi seis acres y tres cuartos más de lo

que poseen la mayoría de los terratenientes de Phoenix.

—La próxima vez avísame, Tania. Hablaré con él y le diré claramente que no pienso vender nada hasta que me pague un millón por acre.

Los dos se echan a reír y se preparan para plantar las tomateras. Alexander la ayuda a sentarse en un taburete y ella abre las bolsas de semillas, las esparce en una bandejita y aparta las que no parecen sanas. Sonríe y piensa que las matas de pepinos están creciendo bien. Alexander montó los armazones la semana anterior y los frutos no tardarán en aparecer.

—¿Has pensado más nombres, Shura?

—No se me ocurren más. Si tienes otro chico, no sabré cómo llamarlo.

Ya tienen tres hijos varones: Anthony, que acaba de ingresar en la academia militar de King's Point Merchant; Harry, y Charles Gordon, al que llaman Gordon Pasha o Pasha a secas, que significa «rey» en turco.

—No puedo ser la única mujer de la casa, ya hay demasiados hombres en la familia Barrington.

—Por decir eso, vas a tener gemelos.

—Quiero una niña para poder llamarla Janie.

—Sí. Me encantaría tener una Janie.

Tatiana se queda pensativa.

—¿Te dije que Vikki ha vuelto de Australia? Quiere venir y quedarse hasta que nazca el niño. ¿Te parece bien?

—Claro. Dile que Steve vuelve a estar soltero y que estará encantado de acompañarla al cine.

—Vikki no quiere salir. Dice que viéndote a ti lo pasa mejor que en cualquier cine.

—Qué simpática. Bueno, pues invítala a ver el espectáculo nocturno.

Tatiana alza la cabeza, y Alexander le sonríe. Lleva unos pantalones cortos de color crema, y su torso desnudo y musculoso está curtido por el implacable sol de Arizona. Las cicatrices de guerra destacan en color más claro por todo su cuerpo. Tatiana sonríe para sí, coge unas tijeras de podar y aparta la bandeja de las semillas.

—¿Sabes qué pasó el otro día en Mesa, Shura? Un furgón de la cárcel chocó con una hormigonera, y ahora la policía anda buscando a los dieciocho delincuentes más duros del estado…

Alexander se echa a reír ante lo inesperado del chiste. Tatiana lleva una camiseta blanca de tirantes y unos pantaloncitos blancos. Sus brazos y sus hombros están muy bronceados. Se recoge el pelo rubio con una pinza para que no le vaya a la cara. Canturrea una tonada conocida: «Había luna llena y las estrellas brillaban en el cielo y en tus ojos…».

—¿Qué hay para comer? —pregunta Alexander.

—¿Comer? —Tatiana no lo mira, concentrada en la poda de las hojas que crecen en la base de las matas—. Hace sólo un momento que hemos desayunado.

—Me muero de hambre.

—Siempre te mueres de hambre. ¿Te apetece un sándwich de atún?

—Perfecto. ¿Me harás uno? —Alexander levanta la azada para seguir removiendo la tierra—. Y no creas que es demasiado temprano para pensar en la cena…

Alexander observa los hombros de Tatiana, que se agitan levemente con su risa.

—Para la cena, puedes elegir entre un bocadillo de beicon o lo que quede en la nevera —dice Tatiana, y vuelve a cantar.

—Mmm… —responde Alexander.

Suelta la azada y se acerca a ella. Contempla su espalda y la recuerda (más que recordarla, la ve) inclinándose hacia el hogar en la cabaña de Lazarevo, arrodillada en el claro, agachada junto a los sacos de azúcar que guardaban en el vestíbulo de la casa de Quinto Soviet durante la hambruna de 1941, sacando los mapas de Finlandia de la mochila, preguntándole «¿Qué llevas en esas bolsas, hombretón?»… Observa sus pecas y su pelo rubio, oye su suave y cantarina voz y no puede resistirlo más. Como siempre, su cercanía lo afecta hasta el punto de que empieza a dolerle el corazón.

—Mírame —le dice.

Tatiana alza la cara y lo ve frente a ella, contemplándola con una expresión que ella conoce muy bien. En la mano, Alexander tiene una vaina de guisantes tiernos.

—Suelta las armas y levántate —dice.

Tatiana, sonriente, aparta las tijeras y se incorpora con ayuda de Alexander, porque el embarazo está muy avanzado. Alexander abre la vaina para darle los guisantes, pero ella no espera, inclina la cara hacia las manos de él y se lleva la vaina a la boca. Alexander la observa mientras le acaricia la tripa.

—¿Qué miras? —pregunta Tatiana.

Engulle los guisantes dulces y tiernos, lo rodea con sus brazos y apoya la cara en su torso desnudo y cubierto de sudor. Los rítmicos latidos del corazón, que insufla la vida en el cuerpo de Alexander, resuenan en su mejilla y en su oído. Tatiana le acaricia la cicatriz de la espalda y le besa el pecho.

—¿Qué es un trío de cuerda ruso, Tania?

Tatiana sonríe y lo mira a los ojos.

—No lo sé. ¿Qué?

—Un cuarteto que ha vuelto de Europa.

Tatiana clava la mirada en sus ojos.

—¿Qué pasa cuando cruzas a un oso blanco con un oso negro? —continúa Alexander.

—Déjate de osos…

Los brazos de Alexander la rodean.

—¿Qué te pasa, mi amor? —le pregunta Tatiana, estrechándolo con cariño.

Los ojos de Alexander son del color del jarabe de chocolate.

Tatiana vuelve a besarle el torso.

Él no deja de abrazarla.

—Estoy aquí —susurra Tatiana—. Aquí para siempre. Siénteme, soldado.

Alexander la estrecha contra él con más fuerza si cabe, le hace alzar la cara y se inclina para besarla.

—Te estoy sintiendo, Tatiasha —dice.

Los dos ardieron en llamas y resurgieron de sus cenizas, convertidos en huérfanos, pero más afectuosos y felices, más apasionados y más íntegros de lo que eran antes. Ellos, que en otro tiempo se bautizaron en las aguas del Kama, supieron alejar un sufrimiento tan antiguo como las pirámides, y de las ruinas de la pena extrajeron el amor que habían dejado atrás después de pasar toda una vida buscando el camino de vuelta.

Se sienten como si hubieran andado errantes por el mundo durante quinientos años, entre mil pérdidas y mil sufrimientos, pero también saben que han amado sin dudas ni temores, con un amor que es el testamento que se conceden el uno al otro y el monumento que erigen a Dios.

Alexander besa a Tatiana y vuelve a estar en Luga, tumbado sobre ella, besándola por primera vez. Tatiana lo besa y está de nuevo en Lazarevo, riendo, con la cabeza cubierta por la gorra de oficial de Alexander.

*Aunque mucho perdimos, mucho queda. Y aunque ya no tenemos aquel vigor capaz de mover los cielos y la tierra, seguimos siendo lo que somos…*

*Indoblegables.*

Barrington, Leningrado, Luga, Ladoga, Lazarevo, Ellis, Swietokrzyskie, Sachsenhausen, Sonora, los hermanos y los padres muertos, todo ha quedado grabado en sus almas y en sus rostros, y como la luna mercurial, como Júpiter sobre la isla de Maui, como la constelación de Perseo con sus estrellas azules y sonrientes, próximas a la implosión… todo sigue en pie mientras el viento estelar sopla sobre los Urales y el Kama, sobre la tierra y los océanos, y al atravesar el firmamento plateado murmura…

Tatiana…

Alexander…

Y el jinete de bronce ha dejado de galopar.

**Fin**

# Agradecimientos

Deseo expresar mi más sentido reconocimiento a las siguientes personas:

A Larry Brantley, portavoz del ejército, por las largas horas dedicadas a explicarme tantas cosas que sin su ayuda nunca habría llegado a conocer.

A mi querida amiga Tracy Brantley, esposa de Larry, que me dio lo que más necesitaba cuando empecé a escribir esta obra, llorando en los momentos precisos y defendiendo a Tania y a Shura por los motivos adecuados.

A Irene Simons, mi primera suegra, por darme el apellido con el que firmo mis libros.

A Elaine Ryan, mi segunda suegra, por darme a su perfecto segundo hijo.

A Radik Tijomirov, amigo de mi padre desde hace cincuenta años, por enviarme cientos de fotocopias de los diarios de víctimas del asedio conservados en la biblioteca de San Petersburgo.

A Robert Gottlieb, rusófilo como yo, por estar siempre ahí, y a Kim Whalen, por una década de arduo trabajo.

A Jane Barringer, que con su carácter y su rostro dulce tanto me recuerda a Melania de *Lo que el viento se llevó*, por releer pacientemente (¡hasta tres veces!) todas y cada una de las frases de «El jinete de bronce» e introducir indiscutibles mejoras.

A Joy Chamberlain, editora, nadadora y madre excepcional, que todo lo ve y todo lo comprende y que sabe mostrarse compasiva cuando tiene que darme una mala noticia.

A mi amigo Nick Sayers, editor de mis primeros libros, que cierta vez en que llevaba unas copas de más me prometió publicar cualquier cosa que yo escribiera, aunque fuera la guía telefónica. ¡Ja, ja!

A Pavla Salacova, que se esfuerza el máximo en facilitarme la vida y que a veces, parece tener veinte pares de brazos.

Y a Kevin, mi segundo y definitivo esposo… ¡Eres fantástico!

PAULLINA SIMONS. Nació en Leningrado en 1963 con el nombre de Paullina Handler. Vivió con su madre, ingeniero, su padre, abogado civil, sus tíos y su primo en las dos habitaciones en las que ubicaría la estancia de los personaje de su novela *El jinete de bronce* y de su heroína Tatiana.

En 1968, cuando tenía cinco años, su padre fue arrestado por agitación anticomunista al escribir cartas al diario *Pravda* en las que defendía el imperio de la ley frente al poder del estado. Fue encarcelado durante un año, y luego juzgado y, en tres días, declarado culpable, enviándolo a un gulag durante dos años más. Después de su liberación y exilio, decidió que era hora de poner en acción su sueño: sacar a su familia fuera de la Unión Soviética. Sus años de prisión le habían dado el tiempo y la oportunidad de hacer algo que les cambiaría la vida: Yuri Handler había aprendido inglés.

En 1973, pidió al gobierno soviético permiso para emigrar y Leónidas Brezhnev se lo concedió. Llegaron a Nueva York el día de Acción de Gracias de 1973.

El sueño de Paullina desde su infancia en Leningrado fue convertirse en escritora, de hecho sus primeros intentos los realizó, ya en inglés, a los doce años.

Graduada por la Universidad de Kansas en ciencias políticas, trabajó como periodista financiera y traductora entre otras varias ocupaciones antes de publicar en 1995 *Tully*, su primera novela.

Aunque sus libros más conocidos son los que componen la trilogía de *El jinete de*

*bronce*, muchas de las novelas de Paullina han llegado a las listas internacionales de los más vendidos en países como Australia y Nueva Zelanda, donde tiene un gran éxito entre sus fans.

En la actualidad Paullina y su segundo esposo viven en Long Island, Nueva York, y tiene cuatro hijos. De mayor a menor son: Natasha, Misha, Kevin y Tatiana (nombre de la heroína de *El jinete de bronce*).

# Notas

[1] Plato tradicional ruso a base de pequeñas bolas de carne. El *pelmeni* es una comida con claras connotaciones sociales, se trata de la «comida de los trabajadores». *(N. de la ED.)*. <<

[2] Término coloquial ruso que designaba a un funcionario a tiempo completo de la administración soviética. *(N. de la ED.).* <<

[3] Sopa realizada con patatas y diferentes verduras a las que se le añade carne. Es similar al cocido español. *(N. de la ED.)*. <<

[4] Término despectivo usado en el lenguaje político soviético, que aludía a los antiguos terratenientes del Imperio ruso que tenían grandes extensiones de tierras. Durante los primeros años del gobierno popular soviético se utilizó para catalogar como enemigos del pueblo a propietarios rurales. *(N. de la ED.)*. <<

[5] Tipo de sable ligero de longitud inferior a un metro. Su hoja es ligeramente curvada y de un solo filo. *(N. de la ED.)*. <<

[6] Granja colectiva en la Unión Soviética. *(N. de la ED.)*. <<

[7] Miembro masculino de un *koljós*. *(N. de la ED.)*. <<

[8] Término utilizado para referirse al soldado raso del Ejército Rojo. *(N. de la ED.)*. <<

[9] Dulce típico, en forma de rosquilla, tradicional de la cocina napolitana. *(N. de la ED.)*. <<

[10] Comida china liviana compuesta por una gran variedad de pequeños platos a base de combinaciones de carnes, vegetales, mariscos y frutas. Se suele servir en pequeñas canastas o platos. *(N. de la ED.)*. <<

[11] Baile muy popular en los Estados Unidos durante las décadas de 1930 y 1940. *(N. de la ED.).* <<

[12] Bollo de masa horneada generalmente relleno de carne o verduras. *(N. de la ED.)*.
<<

[13] Postre de masa fina similar a los crepes. *(N. de la ED.)*. <<

[14] En sueco: «Te quiero». *(N. de la ED.)*. <<